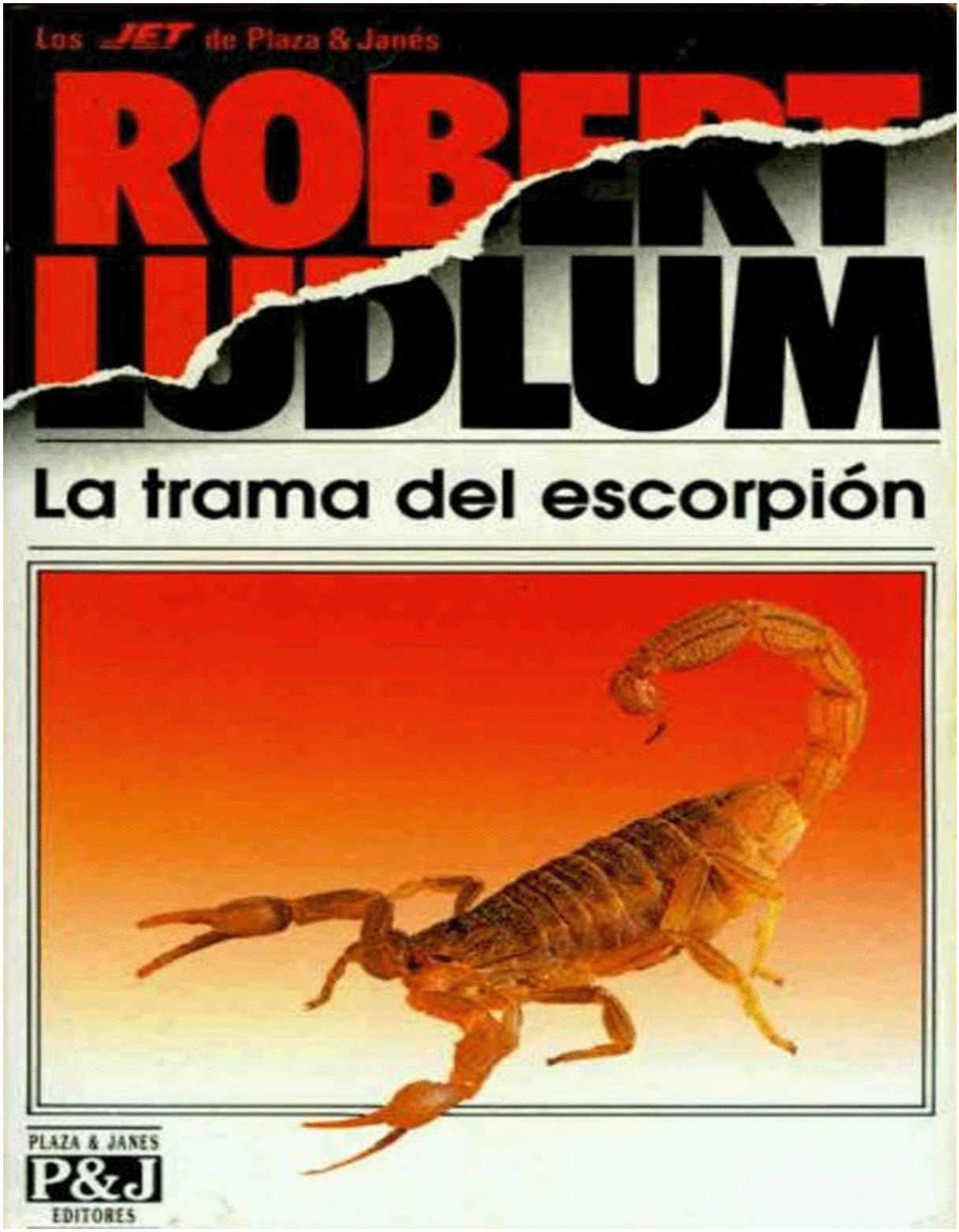
LA TRAMA DEL ESCORPIÓN
ROBERT LUDLUM



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRELUDIO

Askelón, Israel, 2.47 de la madrugada

La lluvia caía en la noche como puñales de plata; el tenebroso cielo estaba cubierto de masas oscuras de negros nubarrones arremolinados; las olas marinas y las ráfagas del vendaval castigaban sin piedad las dos barcazas de goma; trincadas entre sí, mientras ambas se aproximaban a la costa.

Los miembros del comando invasor estaban empapados; por sus rostros pintarrajeados de negro chorreaba el sudor, nacido del nerviosismo, y resbalaba la lluvia; sus ojos estaban sometidos a un continuo parpadeo, debido al esfuerzo por divisar algún destello en la playa. El pelotón estaba integrado por ocho palestinos procedentes del valle de la Bekaa y por una mujer que no había abrazado su causa por razones de nacimiento, sino porque la causa palestina era parte de la suya propia, inseparable del compromiso que había contraído hacía ya muchos años: ¡Muerte a toda autoridad! Era la esposa del comandante del pelotón de asalto.

-¡Estamos llegando! -gritó el cabecilla, arrodillándose junto a la mujer; al igual que los otros, llevaba sus armas firmemente sujetas con correas a sus oscuras ropas, y una mochila impermeable llena de explosivos en lo alto de la espalda-. Recuerda, en cuanto saltemos a tierra, echa el ancla entre los dos botes; es muy importante.

-Entendido, amor mío, pero hubiese preferido ir contigo...

-¿Y quedarnos sin posibilidad de huir para poder seguir combatiendo? -pregunto el hombre-. Las líneas de alta tensión están a unos tres kilómetros de la costa; alumbra Tel Avid, y cuando las hayamos volado se producirá el caos. Robaremos algún vehículo y habremos regresado en una hora; pero ¡nuestro equipo ha de estar aquí!

-Te entiendo.

-¿De verdad, querida? ¿Te imaginas lo que ocurrirá? ¡La mayor parte de Tel Aviv quedará a oscuras! Quiza toda la ciudad. Y el propio Askelón, por supuesto. Es un plan perfecto... y tu, amor mío, tú fuiste quien descubrió el punto vulnerable, ¡el blanco perfecto!

-Me limité a sugerirlo -replicó la mujer, acariciándole las mejillas- Vuelve pronto conmigo, amado mío, pues eres mi único amor.

-Nadie lo duda, mi ardiente Amaya... Estamos unidos para siempre... ¡Vamos!

El jefe del pelotón invasor dio la orden a los ocupantes de ambas lanchas. Todos saltaron a una por las bordas, hundiéndose en la furia de las olas, y, con las armas mantenidas en alto y sus cuerpos azotados por la resaca, avanzaron tambaleándose por la blanda arena hacia la playa. Ya en tierra, el jefe encendió y apagó su linterna, emitiendo un único y breve destello, indicando así que todo el comando se encontraba en territorio enemigo, dispuesto a penetrar en él y cumplir con su misión. La mujer arrojó por la borda la pesada ancla entre las dos lanchas de goma, mecidas ahora al compás del oleaje que las fustigaba. Dispuso su receptor de radio, listo para recibir y transmitir mensajes, pero tan sólo lo utilizaría en caso de emergencia, ya que los judíos eran demasiado precavidos como para no controlar las comunicaciones radiofónicas en el litoral.

Y entonces, de repente, con terrible fatalidad, todos sus sueños de gloria se desvanecieron bajo las furiosas descargas de armas de fuego que surgieron en los flancos del comando invasor. Fue una auténtica masacre: los soldados cargaron hacia la playa, disparando sus armas sobre los cuerpos aún palpitantes de la Brigada Askelón, saltándoles los sesos, sin mostrar clemencia alguna hacia esos invasores.

-¡Nada de prisioneros! ¡Matadlos a todos!

En la lancha de goma, la mujer y esposa reaccionó con rapidez, pese a la conmoción que había paralizado su mente; la celeridad de sus movimientos no contribuyó a aplacar la terrible angustia que se había apoderado de ella, tan solo sirvió para encubrirla con esa actividad febril que nos impone el instinto de supervivencia. Hundió su largo y afilado cuchillo en las bordas y las quillas de las dos lanchas de polivin¡lo, cogió la mochila impermeable que contenía armas y documentos falsos, y saltó al embravecido mar. Luchando contra el oleaje y la resaca, empleando en ello todas las fuerzas de su bien entrenado cuerpo, avanzó hacia el sur unos cincuenta metros, manteniéndose alejada de la costa, y luego nadó en diagonal a través de las olas hasta alcanzar la playa. Arrastrándose boca abajo por las arenas lamidas por las aguas, casi enceguecida por la rabiosa lluvia, se aproximó al lugar de la matanza. Entonces escuchó las voces de los soldados israelíes, que gritaban en hebreo; en cada músculo y en cada tendón de su cuerpo sentía la rigidez de la cólera que la abrasaba v congelaba.

-Teníamos que haber tomado prisioneros.

-¿Para qué? ¿Para que después matasen a nuestros hijos, al igual que masacraron brutalmente a mis dos niños en el autobús escolar?

-Nos echarán en cara el que estén todos muertos.

-También lo están mi padre y mi madre. Esos cerdos los mataron a tiros en un viñedo; allí quedaron los dos ancianos en medio de las parras.

-!Que se pudra en los infiernos! ¡Los del Hezbollah torturaron a mi hermano hasta la muerte!

-¡Coged sus armas y disparadlas..., rozad nuestras armas con sus balas y hagámonos alguna herida en las piernas!

-¡Jacob tiene razón! ¡Esos tipos dispararon primero! !Podriamos estar todos muertos!

-¡Y que luego vaya uno de nosotros al campamento a pedir refuerzos!

-¿Donde están sus botes?

-¡Ya se habrán largado, pues no se ve nada! ¡Quizá se habían quedado dormidos! ¡Por eso pudimos dar muerte a los que vimos!

-¡Aprisa, Jacob! !No podemos arrojar carnada a esa maldita Prensa liberal!

-!Espera!. ¡Ese sigue aun con vida!

-¡Deja que se muera! ¡Recoged sus armas y empecemos a disparar!

El staccato de la descarga cerrada se impuso a la noche y a la lluvia. Los soldados arrojaron luego las armas del comando invasor junto a sus cadáveres y se retiraron por los médanos cubiertos de hierba. Fugaces e irregulares, hubo algunos destellos, cuando los soldados encendían cerillas o mecheros en las cuencas de sus manos; el salvajismo de la matanza había terminado, comenzaba la vuelta en busca del refugio.

Cautelosamente, la mujer siguió avanzando a rastras, con el vientre pegado a la arena encharcada, mientras los ecos sonoros de las descargas alimentaban aún el odio que la consumía, el rencor avivado por su inmensa pérdida. Habían acribillado al único hombre que podía amar sobre esta tierra, al único ser al que pudo entregarse como a un igual, pues ningún otro hombre podía equipararse con ella en fuerza y determinación. Ahora había muerto y jamás encontraría a otro como él, como aquel revolucionario divino de mirada feroz y cuya palabra podía arrastrar a las multitudes tanto al llanto como a la risa. Siempre había estado a su lado, orientándolo, adorándolo. En el mundo de la violencia no se volvería a ver nunca más un equipo como el formado por aquella pareja.

La mujer escuchó un gemido, un grito sofocado que desgarró los sonidos de la lluvia y la marejada. Un cuerpo bajó rodando por la pendiente de arena hasta la orilla del mar, deteniéndose a tan sólo unos pies de ella. Arrastrándose con rapidez, la mujer se acercó al cuerpo y lo abrazó; tenía el rostro hundido en la arena. Le dio media vuelta y la lluvia lavó sus facciones empapadas en sangre. Era su marido; gran parte de su garganta y su cráneo no era

más que una masa de tejido escarlata. Lo estrechó desesperadamente; le abrió los ojos durante unos instantes y luego los cerró por última vez.

La mujer alzó la mirada hacia los médanos y divisó a través de la lluvia los cónicos resplandores de cigarrillos encendidos. Con dinero y su documentación falsa se abriría camino a través de la odiada Israel, dejando tras de sí una estela de muertes. Regresaría al valle de la Bekaa y allí se pondría en contacto con los miembros de la aljama. Sabía exactamente lo que haría:

¡Muerte a toda autoridad!

Valle de la Bekaa, Líbano, 12.17 del mediodía

El sol abrasador del mediodía calcinaba los caminos de tierra del campo de refugiados, enclave de gente desplazada, en su mayoría machacada hasta la sumisión por acontecimientos que no podían penetrar ni controlar. Sus andares eran lentos, penosos; llevaban la cabeza gacha, y en sus ojos negros y abatidos se plasmaba la vaciedad, reflejo del dolor de los recuerdos borrosos, de las imágenes que jamás volverían a convertirse en realidad. Otros, sin embargo, se mostraban desafiantes, vilipendiaban la mansedumbre y no concebían siquiera la posibilidad de aceptar el orden establecido, pues tal actitud les merecía desprecio. Estos últimos eran los fedayines, los guerreros de Alá, los vengadores de Dios. Caminaban resueltamente, a paso rápido, con sus armas omnipresentes echadas al hombro; movían sus cabezas con brusquedad, en constante alerta, y sus ceñudas miradas destilaban odio.

Fue a los cuatro días de la masacre de Askelón. La mujer, vestida con un uniforme caqui verdoso y la camisa arremangada, salió de su modesta construcción de tres habitaciones; «casa» sería un término engañoso. La puerta estaba tapada por una tela negra: el emblema universal de la muerte, contemplado por todos los que pasaban por delante, que elevaban la mirada al cielo, rezando entre dientes por el fallecido, lanzando de vez en cuando algún lamento y suplicando a Alá que vengase aquella espantosa muerte. Y es que aquél había sido el hogar del jefe de la Brigada Askelón; y la mujer que se alejaba a paso ligero por el camino de tierra había sido su esposa, aunque era algo más que una mujer, algo más que una esposa. En aquel valle convulsionado por la sumisión y la rebeldía, entre los fedayines principales, ella había sido, junto con su marido, el símbolo de la esperanza para una causa casi perdida. Caminando por la árida estrada, atravesó un mercadillo, donde la multitud le abrió paso mientras muchos la tocaban dulcemente, con veneración, sin dejar de proferir continuos rezos, hasta que todos, al unísono, se pusieron a salmodiar:

-¡Baj, baj, baj..., baj!

La mujer no devolvió el saludo a nadie, sino que apretó el paso, encaminándose hacia una especie de templo de madera, a modo de barraca, situado al final de la calle. En su interior, esperándola, estaban los jefes de la aljama del valle de la Bekaa. La mujer entró en el recinto, un guardia cerró la puerta y se vio enfrentada a nueve hombres sentados tras una larga mesa. Los saludos fueron breves, los hombres le expresaron con solemnidad su condolencia. El que presidía la aljama, un árabe anciano que ocupaba la silla de en medio, tomó la palabra.

-Todos recibimos tu mensaje y decirte que nos dejó asombrados sería un eufemismo sepulcral.

-Sepulcral es la palabra que más se ajusta -dijo un hombre de mediana edad que llevaba uno de los muchos uniformes de los fedayines-. Pues estarás buscando tu redención; espero que lo sepas.

-Si eso fuese así, ¿no debería acaso ir a reunirme rápidamente con mi marido?

-No sabía que habías abrazado nuestras creencias -apuntó otro.

-Lo que haga o deje de hacer es irrelevante. Os estoy pidiendo únicamente apoyo financiero. Creo habérmelo ganado con los años.

-Sin lugar a dudas -asintió otro-. Tu ayuda ha sido notable, y junto con la de tu marido, !que en paz descanse en los jardines de Alá!, ha sido incluso extraordinaria. No obstante, veo una dificultad...

-Yo y los pocos que he elegido para que me acompañen actuaremos solos, exclusivamente en venganza de lo ocurrido en Askelón. Formaremos un comando interino y sólo seremos responsables de nuestros actos ante nosotros mismos. ¿Queda aclarada así tu dificultad?

-En caso de que puedas hacerlo -replicó otro de los jefes.

-Ya he dado pruebas de que puedo. ¿He de enumerar aquí mis hazañas?

-No, no es necesario -dijo el anciano que presidía la asamblea-. Han sido numerosas las ocasiones en que has llevado a nuestros enemigos a realizar investigaciones sobre escándalos tales, que hasta varios gobiernos hermanos fueron sancionados por actos de los que nada sabían.

-Y si fuese necesario, volvería a hacer lo mismo. Tenemos, tenéis enemigos y traidores por doquier, incluso entre vuestros gobiernos hermanos. La autoridad se corrompe a sí misma en todas partes.

-No te fías de nadie, ¿no es así? -le preguntó el árabe de mediana edad.

-Me ofende tu afirmación. Me casé para siempre con uno de vosotros y os consagré mi vida.

-Te pido disculpas.

-Me las debías. Y ahora, por favor, ¿podéis responderme?

-Tendrás todo cuanto necesites -dijo el que presidía la aljama-. En coordinación con Bahrayn, tal como has estado haciendo en el pasado.

-Gracias.

-Y para terminar, cuando llegues a Estados Unidos actuarás a través de otra organización. Ellos te vigilarán, te probarán y cuando se convenzan de que eres en verdad un poderoso agente clandestino, se pondrán en contacto contigo y te convertirás en uno de ellos.

-¿Quiénes son?

-Entre los círculos que operan en el mayor secreto son conocidos como los escorpiones, los scorpios para ser precisos.

CAPÍTULO PRIMERO

Anochecía. Un balandro a punto de naufragar, con su palo destrozado por un rayo y sus velas desgarradas por los vientos de alta mar, se acercó a la deriva a una playita solitaria de una isla particular de las Pequeñas Antillas. Durante los últimos tres días, antes de que se impusiese la calma chicha, esa región del Caribe no sólo se había visto azotada por un huracán de fuerza comparable a la del terrible Hugo, sino que dieciséis horas después se abatió sobre ella una tormenta tropical cuyos terribles rayos y espantosos truenos prendieron fuego a millares de palmeras y obligaron a las cien mil personas que residían en el archipiélago a buscar consuelo en sus divinidades.

La casona de la isla resistió, sin embargo, ambas catástrofes. Había sido construida de acero y de piedras unidas por garfios de hierro en la cima de la alta colina que se elevaba al norte de la isla, cual fortaleza inexpugnable e indestructible. Que el balandro casi destruido hubiese logrado sobrevivir y abrirse paso entre las aguas turbulentas de los arrecifes de

aquella ensenada hasta alcanzar la playita había sido un milagro, pero un milagro de mal agüero, al menos para el Dios de la larguirucha criada negra, vestida de uniforme blanco, que se precipitó por la escalera de piedra, empuñando una escopeta, hasta la orilla del mar, desde donde hizo cuatro disparos al aire.

-¡No hay nadie! -gritó-. ¡Ni una puta alma! ¡Largo de aquí! La figura solitaria que se encontraba de rodillas en la cubierta de la embarcación era la de una mujer de unos treinta y tantos años. Sus facciones eran angulosas, sus largos cabellos le caían en revueltos mechones, sus ropas, unos pantalones cortos y una blusa, mostraban los desgarrones producidos por el temporal... y su mirada expresó una frialdad enigmática cuando apoyó el cañón de su potente rifle sobre la regala y apuntó a través de la mira telescópica; luego apretó el gatillo. El fuerte estampido desgarró el silencio en la ensenada, retumbó en las rocas y de él se hizo eco la colina. En ese mismo instante, la criada en uniforme cayó de bruces sobre el lento morir de las olas.

-¡Están disparando! ¡Tiros!

Quien así gritaba era un joven fornido, de pecho descubierto, de más de un metro ochenta de estatura y de unos diecisiete años de edad que subió precipitadamente del camarote. Era apuesto y de constitución atlética, de rasgos bellamente cincelados, de corte clásico, como los de un romano.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho?

-Tan sólo lo que tenía que hacer -contestó serenamente la mujer- Por favor, ve a proa y salta en cuanto veas arena; aún hay suficiente claridad. Después empuja el bote hasta la playa.

El joven no se movió para obedecer, sino que se quedó mirando fijamente la figura de uniforme blanco que yacía sobre la playa, mientras se restregaba nerviosamente las manos en sus tejanos recortados.

-¡Dios mío, pero si no era más que una criada! -gritó con acento europeo-. ¡Eres un monstruo!

-Siempre lo mismo, hijo mío. ¿Por qué no lo soy en la cama? ¿Y por qué no lo fui cuando di muerte a esos tres hombres que te habían maniatado, echado una soga al cuello y estaban a punto de arrojarse por el embarcadero y ahorcarte por haber asesinado al jefe supremo de los estibadores?

-Yo no lo maté. ¡Te lo he repetido una y otra vez!

-Ellos creían que tú lo habías hecho y eso les bastaba.

-Pensaba acudir a la Policía. ¡Pero tú no me dejaste!

-¡Niñito estúpido! ¿Crees acaso que hubieses logrado comparecer ante un tribunal? ¡Jamás! Te hubiesen pegado un tiro en la calle, te habrían hecho desaparecer como un montoncito de basura, pues el desaparecido supremo beneficiaba a los obreros portuarios con sus robos y su corrupción.

-¡Tuvimos una disputa y nada más! Me fui a tomar unas copas de vino.

-¡Oh, sí!, ya lo creo que tomaste tu buena cantidad de vino. Cuando te encontraron en el arroyo, estabas inconsciente, hasta que te diste cuenta de que tenías una soga alrededor del cuello y de que tus pies colgaban al borde del muelle... ¿Y cuántas semanas me pasé cuidándote, llevándote de un lugar a otro, mientras la escoria de los muelles andaba tras de ti, después de haberse jurado que te matarían en cuanto te vieran?

-Jamás llegué a entender por qué fuiste tan buena conmigo.

-Tenía mis razones... y aún las tengo.

-Pongo a Dios por testigo de lo que voy a decirte, Cabi -replicó el joven, sin apartar la vista del cadáver de uniforme blanco que yacía en la playa-. Te debo la vida, pero, jamás..., ¡jamás hubiese esperado de ti algo así!

-¿Preferirías regresar a Italia, volver a Portici con tu familia y enfrentarte a una muerte segura?

-No..., no, claro que no, signora Cabrini.

-Pues entonces, sé bienvenido a nuestro mundo, mi juguetito querido -dijo la mujer, esbozando una sonrisa-. Y créeme, tendrás todo lo que pueda darte. Eres tan perfecto... No puedo decirte lo perfecto que eres... Y ahora, salta por la borda, mi adorado Nico... ¡Ya!

El joven hizo lo que se le mandaba.

Deuxiéme Bureau, París

-Es ella -dijo el hombre sentados tras el escritorio en el oscuro despacho.

En la pared a su derecha se veía la proyección de un mapa detallado del Caribe, concretamente de las Pequeñas Antillas, y un punto azulado y parpadeante señalaba la isla de Saba.

-Podemos suponer que navegó siguiendo la ruta de la isla de Anegada, entre las islas del Perro y Virgen Gorda, ya que es la única vía por la que pudo sobrevivir al temporal. Si es que sobrevivió.

-Quizá no lo lograse -dijo el auxiliar, un hombre sentado frente al escritorio y que no dejaba de contemplar el mapa-. Eso nos quitaría una gran peso de encima, desde luego.

-Claro que nos lo quitaría -dijo el director del Deuxiéme Bureau, encendiéndose un cigarrillo-. Pero en lo que respecta a esa loba que ha sabido abrirse paso en lo peor de Beirut y del valle de la Bekaa, quiero pruebas irrefutables antes de que me decida a suspender la búsqueda.

-Conozco esas aguas -dijo otro hombre de más edad sentado a la izquierda del escritorio-. Me destinaron a Martinica durante la amenaza rusosoviética, y puedo deciros que aquellos vientos pueden ser criminales. Por lo que sé de la violencia de aquellos mares, sospecho que no salió con vida, al menos no con la embarcación que llevaba.

-Mi hipótesis es que sí logró sobrevivir -le contradijo de modo tajante el director de Deuxiéme Bureau-. Las suposiciones son un lujo que no puedo permitirme. Tan sólo conozco esas aguas por los mapas, pero veo por doquier ensenadas y puertos en los que pueden haberse refugiado. Los he estudiado a fondo.

-Las cosas no son así, Henri. Cuando hay tormenta en esas islas, los vientos soplan primero en una dirección, y al instante siguiente, en la contraria. Además, de existir tales ensenadas, estarían indicadas, habitadas. Las conozco; estudiarlas en un mapa no es más que un ejercicio a distancia, no es buscarlas, no es como andar tras los submarinos soviéticos. Te lo repito: no sobrevivió.

-Espero que tengas razón, Ardisonne. En este mundo no hay cabida para una Amaya Bajaratt.

Central Intelligence Agency, Langley, Virginia

En el centro de comunicaciones de la CIA, en un sótano de paredes blancas, hay una única habitación cerrada que está reservada para un equipo de doce analistas, nueve hombres y tres mujeres, quienes trabajan en tres turnos las veinticuatro horas del día. Son especialistas plurilingües en radiofonía internacional, entre los que se encuentran dos de los mejores

criptógrafos de ese servicio secreto, y a todos se les ha ordenado que no hablen con nadie de sus actividades, sin excluir a sus cónyuges.

Un hombre de unos cuarenta años en mangas de camisa se dio la vuelta en su mullida silla giratoria y contempló a sus colegas del turno de medianoche, una mujer y otros dos hombres; serían aproximadamente las cuatro de la madrugada y ya habían cumplido la mitad de su jornada laboral.

-Puede ser que tenga algo -dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

-¿Qué? -preguntó la mujer-. En lo que a mí respecta, es una noche de lo más aburrida.

-Dínoslo de una vez, Jon -le suplicó el hombre que tenía más cerca-. Radio Bagdad me está adormeciendo con sus chorradas.

-Prueba con Bahrayn, no con Bagdad -le contestó Ron, recogiendo el impreso que había arrojado su ordenador a una cesta de alambre.

-¿Qué pasa con esos ricachones? -inquirió el tercer hombre, levantando la vista de su teclado electrónico.

-Pues de eso mismo se trata: de riquezas. Nuestra fuente en Manama comunica que medio millón de dólares han sido transferidos a una cuenta secreta en Zúrich con destino a...

-¿Medio millón? -le interrumpió el segundo hombre-. ¡No es más que calderilla para esa gente!

-Aún no te he dicho su destino ni el método de transferencia. Del banco de Abu Zabi al Crédit Suisse de Zúrich...

-Es lo usual en el valle de la Bekaa -dijo la mujer, dándose cuenta al instante-. ¿Y el destino?

-El Caribe; se desconoce el lugar preciso.

-¡Encuéntralo!

-De momento, es imposible.

-¿Por qué? -preguntó el tercer hombre-. ¿Por qué no puede ser confirmado?

-Ha sido confirmado satisfactoriamente, del peor modo posible. Nuestra fuente fue asesinada una hora después de haberse puesto en contacto con nuestro hombre de enlace en la Embajada, un funcionario protocolario que fue sacado a toda prisa de su casa.

-El valle de la Bekaa -dijo por lo bajo la mujer-. El mar Caribe. Bajaratt.

-Tengo que comunicar esto inmediatamente a O'Ryan. Necesitamos a sus especialistas.

-Si hoy es medio millón -dijo el tercer hombre-, mañana podrán ser cinco, una vez que hayan verificado la forma de envío.

-Conocía a nuestra fuente en Bahrayn -dijo tristemente la mujer-. Era un tipo excelente, con mujer e hijos encantadores. ¡Maldita sea! ¡Bajaratt!

MI-6, Londres

-Nuestro agente en Dominica voló al norte y confirmó la información que nos habían enviado los franceses.

El jefe del servicio secreto británico se acercó a una mesa cuadrada, colocada en el centro de la sala de conferencias. Cubriendo la superficie de la tabla, había un libro tan grande como voluminoso, uno de los centenares de volúmenes que llenaban las estanterías, que contenía detallados mapas en tela sobre regiones específicas del mundo. En su cubierta negra, en letras estampadas en oro, podía leerse: El Caribe - Las islas de Barlovento y de Sotavento. Las Antillas. Territorios británicos y estadounidenses en las islas Vírgenes.

-¿Tendrías la amabilidad, viejo amigo, de buscarme un lugar llamado el pasaje de Anegada? -preguntó a su compañero.

-Por supuesto.

El otro hombre que se encontraba en el gabinete de Asuntos Estratégicos se levantó precipitadamente de su asiento al advertir el embarazo de su superior, que no se debía a su torpeza intelectual, sino a la parálisis de su mano derecha, que se negaría a obedecer sus órdenes. El compañero hojeó rápidamente las páginas hasta dar con el mapa en cuestión.

-Aquí lo tenemos... ¡Dios santo!, nadie puede haber navegado tan lejos en medio de esas tormentas, y menos con una embarcación de ese calado.

-Quizá lo hiciese.

-¿Hacer qué?

-Llegar adondequiera que fuese.

-¿Desde Basse-Terre hasta Anegada en sólo tres días? No lo creo. Para llegar allí tan rápidamente tendría que haberse pasado la mitad del tiempo en alta mar.

-Por eso te he hecho venir. ¿No conoces muy bien esa región? Estuviste destinado allí.

-Si existe algo parecido a un especialista, supongo que soy uno de los cualificados. Durante nueve años fui el inspector de nuestra base de la isla de Tórtola y viajé por todos aquellos malditos lugares; una vida más bien placentera, en realidad. Todavía mantengo contacto con mis viejos amigos; todos pensaban que era una especie de caballo desbocado, que gozaba de una situación bastante buena y mostraba una predilección por volar en mi propio avión de isla en isla.

-Si, he leído tu expediente. Realizaste una labor excepcional.

-La guerra fría estaba de mi parte y era catorce años más joven, aun cuando no era precisamente un jovencito en aquella época. Y si alguien me propusiese ahora una buena apuesta, no me arredraría sobrevolar en un bimotor aquellas aguas.

-Si, lo entiendo -dijo el jefe, inclinándose sobre el mapa-. ¿Así que tu opinión de experto es que no ha podido sobrevivir?

-Lo de que «no ha podido» es demasiado absoluto. Digamos que es altamente improbable, casi imposible.

-Eso es lo que piensa tu homólogo del Deuxiéme Bureau. -¿Ardisonne?

-¿Lo conoces?

-Su nombre en clave es Richelieu; claro que lo conozco. Un buen sujeto, aunque algo terco. Operaba desde Martinica.

-No se apea del burro. Está convencido de que esa mujer naufragó en alta mar.

-Probablemente, en este caso su opinión está más que justificada... Pero, si me lo permites, ya que me has pedido ayuda en este asunto, ¿podría hacerte un par de preguntas?

-Eso sería más apropiado de lo que piensas, oficial Cooke.

-¿Como dices?

-Nada, amigo -respondió bruscamente el jefe, levantándose de repente-. ¡Adelante!

-Esa tal Bajaratt es, evidentemente, algo así como una figura legendaria en el valle de la Bekaa, pero he estado estudiando, con detenimiento, las listas correspondientes a los últimos años y no recuerdo haber visto jamás su nombre. ¿A qué se debe...?

-Porque no es el suyo, no se apellida Bajaratt -lo interrumpió el jefe del MI-6-. Ese es el nombre que se puso a sí misma hace va algunos años; el nombre que, en su opinión, ocultaría sus secretos, ya que está convencida de que nadie tiene la menor idea de cuál es su procedencia y de quién es ella realmente. Ante la posibilidad de que pudiésemos sufrir alguna infiltración y previendo el caso de que pudiese involucrarse en asuntos de gran envergadura, decidimos mantener esa información en nuestros archivos secretos.

-¡Oh, sí! Si, ya caigo. Conociendo los verdaderos orígenes de una persona con nombre falso, se puede establecer un marco, determinar su personalidad, incluso fijar un patrón de sus posibles acciones futuras.

-Como ya he dicho, tu historial es extraordinario.

-¡Bobadas! Eso es evidente y tú lo sabes. ¿Quién es exactamente esa mujer? ¿Qué es?

-Entre los terroristas con vida, se cuenta entre los más consumados.

-¿Árabe?

-No.

-¿Israelí?

-No. Y yo especularía demasiado en esa dirección.

-¡Tonterías! El campo de acción del Mossad es vasto... Pero, si no tienes inconveniente, responde a mi pregunta, por favor. Recuerda que he pasado la mayor parte de mi vida de servicio en el otro extremo del mundo, en el Caribe, en el Lejano Oriente, etcétera. Y bien, ¿por qué tiene tanta prioridad esa mujer?

-Está a la venta.

-¿Que está qué...?

-Acude a cualquier parte donde hay disturbios, rebeliones, insurgencia y vende sus talentos al mejor postor... con resultados notables, debo añadir.

-Perdóname, querido amigo, pero eso me suena a gilipollez. ¿Una mujer sola, que va de un foco de sublevación a otro, vendiendo asesoramiento? ¿Qué hace entonces, poner anuncios en los periódicos?

-No necesita hacer eso, Geoff -replicó el jefe de MI-6, volviendo a la mesa de conferencias y sentándose con cierta torpeza, ya que tenía que esforzarse para ajustar el sillón con la mano izquierda-. Es una erudita en todo lo relacionado con la desestabilización. Conoce los puntos fuertes y las debilidades de todas las facciones en conflicto, al igual que a sus cabecillas y el modo de dar con ellos. No está sometida a lealtad alguna, moral o política. La muerte es su profesión. Así de simple es el asunto.

-No creo en modo alguno que sea tan simple.

-Me refiero al resultado final, por supuesto, no a sus orígenes, ni al lugar de donde proviene... Pero siéntate, Geoffrey, y deja que te cuente una breve historia, según hemos podido reconstruirla pieza tras pieza.

El jefe abrió un gran sobre de papel de manila y sacó tres fotografías, tres ampliaciones de unas instantáneas tomadas rápida y furtivamente, en las que se veía a una mujer en acción. Sin embargo, en cada una de ellas el rostro estaba perfectamente enfocado e iluminado por el sol.

-Esta es Amaya Bajaratt.

-¡Son tres personas distintas! -exclamó Geoffrey Cooke.

-¿Cuál de ellas es? -inquirió el jefe-. ¿O son las tres la misma mujer?

-Ya veo lo que quieres... -contestó con vacilación el agente del servicio secreto-. Los cabellos son distintos en cada foto: rubios, negros y de un color, imagino, castaño claro; son cortos, largos y de media melena; de todos modos, las facciones son diferentes..., aunque no de forma tan marcada. Y sin embargo, son diferentes.

-¿Una máscara de plástico de color carne? ¿Cera? ¿Control sobre los músculos faciales? Nada es imposible.

-Supongo que los espectrogramas revelarán la verdad. Al menos en lo que respecta a los añadidos, al plástico y a la cera.

-Deberían revelarla, pero no lo hacen. Nuestros especialistas dicen que hay compuestos químicos que pueden confundir los análisis fotoeléctricos o que incluso la refracción de una

luz brillante puede tener el mismo efecto; lo que quiere decir, desde luego, que no están seguros y que no quieren arriesgarse a emitir un juicio.

-Está bien -asistió Cooke-. Lo más probable es que sea una de esas tres mujeres, pero ¿cómo demonios se puede tener la certeza?

-Por la fiabilidad, supongo.

-¿Fiabilidad?

-Nosotros y los franceses hemos pagado una bonita suma de dinero por esas fotografías, tomadas por agentes secretos que venimos utilizando desde hace años. Ninguno de ellos se arriesgaría a perder una sólida base financiera por entregarnos una falsificación. Y cada uno de ellos está convencido de que ha logrado captar con su cámara a Bajaratt.

-Pero, ¿adónde se dirigía? Desde Basse-Terre hasta Anegada, si es que fue a esa isla, hay más de doscientos kilómetros... y eso durante varios días de furiosas tormentas. ¿Y por qué al pasaje de Anegada?

-Porque el balandro fue divisado desde las costas de Marigot; no pudo alcanzar la playa debido a las rocas, y el pequeño puerto había quedado hecho añicos.

-¿Divisado por quién?

-Por unos pescadores que abastecen a los hoteles de Anguila. La observación fue confirmada además por nuestro hombre en Dominica.

-Por favor, jefe, explícamelo de nuevo. Todo esto me resulta muy confuso.

-No faltaría más, Geoffrey, y espero encarecidamente que puedas arrojar cierta luz sobre el asunto. A raíz de la pista que nos dieron los de París, nuestro hombre voló a Basse-Terre y se enteró de que una mujer, que tendría aproximadamente la edad que tiene la Barajatt en esas fotos y que iba acompañada por un joven alto y musculoso, había alquilado una embarcación. El hombre era jovencísimo. Y eso se corresponde con la información suministrada por París de que una mujer de esa edad y de esas características, utilizando seguramente un pasaporte falso, cogió un avión en Marsella, en compañía de un jovencito como el descrito, con destino a la isla de Guadalupe, que en realidad son dos islas, como bien sabes, la Grande-Terre y la Basse-Terre.

-¿Y cómo relacionaron las autoridades marsellesas a la mujer con ese chico?

-El nene no hablaba francés; ella les dijo que se trataba de un pariente lejano, oriundo de Letonia, que había quedado a su cuidado a raíz de la muerte de sus padres.

-De lo más improbable.

-Pero perfectamente aceptable para nuestros amigos del otro lado del canal. Permiten salir a cualquiera que haya nacido al norte del Ródano.

-¿Y por qué viajará con un adolescente?

-Dímelo tú. Yo no tengo ni la menor idea.

-Te lo repito: ¿adónde se dirigía?

-Una buena adivinanza. Es evidente que la mujer tiene gran experiencia marinera; sabe de temporales, desde luego. Sabe lo suficiente como para dirigirse a puerto antes de naufragar; sobre todo, si tenemos en cuenta que el balandro llevaba radio a bordo y que la voz de alarma fue transmitida por toda la zona en cuatro lenguas.

-A menos que tuviese que acudir a una cita a la que no podía faltar.

-Esa es la única explicación plausible, desde luego, pero, ¿aun a riesgo de perder la vida con toda probabilidad?

-De nuevo resulta improbable -asintió el antiguo inspector del MI6-. A menos de que existan circunstancias de las que nada sabemos... Pero, sigue; es evidente que tendrás alguna hipótesis.

-Alguna, pero no gran cosa, me temo. Teniendo en cuenta que un terrorista rara vez nace terrorista, sino que se convierte en uno por la fuerza de los acontecimientos y ante la multitud de informes en los que se afirma que, pese a dominar varias lenguas, ha sido escuchada hablando un idioma que no había forma de entender...

-Para la inmensa mayoría de los europeos ese idioma sería el vascuence -le interrumpió Cooke, hablando en voz baja.

-Exactamente. En medio de las medidas de clandestinidad más rigurosas, enviamos un comando a las provincias de Vizcaya y de Álava para ver qué podían descubrir. Averiguaron la historia de un suceso particularmente horrible, que ocurrió hace ya muchos años en una aldehuela rebelde de los Pirineos occidentales. Esa clase de cosas que perduran en las leyendas de los habitantes de las montañas, que las van transmitiendo de generación en generación.

-¿Una matanza indiscriminada? -preguntó Cooke.

-Algo así. En una redada contra los terroristas, todos los miembros adultos de una familia fueron ejecutados por un comando exterminador; y por «adulto» quiero decir los que tenían doce o más años. Los pequeños fueron obligados a presenciar las ejecuciones y luego los abandonaron en las montañas paraque murieran de hambre.

-¿Y esa Bajaratt es uno de aquellos niños?

-Deja que trate de explicártelo. Los vascos que viven en esas montañas se encuentran realmente muy aislados. Tienen la costumbre de enterrar sus crónicas entre los abetos que crecen en la parte más recóndita de su territorio; pues bien, entre los miembros de nuestro comando había un antropólogo, un especialista en la población de los Pirineos, que sabía hablar y leer su lengua. Las últimas páginas habían sido escritas por una niña que describía aquella escena espantosa; contaba que sus padres fueron decapitados en su presencia, con bayonetas, y que antes su padre y su madre tuvieron que contemplar cómo sus ejecutores afilaban las hojas de sus armas en las rocas. -¡Qué horripilante! ¿Así que la niña era esa tal Bajaratt?

-Estampó su firma, escribiendo Amaya el Baj... Emakumetxo, que es lo que más se parece en vasco a la palabra castellana «mujercita». Seguía luego una frase en perfecto castellano: Muerte a toda...

-Muerte a toda autoridad -completó Cooke-. ¿Eso es todo?

-No, hay dos cosas más. La niña añadió una nota final; y date cuenta, fue una niña de diez años la que escribió eso: Zirrara Bat.

-¿Qué demonios significa?

-Quiere decir, metafóricamente y en sentido figurado, que se trata de una joven que pronto estará en edad de concebir, pero que jamás traerá un hijo a este mundo. -Ciertamente macabro, pero comprensible, supongo. -En las leyendas de los montañeses se habla de una mujercita que condujo a sus otros hermanos y los sacó de las montañas, evitando el encuentro de las patrullas y que además dio muerte a soldados con sus propias bayonetas, haciéndoles caer en trampas que ella sola les había tendido.

-¿Una niña de diez años? ¡Resulta increíble! -exclamó Geoffrey Cooke-. Pero dijiste que había dos cosas más. ¿Cuál es la otra?

-La última prueba que nos confirma su identidad. Entre las crónicas enterradas se encontraron los relatos de algunas familias. Has de saber que las ramas más aisladas de los vascos viven con el miedo de cruzarse entre sí, lo que explica por qué se expulsa a tantos jóvenes de ambos sexos. En todo caso, aparecía la familia Aguirre y se consignaba el nacimiento de una niña que fue bautizada con el nombre de Amaya, nombre bastante común. Pues bien, el apellido Aguirre había sido tachado, furiosamente tachado, como si lo hubiese hecho un niño enfurecido, y remplazado por el de Bajaratt.

-¡Santo cielo! ¿Por qué? ¿Llegaste a descubrirlo?

-Efectivamente. Fue una tarea bastante desagradable. Sin entrar aquí en detalles sobre los aspectos más sucios, te diré que nuestros muchachos ejercieron una gran presión sobre nuestros colegas de Madrid, llegando tan lejos, que hasta les amenazaron con que les negaríamos toda cooperación justamente, cuando más nos necesitaban, si no abrían ciertos informes sellados sobre las redadas contra los vascos. Utilizaste el calificativo de «macabro»; no sabes bien cuán apropiado es. Encontramos el apellido Bajaratt, perteneciente a un sargento de origen oscuro, quizá francés, que había tomado parte en aquel bárbaro y atroz atropello. En resumidas cuentas: ese hombre fue el soldado que cortó la cabeza a la madre de Amaya Aguirre... Adoptó ese apellido por todo lo que representaba para ella; no para honrar el nombre del sargento, por supuesto, sino para eternizar su horror; así que lo hizo con un propósito determinado: jamás olvidaría ni por un momento durante toda su vida. Se convertiría en un asesino tan repugnante como el hombre al que contempló hundiendo la bayoneta en el cuello de su madre.

-Es extremadamente perverso -dijo Cooke en un tono apenas audible-, pero muy comprensible. La niña se pone la máscara del monstruo, se identifica con él y vive la venganza en su fantasía. No se diferencia mucho del llamado «síndrome de Estocolmo», en el que los prisioneros de guerra, en circunstancias brutales, se identifican con sus carceleros. ¡Cómo no va a funcionar eso con un niño! ¿Así que Amaya Aguirre es Amava Bajaratt? Imagino que aunque renegase de su verdadero apellido, jamás pronunciaría el de Bajaratt.

-Pedimos consejo a un psiquiatra especializado en enfermedades mentales infantiles -prosiguió el jefe del MI-6-. Nos dijo que una niña de diez años supera en desarrollo al niño de su misma edad. Y como quiera que soy el abuelo de numerosos nietos, me veo obligado a darle la razón, aunque de mala gana. Nos explicó que una niña de esa edad, tras haber pasado por una experiencia tan extrema de conmoción y dolor, ha de tener la tendencia a no revelar más que una parte de sí misma, no toda su personalidad.

-No estoy seguro de entenderte del todo.

-Lo llamó el «síndrome de la testosterona» y nos los explicó del siguiente modo: en idénticas circunstancias, un niño varón escribiría tranquilamente Muerte a toda autoridad y firmaría con su nombre completo, dejando así una impronta de venganza para que la viese todo el mundo, mientras que una niña actuaría de modo distinto, ocultando la información completa, ya que antes tendría que imaginar cómo sería su venganza real. Ha de aventajar a sus enemigos en astucia y no en fuerza muscular. Es decir, no tiene más remedio que esconder una parte de su ser.

-Supongo que eso tiene algún sentido -dijo Cooke, asintiendo con la cabeza-; pero, ¡Dios mío! Crónicas enterradas entre los cipreses, ritos en regiones solitarias, relatos de matanzas, ejecuciones en masa, decapitamientos con bayoneta... ¡y una niña de diez años que vive todo eso! ¡Dios, si hemos de vérnosla con un psicópata completamente consagrado a su causa! Esa mujer tan sólo querrá ver cabezas separadas de sus troncos, desplomándose contra el suelo, tal como ocurriera con sus padres.

-Muerte a toda autoridad -dijo el jefe del MI-6-. Las cabezas de las autoridades... en cualquier lugar del mundo.

-Sí, comprendí bien la frase...

-Me temo que no puedas comprender toda la gravedad de este asunto.

-¿Cómo dices?

-Durante los últimos años, Bajaratt ha estado viviendo en el valle de la Bekaa con el cabecilla de una facción palestina especialmente violenta, con cuya causa se identificó de un modo fanático. Al parecer, ella y su amante se casaron durante la primavera del año pasado, en una de esas ceremonias que se celebran bajo los árboles frutales. El marido fue muerto hace unas nueve semanas, durante una incursión en las playas de Askelón, al sur de Tel Aviv.

-¡0h, sí!, recuerdo haber leído algo sobre aquel comando -dijo Cooke-. Mataron a todos, no hubo prisioneros.

-¿Y te acuerdas de la declaración que difundieron por todo el mundo los miembros restantes de aquella facción? ¿La que hizo su nuevo líder?

-Algo sobre armas, creo.

-Exacto. En el comunicado se decía, entre otras cosas, que las armas con las que los israelíes habían asesinado a los «vengadores combatientes por la libertad» habían sido fabricadas en Estados Unidos, Inglaterra y Francia... y que el pueblo que había sido despojado de sus tierras por los judíos jamás olvidaría a las bestias que habían suministrado esas armas.

-No hacemos más que oír esas memeces. ¿Y qué?

-Pues bien, Amaya Bajaratt, tras añadirse el seudónimo de La Implacable, envió un mensaje a la aljama del valle de la Bekaa, que fue interceptado, ¡gracias a Dios!, por tus amigos o ex amigos del Mossad. Ella y sus camaradas dedicarían sus vidas a cobrarse las «cabezas de las cuatro grandes bestias». Y ella misma sería «el rayo que enviaría la señal».

-¿Qué señal?

-Por lo que el Mossad ha podido descubrir, se trata de la señal que hará entrar en acción a los asesinos ocultos en Londres, París y Jerusalén. Los israelíes creen que la señal se especifica en la parte del mensaje donde se dice: Cuando caiga la más repugnante de esas bestias al otro lado del mar, las restantes la seguirán inmediatamente.

-¿La más repugnante...? ¿Al otro lado del...? ¡Santo cielo! ¿Estados Unidos?

-Si., oficial Cooke, Amaya Bajaratt se dispone a asesinar al presidente de Estados Unidos. Esa es su señal.

-¡Eso es absurdo!

-Sus antecedentes indican que bien puede no serlo. En su profesión rara vez ha fallado, si es que ha fallado alguna vez. Es un genio patológico y ésos serán sus asesinatos definitivos, su venganza contra toda autoridad «brutal», a lo que hay que añadir ahora un nuevo y profundo motivo personal; la muerte de su marido. Hay que detenerla, Geoffrey, por eso nuestro ministerio de Asuntos Exteriores, con el beneplácito incondicional de nuestra institución, ha decidido que vuelvas a ocupar inmediatamente tu antiguo cargo en el Caribe. Según tus propias palabras, no hay otra persona con mayor experiencia.

-¡Dios mío, estás hablando con un hombre de sesenta y cuatro años y a punto de jubilarse!

-Aún mantienes contactos por esas islas. Y donde haya habido cambios, te facilitaremos la entrada. Te lo digo francamente, estás en condiciones de abrirte paso con más rapidez que cualquiera de los que conocemos. Tenemos que encontrarla y neutralizarla.

-¿Te has parado a pensar, amigo mío, en que aun cuando partiese hoy mismo para esas islas, de aquí a que llegue, ya habrá tenido tiempo de largarse Dios sabe adónde? Perdona, pero me viene de nuevo a la mente la palabra gilipollez.

-En cuanto a eso de «largarse» -replicó el jefe, esbozando una sonrisa-, tanto los franceses como nosotros creemos que no se irá a ninguna parte durante algunos días, quizá dentro de una semana, incluso de dos.

-¿Os lo ha dicho vuestra bola de cristal?

-No, nuestro mutuo sentido común. La enormidad de su misión, y ella lo sabe, requerirá un alto grado de planificación, amén de recursos humanos, financieros y técnicos, entre los que se cuenta el transporte aéreo propio. Será una psicópata, pero no es idiota; no se va a poner a montar su operación en el territorio de Estados Unidos.

-Y qué mejor que estar alejada de la jurisdicción directa de las autoridades federales -admitió de mala gana Cooke-. Pero lo suficientemente cerca como para tener acceso a los bancos de ultramar y al personal de tierra adentro.

-Eso fue lo que nos imaginamos -asintió el jefe del MI-6. -Me pregunto a cuento de qué enviaría ese mensaje a la aljama de la Bekaa.

-Su Ocaso de los dioses, quizá. Desea la gloria por sus asesinatos. Eso tiene una fundamentación psicológica.

-Si. Bien, me enfrentas ante una misión prácticamente irresistible, ¿no es así?

-Era lo que esperaba.

-Me has ido llevando astutamente paso a paso, ¿no? Desde un remoto enigma, pasando por un expediente tan horrible como fascinante, hasta llegar a una crisis inminente. Has pulsado todas las teclas correctas.

-¿Había otra forma de hacerlo?

-No, si eras un buen profesional, y no estarías sentado en esa silla si no lo fueses -dijo Cooke, que a continuación se puso en pie, sin dejar de mirar a los ojos a su superior-. Y ahora que puedes estar seguro de que realizaré esa misión, me gustaría hacerte una sugerencia.

-Estoy a tu entera disposición, querido amigo.

-Hace unos momentos no he sido del todo sincero contigo. Te he dicho que todavía mantengo contactos con algunos amigos de antaño, insinuando que es por correspondencia. En líneas generales, esto es verdad, pero no es toda la verdad. Lo cierto es que me he pasado la mayor parte de mis vacaciones anuales en esas islas; te tiran, ya sabes. Y, como es lógico -prosiguió Cooke-, los antiguos colegas y las nuevas amistades de un entorno similar tienden a reunirse y a intercambiar recuerdos.

-Oh!, completamente lógico.

-Pues bien, hace dos años conocí a un colega estadounidense que sabe más de esas islas de lo que yo mismo sé o sabré jamás, por muchas veces que vuelva a visitarlas. Ha fletado dos yates, con los que zarpa de distintos puertos deportivos, desde Charlotte Amalie hasta Antigua. Conoce todos los puertos, todas las ensenadas y todas las calas del archipiélago; tiene que conocerlos.

-Son credenciales excelentes, Geoffrey, pero no la clase...

-¡Por favor! -le interrumpió Cooke-. Aún no he terminado... Para adelantarme a tu objeción, el hombre es un oficial retirado del servicio de información de la Armada de Estados Unidos. Es relativamente joven, no habrá cumplido los cuarenta y cinco años, me atrevería a decir, y no tengo conocimiento real de por qué ha sido separado del servicio, pero intuyo que las circunstancias no han debido de ser muy agradables. En fin, podría ser un agente en esa misión.

El jefe del MI-6 se inclinó sobre su escritorio, con su diestra paralítica algo detrás de su mano izquierda.

-Se llama Tyrell Nathaniel Hawthorne III. Es hijo de un catedrático de literatura de la universidad de Oregón y las circunstancias de su separación del servicio de información naval fueron, en efecto, muy desagradables. Y sí, sí podría ser un agente de gran envergadura, pero no precisamente el que puedan reclutar los servicios secretos de Washington. Lo han intentado una y otra vez, le han hecho todo tipo de ofertas, con la esperanza de que cambiase de opinión, pero no han podido persuadirle. No siente mucha estima por esa clase de gente y está convencido de que no saben distinguir entre la verdad y la mentira... Los ha mandado al demonio.

-¡Santo cielo! -exclamó Geoffrey Cooke-. Estás enterado de mis vacaciones, lo sabes todo. Sabes incluso que me he relacionado con él.

-Un placentero viaje de tres días navegando por las islas de Sotavento, en compañía de vuestro amigo Ardisonne, alias Richelieu.

-¡Cerdo!

-¡Venga ya!, oficial Cooke, ¿cómo te atreves? Da la casualidad de que el antiguo capitán de corbeta Hawthorne se dirige ahora al puerto deportivo de la isla británica de Virgen Gorda, donde, como sospecho, tendrá problemas con su motor auxiliar. Tu avión parte para

Anguila a las cinco en punto, así que tienes tiempo de sobra para hacer las maletas. Una vez allí, tú y tu amigo Ardisonne iréis a Virgen Gorda en un avioncito privado -dijo el jefe del MI-6, Sección Especial, dirigiéndole una radiante sonrisa-. Será una reunión fantástica.

Departamento de Estado, Washington

Sentados alrededor de una mesa, en una sala de conferencias en la que no dejaba de entrar gente, se encontraban los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa, los directores de la Central Intelligence Agency y del Federal Bureau of Investigation, los jefes de los servicios secretos del Ejército y de la Marina y el jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor. A la izquierda de cada uno de ellos se sentaba su edecán de mayor confianza, un subordinado de alto rango que estaba por encima de cualquier sospecha. Presidía la reunión el ministro de Asuntos Exteriores, el secretario de Estado. Este tomó la palabra:

-Todos habéis recibido la misma información que yo, así que podemos ahorrarnos los preámbulos innecesarios. Habrá algunos entre vosotros que piensen que hemos reaccionado con franca desmesura y he de admitir que, hasta hoy por la mañana, yo me encontraba entre ellos. Una terrorista solitaria, obsesionada con la idea de asesinar al presidente, y desencadenando de paso los asesinatos de los dirigentes políticos de Gran Bretaña, Francia e Israel; todo eso se me antojaba bastante descabellado. Sin embargo, a las seis de la mañana recibí una llamada del director de la CIA y a las once me volvió a llamar, con lo que empecé a cambiar de parecer. ¿Tendría la amabilidad de exponernos los hechos, señor Gillette?

-Procuraré hacerlo lo mejor que pueda, señor ministro -dijo el corpulento director de la CIA-. Aver, nuestro confidente en Bahrayn, que supervisa las transacciones financieras procedentes del valle de la Bekaa, comunicó a nuestro hombre de enlace que se había efectuado una transferencia de medio millón de dólares al Crédit Suisse de Zúrich y una hora más tarde fue asesinado. La cantidad no era alarmante, pero cuando nuestro agente en Zúrich trató de ponerse en contacto con su propio confidente en el banco, un hombre que recibe extraoficialmente una alta paga, no pudo encontrarlo en ninguna parte. Cuando insistió algo más tarde, conservando el anonimato, por supuesto, aduciendo que era simplemente un viejo amigo, le dijeron que el hombre se había ido a Londres en viaje de negocios. Poco después, cuando nuestro agente regresó a su apartamento, tenía un mensaje en el contestador automático. Era de su confidente, que no se encontraba en Londres, evidentemente, ya que le preguntaba, al parecer en un tono próximo a la desesperación, si podía reunirse con él en una cafetería en Dudenford, una localidad situada a unos treinta y tantos kilómetros al norte de Zúrich. Nuestro agente acudió a la cita, pero su confidente no se presentó.

-¿A qué conclusiones llegasteis? -preguntó el jefe del Servicio de Información del Ejército.

-Lo quitaron de en medio para eliminar todos los rastros del paso del dinero -respondió un hombre gordinflón y de cabellos ralos y pelirrojos, que estaba sentado a la izquierda del director de la CIA, apresurándose a añadir-: No es más que una hipótesis sin confirmar.

-¿Basada en qué? -inquirió el ministro de Defensa.

-En la lógica -respondió cortésmente el ayudante del director de la CIA-. Primero es asesinada en Bahrayn la persona que facilitó la información inicial, luego el confidente de Zúrich se busca la excusa de Londres para poder encontrarse en Dudendorf con nuestro agente, lejos de su entorno habitual... Y finalmente, los del valle de la Bekaa dan con él y se proponen borrar todas las huellas, cosa que hacen.

-¿Y todo eso por una transferencia de seis cifras? -preguntó el jefe del Servicio de Información de la Marina-. ¿No son demasiadas molestias por una suma tan insignificante?

-Eso se debe a que la suma no es lo importante -contestó el robusto ayudante de la cara abotagada-. Se trata del destinatario y de su paradero; eso es lo que están encubriendo.

Además, una vez que la transferencia queda legalizada, el dinero puede multiplicarse por ciento.

-Bajaratt -dijo el secretario de Estado-. Así que ha emprendido ya su viaje... Pues bien, la clave está en mantener el mayor secreto y os diré cómo hemos de operar. Con excepción del personal de radiotelecomunicaciones de la agencia, nosotros, los aquí reunidos, y nadie más que nosotros, recibiremos la información según la vayan obteniendo nuestros departamentos. Todos vuestros faxes personales han de funcionar a partir de este momento en clave secreta y las llamadas telefónicas entre nosotros se harán por líneas de seguridad. No saldrá nada de nuestro círculo, a menos que haya consentimiento expreso de mi persona o del director de la CIA. Incluso los simples rumores sobre una operación de esta índole podrían dar al traste con nuestros planes y provocar una confusión que no necesitamos para nada.

Se oyó un timbre; provenía de un teléfono rojo colocado frente al ministro de Asuntos Exteriores. El ministro atendió la llamada.

-¡Diga!... Es para usted -dijo, mirando al director de la CIA. Gillette se levantó de su asiento, se dirigió a la cabecera de la mesa, cogió el teléfono y se identificó.

-Entiendo -dijo, tras haber estado escuchando durante cerca de un minuto; colgó el teléfono y se quedó mirando fijamente a su edecán, al gordinflón pelirrojo de cabellos ralos, para añadir-: Ya tienes tu confirmación, O'Ryan. Nuestro hombre de Zúrich ha sido encontrado en la plaza Spitz, con dos balazos en el cráneo.

-Se están asegurando de que esa mala puta tenga las espaldas cubiertas -dijo el analista de la CIA llamado O'Ryan.

CAPÍTULO II

Un hombre alto y sin afeitar, que vestía un pantalón corto y una camiseta negra y cuya tez exhibía el bronceado intenso del sol tropical, atravesó en un par de zancadas la pasarela y saltó al embarcadero donde estaban las gradas para las motoras. Llegó al extremo del entablado y se dirigió a gritos a los dos hombres que se acercaban en un esquife.

-¿Qué es eso de que tengo un escape en el motor auxiliar? ¡Lo comprobé en punto muerto y funcionaba a las mil maravillas!

-Escucha, amigo -contestó el mecánico ingles en un tono de voz que expresaba aburrimiento, mientras Tyrell Hawthorne recogía el cable que le había lanzado-. Me importa un carajo que tu motor sea como una criaturita recién nacida. No tenías ni una gota de aceite en el cárter del cigüeñal; todo ha ido a ensuciar nuestro idílico puerto. Pues bien, si te empeñas en salir con ese trasto y fuerzas más el motor, hazlo y cárgatelo de una vez. Pero ten la certeza de que presentaré un informe. No me voy a hacer responsable de tus idioteces.

-Está bien, está bien -dijo Hawthorne, dando la mano al hombre cuando éste subió por la escalerilla hasta el muelle-. ¿Cuál es tu opinión?

-Las juntas oxidadas y dos cilindros inservibles, Tye -contestó el mecánico mientras amarraba el segundo cable a un noray para que su compañero pudiese saltar a tierra-. Cuántas veces te habré dicho que eres demasiado bueno con las nubes y los vientos. Tienes que utilizar más tus aparatos metálicos; ¡se resecan bajo este jodido sol! Confiésalo, ¿no te lo he dicho un millón de veces?

-Si, Marty, me lo has dicho. No puedo negarlo.

-¡Por supuesto que no! Y con las tarifas que cobras, seguro que no te importa lo que cueste el combustible; bien puedo imaginármelo.

-No se trata de dinero -protestó el patrón-. A no ser que haya una racha de calma chicha, los clientes prefieren la navegación a vela; ya lo sabes. ¿Para cuando lo tendrás arreglado...? ¿En un par de horas?

-¡Estás loco, Tye! Procuraré tenértelo para mañana al mediodía, si es que me traen en avión a primera hora los balancines apropiados desde Santo Tomás.

-¡Maldita sea! Tengo unos buenos clientes a bordo, que pensaban pasar la noche en la isla de Tórtola.

-Hazles beber unos cuantos ponches de ron, como los que preparamos en Virgen Gorda, y consígueles alojamiento en el club. Jamás advertirán la diferencia.

-No tengo otra elección -dijo Hawthorne, dándose media vuelta y contemplando tristemente el embarcadero-. A la fuerza ahorcan.

El patrón de veleros de alquiler se alejó apresuradamente por el muelle.

-Lo siento, Tye -dijo Martin entre dientes, cuando su amigo giró a la izquierda para meterse por la pasarela de su embarcación-. Odio tener que hacerte esto, pero he recibido órdenes.

La oscuridad se cernía sobre el Caribe. Se había hecho de noche cuando el capitán Tyrell Hawthorne, único propietario de la Olympic Charters, Ltd, compañía registrada en las islas Vírgenes de Estados Unidos, conducía a sus clientes, primero a una pareja y luego a otra, a sus alojamientos en el hotel del club náutico. Las habitaciones no eran precisamente el lugar donde las dos parejas habían esperado despertarse, pero el irse a dormir no había significado ningún problema: el barman se había encargado de solucionar ese detalle. Tye Hawthorne regresó al solitario bar de la playa y expresó su agradecimiento de un modo mas concreto al hombre que estaba detrás de la barra. Dio al camarero cincuenta dólares estadounidenses.

-¡Eh, Tye!, no tienes por qué hacer esto.

-¿Por qué te lo embolsas entonces con tanta rapidez?

-Por puro instinto, tío. Si quieres te lo devuelvo. Ambos se echaron a reír; aquello formaba parte de la ceremonia habitual.

-¿Y qué tal andan los negocios, patrón? -preguntó el camarero mientras servía a Hawthorne un vaso de su acostumbrado vino blanco.

-Nada mal, Roger. Tengo alquiladas las dos embarcaciones y si el idiota de mi hermano sabe como regresar a Garfio Rojo en Santo Tomás, hasta podríamos tener ganancias este año.

-Oye, tío, me gusta tu hermano. Es un tipo de lo más divertido.

-¡Oh, si!, parece una película de dibujos animados. ¿Sabías que es doctor?

-¡Qué dices, tío! Siempre que viene por aquí me encuentro con jaquecas y dolores por todo el cuerpo... ¿Así que puedo consultarle?

-No, no es esa clase de doctor -le interrumpió Tyrell-. Ha hecho el doctorado en literatura, al igual que nuestro padre.

-¿No arregla huesos ni cura achaques? Y entonces, ¿para qué sirve eso?

-Lo mismo se pregunta el. Dice que se ha estado rompiendo la mollera durante ocho años para obtener ese maldito título, para acabar ganando menos dinero que un basurero de San Francisco. Estaba hasta las narices, ¿me entiendes?

-Por supuesto -contestó el camarero-. Hace cinco años me dedicaba a acarrear pescado en los veleros de alquiler, a limpiar los vómitos de los turistas y a llevarlos a la cama cuando se emborrachaban. ¡Eso no es vida, chico! Así que decidí mejorar mi posición y aprendí el arte de emborrachar a la gente.

¡Buena movida!

-Mala, Tye -dijo Roger, poniéndose a susurrar de repente, mientras metía la mano por debajo del mostrador-. Se acercan dos tipos por el camino. Parece como si estuviesen buscando a alguien y tú eres el único alguien que hay aquí. No sé, pero tengo un mal presentimiento..., no me gustan nada; se palpan las chaquetas, las mangas y caminan despacio. Pero, no te preocupes, que aquí tengo mi pistola.

-¡Venga, Roger! ¿De qué estás hablando? -le espetó Hawthorne, dándose media vuelta en su taburete-. ¡Geoff! -gritó-. ¿Eres tú, Cooke?... ¿Y tú también, Jacques? ¿Pero qué diablos estáis haciendo aquí?... Aparta esa artillería, Roger, son unos viejos amigos míos.

-Me la guardaré cuando me cerciore de que vienen desarmados.

-¡Eh, compañeros!, éste es otro viejo amigo mío... y las islas han estado algo revueltas últimamente. Así que levantad las manos y decidle que no lleváis armas, ¿vale?

-¿Y cómo podríamos llevar armas? -replicó Geoffrey Cooke en tono despectivo-. Hemos venido en vuelos internacionales, en los que no escasean los detectores de metales.

-Mais oui -añadió Ardisonne, alias Richelieu.

-Son buena gente -dijo Hawthorne, saltando del taburete para ir a estrechar la mano a los dos hombres de avanzada edad-. ¿Os acordáis de cuando estuvimos navegando por...? ¡Eh, eh! ¿Que hacéis aquí? Pensaba que los dos os habíais jubilado.

-Tenemos que hablar, Tyrell -dijo Cooke.

-Inmediatamente -concretó Ardisonne-. No hay tiempo que perder.

-¡Eh, aguardad un momento! De repente deja de funcionar mi motor, que estaba en perfectas condiciones; de repente aparece en la playa, en mitad de la noche, mi amigo Cooke, en compañía de nuestro camarada Richelieu de Martinica. ¿Qué está pasando aquí, caballeros?

-Te he dicho que tenemos que hablar, Tyrell -insistió Geoffrey Cooke, agente del MI-6.

-Pues yo no estoy tan seguro -replicó el antiguo capitán de corbeta Hawthorne, ex agente del Servicio de Información de la Marina-. Si de lo que queréis hablar conmigo tiene algo que ver con toda la mierda que Washington ha hecho caer sobre mí, ¡olvidadlo!

-Tienes toda la razón del mundo al abominar de Washington -dijo Ardisonne en su inglés con marcado acento francés-, pero no la tienes al no querer escucharnos. ¿Puedes decirnos algún motivo? Somos hombres de cierta edad, no ancianos, pero sí de edad avanzada y tienes razón cuando dices que ya deberíamos estar jubilados, pero, por utilizar tus propias palabras, «de repente» no lo estamos. ¿A qué se debe eso? ¿Acaso no es razón suficiente para que nos escuches?

-Escuchadme y escuchadme bien, amigos. Lo que vosotros representáis me costó perder la mujer con la que pensaba pasar el resto de mi vida. Por culpa de esos malditos chanchullos la asesinaron en Amsterdam, así que espero que podáis entenderme cuando os digo que no tengo ningún interés en hablar con vosotros... Sirve una copa a estos «agentes secretos», Roger, y ponlo en mi cuenta. Me largo a mi barco.

-Me permito decirte, Tyrell, que ni Ardisonne ni yo hemos tenido nada que ver con lo de Amsterdam -afirmó Cooke-. Y tú lo sabes.

-Pero esos sucios chanchullos sí tuvieron algo que ver. Y vosotros lo sabéis.

-Eso está traído por los cabellos, mon ami -dijo Richelieu-. ¿Podríamos haber navegado juntos si fuese de otro modo?

-Escúchame, Tye -insistió Geoffrey Cooke, dando un fuerte manotazo a Hawthorne, en el hombro-. Somos buenos amigos y tenemos que hablar como sea.

-¡Mierda! -gritó Tyrrell, llevándose la mano al hombro-. ¡Ha utilizado una aguja! ¡Era una aguja! ¡Me ha atravesado la camisa! ¡Saca tu pistola, Roger...!

Antes de que el camarero tuviese tiempo de empuñar de nuevo su arma, Richelieu alzó un brazo y le apuntó con la mano. Movió el índice y un dardo impregnado en narcótico salió

disparado de su manga y fue a clavarse en el cuello del hombre que se encontraba tras la barra del chiringuito.

Amanecía. Las imágenes se iban volviendo cada vez más nítidas, pero no se correspondían a los borrosos recuerdos de Hawthorne. Ninguno de los rostros que se inclinaban sobre él pertenecía a Geoffrey Cooke o a Jaques Ardisonne. Distinguía, en cambio, los rasgos familiares de Marty y de su compañero de trabajo Mickey, el mecánico londinense del puerto de Virgen Gorda.

-¿Cómo te encuentras, chico? -le preguntó Marty.

-¿Quieres un trago de ginebra? -dijo Mickey-. A veces despeja la mente.

-¿Qué demonios ha ocurrido? -preguntó Tyrell, parpa

deando y tratando de acostumbrar la vista a los deslumbrantes rayos del sol que entraban por las ventanas-. ¿Dónde está Roger?

-En la cama de al lado -contestó Martin-. Nos dimos cuenta de que no estabais muertos y alquilamos este bungalow; dijimos a los de la recepción del hotel que habíamos encontrado un montón de serpientes arrastrándose por el lugar.

-Pero si no hay serpientes en Virgen Gorda.

-Pues no lo saben, chico -dijo Mickey-. Casi todos son unos pobres estúpidos que vienen de Londres.

-¿Y dónde están entonces Cooke y Ardisonne, los dos tipos que nos dejaron tiesos?

-Aquí mismo -contestó Martin, señalando dos sillas de alto respaldo, en el fondo de la habitación; amarrados a ellas y amordazados con toallas se encontraban Geoffrey Cooke y Jacques Ardisonne-. Ya dije a Mick que no tuve más remedio que hacer lo que hice porque me aseguraron que así lo exigía nuestro maldito gobierno, pero nadie me dijo ni una palabra sobre lo que tenía que hacer después. No te quitamos el ojo de encima. Y si esos hijos de puta te hubiesen causado realmente algún daño, ya estarían flotando en aguas de la isla del Tiburón, como carnada para los peces sin llevar anzuelo.

-Entonces ¿el motor no tenía nada?

-En absoluto, chico. El mandamás del palacio de gobierno me llamó en persona para decirme que tenía que hacerlo por tu bien. ¡Vaya jodido bien! ¿No te parece?

-Un puto bien -asintió Hawthorne, apartando la almohada con el codo para poder ver a sus dos ex amigos maniatados.

-¡Eh, tíos! -gritó con voz ronca el barman Roger desde la cama de al lado, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

-Mira a ver cómo se encuentra, Marty -ordenó Tyrell, sentándose sobre la cama.

-Está bien, Tye -dijo Mickey, arrodillándose junto al hombre de color-. Obligué a ese franchute a decirnos los que os habían hecho (o me lo decía o le trituraba los huevos dentro de un cilindro) y me dijo que se os pasaría el efecto en unas cinco o seis horas.

-Las seis horas ya han pasado, Mick. Pero las otras seis, o cuanto pueda durar esto, no han hecho más que empezar.

La mujer ayudó al joven a sujetar el casco del balandro sobre la arena, amarrando una bolina en el saliente de una de las rocas de la escollera que se alzaba al final de la playita y que se encontraba oculta tras una hilera de vides y un exuberante follaje.

-Ya no se moverá, Nicolo -dijo la mujer, mientras echaba un vistazo a lo que quedaba de la embarcación-. Aquí no hay nada que nos sirva. Podemos utilizar este maldito trasto como leña para el fuego.

-¿Estás loca? -exclamó el atlético adolescente, que se puso a sacar frenéticamente de la cubierta del balandro algunas provisiones, incluyendo, el fusil-. Tenemos que dar gracias a Dios por no haber muerto; nuestros cuerpos podrían estar ahora en el fondo del mar.

-Quédate con el fusil, pero deja todo lo demás -ordenó Bajaratt-. No vamos a necesitar nada de eso.

-¿Cómo puedes saberlo? ¿Dónde estamos?... ¿Por qué has hecho eso?

-Porque tenía que hacerlo.

-¡No me das ni una sola explicación!

-Está bien, imagino que te la mereces.

-¿Que si me la merezco? ¿Después de tres días sin saber si saldríamos con vida, de tres días luchando contra el miedo? Pues sí, creo que me la merezco.

-¡Venga, hombre que no fue para tanto! De lo que no te diste cuenta fue de que en ningún momento estuvimos a más de doscientos o trescientos metros de la costa y de que siempre navegamos con los vientos a sotavento; no lo advertiste porque cambiamos de rumbo muchas veces... Por supuesto que no pude dominar la tempestad.

-¡Loca, estás loca!

-En modo alguno. No hará mucho tiempo que estuve navegando por estas aguas durante cerca de dos años. Las conozco muy bien.

-¿Por qué lo has hecho? -repitió el joven-. ¡Has estado a punto de matarnos! ¿Y por qué has asesinado a la mujer negra? Bajaratt señaló al cadáver.

-¡Recoge su arma! Las aguas acabarán cubriendo la escollera. Se llevarán el cadáver durante la noche.

-¡No me dices nada!

-Dejemos clara una cosa, Nicolo. Tienes derecho a saber sólo aquello que yo te quiera decir. Te salvé la vida, jovencito, y corrí un gran riesgo ocultándote durante días enteros de esa gentuza de los muelles, que te habría dado muerte en cuanto te hubiese visto. Además, por tu culpa tuve que depositar once millones de liras en el Banco di Napoli. Y todo eso me otorga el privilegio de ocultarte cualquier cosa de la que no quiera discutir... ¡Recoge el arma!

-¡Oh, Dios mío! -suspiró el joven al inclinarse sobre el cadáver y haciendo una mueca de dolor al quitarle el arma de la mano, mientras las olas acariciaban el rostro de la muerte-. ¿No hay nadie más en esta isla?

-Nadie que os importe -contestó la mujer, alzando la vista para contemplar la fortificada casona, mientras los recuerdos le venían a la mente-. Tan sólo un jardinero, un retrasado mental que está al cuidado de una jauría de mastines de presa, un hombre fácil de manejar. El propietario de esta isla es un viejo amigo mío, un anciano que necesita atención médica. Ahora se encuentra en la ciudad de Miami, en Florida, donde recibe tratamiento radiactivo. Todos los primeros de mes viene aquí y se pasa unos cuantos días. Eso es todo lo que has de saber. ¡Vamos, subamos esas escaleras!

-¿Quién es ese hombre? -preguntó el muchacho, contemplando a Bajaratt, plantada sobre la arena.

-Mi único padre de verdad -contestó Amaya Aguirre-Bajaratt en tono dulce y soñador.

La mujer se puso a deambular por la playa. Su silencio repentino indicó a Nicolo que no debía interrumpir sus pensamientos. ¡Y qué clase de pensamientos tenía! Los dos años más felices de su vida habían quedado sepultados en los infiernos. El padrone, el viscoso elegante, era el hombre al que más había admirado. A la edad de veinticuatro años ya controlaba los casinos de La Habana aquel maravilloso joven cubano, alto rubio v de ojos de color azul

claro, el hombre elegido por los capos de Palermo, Nueva York y Miami. No tenía miedo de nadie e infundía pavor a todo aquel que se opusiese a sus decisiones. Pocos osaron oponérsele y los que lo hicieron desaparecieron. La Bajaratt había escuchado las historias que se contaban sobre él... en el valle de la Bekaa, en Bahrayn y en El Cairo.

Los supremo últimos de la Mafia lo habían elegido, convencidos de que era el discípulo de más talento que tenían desde los tiempos de Al Capone, quien había controlado la ciudad estadounidense de Chicago en una época en que tan sólo contaba con veintisiete años de edad. Pero el mundo se le vino abajo al joven padrone cuando el loco de Fidel Castro bajó de la sierra y acabó con todo, incluso con la Cuba que había jurado salvar.

Sin embargo, nada detuvo al vicioso elegante, al hombre que algunos llamaban El Marte del Caribe. Primero se fue a Buenos Aires, donde creó una organización sin parangón alguno, en colaboración con los generales, por supuesto. Luego se trasladó a Río de Janeiro, donde creó otra, que superó con mucho las expectativas de sus superiores. Se instaló en una apartada finca de más de cuatro mil hectáreas, desde donde concentró sus esfuerzos y se dedicó a traficar con la muerte por el mundo entero, para lo que reclutó un ejército de antiguos soldados, especialistas en las artes del asesinato, proscritos de los ejércitos de muchos países, y vendió esas artes por enormes sumas de dinero. El asesinato eran su mercancía, así que no le faltaron los compradores en un mundo de grandes turbulencias políticas. *Nostros legiones stranieros* llamaban a ese ejército los capos partiéndose de risa mientras bebían su buen vino en Palermo, Nueva York, Miami y Dallas y aceptaban sus comisiones por cada costoso asesinato. Y es que el ejército silencioso e invisible del padrone era en verdad su propia Legión Extranjera.

Hasta que la edad y la enfermedad obligaron al padrone a retirarse a su inexpugnable isla. Y entonces, de repente, una mujer apareció en su vida. Al otro lado del globo, Bajaratt había sido gravemente herida en el puerto chipriota de Vasilikos mientras perseguía a un comando ejecutor que había enviado el Mossad para matar a un héroe palestino que había sido visto allí, el revolucionario que luego se convertiría en su marido. Amaya Bajaratt, que dirigía el comando de rescate, logró dar caza a los ejecutores frente a las costas de Chipre y al igual que una capitana pirata, acosándolos en la noche con su lancha motora, los obligó a meterse en los bajos de arena, donde los iluminó con sus focos, mientras descargaba continuas ráfagas mortales contra los acorralados israelíes. Recibió tres tiros en el vientre, se le desparramaron los instestinos y estuvo a punto de perder la vida.

Un médico chipriota, que colaboraba con la resistencia, les explicó claramente que él podría hacerle una cura de urgencia y detener en parte la hemorragia interna. Aplicándose con profusión cubitos de hielo, la mujer viviría aún un día o dos, pero eso sería todo cuanto podría lograrse sin la ayuda de la cirugía moderna. Aparte de ese diagnóstico, había algo más a tener en cuenta: ningún hospital ni equipo médico alguno, con la necesaria tecnología, ni en las zonas civilizadas del Mediterráneo ni en el propio continente europeo, admitirían a esa mujer herida, que evidentemente era una terrorista, sin alertar antes a las autoridades... y en cuanto a la Unión Soviética, ya hacía tiempo que había dejado de ser un refugio.

Sin embargo, tras realizar repetidas llamadas de urgencia al valle de la Bekaa surgió una solución posible, que no le garantizaría la vida, desde luego, pero que al menos, permitiría intentarlo, siempre y cuando pudiese aguantar un mínimo de dos días o, mucho mejor, tres. Había un hombre que vivía en el Caribe, un poderoso tratante en toda clase de cosas, desde narcóticos, pasando por el espionaje industrial, hasta los secretos militares y el contrabando de armas a gran escala. Había colaborado muchas veces con la gente del valle de la Bekaa y movido más de dos mil millones de dólares en sus transacciones en el Oriente Medio. No podía negarse, aunque quisiera, a los ruegos de la aljama.

Durante algunas horas el hombre trató de oponerse, pero el célebre combatiente por la libertad, a quien la mujer había salvado la vida, se mantuvo en sus trece. Juró utilizar todos los cuchillos del valle de la Bekaa, empezando por el suyo propio, para cortar el gaznate al ingrato traficante y a todos sus acólitos allá donde se encontrasen si éste se negaba a cooperar.

La moribunda Bajaratt fue trasladada en avión hasta Ankara y de allí la llevaron en un jet de transporte militar a Martinica, donde la pasaron a un hidroavión bimotor. Once horas después de haber salido de Chipre llegaba al puerto de la inexplorada isla de padrone. La esperaba un equipo de cirujanos de Miami, quienes ya habían celebrado consulta con el médico de Chipre. Lograron salvarle la vida y el antes reticente padrone no reparó en gastos, preocupado como estaba por no perder clientes en el valle de la Bekaa ni perder la propia vida.

Cuando Bajaratt y Nicolo se acercaron a la escalera de piedra que conducía a la fortaleza de la isla, la mujer no pudo reprimirse más y prorrumpió en sonoras carcajadas.

-¿Qué pasa? -preguntó Nicolo en tono cortante-. No veo ningún motivo de risa.

-No es nada, mi adorable Adonis. Tan sólo recordaba primeros días que pasé aquí. Es algo que no te interesaría... ¡Subamos! Estos escalones son una dura prueba, pero son magníficos para subir y bajar por ellos y recobrar las fuerzas.

-No me hace falta ese ejercicio.

-A mí me hizo falta en cierta ocasión.

Cuando empezaron a subir, le vinieron a la memoria los recuerdos de aquellas primeras semanas con el padrone; y al evocarlos, tuvo mucho de qué reír. Al principio, cuando se pudo mover, eran como dos gatos suspicaces y al acecho; la mujer se sentía ofendida por los lujos que el otro concedía; el hombre se sentía incómodo por la intromisión de la otra en su opulento modo de vida. Y un buen día, por pura casualidad, la mujer entró en la cocina cuando el hombre se encontraba muy disgustado por la forma en que había preparado la cocinera unos Cannelloni Sam Buco Florentine; la misma cocinera que ahora yacía a sus espaldas en la orilla del mar. Tras presentar sus excusas a la cocinera, Bajaratt preparó la comida y se hizo simpática al antipático propietario de la isla. Luego vino el ajedrez. El padrone se jactaba de ser un gran maestro, pero la joven ama de casa le ganó dos veces seguidas y luego le dejó ganar la tercera partida de un modo descarado. El soltó la carcajada al darse cuenta de lo que había hecho la mujer y le dio las gracias por ese acto tan caritativo.

-Eres encantadora -le dijo-, pero no vuelvas a hacerlo.

-En ese caso te ganaré todas las veces y te pondrás furioso.

-No, hija mía, yo aprenderé de ti. Esa es la historia de mi vida. Siempre aprendí de todos... En cierta ocasión quise convertirme en una gran estrella de cine, convencido de que mi altura, mi cuerpo y mis dorados cabellos resultarían muy fotogénicos. ¿Y sabes lo que ocurrió? No te preocupes, te lo diré. Rosellini vio una prueba que había hecho para Cinecitá en Roma. ¿Y a que no adivinas lo que dijo?... No te preocupes, te lo diré. Dijo que había algo horripilante en mis ojos azules, un demonio que no se acababa de explicar. Tenía razón, me fui a otra parte.

A partir de aquella noche pasaron muchas horas juntos día tras día, enterándose cada uno de las manías del otro y aceptando ambos sus respectivas genialidades. Finalmente, un buen día por la tarde, cuando estaban sentados en la terraza contemplando la puesta del sol, el padrone dijo:

-Eres la hija que jamás pude tener.

-Y tú eres mí único padre verdadero -contestó Amaya Bajaratt.

Cuando alcanzaron el final de la escalera, Nicolo, que llevaba un escalón de ventaja a Bajaratt, extendió el brazo. Frente a ellos se veía un camino de losas de piedra, que conducía a un portalón de hierro forjado, alto y ancho y de al menos ocho centímetros de espesor.

-Creo que está abierto, Cabi.

-Lo está -confirmó Bajaratt-. Hectra se habrá olvidado de cerrarlo con las prisas.

-¿Quién?

-No viene al caso. Dame el fusil por si hay algún perro suelto.

La pareja se acercó a la puerta entreabierta.

-¡Ábrela, Nicolo! -ordenó la mujer.

Y de repente, al entrar en la casa, el enorme vestíbulo se llenó de explosiones que parecían venir de ningún sitio y de todas partes. Las descargas de las potentes escopetas de cañón corto retumbaron en las paredes de piedra mientras los dos intrusos se arrojaban de bruces al suelo de mármol y Amaya se puso a disparar indiscriminadamente -de nuevo a ningún sitio y a todas partes- hasta quedarse sin municiones. Y luego, cuando las columnas de humo empezaron a elevarse hasta el alto techo, se produjo el silencio, una calma repentina, que sorprendió a los dos merodeadores sin haber recibido daño alguno. Ambos levantaron la cabeza cuando el humo desapareció entre los rayos del sol poniente que entraban por los ventanucos; ambos con vida y sin saber por qué. Y entonces, entre la humareda que ascendía al techo, se dibujó la silueta de un anciano en una silla de ruedas, que salía de un nicho al otro extremo del vestíbulo y se acercaba impulsado por sus propias fuerzas. En el balcón semicircular que coronaba la escalera de caracol estaban apostados dos hombres que empuñaban el arma predilecta de los sicilianos: sendas escopetas lapo de cañones recortados. Se sonreían; no habían utilizado municiones de verdad, tan sólo cartuchos sin carga mortífera, simples proyectiles de fogueo.

-¡Oh, si es mi Annie! -exclamó con voz quebradiza el anciano de la silla de ruedas, hablando en inglés pero con fuerte acento-. Jamás pensé que pudieses ser tú.

-¡Pero si tenías que estar en Miami! ¡Siempre estás en Miami! ¡Por lo de tu tratamiento!

-¡Venga, Baj! ¿crees acaso que ésos pueden hacer algo más por mí?... ¿Cómo se te ha ocurrido matar a tu vieja amiga Hectra, la que te cuidó hace cinco años, devolviéndote la salud? Has perpretado un asesinato... Y por cierto, ahora me debes una mujer de fidelidad comparable a la suya. ¿No podrías ser tú?

Barajatt se puso en pie lentamente.

-Necesitaba refugiarme en este lugar durante unos cuantos días y nadie pero nadie tenía que saber dónde me encontraba ni lo que estaba haciendo ni con quién iba a reunirme, ni siquiera la propia Hectra. Dispones de radios, de satélites... ¡Tú mismo me enseñaste su manejo!

-Me acabas de decir que nadie sabe lo que estás haciendo o, para ser más precisos, lo que intentas hacer. ¿Crees que esta figura decrépita que tienes ante tus ojos perdió el uso de su mente antes que el de su cuerpo?... Te puedo asegurar que no ha sido así. Al igual que no he perdido a mis amistades, desde las que tengo en el valle de la Bekaa, pasando por el Deuxiéme Bureau francés y el brillante MI-6, hasta sus no menos admirables colegas estadounidenses. Sé exactamente cuáles son tus intenciones... ¡Muerte a toda autoridad! ¿Me equivoco?

-Se trata de mi vida..., de la culminación de mi vida, sin duda alguna, pero debo hacerlo, padrone.

-Sí te entiendo. No importa cuántos sufrimientos causemos, porque grande es también el dolor que ambos hemos de soportar. Siento mucho lo de tu pérdida, Annie, tu última pérdida; me refiero a la masacre de Askelón, por supuesto. Me dijeron que era un hombre extraordinario, un auténtico líder, resuelto y audaz.

-Veía en él muchísimo de ti, padrone, de lo que fuiste cuando tenías su edad.

-El era algo más idealista, imagino.

-Podría haber sido tantísimas cosas, cualquier cosa que hubiese querido, pero el mundo no se lo habría permitido. Al igual que no me lo permitirá a mí. Las cosas que no podemos controlar acaban por controlarnos.

-¡Qué razón tienes, hija mía! Yo quería convertirme en estrella de cine. ¿Te lo he contado alguna vez?

-Y hubieses sido la estrella más brillante, mi único padre de verdad -dijo Bajaratt-. Pero, dime: ¿me permitirás cumplir la misión final de mi vida?

-Tan sólo por medio de mi ayuda, mi única hija de verdad.

Yo también quise dar muerte a todos aquellos que controlan nuestras vidas, pues ellos nos han convertido en lo que somos... Pero, ven y abrázame, como solías hacer. Estás en tu casa.

Cuando Bajaratt se arrodilló y extendió los brazos hacia el anciano inválido, éste señaló al joven, que seguía en cuclillas sobre el suelo de mármol, contemplando la escena con aire de fascinación y espanto.

-¿Quién demonios es ése? -preguntó el anciano.

-Se llama Nicolo Montavi y es el núcleo fundamental de mi plan -susurró la mujer-. Me conoce como la signora Cabrini y me llama Cabi.

-¿Cabrini? ¿Como esa venerada santa norteamericana?

-Naturalmente. ¿0 no crees que me convertiré con mis acciones en la segunda santa de Estados Unidos?

-Las ilusiones requieren también una buena cantidad de ron y una opípara comida. Me encargaré de eso.

-¿Me dejarás seguir adelante, querrás hacerlo, padrone?

-Por supuesto que lo haré, hija mía, pero sólo si aceptas mi ayuda. ¡Asesinar a hombres como ésos! El mundo se sumirá en el miedo y en el pánico. ¡Será nuestra última proclama, antes de morir!

CAPÍTULO III

El sol del Caribe calcinaba la tierra, las piedras y la arena de la isla de Virgen Gorda. Eran las once de la mañana, preludio de la hora abrasadora del mediodía. Los clientes de Tyrell Hawthorne se protegían bajo el cobertizo de cañas del chiringuito de la playa, haciendo todo cuanto estaba al alcance de sus fuerzas por mitigar los efectos de la resaca. El patrón les había comunicado que a causa de una avería no podría zarpar hasta por la tarde, así que los cuatro lanzaron un suspiro de alivio cuando un banquero de Greenwich, Connecticut, le plantó en la mano tres billetes de cien dólares, diciéndole:

-¡Por el amor de Dios, déjelo para mañana!

Tyrell regresó al bungalow en el que Mickey montaba guardia, vigilando a Cooke y a Ardisonne, mientras que su compañero Marty prestaba servicio en el puerto. Habían desnudado a los dos intrusos, dejándolos en calzoncillos, y habían depositado sus ropas en la lavandería del hotel. Hawthorne cerró la puerta de un golpe y se dirigió al mecánico.

-Hazme un favor, Mick, ve al chiringuito y tráeme dos botellas de Montrachet Grand Cru... ¡Bah, olvídalo!, que sea de vino blanco y me da igual si es un Thunderbird.

-¿De qué cosecha? -preguntó Ardisonne.

-De la semana pasada -contestó Tyrell, añadiendo, mientras Mickey salía rápidamente del cuarto-: Bien gauchos, prosigamos, como diría Cooke.

-Nos has puesto un mote más bien peyorativo, comandante -dijo Cooke.

-Tú sí que eres un mote peyorativo andante, oficial Chocolatinas... La verdad es que da gusto veros a los europeos saliendo de vuestras estrechas callejuelas cubiertas por la niebla y abrigados con vuestras trincheras para venir aquí, a merodear por la costa. ¿Por qué no lo admitís de una vez? La tecnología moderna os ha remplazado, al igual que me sustituyó a mí. Es algo que aprendí en Amsterdam; por mucho que me mintiesen todos, no pudieron

ocultármelo. Todos estaban programados por las cifras; decían y hacían lo que las máquinas les ordenaban que dijesen e hiciesen. ¡Eso es todo lo que sabéis hacer!

-No es cierto, mon ami. Míralo de un modo más simple: no estamos equipados para enfrentarnos a esa tecnología. Pertenecemos a la vieja escuela. Y créeme cuando te digo que esa escuela volverá a imponerse, a extremos que no puedes imaginar. Los ordenadores y sus módems, los satélites y sus fotografías tomadas a gran altura, las fronteras atravesadas por las señales de radio y televisión; todo eso es magnifique, pero esos chismes no se enfrentan, ni pueden enfrentarse, a la condición humana. Nosotros hemos sabido hacer eso y tú también. Sabemos cómo abordar a un hombre cara a cara; nuestros ojos y nuestros instintos nos dicen si esa persona es un enemigo. Los aparatos no pueden hacer lo mismo.

-¿Pretendes decirme con tu aburrida perorata que podemos combinar nuestras prácticas medievales para encontrar a esa fiera de Bajaratt con mayor rapidez que enviando por fax su fotografía, su descripción y todo cuanto hayáis averiguado a través de vuestras seguras fuentes de información a todas estas islas, de las que las habitadas alcanzarán la cincuentena? Si eso es así, lo único que puedo decir es que deberían obligarte a aceptar la jubilación anticipada.

-Creo saber lo que trata de decir Jacques -dijo Cooke, interrumpiéndolos-. Nuestra experiencia, combinada con la tecnología a nuestro alcance, puede resultar más eficaz que la una sin la otra.

-Absolument! Muy bien dicho, mon ami. Esa asesina psicópata no carece de inteligencia ni de recursos.

-Según los informes de Washington, tampoco carece de una gran dosis de odio, que ofusca su inteligencia.

-Claro está que no hay justificación alguna para lo que está haciendo o, ¡que Dios nos ampare!, para lo que intenta hacer -dijo en tono enfático el hombre del MI-6.

-No, no la hay -asintió Hawthorne-. Y sin embargo, me pregunto quién y qué podría ser ahora si alguien la hubiese ayudado hace años... ¡Dios todopoderoso, ver cómo muere tu padre ante tus propios ojos! Creo que si eso nos hubiese ocurrido a mi hermano y a mí, bien podríamos habernos convertido en una asesina como ella.

-Perdiste a tu mujer, a quien tanto querías, Tyrell -dijo Cooke-, y no por eso te convertiste en asesino.

-No, no me convertí -replicó Hawthorne-, pero mentiría si os dijera que no pensé en matar a un montón de gente; y no es que lo pensara únicamente, sino que hasta llegué a planearlo en varias ocasiones.

-Pero no llevaste a cabo tus planes.

-Tan sólo porque recibí ayuda... Podéis creerme, tan sólo porque hubo alguien que me detuvo.

Tyrell contempló el mar a través de la ventana y sintió por unos instantes el efecto hipnótico del movimiento incesante de las olas. Había habido alguien en su vida. ¡Dios, cuánto la echaba de menos! En momentos de borrachera le habló de sus proyectos para eliminar a ése a ese otro, hasta abrió los cajones de su barco, en los que guardaba bajo llave sus planes, y le reveló lo que pensaba hacer, en medio de su estupor, mostrándole sus planos, sus bocetos de calles y edificios, los métodos que utilizaría para acabar con las vidas de aquellos que habían sido los causantes de la muerte de su esposa. Y cuando se encontraba sumido en los letargos del alcohol, Dominique le estrechó entre sus brazos y le susurró al oído que por mucho que asesinase, nada devolvería la vida a su mujer; sólo lograría infligir dolor a muchas personas que nada tenían que ver con Ingrid Johansen Hawthorne. Por la mañana todavía seguía a su lado, aliviándole con su alegre risa los efectos de la resaca y disipándole sus sentimientos de culpabilidad, pero recordándole aún lo loco que había sido y lo extremadamente peligrosas que eran sus fantasías. Ella lo quería con vida. ¡Dios, cuánto la

amaba! Y cuando ella se marchó, el whisky se fue con ella. A lo mejor no se trataba mas que de otra de sus fantasías, pero solía preguntarse si habría dejado realmente de beber en el caso de que ella se hubiese quedado.

-Te pido diculpas por haberte molestado -dijo Ardisonne, tan embarazado como Cooke por el repentino silencio de Hawthorne.

No me habéis molestado; se trata de algo muy íntimo.

-Y bien, comandante, ¿cuál es tu respuesta? Te lo hemos contado todo y hasta te hemos pedido perdón por lo que hicimos anoche, que en aquellos momentos nos pareció lo apropiado. Cuando un camarero se te queda mirando con hostilidad y se agacha por debajo del mostrador en un chiringuito solitario en mitad de la noche..., en fin, tanto Jacques como yo conocemos estas islas.

-No os falta razón, pero os excedisteis en vuestros métodos. Me dijisteis que teníais que hablar conmigo inmediatamente, que era muy urgente. Y sin embargo, me dejasteis fuera de combate durante cerca de seis malditas horas. ¡Vaya con las urgencias, amigos!

-Nuestros métodos no estaban previstos para ser utilizados contra ti o contra tu amigo el camarero -dijo Ardisonne-. Para ser francos, estaban destinados a otra gente.

-¿Qué otra gente?

-¡Venga ya, Tyrell, no te hagas el ingenuo! Los del valle de la Bekaa no carecen de contactos en todas partes y tan sólo el más ingenuo del los ingenuos puede creer que nuestras organizaciones no tienen gente corrupta en algún que otro departamento. Veinte mil libras pueden trastornar la mente de cualquier burócrata.

-¿Pensáis que pueden haberos detectado?

-No podemos descartar esa posibilidad, querido amigo. De ahí que tan sólo hayamos venido con lo que podemos llevar en nuestras cabezas, sin nada escrito sobre Bajaratt, sin fotografías, sin expedientes, sin material confidencial de ningún tipo. En el caso de que alguien nos detuviese por cualquier motivo en alguna parte, bien fuese en París, en Londres o en la isla de Antigua, nosotros podríamos pararle los pies. No seríamos más que unos turistas de avanzada edad en viaje de vacaciones; el contenido de nuestras maletas y nuestros efectos personales así lo atestiguan.

-Así que habéis vuelto a vuestros impermeables para deambular por las oscuras calles.

-¿Por qué íbamos a renunciar a un poco de clandestinidad y a las armas secretas? ¿Acaso esos chismes no te salvaron la vida más de una vez durante la guerra fría?

-Quizás en una o dos ocasiones, pero no más, y bien sabe Dios que hice lo posible por no volverme paranoico. Hasta lo de Amsterdam todo fue coser y cantar. Pero ¿cómo puede cambiar uno y qué precio habría que pagar?

-Ahora el mundo ha cambiado mucho, comandante, ya no disfrutamos del lujo de conocer a nuestros enemigos. Ahora hay otra clase de gente y ya no hay agentes ni dobles agentes, ni espías infiltrados en uno u otro bando, a los que haya que des-cubrir; esos tiempos ya han pasado. Llegará el día en que miremos hacia atrás y nos demos cuenta de lo simples que eran, pues no se diferenciaban gran cosa de nuestras mentalidades bien arraigadas. Pero ahora todo ha cambiado; ya no tratamos con personas que piensan más o menos como nosotros pensábamos. Tratamos con odio, no con cuestiones de poder y de influencias geopolíticas, sino con el odio puro y descarnado. Los apaleados del mundo se rebelan, explotan sus frustraciones seculares, se impone la venganza ciega.

-Lo que afirmas es dramático, Geoff, pero creo que sacas las cosas de quicio. Washington sabe de la existencia de esa mujer y hasta que no sea apresada no permitirán que el presidente se vea envuelto en situaciones que puedan resultar vulnerables. Supongo que ocurrirá otro tanto en Londres, en París y en Jerusalén.

-¿Y quién es realmente invulnerable, Tyrell?

-Nadie, por supuesto, pero esa mujer tendría que ser una ilusionista consumada para poder pasar sin ser vista entre las legiones de guardias y los sistemas de seguridad más perfectos del mundo. Por lo que me han dicho en Washington, en el despacho ovalado se controla hasta el menor movimiento. Allí no hay exteriores, no hay multitudes, todo se queda en casa y está completamente aislado. Y bien, os pregunto por enésima vez: ¿para qué demonios me necesitáis?

-¡Porque esa mujer es una ilusionista! -respondió Ardisonne-. Ha sabido eludir al Deuxiéme Bureau, al MI-6, al Mossad, a la Interpol y a todos los departamentos especiales de espionaje y contraespionaje que me puedas mencionar. De todos modos, sabemos que se mueve en una región concreta, en un sector que podernos rastrear y peinar con todos los artilugios tecnológicos a nuestro alcance, junto con el componente de mayor importancia de que disponemos: el factor humano. Podemos tenderle una emboscada, hacer que la búsqueda la dirijan cazadores de gran experiencia, hombres avezados a sus habituales territorios de caza, a las zonas costeras y a los más recónditos vericuetos de tierra adentro.

Hawthorne escudriñó en silencio a los dos hombres, pasando la mirada de uno a otro.

-Supongamos que consienta en ayudaros, bajo ciertas condiciones -dijo finalmente-. ¿Por dónde comenzaríamos?

-Recurriendo ante todo a los medios técnicos que tanto alabas -contestó Cooke-. Todos los centros de espionaje de la OTAN y Los departamentos de Policía de todo el Caribe ya han recibido por cable descripciones detalladas de Bajaratt y del joven que la acompaña.

-¡Oh, qué medida tan brillante! -exclamó Tyrell, echándose a reír sarcásticamente-. ¿Conque habéis dado la alerta general en todas las islas y ahora estáis esperando la respuesta? Me tenéis hondamente impresionado, caballeros. Y yo que creía que conocíais todas las costas y hasta el último vericueto.

-¿Cuál es tu opinión? -inquirió Ardisonne, al que no hicieron gracia las palabras del otro.

-Mi opinión es que apenas tendréis un treinta por ciento de posibilidades de enteraros de algo por boca de cualquiera que los vea, ni oficialmente ni de otro modo. Si alguien los divisa, no acudirá corriendo a vosotros, sino que se apresurará a ponerse en contacto con la dama y unos cuantos miles de dólares le taparán la boca. Habéis estado demasiado tiempo fuera, compañeros, por aquí no se atan los perros con longaniza. Con excepción de sitios como éste, la miseria se extiende de isla en isla.

-¿Y cómo lo hubieses hecho tú? -preguntó Cooke.

-Como lo deberíais haber hecho vosotros -replicó Hawthorne-. Decís que la mujer ha de tener acceso a los bancos de estos lugares; he ahí vuestra oportunidad. Nadie de por aquí entrega grandes sumas de dinero a un forastero, a menos que sea personalmente. Concentrad vuestros esfuerzos en las islas que dispongan de tales servicios, y éstas se reducirán a unas veinte o veinticinco. Seguro que entre los dos ya conocéis la mayoría de los bancos, si no todos, de vuestros viajes por estas islas. Acompañad vuestros pretextos con una buena cantidad de dinero en metálico y permitid a la gente que establezca sus propios acuerdos con las autoridades. Por estos andurriales la puerta trasera es muchísimo más eficaz que la entrada principal de la casa. Me sorprende tener que decíroslo.

-Nada tengo que objetar a tu razonamiento, Tye, pero me temo que no nos queda tiempo. París cree que no permanecerá aquí más de quince días y Londres calcula menos tiempo; digamos de cinco a ocho días como mucho.

-En ese caso os habéis desembarazado del jinete en el mismo punto de partida. Ya habéis perdido la carrera. Esa mujer no caerá en vuestras redes.

-No tiene por qué ocurrir eso necesariamente -dijo Richelieu.

-Londres se ha encargado de perfilar la estrategia -explicó Cooke- Y no creas que se nos ha pasado por alto la corrupción a la que te has referido. A la voz de alerta se añade una nota

de la que nadie podrá hacer caso omiso. Los gobiernos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos ofrecen un millón de dólares de recompensa cada uno por cualquier información que conduzca a la detención de los dos fugitivos. Y viceversa: si se llegase a descubrir que alguien ha ocultado tal información, se amenaza con infligir el más severo castigo.

Hawthorne emitió un silbido.

-¡Caramba! -exclamó por lo bajo-. A eso lo Llamo yo chutar con pelota de acero. Puedes devolverla y te ganas tres millones de dólares o puedes entrar en tu portería junto con un tiro en la nuca en algún callejón oscuro.

-!Exacto! -insistió el veterano del MI-6.

-Le habéis robado la idea al viejo NKVD; incluso el KGB era más civilizado.

-Te equivocas. Se remonta al Beowulf. Un sistema muy eficaz.

-¡No hay tiempo, Tyrell! -dijo Ardisonne--. Hemos de entrar en acción inmediatamente.

-¿Cuándo han dado la voz de alarma? ¿Cuándo han enviado las descripciones?

Cooke se miró el reloj de pulsera.

-Hará unas seis horas aproximadamente, a las cinco en punto de la madrugada, hora de Greenwich.

-¿Y dónde está la base de operaciones?

-De momento en la calle Tower de Londres.

-En la sede del MI-6 -dijo Hawthorne.

-Te has referido a «ciertas condiciones», Tyrell -dijo Cooke. ¿Podemos dar por sentado que te unes a nosotros en aras de la estabilidad global?

-No podéis dar nada por sentado. No siento ningún afecto por los gilipollas que dirigen este planeta. Queréis que intervenga, pues tendréis que pagarme, independientemente de que esos cretinos vuelen o no por los aires, y me vais a pagar por adelantado.

-Juegas duro, amigo...

-No estoy jugando. El asunto os podrá resultar muy divertido, pero para mí es aburridísimo... Para que mi hermano y yo podamos arrancar realmente este negocio, necesitamos dos embarcaciones más; de segunda mano pero en perfecto estado, de primera clase. Y eso nos costaría setecientos cincuenta mil dólares por barba; un millón quinientos mil en total. Depositados en mi banco de Santo Tomás mañana por la mañana. A primera hora.

-¿No resulta algo excesivo?

-¿Por qué? ¿No estáis dispuestos a pagar millones de dólares a cualquier delator que pueda tropezarse por casualidad con esa Bajaratt y su crío? ¡Vamos, Geoffrey! Págame o zarparé para Tórtola mañana mismo a las diez de la mañana.

-Eres un presumido hijo de puta, Hawthorne.

-Pues iros al demonio, que yo partiré para Tórtola.

-Sabes muy bien que no podemos hacer eso. De todos modos, me pregunto si vales ese dinero.

-No lo sabréis hasta que me hayáis pagado, ¿no es así?

Central Intelligence Agency, Langley, Virginia

El canoso Raymond Gillette, director de la CIA, miraba fijamente al oficial de marina que estaba sentado frente a su escritorio, vestido de uniforme y con una expresión que era una mezcolanza de respeto a regañadientes y animadversión.

-Los del MI-6, ayudados un poco por el Deuxiéme Bureau, han logrado lo que usted no pudo conseguir, capitán -le dijo sin alzar la voz-. Han reclutado a Hawthorne.

-Lo intentamos -dijo el capitán Henry Stevens, jefe del Servicio de Información de la Marina, y en su cortante réplica no había el menor tono de disculpa mientras se arrellanaba en su asiento con su enjuto cuerpo de hombre de cincuenta años, como si éste le confiriese un sentimiento de superioridad física con respecto al obeso director de la CIA-. Hawthorne fue siempre un inocentón de primer orden y jamás reconoció ese hecho. Dicho en otras palabras: era un imbécil consumado y no quiso creernos cuando le presentamos pruebas irrefutables.

-¿De que su mujer sueca era un agente o al menos un confidente a sueldo de los rusos?

-Exactamente.

-¿Qué tipo de pruebas presentaron?

-Las nuestras. Meticulosamente documentadas.

-¿Por quién?

-Por fuentes de primera mano. Ellos fueron los que confirmaron el hecho a una persona.

-¿En Amsterdam? -inquirió Gillette sin cuestionar la declaración del otro.

-Si..

-He leído su expediente.

-Pues habrá advertido entonces hasta qué punto eran irrefutables esos hechos. La mujer estuvo sometida a una vigilancia constante. ¡Dios, se había casado a los dos meses de haber conocido a un alto oficial de inteligencia naval.., y había sido vista y fotografiada cuando entraba en la Embajada soviética por la puerta trasera, de noche y en once ocasiones distintas! ¿Qué más se necesitaba?

-De entrada una verificación. Con nosotros, quizá.

-Para eso están los ordenadores que almacenan las operaciones secretas.

-No resultan siempre fiables. Y si usted no lo sabe, habría que degradarlo a simple marinero, buscando el escalafón más bajo que haya.

-No tengo por qué permitirle eso, simple paisano.

-Pues sería mejor que me lo permitiera a mí, a una persona que tomará en consideración su hoja de servicio, o podría encontrarse compareciendo ante un tribunal de justicia, integrado por militares y paisanos. Y eso en caso de que lograra sobrevivir más de veinticuatro horas al momento en que Hawthorne descubra la verdad.

-¿De qué demonios está hablando?

-He leído su expediente sobre la mujer de Hawthorne.

-¿Y bien?

-Usted hizo correr la voz entre todos los agentes que tenía bajo su jurisdicción en Amsterdam de que la mujer de Hawthorne, una intérprete que gozaba de toda confianza, estaba trabajando para Moscú y les obligó a guardar secreto bajo juramento. Les incitó con las siguientes palabras textuales: «Ingrid Hawthorne está traicionando a la OTAN; mantiene contactos frecuentes con los soviéticos.» Parecía un disco rayado, repitiendo la misma frase una y otra vez.

-¡Era la verdad!

-Era mentira, capitán. La mujer trabajaba para nosotros.

-¡Usted delira! ¡No lo creo!

-Lea nuestro expediente... Por lo que he podido descubrir, con el fin de aparecer libre de culpa, usted divulgó otra mentira, que resultó ser la verdad, la fatídica verdad. Eligió a un funcionario de asuntos internos del KGB para hacerle llegar el rumor de que la señora Hawthorne era un agente doble, de que su matrimonio era algo real y no una ceremonia de conveniencia como pensaban los soviéticos. Ellos la eliminaron y arrojaron su cuerpo al canal

de Herengracht. Nosotros perdimos a un agente infiltrado de valor incalculable y Hawthorne perdió a su esposa.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Stevens debatiéndose en su asiento; su cuerpo empezó a moverse nerviosamente de un lado a otro entre los brazos del sillón-. ¿Por qué demonios no nos lo dijo alguien?

El capitán se callo de repente y clavó la mirada en el director.

-¡Un momento! -exclamó-. Si lo que me dice es verdad, ¿por qué ella no se lo contó jamás a Hawthorne?

-Tan sólo podemos hacer suposiciones. Los dos estaban metidos en el mismo negocio; ella sabía lo que hacia él, pero él no sabía nada sobre ella. De haberlo sabido, podría haberla obligado a no seguir adelante, ya que conocía perfectamente los riesgos.

-¿Y por qué no se lo dijo ella?

-Flema escandinava, quizá. Fíjese en cómo juegan al tenis. Lo cierto es que no podía abandonar. Su padre murió en un campo de concentración siberiano; había sido un activista antisoviético y fue detenido en Riga, cuando ella era aún una niña.

Se cambió el apellido, se inventó sus propios antecedentes, aprendió a hablar con soltura el ruso, al igual que el francés y el inglés, y se puso a trabajar para nosotros en La Haya.

-¡Nada de eso consta en nuestros archivos!

-Pues podría haberse enterado si hubiese hecho una llamada telefónica antes de tomar su decisión. Sus datos auténticos no estaban en los archivos.

-¡Chorradas! ¿Quién diablos está dispuesto a fiarse de alguien?

-Quizá sea por eso por lo que estoy aquí, joven -dijo Gillette, cuyos ojillos ocultos tras bolas de carne reflejaban por partes iguales el desprecio y la comprensión-. Soy un zorro viejo que estuvo en el servicio secreto del Ejército, en Vietnam, donde realmente se hacía la vista gorda, hasta tal punto que salí de allí con una reputación excelente, que en nada me merecía; por el contrario, tendrían que haberme hecho comparecer ante un tribunal militar. Y así sé de dónde procede usted, capitán, lo que no le excusa a usted, como tampoco a mí, pero creí mi deber decirle la verdad.

-Si ése es su modo de pensar, ¿por qué aceptó este trabajo?

-Me ha llamado paisano y tiene toda la razón del mundo; soy un civil muy rico. Gané muchísimo dinero, en parte gracias a esa intachable reputación mía; así que cuando me propusieron para este cargo, decidí que había llegado el momento de saldar mi deuda con la sociedad. Quería hacer las cosas un poquitín mejor en este ámbito tan necesario del gobierno... para reparar errores del pasado, probablemente.

-Teniendo en cuenta tales errores, ¿qué le hace pensar que está cualificado para el cargo?

-Precisamente esos errores. Somos tan tremendamente propensos a los secretos, que cuando se trata de dar a conocer (o investigar) asuntos de vital importancia, nos callamos con demasiada frecuencia. Por ejemplo: no creo que usted vuelva a repetir el error que cometió con Ingrid Hawthorne.

-¡No fue un error! ¡Usted mismo lo acaba de decir. ¡Sus datos auténticos no estaban en los archivos!

-Tampoco lo están unas ochenta o cien personas. ¿Qué piensa sobre el particular?

-¡Pienso que eso se huele!

-¿Incluyendo a varias docenas de agentes suyos?

-Eso ocurrió antes de que ocupara mi cargo -replicó bruscamente el oficial de Marina-. Un sistema informático no funciona si queda desatendido. En esos ordenadores hay mecanismos de seguridad.

-No diga eso a los piratas informáticos que se introdujeron en los aparatos del Pentágono. No le creerían.

-!Una probabilidad entre un millón!

-Aproximadamente la misma probabilidad que tiene un espermatozoide individual de poder fertilizar un óvulo; y sin embargo, a los nueve meses aparece una nueva vida. Y usted segó una de esas vidas, capitán.

-!Maldito sea...!

-!Ahórrese sus insolencias! -le interrumpió el director de la CIA, levantando las manos, mientras mantenía los codos firmemente apoyados en los brazos de su asiento-. El secreto no saldrá de estas cuatro paredes. Y para su consuelo: yo también cometí un error similar con un espía de Ho Chi Minh... y eso tampoco saldrá de esta habitación.

-¿Hemos terminado?

-Todavía no. No puedo darle órdenes, pero le sugiero que vaya a ver a Hawthorne y le preste toda la ayuda marítima que necesite. Ustedes son omnipresentes en el Caribe y nosotros andamos escasos de recursos en esa zona.

-No querrá hablar conmigo -replicó el capitán lenta y serenamente-. He tratado de hacerlo en varias ocasiones y en cuanto se daba cuenta de que era yo, me colgaba sin decir palabra.

-Pues ha hablado con alguien de su plantilla. El MI-6 me lo ha confirmado. Por lo que dijo en Virgen Gorda a uno de sus hombres, un tal Cooke, se desprende que Hawthorne estaba informado sobre Bajaratt; sabía que el despacho ovalado está sometido a medidas de máxima seguridad y que el presidente lleva un chaleco antibalas. Y si ustedes no fueron, ¿quién demonios se lo dijo?

-Quería tenderle una trampa -contestó Stevens de mala gana-. Como no podía conseguir nada de ese cabroncete, pedí a algunos de mis hombres, conocidos suyos, que tanteasen la posibilidad de hacer algún progreso, indicándoles que si lo consideraban posible, contaban con luz verde para seguir adelante y podían dar a Tye un resumen sucinto de los hechos.

-¿A Tye?

-Nos conocemos; no muy bien, pero hemos tomado una copa juntos más de una vez. Mi mujer trabajaba en nuestra embajada en Amsterdam; eran amigos.

-¿Sospechó de usted en cuanto al asesinato de su mujer?

-¡Demonios! Le enseñé las fotografías y le juré que no habíamos tenido nada que ver con su muerte... lo que era cierto en realidad.

-Pero sí tuvieron que ver.

-Es imposible que pueda llegar a descubrirlo. Y dicho sea de paso: los soviéticos dejaron su marca inconfundible, como una advertencia para otros.

-Sin embargo, todos desarrollamos un cierto instinto, ¿no es así?

-¿Qué quiere de mí, señor director? No sé qué más puedo decirle.

-Ya que los ingleses le han reclutado, convoque una reunión y analice lo que se puede hacer para ayudarle -contestó el director de la CIA, inclinándose sobre el escritorio y escribiendo algo en un cuaderno de notas-. Coordine sus acciones con el MI-6 y con el Deuxiéme Bureau. Aquí tiene los nombres de las dos personas con las que ha de ponerse en contacto. Tan sólo con estas dos y sólo por teléfono codificado.

El director arrancó la hoja de la libreta y se la entregó.

-Son altos cargos -comentó el oficial del servicio de espionaje naval al leer los nombres-. ¿Cuál es la contraseña?

-Sangre de niña es lo que tendrá que marcar en su teléfono codificado.

-¿Sabe una cosa? -dijo Stevens, levantándose de su asiento y metiéndose el papel en un bolsillo-. Tengo el presentimiento de que a lo mejor estamos exagerando la nota. Ya hemos pasado por docenas de alarmas como ésta: pistoleros procedentes del Oriente Medio; psicópatas apostados en los aeropuertos, esperando su oportunidad para disparar contra un pez gordo; grandes operaciones para dar caza a un chiflado que había enviado cartas demenciales... y en el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos sólo se trataba de fanfarronadas. Y de repente, una mujer sola, que viaja con un jovenzuelo, aparece en las pantallas de nuestros sótanos y la alarma se dispara como alma que lleva el diablo desde Jerusalén hasta Washington, haciendo sonar sus campanas en Londres y en París. ¿No le parece que se exagera un poquitín?

-¿Ha leído con detenimiento el informe que recibí de Londres y que luego le pasé? -inquirió el director de la CIA.

-Con gran detenimiento. Jamás leo nada por encima. Según todos los dictámenes de los psiquiatras, se trata de una psicópata. Y sin lugar a dudas, de tendencias obsesivas. Pero eso no la convierte automáticamente en una superamazona.

-Porque no lo es. Un ser que esté por encima del común de los mortales representa un blanco fácil; destaca demasiado. Bajaratt podría ser la chica que vive en la casa de al lado en una pequeña localidad como Centerville, o la modelo tontita que aparece en un desfile de modas en el Saint-Honoré parisino, o la tímida hebrea que ejerce de soldado raso en el Ejército israelita. No ostenta cargos, capitán, los orquesta; en eso radica su genialidad. Provoca acontecimientos y después manipula a sus actores principales hacia objetivos predeterminados. De haber nacido en este país y si tuviese una mentalidad distinta, probablemente ahora estaría ocupando el cargo que yo tengo.

-¿Puedo preguntarle...? -balbuceó el oficial de Marina, dando un paso al frente y respirando con dificultad mientras se iba poniendo colorado a medida que la sangre le subía a la cabeza-. En cuanto a lo que hice..., ¡oh, Dios mío!, en cuanto a lo que hice..., usted ha dicho que no saldría de estas cuatro paredes.

-Y no saldrá.

-¡Que Dios me ampare! ¿Cómo pude hacer tal cosa? -exclamó el oficial, echándose a temblar mientras se le saltaban las lágrimas-. ¡Asesiné a la mujer de Tye...!

-Eso ya ha pasado, capitán Stevens. Por desgracia, tendrá que llevar esa carga durante el resto de su vida, al igual que la llevo yo desde hace más de treinta años, desde el trágico suceso del espía de Ho Chi Minh. Ese es nuestro castigo.

El hermano de Tyrell, Marc Anthony Hawthorne, «Marc-Boy» en la lengua franca del Caribe, había llegado en avión a Virgen Gorda para hacerse cargo del velero y los clientes de su hermano. Marc Hawthorne era, en muchos aspectos, el eterno hermano menor, algo más alto de estatura que el alto Tyrell, bastante más delgado -enjuto, para ser precisos- y con un rostro de apariencia familiar, pero desprovisto de las facciones angulosas y de los ojos de mirada inexpresiva de su hermano mayor, que le aventajaba en experiencia. Era cinco años menor y aun cuando saltaba a la vista que sentía un gran afecto por el primogénito de los Hawthorne, también era evidente que cuestionaba con frecuencia las capacidades intelectuales del hermano.

-¡No fastidies, Tye! -dijo con énfasis cuando los dos hermanos se encontraban de pie en el solitario muelle a eso del atardecer-. ¿No mandaste al demonio toda aquella mierda! ¡Ahora no puedes volver! ¡No te lo permitiré!

-Ojalá pudieses impedírmelo, Bro, pero no podrás.

-Pero ¿qué demonios pasa? -preguntó Marc, bajando la voz hasta convertirla en una especie de ensalmo gutural-. !Genio y figura hasta la sepultura! ¿Es eso lo que me estás diciendo?

-No del todo. Se trata únicamente de que yo puedo hacer lo que ellos no pueden. Cooke y Ardisonne han sobrevolado estas islas, pero yo me las he recorrido en barco. Conozco cada ensenada, cada porción de tierra, se encuentre o no en los mapas, y son incontables las «autoridades» a las que he sobornado con unos cuantos dólares.

-Pero ¿por qué? ¡Por los clavos de Cristo!, ¿por qué?

-No estoy seguro, Marc, pero quizá se deba a algo que me dijo Cooke. Me habló de «los apaleados del mundo», de personas que ya no son los enemigos que habíamos conocido, sino una nueva camada, una generación de fanáticos furiosos, empeñados en destruir todo aquello que en su opinión les ha mantenido hundidos en el fango.

-Puede que eso sea una verdad socioeconómica. Pero, te vuelvo a repetir: ¿por qué vas a involucrarte de nuevo?

-Te lo acabo de decir: puedo hacer lo que ellos no pueden.

-Eso no es una explicación, es una seudojustificación egotista.

-Está bien, hermano académico, trataré de explicártelo. Ingrid fue asesinada (por algún motivo, quizá jamás llegue a saberlo), pero conviviendo con una mujer como ella se puede llegar a saber con toda certeza que deseaba frenar la violencia en el mundo, por un medio u otro. Por otro lado he de admitir honestamente que no sé de qué bando estaba, sólo que deseaba la paz mundial. Más de una vez, cuando la estrechaba entre mis brazos, me dijo, en un grito que le salía del alma: «¿Por qué no puede parar? ¿Por qué no puede parar la brutalidad?»... Años más tarde, cuando me dijeron que era una espía soviética... Bueno, aún me resisto a creerlo, pero si lo era, lo fue por una causa que creyó justa. Deseaba la paz. Era mi mujer y yo la amaba. Y no hubiese sido capaz de mentirme cuando estaba entre mis brazos.

Ambos callaron. Finalmente, Marc rompió el silencio, diciéndole con suavidad:

-No pretendo poder llegar a entender siquiera el mundo en el que has vivido. Sabe Dios que no podría comprenderlo. Y sin embargo, he de preguntarte una vez más: ¿por qué vas a regresar realmente?

-Porque hay alguien actuando en nombre de una especie de poder superior, de un algo que supera nuestra capacidad de comprensión, pero que ha de ser detenido. Y si puedo detener a esa mujer porque conozco unos cuantos juegos sucios, quizás algún día me sienta mejor cuando piense en Ingrid. Fueron los juegos sucios los que la mataron.

-Resultas persuasivo, Tye -dijo Marc.

-Me alegra que estés de acuerdo -dijo Hawthorne, contemplando a su hermano menor mientras le daba un golpecito en el hombro-. Porque la semana próxima, quizás algunos días más, tendrás que encargarte del negocio. Y entre tus obligaciones estará la de buscar dos embarcaciones nuevas, de primera clase, de grandes velas y larga eslora. Si encuentras alguna que esté en venta, a buen precio, y no puedes localizarme, haz que te la reserven.

-¿Con qué? ¿Con promesas que no podremos cumplir?

-Tendremos dinero mañana a primera hora en nuestro banco de Santo Tomás, por cortesía de mis jefes provisionales.

-Me alegra saber que conjugas el idealismo con la realidad.

-Me lo deben. Me deben más de lo que jamás podrán pagarme.

-Y entretanto, ¿qué puedo hacer con el patrón que nos falta? Tenemos dos nuevas reservas para el próximo lunes.

-Ya he telefoneado a Barbie a Garfio Rojo. Ella se encargará de mi barco. El suyo aún no ha sido reparado de los daños que sufrió con el huracán.

-¡Mira, Tye, sabes perfectamente que los clientes no se sienten a gusto si el patrón es una mujer!

-Dile simplemente que haga lo que suele hacer en su propio barco cuando los clientes descubren que B. Pace no es Bruce ni Ben, sino Bárbara: elevar anclas tan pronto están todos a bordo.

-Bárbara también paga una comisión al camarero que le lleva los clientes al barco.

-Pues págasela tú, que para eso somos ricos.

De repente, los rugidos del motor de un automóvil, seguidos de los chirridos de neumáticos, desgarraron el silencio del crepúsculo desde el aparcamiento situado al otro lado del muelle. A los pocos instantes se oyeron las roncas voces de Cooke y Ardisonne llamando a Marty y a Mickey, que se encontraban en el taller de reparaciones del club náutico. Momentos después, el inglés y el francés se acercaban corriendo por el muelle.

-Ha pasado algo -dijo Tyrell en voz baja.

-¡Ha pasado algo! -gritó Geoffrey Cooke, cuando ambos hombres llegaron jadeantes al embarcadero-. Venimos del palacio de la gobernación... ¡Eh, Marc!, me temo que tendremos que hablar en privado con tu hermano.

El agente del MI-6 empujó a Hawthorne hacia un rincón del muelle, seguido por Richelieu.

-Tómatelo con calma -dijo Hawthorne-. Respira hondo y serénate.

-¡No hay tiempo! -dijo Ardisonne-. Hemos recibido cuatro informes y en cada uno se afirma que han visto a la mujer y al joven.

-¿En la misma isla?

-¡Qué va, en tres, maldita sea! -exclamó Cooke-. Pero en cada una de ellas hay un banco internacional.

-Eso quiere decir que dos de los informes provienen de una sola isla...

-La de Santa Cruz, en el puerto de Christiansted. Nos espera un avión en el aeropuerto. Yo me ocuparé de Santa Cruz.

-¿Porqué? -le espetó Hawthorne en tono agrio-. No pretendo herirte, Geoff, pero yo soy más joven que tú y me encuentro, evidentemente en mejor forma. Dame Santa Cruz.

-!Tú no has visto las fotos!

-Por lo que me has dicho, pertenecen a tres personas distintas, así que ¿para qué demonios sirven?

-Eres un desmemoriado, Tyrell. Las probabilidades son escasas, pero una de esas fotos puede ser la correcta. No podemos echarlas en saco roto.

-Dámelas.

-Han de venir por correo diplomático. Virgen Gorda queda fuera de nuestra ruta de seguridad. Lo primero que hará el Deuxiéme Bureau mañana a primera hora es traerlas en avión desde Martinica en valija diplomática.

-No podemos seguir perdiendo tiempo -insistió Ardisonne.

-Te daré los nombres de nuestros confidentes, Tyrell -dijo Cooke- Te ocuparás de Saint-Barthélemy; Jacques se encargará de Anguila.

Hawthorne se despertó en el estrecho camastro de un hotel de la isla de Saint-Barthélemy, todavía encolerizado con Geoffrey Cooke por haberle metido en una situación en la que llevaba las de perder. El confidente con quien logró ponerse en contacto por mediación del jefe de seguridad de la isla había resultado ser un conocido soplón del mundo de las drogas, un pequeño granuja que había mentido descaradamente pensando en la recompensa de

los tres millones de dólares. Había visto una anciana dama alemana en compañía de su nieto adolescente cuando desembarcaban del hidroavión procedente de Saint-Martin. Con esa endeble prueba había ido por el dinero. Sin embargo, la abuela en cuestión, como pudo comprobarse, nada tenía que ver con el asunto, pues se trataba de una señora de carácter muy germano, que desaprobaba el estilo de vida plebeyo de la hija y se había ofrecido para llevar a su nieto a una gran gira por las islas.

-¡Maldita sea! -exclamó Hawthorne, reventando de rabia, mientras descolgaba el teléfono para encargar cualquier cosa que pudiesen tener en el hotel para el desayuno.

Tyrell se puso a deambular por las calles de Saint-Barthélemy con el fin de matar el tiempo hasta que pudiese coger un taxi para ir al aeropuerto, donde un avión le llevaría de regreso a Virgen Gorda. Dar vueltas era todo cuanto se le ocurría hacer. Detestaba encontrarse solo en la habitación de un hotel. Esos cuartos eran como celdas solitarias, en las que una persona pronto se siente incomodada con su propia compañía.

Y entonces ocurrió. A unos quince metros de distancia, cruzando la calle en dirección a la entrada del Banco de Escocia, vio a la mujer que le había curado de su locura, si es que no le había salvado la misma vida. Le pareció incluso más bella, si es que aquello era posible. Sus largos cabellos encuadrando las hermosas facciones de su bronceado rostro, su modo de caminar, ese andar resuelto de la parisina cosmopolita que jamás dejaba de ser cortés con los forasteros. Los recuerdos se agolparon en su mente. Pero su fascinante presencia era más de lo que podía resistir.

-¡Dominique! -gritó, apartando bruscamente a la gente que se interponía en su camino mientras corría por la calle en pos de esa mujer a la que no había visto desde hacía tanto, tantísimo tiempo. La mujer se dio media vuelta, con el rostro radiante de felicidad y una sonrisa de júbilo. Tyrell la llevó cogida del brazo hasta la acera, frente a la entrada de una tienda, y allí se abrazaron y permanecieron entrelazados, sintiendo de nuevo el calor y el cariño de antaño.

-¡Me dijeron que habías vuelto a París!

-Y así fue, querido. Tenía que rehacer mi vida.

-Ni una palabra de despedida, ni una carta, ni siquiera una llamada telefónica. ¡Creí volverme loco!

-Jamás hubiese podido sustituir a Ingrid. De eso era consciente.

-¿Sabes acaso cuánto deseé que lo intentaras?

-Venimos de mundos diferentes, amor mío. Tu vida está aquí; la mía está en Europa. Tengo responsabilidades que tú no tienes, Tye. Traté de explicártelo.

-Lo recuerdo demasiado bien. Salvad a los niños, Ayudad al Sudán... y otras dos o tres consignas más de las que ya no me acuerdo.

-Estuve fuera de Francia demasiado tiempo; no me hubiese quedado tanto de no haber sido por ti. Y a mi vuelta me encontré con un caos organizativo, varios gobiernos implicados negaban su ayuda. Pero ahora que el Quai d'Orsay nos apoya firmemente, las cosas resultan mucho más fáciles.

-¿Cómo es eso?

-Bueno, cuando tienes en tu poder documentos oficiales de la República Francesa, especialmente cuando esos papeles han sido firmados y sellados por los miembros más destacados de la Asamblea nacional, y puedes mostrárselos a los oficiales del Ejército para intimidarlos, resulta que las amenazas de confiscación o exacción tienen la virtud de salvar barreras infranqueables, con lo que nuestros envíos llegan a la gente necesitada. El año pasado logramos en cierta ocasión en Etiopía que...

Mientras hablaba de sus éxitos en diversos actos de beneficencia -superando barreras burocráticas y otros obstáculos aún peores-, su entusiasmo innato inflamaba de un modo agradable los ánimos de cuantos la rodeaban. Sus ojos se dilataban, irradiando ternura y vitalidad, su rostro se volvía tremendamente expresivo y todo su ser reflejaba una férrea voluntad que se nutría de la esperanza infinita que la sostenía. Su capacidad de compasión era casi irreal y se tornaba completamente creíble gracias a una sinceridad rayana en la ingenuidad, cualidad ésta que se negaba a sí misma por su inteligencia persuasiva y su carácter mundano.

-¡Y de este modo logramos pasar con veintiocho camiones! No puedes imaginarte lo que significó ver a los aldeanos, especialmente a los niños, que llevaban el hambre pintada en el rostro, y a los ancianos, que ya habían perdido toda esperanza. No creo haber gritado jamás con tal felicidad... Y ahora los suministros llegan con regularidad y nos estamos extendiendo por todas partes. En fin, ¡mientras sigamos ejerciendo presión!

-¿Seguir ejercitando...?

-Ya sabes cómo son esas cosas, amor mío, hay que perseguir a los perseguidores, confrontarles con nuestras propias amenazas, presentadas con muy buenos modales, por supuesto, pero con nuestros propios documentos. ¡No se puede jugar con la República Francesa!

Dominique le sonrió de un modo candoroso; sus ojos parecían echar fuego.

¡Cuánto la amaba! ¡No permitiría que le dejase de nuevo! -Vamos a tomar algo -dijo Hawthorne.

-¡Oh, sí, te lo ruego! Tenía tantas ganas de hablar contigo, Tye. Te he echado tanto de menos. Me he citado en el banco con el abogado de mi tío, pero bien puede esperar.

-Llaman a esta isla La Embrujada. Nadie llega a tiempo a ningún sitio.

-Lo llamaré desde donde estemos.

CAPÍTULO IV

Estaban sentados uno frente al otro en la terraza de una cafetería, cogidos de las manos y con los codos apoyados sobre la mesa, cuando el camarero sirvió un té con hielo a Dominique y una jarra de vino blanco, bien frío, a Hawthorne.

-¿Por qué desapareciste? -preguntó Tyrell.

-Te lo acabo de decir. Tenía otros compromisos.

-Nosotros podíamos habernos convertido también en un compromiso.

-Eso es lo que me asustaba. La cuestión es muy simple: te estabas volviendo demasiado importante.

-¿Y qué? Había perdido a mi mujer; y cuando nos conocimos, tenías tiempo para mí. Luego, semanas después, aquello se hizo cada vez más intenso. Pensé que tú sentías lo mismo que yo.

-Tu confusión y tus sentimientos de culpabilidad resultaban abrumadores. No te diste a la bebida porque fueses un alcohólico; tus negocios lo demuestran. Simplemente, tenías que desahogarte un poco al sentir que tan sólo eras responsable ante ti mismo. No podías perdonarte por lo que había pasado.

-Pero había algo más, ¿no?

-¿Qué?

-Querías ser algo más que una niñera y yo estaba tan metido en mí mismo que no podía darme cuenta. Lo siento mucho.

-Mira, Tye, estabas profundamente afectado y aturdido; lo entendí muy bien. Si hubiese sentido lo que tú afirmas que sentía, no habríamos pasado tanto tiempo juntos. Fueron cerca de dos años, amor mío.

-No fue lo suficiente.

-No, no lo fue.

-¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? -preguntó efusivamente Hawthorne, mirándola a los ojos.

-¿Cómo podría olvidarlo? -contestó Dominique, sonriéndole dulcemente y apretándole las manos-. Había alquilado un velero y entraba en el puerto de Santo Tomás cuando tuve algunas dificultades para dirigirlo al embarcadero que me habían asignado.

-¿Algunas dificultades? Te lanzaste contra el muelle a toda vela como si te dirigieses a la meta en una regata. Me pusiste los pelos de punta.

-No sé cuánto miedo sentirías, pero lo cierto es que estabas muy enfadado.

-¡Dominique, mi barco estaba amarrado justamente frente a tu línea de ataque!

-¡Oh, sí!, te encontrabas en cubierta, agitando los brazos y echándome maldiciones, pero me las arreglé para no chocar contigo, ¿no fue así?

-Aún no me explico cómo lo hiciste.

-No pudiste verlo, querido. En tu furia, te habías caído al agua.

Ambos se echaron a reír, inclinándose sobre la mesa para juntar aún más sus rostros.

-Me sentía tan avergonzada -prosiguió Dominique en tono dulce-, pero te pedí disculpas en cuanto saltaste a tierra.

-Sí lo hiciste, en aquella pequeña taberna del puerto. Tus visitas fueron la envidia de todos los demás patrones... y fueron también el comienzo de los meses más felices de mi vida. De lo que mejor me acuerdo es de los viajes que hicimos solos, recorriendo tantas islitas, durmiendo en las playas y haciendo el amor en ellas.

-Y amándonos, querido mío.

-¿No podríamos empezar de nuevo? El tiempo pasa y ya no estoy tan ofuscado como entonces. Hasta me río mucho y cuento un montón de chistes malos. Y mi hermano te gustará... ¿No podríamos empezar de nuevo, Dominique?

-Estoy casada, Tye.

Hawthorne sintió como si un transatlántico hubiese embestido a su velero con la proa en un mar oculto por la niebla; tan sólo fue capaz de bajar la mirada y esforzarse al máximo para hacer como si estuviese respirando con normalidad. Comenzó a soltar la mano de Dominique. Ella lo detuvo abruptamente, sujetándole ambas manos con su mano libre.

-Por favor, no lo hagas, amor mío.

-Será un hombre feliz -dijo Tyrell, contemplando fijamente las manos de Dominique-. ¿Es también una buena persona?

-Es amable, fiel y rico, muy rico.

-De las tres, me supera en dos cualidades, pero yo también podría ser muy fiel.

-La riqueza ayuda, no voy a negarlo. Mis gustos no son particularmente caros, pero mis causas no resultan baratas. Y la profesión de modelo, que me proporcionaba, indudablemente, un lujoso apartamento y ropas vistosas, no era la más apropiada para reclutar a gente dispuesta a lanzarse a «locas cruzadas». Me alegró poder dejar eso de una vez. Nunca llegué a sentirme a gusto exhibiendo prendas de diseño que me importaban un pimiento a un público que podía permitirse el lujo de comprárselas.

-Ahora perteneces a otro mundo, señora... ¿Serás también una feliz mujer casada?

-No diría eso -replicó Dominique con voz serena y firme, contemplando ahora sus manos entrelazadas.

-Erré el blanco.

-Somos un matrimonio de conveniencia, como diría La Rochefoucauld.

-¿Cómo dices? -inquirió Hawthorne, levantando la vista y escudriñando el rostro inmutable de ella.

-Mi marido es homosexual y lo mantiene bien oculto.

-Hay que agradecer a Dios sus favores, los grandes y los pequeños.

-Ésa es la diversión de mi esposo... Llevamos una vida muy extraña, Tye. Tiene mucha influencia y es extraordinariamente generoso, no sólo a la hora de ayudarme a recolectar fondos, sino también en lo que se refiere al apoyo gubernamental, que con tanta frecuencia necesitamos.

-¿Documentación oficial? -inquirió Tyrell.

-Y de las más altas instancias del gobierno -contestó Dominique, poniendo la más encantadora de sus sonrisas-. Dice que es lo menos que puede hacer por mí, ya que represento para él un agente de un valor incalculable.

-Desde luego. Es imposible que nadie le pase por alto teniéndote a su lado.

-¡Oh!, él va mucho más lejos. Afirma que yo le atraigo a una clase superior de clientes, ya que tan sólo los más ricos podrían permitirse el lujo de tenerme si me encontrase libre... Se trata de un chiste, por supuesto.

Y con su gesto que parecía ser de profundo remordimiento, Dominique separó sus manos de las suyas.

-¡Por supuesto! -apostilló Hawthorne, apurando su vaso de vino mientras se recostaba en el asiento-. ¿Conque has venido a visitar a tu tío en la isla de Saba? -preguntó.

-¡Dios mío, me había olvidado completamente de eso! Tengo que llamar al banco y ponerme en contacto con su abogado... En fin, ahora ya sabes lo que me ha ocurrido desde la última vez que nos vimos.

-Hubiese preferido creer que...

-Puedes creerlo, Tyrell -lo interrumpió dulcemente Dominique, inclinándose hacia delante y clavando en él sus grandes ojos pardos-. Puedes creerlo de verdad, amor mío... ¿Dónde está el teléfono? Estoy segura de haber visto uno.

-Lo tienen dentro.

-Vuelvo en seguida. Mi querido tío está pensando en mudarse de nuevo; sus vecinos se han vuelto demasiado amables.

-Saba es el lugar más solitario del mundo, por lo que recuerdo -dijo Tyrell sonriéndose-. No hay teléfono, no llega el correo y en la medida de lo posible tampoco se acerca visitante alguno.

-Insistí para que se mandase instalar una antena parabólica -le explicó Dominique, mientras echaba hacia atrás la silla y se ponía en pie-. Le gusta ver los partidos internacionales de fútbol. Piensa que eso de la televisión por satélite es cosa de magia negra, pero la ve constantemente... Voy a darme prisa.

-Te esperaré aquí.

Y mientras Dominique se alejaba a paso ligero, Hawthorne siguió con la mirada la figura de aquella mujer que ya creía completamente apartada de su vida. El alud de informaciones contradictorias había tenido en él un efecto similar al de un vendaval en el que hubiese sido azotado por fuertes vientos. Lo del matrimonio le había arrojado por la borda, ahogándolo en las profundidades del mar; lo del matrimonio que no era un matrimonio del todo le había hecho salir a flote, recobrar el aliento y sentir nuevas fuerzas... No podía perderla de nuevo; no la perdería otra vez.

Se preguntó si Dominique llamaría a su tío a la isla de Saba para decirle que tardaría en volver. Solía haber vuelos entre las islas cada hora hasta la caída de la tarde, una auténtica red aérea que se extendía por todo el archipiélago. Su encuentro no podía ser un saludo breve seguido de una despedida fugaz; aquello era inimaginable; y la conocía lo bastante bien como para saber que ella lo entendería. Se sonrió al pensar en aquel tío excéntrico al que jamás había visto, un abogado parisino que se había pasado más de treinta años en el inextricable y traicionero mundo del arbitraje, corriendo de las salas de juntas a las salas de justicia, siempre con millones de dólares pendientes de un hilo y de cada decisión que tomara y siempre obligado a andarse con pies de plomo con sus asustadizos clientes, quienes con demasiada frecuencia colocaban el dinero por encima de los principios y le robaban hasta sus últimas horas de asueto.

Y todo eso lo tenía que soportar un hombre de carácter reservado y apacible que lo único que deseaba en esta vida era alejarse de aquel torbellino demencial y agotador para dedicarse a pintar flores y puestas de sol y que se autodefinía como un «Gauguin tardío». Acerca de su retiro, Dominique le había contado que se había llevado consigo a su anciana criada y había dejado a su fría e insensible mujer más de lo suficiente para que pudiese seguir manteniendo su despilfarrador modo de vida y que no se había preocupado de despedirse siquiera de sus dos insoportables hijas, ambas contagiadas con la misma enfermedad de la madre, dominada por la avaricia, tras lo cual se había marchado al Caribe «en busca de mi Tahití».

Lo de Saba había surgido por casualidad durante una conversación con un desconocido en la cafetería del aeropuerto de Martinica. El hombre era un fugitivo que había decidido regresar a su patria para pasar sus últimos días entre las luces de París y tenía para vender una casa modesta pero sólidamente edificada en una isla llamada Saba. Intrigado, el tío de Dominique hizo algunas preguntas y el otro le mostró algunas fotografias de formato pequeño de la casa en cuestión. Sin haberla visto siquiera, más que en fotografías, el abogado retirado compró la casa al instante, redactando él mismo los documentos en la primera mesa que encontró libre, mientras su criada contemplaba la escena con gran asombro y no poco desconcierto. Llamó entonces por teléfono a su compañía en París y dio instrucciones a su anterior vicepresidente, ahora presidente, para que abonase el importe completo al propietario en cuanto el hombre llegase a París. Su anterior subordinado tenía que deducir el precio de compra de la generosa pensión que se había asignado su antiguo jefe. Tan sólo se establecía una condición, que tenía que ser cumplida por el propietario en la misma cafetería del aeropuerto: lograr que la compañía telefónica de la isla de Saba retirase inmediatamente todos los teléfonos que hubiera en la casa. El perplejo expatriado, a punto de regresar a su país y mimado por la buena fortuna como no se le hubiese ocurrido pensar ni en sueños, se dirigió a una de las cabinas del aeropuerto, llamó a la compañía telefónica de la isla y les transmitió sus órdenes, a grito limpio y acompañadas de un sinfín de amenazas de muerte.

El Caribe estaba lleno de tales historias, pues esas islas son un refugio para los desilusionados de la vida, para los rencorosos y para los que cada vez se vuelven más disolutos. Tan sólo una persona compasiva puede entenderlos, alguien con madera de altruista. Y Dominique, uno de los seres auténticamente altruistas del mundo, se preocupaba lo suficiente por su tío como para no desatenderlo.

-¿Puedes creértelo? -preguntó de repente Dominique a Tyrell, interrumpiéndole en sus pensamientos, mientras se acercaba de nuevo a su silla-. El abogado me ha dejado un mensaje comunicándome que tenía que arreglar unos asuntos. ¡Que lo dejemos para mañana! Ha dejado dicho que me hagan saber con toda claridad que me habría llamado si en la isla hubiese habido teléfono.

-Es muy lógico de su parte.

-Luego he hecho otra llamada, mi capitán de fragata... Era capitán de fragata, ¿no? -inquirió Dominique, tomando asiento.

-De eso hace ya mucho tiempo -contestó Tyrell, meneando la cabeza- y desde entonces me he ascendido a mí mismo. Ahora soy patrón y tengo mi propio barco.

-¿Y a eso lo llamas ascenso?

-Te juro que se trata de un ascenso absoluto. ¿A quién has llamado?

-A los vecinos de mi tío, a esa pareja cuya amabilidad despierta en mi tío el deseo de mudarse. Siempre llegan con verduras frescas de su huerto, eluden a la criada y lo interrumpen cuando está pintando... o viendo el fútbol por televisión.

-Parece gente agradable.

-Y lo son. Pero él no lo es, lo ponen nervioso. De todos modos, le he dado un pretexto para que puedan irrumpir en su intimidad con causa justificada. Les he pedido que vayan a verlo y le digan que hay algunos problemas relacionados con el registro de propiedad y que su abogado, el banco y yo estamos tratando de resolverlos. Que tardaré algo en regresar.

-¡Milagro de los milagros! -exclamó Hawthorne, sonriéndose y sintiendo que recobraba todo su optimismo-. Esperaba que hicieses eso, pero me había olvidado de que no había teléfono.

-¿Es que podía hacer otra cosa, amor mío? No quería andarme con rodeos, Tye, te he echado tanto de menos.

-Acabo de dejar una habitación en un lugar situado al fondo de esta calle -le dijo Tyrell en tono vacilante-. Estoy seguro de que podría volver a tomarla.

-¡Hazlo, por favor! Te lo ruego. ¿Cómo se llama el hotel?

-Lo de hotel le queda un poco grande. Se llama El Rimbombante, lo que también está por encima de su categoría.

-Ve allí, querido, me reuniré contigo en diez o quince minutos. Deja dicho en la recepción que me estás esperando para que me den el número de la habitación.

-¿Por qué?

-Quiero hacerte, o hacernos, un regalo. ¡Se trata de una celebración! -contestó Dominique.

Estaban abrazados en el cuartucho del hotel y Dominique se estremecía entre los brazos de Hawthorne. El «regalo» que había traído consistía en tres botellas de champán bien frío, junto con los adecuados recipientes llenos de cubitos de hielo, todo subido a la habitación por un recepcionista que había aceptado una espléndida propina.

-Al menos se trata sólo de vino blanco espumoso -dijo Tyrell, separándose de Dominique y dirigiéndose a la cómoda donde el recepcionista había dejado la bandeja-. ¿Te puedes creer que no he vuelto a probar el whisky desde cuatro días después de tu desaparición? Claro que en esos cuatro días me bebí todas las existencias que había en la isla y perdí dos viajes, pero tuve que dejarlo cuando solamente quedaban botellas de whisky estadounidense.

-Entonces puede decirse que mi partida tuvo un resultado positivo. El whisky no era más que una muleta para ti; no era una necesidad.

Dominique estaba sentada ante una mesita redonda, desde donde divisaba el puerto de Saint-Barthélemy.

-Déjate de sermones que ya no soy el de antes. Hawthorne llevó las copas y una botella a la mesita y retiró la silla que había frente a Dominique.

-¿Cómo era aquella vieja expresión? -dijo Hawthorne, tomando asiento -. Ahí la tienes, contemplándote, chiquilla.

-Ahí la tenemos, a disposición de ambos, amor mío.

Los dos brindaron y Hawthorne volvió a llenar las copas.

-¿Conque has venido con clientes? -preguntó Dominique.

-No -replicó Tyrell, improvisando rápidamente una mentira mientras miraba durante unos instantes por la ventana. Estoy inspeccionando este lugar para un consorcio hotelero de Florida; dan por hecho que el juego llegará pronto a esta isla y desean incorporarme al negocio. Es algo que se está extendiendo por todo el archipiélago, la economía de estas islas lo está pidiendo a gritos.

-Si, he oído hablar de eso. Es triste en cierto modo.

-Muy triste y probablemente inevitable, pero los casinos crean puestos de trabajo... No quiero hablar de las islas, sino de nosotros.

-¿Y qué se puede hablar sobre ese tema, Tye? Tu vida esta aquí y la mía en Europa o en Africa o en los campos de refugiados de los países asolados por la guerra y cuya población necesita nuestra ayuda. Sírveme otra copa; tú y el vino me estáis intoxicando.

-¿Y qué me dices de ti, de una vida para ti? -preguntó Hawthorne, Llenando las copas.

-Eso vendrá más que pronto, amor mío. Un buen día regresaré y si no estás ya liado con otra, me sentaré en los escalones de la puerta de tu Olimpic Charters y te diré: ¡Hola, mi capitán de fragata, tómame o arrójame a los tiburones!

-¿Y cuándo será ese más que pronto?

-No falta mucho; también a mí se me acaban las fuerzas... Pero no hablemos ahora de lo inevitable, Tye, tenemos que hablar del presente.

-¿Qué es lo inevitable?

-Por la dichosa amabilidad de los vecinos de mi tío hablé por teléfono con mi marido esta mañana. Tengo que volver a París esta misma noche. Tiene negocios con la familia real de Mónaco y me quiere a su lado.

-¿Esta noche?

-No puedo negarme, Tye, ha hecho tanto por mí y lo único que me pide es mi presencia. Envía a Martinica un reactor de la compañía para que venga a recogerme. Llegaré a París por la mañana, luego estaré ocupadísima, entre ir de compras y hacer las maletas, y me reuniré con él en Niza en el transcurso del día.

-Desaparecerás otra vez -dijo Hawthorne, quien de repente empezó a articular mal las palabras por los efectos del champán al que ya no estaba habituado-. ¡No volverás!

-Te equivocas completamente, cariño..., amor mío. Estaré de vuelta en dos o tres semanas, créeme. ¡Pero de momento, durante estas pocas horas, tienes que estar conmigo, no te ausentes en tus pensamientos y hazme el amor!

Dominique se levantó de la silla, se quitó la chaqueta de su traje pantalón blanco y comenzó a desabrocharse la blusa.

-¡Por el amor de Dios, hazme el amor! -gritó Dominique, abrazándose a Hawthorne y arrojándose con él sobre la cama.

El humo de sus cigarrillos ascendía hasta el techo, enturbiando los rayos del sol vespertino que entraban por la ventana; yacían sobre la cama con los cuerpos extenuados; Hawthorne sentía un gran relajamiento mental, debido a la intensidad con que habían hecho el amor y a los muchos tragos que había pegado a la botella de champán.

-¿Cómo te sientes, amor mío? -susurró Dominique, apretándose contra el cuerpo desnudo de Hawthorne y envolviéndole el rostro entre sus exuberantes pechos.

-Si existe algún otro cielo aparte de éste, no tengo ninguna necesidad de conocerlo -respondió Tyrell, sonriendo maliciosamente.

-Un piropo así me obliga a servirte otra copa. Yo también me serviré una.

-Es la última botella y ya hemos bebido más de la cuenta, señora mía.

-No importa; se trata de nuestros últimos momentos juntos... hasta que vuelva a reunirme contigo.

Dominique se estiró para recoger la botella del suelo, que mostraba un montón de charquitos circulares junto a la cama, y escanció en las copas el resto del champán.

-Aquí tienes, cariño -dijo, acercándole a Tyrell la copa a los labios, mientras le acariciaba las mejillas con uno de sus senos-. He de recordar cada instante que he pasado contigo.

-¿Sabes que tanto en tu aspecto como en lo que dices reflejas una actitud muy aguerrida?... ¡Vaya, creo que he empleado un término militar!

-Te lo consiento, mi capitán de fragata... ¡Oh!, olvidaba que no te gusta ese título.

-Ya te hablé de lo de Amsterdam -dijo Hawthorne, expresándose en forma apenas inteligible-. Odio ese título... ¡Oh, Dios mío!, estoy borracho y no puedo recordar cuándo me emborraché por última vez...

-Ni estás borracho ni nada parecido, lo único que hacemos es celebrar nuestro encuentro. ¿No habíamos quedado en que lo íbamos a celebrar?

-¡Oh, sí..., sí, claro!

-Poséeme una vez más, amor mío.

-¿Qué...?

La cabeza de Tyrell se desplomó de lado sobre la cama; había perdido el conocimiento; la enorme ingestión de alcohol, que no probaba desde hacía tanto tiempo, era más de lo que podía soportar su sangre.

Dominique se levantó despacio de la cama, se dirigió a la silla que estaba junto a la ventana, donde había dejado su ropa, y se vistió a toda prisa. De repente se fijó en la chaqueta de algodón color canela que Hawthorne había dejado tirada en el suelo; era el uniforme típico de la isla: una guayabera de tela fina, con cuatro bolsillos exteriores, que se llevaba directamente sobre el cuerpo bajo el ardiente sol tropical. Sin embargo, no fue la chaqueta en sí lo que le llamó la atención, sino un sobre doblado y medio arrugado con franjas azules y rojas en los bordes, como los que suelen utilizar los gobiernos o los clubes privados cuando pretenden darse una apariencia oficial. Dominique se agachó, sacó el sobre del bolsillo y extrajo el contenido: una concisa y precisa nota escrita a máquina. Se acercó a la ventana para leer con mayor claridad; la nota estaba escrita en un papel impreso del club náutico:

Sujetos: mujer madura que viaja con un joven al que dobla aproximadamente en edad.

Detalles: descripciones incompletas, pero puede tratarse de Bajaratt y del joven acompañante con quien fue vista en Marsella. Los nombres que se dieron del hidroavión de San Martín revelan: Frau Marlene Richter y Hans Bauer, su nieto. No se recuerda que Bajaratt haya utilizado anteriormente nombres alemanes, así como tampoco se ha establecido que sepa hablar alemán, pero es perfectamente posible que sepa.

Contacto: inspector Lawrence Major, jefe de Seguridad Insular de Saint-Barthélemy.

Intermediario: se comunicará su nombre al solicitarlo.

Método operacional: acercarse por detrás a los sujetos, con las armas a punto. Gritar el nombre de Bajaratt y prepararse para abrir fuego.

Deslumbrada por los rayos del sol del atardecer que entraban por la ventana, Dominique entornó los ojos mientras metía de nuevo la nota en el sobre, regresó al lugar en que estaba la chaqueta de algodón e introdujo el sobre en el bolsillo. Al levantarse, se quedó contemplando el cuerpo desnudo tumbado en la cama. Su fabuloso amante había mentido. El patrón Tyrell Hawthorne, propietario de la Olympic Charters, U.S. de las islas Vírgenes, era de nuevo el capitán de fragata Hawthorne, antiguo miembro del servicio secreto de la Marina en Amsterdam y reincorporado ahora para dar caza a una terrorista procedente del valle de la Bekaa, cuyo viaje emprendido en Marsella la había conducido hasta el Caribe. «¡Qué trágico

y cuán trágicamente irónico!», pensó Dominique, dirigiéndose a la cómoda para coger su bolso. Luego se acercó a una mesa contigua y encendió la radio, aumentando gradualmente el volumen hasta que los alegres y desaforados ritmos de la música isleña llenaron con su estruendo la habitación. Hawthorne no se movió.

Qué cosa tan horrible, tan innecesaria..., qué dolor tan in

tenso, que se negaba al mismo tiempo a reconocer; y sin embargo, al no querer admitirlo, el sufrimiento se hacía aún mayor. Había soñado con una vida por la que en otro tiempo hubiese estado dispuesta a matar. Con un marido despreocupado que apoyase sin reservas su causa y que la dejase vivir todos los momentos posibles de felicidad, sin interferencia alguna por parte de un mundo en el que imperaban la traición y la mentira. ¡Si todo fuese así de simple, así de sencillo! Pero no lo era. Amaba al hombre desnudo tumbado en la cama, amaba su mente y su cuerpo, incluso sus sufrimientos, ya que podía entenderlos. Pero lo que tenía por delante era el mundo de la realidad y no el de la fantasía.

La mujer abrió el bolso v sacó lenta y cuidadosamente una pequeña pistola automática; colocó la almohada sobre el rostro de Hawthorne v lo apuntó en la sien con el cañón de su arma; a continuación apretó el gatillo hasta faltarle tan sólo unos milímetros para disparar, mientras que los compases de un calipso caribeño iban aumentando cada vez más de tono... ¡No podía hacerlo! ¡Se detestaba, pero no podía hacerlo! ¡Ese era el hombre al que amaba, tan intensamente como había amado al revolucionario muerto en Askelón!

Amaya Bajaratt metió de nuevo el arma en su bolso y salió precipitadamente de la habitación.

Con un fuerte dolor de cabeza y la mirada borrosa, Hawthorne se despertó y se dio cuenta de repente de que Dominique no estaba a su lado. ¿Dónde estaba? Saltó de la cama, recobró al instante el equilibrio y se puso a buscar el anticuado teléfono. Lo vio en la mesilla que estaba al otro lado de la cama y se arrojó por encima de las sábanas, descolgándolo inmediatamente para marcar el número de la centralita del hotel.

-¡La mujer que estaba aquí! -vociferó-. ¿Cuándo se ha marchado?

-Hace una hora, señor -contestó el recepcionista-. Una bella dama.

Tyrell colgó el teléfono de un golpe, se dirigió al pequeño e incómodo cuarto de baño y llenó de agua fría el incómodo lavabo. Metió la cabeza en el agua, mientras volaba con el pensamiento a la isla de Saba. Podía tener la certeza de que Dominique no regresaría a París sin haber ido a ver una vez más a su tío.,. Pero antes de que él mismo se dirigiera a esa isla tenía que localizar a Geoffrey Cooke en Virgen Gorda, aunque sólo fuera para decirle que sus averiguaciones no habían servido de nada.

-Christiansted también resultó ser un buen chasco, al igual que Anguila, chico -le dijo Cooke desde Virgen Gorda-. Creo que perseguíamos un espejismo. ¿Regresarás esta misma tarde?

-No, voy detrás de algo.

-¿Has encontrado algo?

-Si, algo que había perdido, Geoff. Es muy importante para mi, pero no para ti. Te Llamaré más tarde.

-¡Hazlo, por favor! Nos han llegado dos nuevos informes, que voy a investigar junto con Jacques.

-Deja dicho a Marty dónde puedo localizarte.

-¿A tu amigo el mecánico?

-Al mismo.

El hidroavión se posó sobre las tranquilas aguas y giró para adentrarse en la rocosa ensenada de la isla privada. El piloto dirigió el aparato hacia el pequeño embarcadero, sobre el que esperaba uno de los guardas, armado de escopeta. El hombre sujetó el avión por el ala que tenía sobre la cabeza, deteniéndolo mientras Bajaratt bajaba a uno de los flotadores; luego tendió las manos a la mujer y la ayudó a saltar a tierra.

-El padrone ha tenido un buen día, signrora -dijo el hombre en un inglés chapurreado a voz en grito para hacerse oír entre el estruendo de los motores-. Verla de nuevo es mejor que todos los tratamientos de Miami. Cantó arias de ópera mientras lo bañaba.

-¿Puedes encargarte de lo que haya que hacerse aquí? -preguntó a bocajarro Bajaratt-. Tengo que verlo en seguida.

-¿Y qué hay que hacer aquí, signora? Apartaré el ala de un empujón y nuestro *amico silenzioso* hará el resto.

-¡Ya viene!

Amaya subió a toda prisa los escalones de piedra y se detuvo a tornar aliento cuando llego arriba. Era preferible no dar muestras de ansiedad. El padrone despreciaba a toda persona en la que pudiese advertirse que había perdido el control de si misma, lo que no era su caso, aunque el hecho de que su presencia fuese del conocimiento de los servicios secretos que vigilaban las islas le había causado una auténtica conmoción.

Pudo aceptar la complicidad del padrone ya que estaba en deuda con él en todo lo relacionado con el valle de la Bekaa, pero resultaba inaceptable ahora que se había organizado una cacería de tan amplias dimensiones, que habían llegado hasta el punto de reincorporar al retirado Hawthorne. Respirando hondo, Bajaratt recorrió el sendero enlosado, accionó el picaporte de bronce y abrió el portalón. Lo primero que vio al atravesar el umbral fue la frágil figura del anciano en su silla de ruedas, que ahora hacía rodar con alegría infantil, yendo a su encuentro desde el centro del inmenso vestíbulo de piedra.

-¡Ciao, Annie! -dijo el padrone, esbozando una sonrisa y esforzándose por no exteriorizar el entusiasmo que lo embargaba. ¿Has tenido un buen día, hija mía?

-No pude ir al banco -contestó escuetamente Bajaratt, entrando en el recinto.

-Es una lástima. ¿Y por qué no?... Adorándote como te adoro, niña mía, no voy a permitir que te sea remitido ningún dinero de mis cuentas bancarias. Eso sería demasiado peligroso. Los amigos que tengo en el Mediterráneo bien pueden permitirse el lujo de enviarte todo lo que necesites.

-No me preocupa lo del dinero -dijo Amaya-. Puedo volver mañana y conseguirlo, pero lo que sí me preocupa es que los norteamericanos, los ingleses y los franceses saben que estoy en estas islas.

-Por supuesto que lo saben, Annie. Yo sabía que ibas a venir. ¿Dónde crees acaso que obtuve esa información?

-Supuse que fue a través de la organización financiera de la Bekaa.

-¿No te mencioné al Deuxiéme Bureau, el MI-6 y a los mismos norteamericanos?

-Discúlpeme, padrone, pero esa brillante estrella de cine que hay en ti es muy dada a la exageración.

-¡*Molto bene*! -exclamó el inválido, echándose a reír y emitiendo extraños ruidos guturales a causa de la enfermedad que atacaba sus cuerdas vocales-. Pero eso no es del todo cierto. Tengo en nómina a algunos norteamericanos, a los que pago desde un lugar remoto; ellos me informaron de que se había dado la voz de alarma sobre ti por estos parajes. Pero, ¿en qué zona, en cuál de las islas? ¿Pueden encontrate? ¡*Impossibile*! Nadie sabe qué aspecto tienes. Y tú dominas a la perfección el arte de las distintas apariencias. ¿Dónde esta el peligro?

-¿Te acuerdas de un hombre llamado Hawthorne?

-Oh, sí, sí, por supuesto. Un agente del servicio secreto de la Marina estadounidense, un hombre caído en desgracia, según tengo entendido, que estuvo casado con una espía doble que trabajaba también para los rusos. Descubriste quién era y te las ingeniaste para conocerlo, luego te divertiste con él un montón de meses mientras te recuperabas de tus heridas. Pensaste que podías aprender algo de sus muchos conocimientos.

-Lo que aprendí fue de muy escaso valor, pero ahora ha vuelto a las andadas y se dedica a perseguir a Bajaratt. Hoy me lo he encontrado y he pasado con él la tarde.

-¡Qué extraordinario, hija mía! -dijo el padrone, escudriñando con sus lacrimosos y azulados ojos el rostro de Bajaratt-. ¡Y qué afortunada has sido! Si mal no recuerdo, fuiste una mujer muy feliz durante aquellos meses.

-Se aceptan los pequeños placeres de la vida allí donde uno puede encontrarlos, padre mío. No fue más que un simple instrumento, desconocedor de las órdenes que yo tenía.

-Pero un instrumento que logró arrancar música de tu cuerpo, ¿no es así?

-¡Tonterías!

-Cantabas y bailabas como la niña que jamás has sido.

-Tu memoria cinematográfica distorsiona tus observaciones. Mis heridas sanaron; eso fue todo... Pero ahora está aquí, ¿me entiendes? ¡Irá a Saba a buscarme!

-Ah, sí, ya recuerdo. El supuesto tío francés, ¿no era eso?

-¡Hay que matarlo, padrone!

-¿Y por qué no lo mataste hace unas horas?

-No se me presentó la oportunidad. Ya me habían visto con él me hubiesen cogido.

-Eso me resulta aún más extraordinario -dijo el anciano italiano, arrastrando las palabras-. La buena de Bajaratt siempre se ha creado sus propias oportunidades.

-¡Basta ya, padre! ¡Mátalo!

-Está bien, hija mía. El corazón no siempre está dispuesto a obedecernos... ¿Saba, has dicho? Está a menos de una hora con nuestra lancha ligera.

El padrone alzó la cabeza.

-¡Scozzi! -gritó, llamando a uno de sus guardaespaldas.

La rapidez lo era todo, ya que todo el mundo pecaba de falta de memoria en esas islas, casi siempre de un modo intencionado. Saba no era una escala habitual en sus cruceros, pero Hawthorne la conocía por haber atracado en ella un par de veces. En los puertos de las islas cercanas de Santo Tomás y Tórtola todo el mundo solía dar albergue a los patrones de los veleros de alquiler. El asunto era provechoso y Tyrell contaba con esa costumbre de los nativos.

Alquiló un hidroavión en Saint-Barthélemy y voló hasta el modesto puerto de la isla, donde esperaba obtener de sus habitantes la máxima cooperación posible. Y al parecer logró lo que quería, pues todos le respondieron con sinceridad; sin embargo, nada parecía tener sentido alguno.

Nadie en el puerto deportivo había oído hablar de un anciano que tuviese una criada francesa. Tampoco pudo encontrar a alguien que hubiese visto a una mujer que encajase con la descripción de Dominique. ¿Cómo era posible que no la conocieran? ¿Cómo iba a pasar inadvertida una mujer blanca, alta y despampanante, que venía con tanta frecuencia a visitar a su tío? Todo era muy extraño. Los obreros portuarios solían estar enterados de la mínima cosa que pasaba en esas islitas apartadas, sobre todo en sus costas. Las embarcaciones atracaban trayendo suministros, que debían ser llevados a alguna parte y por cuyo transporte había que pagar, así que lo normal entre los mozos del puerto era que conociesen hasta el último de los

caminos que llevase a la más solitaria de las casas en un lugar como Saba. Por otra parte, según lo que le había contado Dominique, su tío era «el ermitaño de los ermitaños» y también era cierto que en esa isla había un aeropuerto y un par de tiendas, que si bien no tenían gran cosa que ofrecer, lo que les faltase podía ser traído por vía aérea. Quizá fuese eso más que suficiente para un anciano achacoso y su criada.

Bajo un sol abrasador, Tyrell se dirigió a la chabola en que se encontrazba la oficina de Correos de la isla. Para su sorpresa, el arrogante funcionario le espetó:

-¡Es absurdo todo cuanto me dice, caballero! Aquí no hay ningún apartado para ninguna persona como ésa y tampoco para ninguna mujer que hable con acento francés.

Aquello le resultó aún más extraño que los informes que había recogido en el puerto. Dominique le había explicado hacía años que su tío recibía de su antigua empresa una pensión«harto decente» y que los pagos le eran remitidos mensualmente. Y aquí se encontraba de nuevo con el hecho de que hubiese un aeropuerto, lo que podría ofrecer otro tipo de explicación. El servicio de Correos era muy irregular en las islas pequeñas; quizá los de París le hiciesen llegar el dinero por avión desde Martinica. Eso resultaba más seguro para ambas partes y mucho más eficiente.

Tyrel se informó en seguida, gracias al funcionario de Correos, de dónde podría alquilar una motocicleta, el medio de transporte favorito en la isla de Saba. Fue de lo más sencillo: el hombre tenía para alquilar varias motocicletas en la parte trasera de la oficina de Correos, siempre y cuando el arrendatario depositase una buena suma como depósito, junto con su permiso de conducción, y firmase un documento en el que se hacía responsable de todas las posibles reparaciones, que le serían deducidas del depósito.

Hawthorne se pasó cerca de tres horas dando botes por los caminos y los senderos de montaña, yendo de casa en casa y de chabola en chabola, donde era recibido invariablemente por hoscos isleños que llevaban escopetas colgadas de sus bandoleras y contaban con la protección de perros enfurecidos. La única excepción fue su última visita, que fue a un sacerdote anglicano retirado, hombre de nariz rojiza hinchada y rostro abotagado, en el que se pintaban obviamente su afición y su martirio. Lo primero que le ofreció fue un buen vaso de ron, junto con la oportunidad de asearse y quitarse el polvo de las ropas y del cuerpo. Ambas cosas fueron gentilmente rechazadas, debido a las prisas que traía el visitante. Sin poder ocultar su ansiedad, Tyrell interrogó al anciano y melenudo prelado.

-Siento muchísimo tener que decirle que esas personas no viven en esta isla, joven.

-¿Está seguro?

-¡Oh, sí! ¡Oh, sí! -contestó el sacerdote en un tono distraído; aunque no exento de una sutil picardía-. Consciente de mis debilidades, en mis raros momentos de lucidez siento la necesidad de entregarme al servicio de Dios, tal como solía hacer en otros tiempos. A imitación del apóstol san Pedro, que iba predicando por el mundo, yo voy de lugar en lugar, llevando a todos la palabra de Dios Nuestro Señor. Confieso que me tratan como a un viejo loco, pero durante esos períodos me siento purificado puedo asegurarle que me encuentro en mis perfectos cabales. En estos dos últimos años, desde que vivo aquí, he visitado todas las casas, las de los ricos y las de los pobres, las de los negros y las de los blancos, una y otra vez, quizás hasta tres veces cada una... y puedo decirle que en Saba no viene nadie que responda a esas señas que usted me da. Pero, ¿está seguro de que no quiere un vaso de ron? Es todo cuanto puedo ofrecerle, todo cuanto puedo permitirme. Aunque también tengo limas y mangos de mi propia cosecha; los zumos de esas frutas saben muy bien cuando se mezclan con el ron.

-No, gracias, padre, tengo mucha prisa.

-Creo que no me lo agradece en absoluto. Advierto cierta tirantez en su voz.

-Lo siento. Estoy muy confundido.

-¿Y quién no lo está, joven?

Hawthorne devolvió la motocicleta a la oficina de Correos, recibió sin protestar el permiso de conducción y la mitad del depósito y regresó al puerto para irse en el hidroavión que había alquilado.

El avión no estaba allí.

Primero apretó el paso y luego se lanzó a una loca carrera. ¡Tenía que volver a Virgen Gorda! ¿Dónde demonios estaba su avión? Lo había dejado amarrado al muelle; el piloto y los mozos del puerto le habían asegurado que lo encontrarían en el mismo sitio cuando volviese.

Entonces advirtió los letreros, pintados precipitadamente y clavados en los postes, algunos escritos correctamente, la mayoría no: PELIGRO. Pilones en reparación. Las embarcaciones han sido retiradas hasta que terminen las obras.

¡Por el amor de Dios!, ya eran casi las seis de la tarde, las aguas estaban oscuras, la visibilidad bajo la superficie sería escasa, tan opaca como la noche, debido a las largas sombras que arrojaba el sol del Caribe. Nadie se pondría a reparar pilones en esas condiciones; el muelle podría derrumbarse y enterrar bajo su peso al desprevenido buzo, ya que éste no contaría con la claridad que le llegaba de arriba. Tyrell atravesó corriendo la línea de demarcación y se precipitó hacia el taller de máquinas situado al otro extremo del muelle, donde los pesados cabrestantes y los carriles transportadores se inclinaban sobre las aguas. No había nadie en su interior. ¡Era como para volverse loco! ¿Acaso estaban trabajando a esas horas bajo la superficie, sin ayudantes en tierra, sin suministro de oxígeno y sin asistencia médica en caso de accidente? Salió del taller y corrió hacia la playa en dirección a la escalera que conducía al muelle; advirtió entonces que los nubarrones ocultaban los rayos del sol poniente. ¿Cómo podía trabajar alguien de ese modo? El mismo había reparado cascos en condiciones similares, pero sólo con ayudantes, con hombres que lo mantenían sujeto con cables desde arriba, dispuestos a sacarlo en caso de emergencia. Subió los escalones y avanzó cautelosamente por el muelle. Los nubarrones tapaban el sol, nubes cada vez más oscuras, nubes que presagiaban tormenta.

En el primer impulso quiso sacar del agua a los buzos, hacer uso de su autoridad de antiguo oficial de Marina para gritar a los obreros, decirles lo estúpidos que eran y mandarlos a su casa por esa noche.

Pero su autoridad se fue desvaneciendo con cada paso que daba; no había cables ni burbujas en las oscuras aguas. No había ni un alma en el muelle, ni tampoco en el mar. El puerto estaba desierto.

De repente se encendieron los focos en lo alto de los postes de aluminio y las luces lo cegaron. Sintió un desgarrón helado y abrasador en su hombro izquierdo, junto con el estruendo de un disparo. Se apretó fuertemente la herida y saltó desde el muelle al mar, escuchando una descarga cerrada mientras se hundía bajo la superficie. Por razones que jamás podría explicar, dejó que el pánico dirigiese sus actos. Nadaría por debajo del agua hasta el próximo yate de los que recordaba haber visto y se mantendría sumergido mientras se lo permitieran sus pulmones. Salió dos veces a la superficie, asomado únicamente el rostro, lo necesario para llenar de nuevo sus pulmones, y siguió buceando hasta toparse con la dura madera del casco de una embarcación. Salió otra vez a la superficie, manteniéndose a la altura de la línea de flotación, aspiró de nuevo y nadó hasta el otro costado. Se alzó hasta la regala y miró hacia el muelle, ahora mitad en la penumbra de la difusa claridad del cielo, mientras era iluminado por los brillantes focos. Los dos hombres que habían intentado asesinarle estaban agazapados al final del muelle y escudriñaban las aguas.

-*¡Suo sangue!* -gritó uno de ellos.

-*¿Sufficienze? ¡Non!* -vociferó el otro, que saltó a una lancha y encendió el motor, mientras daba instrucciones a su compañero para que soltase las amarras y subiese a bordo con su escopeta dispuesta. Luego recorriendo el pequeño puerto, empuñando el uno un fusil automático y el otro su escopeta de caza.

Hawthorne trepó a la cubierta del yate y encontró lo que buscaba entre los rollos de hilo cerca de la gabarra: un modesto cuchillo de escamar. Se deslizó de nuevo por el costado del barco y se sumergió en el agua; ya había perdido los zapatos, ahora se quitó los pantalones, fijándose en el lugar en que se hundían, por si lograba sobrevivir. Se desprendió entonces de su guayabera y, cosa extraña, pensó en que Geoffrey Cooke tendría que correr con los gastos de la pérdida de su dinero, su documentación y sus ropas. Buceó por las oscuras aguas y advirtió de repente que el piloto de la lancha motora escudriñaba la superficie del mar con el haz de un potente foco. A gran profundidad, Tyrell siguió la estela de la embarcación hasta que escuchó por encima de su cabeza el ruido del motor.

Midiendo sus movimientos, Hawthorne ascendió hasta la superficie, justamente por detrás de la lancha, al amparo de la quilla y de las sombras, y se aferró a la cola del motor, impidiendo el desplazamiento del timón. Furioso y perplejo al advertir que la caña ya no le obedecía, el que hacía las veces de piloto se asomó por la popa y se inclinó hasta llegar con el rostro a un palmo de la estela. Los ojos se le salieron de sus órbitas cuando vio la mano de Tyrell, que parecía surgir de las profundidades marinas con un monstruoso tentáculo. Antes de que pudiera pegar un grito, Hawthorne le hundió el cuchillo en el cuello mientras que con la mano libre le sujetaba la garganta, por lo que aquel hombre que había querido asesinarlo no pudo emitir sonido alguno que no quedase apagado por los ruidos del motor. Luego tiró del cuerpo, lo hizo saltar por la borda y lo hundió en el mar. A continuación desvió cuidadosamente la hélice hacia estribor, alejándola lo más que pudo, y subió a la barca, donde se colocó en el asiento del difunto, mientras el hombre que tenía enfrente movía obsesivamente su foco de un lado a otro para escudriñar las aguas que se extendían ante la popa. Hawthorne empuñó el fusil automático y lo interpeló, pronunciando cada palabra con gran claridad.

-El oleaje no es precisamente silencioso a estas horas y el motor hace un ruido que da gusto. Te sugiero que dejes caer tu arma, a no ser que quieras ir a reunirte con tu amigo. De ti también saldrían buenos filetes para nuestros tiburones. Son criaturas francamente benévolas; prefieren zamparse lo que ya está muerto.

-¿Che cosa? ¡Impossibile!

-De eso es de lo que vamos a hablar -dijo Tyrell, poniendo rumbo hacia alta mar.

CAPÍTULO V

La oscuridad se extendió por el mar, cuyas aguas estaban en calma; la luna apenas se divisaba a través del manto de nubes mientras el pequeño esquife se mecía al compás de las suaves ondas del océano. El asesino que aún quedaba con vida se removía nerviosamente en el angosto asiento de proa, parpadeaba sin cesar y mantenía las manos a la altura de sus ojos, tratando de protegerlos de la hiriente luz del potente foco.

-¡Baja las manos! -le ordenó Hawthorne.

-Esa luz me ciega. ¡Apártela!

-La verdad es que en tu caso la ceguera puede ser una bendición del cielo; en el supuesto, quiero decir, de que me obligues a abrirte una herida antes de darte un empujón y echarte por la borda.

-¿*Che cosa*?

-Todos tenemos que morir. A veces pienso que lo que realmente cuenta es la forma en que uno muere y no el acontecimiento en sí.

-¿Qué está diciendo, *signore*...?

-Que me vas a contar todo lo que quiero saber o servirás de cena a los tiburones. Si te dejo ciego, no podrás ver la gran hilera blanca de colmillos afilados antes de que te partan en

dos. Has de saber que los peces de gran tamaño son luminosos, se ven muy claramente en las aguas oscuras. ¡Fíjate! ¡Mira allí esa aleta dorsal! Debe de medir unos seis metros. Y es que estamos en plena temporada, ¿te das cuenta? ¿Por qué crees que en esta época del año se realizan tantos concursos de pesca del tiburón por todas estas islas?

-¡No sé nada de esas cosas!

-Porque no lees los periódicos locales; aunque, pensándolo bien, ¿por qué habrías de leerlos? No traen grandes noticias sobre Sicilia.

-¿Sicilia?

-En cierto modo no me das la impresión de ser un nuncio apostólico; probablemente los curas sepan disparar mejor que tú... ¡Venga ya, cateto, vuelve al mundo real! 0 acabarás en el agua con la sangre manándote de los hombros, al igual que sangran los míos, y jugarás a la gallinita ciega con los enormes peces que tenemos por aquí, cuyas fauces alcanzan la tercera parte del largo de su cuerpo.

El mafioso siciliano empezó a asomarse ora a un lado ora al otro de la barca, haciendo guiños y abriendo desmesuradamente los ojos, alzó de nuevo las manos, utilizándolas de pantalla protectora contra la luz, y escudriñó la superficie del agua a ambos costados del pequeño bote.

-¡No veo nada!

-Pues tienes uno justo detrás tuyo. Date la vuelta y podrás verlo.

-¡Por el amor de Dios, no lo haga!

-¿Por qué has intentado matarme?

-¡Órdenes!

-¿De quién?

El asesino no contestó.

-Se trata de tu muerte y no de la mía -dijo Tyrell, amartillando el fusil automático-. Te atravesaré el hombro izquierdo; de ese modo la sangre se extenderá rápidamente... como una sanguinolenta carnada. Por cierto, a esos grandullones les encanta mordisquear primero, como si les gustara tomarse unos entremeses antes del plato principal.

Hawthrone apretó el gatillo. Los estallidos llenaron la noche. La ráfaga pasó junto al siciliano, levantando salpicaduras en el mar.

-¡Pare! ¡Por el santo nombre de Cristo, pare!

-¡Caramba, con cuánta presteza acudís a la religión los tipos como tú!

Hawthorne disparó de nuevo. La descarga fue ensordecedora. Algunas balas rozaron al mafioso, desollándole el hombro izquierdo.

-¡*Per piacere*! ¡Por favor, se lo suplico!

-Ese amigo mío que anda por ahí, el que asoma su aleta dorsal, está hambriento. ¿Por qué habría de negarle su comida?

-¿Habrá..., habrá oído hablar del valle de...? -balbuceó el asesino, tratando de encontrar las palabras, visiblemente preso de pánico, recordando algunos vocablos que había escuchado anteriormente-. ¡En un lugar remoto, al otro lado del mar!

-Si, he oído hablar del valle de la Bekaa -elijo Tyrell con voz monótona-. Se encuentra en el extremo oriental del Mediterráneo, ¿no?

-Es de allí de donde vienen las órdenes, signore.

-¿Quién las transmite? ¿Quién te impartió esas órdenes? -Vienen de Miami. ¿Qué otra cosa puedo decirle? !No conozco a los supremos!

-¿Y por qué a mí?

-No lo se, signore.

-¡Bajaratt! -vociferó Hawthorne, leyendo lo que deseaba saber en los desorbitados ojos del mafioso-. ¡Se trata de Bajaratt! ¿No es cierto?

-Si, he escuchado ese nombre. Pero nada más.

-¿Del valle de la Bekaa?

-Por favor, *signore*! No soy más que un simple soldado. ¿Qué más quiere de mí?

-¿Cómo me han encontrado? ¿Habéis estado siguiendo a una mujer llamada Dominique Montaigne?

-*Non sapere*. No sé su nombre.

-¡Mentiroso!

Tyrell disparó de nuevo el fusil automático, pero esta vez no hirió al mafioso; la experiencia dictaba su estrategia con un subordinado aterrorizado.

-¡Se lo juro! -chilló el siciliano-. Otros también le andaban buscando.

-¿Porque sabían que persigo a la señora Bajaratt?

-Cualesquiera que fuesen los motivos, éstos conducían a usted, signore.

-Y así ha sido al parecer -dijo Tye, haciendo girar el bote.

-¿No me matará...? -preguntó el frustrado asesino, cerrando los ojos en actitud suplicante mientras Hawthorne le apartaba del rostro el deslumbrante haz del foco-. ¿No me dará de comer a los tiburones?

-¿Sabes nadar? -inquirió Tye, pasando por alto las preguntas del otro.

-Naturalmente -respondió el mafioso-, pero no en estas aguas, sobre todo estando herido.

-¿Hasta qué punto eres un buen nadador?

-Soy un siciliano de Messina. De niño buceaba para recogerlas monedas que tiraban los turistas desde los barcos.

-Eso está bien, ya que pienso dejarte a media milla de la costa; el resto del trayecto lo podrás hacer tú solo.

-¿Con los tiburones?

-Desde hace más de veinte años no hay ni un solo tiburón en estas aguas. Les repele el olor de los arrecifes de coral.

Hawthrone sabía perfectamente que el siciliano le había mentido. Quienquiera que estuviese detrás de ese atentado contra su vida tenía que haber comprado a todo el puerto para poder clausurarlo. Los del valle de la Bekaa no podían hacer eso, contasen o no con el apoyo de la mafia. Tenía que haber alguien más, alguien que viviese en la zona, que conociese las islas y supiese cuáles eran los resortes que había que tocar. Quienquiera que fuese estaba protegiendo a esa Bajaratt. Hawthorne, vestido ahora con un mugriento traje de faena robado, se había situado al acecho fuera del edificio del taller, en una de sus esquinas, y vigilaba al extenuado siciliano mientras éste avanzaba tambaleándose entre las plácidas olas, salía a la playa y se dejaba caer de bruces sobre la arena, sin fuerzas para levantarse y respirando con dificultad. Se había quitado la chaqueta y los zapatos, pero el bulto que se apreciaba en el bolsillo derecho de sus pantalones indicaba a las claras que en él se había guardado las pertenencias que consideraba necesarias. Tyrell pensaba apoderarse de esos objetos; una paloma mensajera sin su cápsula no era más que un simple pájaro que no servía para nada.

Pasados un par de minutos el mafioso alzó la cabeza bajo la luz de los focos del puerto. Se puso de pie, con gran dificultad y aquejado por los dolores, y miró rápidamente a ambos lados, tratando evidentemente de orientarse. Giró la cabeza y la detuvo de repente, fijando la vista en el taller de máquinas. Aquél era el lugar donde él y su difunto compañero habían

comenzado la operación; no había otro. Allí estaban los interruptores de los focos y allí dentro habían hecho entrega del dinero. Allí había un teléfono sobre un mostrador... Y en ese preciso momento, al acordarse de una docena de celadas parecidas en Amsterdam, Bruselas y Múnich, Hawthorne pensó que su víctima se comportaría como un autómata programado. Tenía que dejarse llevar por su instinto de supervivencia. Y eso fue lo que hizo.

Sin aliento apenas, el mafioso corrió por la playa hacia las escaleras que conducían al taller. Sujetándose de la barandilla, subió los escalones, llevándose una y otra vez la mano al hombro mientras contemplaba su pequeña herida entre muecas de dolor. Tyrell se sonrió; su propio hombro había sido desinfectado por el mar y tan sólo le sangraba un poco. Lo único que ambos necesitaban era un par de tiritas. Pero en el plano psicológico, aquel mafioso estaban entonando una ópera melodramática.

El asesino llegó al taller, abrió la puerta, empleando en ello más fuerza de la necesaria, y se precipitó en su interior. Pocos momentos después se apagaban los focos y se encendía una lámpara. Hawthorne se deslizó sigilosamente hasta la puerta abierta y escuchó al mafioso cuando éste discutía por teléfono con algún empleado de la centralita caribeña.

-¡Sí! ¡Si, sí, se trata de un número de Miami!

El siciliano repitió los dígitos y Hawthorne se los grabó en la memoria, diciéndose para sus adentros: «¡Dios mío, menuda suerte!»

-¡Emergenza! -chilló el mafioso cuando le pasaron la comunicación con Miami-. ¡Acceso padrone da satellite! ¡Rápido!

Pasaron algunos momentos antes de que aquel hombre aterrorizado, que ahora se sujetaba con una mano la ingle, hablase y gritase de nuevo.

-Padrone, esso incredibile! ¡Scozzi pui morto! ¡Uno diavolo da in ferno...!

Tyrell no pudo entender todas las parrafadas que el mafioso farfulló frenéticamente en italiano por el teléfono, pero sí logró enterarse de lo suficiente. Tenía ahora un número telefónico de Miami y sabía que de alguien al que llamaban padrone y al que se podía llamar por vía satélite; alguien que vivía en alguna de esas islas y que prestaba todo su apoyo a la terrorista Bajaratt.

-¡Lo intenso! Nuovo York. ¡Va bene!

Tampoco esas últimas palabras resultaban difíciles de entender, pensó Hawthorne cuando el mafioso colgó el teléfono y miró nerviosamente hacia la puerta. Habían indicado al asesino que se fuese a Nueva York, donde podría ocultarse hasta nueva orden. Tyrell recogió una de las anclas desechadas y encrustadas de orín que había sobre el entarimado exterior del taller y esperó a que el asesino saliese por la puerta. Blandiendo aquel pesado objeto de dos picos, lo estrelló contra las pantorrillas del mafioso, partiéndole ambas rodillas.

El siciliano lanzó un grito y se desplomó inconsciente sobre el suelo de planchas de madera.

-¡Ciao! -dijo Hawthrore, inclinándose sobre el cuerpo del hombre y metiendo la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones.

Le vació el bolsillo y analizó los objetos, visiblemente disgustado con su propietario. Llevaba un grueso devocionario de tapas negras escrito en italiano, un rosario y un monedero que contenía exactamente novecientos francos franceses; unos ciento ochenta dólares aproximadamente. No tenía billetera ni cartera, ni papeles ni documentos... Omertá.

Tyrell se quedó con el dinero, se levantó y se alejó precipitadamente. En alguna parte y de algún modo tenía que agenciarse un avión y un piloto.

El endeble personaje salió de su despacho, accionando por sí mismo su silla de ruedas, y entró en un aposento de mármol, que hacía las veces de pajarera, donde Bajaratt lo estaba esperando.

-Baj, tienes que irte inmediatamente -dijo con firmeza-. ¡Ahora mismo! El avión estará aquí dentro de una hora y Miami me envía a dos hombres para que cuiden de mí.

-¡Tú estás loco, padrone! Ya he establecido los contactos. Tus contactos. Vendrán en avión a verme aquí en el curso de los próximos tres días. Ha confirmado los depósitos bancarios de la Bekaa en Saint-Barthélemy; no habrá rastro alguno en los documentos.

-Hay un rastro mucho peor, hija mía. Scozzi ha muerto, asesinado por tu Hawthorne. Maggio se ha puesto histérico en Saba y afirma que tu amante es un demonio salido de los infiernos.

-No es más que un hombre -replicó fríamente Bajaratt-. ¿Por qué no lo han matado?

-¡Ojalá lo supiera! Pero tienes que irte. ¡Inmediatamente!

-Pero, padrone, ¿cómo puedes creer en la posibilidad de que Hawthorne pueda llegar a relacionarse jamás conmigo? 0 lo que es más improbable aún, ¿pensar que pueda establecer cualquier tipo de nexo entre Dominique Montaigne y Amaya Bajaratt? ¡Dios mío, estuvimos haciendo el amor esta misma tarde y está convencido de que he emprendido el viaje de vuelta a París! ¡Ese idiota me ama!

-¿No será acaso más listo de lo que pensamos?

-¡En modo alguno! Es como un animal herido, está a punto de pedir socorro, lo que necesita es esconderse en su madriguera.

-¿Y qué pasa contigo, hija mía? Recuerdo muy bien lo que sucedió hace cuatro años, cuando en estas paredes resonaban tus cánticos de entusiamo. Recuerdo lo mucho que te gustaba ese hombre.

-¡No seas ridículo! Hace tan sólo unas pocas horas que no lo maté de milagro, cuando me di cuenta de que el recepcionista sabía que yo estaba con él en la habitación,.. Tú aprobaste mi decisión, padrone, incluso alabaste mi precaución. ¿Qué mas puedo decirte?

-No hace falta que digas nada, Baj. Yo lo decidiré. Te llevarernos en avion a Saint-Barthélemy, recogerás tu dinero por la mañana y luego te trasladaran a Miami o adonde quieras ir.

-¿Y qué pasa con mis contactos? Esperan encontrarme aquí.

-Yo me ocuparé de ellos. Te daré un número de teléfono, y mientras tus jefes no se hayan puesto en contacto contigo, esos hombres cumplirán todas tus ordenes... Eres mi única hija, Annie.

-!Dame ese teléfono, padrone! Sé exactamente lo que he de hacer.

-Confío en que me tendrás informado.

-Naturalmente.

-¡Molto bene!

Hawthorne necesitaba desesperadamente encontrar un avión y un piloto, aun cuando éstas no aran las principales prioridades. Había otra: un canalla implacable llamado Henry Stevens, capitán de la Armada y jefe del servicio de información de la Marina estadounidense. El fantasma de Amsterdam surgió de repente como un pájaro de fuego de entre las negras cenizas de una pesadilla. Todo lo ocurrido en Saint-Barthélemy, incluida la desaparición de Dominique, se parecía demasiado a los terribles acontecimientos que desembocaron en la muerte de su esposa. ¡Nada tenía sentido! Si Stevens estaba involucrado, aunque sólo fuese remotamente, él tenía que saberlo. ¡Como fuera!

Después de dar un billete de cien francos y de decir su nombre, acompañado de su antiguo rango militar, al único y desinteresado radiotelegrafista que estaba de guardia en la torre de control, que ni era torre ni controlaba gran cosa como no fuera las luces de la pista de aterrizaje, Hawthorne pudo utilizar el teléfono del aeropuerto de Saba. El número telefónico de Miami lo llevaba bien grabado en la memoria; el de Washington lo recordaba casi por instinto.

-Departamento de Marina -dijo una voz que llegaba desde un punto en el norte, situado a unas mil quinientas millas de distancia.

-¡Sección Primera, Servicio de Información, por favor! Código de seguridad Cuatro-Cero.

-¿Una emergencia, señor?

-Usted lo ha dicho, marinero.

-Información-Primera -dijo una segunda voz pocos momentos después-. ¿Lo he entendido bien, señor, se trata de un Cuatro-Cero?

-Ha entendido bien.

-¿De qué índole?

-Eso sólo se lo puedo comunicar al capitán Stevens. Póngame con él. ¡Inmediatamente!

-En este momento están reunidos en el piso de arriba, haciendo horas extras. ¿Quién habla?

-La palabra «Amsterdam» le abrirá todas las puertas. Ya verá cómo él le mete prisas.

-Ya veremos.

El reservado funcionario de los servicios secretos no perdió evidentemente ni un segundo, pues al instante se escuchaba al otro lado de la línea la enérgica voz del capitán Stevens.

-¿Hawthorne?

-¡Me parece que ya has logrado echarme el guante, grandísimo hijo de puta!

-¿Qué quieres decir?

-¡Sabes muy bien qué coño quiero decir! Tus autómatas me han encontrado. Y como tu insignificante ego no podía soportar el hecho de que los del MI-6 me hubiesen reclutado, te has apoderado de ella para averiguar lo que puedas. ¡Porque sabes perfectamente que yo no te diría maldita la cosa! Te haré comparecer ante un Tribunal militar, Henry.

-¡Eh, para! ¡No sé ni dónde demonios estás ni quién demonios es ella! Tuve que pasarme ayer dos malditas horas con el director de la CIA, que no hizo más que hincharme las pelotas, tan sólo porque tú te niegas a hablar conmigo. Y ahora me dices que te hemos encontrado, allí donde demonios te escondas, y que hemos secuestrado a una mujer de la que nunca hemos oído hablar. ¡Deja eso de una puta vez!

-¡No eres más que un cerdo mentiroso! Me mentistes en Amsterdam.

-Tenía mis pruebas, tú mismo las vistes.

-¡Tú te las inventastes!

-No me inventé nada, Hawthorne. ¡Las inventaron!

-¡De nuevo ocurre exactamente lo mismo que con Ingrid!

-¡Idioteces! ¡Te lo repito: no tenemos a nadie en esas islas que sepa nada de ti ni de una mujer!

-¡Eso sí que son idioteces! Un par de payasos tuyos me han localizado aquí y han tratado de hacerme vivir uno de esos cuentos de terror de los servicios secretos. Sabían dónde me encontraba; el resto ha tenido que ser fácil, incluso para ellos.

-¡Pues entonces saben algo que desconozco! Y como esta misma mañana me he de reunir con todos mis llamados payasos, es posible que me lo cuenten.

-Tienen que haberme seguido hasta Saint-Barthélemy y haberme visto con ella. Luego la raptarían cuando se marchaba.

-¡Tye, por el amor de Dios, te estás equivocando! Reconozco, claro está, que tratamos como endemoniados de hacerte volver. ¡Diablos! ¿Por qué no íbamos a hacerlo? Vives en esa zona y tienes una gran experiencia. Tendríamos que haber sido unos estúpidos redomados para no querer tenerte de nuevo. Pero el hecho es que no lo conseguimos. Los ingleses y los franceses lo lograron, ¡pero nosotros no! No tenemos por allí a nadie capaz de distinguirte de..., ¿cómo solías decir tú?..., ¡ah, sí!, de una patata asada.

-Pues no soy muy difícil de encontrar, ni siquiera he tomado precauciones.

-Y teniendo en cuenta el hecho de que deseamos tu ayuda, lo último que se nos ocurriría hacer sería apoderarnos de una amiguita tuya para interrogarla. Eso sería demasiado estúpido... Escucha, Tye, ¿has vuelto a caer?

-Tan sólo es un desliz momentáneo, carente de importancia.

-Quizá no lo sea.

-Lo es. De lo contrario, no podría navegar más y tú lo sabes.

-Un tanto a tu favor.

-Los dos tenemos un tanto -replicó serenamente Hawthorne-. La chica regresaba hoy a París, de donde partiría para Niza. No quería marcharse.

-¡Demonios, eso es probablemente lo que ha sucedido! A lo mejor no tenía ganas de largas despedidas.

-No puedo creer eso. No quiero creerlo.

-Quizá tu desliz momentáneo no te lo permita... ¿No sería eso posible?

-¿Sabes una cosa? -preguntó a regañadientes Hawthorne, a quien de repente se le habían pasado las ganas de discutir-. Ya me había hecho eso antes. En cierta ocasión desapareció como por encanto.

-Y te apostaría mi pensión a que volverá a hacerlo. Llámala esta noche a París. Sospecho que la encontrarás allí.

-No puedo. No sé cómo se llama el marido.

-Sin comentarios, capitán de fragata.

-No me estás entendiendo...

-Tampoco te explicas mucho.

-Estuvimos juntos hará unos cuatro o cinco años.

-Ahora caigo. Fue en aquella época cuando nos dejaste.

-Si, os dejé. Os dejé porque presentía algo, porque tenía la impresión de que había algo realmente podrido en Amsterdam. Y esa impresión me acompañará el resto de mi vida.

-Ahí no puedo ayudarte -dijo el jefe del servicio de información de la Marina tras unos momentos de silencio.

-No espero que lo hagas.

De nuevo se produjo un embarazoso silencio.

-¿Has hecho algún progreso con los del MI-6 y los del Deuxiéme Bureau? -preguntó finalmente Stevens.

-Si, hace tan sólo una hora.

-Por indicación de Gillete, el de la CIA, he estado hablando con Londres y París. Estoy seguro de que querrás que ellos te lo confirmen, pero ya que estamos en contacto puedo comunicarte que estoy autorizado a proporcionarte todo lo que necesites.

-No necesito confirmación alguna. Tú mismo te echarás la soga al cuello si te metes en una situación que no puedas controlar, capitán. Y no eres precisamente propenso a esas cosas.

-Has de saber, Hawthorne -dijo serenamente Stevens-, que sólo puedo lavar tus trapos sucios en la medida en que...

-¡Pues lavarás todos los trapos que yo quiera ensuciar, Henry, dejemos eso bien sentado! No eres más que una ruedecilla dentro de un engranaje y yo trabajo por cuenta propia. ¡No lo olvides! Yo te daré a ti las órdenes y tú no me darás a mí ninguna, puesto que si tratas de dármelas, me largaré con viento fresco. ¿Me has entendido?

Por tercera vez se produjo un prolongado silencio antes de que volviese a hablar el jefe de los servicios secretos de la Marina.

-¿No quieres adelantarme algo de lo que has averiguado?

-Sabes perfectamente que sí quiero. Y también quiero actividad inmediata. Tengo un número telefónico de Miami desde el que hay acceso directo, vía satélite, a uno de los teléfonos de estas islas. Necesito que me comuniques su localización tan pronto como la tengas.

-¿Bajaratt?

-Así es. Ahí va el número.

Tyrell lo recitó, le pidió que se lo repitiera para estar seguro, le dio el número del teléfono del aeropuerto de Saba y estaba a punto de colgar el teléfono cuando Stevens lo interrumpió.

-¡Tyrell! -dijo-. Dejando a un lado nuestras diferencias, y te lo digo de todo corazón, ¿podrías darme algún detalle, alguna orientación?

-¡No!

-¡Por los clavos de Cristo! ¿Por qué no? Ahora soy tu enlace oficial. Aclaremos esto de paso. Ante todos los gobiernos para los que trabajas. Y ya sabes lo que eso significa. Lo de la «ruedecilla dentro de un engranaje» lo expresa perfectamente. Tendré que pedir muchas cosas y la gente quiere explicaciones.

-Lo que significa que están en circulación los sacrosantos informes internos, ¿me equivoco?

-Bajo las más estrictas medidas de seguridad. Es lo habitual, ya lo sabes.

-Pues mi respuesta es un no rotundo. Los del valle de la Bekaa quizás estén regentando una colonia veraniega en tu opinión, pero no en la mía. He visto cómo se extendían sus malditos tentáculos desde el Líbano hasta Bahrayn, desde Génova hasta Marsella, desde Stuttgart hasta Lockerbie. Tienes filtraciones por todas partes, Henry, pero te niegas a verlo.., si te enteras pronto de algo, llámame a Saba; si tardas, localízame en el club náutico de Virgen Gorda.

Durante la siguiente hora y media aterrizaron en el aeropuerto de Saba tres aviones privados, pero ninguno de sus pilotos hizo caso de los desesperados ruegos de Hawthorne, que alegaba un caso de emergencia y que prometía recompensa monetaria si lo llevaban a Virgen Gorda. Por lo que le dijo el controlador aéreo, dentro de treinta y cinco minutos aproximadamente tendría que llegar el cuarto y último avión. Una vez que aterrizara, la pista quedaría cerrada durante la noche.

-¿Establecerá contacto antes de aterrizar?

-Por supuesto, señor, ya habrá oscurecido cuando se aproxime. Y si se levantase algún viento, le comunicaría la dirección y velocidad del mismo.

-Cuando el piloto anuncie su llegada quisiera hablar con él.

-Por supuesto, señor, ya que se trata de algo del gobierno. Pasados cuarenta y un minutos cargados de ansiedad se oyó una voz por la radio de la torre de control.

-Saba, aquí el vuelo proveniente de Orangestad, F-O-cuatro-seis-cinco, que tenía prevista su llegada. ¿Las condiciones son normales?

-Otros diez minutos más, señor, y se hubiese encontrado con una falta absoluta de condiciones, pues tenemos nuestras reglas. Lleva retraso, F-O-Cinco.

-¡Venga ya, hombre! Ya sabes que somos buenos clientes.

-No los de ese avión, señor, pues no los conozco...

-Hemos abierto una nueva ruta. Puedo distinguir sus luces.

Te repito: ¿es todo normal? En los últimos días el tiempo ha sido bastante inestable.

-Todo normal, señor, salvo que aquí hay alguien que desea hablar con usted, blancucho.

-¿Con quién coño te crees que estás hablando...?

-Aquí le habla el capitán de fragata T. Hawthorne, de la Marina de guerra de Estados Unidos -dijo Tyrell, cogiendo el anticuado micrófono-. Hemos tenido una emergencia en la isla y he de apropiarme de su avión para volar a la isla británica de Virgen Gorda. El plan de vuelo ya ha sido aprobado y usted será generosamente recompensado por el tiempo que pierda y por las molestias que le ocasionemos. ¿Cómo anda de combustible? Haremos venir un camión cisterna en caso de que fuese necesario.

-¡Adiós para siempre, marinero!

Tal fue la precipitada respuesta que escuchó Hawthorne por el altavoz mientras miraba el enorme ventanal que llegaba hasta el techo y desde el que se divisaba la pista de aterrizaje. Y entonces, para su asombro, las luces del avión que descendía empezaron a elevarse, dieron un giro a la derecha y se alejaron de la isla de Saba a la mayor velocidad posible.

-¡Pero qué demonios está haciendo ese tío! -gritó Tyrell-. ¿Qué está haciendo, piloto? -repitió Tyrell por el micrófono-. ¡Le acabo de decir que se trata de un caso de emergencia!

No hubo respuesta por el altavoz, tan sólo silencio.

-No quería aterrizar aquí, señor -apuntó el controlador.

-¿Y por qué no?

-Quizá porque usted ha hablado con él. Ha dicho que venía de Orangestad; a lo mejor sí, a lo mejor no. Quizás haya salido de Isabel II, lo que a lo mejor significa que había partido de Cuba.

-¡Hijo de puta! -exclamó Hawthorne, dando un puñetazo en el respaldo de su silla-. ¿Pero qué demonios estáis controlando aquí?

-No la pague conmigo, señor. Presento mis informes todos los días, pero los funcionarios del gobierno no me hacen caso. Aquí no dejan de llegar aviones sospechosos, pero nadie me hace caso.

-Lo siento -dijo Tye, contemplando el rostro preocupado del radiotelegrafista negro-. He de hacer otra llamada.

-¡Adelante, mi capitán! Anotaré su nombre para que mis superiores puedan enviar la factura a la Marina, señor, y no me la carguen a mí.

-La marina pagará -dijo Tyrell, marcando un número telefónico de Virgen Gorda.

-¡Tye, chico! ¿Dónde demonios te encuentras? -vociferó Marty-. Se suponía que tenías que estar aquí.

-Pues no he podido. No puedo conseguir un avión para salir de Saba. Llevo intentándolo desde hace más de tres malditas horas.

-En esas malditas islitas los aeropuertos cierran muy temprano.

-Podré apañármelas hasta mañana, pero si no puedo conseguir ningún avión, te llamaré para que me envíes uno.

-No te preocupes... Escucha, Tye, tienes un mensaje...

-¿De un tipo llamado Stevens?

-Si ese tipo es de París, sí. Los de la recepción me llamaron hace unas cuatro horas y me preguntaron si ya habías llegado. Y claro está, como ya había hablado con tu amigo Cooke, les dije que yo me encargaba de cogerte todos los recados. Y aquí tengo uno. Es de Dominique, con el número de un teléfono de Paris.

-¡Dímelo!

Hawthorne cogió un lápiz de la mesa. El mecánico de Virgen Gorda le dio el número, pronunciando lentamente cada dígito.

-Una última cosa -dijo Hawthorne-. Pero ¡aguarda un momento! Tye se apartó el teléfono de los labios e interpeló al controlador aéreo-: Es evidente que no podré conseguir ningún avión esta noche; así que ¿dónde puedo quedarme? Es muy importante.

-Si es tan importante, señor, podrá quedarse aquí; hay una cama en el cuarto de al lado, pero no tendrá nada de comer, con excepción de litros y litros de café. Mis superiores pasarán la cuenta a la Armada y se embolsarán el dinero, pero usted puede quedarse aquí cuando cierre. Por la mañana le traeré algo de comer. Llegaré a las seis.

-¡Y yo te daré dinero suficiente como para que puedas enviar a tus superiores a freír monas!

-Eso resulta atractivo.

-¿Cuál es el número de aquí?

El controlador aéreo le dio el número y Hawthorne volvió a coger el teléfono y se lo repitió a Marty.

-Si me llama un tal Stevens..., ¡no, coño!, sea quien sea el que llame, dale este número, ¿de acuerdo? ¡Y gracias!

-Escucha, Tye -dijo el mecánico en tono cauteloso-. ¿No te estarás metiendo en un lío?

-Espero que no -replicó Hawthorne, cortando la comunicación y marcando inmediatamente el número de París.

-Alto, la maison de Couvier -dijo una voz femenina.

-S'il vous plait, la madame -contestó Tyrell, en un francés que resultaba bastante fluido dadas las circunstancias-. Madame Dominique, s'il vous plait.

-Lo siento señor, Madame Dominique acababa de llegar cuando la llamó su marido desde Montecarlo, insistiendo en que fuese a verlo inmediatamente... Ya que soy la confidente de la señora, ¿puedo preguntarle si es usted el hombre de las islas?

-Lo soy.

-Me encargó que le dijera que todo va bien y que irá a verle tan pronto pueda. Doy gracias a Dios, señor. Usted es lo que ella necesita, lo que ella se merece. Soy Pauline, y no debe hablar con ninguna otra persona en esta casa a excepción de mí. ¿No podríamos acordar una contraseña para cuando la señora no esté localizable?

-Sé precisamente una. Le diré: «Saba al aparato.» Y dígale que no entiendo nada. ¡No estaba allí!

-Estoy segura de que habrá alguna razón, monsieur, y estoy segura de que la señora se lo explicará.

-La considero una amiga, Pauline.

-Para toda la vida, monsieur.

En su isla privada, seguido por sus nuevos guardaespaldas, el padrone, silbando de alegría y sonriendo como un tonto, se dirigió en su silla de ruedas al teléfono y marcó el número de un hotel en Saint-Barthélemy.

-¡Tenías razón, hija mía! -gritó por el teléfono cuando le pasaron la comunicación con el cuarto del hotel-. ¡Se ha tragado el anzuelo! Con el gancho, el hilo y el plomo, como se dice vulgarmente en Estados Unidos. ¡Ahora tiene una confidente en París llamada Pauline!

-Estaba claro, padre -dijo Bajaratt-. Pero me temo que se nos presentará otro problema que me preocupa muchísimo.

-¿De qué se trata Annie? Tus intuiciones han resultado siempre demasiado acertadas como para poder pasarlas por alto.

-Han montado temporalmente su cuartel general en el club náutico de Virgen Gorda. ¿Qué informe han recibido del MI-6? ¿0 de los servicios secretos norteamericanos?

-¿Qué quieres de mí?

-Envía a un *animale* de Miami, o de Puerto Rico, y entérate de quiénes son las personas que tienen allí... qué es lo que tienen allí.

-Eso está hecho, mi niña.

Eran las cuatro de la madrugada cuando el timbre del teléfono rasgó el silencio en la desierta torre de control. Hawthorne se levantó sobresaltado del camastro, parpadeó varias veces, tratando de orientarse, y se precipitó por la puerta abierta hacia el teléfono que estaba sobre la mesa.

-¿Si? -gritó-. ¿Quién es? -preguntó atropelladamente, sacudiendo la cabeza para despejarse.

-¡Stevens! -respondió desde Washington el jefe de los servicios secretos de la marina-. Llevo clavado aquí casi diez malditas horas, y será mejor que algún día expliques a mi mujer (quien por razones que jamás llegaré a entender, te tiene aprecio) que he estado trabajando para ti y no pasándomelo en grande con una amante inexistente.

-Cualquiera que utilice la expresión «pasándomelo en grande» no tiene por qué preocuparse de tales cosas. ¿De qué os habéis enterado?

-Para empezar, todo está tan bien enterrado, que necesitaríamos a un arqueólogo para sacarlo a la luz. El número que me diste de Miami no está registrado, por supuesto...

-Espero que eso no haya sido un problema para ti -lo interrumpió Tyrell en tono sarcástico.

-Claro que no. Está a nombre de un restaurante muy conocido de la avenida Collins, el Wellington's, pero su propietario no sabe nada del asunto ya que jamás ha recibido ninguna factura. Para que pudiésemos verificar su declaración, nos comunicó el nombre de la gestoría que le lleva la contabilidad y le paga sus facturas.

-Pero la línea ha de poder ser localizada. Ha tenido que ser instalada.

-¡Oh, sí, claro que ha sido localizada! La pista nos condujo a un aparato activado por la voz humana en un yate anclado en el puerto de Miami. El propietario es un brasileño, que por regla general se encuentra en Brasil en dirección desconocida.

-¡El siciliano no estuvo hablando con ningún aparato! -insistió Hawthorne-. ¡Había alguien al otro lado de la línea!

-No te lo discuto. ¿Cuántas veces tanto tú como yo no habremos utilizado un buzón falso o habremos manipulado un teléfono público durante alguna operación? Encargarían a alguien que estuviese en el yate esperando la llamada del siciliano.

-¿Conque no has conseguido nada?

-Yo no diría eso -le corrigió Stevens-. Pedimos ayuda a nuestros chicos prodigios del departamento de electrónica con sus equipos de magia negra. Me dijeron que habían

desmontado el aparato como buenos relojeros suizos, le aplicaron varios centenares de programas y al fin nos salieron con algo que denominan búsqueda láser por satélite.

-¿Qué significa todo eso?

-Significa que nos presentaron un mapa de coordenadas en el que se registran las probables transmisiones por vía satélite. Lograron demarcar la zona de recepción en una superficie de unas cien millas cuadradas aproximadamente, situada entre el pasaje de Anegada y la isla de Nieves.

-¡Eso carece de sentido!

-No del todo. Punto uno: el yate está ahora bajo constante vigilancia. Quienquiera que se acerque al barco será apresado y amansado... por procedimientos químicos o de otro tipo.

-¿Y cuál es el segundo punto?

-Menos eficaz, me temo -respondió Stevens-. Hemos conseguido un modelo pequeño del AWAC en una base aérea de Florida, la de Patrick, en Cocoa. Con ese aparato podemos interceptar las comunicaciones por satélite, pero éstas han de ser activadas para que puedan ser localizadas con toda exactitud las antenas parabólicas. Ya estamos trabajando en ello.

-¿Así que estarán controlando todas las comunicaciones desde ambas partes?

-Con eso es con lo que contamos. Alguien tendrá que ir al yate a inspeccionar el teléfono. No les queda más remedio. Lo hemos puesto en cortocircuito; así que alguien ha de ir a ver donde está la avería y a recoger los mensajes recibidos. El metodo es infalible, Tye. No saben que los hemos descubierto, así que le echaremos el guante al próximo que suba a bordo.

-Aquí hay algo que no encaja -dijo Hawthorne-. Hay algo que no encaja, pero no sé lo que es.

Los últimos resplandores de la luna se hundieron en el firmamento cuando el sol empezó a surgir en el horizonte, iluminando desde el oriente la ciudad de Miami. El teleobjetivo de una cámara de vídeo enfocaba el yate anclado en el puerto y transmitía cada imagen a la pantalla de un monitor colocado en unos almacenes situados a unos doscientos metros de la costa. Tres agentes del Federal Bureau of Investigation la vigilaban continuamente, turnándose ante la pantalla, colocada sobre una mesa en la que había un teléfono rojo con un único botón negro, que les permitiría ponerse inmediatamente en contacto con la CIA y con el servicio secreto de la Marina en Washington.

-¡Esto es una mierda! -exclamó el agente de guardia al levantarse del asiento para ir a ver quién llamaba a la puerta.

Sus dos compañeros, adormilados en sus asientos, abrieron los ojos y bostezaron cuando el hombre abrió la puerta.

Una sola ráfaga de metralleta segó la vida de los hombres. En menos de cuatro segundos los tres agentes habían sido masacrados y sus cuerpos acribillados a balazos yacían en el suelo en un baño de sangre. En la pantalla del monitor explotaba el yate anclado en el puerto y las llamas se elevaban como columnas de fuego en el cielo de Miami.

CAPÍTULO VI

-¡Dios mío! -exclamó Stevens cuando Hawthorne contestó desde Saba-. ¡Lo saben todo! ¡Saben todo lo que hacemos!

-Lo que quiere decir que tienes una filtración.

-No puedo creerlo.

-Pues créelo, es la verdad. Estaré de vuelta en Virgen Gorda dentro de una hora aproximadamente...

-¡Al demonio con Virgen Gorda! Iremos a recogerte a Saba. Según nuestros mapas, está cerca de la zona que investigamos.

-Tus aviones no pueden aterrizar en este aeródromo,Henry.

-¿Por qué coño no van a poder? Ya he preguntado a nuestros controladores aéreos; tenéis allí más de novecientos metros. Con la marcha atrás puesta al máximo, pueden lograrlo. Quiero que inspecciones esas coordenadas. ¡Es todo lo que nos queda! Si surge algún contratiempo, haz lo que creas necesario. El avión estará bajo tu mando.

-¿Que inspeccione cien millas cuadradas entre Anegada y Nieves? ¿Es que te has vuelto loco?

-¿Tienes alguna sugerencia mejor? Estamos tratando con una psicópata, capaz de hacer saltar por los aires a un gobierno. Te lo digo francamente. Tye, por lo que sé hasta ahora de ella, estoy asustado. ¡Realmente asustado!

-No tengo ninguna sugerencia mejor -admitió Hawthorne-. Avisaré a los de Virgen Gorda para que no vengan a buscarme y esperaré aquí. Confío en que la base de Patrick disponga de algún piloto excepcional.

El AWAC II apareció por occidente en el firmamento, un avión gordo, de nariz respingona y de aspecto nada atractivo, con un disco gigantesco que sobresalía por encima del fuselaje. El avión ultrasecreto descendió, pero en lugar de aterrizar, sobrevoló la pista hasta el final, dio media vuelta y repitió el procedimiento por segunda vez. Contemplándolo, Tyrell llegó a la conclusión de que el piloto habría llamado por radio a la base aérea de Patrick para preguntarles si se habían vuelto locos. En su tercer intento, Hawthorne tuvo la impresión de que aquel voluminoso pajarraco se encogía en sí mismo al otro extremo de la pista como una parda almohada de plumas, comprimida por los motores a reacción que pasaron de forma instantánea a la posición de marcha atrás.

-¡Eh, señor! -gritó el controlador aéreo con los ojos desorbitados y conteniendo momentáneamente la respiración mientras el avión se detenía antes de llegar al fin de la pista, giraba en redondo y se dirigía a la torre de control-. ¡Ese piloto es buenísimo! Jamás he visto nada igual en esta isla. ¡Pero si está pilotanto una vaca preñada!

-Me marcho, Calvin -dijo Hawthorne, dirigiéndose hacia la puerta- Tendrás noticias mías o de mis socios. Recibirás tu dinero.

-Como le dije anoche, señor, eso será muy atractivo.

Tyrell salió corriendo hacia la pista mientras se abría la puerta lateral del AWAC II y salía por ella un oficial, seguido de un sargento mayor, que descendieron por la escalerilla desplegada de metal estirando los miembros para desperezarse.

-Ha sido un aterrizaje fabuloso, teniente -dijo Hawthorne, acercándose y contemplado la barra de plata que llevaba el oficial en el cuello.

-Procuramos repartir el correo a velocidad supersónica, amigo mío.

El oficial llevaba la cabeza descubierta, tenía el pelo de color castaño claro y hablaba con un pronunciado acento sureño.

-¿Es usted el mecánico? -preguntó el oficial, contemplando el grasiento mono que llevaba puesto Tyrell.

-No, soy el equipaje que usted ha venido a recoger.

-¿No bromea?

-Pídele la documentación -dijo el viejo sargento mayor, que llevaba la diestra oculta bajo su cazadora como si estuviere empuñando un arma.

-¡Soy Hawthorne!

-Pues pruébelo, compañero -le espetó el sargento-. Usted no me da la impresión de ser ningún capitán de fragata.

-No soy capitán de fragata; bien, lo fui en otros tiempos, pero no ahora. ¡Carajo! ¿Pero es que en Washington no se lo explicaron? Mis documentos se encuentras ahora en el fondo del puerto de esta isla.

-¿Y le parece eso oportuno? -replicó el sargento, sacándose lentamente de la cazadora una Colt de reglamento de calibre cuarenta y cinco-. Mi compañero aquí presente, el teniente, se encarga de manejar todos esos preciosos aparatos, pero yo me encuentro a bordo para velar por otra clase de intereses. Digamos que me encargo de la seguridad.

-Aparta el arma, Charlie -dijo una voz femenina, mientras una esbelta figura en uniforme salía por la puerta de atrás del avión y bajaba por la escalerilla hasta la pista. La mujer se acercó a Hawthorne y le dio la mano-. Comandante Catherine Neilse, capitán. Le pedimos disculpas por las dos pasadas sobre la pista, pero estábamos teniendo en cuenta las dudas que usted expuso al capitán Stevens. Ha sido un aterrizaje arriesgado... Todo está en orden, Charlie, Washington nos envió por fax su fotografía. Este es el hombre.

-¿Es usted el piloto?

-¿Es que eso le escandaliza, capitán de fragata?

-No soy capitán de fragata...

-La Armada dice que lo es. Sargento, quizá debería mantener lista su arma.

-Con mucho gusto, mi comandante.

-¿Pueden dejar de..., de... fastidiar?

-¿No quería decir dejar de joder? -preguntó el piloto.

-Eso es precisamente lo que quería decir.

-Y puede que eso sea también precisamente lo que a nosotros nos fastidia. Aceptamos el hecho de que las instituciones deban cooperar entre sí, pero nos parece un poco fuerte que se nos diga que un antiguo oficial de Marina, sin conocimiento alguno de nuestras operaciones, haya de asumir el mando de nuestro avión.

-¡Escúcheme, señora..., señorita..., comandante, yo no he pedido nada! Me he visto metido en este tinglado al igual que usted.

-No sabemos nada acerca de ese «tinglado», señor Hawthorne. Lo único que sabemos es que hemos de sobrevolar una zona delimitada por ciertas coordenadas, rastrear transmisiones vía satélite, interceptar todo lo que encontremos y comunicarle los datos a usted. Y entonces, usted y nadie más que usted nos dirá lo que tenemos que hacer,

-Pero eso es..., pero eso es una buena faena.

-Es una cabronada, capitán.

-Exactamente.

-Me alegro que nos hayamos entendido -dijo la comandante, quitándose la gorra y unas cuantas horquillas y dejando caer su larga cabellera rubia-. Y bien, no quisiera violar ninguna norma de seguridad, pero me gustaría que nos diese una idea general de lo que espera de nosotros, capitán.

-Escúcheme, comandante, no soy más que un patrón de veleros de alquiler en estas islas. Hará unos cuatro o cinco años que dejé ese Sturm and Drang militar y de repente me encuentro contratado por tres gobiernos, por tres países distintos, que piensan, equivocadamente, que les puedo ayudar en lo que ellos denominan una crisis. ¡Pues bien, si usted es de otra opinión, llévense de aquí esa vaca preñada que tiene por avión y déjeme solo!

-No puedo hacer eso.

-¿Por qué no?

-Cumplo órdenes.

-Es usted una dama muy terca, comandante.

-Y usted un ex oficial de Marina muy franco, señor.

-Pues bien, ¿qué hacemos ahora? ¿Quedarnos aquí intercambiando insultos?

-Sugiero que empecemos la operación. Suba a bordo.

-¿Es una orden?

-Sabe muy bien que no puedo darle órdenes -replicó la piloto, echándose hacia atrás los cabellos con su mano izquierda-. Estamos en tierra, donde usted es mi oficial superior, arriba estaremos más igualados... De todos modos, usted estará al mando del avión.

-Bien. Subamos y despeguemos de una vez.

El sordo rugido de los motores del avión a reacción se convirtió en una irritación constante para los nervios de la tripulación del AWAC II mientras el aparato surcaba los cielos, girando una y otra vez para entrar de nuevo desde algún otro de los puntos cardinales en el área que le había sido asignada para su vigilancia. El teniente, que tenía a su mando el complejo equipo electrónico, apretaba extraños botones y manipulaba misteriosos mandos mientras se escuchaban irregulares pitidos que aumentaban y disminuían de volumen. Y conforme iba dirigiendo aquellos aparatos, iban apareciendo en la pantalla de un ordenador breves secuencias de letras que caían a un cesto sujeto a la unidad del procesador.

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué está ocurriendo? -preguntó Hawthorne, que estaba sentado en una silla giratoria frente al joven oficial.

-No se deje desconcertar por los cerdos, mi capitán -contestó el teniente-. Arman un poco de escándalo cada vez que llega la hora de comer.

-¿Qué demonios quiere decirme?

-Quiero decir que haga el favor de mantener la boca cerrada, señor, porque de lo contrario no puedo concentrarme. Si la Marina lo tiene a bien, señor.

Tyrell se desabrochó el cinturón de seguridad, se puso de pie y se dirigió a la cabina abierta del piloto, donde la comandante Catherine Neilsen operaba los mandos.

-¿Puedo sentarme? -preguntó señalando el asiento vacío que tenía a su lado.

-No tiene que pedir permiso, capitán. Usted está al mando de este aparato, salvo en lo que concierne a la seguridad y las normas de a bordo.

-¿No podríamos dejar a un lado toda esa rigidez militar, comandante -dijo Hawthorne, tomando asiento y abrochándose el cinturón de seguridad, al tiempo que se sentía más aliviado porque en la cabina se reducían un poco los ruidos embotadores de los motores a reacción-. Ya le he dicho que ahora no pertenezco a la Marina y lo que realmente necesito es su ayuda y no su hostilidad.

-Está bien, ¿en qué puedo ayudarle?... ¡Aguarde! -exclamó de repente el piloto, ajustándose los auriculares-. ¿Qué decías, Jack? ¿Que vuelva a coger la última trayectoria desde el Pepe? Eso está hecho, genio -dijo Neilsen, efectuando de nuevo con el avión un giro de ciento ochenta grados-. Lo siento, capitán. ¿Por dónde íbamos?... ¡Ah, sí! ¿En qué puedo ayudarle?

-Puede empezar por aclararme algunas cosas. ¿Qué era eso de la última trayectoria y desde dónde tenía que volver a cogerla y qué demonios está haciendo ese geniecillo ahí atrás?

La comandante se echó a reír; era una risa agradable, en la que no había ánimo de burla ni deseo de demostrar superioridad; era la risa de una chica adolescente que suelta la carcajada simplemente porque la situación se le antoja cómica.

-Para empezar, Jackson es un auténtico genio, señor...

-¡Deje lo de señor, por favor! Ya no soy capitán de corbeta y aunque todavía lo fuera, ese grado no es superior al de comandante.

-Está bien, Hawthorne.

-Pruebe a llamarme Tye, diminutivo de Tyrell. Es así como me llamo.

-¿Tyrell? ¡Qué nombre tan espantoso! ¿No era ése el personaje que asesinó a las dos princesitas en la Torre de Londres? Lo cuenta Shakespeare en su Ricardo III.

-Mi padre tenía un sentido del humor muy retorcido. Si mi hermano hubiese sido una niña, mi padre le habría puesto Medea. Pero como resultó ser un varón, se empeñó en que tenía que llamarse Marcus Antonius Hawthorne, pero nuestra madre lo cambió por el de Marc Anthony.

-Me parece que me hubiese gustado su padre. El mío, que no pasó de mozo de cuadra en una granja de Minnesota, era hijo de emigrantes suecos y no tuvo educación alguna. Así que o bien me mataba a estudiar para poder ir al instituto y luego a la academia de West Point o me pasaba el resto de mi vida limpiando establos. Mi padre fue muy claro al respecto.

-Creo que a mí también me hubiese gustado su padre.

-Pero volvamos a sus preguntas, por favor -dijo Neilsen, guardando de repente las distancias-. Jackson Poole, de los Poole de Luisiana, ya sabe -añadió, esbozando una ligera sonrisa-, es un genio en todo lo que concierne a sus aparatos, así como un piloto endiabladamente bueno; en él puedo confiar plenamente, pero si se me ocurriese tocar sus máquinas, tendría que salir corriendo con el rabo entre las piernas.

-Así que es hombre de gran talento por partida doble. Parece un tipo interesante.

-Y lo es. Se alistó en el Ejército porque era allí donde iba a parar realmente todo el dinero que se dedicaba a la ciencia de la informática y porque había pocas personas cualificadas que pudiesen aprovecharlo. Es una de esas personas que saben abrirse camino por sí mismas. Los méritos cuentan en nuestras instituciones militares, que no pueden permitirse el lujo de desaprovechar las capacidades de sus hombres... Y por cierto, lo que me estaba pidiendo Jackson era que cogiese esta misma trayectoria desde el Pepe. En términos vulgares que demos la vuelta y recorramos la trayectoria habitual, sobrevolando la zona que hemos de rastrear, tras haber empezado en las mismas coordenadas del Punto de Partida, del Pepe.

-¿Y eso significa?

-Significa que está tratanto de localizarle una pauta, no sobre las comunicaciones que puede identificar, que hacen al menos entre el cincuenta y el setenta y cinco por ciento de todas, si descartamos las de uso militar y diplomático, sino sobre aquellas que se mueven en el plano de las aberraciones, de lo que no es habitual, de lo que no es detectable en cierto modo.

-¿Y eso lo puede hacer con esos botones y mandos y chirridos?

-¡Oh, sí, claro que lo puede hacer!

-Odio a los hombres de espíritu renacentista.

-¿Le he dicho también que es uno de los mejores instructores de karate de la base de Patrick?

-Si entabla combate con usted, comandante -dijo Tyrell, sonriéndose-, yo me pondré de su parte. Un enano mutilado puede ponerme fuera de combate en el cuadrilátero.

-No según lo que se afirma en su expediente.

-¿En mi expediente? ¿Es que no hay nada que sea sagrado?

-No cuando asume el mando, aunque éste sea limitado, sobre un oficial en jefe de igual rango, pasando de un ejército a otro. Tanto la cortesía militar como las ordenanzas exigen que el oficial sustituido se convenza de la validez de ese reemplazo en el mando. Yo quedé convencida.

-Pues no me lo demostró cuando estábamos en Saba.

-Estaba furiosa, igual que lo hubiese estado usted si un extraño hubiera invadido su ámbito operacional y le hubiese dicho que tomaba el mando.

-Jamás le dije eso.

-Por supuesto que lo dijo. Lo indicó con mucha claridad cuando nos ordenó subir al avión, indicándonos que despegásemos de una vez. Fue entonces cuando me di cuenta de que usted seguía siendo el capitán de fragata Hawthorne.

-¡Lo tengo!

Aquel grito llegó de la parte trasera del avión, retumbando en todo el inmenso casco del AWAC II con tal fuerza, que hasta se impuso al ruido de los motores, que seguían enviando ondas ensordecedoras por los auriculares.

-¡Es de locos! -gritaba Jackson Poole, que se había subido sobre su larga mesa de formica y no paraba de agitar los brazos.

-¡Serénate, cariño! -ordenó la comandante Neilsen, enderezando el avión-. Siéntate y explícanos con calma lo que has descubierto... Por favor, comandante, póngase los auriculares para que pueda oír todo lo que dice.

-¿Cariño? -exclamó Tyrell, interrumpiendo sin querer a la piloto, mientras su voz sonaba con severidad por el intercomunicador.

-Se trata de la jerga de la aviación, capitán, no interprete más de lo que oye -dijo la comandante Neilsen.

-Nada de eso, hombre de mar -añadió el sargento mayor de seguridad llamado Charlie-. Usted puede detentar aquí el mando, señor, pero sigue siendo un huésped.

-¿Sabe una cosa, sargento? ¡Poco a poco me está hinchando las pelotas!

-Tendrá que ponérselas en remojo, Hawthorne -dijo la piloto de cabellos rubios-. ¿Qué has encontrado, teniente?

-¡Algo que no existe, Cathy! No se encuentra en ninguna de las cartas de navegación, en ninguno de los mapas de la zona. ¡Y he verificado detalladamente todos los programas en la pantalla!

-¡Sé más claro, por favor!

-La señal rebota en un satélite japonés y es transmitida a un lugar inexistente, o al menos a un lugar que no existe en nuestros mapas. ¡Pero tiene que estar ahí! La transmisión es muy clara.

-Teniente -le interrumpió Tyrell-, ¿pueden sus máquinas decirnos de dónde proviene esa comunicación?

-No de un modo exacto. Probablemente nuestros hermanos mayores podrían hacerlo, pero nosotros tenemos nuestras limitaciones. Todo lo que puedo darle es una proyección láser informatizada.

-¿Qué demonios es eso?

-Pues es simplemente como uno de esos juegos de golf caseros en los que usted saca la pelota del punto de partida, la tira contra una pantalla electrónica y obtiene en ese mismo instante una imagen de su trayectoria por la calle.

-No soy un jugador de golf, pero me fío de usted. ¿Cuánto tiempo le llevará?

-Estoy trabajando en ello mientras hablamos... Pero lo más que puedo garantizarle es una cosa.

-¿Qué?

-La comunicación que llega a ese lugar inexistente que tenemos debajo de nosotros, proviene de algún lugar situado en el Mediterráneo y es retransmitido por el satélite japonés Noguma.

-¿Italia? ¿El sur de Italia?

-Pudiera ser. 0 del norte de Africa. Esa es la zona en general.

-¡Eso es lo que andamos buscando! -gritó Hawthorne.

-¿Está seguro? -preguntó Neilsen.

-Tengo un hombro desollado como prueba de ello, con tres tiras de esparadrapo en total. Teniente, ¿me puede indicar con toda exactitud (insisto: con toda exactitud) cuáles son las coordenadas de ese lugar inexistente que sobrevolamos?

-¡Claro que sí, estoy trabajando en ello! Se trata de pequeñas masas de tierra a unas treinta millas al norte de Anguila.

-Estoy completamente seguro de conocerlas. ¡Poole, es usted un genio!

-Yo no, señor. El equipo.

-Podemos hacer algo mejor que establecer las coordenadas -dijo Catherine Neilsen, empujando la barra de mandos para iniciar el descenso-. Encontraremos ese lugar inexistente y lo verá con tal claridad que hasta podrá reconocer cada palma de terreno.

-¡No! ¡No haga eso, por favor!

-¿Se ha vuelto loco? ¡Estamos aquí, sobrevolando el lugar, y podemos bajar a verlo!

-Y quienquiera que esté ahí abajo sabrá que lo estamos viendo.

-Tiene toda la razón.

-Y eso sería un error fatal. ¿Cuál es el sitio más próximo en el que puede aterrizar con esta vaca?

-Con este avión, del que estoy muy orgullosa, aun cuando admito que resulta una vaca bastante incómoda, no se debe aterrizar en territorio extranjero; ésa es la normativa militar.

-No le he preguntado dónde debe o no debe aterrizar, comandante; le he preguntado simplemente dónde puede aterrizar. ¿Dónde?

-Según mis cartas de navegación, podemos aterrizar en San Martín. Es francesa.

-Ya lo sé, me dedico a hacer cruceros, ¿no lo recuerda? Y a propósito, entre toda esta pompa de instrumentos exóticos que tengo frente a mí, ¿no hay ningún trasto que pueda funcionar como un teléfono normal y corriente?

-Por supuesto. Ese trasto se llama teléfono y lo tiene justamente a su lado, bajo el brazo de su asiento.

-Bromea -replicó Hawthorne, que al fin encontró el teléfono, lo sacó de su caja empotrada y preguntó-: ¿cómo se usa?

-Tal como utilizaría cualquier teléfono normal, pero sabiendo que su conversación será registrada en la base aérea de Patrick, desde donde será transmitida inmediatamente al Pentágono.

-¡Me encanta! -exclamó Tyrell, marcando furiosamente el número; a los pocos instantes proseguía-: ¡I-Uno y dése prisa, marinero! El código es Cuatro-Cero y mi superior es el capitán Henry Stevens y hágame el favor de evitar al cretino que desea saber la historia de mi vida. El nombre Tye, que se deletrea TYE le servirá de clave.

-¡Hawthorne! ¿Qué tal te encuentras? ¿Qué has descubierto? -le preguntaba atropelladamente Stevens pocos instantes después.

-Nuestra conversación está siendo grabada y comunicada a Arlington...

-¡No desde ese avión, en modo alguno, lo he tapado con un manto negro! Puedes hacerte a la idea de que te encuentras en un confesonario con el sumo pontífice guardándote tus secretos. ¿Qué noticias tienes?

-Este avión gordo y feo que te agenciaste en la base de Patrick es un auténtico prodigio. ¡Ya hemos localizado el punto de recepción y quiero que un teniente llamado Poole sea ascendido inmediatamente a coronel o a general!

-Tye, ¿estás borracho?

-Ya me gustaría. En fin, mientras que vosotros os entretenéis con vuestros juegos en el Pentágono, por aquí hay un piloto de apellido Neilsen, cuyo nombre es Catherine y a quien

propongo encarecidamente para que ocupe el cargo de jefa de las Fuerzas Aéreas. ¿Qué te parece, Hank?

-Que ya te has liado de nuevo -contestó enfadado Stevens.

-Nada de eso, Henry -contestó Tyrell con voz serena y aparente sobriedad-. Sólo quería que supieses lo buenos que son.

-¡Vale, aceptado! Pronto presentaré las recomendaciones pertinentes, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿qué pasa con nuestro objetivo?

-No está registrado, no está en los mapas, pero conozco... ese grupo de islas que llaman deshabitadas. Serán unas cinco o seis y gracias a este avión tenemos ahora las coordenadas exactas.

-Eso es fantástico. ¡Bajaratt está allí! ¡La tomaremos por asalto!

-Todavía no. Deja que me asegure primero de que esa mujer está allí. Y en caso de que esté, quiero saber cuáles son sus conductos. En nuestras filas opera gente infiltrada que mantiene relaciones con esa red terrorista.

-Tye, tengo que preguntarte algo; fuiste muy eficaz hace años en ese tipo de cosas, pero de eso ha pasado ya algún tiempo... ¿Estás completamente seguro, capitán? No quiero... tener tu vida sobre mi conciencia.

-Supongo que te estarás refiriendo a mi difunta esposa, capitán.

-Me niego a entrar de nuevo en ese tema. No tuvimos nada que ver con su muerte.

-Y en ese caso. ¿por qué sigo preguntándomelo?

-Ese es tu problema. Tye, no el nuestro. De lo único que quiero asegurarme es de que no te estás metiendo en camisa de once varas.

-No tienes otra cosa a que agarrarte, así que dejemos esas estupideces. Quiero que este avión aterrice en San Martín, en la parte francesa. Así que ponte en contacto con el Deuxiéme Bureau en el Quai d'Orsay y deja las cosas claras con la base aérea de Patrick en Florida. Vamos a aterrizar y quiero que se proporcione todo el equipo que considere necesario. Fin de la comunicación, Henry. ¡Muévete!

Hawthorne empotró de nuevo el teléfono, cerró los ojos durante unos instantes y luego se volvió hacia la piloto.

-Ponga rumbo a San Martín, comandante -dijo en tono cansado-. Al llegar ya tendremos el permiso de aterrizaje, puedo asegurárselo.

-He estado escuchando la conversación -dijo Neilsen con serena autoridad-. En realidad es responsabilidad del capitán supervisar todas las conversaciones que partan de un avión de este tipo. Estoy segura de que lo comprenderá.

-Y yo seguro de que no tengo más remedio que comprenderlo.

-Ha mencionado a su esposa... se ha referido a la muerte de su esposa.

-Supongo que lo he dicho. Stevens y yo tenemos un largo pasado en común y a veces saco a colación temas que no debería mencionar.

-Lo siento. Lo siento por su esposa, quiero decir.

-Gracias -dijo Tyrell, enmudeciendo de repente.

Había sido simplemente esa única palabra, la de «cariño», la que le había puesto tan nervioso, haciendo que se comportara como un loco. Era como si esa palabra cariñosa le perteneciese a él exclusivamente y a nadie más; en todo caso, no era una palabra, que debiera ser pronunciada por una arrogante mujer norteamericana, oficial de la Aviación, en su conversación con un subordinado. Se trataba esencialmente de una expresión europea, de una palabra que debía ser dicha serenamente, o bien con gran sentimiento o con ese aire de naturalidad que lleva implícito el afecto profundo y perdurable. Tan sólo dos mujeres en su vida habían utilizado esa palabra con cierta regularidad: Ingrid y Dominique, las únicas dos

mujeres a las que había amado realmente; la primera, una mujer la que adoraba; la otra, una criatura delicada y cariñosa, tan escurridiza como real, que le había cuidado hasta devolverle la salud. Esa palabra la pertenecía y tan sólo a él debía ser dirigida. Y sin embargo, se había comportado como un idiota. Las expresiones no son propiedad exclusiva de nadie, lo sabía. Pero, de todos modos, no debería abusarse de ellas, trivializarlas. ¡Oh, Dios mío! Tenía que huir de eso. Tenía una misión que cumplir. ¡Tenía un objetivo!

-Estamos llegando a San Martín, Tye -le dijo en voz baja la comandante Neilsen.

-¿Qué?... ¡Oh, perdón! ¿Qué me decía?

-O bien se encontraba en trance o se ha quedado dormido con los ojos abiertos durante algunos minutos. Ya he recibido

el permiso para aterrizar en San Martín, tanto de Patrick como de las autoridades francesas. Nos detendremos al final de la pista, donde un destacamento de la guardia vendrá a rodear el avión, que Charlie se encargará de proteger... Ya sabía que era usted un profesional, pero jamás me hubiese esperado algo como esto.

-Me ha llamado Tye.

-Usted me lo ha ordenado, capitán. Pero no interprete más de lo que hay, señor.

-Prometo no hacerlo.

-Según Patrick y los franceses, estaremos bajo sus órdenes hasta que nos despida. Dicen que eso podría prolongarse durante todo el día, quizá también durante el día de mañana... ¿Qué demonios está ocurriendo, Hawthorne? Ha hablado de terroristas y de gente infiltrada en nuestras filas y nos encontramos, para colmo, con islas que no aparecen en los mapas y que la maldita armada está dispuesta a hacer saltar por los aires. Ya le dije que esto se sale un poco de lo habitual, incluso en nuestro trabajo.

-Todo se sale de lo habitual, incluso se sale de lo extraordinario, comandante..., Cathy... Y no vaya a interpretar en esto más de lo que existe, señora piloto.

-¡Déjese de bromas! Tenemos derecho a saber lo que pasa. Usted es aquí el que manda, quien ordena dónde hemos de ir. Lo acaba de demostrar. Pero yo soy el piloto y soy la responsable de este avión tan enormemente caro y de su tripulación.

-Tiene razón, usted es el piloto. Y entonces, ¿por qué no me dice dónde se encuentra su primer oficial de vuelo, su copiloto, como le llamaríamos los civiles acostumbrados a andar por tierra?

-Ya le he dicho que Poole está cualificado -respondió Neilsen, bajando el tono de voz.

-¡Venga ya, comandante Neilsen! ¿A cuento de qué me da la impresión de que falta alguien en este aparato?

-Está bien -dijo Catherine, algo azorada-. Su capitán Stevens fue categórico al insistir en que debíamos partir por la mañana de la base de Patrick con toda puntualidad, pero no pudimos localizar a Sal, quien por regla general ocupa su asiento. Todos sabemos cómo son los problemas matrimoniales, así que hacemos un poco la vista gorda; sobre todo teniendo en cuenta, como ya le he dicho, que el teniente Poole es tan buen piloto como yo. Eso fue lo que ocurrió.

-Ya veo. Y en cuanto a Sal ¿se trata de otra oficial femenina extraordinariamente cualificada?

-Sal es el diminutivo de Salvatore. Es un chico fantástico, pero tiene una mujer que está chiflada, que se da mucho a la bebida. Y como en realidad teníamos completa la tripulación, nos pareció oportuno atender inmediatamente la solicitud de la armada... ¿Solicitud? ¡Qué coño, la orden de la Armada!

-¿Y no está eso en contra de las ordenanzas? -Mire, no me diga que nunca ha tapado a un amigo. Pensamos que se trataría de una búsqueda por los cielos de unas dos a cuatro horas;

luego regresaríamos y nadie se habría enterado. Y quizás a Mancini le hubiese dado tiempo para resolver algunos de sus problemas. ¿Acaso es un crimen hacer algo por un amigo?

-No, no lo es -contestó Hawthorne, cuya mente trabajaba a toda velocidad, revisando la sarta de deslices que había echado por tierra un montón de operaciones secretas durante su vida pasada-. ¿Se pueden escuchar en Patrick las comunicaciones desde este avión?

-Por supuesto, pero ya ha oído a Stevens. Nada será registrado ni enviado al Pentágono. Estamos cubiertos por un manto negro.

-Sí, lo entiendo, pero desde la base aérea de Florida pueden escucharnos.

-Si, pero sólo unos cuantos elegidos.

-Llame por radio a la base y diga que quiere hablar con su amigo Mancini.

-¿Qué? ¿Y hacerle la puñeta?

-Haga lo que le digo, comandante. Recuerde, por favor, que estoy al mando de este avión, salvo en lo que se refiere a las contingencias de a bordo.

-¡Hijo de puta!

-¡Hágalo! ¡Ahora mismo! Neilsen ajustó la frecuencia de Patrick y habló muy a pesar suyo.

-El oficial al mando desea hablar con el capitán Mancini. ¿Se encuentra ahí?

-No, comandante -dijo una voz femenina por el altavoz-. Lo siento, Sal se ha ido a su casa hace unos diez minutos. Y ya que nadie nos ha dicho nada, he de comunicarte, Cathy, que aprecia realmente lo que has hecho por él.

-Aquí habla el capitán de fragata Hawthorne, del servicio secreto de la Marina -interrumpió Tyrell, llevándose el micrófono a los labios-. ¿Ha escuchado el capitán Mancini nuestras comunicaciones?

-Por supuesto, está autorizado... ¿Quién es ese agente secreto de la marina, Cathy?

-Limítate a responder a sus preguntas, Alice -dijo Neilsen, mirando a Tyrell.

-¿Cuándo llegó el capitán Mancini a su centro de mando?

-¡Oh, no lo sé! Hará ya tres o cuatro horas, aproximadamente dos horas después de que despegase el AWAC II.

-¿No tuvo nada de extraño su aparición? Tenía que haberse encontrado a bordo del avión, pero no se presentó.

-Eh, capitán, todos somos humanos, no autómatas. No pudieron avisarle a tiempo y todos sabíamos que el avión llevaba tripulación completa.

-Sigo queriendo saber por qué se presentó en su selecto centro de mando en esas circunstancias. Me parece que más le hubiera valido permanecer ilocalizable.

-¿Cómo quiere que lo sepa, señor? El capitán Sal es una persona muy consciente de sus obligaciones. Creo que se sentía culpable o algo así. Estuvo tomando apuntes de todo lo que se decía en ese avión.

-¡Curse una orden de arresto! -ordenó Hawthorne.

-¿Qué?

-Ya me ha oído. Que le detenga inmediatamente y lo mantengan en total aislamiento hasta que le lleguen noticias de un hombre llamado Stevens, del servicio de información de la Marina. El le dará instrucciones sobre lo que habrá que hacer.

-¡No lo creo!

-Pues créalo o no, no sólo perderá el empleo, Alice, sino que hasta puede acabar en una penitenciaría -replicó Hawthorne, colgando el micrófono.

-¡Qué demonios ha hecho! -gritó Catherine Neilsen.

Librodot

-Sabe exactamente lo que he hecho. Un hombre que está en constante alerta, bajo extremas medidas de seguridad, al que se puede localizar en cualquiera de los números que él mismo ha comunicado a su base, incluido el del teléfono que le ha instalado el gobierno en su vehículo, de repente no sólo no recibe ningún mensaje sino que vuelve de improviso al centro de mando de su base... ¿Cómo sabía que tenía que estar allí? Se suponía que no había recibido ninguna llamada; e incluso en el caso de que la hubiese recibido, ése habría sido el último lugar del mundo en el que hubiese deseado que lo vieran.

-No quiero creer lo que está pensando.

-Entonces déme una respuesta lógica.

-No puedo.

-Pues permítame que le dé yo una y deje que le cite textualmente lo que me dijo un hombre del que usted sabe que se encuentra en la cima de esta operación... Están en todas partes, conocen todo lo que hacernos. ¿Le aclara esto un poquitín más las cosas?

-¡Sal jamás haría eso!

-Se marchó hace diez minutos a su casa. Llame de nuevo a su base y pídales que le pasen la comunicación al teléfono de su automóvil.

La piloto hizo lo que se le ordenaba y conectó la conexión de radio con los altavoces del tablero de mandos. A continuación se oyeron los repetidos timbrazos en el teléfono del automóvil del capitán Mancini. No hubo respuesta.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la piloto.

-¿A qué distancia queda su casa de Patrick?

-A unos cuarenta minutos -contestó Neilsen en voz baja-. Tenía que vivir lejos de la base. Ya le he dicho que tenía serios problemas con su mujer.

-¿Ha estado alguna vez allí? ¿En su casa?

-No.

-¿Ha visto alguna vez a su mujer?

-No. Todos sabemos cuándo hemos de mantenernos al margen.

-¿Entonces ni siquiera sabe si está realmente casado?

-¡Está en su expediente! Además, aquí tenemos una relación muy íntima; habla mucho.

-¿Me está tomando el pelo, señora? ¿Cuántas veces han sobrevolado el Caribe?

-De dos a tres veces por semana. En vuelos de rutina.

-¿Y qué rumbo seguían?

-El establecido oficialmente, por supuesto. Sal...

-Mi orden a Patrick sigue en pie. Llévenos a San Martín, comandante.

El capitán Salvatore Mancini, sin uniforme y vestido de un modo informal, con una guayabera blanca, pantalones oscuros y sandalias de cuero, entró en el restaurante Wellington's, situado en la avenida Collings de Miami Beach. Se acercó a la estridente y concurrida barra e intercambió una mirada con el camarero, quien le hizo dos señas con la cabeza, de un modo tan discreto que ninguno de los clientes pudo advertirlo. El capitán pasó de largo y se metió por un ancho corredor, al que daban el resto de los aposentos y en el que había un teléfono público al fondo. Introdujo una moneda y llamó a cobro revertido a un teléfono de Washington, identificándose ante la operadora con el nombre de Wellington.

-Escorpión Nueve -dijo Mancini cuando le contestaron-. ¿Tenéis algún mensaje?

-Estás acabado, vete de allí -contestó la voz al otro extremo de la línea.

-¿Me está tomando el pelo?

-Tus compañeros lamentan mucho lo que te ha ocurrido, puedes creerme -dijo la voz-. Tienes que alquilar un coche con tu tercer permiso de conducción e ir al aeropuerto de West Palm, donde tendrás una reserva bajo ese nombre para las Bahamas con la Sunburst Jetline. Se trata del vuelo de las cuatro de la tarde para Freeport. Allí te estarán esperando para llevarte a otro lugar.

-¿Quién demonios se va a encargar de vigilar la isla del anciano? ¿Quién nos está apartando?

-Tú no. Yo mismo capté la orden de Patrick por nuestra línea de seguridad, Escorpión Nueve. Han cursado orden de arresto contra ti. Te están buscando.

-¿Quién..., quién?

-Un hombre llamado Hawthorne. Perteneció a los servicios secretos hará unos cinco años.

-¡Es hombre muerto!

-No eres el único que lo desea.

CAPÍTULO VII

Nicolo Montavi, de Portici, está apoyado contra una pared, cerca de una ventana desde la que se divisaba la terraza de la cafetería del hotel en la isla de Saint-Barthélemy. Le llegaba un rumor de voces, mezclado con los débiles sonidos del chocar de vasos y las apagadas risas. Era bien entrada la tarde, los nativos y los turistas se preparaban para disfrutar de la noche, en la que abundaban los placeres y se podía obtener ganancias. No se diferenciaba mucho de las cafeterías napolitanas junto al mar; la diferencia quizá no fuese muy grande, pero sí mucho más grande que la que había con Portici... ¿Portici? ¿Volvería a ver su patria chica alguna vez?

Por supuesto que no podría regresar en circunstancias normales; eso era algo que sabía. Había sido condenado por la gente del puerto, era uno *traditore* a los *bacinos*, un traidor para todos los obreros portuarios que trabajaban en los muelles. En esos momentos estaría muerto de no haber sido por esa extraña y rica señora que le había salvado de ser arrojado al agua con una soga al cuello. Y luego esas semanas en que ella lo ocultó, llevándole de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, siempre consciente de que lo estaba persiguiendo, con miedo de salir a la calle, incluso de noche, especialmente de noche, cuando sus perseguidores deambulaban por las calles, con garfios, cuchillos y pistolas, blandiendo y empuñando las armas de su venganza. ¡La venganza por un crimen que no había cometido!

-Ni siquiera yo puedo salvarte -le había dicho su hermano mayor durante una de sus furtivas llamadas por teléfono-. Si te veo, te tendré que matar con mis propias manos, o me matarán a mí junto con nuestra madre y nuestras hermanas. Nuestra casa está continuamente vigilada, hay hombres apostados esperando a que vuelvas. Si nuestro padre, que Dios lo tenga en su gloria, no hubiese sido un hombre tan poderoso y tan bien considerando, ahora podríamos estar todos muertos.

-¿Pero yo no maté al bacino supremo!

-Pues ¿quién lo hizo entonces, estúpido? Tú fuiste el último a quien vieron con él; tú lo amenazaste con abrirle las tripas.

-No fue más que un decir. ¡Me robó!

-Robaba a todo el mundo, aunque sus ganancias principales provenían del contrabando, pero como necesitaba nuestra cooperación y nuestro silencio, su muerte nos ha costado a todos millones de liras.

-¿Qué puedo hacer?

-Tu *signora* ha hablado con mamá. Le dijo que sólo estarías a salvo fuera del país y que te cuidaría como si fueses su propio hijo.

-No como cualquier hijo de los que conocemos...

-¡Vete con ella! Puede ser que las cosas cambien de aquí a dos o tres años, ¿quién puede saberlo?

Nada cambiaría, pensó Nicolo, alejándose un poco de la ventana, pero aún con la cabeza gacha como si siguiese observando la escena a sus pies. Por el rabillo del ojo divisó a su bella *signora* sentada al otro lado del enorme aposento, frente al tocador. Movía con rapidez manos y dedos, haciendo cosas extrañas con su pelo. Se quedó observándola y su asombro fue aún mayor cuando vio cómo se ajustaba a la cintura un ancho y rígido corsé, se colocaba encima su ropa interior y se quedaba plantada ante el espejo, estudiándose a sí misma. Tan absorta estaba en lo que hacía, que se había olvidado de él y no se daba cuenta de que la estaban mirando. La mujer se dio algunas vueltas, sin dejar de mirar en ningún momento su imagen en el espejo. Sin salir de su asombro, Nicolo advirtió de repente que tenía ante él a una mujer distinta. Su larga y atractiva cabellera negra había desaparecido; ahora se la había recogido con un moño en la nuca y llevaba los cabellos tirantes, lo que le daba un aire austero. Y su rostro: ahora era pálido, grisáceo, no se parecía en nada al anterior; era realmente feo, con profundas ojeras, la tez se veía ajada, llena de arrugas, su rostro era una envejecida máscara de sí misma... Su cuerpo resultaba desagradable, como el de una vaca rechoncha, sin pechos, ni reminiscencia sexual alguna de la sensual figura que había sustituido.

Instintivamente, Nicolo se volvió hacia la ventana, como si se diese cuenta, aunque no pudiese explicarse el porqué, de que no tendría que haber presenciado lo que acababa de ver. La confirmación de sus sospechas llegó momentos después. La signora Cabrini se puso a pasear nerviosa y ruidosamente a sus espaldas, diciéndole:

-Querido, voy a darme una ducha, si es que en este piojoso lugar son capaces de hacer llegar el agua hasta el tercer piso.

-Está bien, Cabi -dijo Nicolo, sin dejar de mirar la terraza del café.

-Y cuando haya terminado, tendremos que hablar largo y tendido, pues estás a punto de meterte en la mayor aventura de tu vida.

-*Per certo, signora.*

-Esa es una de las cosas de las que quiero hablar contigo, mi hermoso niño. A partir de ahora, sólo hablarás en italiano.

-Mi padre se revolvería en su tumba, Cabi. Enseñó a todos sus hijos a hablar inglés. Decía que ésa era la forma de hacer progresos en la vida. Nos largaba un guantazo durante la comida si hablábamos en italiano.

-Tu padre era una reliquia de la guerra, Nico, de los tiempos en que se tuvo que vender vino y mujeres a los soldados norteamericanos. Ahora las circunstancias son completamente distintas. Volveré dentro de un momento.

-Cuando hayas acabado, ¿podríamos bajar al restaurante? Tengo mucha hambre.

-Siempre tienes hambre, Nico, pero me temo que no vamos a poder. Tenemos que discutir un montón de cosas. De todos modos, ya he arreglado eso con la recepción del hotel. Te subirán todo lo que quieras del menú del día. ¿no te gusta comer en la habitación, querido?

-*Per certo* -repitió Nicolo, dándose esta vez la vuelta, al tiempo que Bajaratt hacía otro tanto, dándole la espalda de forma brusca; no le hacía gracia que la hubiese visto arreglándose frente al espejo.

-*Va bene* -dijo Amaya Bajaratt, dirigiéndose al cuarto de baño-. Solamente italiano. ¡Grazie!

¡Lo trataba como a un estúpido!, pensó Nicolo, enfurecido. Esa perra ricachona, que no paraba de hablar de lo mucho que se divertía con él en la cama -al igual que él se divertía con ella, como tenía que admitir-, no le había tratado tan bien, tan generosamente y durante tanto

tiempo sin un propósito determinado. Y era evidente que tenía un propósito. Un mozo apuesto, que trabajara en los muelles, siempre podía ganarse algunos miles de liras metiéndose en la cama con una ardiente turista, lo que solía comenzar llevándole el equipaje a cambio de una propina, que no era nada comparado con lo que habría de pagarse después. ¡*Benissimo*! Pero aquél no fue el método de la *signora Cabrini*; la mujer le había dado demasiado, había hablado con él muchas veces acerca de sus sinceros deseos de dejar los muelles de Portici y estudiar algo, hasta el punto de llegar a depositar algunos fondos a su nombre en el Banco di Napoli para que tuviese después la oportunidad de mejorar su existencia..., siempre y cuando la acompañase en un viaje. ¿Tenía acaso otra elección? ¿O se quedaría para ser perseguido por los asesinos del puerto? Y ella siempre le había repetido cuán perfecto lo encontraba... ¿Para qué?

Habían ido luego a la Policía en Roma, a la Policía secreta, a visitar a hombres que sólo pudieron ver una noche y en cuartos oscuros, donde le tomaron las huellas dactilares para los documentos que tuvo que firmar, pero que ella se guardó. Y luego estuvieron en aquellas dos embajadas, de nuevo por la noche, con sólo uno o dos funcionarios presentes, y hubo más documentos, más papeles y más fotografías. ¿Para qué? Sabía y presentía que ella iba a explicárselo ahora, pues le había dicho: «...estás a punto de meterte en la mayor aventura de tu vida.» ¿De qué se trataría? Pero independientemente de lo que se tratase, de nuevo su única elección era aceptar. Al menos, de momento. Había un dicho entre los hombres del puerto que nunca se le iba de la mente, por mucho que deseara olvidar aquellos malditos muelles: Bésale los zapatos al turista hasta que puedas robárselos. Pero una mujer que asesinaba con tanta indiferencia, tal como él mismo había podido presenciar, no se dejaría engañar tan fácilmente. Lo llamaba su juguete y seguiría siendo su juguete. Pero quizá sólo hasta que él pudiese robarle los zapatos.

Nicolo echó otra mirada a la bulliciosa terraza de la cafetería, sintiéndose como se había sentido durante sus últimas semanas en Italia: como un prisionero. A lo largo de todos esos días sofocantes no había podido salir de los límites del lugar en que se encontrasen, bien se tratara de la habitación de un hotel o del barco de algún amigo de la señora Cabrini o incluso de la caravana que había alquilado la signora para poder trasladarse rápidamente de un lugar a otro. Todo aquello era necesario, según le había explicado la mujer, porque tenían que mantenerse en las inmediaciones de Nápoles, ya que un día de esos llegaría un carguero al puerto y ella tendría que encontrarse allí, con las primeras luces del alba, para recibir un paquete que le habían enviado. Y así fue, efectivamente, un martes por la tarde, al revisar la información portuaria que ofrecían los periódicos de la localidad, apareció en las lista el carguero en cuestión que tenía prevista su llegada para poco después de medianoche. Mucho antes de que saliese el sol, la signora abandonó la habitación de su hotel; al regresar, bien entrada la mañana, y sin paquete alguno, le había dicho:

-Salimos esta tarde en avión para Marsella, precioso. Comienza nuestro viaje.

-¿A dónde, Cabi?

La mujer le había pedido que la llamase por esa abreviatura de su nombre por respeto a los profundos sentimientos religiosos de Nicolo, aunque lo cierto era que Cabrini era simplemente el nombre de una opulenta finca situada en las afueras de Portofino.

-Confia en mí, Nico -le había contestado-. Piensa en los fondos que he depositado para tu futuro y confía en mí.

-No has traído ningún paquete.

-Claro que lo he traído -le había contestado la señora, abriendo el bolso y sacando un grueso sobre blanco-. Aquí está nuestro itinerario; han confirmado nuestros pasajes, querido.

-¿Y eso tenían que traértelo en un barco?

-¡Oh, sí, Nicol, algunas cosas deben ser entregadas personalmente... Y ahora no más preguntas, tenemos que hacer el equipaje, que sea lo más ligero posible, tan sólo lo que podamos llevar en las manos.

El joven se apartó de la ventana, pensando en que aquella conversación que acababa de recordar había tenido lugar hacía menos de una semana. ¡Y vaya semanita! Desde estar a punto de morir en las tormentas del océano hasta el asesinato real de una persona extraña en una isla insólita cuyo propietario era el anciano más estrafalario que había conocido en su vida. E incluso esa misma mañana, cuando el hidroavión se retrasó por culpa del mal tiempo, lo que encolerizó al anciano y enfermo padrone, que no dejaba de gritar que los dos tenían que marcharse inmediatamente. Y ahora aquí, en esta otra isla más civilizada, donde Cabi iba de tienda en tienda comprando tantas cosas que ni siquiera cabrían en dos maletas, entre las que se encontraba un traje barato para él, que no le sentaba bien.

-Después tiraremos todo esto -le había dicho la señora.

Dando vueltas por la habitación, Nicolo se fijó en el tocador de la signora y se quedó asombrado ante la enorme variedad de cremas, polvos y potingues, que le recordó a las tres hermanas que había dejado en Portici. Eran los cosméticos contra los que tantas veces había despotricado su padre, incluso en su lecho de muerte, cuando las chicas se acercaron a decirle el último adiós.

-¿Qué estás haciendo, Nico? -preguntó Bajaratt, saliendo del cuarto de baño envuelta en toallas.

La aparición repentina de la mujer pilló desprevenido al joven.

-Nada, Cabi, tan sólo estaba pensando en mis hermanas..., en todas esas cosas que tienes sobre la mesa.

-Sabrás, por supuesto, que todas las mujeres son vanidosas.

-Tú no necesitas ninguna de esas...

-Eres un amor -le interrumpió Bajaratt, apartándolo para sentarse frente al tocador-. En una de esas bolsas que están en la mesita junto al sofá hay una botella de un vino pasable. Abrela y sirve un par de vasos, pero no llenes mucho el tuyo, porque te espera una larga noche de estudio.

-¿Oh?

-Puedes considerarlo como parte de esa educación que tanto deseas y que te permitirá dejar los muelles de Portici.

-¿Oh?

-Trae de una vez el vino, querido.

Una vez servido el vino, con los vasos en las manos, Bajaratt entregó a su joven ayudante el sobre del banco que había recibido en Nápoles a bordo del carguero; le pidió que se sentara en el sofá y lo abrió.

-Lees muy bien, ¿no es así, Nico?

-Sabes que sí -contestó el joven-. Casi terminé la scuola media.

-Pues entonces empieza a leer esas páginas; y a medida que vayas leyendo, yo te lo iré explicando.

-¡Signora! -exclamó Nicolo en cuanto sus ojos se posaron en la primera página-. ¿Qué es esto?

-Tu fortuna, dulce Apolo. Voy a hacer de ti un joven *barone*.

-¡Pazzo! Nunca sabría comportarme como un barón.

-No tienes más que ser tú mismo, con la timidez y la cortesía que te caracterizan. A los norteamericanos les chifla la nobleza cuando es modesta, pues la considera tan democrática, tan encantadora...

-Cabi, esta gente...

-Se trata de tu linaje, querido. Son los miembros de una familia noble, oriunda de las colinas de Ravello, quienes hará un año o cosa así se enfrentaron a tiempos difíciles. Apenas

podían pagar sus facturas; sus tierras y sus inmensas propiedades les estaban consumiendo: viñedos empobrecidos, excesos de dejadez, hijos despilfarradores, todas las aflicciones normales de los ricos. Pero de repente, como por un milagro, nadan de nuevo en la abundancia. ¿No resulta asombroso?

-Eso está muy bien para esa gente; pero, ¿qué tiene que ver conmigo...?

-Sigue leyendo, Nico -lo interrumpió Bajaratt-. Ahora tienen millones, gozan otra vez de un enorme respeto e Italia entera los venera. La vicisitudes de los ricos son de naturaleza cíclica; de repente sus inversiones empezaron a cotizarse bien y se pusieron por las nubes, sus vinos conquistaron fama mundial y sus bienes raíces en el extranjero se convirtieron en minas de oro... ¿Me sigues, Nico?

-Estoy leyendo lo más rápido que puedo y te escucho lo mejor que...

-¡Mírame, Nicolo! -lo interrumpió con firmeza Bajaratt-. Había también un hijo. Murió a causa de las drogas, hace unos dieciocho meses, en la infame plaza Spitz de Zúrich. Su cuerpo fue incinerado por orden de la familia, no hubo pompas fúnebres, ni anuncios de defunción; estaban demasiado avergonzados.

-¿Qué está tratando de decirme, signora Cabrini? -preguntó el joven.

-Te llevabas con él sólo un año de diferencia, se te parecía mucho hasta que se arruinó el físico con las drogas... Conque ahora tú eres él, Nicolo; así de simple.

-Pero eso es absurdo, Cabi -dijo el joven de Portici, asustado y en tono apenas audible.

-No tienes ni idea de cuántos días me pasé buscándote por los muelles, jovencito. Buscando a alguien que tuviese ese aspecto modesto pero imponente que la gente común suele asociar con la nobleza, particularmente los norteamericanos. Todo lo que tienes que aprender está escrito en esas páginas: tu vida, tus padres, tus estudios, tus pasatiempos y tus habilidades, incluso los nombres de algunos amigos de la familia y de antiguos criados, todos ellos ilocalizables, por cierto... ¡Oh, no me mires con ojos tan aterrorizados! Sólo tienes que familiarizarte con esos datos, no tendrás que entrar en detalles, ya que yo seré tu tía y también tu intérprete y jamás me apartaré de tu lado. De todos modos, ¡recuérdalo bien: hablarás sólo en italiano!

-¡Por favor..., *piacere, signora!* -balbuceó Nicolo-. Estoy confundido.

-En ese caso, como ya te he dicho antes, piensa en el dinero que tienes en tu cuenta bancaria y haz lo que se te ordena. Voy a presentarte a muchos norteamericanos importantes. Gente muy rica, muy poderosa. Les encantará conocerte.

-¿Porque seré el que no soy?

-Porque tu familia de Ravello está haciendo grandes inversiones en empresas norteamericanas. Tendrás que prometer que harás donativos a muchas causas justas: museos, orquestas, instituciones benéficas..., incluso a ciertos políticos que desean complacer a tu familia.

-¿Tendré que hacer eso?

-Si, pero sólo a través de mí. ¿Puedes imaginarte que llegará el día en que seas invitado a la Casa Blanca, donde te recibirá el presidente de los Estados Unidos?

-¿El presidente? -gritó el adolescente, abriendo mucho los ojos y exteriorizando su sincera alegría en una franca sonrisa-. ¡Todo es tan fantástico! ¿No lo estaré soñando?

-Se trata de un sueño muy bien elaborado, mi excitable niño. Mañana te compraré toda la ropa necesaria para que te veas como el joven más rico de la tierra. Mañana emprenderemos nuestro viaje hacia ese sueño, tuyo, hacia ese sueño mío.

-¿Cuál es el sueño, señora? ¿En qué consiste?

-¿Y por qué no habría de decírtelo? De todos modos, no lo entenderás. Cuando ciertas personas persiguen a otras ciertas personas, andan buscando lo que es secreto, lo que está oculto, lo que es oscuro. Pero no lo que tienen delante de sus narices.

-Tienes razón, Cabi, no lo entiendo.

-Pues tanto mejor -sentenció la Bajaratt.

Pero Nicolo lo entendió demasiado bien a medida que devoraba con los ojos las páginas que tenía delante. En los muelles a eso se llamaba *estorsione*, la reventa de una maleta extraviada y robada por mucho más de su valor, ya que su sola existencia podría ocasionar la ruina de su propietario. Ya le llegaría su momento propicio, pensó el joven estibador de los muelles de Portici, pero hasta entonces tendría que participar con entusiasmo en los juegos de la señora, teniendo siempre bien presente que la dama asesinaba con mucha facilidad.

Eran las seis y cuarenta y cinco de la tarde cuando el forastero entró en el vestíbulo del club náutico de Virgen Gorda. Era un hombre de baja estatura, fornido y casi calvo; vestía unos pantalones blancos, de impecable raya, y una chaqueta deportiva de color azul marino; en el bolsillo del pecho lucía el blasón negro y dorando de la Asociación Náutica de San Diego. Era un emblema impresionante, íntimamente relacionado con la famosa Copa de Estados Unidos y con todas las regatas gloriosas que ese galardón evoca.

Estampó su firma en el libro de registro: Ralph W. Grimshaw, abogado y balandrista, Coronado, California.

-Tenemos, por supuesto, una tarifa especial para San Diego, de recíproca cortesía -dijo el recepcionista vestido de esmoquin, mientras revisaba nerviosamente sus archivos al otro lado del mostrador-. Soy más bien nuevo en este trabajo, así que necesitaré un rato para calcular el descuento.

-No tiene importancia, joven -dijo Grimshaw, sonriéndose-. El descuento es irrelevante; y si tu club, al igual que el nuestro, tiene problemas en estos tiempos difíciles, ¿por qué no olvidar la cortesía? Desearía pagar el precio entero. A decir verdad, insisto en ello.

-Es muy amable de su parte, señor.

-Eres inglés. ¿No es cierto, chico?

-Si, señor, estoy colocado a través del Grupo Savoy... para hacer prácticas, ya sabe.

-Eso está muy bien. En ninguna parte aprenderías tanto como en un sitio como éste. Soy propietario de una cadena hotelera del sur de California. Y deja que te diga una cosa: hay que enviar a los mejores a los lugares más violentos, para que aprendan lo duro que puede ser nuestro trabajo.

-¿Realmente piensa eso, señor? Yo pienso más bien de otra manera.

-Porque todavía no sabes cómo funciona la gestión hotelera. Hay que dominar el arte de colocar a los chicos más prometedores, metiéndolos en las situaciones más difíciles para ver cómo se desenvuelven.

-Jamás me había parado a pensar en eso.

-No vayas a decir a tus jefes que te he revelado el secreto, pues conozco a los del Grupo Savoy y ellos me conocen a mí. Mantén los ojos bien abiertos y aprende a reconocer a los peces gordos en cuanto lleguen a la ciudad; ése es otro secreto, el más importante de todos.

-Sí, señor. Se lo agradezco, señor. ¿Cuánto tiempo se quedará entre nosotros, señor Grimshaw?

-Poco, muy poco, un día, quizá dos. He venido a ver una embarcación que a lo mejor compramos para nuestro club; luego partiré para Londres.

-Si, señor. El mozo le subirá el equipaje a la habitación, señor -dijo el recepcionista, buscando con la mirada un botones libre entre la muchedumbre que atestaba el vestíbulo del hotel.

-No te preocupes, hijo, tan sólo he traído lo necesario par pasar la noche; el resto de mi equipaje se encuentra en la consigna del aeropuerto, listo para el vuelo a Londres. Dame la llave, que ya me las apañaré. Por cierto, la verdad es que me encuentro en un buen apuro.

-¿En un apuro, señor?

-Sí tenía que reunirme en el puerto con nuestro tasador y he llegado con una hora de retraso. Tenía que ver a un hombre llamado Hawthorne. ¿Lo conoces?

-¿El capitán Tyrell Hawthorne? -preguntó el joven inglés sin poder disimular su sorpresa.

-Si., ése es el hombre.

-Me temo que no esté aquí, señor.

-¿Qué?

-Su velero zarpó a primeras horas de la tarde, según tengo entendido.

-¡No puede haber hecho eso!

-Las circunstancias le podrán parecer un tanto extrañas, señor -dijo el recepcionista, inclinándose hacia su interlocutor y visiblemente impresionado por la presencia de ese «pez gordo» que tenía amistad con los directivos del Grupo Savoy-. Hemos recibido varias llamadas para el capitán Hawthorne. Y todas han sido transmitidas a nuestro jefe de mantenimiento en el puerto, un hombre llamado Martin Caine, que se encarga de cogerle los recados.

-Todo eso es un tanto extraño, tienes razón. ¡Ya hemos pagado al tipo! Y salvo enterarme del nombre de ese tal Caine, no he conseguido nada.

-Eso no es todo, señor -prosiguió el recepcionista, entusiasmado por su nueva asociación con un acaudalado abogado y balandrista que tenía relaciones tan envidiables en Londres-. El socio del capitán Hawthorne, el señor Cooke, mister Geoffrey Cooke, depositó en nuestra caja fuerte un gran sobre para el capitán.

-¿Cooke...? ¡Por supuesto!, ése es nuestro tesorero. Ese sobre es para mí, joven. Contiene el informe detallado de los costos de sustitución.

-¿De qué, señor Grimshaw?

-No se compra un yate de dos millones de dólares si los costos de sustitución de las piezas desgastadas suponen una nueva inversión de quinientos mil dólares o más.

-¿Dos millones...?

-Se trata solamente de una embarcación de tipo mediano, hijo. Si me das el sobre, podré dedicarme a descansar esta noche, luego cogeré el primer avión para Puerto Rico y de allí partiré para Londres... Por cierto, dime cómo te llamas. Uno de nuestros clientes norteamericanos está en la junta directiva del Grupo Savoy..., Bascomb. Seguro que lo conoces.

-Me temo que no, señor.

-Bien, pues él se enterará de tu existencia. ¡El sobre, por favor!

-Bueno, señor Grimshaw, nos han dado la orden de entregárselo únicamente al capitán Hawthorne.

-Sí, por supuesto, pero él no está aquí y yo sí; además, como habrás podido observar, conozco perfectamente al capitán y al señor Cooke, al igual que conozco a nuestros..., sí, en el fondo, sí, a nuestros patrones comunes..., ¿no?

-Sí, señor, los conoce, nadie lo duda.

-Bien. Llegarás muy lejos gracias a los amigos que tengo en Londres. Y ahora, déjame ver tu tarjeta de identificación, compañero.

-En realidad, no tengo la tarjeta; todavía no la han imprimido.

-Entonces escríbeme tu nombre en una de esas fichas de registro; eso le llamará la atención al viejo Bascomb.

El recepcionista se apresuró a hacer lo que el otro le pedía. El forastero llamado Grimshaw cogió la ficha y sonrió.

-Algún día, hijo mío, cuando me hospede en el Savoy y tú seas el director, podrás hacer que me sirvan por cortesía de la casa una buena docena de ostras.

-¡Sería un gran placer, señor!

-¡El sobre, por favor!

-¡Por supuesto, señor Grimshaw!

El hombre llamado Grimshaw estaba sentado en su habitación y empuñaba el teléfono con su mano enguantada.

-Aquí tengo todo lo que esa gente ha descubierto -dijo por teléfono al hombre que lo escuchaba en Miami-, todo el pastel, incluidos tres fotografias de Baj, que al parecer no han sido vistas todavía desde que las metieron en un sobre del gobierno británico, lacrado. Las quemaré y luego tendré que largarme de aquí. No tengo ni idea de cuándo se presentarán ese tal Hawthorne o ese agente del MI-6 llamado Cooke, pero no puede quedarme aquí... Si, ya sé que a las siete y media hay toque de queda para los aviones. ¿Qué me sugieres?... ¿Un hidroavión parado en el cabo de San Sebastián?... No, daré con él. Estaré allí. A las nueve en punto. Si me retraso, no te asustes, iré... Antes he de solucionar un asunto, una cuestión de comunicaciones. Tendré que ir al centro de recados de Hawthorne.

Tyrell se encontraba junto con la comandante Catherine Neilsen y el teniente Jackson Poole en las dependencias oficiales del aeropuerto de San Martín, esperando instrucciones del sargento mayor Charles O'Brian, jefe de seguridad del AWAC II.

El sargento irrumpió de repente por la puerta de partida, con la cabeza vuelta hacia atrás y la mirada fija en la pista de aterrizaje, y les anunció:

-!Me quedaré a bordo del avión, mi comandante! En ese destacamento no hay nadie que sepa hablar inglés y no me gusta la gente que no puede entenderme.

-Charlie, son nuestros aliados -dijo Neilsen-. Ya han recibido instrucciones de Patrick y tendremos que quedarnos aquí durante todo el día y probablemente también la noche. Deja al pajarraco en paz, que nadie te lo tocará.

-No puedo hacer eso, Cathy..., mi comandante.

-¡Maldita sea, Charlie, hay que estirar las piernas!

-No puedo dejar el avión. No me gusta este lugar.

El sol se hundió en el horizonte. Las tinieblas se extendieron inmediatamente. En la habitación de un hotel, con el joven oficial a su lado, Hawthorne examinaba las fotografías digitalizadas que les había suministrado la imprenta del equipo informático que llevaba a bordo del avión el teniente Poole.

-Tiene que ser una de estas cuatro islas -dijo Tyrell, sosteniendo la lámpara sobre las fotografías.

-Si hubiésemos descendido lo suficiente, tal como quería hacer Cathy, habríamos podido determinar cuál de ellas era.

-Pero en ese caso se hubiesen enterado de que estábamos haciendo precisamente eso, ¿correcto?

-¿Y qué? Mi comandante tenía razón, es usted un testarudo.

-Realmente no le caigo bien, ¿verdad?

-¡Qué demonios, no es eso! No es que ella tenga algo contra usted. La comandante es, como se dice en Louisiana, un auténtico mandamás femenino, con un par de cojones y todo lo demás.

-Pero al parecer usted sale con ella.

-Porque no hay otra mejor. ¿Por qué no iba a hacerlo?

-Nada tendrá entonces que objetar a las costumbres de un mandamás femenino.

-Claro que no, por supuesto. Es mi jefe, pero sería un maldito embustero si le dijese que no me pone cachondo... Quiero decir, ¡fíjese en ella, hombre eso es una mujer! Sin embargo, como le he dicho, es mi superior. Es oficial de Aviación hasta la médula. No se confunda.

-Piensa maravillas de usted, teniente.

-¡Oh, sí!, como se piensa del tonto del hermano menor que sabe cómo hacer funcionar un magnetoscopio.

-Esa mujer le gusta realmente, ¿no es así, Jackson?

-Déjeme decirle una cosa: estaría dispuesto a matar por esa mujer, pero no le doy la talla. No soy más que un chiflado de la tecnología y lo sé. Quizás algún día...

En ese momento alguien llamó a la puerta de la habitación, golpeándola frenéticamente.

-¡Maldita sea, abrid! -gritó la comandante Catherine Neilsen.

Hawthorne fue el primero en alcanzar la puerta; al abrirla, entró precipitadamente la comandante Neilsen.

-¡Han volado el avión! ¡Charlie ha muerto!

El padrone descolgó el teléfono; las facciones de su rostro arrugado y demacrado se veían rígidas, expresaban resignación. Una vez más un cobarde había hecho lo que esperaba de él, gracias a los lujos que él le proporcionaba. Un cobarde del Deuxiéme Bureau francés que temía enfrentarse a la vida sin el «legado» que esa fuerza desconocida que habían enviado al Caribe podía eliminar esa misma mañana. Ese hombre era un ser pusilánime, eterno esclavo de sus elegantes y refinados apetitos carnales, y sin embargo pretendía estar por encima de esa corrupción que lo mantenía y que podía ser al mismo tiempo la causa de su destrucción. No había más remedio que buscarse siempre a un cobarde influyente, cebarlo bien, colgar su inflado cuerpo y ponerlo a secar para que sus perpetuos sudores no dejasen de dar frutos. Y ahora habían ido acumulando atrocidad tras atrocidad, desde Miami hasta San Martín, a lo que habían sumado un robo importante de Virgen Gorda, que no tardarían mucho en descubrir. A los perseguidores de Bach les entraría el pánico y se pondría a buscar en los lugares más inverosímiles y disparatados, escudriñando las sombras cuando deberían mirar hacia la luz. Al menos durante tres o más horas no aparecería ningún estrafalario avión norteamericano sobrevolando la zona; tras lo cual, todos los radiorreceptores habrían sido clausurados v todas las transmisiones serían desviadas y enviadas de vuelta hacia la nada.

El achacoso anciano descolgó el teléfono, se inclinó hacia delante en su silla de ruedas y marcó cuidadosamente una serie de números en su teclado electrónico. El timbre que se oía al otro extremo de la línea dejó de sonar y fue interrumpido por una voz monótona y de timbre metálico:

-Al oír la señal, marque su código de acceso.

Cesó el largo pitido y el padrone marcó cinco dígitos más; se reanudó entonces el sonido del timbre hasta que se escuchó una nueva voz:

-¡Hola, Caribe!, está corriendo un riesgo con esta transmisión; espero que lo sepa.

-No mayor que el de hace ocho minutos, Escorpión Dos. El avión intruso ha desaparecido.

-¿Qué?

-Acaba de ser eliminado en su lugar temporal de reposo; no habrá nada en el aire durante al menos tres horas o algo así.

-Esa noticia no nos ha llegado todavía.

-Pues no se aparte del teléfono, *amico*, que pronto le llegará.

-Es posible que se retrasen más de lo que usted cree -le dijo el hombre desde Washington-. El avión más parecido a ése se encuentra en la base de Andrews.

-Esa es una buena noticia -dijo el padrone-. Y ahora, Escorpión Dos, he de pedirle algo; tengo una necesidad que no desearía discutir en profundidad.

-Jamás le he pedido que discuta nada conmigo, padrone. Gracias a mi «legado» tienen mis hijos una buena educación. No estarían realmente donde están con mi sueldo de funcionario público.

-¿Y qué tal le va a su esposa, *amico*?

-Para esa perra todos los días son fiesta y no hay un domingo que no vaya a misa a rezar por ese inexistente tío de Irlanda que se dedica a la cría de caballos.

-¡*Molto bene*! Puede decirse que su vida está en orden.

-En cierto modo, todo eso tendría que habérmelo pagado el gobierno desde hace mucho tiempo. Yo he sido aquí el cerebro durante veintiún años, pero la verdad es que les importo un pepino; cuando dan comunicados a la Prensa, lo hacen idiotas que están aprovechándose de mis inventos. ¡Pero jamás mencionan mi nombre!

-Calma, amico. Como dice el dicho: Quien ríe último, ríe mejor. Y con más gusto, ¿no es cierto?

-Por supuesto que sí y le estoy muy agradecido.

-Pues ahora tendrá que hacerme un pequeño favor; no le resultará difícil.

-Dígame de qué se trata.

-Dadas sus competencias oficiales, puede cursar la orden a las autoridades de aduanas y de emigración de que dejen pasar a un avión privado que aterrizará en su país sin inspeccionar a sus pasajeros ni lo que lleven a bordo, ¿me equivoco?

-En modo alguno. Necesito saber el nombre de la compañía propietaria del avión, el número de identificación del mismo, el nombre del aeropuerto de entrada y el número de pasajeros.

-La compañía es la Sunburst Jetlines de Florida. Número de identificación: NC, veintiuno, BFN. Aeropuerto de entrada: Fort Lauderdale. Hay un piloto, su copiloto y un único pasajero varón.

-¿Algo que deba saber?

-¿Por qué no? La operación no se parece ni remotamente a todas las que hemos venido realizando hasta ahora; o mejor dicho: el sujeto es el que no se parece. No tenemos la intención de ocultar su nombre ni de introducirlo ilegalmente en su país, sino todo lo contrario: dentro de un par de días su presencia será conocida en todos los círculos influyentes y serán muchos lo que querrán hablar con él. De todos modos, necesita esos pocos días para poder moverse con toda libertad y reunirse solamente con viejos conocidos.

-¿Y quién demonios es esa persona? ¿El papa?

-No, pero desde Palm Beach hasta la Park Avenue de Nueva York no faltarán los anfitriones dispuestos a recibirlo como si lo fuera.

-Lo que quiere decir que lo más probable es que jamás haya oído hablar de él.

-Lo más probable es que efectivamente, no haya oído hablar de él, pero puedo asegurarle que no se ha perdido nada. Sin embargo, cuando se dé a conocer su nombre a bombo y platillo, todo el mundo prestará atención y la persona en cuestión tendrá que enfrentarse a un enjambre de periodistas, como si se hubiese anunciado la llegada del propio Aga Kan. Como es lógico, su documentación auténtica será presentada a sus funcionarios de Fort Lauderdale, quienes, al igual que usted, jamás habrán oído hablar de él; de eso no le quepa duda. Preferíamos, de todos modos, que esa persona permaneciera a bordo del avión hasta que llegase a un aeropuerto privado en West Palm Beach, donde le estará esperando su limusina.

-Y ya que no hay secreto sobre el particular, ¿cómo se llama?

-Dante Paolo, barone-cadetto di Ravello. Ravello es tanto su apellido como el nombre de la provincia en la que se asentaron sus antepasados hace ya algunos siglos -explicó el padrone, que añadió bajando la voz-: Aquí entre nosotros, esa persona ha sido educado para asumir responsabilidades de una de las familias más nobles y acaudaladas de Italia. La familia de la baronía de Ravello, para ser precisos.

-Gente mimada por la diosa Fortuna, ¿no?

-Digna de envidia. Sus inmensos viñedos producen el finísimo Greco de Tufo y sus inversiones industriales rivalizan con las de Giovanni Agnelli. Dante Paolo estudiará en su país posibles adquisiciones e informará después a su padre. Todo se mueve dentro de la mayor legitimidad, debe añadir, y si tenemos la oportunidad de hacer un pequeño favor a una gran familia italiana, es posible que de aquí a algunos años se acuerden de nosotros con amabilidad. ¿No es así como funcionan las cosas en nuestro mundo?

-Pero no me necesitaba para ese asunto. Los del ministerio de Comercio moverían cielo y tierra con tal de complacer a su viajero multimillonario.

-Por supuesto, pero ahorrar a esa gran *nobilitá* la molestia de solicitar tales privilegios implica en sí ahorrarle un ligero contratiempo, ¿no le parece? Sabrá, además, quiénes fueron los que le hicieron el favor. Así que usted hará eso por mí; ¿*capisce*?

-Está hecho. Tendrá toda clase de facilidades a su llegada. ¿Tiempo aproximado de llegada y clase de aparato?

-Mañana a las siete de la mañana; el avión es un Lear 25.

-Anotado; me encargaré de eso... ¡Un momento!, mi teléfono rojo está sonando. No cuelgue, Caribe.

Pasados un minuto y cuarenta y seis segundos el contacto del padrone se puso de nuevo al aparato.

-¡Tenía razón, nos lo acaban de comunicar! ¡Un AWAC II procedente de la base de Patrick ha explotado en la isla de San Martín con uno de la tripulación a bordo! Estamos en estado de máxima aleta. ¿Quiere que analicemos la situación?

-No hay nada que analizar, Escorpión Dos. Ya no hay situación que valga, ha pasado la crisis. En cuanto cuelgue, quedaré incomunicado. Habré desaparecido.

A unas mil ochocientas millas al noroeste de la isla fortificada, un hombre de aspecto corpulento, de cabellos ralos y pelirrojos y de rostro mofletudo y lleno de pecas se encontraba sentado en su despacho de las dependencias de la Central Intelligence Agency de Langley, Virginia. Del cigarro que le colgaba de la boca le habían caído cenizas en la corbata azul de poliéster. Se sopló para quitárselas y llenó de pequeños circulitos de saliva el tejido

impermeable de su corbata. Volvió a guardar el teléfono de alta seguridad en una gaveta de acero situada en la base inferior de su escritorio. Para una mirada casual, incluso para una atenta mirada, no había allí ninguna gaveta, tan sólo una parte de la base del escritorio que descansaba sobre la alfombra. Volvió a encender su cigarro. La vida era buena, realmente buena. ¿A quién coño le importaba todo lo demás?

CAPÍTULO VIII

Taparon el cuerpo con una sábana del hospital y se lo llevaron en una ambulancia bajo las luces de los focos del aeropuerto. Hawthorne se encargó de identificar oficialmente lo que quedaba del cadáver, insistiendo en que Neilsen y Poole se mantuviesen alejados mientras él cumplía con ese trámite. Visto de cerca, el humeante conjunto estructural del avión de vigilancia se había quedado reducido a un horrible esqueleto incandescente, a unas estrafalarias riostras negruzcas que se alzaban sobre las ruinas carbonizadas y humeantes de un fuselaje incorpóreo, con las planchas de metal de sus costados desprendidas como si fuera la cavidad torácica desmembrada de un insecto gigantesco quemado y panza arriba.

Jackson Poole lloraba desconsoladamente, se había puesto de cuclillas en el suelo y vomitaba en todo rincón que encontraba. Tyrell se arrodilló junto a él. Lo único que podía hacer era pasar el brazo al teniente por el hombro y sujetarlo; las palabras dichas por un extraño sobre la muerte de un amigo carecen de sentido, no son más que una intromisión injustificada. Tye miró de reojo a Catherine Neilsen, comandante de Aviación, entregada en cuerpo y alma a las fuerzas aéreas, y advirtió que estaba firme, con las facciones rígidas y luchando por contener las lágrimas. Se separó lentamente de Poole, se puso en pie y se acercó a la mujer.

-Ha de saber que es perfectamente legítimo llorar -le dijo cariñosamente, plantándose frente a ella, pero con los brazos caídos a ambos lados para no ofrecerle el contacto físico-. En ninguna parte del manual de oficial se afirma que eso esté prohibido. Ha perdido a alguien que estaba íntimamente ligado a usted.

-Sé ambas cosas -replicó la comandante, tragando saliva, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos, pese a los visibles esfuerzos que hacía por retenerlas, y se echaba a temblar-. Me siento tan impotente, tan incapaz -añadió.

-¿Por qué?

-No me siento segura. Y no he sido entrenada para sentirme así.

-No es cierto; usted ha sido entrenada para no exteriorizar la inseguridad en presencia de sus subordinados durante momentos de indecisión, que asaltan a cualquiera. Esa es la diferencia.

-Jamás..., jamás he entrado en combate.

-Pues ahora ya ha entrado, comandante. Quizá no le vuelva a ocurrir, pero ahora acaba de presenciarlo.

-¿Presenciarlo? ¡Oh, Dios mío! Jamás he visto matar a nadie... y mucho menos a alguien por quien sentía tanto cariño.

-Ese es un requisito para aprender a volar.

-Debería ser más fuerte, dominar más mis sentimientos.

-Entonces sería una farsante y una maldita estúpida y ambas cualidades producen oficiales malísimos. No estamos ante una película muda, Cathy, sino ante la realidad. Ningún soldado confía en un superior que se muestre insensible ante una pérdida humana. ¿Y sabe por qué?

-En este momento no sé absolutamente nada...

-Déjeme explicárselo; supongamos que él la hubiese encontrado muerta.

-Pero fui yo quien encontró muerto a Charlie.

-No, no fue usted. Había insistido en quedarse en el avión.

-Tenía que haberle ordenado que no lo hiciera.

-Y eso fue lo que hizo, comandante; yo mismo la escuché. Usted procedió según las normas, pero él se negó a obedecer su orden.

-¿Qué? -dijo Neilsen, con la mirada turbia cuando clavó sus ojos en Hawthorne-. Está tratando de consolarme como sea, ¿no es así?

-Simplemente trato de hacerlo del modo más razonable que puedo, comandante. Si hubiese tenido el propósito de aliviar su dolor, probablemente la hubiera abrazado y la hubiese dejado llorar a lágrima viva, pero no he querido hacerlo. En primer lugar porque después se lo habría tomado a mal; y en segundo, porque tendrá que entrevistarse con nuestro cónsul general y con otros miembros de nuestra delegación diplomática. Han sido retenidos a la entrada, pero ahora están reclamando a gritos sus privilegios diplomáticos, así que los dejarán pasar y estarán aquí dentro de cinco minutos.

-¿Usted ha hecho que los retuvieran?

-Aproveche para llorar ahora, señora, desahóguese por lo de Charlie y aférrese de nuevo a las ordenanzas. No se preocupe; yo también he pasado por lo que usted está pasando y nadie me degradó después por eso.

-¡Oh, Dios mío, Charlie! -gritó Neilsen, hundiendo el rostro en el pecho de Hawthorne, que la rodeó suavemente con los brazos y la estrechó contra su cuerpo.

Pasaron los minutos, el llanto de la mujer se fue serenando y Tye le levantó el rostro, cogiéndola discretamente por el mentón.

-Se le ha terminado el tiempo; eso es otra de las cosas que tuve que aprender. Séquese los ojos lo mejor que pueda, pero no se le ocurra pensar que debe renunciar a sus sentimientos... Puede usar las mangas de mi mono para enjugarse las lágrimas.

-¿Cómo..., de qué está hablando?

-El cónsul y sus hombres ya tienen permiso para entrar. Voy a ver a Poole; ya se ha puesto de pie. Volveré en seguida.

Hawthorne hizo ademán de marcharse, pero se detuvo al sentir la mano de Neilsen en su hombro.

-¿Qué quiere? -preguntó, dándose media vuelta.

-No lo sé -contestó la mujer, sacudiendo la cabeza, mientras el automóvil con el distintivo oficial del consulado de Estados Unidos se acercaba por la pista de aterrizaje al lugar en que se encontraban-. Supongo que quería darle las gracias... En fin, le llega la hora al gobierno -añadió-. Yo me ocuparé de ellos. Ahora le toca a Washington.

-¡Animo entonces, comandante... y sea bienvenida!

Tyrell se acercó a Jackson Poole, que estaba agarrado de la barra que sostenía la manguera de una bomba de incendios, con un pañuelo en los labios, el mentón hundido en el pecho y el rostro contraído, en una mueca de dolor.

-¿Qué tal se encuentra, teniente?

Poole soltó de repente la barra, se dirigió tambaleante a Hawthorne y lo cogió por la pechera del mono.

-¿Qué demonios significa todo esto? ¡Maldito asqueroso! -gritó- ¡Usted ha matado a Charlie, cerdo!

-No, Poole, yo no he matado a Charlie -dijo Tye, sin hacer ningún intento por impedir al teniente el libre movimiento de sus manos-. Otros lo han hecho, pero no yo.

-¡Dijo que mi compañero le estaba hinchando los cojones!

-Eso nada tiene que ver con su muerte ni con el hecho de que hayan volado el avión y usted lo sabe.

-Sí, creo que lo sé -dijo Poole, serenándose un poco y soltando el puñado de tela del mono de Hawthorne-. Lo que ocurre es que antes de que usted apareciese estaba Cathy, Sal y Charlie y estaba yo y todo nos iba muy bien. Y ahora ya no tenemos a Charlie, y Sal ha desaparecido, y la Gran Dama no es más que un montón de chatarra como los escombros de Beirut.

-¿La Gran Dama?

-Nuestro AWAC. Lo llamábamos así en alusión a Cathy... ¿Por qué tuvo que entrometerse en nuestras vidas?

-No lo decidí yo, Jackson. En realidad fueron ustedes los que se entrometieron en la mía, pues no tenía ni idea de su existencia.

-¡Ay, sí!, pero ahora todo está tan enredado, que ya no entiendo nada. Y permítame decirle algo: ¡puedo entender las cosas mejor que cualquier persona que conozco!

-En lo que se refiere a ordenadores, a rayos láser, a códigos de acceso y a ondas electromagnéticas, el resto de los mortales no entendemos nada -replicó Hawthorne en tono brusco y severo-. Pero permítame decirle algo, teniente. Ahí afuera hay otro mundo, del que usted no entiende ni jota. En él opera el coeficiente humano, que maldita la cosa que tiene que ver con sus aparatos y sus magias electrónicas. Con eso es con lo que tenemos que enfrentarnos las personas como yo, es nuestro pan de cada día año tras año; no con pitidos y gráficos, sino con hombres y mujeres de carne y hueso, que pueden ser nuestros amigos o que pueden querer matarnos. ¡Trate de resolver esas ecuaciones con sus cachivaches metálicos!

-¡Dios, pero qué mala leche tiene usted!

-Tiene toda la razón. Lo que acabo de decirle me lo dijo hace unos días el mejor agente secreto que he conocido en mi vida. Y yo le respondí que estaba loco. ¡Ay, chico, qué daría ahora por no haber dicho eso!

-Quizá deberíamos calmarnos -dijo en tono conciliador el teniente, mientras el automóvil del consulado se alejaba por la pista-. Cathy acaba de terminar con los chicos del gobierno y no parece muy feliz.

Neilsen se les acercó, frunciendo el ceño y con un aire indefinido de aturdimiento y tristeza.

-Se han ido a dar la voz de alarma y a tomar algunas medidas -dijo la comandante, que a continuación miró con dureza al antiguo oficial del servicio secreto de la Armada, añadiendo-: ¿En qué nos ha metido realmente, Hawthorne?

-Me gustaría poder darle una respuesta, comandante. Lo único que sé es que parece haber muchísimo más de lo que me esperaba detrás de esto. Lo de anoche lo demuestra. Charlie lo demuestra.

-¡Oh, Dios mío, Charlie...!

-¡Deja ya eso, Cathy! -dijo de repente Jackson Poole con fir-meza-. Tenemos una misión que cumplir, y pongo a Dios por testigo de que quiero cumplirla. ¡Por Charlie!

No resultó fácil tomar aquella decisión, pero tuvo que ser tomada de mala gana por los enfurecidos altos mandos de la base aérea de Tampa, en Florida, sometidos a la sumisión por los poderes combinados del ministerio de Marina, de la Central Intelligence Agency y finalmente, de un modo irrevocable, de los mandos estratégicos que tienen sus dependencias en los aposentos subterráneos de la Casa Blanca. El sabotaje perpetrado contra el AWAC II debía ser mantenido en secreto, por lo que hubo que inventarse otra historia en la que se decía que la causa del siniestro había sido una avería en la tubería de combustible, que provocó la

explosión del avión de entrenamiento de Patrick cuando aterrizó en territorio francés para una reparación de emergencia. Afortunadamente, no había que lamentar víctimas. Los parientes del soltero sargento mayor Charles O'Brian acudieron a Washington, donde fueron informados por separado por el director de la Central Intelligence Agency, cuyas órdenes al equipo de investigación rezaban: «Investigad con el mayor secreto, pero también del modo más exhaustivo posible.»

«Sangre de niña», como se denominó a esa investigación en los círculos más secretos, se convirtió en un asunto de extrema confidencialidad, en la tarea prioritaria de las instituciones que cooperaban en el caso. Los aviones de los vuelos internacionales, procedentes de los cuatro puntos cardinales, fueron registrados a fondo; los pasajeros fueron retenidos, algunos durante horas; cada viajero o grupo de viajeros, juntos o separados, fueron puestos en aislamiento y sus pasaportes fueron analizados por ordenadores, escudriñados por escáners una y otra vez en busca de defectos de origen. El número de detenidos pronto alcanzó los centenares y luego superó el millar. El New York Times habló de «hostigamiento desmesurado y sin fundamento alguno», mientras que el International Herald Tribune informaba de un brote de «paranoia norteamericana, con la que no se había logrado encontrar ni una sola arma y ni una sola sustancia ilegal». Y sin embargo, Londres, París y Washington no hicieron declaración alguna, por no hablar ya de dar explicaciones. En ningún momento fue mencionado el nombre de Bajaratt, ni se reveló el escenario de las operaciones... Había que buscar a una mujer que viajaba con un joven, con un adolescente, a una mujer de nacionalidad desconocida.

Y mientras proseguía la búsqueda, en el aeropuerto de Fort Lauderdale aterrizaba un Lear 25, pilotado por un hombre que había hecho esa ruta centenares de veces y que llevaba por copiloto a una mujer corpulenta que ocultaba sus cabellos negros bajo la gorra de visera; en el asiento de atrás iba un joven de elevada estatura. Entre el personal de aduanas, reclutado expresamente para esa ocasión se encontraba un amable funcionario que los saludó en italiano y les solucionó con presteza los trámites de emigración. Amaya Bajaratt y Nicolo Montavi, natural de Portici, habían llegado a suelo norteamericano.

-Juro por Dios que no sé cómo habéis podido llegar tan alto -dijo Jackson Poole al entrar en la habitación del hotel de San Martín, donde Hawthorne y Catherine Neilsen estaban estudiando las fotografías del teniente-, pero podéis estar seguros de que eso no excede vuestras capacidades mentales.

-Por emplear el vocabulario de una chica criada en una granja de Minnesota, ¿significa eso que estamos absueltos de culpa? -preguntó Cathy.

-¡Demonios, comandante!, ese pirata yanqui de veleros de alquiler nos acaba de adoptar, con nuestro consentimiento o sin él.

-También he capitaneado un bajel lleno de esclavos -replicó suavemente Tyrell, volviendo de nuevo a las cartas digitalizadas, que examinaba ahora bajo la luz de una lámpara de mesa con una reglita provista de lente de aumento que había cogido a toda prisa.

-¡Explícate, teniente, haz el favor!

-Le pertenecemos, Cath.

-Puedo asegurarte que no del todo -dijo la comandante Neilsen.

-Bueno, también podemos considerarnos voluntarios. Tenemos órdenes de no utilizar ningún piloto, pues con la destrucción de la Gran Dama nos encontramos con un bloque informativo. Como cuentas con alguna experiencia marinera, Cathy, te has elegido a ti misma. Y como yo soy mucho más joven que él y probablemente también más fuerte, Patrick se lava las manos y dice que se le facilite todo lo que quiera.

Librodot

-¿Hay algo más que quieras añadir? -preguntó Hawthorne, inclinándose sobre la mesa-. ¿Sobre cómo deseas sacarme a pasear y cerciorarte de que tomo mi Geritol?

-¡Venga, hombre! -exclamó Catherine Neilsen, interrumpiéndole-. Dejaste bien sentado que querías utilizarnos, pero no podías pedirnos, ni mucho menos ordenarnos, que te ayudásemos. Te dijimos que queríamos ayudarte. Por Charlie.

-No sé lo que está pasando por ahí y pongo límites a mi propia autoridad.

-¡Deja de decir tonterías, Tye! -le espetó Cathy-. ¿Adónde hemos de ir?

-Conozco esas islas. Son como un pequeño atolón volcánico; inhabitables, porque no hay nada en ellas; tan sólo algunas ensenadas y un montón de rocas ideales para encallar. Son un auténtico basurero.

-Una de ellas no lo es -le replicó Poole-. Así lo afirman mis instrumentos.

-Los creo -asintió Hawthorne-. Tendremos que verla más de cerca. Los franceses nos han proporcionado un hidroavión, un bimotor silencioso, con el que iremos esta noche a un punto situado a unas cinco millas al sur de la más meridional de las islas, donde nos estará esperando un torpedero hidrodeslizador británico, que zarpará de Virgen Gorda y nos llevará a un mini-submarino para dos tripulantes.

-¿Para dos tripulantes? -exclamó Neilsen-. ¿Y qué pasa conmigo?

-Te quedarás en el hidroavión junto al hidrodeslizador.

-¡No me da la gana! Di a los ingleses que envíen también a un piloto, sin dar más explicaciones; puedes hacerlo perfectamente... Olvídate del rango, Charlie era como mi hermano mayor, si hubiera tenido uno. Iré donde vayáis tú y Jackson. De todos modos, me necesitáis.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Desde luego. Mientras vosotros dos os vais de reconocimiento, ¿qué pensáis hacer con el submarino? ¿Dejar que se hunda en el fango?

-No, lo ocultaremos en alguna playa, y da la casualidad de que sé cómo se disimula el material de guerra.

-Teniendo en cuenta otra posibilidad evidente, ésa es una decisión muy desafortunada en lo que concierne a las tácticas de supervivencia, y da la casualidad de que entiendo algo de ellas. Supongamos que dais con esa isla que esperáis encontrar allí...

-No esperamos; se encuentra allí -dijo Poole, interrumpiéndola-. Mis instrumentos no mienten.

-Pues digamos que ya la habéis encontrado -otorgó Cathy-. Doy por sentado que un lugar así estará extraordinariamente bien protegido, tanto por recursos humanos como tecnológicos, aunque lo más probable es que hayan puesto énfasis en lo último. Ha de ser una cuestión relativamente simple acordonar con detectores electrónicos una pequeña línea costera. ¿Estarás de acuerdo conmigo, Jackson?

-¡Demonios, claro que sí, Cath!

-Supongo además que seria mucho más inteligente de nuestra parte salir a la superficie algo alejados de la costa, eyectarnos del submarino y dejarnos nadar hasta nuestro punto de entrada, que podríamos determinar in situ.

-¿Por qué no dices que nos deslicemos por un costado? Nada de expulsiones al exterior y de cuerpos volando por los aires. Y aun así, sigue sin gustarme la idea. Estás exagerando los medios tecnológicos con los que puede contar una islita primitiva y apenas habitada.

-No sé lo que habrán podido hacer, Tye -lo contradijo el teniente-pero puedo colocar un sistema informático de vigilancia, como ése al que se está refiriendo Cathy, con un ordenador personal, un generador de trescientos dólares y un par de docenas de sensores y no estoy exagerando.

-No sé cómo podría explicártelo -contestó Poole-, pero hará unos diez o doce años, cuando yo era un adolescente, mi padre compró un magnetoscopio con mando a distancia. Fue lo peor que nos pudo hacer, aparte de comprarnos un ordenador de sobremesa. Mi padre jamás logró manejarlo correctamente, sobre todo cuando quería grabar un partido de béisbol o algún programa que no podía ver a su hora, pero del que deseaba disfrutar más tarde. Quiero decir que mi padre se enfadaba realmente, gritaba y maldecía, hasta que acabó por arrojar a la basura aquel trasto que tanto lo mortificaba. Y mi padre es una persona inteligente, un abogado endiabladamente bueno y un hombre rico, pero los números, los símbolos y todos esos botones que hay que apretar para conseguir lo que uno quiere se convirtieron en sus enemigos personales.

-¿Hay en todo eso alguna relación con esto? -preguntó Hawthorne.

-Por supuesto que la hay -contestó Poole-. Odiaba lo que no le obedecía simplemente porque no sabía utilizarlo, no en términos mecánico-técnicos...

-¿En qué...?

-Mi padre es un hombre generoso en términos humanos; le agrada que los negros alcancen altas posiciones en el gobierno; piensa que debe ser así y que ya era hora de que ocurriese. Pero no puede adaptarse a los grandes adelantos tecnológicos, porque llegaron con demasiada rapidez y porque no son humanos. Así que les cogió miedo.

-¿Pero qué demonios estás tratando de decirme, teniente?

-Que todo eso es realmente muy simple una vez que lo has utilizado. Mi hermana pequeña y yo nos criamos con los ordenadores personales, con los sistemas informáticos del instituto y con los juegos de vídeo (papá jamás tuvo nada que objetar, simplemente se negó a vigilar nuestra educación) y nos acostumbramos a utilizar los dos esos botones y todos esos símbolos, pasando incluso a la fabricación de chips.

-¿Adónde demonios pretendes llegar?

-Mi hermana menor se dedica ahora a la programación en una de las empresas del llamado Valle del Silicio, en el valle de Santa Clara, y gana más dinero del que yo podré ganar jamás, pero yo utilizo unos equipos con los que ella ni siquiera podría soñar.

-¿Y bien?

-Pues que Cathy tiene razón y yo también. Sus ideas coinciden con mis experiencias. Ella está lanzando una hipótesis sobre lo que puede haber en esa isla y su teoría se ve confirmada por mi intuición de lo que puede hacerse con un simple ordenador personal, un generador de trescientos dólares y un par de docenas de sensores. No es nada del otro mundo desde un punto de vista técnico, pero nos podría causar un montón de problemas.

-Lo que me estás tratando de decir con toda esta maldita perorata es que debo permitir que nos acompañe, ¿no es así?

-Escúchame, Tye, esa dama es muy importante para mí y me desagrada tanto como a ti lo que pretende hacer, pero la conozco muy bien. Cuando tiene razón es que lleva toda la razón, especialmente en lo que se refiere a las tácticas y los procedimientos; se ha leído todos los manuales.

-¿Y qué me dices de dirigir un minisubmarino?

-Sé manejar todo lo que pueda moverse hacia delante y hacia atrás en el cielo, en la tierra y en el agua -dijo la comandante, dando ella misma la respuesta-. Déjame sola una hora con los mandos y un puñado de diagramas y te llevaré adonde me digas, haciendo las escalas que quieras.

-Me encanta tu modestia. Pero también sé que no me fío.

-Pues yo también sé que los miembros de los equipos de demolición submarina pueden aprender a conducirlos en veinte minutos.

-Yo necesité media hora -replicó Hawthorne en un vano intento por disuadirla.

Librodot

-Pues eres mucho más lento de lo que me imaginaba. Escúchame, Tye, no soy idiota. Si alguien me hubiese pedido que te acompañase en una operación de comando en tierra, me habría negado. No porque sea cobarde, sino porque no estoy preparada ni física ni mentalmente para esa clase de trabajo y porque sería un estorbo para ti. Pero en un aparato que yo sepa manejar, puedo ser una ayuda valiosa. Nos mantendremos en contacto por radio y estaré allí donde tú digas en cualquier momento. Te cubriré las espaldas si tienes dificultades.

-¿Es siempre de una lógica tan aplastante, Jackson?

El teniente Poole, sonriéndose maliciosamente, iba a responder cuando sonó el teléfono, y como era el que se encontraba más próximo, se dirigió a una mesita cercana y descolgó el aparato.

-¿Si? -contestó cautelosamente, para dirigirse después a Hawthorne, con el teléfono en la mano, tras haber estado escuchando durante unos instantes-. Alguien llamado Cooke pregunta por ti.

-¡Ya era hora! -exclamo Tyrell, recibiendo el teléfono de manos del teniente-. ¿Dónde demonios te habías metido? -preguntó.

-Podría preguntarte lo mismo -contestó la voz desde Virgen Gorda-. Acabamos de regresar, no encontramos ni un solo mensaje tuyo y descubrimos que nos habían robado.

-¿De qué estás hablando?

-Tuve que llamar a ese imbécil de Stevens para informarme de dónde estabas.

-¿No se te ocurrió preguntar a Marthy?

-Marthy se ha marchado, al igual que su amigo Mickey. Simplemente, han desaparecido, amigo mío.

-¡Hijo de puta! -gritó Hawthorne-. ¿Qué nos han robado?

-El sobre que te dejé en la caja fuerte también ha desaparecido. ¡Todo! Todas nuestras notas.

-¡Dios mío!

-Esos documentos estarán ahora en malas manos...

-Me importa un carajo que las manos sean buenas o malas. ¡Quiero saber dónde está Marthy, dónde está Mickey! No se han podido escapar como pajarillos de su jaula, no es así como se comportan. ¡Hubiesen dejado una nota, una explicación!... ¿Es que nadie sabe nada?

-Al parecer, no. Dicen que un tipo al que llaman El viejo Ridgeley fue al taller donde se suponía que los chicos estaban trabajando en sus motores y que encontró los malditos motores desmontados, pero que no vio a nadie.

-¡Eso me da mala espina! -vociferó Hawthorne-. Se trata de mis amigos... ¡Dios mío!, pero ¿qué he hecho?

-Si eso te preocupa, quizá deberías saber lo peor -dijo Cooke-. El recepcionista que entregó el sobre afirma haber actuado correctamente, ya que se lo dio a un caballero que goza de una gran reputación en Londres, a un tal Grimshaw, quien nos conocía y le hizo saber que su contenido le pertenecía legítimamente, ya que nos había pagado por la información. -¿Qué información?

-Por la inspección de un yate que piensa comprar su club de San Diego, lo que incluía un análisis de costos de las piezas que han de ser sustituidas y una evaluación general del estado de la embarcación. He de decir que fue una historia convincente. Por desgracia, el joven se la tragó.

-¿Habrás matado de un tiro a ese hijo de puta o al menos habrás disparado contra él?

-Ya se ha marchado, Tye, lo despidieron después de echarle un buen rapapolvo. Dijo que le habían prometido una buena posición en el hotel Savoy de Londres y que ya estaba harto de esta inmunda y primitiva isla. Cogió el último avión que partía para Puerto Rico y declaró arrogantemente que pensaba montarse por la mañana en el mismo avión en que

viajaría ese tal Grimshaw a Londres. Hasta llamó «pobre diablo» al director del hotel y le aseguró que en un par de días habría perdido su empleo.

-¡Haz que revisen inmediatamente las listas de pasajeros de todos los vuelos y...! -dijo Tyrell, cortándose en seco y suspirando ruidosamente-. ¡Demonios!, imagino que ya lo habrás hecho.

-Por supuesto.

-¿Ni rastro de Grimshaw?

-Ni rastro de Grimshaw -confirmó Cooke.

-Y podemos estar seguros de que no se encuentra por el club.

-Su habitación es una tacita de plata y el teléfono reluce de limpio, al igual que los picaportes de ambas puertas.

-No ha dejado huellas. Es un profesional... ¡Maldita sea!

-Ya ha sucedido, Tye, de nada sirve que nos lamentemos.

-Puedo lamentarme por Marty y por Mickey. ¡Y será mejor que te preocupes por ellos!

-Ya hemos enviado en su búsqueda las lanchas torpederas de la Armada británica y las autoridades locales están registrando la isla... ¡Espera un momento, Tyrell! Jacques acaba de llegar; tiene algo que decirme. ¡No cuelgues!

-Esperaré -dijo Hawthorne, tapando con la mano el micrófono del teléfono y volviéndose hacia Catherine Neilsen y Jackson Poole-. Nos han hecho bien la puñeta en Virgen Gorda -les explicó-. Un buen amigo mío, que cumplía instrucciones mías, y su compañero de trabajo, también un gran amigo mío, han desaparecido, así como toda la documentación que teníamos sobre esa perra.

La comandante Catherine Neilsen y el teniente A. J. Poole intercambiaron una mirada. El teniente se encogió de hombros, expresando el hecho de que no entendía las palabras de Tyrell. La comandante dio a entender al otro lo mismo, enarcando las cejas y encogiéndose de hombros, y le hizo inmediatamente un gesto con la cabeza, transmitiéndole la orden: ¡No le hagas preguntas!

-¡Geoff!, ¿dónde estás? -vociferó Hawthorne por el teléfono.

Aquel silencio prolongado no sólo le resultaba exasperante, sino que tampoco le auguraba nada bueno. Finalmente, el otro dejó oír su voz.

-Lo lamento muchísimo, Tyrell -comenzó a decir Cooke, midiendo cada palabra-. Desearía no tener que comunicarte esto. Una lancha patrullera ha encontrado el cuerpo de Michael Simms a unos novecientos metros de la costa. Tenía un tiro en la nuca.

-¡Mickey! ¡Dios mío! ¿Cómo lo llevaron hasta allí?

-Basándose en un análisis preliminar, sobre todo por las manchas de pintura en sus ropas, las autoridades piensan que fue muerto de un disparo, que lo colocaron en una pequeña lancha motora y que enviaron la embarcación hacia alta mar poniéndola en marcha automática. Creen que lo dejarían colgando probablemente de un costado y que algún golpe de mar lo haría caer al agua.

-Lo que significa que no encontraremos jamás a Marty, o que si alguien lo encuentra, descubrirá su cadáver dentro de un esquife con el depósito de gasolina vacío.

-Me temo que la Armada británica es de tu misma opinión. No es necesario que te diga que las órdenes de Londres y de Washington son de ocultar todo el asunto.

-¡Maldita sea! Yo metí a esos dos hombres en esta mierda. ¡Fueron héroes durante la guerra y ahora han sido asesinados por una mierda!

-Perdóname, Tye, pero creo sinceramente que no se trata de una mierda. En todo caso, eso está relacionado con la masacre de Miami y con tus propias experiencias en Saba; además, el avión que volaron en San Martín nos demuestra que nos enfrentamos a un

Librodot

problema de gravísima índole. Esa mujer, esa terrorista excepcional, esa gente, dispone de medios que superan en mucho lo que habíamos calculado en un principio.

-Lo sé -dijo Hawthorne en tono apenas audible-. Y ahora sé también cómo se sienten dos nuevos compañeros míos por lo de Charlie.

-¿Quién?

-Nada, no me hagas caso, Geoff. ¿Te ha informado Stevens de nuestros planes?

-Si, lo ha hecho. Mira, Tyrell, tengo que preguntarte algo con toda franqueza: ¿crees sinceramente que estás preparado para esto? Quiero decir que has estado alejado durante algunos años de esa clase de cosas y...

-¿Pero qué demonios os creéis que estáis dirigiendo Stevens y tú? ¿Un corro de ancianas costureras? -lo interrumpió Hawthorne, encolerizado-. Permíteme aclararte algo, Cooke: tengo cuarenta años de edad...

-Cuarenta y dos -le susurró Catherine Neilsen desde el otro extremo de la habitación-. En el expediente...

-¡Cállate!... No, no es a ti, Geoff. La respuesta a tu pregunta es que sí. Partimos dentro de una hora y tenemos un montón de cosas que hacer. Te llamaré más tarde. Dime a quién puedo dejarle el recado.

-¿Al director del hotel? -inquirió el hombre del MI-6 al otro lado de la línea.

-No, a él no. Anda demasiado ocupado dirigiendo ese lugar... Utiliza a Roger, al camarero del chiringuito, es perfecto.

-¡Ah, sí!, a tu amigo negro de la pistola. Buena elección.

-Manténte en contacto -dijo Tyrell, colgando el teléfono y volviéndose hacia la comandante Neilsen-. Mi edad no viene aquí al caso. Por cierto, he sido preciso al señalar que iremos en un submarino para dos personas, pues eso es exactamente lo que es. No para tres, ni para cuatro, sino para dos. Espero que tú y tu cariño estéis bien familiarizados el uno con el otro, pues ya que insistes en acompañarnos, ¡tendrás que ir encima o de-bajo de él!

-He de hacerte una pequeña corrección acerca de la terminología de los minisubmarinos, capitán Hawthorne -replicó la comandante-. Detrás del asiento posterior, o quizá debería decir en el culo del submarino, hay un compartimiento lateral que sirve de depósito y que tiene el mismo tamaño, si no es mayor, que la cabina reservada a la tripulación. En él caben una balsa salvavidas inflable de polivinilo, las provisiones necesarias para unos cinco días, armas y bengalas. Sugiero que renunciemos a las provisiones, que metas el equipo que vayas a necesitar y ya verás como no hay problema de espacio para mí.

-¿Cómo sabes tanto de minisubmarinos?

-Cathy salía antes con un tipo de Pensacola, un oficial de la Armada aficionado al paracaidismo y que sabía todo lo que hay que saber sobre el mundo submarino -contestó el teniente-. Sal, Charlie y yo nos regocijamos como puercos revolcándose en una pocilga cuando ella lo mandó a hacer puñetas. Era un tipo estirado, miserable y arrogante.

-¡Por favor, Jackson! Hay ciertas cosas de las que no tenemos por qué hablar aquí.

-¿Como de los expedientes, quieres decir? -inquirió Hawthorne.

-Eso no fue más que un asunto de protocolo militar.

-De ordenanzas que se remontan a la guerra de 1812... Está bien, olvidémoslo -dijo Hawthorne, dirigiéndose a la mesa donde tenían los papeles-. Podemos navegar hasta un punto situado digamos a una milla de distancia al sur de la primera isla, con todas las luces apagadas, por supuesto, utilizando únicamente el loran. Es decir, por aquí.

Tyrell señaló con su regla la carta que les habían enviado por fax desde Washington y en la que se detallaba todo cuanto se sabía acerca del atolón. Por fortuna les habían mandado también los mapas confeccionados por hombres que habían recorrido esas aguas sesenta años antes que Hawthorne. Aparecían los arrecifes que debían ser señalados, así como las rocas

volcánicas ocultas bajo la superficie, para que los marineros no encallasen sus embarcaciones o se metiesen en aguas peligrosas.

-Hay un desprendimiento en este arrecife exterior -dijo Hawthorne, tocando un punto en la carta de navegación.

-¿No nos lo puede detectar el sonar? -preguntó Poole.

-Si nos encontramos sumergidos, lo detectará probablemente -contestó Tye-. Pero si navegamos por la superficie, no lo detectará con antelación. Cuando oigamos las señales, ya habremos encallado en un montón de coral.

-Pues entonces nos mantendremos sumergidos -dijo Catherine.

-Pues entonces alcanzaremos el arrecife interior, del que no tenemos especificación alguna, y navegaremos a ciegas -replicó Hawthorne-. Y esto no es más que la primera isla. ¡Mierda!

-¿Puedo hacer una sugerencia? -preguntó Neilsen.

-¡Adelante!

-Durante los entrenamientos de combate aéreo, cuando nos topamos con un denso manto de nubes, volamos lo más bajo posible, justo por encima de la base de la capa de nubes, donde nuestros instrumentos tienen la máxima visibilidad. ¿Por qué no invertimos el procedimiento? Navegaremos lo más cerca posible de la superficie, utilizando el periscopio gran angular, y si mantenemos la velocidad al mínimo, tan sólo rebotaremos en los arrecifes o en las rocas, en caso de hacer contacto.

-Por expresarlo en nuestra hermosa jerga informática -prosiguió Poole-, se trata realmente de algo muy simple. Al igual que con los ordenadores, hay que proceder de forma gradual. Medio dentro y medio fuera, sin perder de vista el objetivo y con los diez dedos de las manos en las teclas.

-¿Qué teclas?

-Si me proporcionas un simple ordenador portátil y una docena de sensores, te los pegaré en un santiamén en la parte exterior del submarino.

-Por supuesto que no, no tenemos tiempo.

-Pues tacha lo de las teclas. La teoría de Cathy sigue en pie. -Espero que así sea.

CAPÍTULO IX

El modesto motel de West Palm Beach no era más que una parada temporal para el barone Cadetto di Ravello, quien se registró como obrero de la construcción, en compañía de su tía de mediana edad, una mujer que trabajaba de criada en Lake Worth y que se estaba haciendo cargo de su sobrino para introducirlo, como ella misma dijo, en esos «grandiosos Estados Unidos, ¿sabe lo que quiero decir? ¡Es un chico estupendo y muy trabajador!»

Sin embargo, a las nueve y media de la mañana, tanto la «tía» como el «sobrino» estuvieron en la Worth Avenue de Palm Beach, seleccionando y pagando al contado las prendas más finas en las tiendas más elegantes de esa zona comercial tan selecta. Así que los rumores comenzaron a propalarse.

-Es un barón italiano, de Ravello según se dice, pero ¡chitón! ¡Nadie debe saberlo!

-Lo llaman barone-cadetto y es el primogénito de una noble familia; y su tía es contessa, una condesa de verdad. Te digo que se están comprando la avenida entera. ¡Y sólo lo mejor de lo mejor! Perdieron todo el equipaje por culpa de la Alitalia, ¿puedes creerlo?

Y como es lógico, no había nadie en la Worth Avenue que no lo creyera, pues sus cajas registradoras no dejaban de sonar y los propietarios telefoneaban a los columnistas de sus

periódicos favoritos de Palm Beach y de Miami, deseosos de romper el silencio, sobre todo si sus establecimientos iban a ser mencionados en lugar prominente.

A las nueve de la noche, con la habitación del motel abarrotada de cajas de ropa y maletas de Louis Vuitton, Bajaratt se quitó el vestido forrado, dio un gran suspiro y se dejó caer sobre la cama de matrimonio.

-¡Estoy rendida! -gritó.

-¡Yo no! -replicó Nicolo, que no cabía en sí de gozo-. Jamás me han tratado de esta forma. ¡Es magnífico!

-Ahorra tus fuerzas, Nico. Mañana nos mudaremos a un gran hotel al otro lado del puente; todo ha sido dispuesto. Y ahora, déjame sola. No estoy para soportar la impetuosidad de un adolescente. ¡Nada de requerimientos amorosos, por favor! Tengo que pensar, tengo que dormir.

-Pues piense, signora. Voy a tomarme una copa de vino.

-¡No te pases! Mañana nos espera un día agitado.

-No te preocupes -la tranquilizó el joven estibador-. Ya sé que he de seguir estudiando. Il barone-cadetto di Ravello ha de estar preparado, ¿no?

-Así es.

Diez minutos después la Baj ya estaba dormida, y al otro extremo de la habitación, bajo la luz de una lámpara de pie que había junto a un sofá, Nicolo levantaba la copa por encima de las páginas que revelaban su nueva personalidad.

-¡A tu salud, san Cabrini! -dijo por lo bajo, articulando con rimbombancia cada palabra-. ¡Y a la mía, el futuro barón!

Eran las once y cuarto de la noche, el cielo era claro y la luna caribeña brillaba y acariciaba con sus rayos las oscuras aguas. El hidroavión se había reunido con el hidrodeslizador de Virgen Gorda a las diez y cuarto. En el tiempo transcurrido, los tres norteamericanos habían cambiado sus ropas por los negros monos impermeables que les habían proporcionado los ingleses, junto con pequeñas pistolas con silenciador que ahora llevaban al cinto. Asimismo, puesto que era esencial para la misión de reconocimiento, los británicos habían enseñado a la comandante Neilsen el manejo del submarino en miniatura; la mujer se haría cargo de los mandos una vez que sus dos compañeros masculinos hubiesen abandonado el buque para ir a registrar la isla. La instrucción corrió a cargo de un joven inglés de las fuerzas especiales, que se mostró muy recalcitrante y afirmó una y otra vez que él debería formar parte de la patrulla de reconocimiento y no -rotundamente no- esa piloto norteamericana. De todos modos, su actitud negativa fue cambiando poco a poco cuando la comandante se lo llevó aparte, a la popa del torpedero, y sostuvo con él una conversación de carácter muy privado. Aun cuando no pudo superar ciertas reticencias, resultó ser un maestro extraordinario; al cabo de una hora se encontraba muy orgulloso de su alumna.

-No me atrevo a pensar qué le habrás prometido -dijo Tyrell cuando la piloto subió a bordo tras haber completado su maniobra final en las prácticas que hizo por una milla cuadrada del océano.

-¿Es que tienes ganas de bronca?

-¡Venga ya, Cathy!, tan sólo estaba tratando de hacer más llevadero este momento; tenemos una noche muy larga por delante.

-Le dije la verdad... sobre Charlie. Le expliqué que creía que se lo debía a él. Supongo que fui convincente.

-De eso estoy seguro.

-Le expliqué también que si no me viese en condiciones de dirigirlo, ni siquiera lo hubiera intentado. No quiero poner en peligro otras dos vidas... El soldado inglés quería realmente ir con vosotros y podría haberme hecho la puñeta, pero no lo hizo. Se dio cuenta de cuál era mi fuerte y me enseñó paso a paso.

-Te creo, comandante -dijo Hawthorne con toda sinceridad-. Echaremos anclas en la primera isla dentro de pocos momentos. ¿Hay algo que quieras decirle al piloto de Virgen Gorda? ¿Sobre el avión?

-Lo han puesto ahí abajo en cuarentena. Se supone que no iba a venir a vernos, ni nosotros a él, así que pensaba enviarle una breve nota.

-Eso es lo que quería decir. Escríbela ahora.

-En realidad, es tan breve que se la puede transmitir el capitán inglés. Se trata del timón izquierdo; tiene puesta una resistencia al avance que ha de ser compensada. De todos modos, dará con ello en un par de minutos.

-Me ocuparé de eso. Y si deseas cambiar el agua a algunas cañerías, hazlo ahora. Es posible que no tengas otra oportunidad hasta mañana.

-Todas las tuberías están limpias, gracias, pero no les doy las gracias a los tipos que diseñaron estos malditos trajes. Por no emplear palabras más fuertes, diré que son unos machistas.

-No podría decir lo mismo desde el lugar en que me encuentro de pie -replicó Tyrell, echando una rápida mirada al esbelto cuerpo enfundado en negro que tenía frente a él bajo la luz de la luna.

-Ese es precisamente el problema. Tú precisamente lo haces de pie.

-¡Ha llegado el momento! -anunció Jackson Poole, acercándoseles desde la popa-. El capitán dice que el submarino va a salir a la superficie y se supone que hemos de practicar nuestras respectivas posiciones, por si hay que hacer algunos ajustes en el equipo.

-¿Tan pronto? -preguntó Neilsen.

-No es tan pronto, Cathy. El hombre dice que, teniendo en cuenta cómo se desplaza esa cosa, alcanzaremos nuestro punto de desembarque dentro de veinte minutos o incluso menos.

-!Mi capitán! -dijo el instructor de la comandante Neilsen, saliendo a toda prisa de las sombras, cuadrándose ante Hawthorne y haciéndole el saludo militar británico.

-Si, nos lo acaban de decir, sargento. El submarino está emergiendo. Estamos preparados.

-¡No se trata de eso, mi capitán! -vociferó el soldado.

-¿De qué entonces?

-El equipo submarino cae bajo mi responsabilidad, mi capitán.

-Si., supongo que...

-¿Puedo preguntarle cuánto hace que no utiliza ese equipo, mi capitán?

-¡Qué demonios! Cinco o seis años.

-¿De fabricación inglesa?

-Fundamentalmente, nuestra; pero también he usado los suyos. Hay muy poca diferencia.

-No es lo adecuado, mi capitán.

-¿Cómo dice?

-Que no puedo permitir que coja los mandos de nuestro equipo.

-¿Que usted qué?

-La dama aquí presente ha demostrado una excelente capacidad en lo que respecta al manejo del buque, francamente excelente.

-Bien, ya había realizado algunas prácticas en Pensacola, sargento -dijo Neilsen con coquetería disimulada.

-Que aprovechó extremadamente bien, señora.

-¿Pretende decir que ella ha de dirigir el submarino desde el primer momento?

-Exactamente, mi capitán.

-¡Deje ya esa idiotez de «mi capitán», yo conozco esas islas y ella no!

-Pero usted no está al corriente de los avances tecnológicos. Hay un monitor que muestra claramente al piloto todo lo que se está viendo por el periscopio desde el segundo asiento personal. Si usted no sabía eso, es posible que desconozca la existencia de otros adelantos. No, lo siento, mi capitán, pero no puedo permitir que usted ocupe la primera posición.

-¡Esto es de locos...!

-No, mi capitán. Ese aparato ha costado al gobierno británico por lo menos cuatrocientas mil libras esterlinas y no puedo permitir que lo pilote alguien que no ha manejado uno desde hace años. Y ahora, si quieren venir a proa, el piloto ya está esperando para subir y para que los lleven al avión.

-Infórmele de que hay una resistencia al avance en el timón izquierdo -dijo Catherine-. Todo lo demás está en orden.

-Muy bien, señora. Los avisaré en cuanto hayamos arrastrado el avión hasta el costado del buque y el piloto se haya marchado.

El sargento se mantuvo en posición de firme, saludó sin dirigirse a nadie en particular, dio media vuelta y se marchó.

-¡Me han engañado como a un chino! -exclamó enfadado Tyrell mientras los tres se encaminaban por la cubierta hacia la proa.

-Ya verás, Tye -dijo Catherine cuando se encontraban ante el morro de aquel buque submarino de vigilancia de formas tan extrañas-. Será mucho mejor de este modo. No me hubiese empeñado en hacerlo si pensase de otra forma. Me ratifico además en lo que he dicho antes: si no me viese en condiciones de dirigirlo, ni siquiera lo hubiera intentado.

-¿Por qué es mejor de este modo? -preguntó Hawthorne.

-Porque tú podrás concentrarte en lo que tienes que hacer y no te tendrás que preocupar de pilotar el aparato; es el modo más simple de encarar el asunto.

Tyrell se quedó mirándola y advirtió bajo la luz de la luna la expresión ansiosa y suplicante en sus grandes ojos de un gris verdoso, unos ojos de niña en el atractivo rostro de una mujer extraordinariamente madura.

-Es posible que tengas razón, comandante; no voy a negarlo. Sólo que me hubiese gustado que lo hicieras de otra forma.

-No podía hacerlo de otra forma, ya que no sabía si en realidad podría hacerlo.

Hawthorne sonrió, el enfado se le había disipado como por encanto.

-¿Siempre has de tener una respuesta para todo?

-¿Qué, ya habéis arreglado el mundo? -preguntó el alto y esbelto Poole, que había estado contemplando el mar, apoyado en la barandilla de cubierta y haciendo como que no escuchaba la conversación.

-¡Y no vuelvas a decir aquello! -ordenó Tyrell, levantando las manos frente al rostro de Neilsen-. ¡No vuelvas a decir serénate, cariño!

-¿Conque es eso? -contestó Catherine, echándose a reír-. Algún día te contaremos cómo empezó y es muy posible que tú te pongas a llamarlo también de ese modo.

La mirada de Neilsen se volvió de repente distante y melancólica.

-Fue idea de Sal y de Charlie -añadió-, de ellos fue la ocurrencia.

-¿Qué ocurrencia?

-¡Olvídalo! -replicó Catherine, parpadeando y recobrando el brillo en su mirada-. A no ser que tengas patente exclusiva sobre esa expresión.

-¡Mi capitán! -anunció el sargento de las fuerzas especiales, surgiendo de entre las sombras por la barandilla de estribor-. Hemos preparado el submarino para la maniobra de sumersión.

-¡En marcha!

La primera de las islas no era más que una simple acumulación de desperdicios de origen volcánico. Ya habían atravesado el arrecife interior y salido a la superficie, y no habían visto más que rocas puntiagudas y restos descompuestos de plantas, algunas de las cuales se mantenían a duras penas con vida gracias alas intermitentes lluvias que eran absorbidas por un suelo resecado por el sol y que aún conservaba una capa de tierra y de arena.

-¡Olvídalo! -ordenó Tyrell a su piloto, que iba en el asiento delantero-. Pon rumbo hacia la número dos; está a menos de una milla de aquí, en dirección estesudeste, si mal no recuerdo.

-Lo recuerdas bien -dijo Catherine desde su posición ante el panel de mandos-. Estudié la carta y programé nuestra segunda entrada. Cierro las escotillas y me preparo para la sumersión.

La segunda de las islas, a menos de una milla en dirección noreste, era una candidata que tenía menos posibilidades aún que la primera, si es que esto era posible, de ganar las alarmas electrónicas del teniente Poole. Era una estéril formación rocosa, desprovista de vegetación y de playas cubiertas de arena, una aberración volcánica sin utilidad alguna para la vida animal o humana. El minisubmarino para tres tripulantes puso rumbo hacia la tercera de las islas, situada exactamente a cuatro millas al norte de la segunda. Presentaba restos de escasa vegetación, que había sido destruida por las recientes tormentas, y en ella no se advertía la mano humana. Las pocas palmeras que tenía habían sido azotadas por los vientos, dobladas y en su mayoría quebradas a ras del suelo. No era más que una solitaria masa de tierra abandonada a los elementos. Ya estaban a punto de poner rumbo hacia el este, en dirección a la próxima isla, cuando Hawthorne, tras estudiar con detenimiento la pantalla del monitor situado frente a Neilsen, dio contraorden.

-Espera, Cathy -dijo serenamente-. Da marcha atrás luego gira noventa grados desde tu posición.

-¿Por qué?

-Algo anda mal. El radar de superficie ha detectado alguna cosa, se reflejan sus ondas. ¡Inmersión!

-¿Por qué?

-Haz lo que digo.

-Por supuesto, pero me gustaría saber el porqué.

-Y a mí también -dijo Poole desde el compartimiento de atrás.

-Tranquilos -dijo Hawthorne, pasando la vista de la pantalla del monitor al indicador de radar que tenía frente a él-. Mantén el periscopio sobre la superficie del agua.

-Ahí está -dijo Neilsen.

-Es eso -dijo Tyrell-. Tus instrumentos estaban en lo cierto, es el paso entre los arrecifes. Ya lo tenemos.

-¿Qué tenemos? -preguntó Neilsen.

Librodot

-Una muralla. Una maldita muralla construida por el hombre y en la que se reflejan las ondas del radar. Revestida de acero, me imagino. Está oculta, pero devuelve las ondas.

-¿Qué hacemos ahora?

-Dar la vuelta a la isla y luego regresar a este mismo punto, si es que no nos encontramos con alguna sorpresa.

Navegaron lentamente alrededor de la pequeña isla, rozando apenas la superficie de las aguas y rastreando con los indetectables impulsos del radar cada palmo de la costa. Para hacer una inspección ocular, Poole asomó la cabeza por la escotilla abierta situada sobre Tyrell y se colocó ante los ojos unos prismáticos de visión nocturna.

-¡Oh, chico! -dijo el teniente, agachándose y metiendo de nuevo la cabeza para que pudiesen oírlo-. Han colocado detectores por todas partes, cada seis o nueve metros, creo, y desde luego, los han dispuesto en serie.

-Descríbenos lo que estás viendo -le pidió Hawthorne.

-Parecen pequeños reflectores de cristal, algunos en las palmeras, otros en barras clavadas en la tierra. Los que están en los troncos tienen cables negros y verdes que suben hasta las hojas; los de las barras, tubos de plexiglás o de plástico, no parecen tener cable alguno; al menos, no los veo.

-Los cables van por dentro de los tubos -explicó Hawthorne- y penetran en la tierra hasta uno o dos metros de profundidad. No podrías verlos a menos que los tuvieses a un palmo de tus narices y a plena luz del día, y hasta es posible que ni siquiera así los descubrieras.

-¿Y eso por qué?

-Son como hebras transparentes, algo coloreadas en los extremos, donde van las conexiones. Tenías razón al decir que están conectados en serie.

-¿Cómo las luces de un árbol de Navidad?

-Si, pero con dispositivos de seguridad. Si cortas uno, no por eso habrás averiado la instalación. Los cables están unidos a baterías, colocadas arriba o abajo, que compensan las interrupciones y mantienen el contacto.

-¡Anda, vaya con nuestro técnico! ¿Y para qué sirven?

-Emiten señales cuando los pisas; en ese mecanismo está inspirado tu idolatrado ordenador. Pueden medir la densidad (la masa, si prefieres) para impedir que los pequeños animales terrestres y los pájaros pongan en funcionamiento las alarmas.

-Me impresionas, Tye.

-Ya los colocaban por todas partes cuando tú te dedicabas a los videojuegos.

-¿Y cómo vamos a atravesarlo, eh?

-Arrastrándonos por el suelo panza abajo. No es nada del otro mundo, teniente. En mis tiempos, hará unos cinco o seis años, nosotros, los muchachos buenos, nos juntábamos en Amsterdam con los chicos del KGB, nos pegábamos una buena borrachera, nos contábamos nuestras incursiones pasadas y nos decíamos mutuamente lo imbéciles que habíamos sido.

-¿Tú hacías eso?

-Todos lo hacíamos, Jackson. No lo ensalces demasiado, pero tampoco lo rebajes.

-¿Sabes una cosa, capitán? Realmente me desconciertas.

-Como escribiera alguien en cierta ocasión, toda la vida es un desconcierto, joven amigo... ¡Para, comandante!

Catherine Neilsen levantó la vista de sus mandos.

-Ahí está la cala -señaló Hawthorne-, la misma en la que se reflejaban antes las ondas. La de la muralla.

-¿Entro?

-¡Demonios, no.! Gira hacia occidente y recorre un cuarto de milla, nada más.

-¿Y luego qué?

-Luego tu «cariño» y yo saltaremos del buque... ¡Bájate de ahí, Poole! Hay que revisar las armas y el equipo.

-Estoy a tu entera disposición, capitán; al parecer, sabes muy bien lo que quieres -contestó Poole.

Sonó el teléfono y el agudo timbrazo sacó a Bajaratt de su sueño, haciendo que metiese instintivamente la mano debajo de la almohada para empuñar su pistola automática. Luego, una vez levantada, parpadeando y conteniendo la respiración, se obligó a dominar sus reacciones, lo que en modo alguno al¡vió su desconcierto. ¡Nadie sabía dónde se encontraba..., dónde se encontraban! Para venir desde el aeropuerto, que estaba a tan sólo quince minutos en coche, había cogido tres taxis diferentes; los dos primeros, haciéndose pasar por una mujer madura, que había sido piloto de las fuerzas aéreas israelíes; el tercero, disfrazada de bruja repelente y desarreglada, que apenas farfullaba unas cuantas palabras en inglés. En esa clase de moteles como en el que se encontraban no se pedían referencias, por no hablar de los nombres auténticos. El teléfono empezó a sonar de nuevo; lo descolgó inmediatamente para que no siguiese sonando, mientras miraba a Nicolo tumbado a su lado. El joven estaba profundamente dormido, respiraba uniformemente y su aliento despedía un hedor a vino rancio.

-¿Sí? -preguntó en voz baja por el teléfono, mirando los números anaranjados de la radio con despertador que estaba fijada con tornillos a la mesilla de noche. Eran la una y treinta y cinco de la madrugada.

-Siento molestarla -dijo una agradable voz masculina desde el otro lado de la línea-, pero hemos recibido la orden de asesorarla y dispongo de una información sobre la que quizá le gustaría reflexionar.

-¿Quién es usted?

-Dar nombres no forma parte de las instrucciones que hemos recibido. Baste con decir que nuestra organización siente una gran estima por un anciano que vive en el Caribe.

-¿Cómo me han encontrado?

-Porque sabía a quién y qué tenía que buscar y porque no había muchos lugares en los que usted pudiera estar... Nos vimos no hace mucho en Fort Lauderdale, pero eso no es importante; sin embargo, mi información pudiera serlo. ¡Vamos, señora, no me ponga las cosas difíciles! Estoy corriendo tal riesgo, que cualquiera que lo supiese pensaría que no estoy en mis cabales.

-Disculpe. Francamente, me ha sorprendido...

-No, no la he sorprendido -replicó el hombre de la voz agradable, interrumpiéndola-. Le he pegado un buen susto.

-Muy bien, lo reconozco. ¿Cuál es su información?

-Ha estado usted muy atareada esta tarde; las barracudas de Palm Beach se han pegado el festín de su vida con carnaza y chismorreo, que es seguramente lo que usted deseaba.

-No fue más que una introducción.

-Fue muchísimo más que eso. Se ha ganado para mañana una conferencia de Prensa de padre y muy señor mío.

-¿Qué?

-Como lo oye. Quizás esto no sea Nueva York ni Washington, pero tenemos por aquí algunos periodistas brillantes. Los hay que no han hecho más que empezar, pero hay otros que están de vuelta de todo y que gozan de una buena posición. No fue muy difícil adivinar dónde

se alojaría usted, desde luego no para esa jauría que se lanzará sobre el hotel The Breakers. Pensamos que tenía que saberlo. Puede negarse, por supuesto, pero nos pareció que no le gustaría que la pillasen... por sorpresa.

-Le doy las gracias. ¿Hay algún teléfono en el que pueda localizarle?

-¿Está usted loca?

La comunicación se cortó inmediatamente, siendo sustituida por el habitual zumbido sordo.

Bajaratt colgó el teléfono; saltó de la cama y durante algunos minutos estuvo paseándose de un lado a otro por delante del montón de maletas y cajas de las tiendas de la Worth Avenue. Se trataba de un asunto sin importancia, pensó mientras contemplaba los paquetes y se felicitaba a sí misma por su acertada previsión: había insistido en que arrancasen de las prendas recién compradas todas las etiquetas y las marcas con los precios, lo que le facilitaría la labor de hacer las maletas por la mañana. Aquello no era importante, pero había algo que sí lo era.

-¡Nicolo! -exclamó en voz alta, propinando al joven un par de palmadas en sus pies desnudos, que sobresalían por debajo de las sábanas-. ¡Despierta!

-¿Qué...? ¿Qué ocurre, Cabi? Aún es de noche.

-Pues ya no lo es -respondió la mujer, dirigiéndose a la lámpara de pie que estaba junto al sofá y encendiendo la bombilla.

El joven estibador se incorporó en la cama, bostezando y restregándose los ojos.

-¿Cuánto bebiste anoche? -inquirió la Bajaratt.

-Dos vasos de vino -respondió enfadado el joven-. ¿Es eso un crimen, signora?

-No, pero ¿estudiaste la información de esas páginas tal como te dije que hicieras?

-Por supuesto, ayer por la noche la estuve estudiando durante horas, luego esta mañana en el avión, y en los taxis y antes de ir a esas tiendas tan elegantes. Esta noche estuve leyendo al menos durante una hora; tú ya estabas dormida.

-¿Puedes recordarlo todo?

-Recuerdo todo lo que puedo recordar. ¿Qué más quieres de mí?

-¿En dónde fuiste a la escuela? -preguntó la Baj con dureza, plantándose a los pies de la cama.

-Tuve profesores particulares en nuestra mansión de Ravello, durante diez años -contestó enérgicamente el joven, como por reflejo condicionado, recitando su respuesta como un autómata.

-¿Y después?

-Fui a L'Ecole du Noblesse en Lausana -contestó al instante Nicolo-. Donde me preparé para..., para...

-¡Rápido! ¿Te preparaste para qué?

-¡Para la Université de Geneve, eso es!... Y luego mi padre, ya enfermo y achacoso, me hizo regresar a Ravello para que me hiciese cargo de los negocios familiares... sí, me hizo regresar, por lo de los negocios de la familia.

-¡Sin titubear! Pensarán que les estás mintiendo.

-¿Quiénes?

-¿Y después de que tu padre te hiciese volver?

-Contraté a mis propios profesores particulares... -Nicolo hizo una pausa, cerró los ojos y a continuación las palabras aprendidas de memoria salieron atropelladamente de sus labios-. Durante dos años, para recuperar el tiempo que no había podido estar en la universidad. ¡Cinco horas diarias! Según me dijeron, las notas que obtuve de las *scuolas examinares di Milano* fueron de las más altas.

-De las que también tienes certificados -dijo Bajaratt, asintiendo-. Lo has hecho muy bien, Nicolo.

-Quisiera hacerlo mejor, pero todo es mentira, ¿no le parece, signora? Supongamos que alguien que hable italiano me dirige preguntas que yo no puedo responder. ¿Qué pasará entonces?

-Pues que lo pasaremos por alto. Cambiarás simplemente de tema, cosa que yo haré por ti.

-¿Por qué me has despertado para someterme a todo este interrogatorio?

-Porque era necesario. Tú ni te has enterado, porque el vino te dejó sordo, pero acabo de recibir una llamada telefónica. Mañana, cuando lleguemos al hotel, nos estarán esperando un montón de periodistas que quieren entrevistarte.

-¡No me hagas reír, Cabi! ¿Quién iba a querer entrevistar a un mozo de cuerda de los muelles de Portici? Esa gente no quiere entrevistarme a mí, quiere entrevistar al barone-cadetto di Ravello, ¿no es así?

-Escúchame, Nico -dijo Bajaratt, que, al advertir en el joven el tono de voz que tanto la preocupaba, se sentó junto a él al borde de la cama-. No te lo he dicho aún, pero es posible que seas realmente ese barone-cadetto. La familia ha visto fotografías tuyas y se han enterado de tu sincera aspiración a convertirte en un hombre culto, en un distinguido *gentiluomo* italiano. Están dispuestos a recibirte como al hijo que nunca tuvieron.

-Una vez más me está diciendo locuras, signora. ¿Qué miembro de la nobleza va a desear ver mezclada su sangre con la que corre por los muelles?

-Pues esa familia lo desea, porque sin alguien como tú no tendrías ningún heredero. Esa gente confía en mí. Y tú has de confiar en mí y cambiar tu miserable vida por otra mucho mejor, mucho más rica.

-Pero hasta que llegue ese momento, si es que llega alguna vez, eres tú quien quiere que yo sea un barone-cadetto, ¿no es cierto?

-Si., por supuesto.

-El asunto es muy importante para ti, por razones sobre las que no puedo hacer preguntas.

-Teniendo en cuenta todo lo que he hecho hasta ahora por ti, incluyendo el salvarte la vida, creo yo que me merezco ese respeto.

-¡Oh, sí, claro que te lo mereces, Cabi! Y yo me merezco un reconocimiento por todas las horas que me he pasado empollando en beneficio tuyo, no mío.

Nicolo alzó los brazos, le puso las manos sobre los hombros y la empujó suavemente, hasta dejarla tendida en la cama. Bajaratt no ofreció resistencia al joven adolescente.

CAPÍTULO X

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando Hawthorne y Poole, vestidos con sus negros trajes impermeables, trepaban a gatas por las afiladas rocas que habían elegido como punto de entrada a la isla que no aparecía en ningún mapa, la tercera del atolón volcánico.

-Sigue arrastrándote boca abajo -dijo Tyrell por la radio-. Avanza pegado al suelo como si formases parte de la tierra, ¿me has entendido?

-Demonios, sí, no te preocupes por eso -respondió el otro entre susurros.

-Una vez que hayamos pasado los primeros detectores, mantente pegado a tierra durante otros quince o veinte metros ¿de acuerdo? Los detectores de pasos irán disminuyendo en diversas alturas a lo largo de unos nueve metros, ya que se supone que los seres humanos se

pondrán de pie una vez que hayan alcanzado la costa, cosa que no pueden hacer las serpientes y los conejos, ¿me estás entendiendo?

-¿Es que hay serpientes por aquí?

-No, no hay serpientes por aquí; estoy tratando de explicarte simplemente cómo funciona ese sistema -dijo Tye en tono cortante-. Manténte pegado a tierra hasta que yo me incorpore.

-Haré lo que tú digas -asintió Poole.

Sesenta y ocho segundos después alcanzaron una de esas extensiones planas de tierra, cubiertas de hierbajos calcinados por el sol, tan comunes en esas islas, un árido descampado incapaz de nutrir a las palmeras o a los vistosos árboles.

-Ahora -dijo Hawthorne, poniéndose de pie-. Estamos a salvo.

Avanzaron rápidamente por aquella tierra baldía y se detuvieron de repente al escuchar a lo lejos unos ruidos extraños y apagados, sonidos de animales, agudos y esporádicos. -Perros -susurró Tyrell por la radio-. Nos han olfateado.

-¡Oh, Dios mío!

-Se debe al viento, sopla por el noroeste.

-¿Y qué significa eso?

-Significa que correremos como demonios hacia el sudeste. ¡Sígueme!

Hawthorne y Poole echaron a correr hacia su izquierda, en diagonal con respecto a la costa, y se metieron en un bosquecillo de palmeras del género Ravenala. Cuando se encontraban jadeantes, uno junto al otro, bajo la protección del exuberante follaje, dijo Tyrell:

-Todo esto no tiene sentido.

-¿Por qué? Los perros han dejado de ladrar.

-El viento ya no les lleva nuestro olor, pero no era a eso a lo que me refería -replicó Tyrell, mirando a su alrededor y escudriñando hasta el mínimo rincón-. Esas palmeras son el llamado árbol del viajero, crecen en forma de abanico, como el que utilizarías para refrescarte el rostro.

-¿Y?

-Son las primeras en quebrarse cuando soplan fuertes vientos; fijate, unas pocas se han partidos en dos a causa de las tormentas, pero un montón de ellas permanecen intactas.

-¿Y?

-Esto era lo que veíamos desde el submarino, justo enfrente de la ensenada. Pero todo tendría que estar nivelado, arrancado, extirpado a ras del suelo.

-No sé de qué me estás hablando. Algunos árboles logran sobrevivir, otros no. ¿Y qué?

-Estos se encuentran en un terreno muy elevado, la ensenada está abajo.

-Caprichos de la naturaleza -explicó Poole-. Cada vez que nos pillaba un temporal en Lake Pontchartrain, ocurrían toda clase de cosas sin sentido. En cierta ocasión fue arrancado todo un costado de nuestra residencia veraniega, y sin embargo, la caseta del perro, frágil como ella sola y que estaba para colmo enfrente de la casa, quedó incólume. Uno no se puede fiar de la naturaleza.

-Quizá sí, quizá no. ¡Andando!

Avanzaron entre los árboles en forma de grandes abanicos hasta llegar a un pequeño promontorio desde el que se divisaba la ensenada. Tyrell se sacó de una funda que llevaba al cinto unos prismáticos de visión nocturna y se los llevó a los ojos.

-Ven aquí, Jackson. Mira a través de estos árboles, justo enfrente de ti, cerca de la cima de la colina que se alza allí, y dime lo que estás viendo.

Tyrell entregó los primáticos a Poole y se quedó contemplándolo mientras que éste escudriñaba el terreno por encima de la ensenada.

-¡Eh, esto es de lo más extraño, Tye! -dijo el joven oficial de las fuerzas aéreas-. A través de los árboles se perciben unos rayos de luz borrosos, pero no se distingue su procedencia.

-Son barreras contra huracanes, pintadas de un verde oscuro para disimularlas. Nadie ha inventado hasta ahora el mecanismo perfecto para contener los huracanes; nadie ha podido fabricar las placas que encajen perfectamente, en todo momento, en cada pulgada. Tus instrumentos detectores estaban en lo cierto, teniente. Allí tiene que haber una casona como un castillo, y dentro se encontrará alguien muy importante en toda esta locura, quizá la misma perra.

-¿Sabes una cosa, capitán? ¿No crees que ha llegado el momento de que nos expliques a la comandante y a mi todo este maldito asunto? Nos enteramos de detallitos, de menudencias, pero no tenemos una visión de conjunto. Oímos decir cosas como «esa perra» y «terroristas» y «desaparecieron documentos secretos» y «catástrofe internacional» y para colmo se nos ha ordenado que no hagamos ninguna clase de preguntas. Pues bien, Cathy no te dirá nada, porque ella es la comandante Neilsen que cumple las ordenanzas; y al igual que yo, hace lo que está haciendo por Charlie; pero, aparte de eso que tenemos en común, yo me distancio de ella. A m¡ me resbala eso de las órdenes, sobre todo cuando pueden hacer saltar por los aires mi preciado cuerpo. ¡Quiero saber el porqué!

-¡Santo cielo, teniente!, no sabía que tuvieses un vocabulario tan rico.

-Soy un talentudo hijo de puta, capitán, y es probable que mi repertorio de palabrotas exceda con mucho al tuyo... ¿Qué cojones significa todo esto?

-Para remate, se me insubordina, teniente. Está bien, Poole, te lo diré. Gira en torno al posible asesinato del presidente de Estados Unidos.

-¿Qué...?

-Y nuestro terrorista es una mujer que está en condiciones de perpetrarlo.

-¿Acaso te has vuelto loco? ¡Todo eso es completamente absurdo!

-Absurdo también fue lo ocurrido en Dallas y en el teatro de Ford City... Hemos interceptado una comunicación del valle de la Bekaa y nos hemos enterado de que si ese asesinato tiene lugar, habrá otros tres objetivos: el primer ministro de Gran Bretaña, el presidente de Francia y el jefe de gobierno del Estado de Israel. Y todos esos asesinatos se sucederán rápidamente. La señal será la muerte de nuestro presidente.

-¡Eso no ocurrirá nunca!

-Ya has visto lo que ocurrió en San Martín, lo que le ocurrió a Charlie y lo que pasó con vuestro avión, pese a las medidas de máxima seguridad que rodean a una de nuestras armas más secretas. Lo que no sabes es que una brigada de agentes secretos del FBI fue masacrada en Miami mientras esos hombres hacían una labor de vigilancia relacionada con esta operación; tampoco sabes que estuvieron a punto de asesinarme en Saba, cuando andaba tras las huellas de algo que nada tiene que ver con todo esto, y lo intentaron porque se habían enterado de que me habían reclutado. Sabemos que hay filtraciones en París v en Washington; Londres sigue siendo un enigma. Por decírtelo con las palabras de un gran amigo mío, del que me repugna confesar que es un fantástico agente secreto al sevicio del MI-6, esa mujer y sus acólitos disponen de medios con los que ni siquiera se nos hubiese ocurrido soñar. ¿Responde esto a tu pregunta, teniente Poole?

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la comandante Catherine Neilsen, cuya áspera voz se escuchó por la radio de Poole.

-Si -dijo el teniente, mirándose la funda en la que llevaba la radio-. La tenía encendida, espero que no te importe. Así te evitas la molestia de tener que repetir todo eso.

-¡Podría hacer que os degradasen a soldados rasos por lo que habéis hecho! -exclamó Hawthorne, sin poder contener su furia-. ¿Se te ha ocurrido pensar que quienquiera que viva en esa casa puede tener un escáner de frecuencias?

-He de corregirte -dijo la voz de Neilsen por la radio-. Estamos utilizando una frecuencia militar, indetectable en un radio de mil metros. No nos puede ocurrir nada... ¡Gracias, Jackson!, creo que ahora podemos seguir adelante. ¡Y gracias a ti, capitán Hawthorne! La tropa necesita a veces alguna clave, estoy segura de que lo entenderás.

-¡Entiendo que los dos sois imposibles! Mi tolerancia ha llegado a su límite.., ¿Dónde te encuentras, Cathy?

-A unos ciento veinte metros al oeste de la ensenada. Supuse que volveríais allí.

-Entra en la ensenada, pero manténte sumergida al menos a unos doce metros de la costa. No conocemos el alcance de los detectores de pasos.

-De acuerdo. Corto.

-Corto -dijo Poole, metiéndose la mano en la funda y apagando la radio.

-Eso ha sido un truco sucio, Jackson.

-Claro que lo ha sido, pero date cuenta de lo mucho que hemos adelantado. Antes nos movía Charlie, ahora nos mueven muchas más cosas.

-Y no te olvides de Mancini, de tu compañero Sal, al que sustituiste. Te hubiese hecho volar por los aires sin pensárselo dos veces.

-No quiero pensar en él. Es superior a mis fuerzas.

-Pues no pienses entonces -replicó Tvrell, señalando hacia la ensenada-. ¡Vamos!

Las dos figuras vestidas de negro se vistieron como errantes siluetas, zigzagueando por la pendiente que bajaba hasta la ensenada.

-¡De bruces! -susurró Hawthorne por la radio cuando alcanzaron la playa-. Nos arrastraremos hasta aquella fila de arbustos bien podados. Si no me equivoco, se trata de una muralla.

-¡Bien, seré una zarigüeya roedora! -exclamó Poole cuando treparon por el escarpado terraplén poblado de parras y trató de meter la mano entre el follaje-. Es un muro, de puro hormigón armado.

-Y con más puntales de acero que la pista de un aeropuerto-añadió Tyrell-. Esto ha sido construido para resistir las bombas y no solamente contra los tifones pequeños o los simples huracanes. ¡Sigue cuerpo a tierral... Vamos, tengo la impresión de que nos encontraremos con unas cuantas sorpresas más.

Y así fue efectivamente. La primera fue una capa de turba verde que cubría una hilera ascendente de escalones de piedra que conducían a un hueco en la colina, exactamente debajo de la cima.

-Esto jamás lo hubiésemos descubierto desde el aire -dijo el teniente.

-De eso precisamente se trataba, Jackson. Quienquiera que viva aquí no se extiende una alfombra roja, sino que baja rodando por una verde.

-Ha de ser un tipo muy reservado.

-Diría que tienes razón. Manténte a tu izquierda y arrástrate como una serpiente.

Arrastrándose sobre el vientre, los dos hombres treparon por los escalones, lentamente, en silencio, hasta que llegaron a un rellano en la escalera de piedra, tras el que se veía una abertura que parecía conducir a lo que se divisaba como la silueta de una estructura que se alzaba al fondo, cubierta de palmeras. Hawthorne levantó la alfombra verde y quedó al descubierto un sendero de losas de piedra.

¡Dios mío!, resulta tan simple -susurró a Poole-. Se puede hacer lo mismo con cualquier casa en el campo o en la playa y jamás podrá ser detectada desde el aire o desde el mar.

-Claro que se puede -asintió el oficial de las fuerzas aéreas, impresionado-. Poner esa capa de césped está tirado, pero en lo que respecta a esas palmeras, hay una grandísima diferencia.

-¿Por qué?

-Son imitaciones.

-¿Estás seguro?

-No eres un chico de pueblo, capitán, al menos no de los campos de Luisiana. Las palmeras sudan durante las primeras horas de la mañana; es el cambio de temperatura lo que las mantiene con vida. Fíjate, no hay ni el menor indicio de humedad en esas enormes hojas. Están muertas, son como las flores artificiales de algodón; y también son demasiado grandes para los troncos, que estarán hechos probablemente de plástico.

-Lo que significa que forman parte de los dispositivos mecanizados de ocultamiento.

-Probablemente informatizados, lo que es fácil de hacer si estableces un código de acceso para tu radar y para tu maquinaria.

-¿Eh?

-Vamos, Tye, es muy simple. Es lo mismo que esas puertas de garaje que se abren cuando la luz de los faros inciden sobre el receptor, sólo que aquí es exactamente al revés. Los sensores que apuntan al cielo y al mar registran lo inusitado y el mecanismo se pone en marcha. Los instrumentos cierran el chiringuito.

-¿Así de fácil?

-Seguro. Un avión o una embarcación que se acerquen demasiado, digamos a una altura de novecientos a mil quinientos metros o a varias millas de distancia de la costa, serán detectados por los sensores, que enviarán su información a un ordenador, con lo que las máquinas serán activadas, como las puertas de un garaje cuando se cierran accionadas por control remoto. Podría haber diseñado un sistema como ése por unos pocos miles de dólares, pero el Pentágono no quiso ni oír hablar de mis cifras.

-Podrías haber causado la bancarrota de la economía -susurró Hawthorne.

-Eso es lo que dice papá, pero mi hermana menor está de acuerdo conmigo.

-La juventud debería heredar la tierra con todos sus teclados.

-¿Qué hacemos ahora? ¿Meternos entre esas grandes ramas de algodón y anunciarnos?

-No, no vamos a hacer eso, vamos a arrastrarnos en silencio, rodeando esas hojas gigantescas de algodón y haremos todo lo posible por no anunciar nuestra llegada.

-¿Qué andamos buscando?

-Lo que podamos ver.

-¿Qué?

-Depende de lo que veamos.

-Vas cargado de todo tipo de planes.

-Hay cosas que no se pueden meter en un ordenador, joven. ¡Vamos!

Se arrastraron silenciosamente por la dura y puntiaguda hierba del género Zoysia, la favorita en las regiones del Caribe para cubrir de césped los jardines, y se deslizaron entre las falsas palmeras desgarradas, aprovechando para echar un vistazo dentro del mecanismo y tocar el «tronco» de la primera «palmera» que inspeccionaban. Bajo el resplandor de la luna, Poole hizo un gesto con la cabeza, indicando que se veía confirmada su conjetura de que aquello no era más que un grueso tubo de plástico moteado, indistinguible a simple vista de su modelo real, pero que se prestaba admirablemente para introducir en su interior los mecanismos. Hawthorne señaló hacia un hueco en el follaje, indicando al teniente que lo siguiera.

En fila india, se arrastraron por el túnel de tejido artificial hasta un punto situado por debajo de una rendija entre dos listones arrancados por la que se filtraba la luz. Ambos se incorporaron en silencio y miraron al interior; no advirtieron movimiento alguno, por lo que

Tyrell, para poder ver mejor, separó un par de centímetros más uno de los listones de la contraventana. Lo que presenciaron los dejó atónitos.

El interior de la casa parecía la mansión residencial de un dux del Renacimiento, con altos y enormes techos abovedados y arcos bajo los que se pasaba de un aposento a otro; por doquier mármoles con incrustaciones de oro y todas las blancas paredes cubiertas de tapices, de esos que suelen ser legados o prestados a los museos. En su campo visual apareció la figura de un hombre: un anciano en una silla de ruedas eléctrica. Atravesaba los umbrales bajo los arcos, yendo de un salón a otro. Desapareció de su vista, pero lo seguía un gigante de pelo rubio vestido con una guayabera, cuyo tejido parecía reventar bajo la presión de su musculosa espalda. Hawthorne tocó a Poole en el hombro, señalándole el costado de la casa, y con ese gesto volvía a indicar al oficial de las fuerzas aéreas que lo siguiera. El teniente obedeció y ambos hombres se deslizaron en silencio, apartando las enormes palmeras de algodón a medida que avanzaban, hasta que Tyrell llego a un punto hasta el cual, según sus cálculos, tendría que encontrarse la parte de la mansión a la que había ido el anciano con su silla de ruedas. En esa extensión del muro las barreras contra los huracanes no dejaban pasar ninguna luz entre sus junturas, por lo que Haywthorne, tras coger a Poole del brazo y apartarlo a un lado, arrancó una tabla situada a la altura de sus ojos.

Dentro se veía lo inconcebible, una fantasía creada por un maniático del juego. Era un casino en miniatura, diseñado para un emperador, un emperador atormentado por el insomnio.

Había máquinas tragaperras, una mesa de billar, una mesa muy baja y curvada para jugar a las cartas y también una ruleta, todo colocado a la altura de la cintura de alguien que vaya en silla de ruedas, y las superficies estaban cubiertas de montones de billetes de banco, distribuidos por los bordes. Quienquiera que pudiese ser ese hombre, cuando apostaba, lo hacía contra y a favor de la banca. No podía perder jamás.

El guardaespaldas rubio -un personaje así no podía tener otro oficio- bostezaba mientras el anciano introducía monedas en una máquina tragaperras y se reía o hacía muecas de disgusto según los resultados obtenidos por su amo. Luego apareció su segundo hombre, empujando un carrito con comida y una jarra de vino tinto, que colocó junto al inválido. El tullido anciano frunció el ceño y gritó al segundo de sus guardias, que hacía también las veces de cocinero, quien se apresuró a retirar un plato que al parecer tenía que ser sustituido inmediatamente.

-¡Vamos! -susurré Tyrell-. No tendremos una ocasión mejor. ¡Hemos de encontrar una entrada mientras ese otro gorila esté ausente!

-¿Dónde?

-¿Cómo voy a saberlo? ¡Vamos!

-¡Espera un momento! -susurró Poole-. Sé cómo son los cristales de esa ventana. Están hechas de dos placas de vidrio separadas por un vacío, y una vez que ese vacío se ha llenado de aire, pueden romperse fácilmente de un buen codazo.

-¿Y cómo hacemos eso?

-Nuestras armas tienen silenciador, ¿no?

-Si.

-Y cuando se gana en una máquina tragaperras, empiezan a sonar un montón de campanitas, ¿no es así?

-No sé mucho de esas máquinas, pero he jugado algunas veces con ellas en Puerto Rico. De nuevo he de decirte que sí.

-Esperaremos hasta que gane un premio gordo, luego abriremos dos huecos en cada lado y romperemos esos malditos cristales.

-Teniente, pese a todo, es posible que seas un genio.

-Eso es justamente lo que he estado tratando de decirte, pero tú no me hacías caso.

Los dos hombres abrieron sus pistoleras de cierre de Velcro y desenfundaron las armas.

-¡Ya le ha tocado, Tye! -gritó Poole cuando el anciano se puso a agitar los brazos frente a las luces deslumbrantes de la reluciente y parpadeante máquina tragaperras-. Tú disparas contra la esquina inferior que tienes a tu derecha y yo contra la inferior izquierda. Damos a los cristales dos segundos de tiempo para que se empañen y luego los partimos. En realidad, con ese cojín de aire como amortiguador, tienen que hacer menos ruido que una ventana normal.

-Lo que usted diga, mi general.

Ambos dispararon sus armas y arrancaron las tablas exteriores mientras el aire penetraba entre los cristales, empañándolos, luego irrumpieron en el aposento a través de los cristales de la ventana mientras la máquina tragaperras seguía vomitando monedas, encendiendo y apagando luces y el clamor de sus campanillas se extendía por la sala y era repetido por el eco de las paredes de mármol. Entre un montón de cristales rotos se pusieron de cuclillas en el suelo, mientras que el asombrarlo guardaespaldas giraba sobre sus talones y se llevaba la mano a la cintura.

-¡Ni lo intentes! -dijo Hawthorne con un susurro estridente, mientras se extinguía lentamente el ruido de la ensordecedora máquina tragaperras-. Si alguno de vosotros alza la voz, será el ultimo sonido que emita en su vida. Creedme, no me gustáis realmente.

-!*Impossibile!* -chilló el anciano en su silla de ruedas, conmocionado por la presencia de aquellos dos invasores vestidos con trajes impermeables negros.

-¡Oh!, ya lo creo que es posible -dijo Poole, poniéndose de pie mientras apuntaba con su arma al inválido-. Hablo un poco de italiano, gracias a un tipejo del que pensé que era mi amigo, pero si tú y él habéis matado a Charlie, te juro que no vas a volver a necesitar más esa silla de ruedas.

-¡Deténte! -le interrumpió Tyrell-. Lo queremos vivo, no muerto. Serénate, teniente, es una orden.

-Una orden muy difícil de obedecer, capitan.

-Cúbreme -dijo Hawthorne, acercándose al guardaespaldas rubio, levantándole un faldón de la guayabera y quitándole el revólver que llevaba al cinto-. Ponte a un lado de esa arcada, Jackson, y pégate a la pared -prosiguió Tyrell, sin perder de vista al ahora furioso y agitado guardaespaldas-. Si estás pensando lo que imagino que andarás pensando -dijo entre dientes al hombre-, quítatelo de la cabeza. He dicho que quería vivo a ese matusalén, pero es posible que contigo no tenga la misma consideración. Métete entre esas dos máquinas tragaperras, inmediatamente. Y no se te ocurra pensar que puedes arriesgarte a saltar sobre mí. Los pistoleros no me interesan; no son insustituibles. ¡Muévete!

El gigantesco guardaespaldas logró encajar a duras penas su cuerpo entre dos máquinas de baja altura, mientras el sudor le corría por la frente y sus ojos echaban fuego.

-No saldréis vivos de aquí -murmuró en un inglés chapurreado.

-¿No te creerás lo que dices? -le espetó Tyrell.

Hawthorne se dirigió rápidamente hacia la máquina tragaperras que tenía más próxima, se apoyó en un costado, se pasó el arma a su mano izquierda y se sacó la radio de su funda. Encendió el transmisor, se llevó el micrófono a los labios y habló serenamente.

-¿Me puedes oír, comandante?

-No me pierdo ni una sílaba, capitán.

Aquella voz femenina que salió por el altavoz miniaturizado desconcertó al guardaespaldas y enfureció durante unos instantes al desvalido anciano en la silla de ruedas, cuyo cuerpo empezó a temblar de repente, sacudido por la rabia y el miedo. A continuación se disipó su furia con la misma rapidez con que había aparecido. Serenándose, se quedó contemplando a Hawthorne con el rostro contraído por una mueca burlona; fue la sonrisa más malévola que Tyrell había visto jamás; aquel gesto transfiguró al anciano durante unos momentos.

-¿Dónde te encuentras? -preguntó Neilsen por la radio.

-Hemos irrumpido en una casa -contestó Hawthorne, apartando la vista de aquel rostro desconcertante que le miraba desde abajo como si fuera la misma encarnación del mal-. Nos encontramos dentro de la prima hermana de la Villa Adriana. Hemos reducido a dos de sus inquilinos y estamos esperando al tercero. Quién más hay aquí, si es que hay alguien más, es algo que no sabemos.

-¿Debo llamar al torpedero británico para comunicarles vuestro hallazgo?

Al escuchar aquellas palabras, el anciano se inclinó hacia delante en su silla de ruedas, aferró uno de los mandos que tenía en uno de los brazos almohadilados de la silla y sintió cómo retornaba su furia. Poole lo detuvo de un puntapié; el anciano dejó caer la mano y se agarró a un radio de la rueda.

-¿No queda fuera del alcance de tu frecuencia militar?

-Así es.

-Pues espera entonces hasta que Jackson haya analizado los equipos que puedan tener aquí. No me gustaría que cierta gente nos interceptase desde el éter... Pero si por cualquier circunstancia nos quedásemos fuera de contacto, haz rápidamente esa llamada.

-Mantén tu radio encendida.

-Lo intentaré. Protestara dentro de su funda, pero escucharás lo suficiente.

En ese momento se oyó un ruido de pisadas. Desde fuera del salón llegaban los sonidos que producían unos tacones sobre el mármol.

-Me retiro, comandante -susurró Tye.

Hawthorne metió la radio en su funda, blandió el arma y apuntó a la cabeza del gigante rubio, agazapado a un metro de distancia junto a la máquina tragaperras más próxima.

-¡Deténte! -gritó el viejo italiano, impulsando de repente su silla de ruedas hacia la arcada.

Y mientras el anciano intentaba su fuga, el guardaespaldas rubio lanzó el enorme peso de su cuerpo contra la máquina tragaperras que tenía a su izquierda, arrojándola con tal fuerza contra Tvrell, que éste vino a dar con sus huesos sobre el suelo de mármol, viéndose en un instante con máquina y hombre encima de su cuerpo, el brazo derecho inmovilizado y el arma inservible. Simultáneamente se oyó el estrépito que originaban los platos de porcelana al romperse contra el suelo bajo la arcada. Y cuando los dedos del gigante se hundieron en la carne de la garganta de Tyrell, cortándole completamente la respiración, una bala silenciosa pasó por encima de Hawthorne y se hundió en la cabeza del guardaespaldas, levantándole la tapa de los sesos. El hombre se desplomó a un lado, mientras Tye liberaba el brazo que tenía aprisionado bajo la maciza, destellante y silenciosa máquina tragaperras y se levantaba de un salto, justo a tiempo para presenciar cómo Andrew Jackson Poole V reducía al tercer hombre con una serie de golpes demoledores, propinados con los pies y los cantos de las manos, que hicieron tambalear al segundo de los guardaespaldas hasta perder el equilibrio y caer inconsciente al suelo. El teniente lo levantó a pulso y arrojó el inerte cuerpo del hombre contra la frágil espalda del inválido, deteniendo al patriarca en medio de su huida.

-¿Hawthorne?... ¿Jackson? -gritó la voz de Catherine Neilsen desde la radio guardada en su funda-. ¿Qué ocurre? ¡Oigo un montón de ruidos!

-¡Espera! -gritó Tyrell jadeante, al tiempo que se dirigía hacia la inservible máquina tragaperras, se agachaba y la desconectaba del enchufe de la pared.

Cesaron en un instante los enervantes destellos; la calma que siguió tenía algo de siniestro. El anciano se revolvía bajo el peso del cuerpo inconsciente de su guardaespaldas, hasta que Poole se lo quitó de encima, dejándolo caer contra el suelo; el cráneo del hombre produjo un ruido sordo al estrellarse contra el mármol.

Librodot

-Hemos recuperado el control de la situación -prosiguió Hawthorne, hablando por la radio-. Y he de insistir una vez más en que solicito que sea ascendido al menos a general un teniente de menos de treinta años llamado Andrew Jackson Poole. ¡Dios, me ha salvado la vida!

-Suele hacer pequeños favores. ¿Y ahora qué?

-Inspeccionaremos la casa y luego los equipos. ¡No cortes!

Tye y Jackson amordazaron v maniataron fuertemente al guardaespaldas y al viejo italiano, de pies y manos, ambos en sus respectivas sillas, que luego ataron a la volcada máquina tragaperras con cuerdas que encontraron en un armario de la cocina, tras lo cual se dedicaron a registrar la casa y a inspeccionar la finca. Se arrastraron por la tierra, manteniéndose a cierta distancia de las cercadas perreras, que se encontraban a poco menos de unos cuarenta metros de la mansión principal, hasta que divisaron una pequeña barraca, completamente pintada de verde y rodeada de enormes palmeras, de la que salía una débil e intermitente luz por un ventanuco. Se acercaron sigilosamente y se asomaron al resguardado cristal; dentro había un hombre sentado en un sillón reclinable; estaba completa-mente rodeado de plantas con flores, miraba fijamente la pantalla de un televisor y daba puñetazos al aire mientras veía un programa de dibujos animados.

-Ese tipo parece estar como una cabra -susurró Poole.

-Lo está, desde luego -replicó Hawthorne-, pero no deja de ser un cuerpo más con capacidad para recibir una orden cuyo cumplimiento podría no ser de nuestro agrado.

-¿Qué quieres hacer?

-La puerta está al otro lado. Entraremos por la fuerza, lo reduciremos y tú te encargarás de aplicarle uno de esos trucos tuyos que le deje fuera de combate durante algunas horas para que no pueda inmiscuirse en nuestros asuntos.

-Un simple golpe seco en la médula espinal -dijo el teniente.

-Bien... ¡Quieto! Ha oído algo; ahora se dirige hacia una caja roja que está sobre una mesa al otro lado de la habitación. ¡Vamos!

Las dos figuras vestidas de negro corrieron alrededor de la choza camuflada, irrumpieron por la puerta y se enfrentaron a un hombrecillo desconcertado, que no hizo más que sonreírles mientras desconectaba el estridente aparato que tenía sobre una mesa.

-Esa es mi señal para soltar a los perros -explicó en tono indeciso-. Esa es siempre la señal -añadió, extendiendo el brazo hacia la palanca colocada en la pared-. Tengo que hacerlo inmediatamente.

-¡No! -vociferó Hawthorne-. ¡Esa señal era equivocada!

-¡Oh!, jamás es equivocada -replicó distraídamente el jardinero-. Jamás, jamás es equivocada.

El hombrecillo accionó la palanca. A los pocos instantes se oyeron los rabiosos y ensordecedores ladridos de los perros de presa que pasaban a todo correr por delante de la choza en dirección a la mansión principal.

-Ahí van -dijo, sonriéndose, el retrasado mental-. Esos son mis buenos chicos.

-¿Cómo recibe esa señal? -inquirió Tyrell-. ¿Cómo?

-Está en la silla del padrone. Hemos practicado muchísimo, pero ya lo ve, el padrone quiere que salgan ahora y entonces da la señal, cuando está tomando su vino y su mano aprieta el botón. La escuché hace algunos minutos, pero se paró en seguida, así que pensé que el gran padrone se había equivocado y que su guardaespaldas lo había corregido. Pero no ahora, no por segunda vez. Ahora va en serio, y yo he de salir y estar con mis amigos. Eso es muy importante.

-A este hombre le falta un tornillo -dijo Poole.

Librodot

-Es posible que le falten unos cuantos, teniente, pero tenemos que regresar a la casa... ¡Las bengalas!

-¿Qué?

-Aparte del olor, los perros se lanzan tras la luz..., tras las explosiones de luz. Saca dos bengalas, métete una bajo el traje impermeable y restriégatela bien contra el sobaco. Restriégatela a conciencia y confía en que nos ayude el hecho de que no te hayas bañado en dos o tres días.

-Esto es de lo más embarazoso -dijo Poole, haciendo lo que se le ordenaba.

-¡Hazlo!

-¡Lo estoy haciendo!

-Enciende la otra bengala y arrójala por la puerta hacia tu izquierda lo más lejos que puedas. Luego tira la otra, apagada.

-¡Ahí van!

A los pocos instantes los perros pasaron corriendo por delante de la choza tras las bengalas voladoras en pos de la súbita luz. Los ladridos se hicieron frenéticos cuando los perros se amontonaron alrededor del chisporroteante tubo, percibiendo el olor humano en la bengala apagada y volvieron a la encendida para acosarla a rnordiscos, rabiosos de frustración.

-Escúcheme bien, señor -dijo Hawthorne, volviéndose hacia el retrasado mental que estaba al cuidado de los perros-. Todo esto no es más que un juego... ¿No es cierto que al padrone le gustan mucho los juegos?

-¡Oh, sí, sí, ya lo creo que le gustan! A veces se pasa toda la noche jugando en su salón.

-Pues bien, esto es un nuevo juego todos nos vamos a divertir. Puede seguir viendo la televisión.

-¡Oh, gracias! Se lo agradezco muchísimo.

El hombrecillo se acomodó en su sillón y se echó a reir al ver de nuevo en la pantalla los dibujos animados.

-¡Gracias, Tye! No me entusiasma la idea de maltratar a ancianos como ése...

Haciendo un gesto de impaciencia con la cabeza, Tyrell indicó al teniente que lo siguiera. Los dos hombres corrieron de vuelta a la mansión, entraron y se encararon con el tullido anciano en su silla de ruedas, junto al cuerpo inconsciente de su guardaespaldas.

-¡Muy bien, hijo de puta! -gritó Tyrell--. Ahora quiero saber todo lo que tu sabes.

-No sé nada --replicó en tono áspero el viejo italiano, recobrando su sonrisita malévola-. Puedes matarme, que no te enterarás de nada.

-Puede que te equivoques, padrone... Porque tú eres el padrone, ¿no es así? Al menos así es como te ha llamado el pobre idiota que habita la choza. ¿Qué le hiciste, le mandaste practicar una lobotomía?

-Dios le hizo el criado perfecto y no yo.

-Tengo la impresión de que en tu vocabulario, tú y Dios mantenéis unos lazos muy íntimos de consanguinidad.

-¡Eso es una blasfemia, capitán...!

-¿Capitán?

-Al menos así es como te han llamado tu compañero y la mujer con la que hablabas por la radio, ¿no es así?

Hawthorne se quedó mirando fijamente al satánico inválido. ¿Por qué tendría la impresión de que ese hombre lo conocía?

-Teniente, inspecciona la habitación en la que están todos esos equipos electrónicos de los que tanto entiendes. Se encuentra por allí, junto a...

-Sé perfectamente dónde se encuentra -lo interrumpió Poole-. Me muero de ganas por meter mano al contenido de la memoria. ¡Eso es lo más importante!

El oficial de las fuerzas aéreas se dirigió rápidamente hacia el despacho del padrone.

-Quizá debería decirte -dijo Hawthorne, plantándose frente al anciano- que mi compañero es el arma secreta de nuestro gobierno. No hay ordenador que no pueda descifrar. El fue quien te encontró, quien dio con este lugar. A partir de una señal emitida desde el Mediterráneo y retransmitida por un satélite japonés.

-¡No encontrarás nada..., nada!

-En ese caso, ¿a cuento de qué advierto un tono de duda en tu voz?... ¡Anda!, creo saberlo. No estás seguro y eso te hiela la sangre en las venas.

-Nuestra conversación es completamente inútil.

-No lo es, en realidad -replicó Tyrell, sacándose el arma de la pistolera de cierre de Velcro-. Quiero que sepas exactamente cuál es tu posición. Y lo que voy a decirte ahora es de suma utilidad. ¿Qué hay que hacer para que los perros vuelvan a las perreras?

-No tengo ni idea...

Hawthorne apretó el gatillo del disparador electrónico y la bala pasó rozando el lóbulo de la oreja derecha del padrone; la sangre empezó a chorrearle por la nuca.

-¡Puedes matarme, que no te enterarás de nada! -vociferó el anciano.

-Pero si no te mato, tampoco me habré enterado de nada, ¿no es así?

Tyrell disparó de nuevo, hiriendo esta vez al padrone en la mejilla izquierda. La sangre se extendió por su rostro y le cayó por el cuello.

-Te daré una oportunidad más -dijo Hawthorne-. He practicado mucho esto durante mis años en Europa... Si se puede soltar los perros de sus jaulas con una señal de mando, también se los puede hacer volver con una segunda señal. ¡Hazlo o con la próxima bala te atravesaré el ojo izquierdo!

Sin decir una palabra, el inválido movió su brazo derecho, que tenía atado, estirándolo tenazmente con dificultad, y con sus dedos temblorosos se puso a manipular el brazo de la silla de ruedas en el que tenía un panel de mandos con cinco botones dispuestos en semicírculo. Apretó el quinto. En ese mismo instante se oyó un coro de furiosos ladridos, seguido de un estrépito de carreras; luego los sonidos se fueron haciendo cada vez más lejanos hasta que se impuso el silencio.

-Ya están de vuelta en sus jaulas -dijo el padrone, con la mirada furiosa y el desprecio plasmado en su voz-. Las puertas se cierran automáticamente.

-¿Para qué sirven los otros botones?

-Ahora ya no te importan. Los tres primeros son para mi criada y mis dos ayudantes. La criada ya hace tiempo que no está entre nosotros y tú has asesinado a mi ayudante principal. Los otros dos son para los perros.

-¡Estás mintiendo! Una de esas señales le llegó a ese pobre loco que vive en la choza. El soltó los perros.

-El hombre recibe la señal allí donde se encuentre, y si hay invitados o personal nuevo en la isla, tiene que acompañar a los perros, pues es el único que puede controlarlos. Ocurre con frecuencia que las personas de escasa inteligencia se entienden con los animales mucho mejor que nosotros, los de más inteligencia. Creo que es un asunto de mayor confianza mutua.

-Nosotros no somos invitados aquí; así que, ¿quiénes son los nuevos?

-Mis dos ayudantes, incluyendo al que tú has matado. Llevaban aquí menos de una semana y los perros no se habían acostumbrado todavía a ellos.

Hawthorne se agachó y le desató los brazos al anciano, luego se dirigió a una mesita de mármol sobre la que había un cofrecito de oro con pañuelos de papel. Lo cogió y se lo entregó al padrone.

-¡Límpiate las heridas!

-Te perturba la vista de la sangre que tú mismo has derramado?

-¡En lo más mínimo! Cuando pienso en lo que andas metido..., cuando pienso en Miami y en Saba y en San Martín y en esa perra psicópata..., puedo asegurarte que la vista de tu cadáver sería un auténtico placer.

-Lo único que sabes de mí es que ando metido en la tarea de prolongarle la vida a este tullido cuerpo -replicó el viejo italiano mientras se limpiaba la sangre de la oreja y cogía otro pañuelo que se llevaba a la mejilla-. No soy más que un inválido que pasa los últimos años de su vida en el aislamiento y en el lujo que con tanto esfuerzo se ha ganado. No he hecho nada que sea ni remotamente ilegal, me he limitado a dar alojamiento a unos pocos amigos queridos, que o bien hablaban conmigo por teléfono vía satélite o cogían un avión para venir a visitarme.

-Empecemos con tu nombre.

-No tengo nombre, no soy más que el padrone.

-Sí, eso fue lo que escuché en la cabaña... y también con anterioridad en la isla de Saba, donde un par de mafiosos sobornaron a los empleados del puerto e intentaron matarme.

-¿Mafiosos? ¿Qué sé yo de asuntos relacionados con la mafia?

-Uno de esos dos pistoleros, el que logró sobrevivir, tuvo un montón de cosas que decir cuando se enfrentó ante la perspectiva de tener que nadar entre los tiburones con una herida en el hombro. Tengo la impresión de que cuando hagamos circular tus huellas digitales y enviemos también una muestra a la Interpol, nos enteraremos de quién eres, y dudo mucho de que se trate de un simpático y anciano abuelito al que le gusta jugar con las máquinas tragaperras.

-¿De verdad?

El padrone dejó a un lado los pañuelos de papel y giró las manos, mostrándole ambas palmas a Hawthorne, mientras le dirigía su desagradable y arrogante sonrisa. Tyrell sintió asombro y repulsión. Las yemas de los dedos eran completamente blancas, carecían de partes carnosas, probablemente quemadas hacía mucho tiempo, que habían sido sustituidas por una sustancia lisa y suave, quizá mediante injertos de pieles de animales.

-Me quemé las manos en un tanque alemán incendiado durante la Segunda Guerra Mundial. Siempre he estado muy agradecido a los médicos del Ejército norteamericano, quienes se compadecieron de un joven partisano que había combatido junto a sus soldados.

-¡Oh, qué ternura! -exclamó Tye-. Imagino que también te pondrías una condecoración.

-Desgraciadamente, ninguno de nosotros podía permitirse tal cosa. Sabíamos que los fanáticos *fascisti* tomarían represalias. Todos nuestros expedientes fueron destruidos para protegernos y proteger a nuestras familias. Tendríais que haber hecho lo mismo en Vietnam.

-¡Realmente tierno!

-Como puedes ver..., no tengo nada que ocultar.

Ni Hawthorne ni el anciano se percataron de la presencia del teniente Poole, cuya figura vestida de negro apareció bajo la arcada. Se había acercado lentamente y se había quedado observando, escuchando.

-Casi tienes razón -dijo el teniente-. No hay casi nada, pero no puede decirse que sea igual a cero. Tu sistema informático es asombroso, debo reconocerlo, pero todo sistema es sólo lo bueno que sea la persona que lo usa.

-¿Qué estás tratando de decir? -preguntó Tyrell.

-Con ese equipo se puede hacer prácticamente todo, menos componer música celestial, y ha sido utilizado por una persona que sabía cómo borrar el contenido de la memoria cada vez que se recibía o se hacía una llamada, y eso fue justamente lo que hizo. Nada de nada es lo que se encuentra en cada disquete, salvo tres huellas que quedan hacia el final de uno de ellos. Quienquiera que lo utilizase tuvo que ser una persona distinta, ya que no supo impartir la orden de borrado.

-¿No podrías explicarte de una vez en términos más sencillos?

-He podido enterarme de tres números telefónicos, con códigos territoriales y todo, y luego he verificado sus procedencias. Uno era de Suiza y apostaría cualquier cosa a que pertenece a un banco; el segundo está localizado en París; y el tercero es de Palm Beach, Florida.

CAPÍTULO XI

La limusina blanca se detuvo bajo el toldo de la entrada del hotel The Breakers y se vio rodeada inmediatamente por el portero de galones dorados, por su asistente y por tres botones vestidos de uniforme rojo. Tenía esa escena ciertas reminiscencias de una Belle Epoque modernizada, en la que amos y sirvientes, conscientes de sus situciones respectivas, se sienten satisfechos de sus privilegios y entusiasmados por su servidumbre. La primera en apearse fue una gran dama de mediana edad y de aspecto imponente, que iba ataviada con esas galas que sólo se encuentran en la Via Condotti, la avenida romana que marca la moda y el buen gusto en el vestir. Llevaba un vestido de seda floreado y un sombrero de ala ancha cuya sombra se proyectaba en su rostro moreno en el que se reflejaban generaciones enteras de aristócratas. Sus facciones eran perfiladas y armoniosas, tenía tersa la tez y las arrugas en aquel rostro brillaban por su ausencia. Amaya Bajaratt había dejado de ser la terrorista feroz y desaseada que surcaba los mares en una barcaza o en un balandro, ya no era el guerrero uniformado del valle de la Bekaa, ni tampoco aquel adefesio de mujer que se hacía pasar por antiguo piloto de las fuerzas aéreas israelíes. Ahora era la condesa Cabrini, conocida como una de las mujeres más ricas de Europa y hermana de un industrial de Ravello que la superaba incluso en fortuna. Echó graciosamente la cabeza hacia atrás y sonrió cuando un joven extremadamente guapo salió de la limusina, resplandeciente en su blasonada chaqueta azul marino, sus planchados pantalones de franela y sus mocasines de charol estilo Imperio.

El director de aquel elegante hotel, vestido de chaqué, salió a recibirlos en compañía de dos empleados, uno de los cuales, de piel morena, era a todas luces italiano y venía, como resultaba más que evidente, en calidad de intérprete. Fueron intercambiados los saludos de rigor en ambas lenguas hasta que la tía guardiana del barone-cadetto alzó la mano y anunció:

-El joven barone tiene muchas cosas que hacer en este gran país vuestro y preferiría que os dirigieseis a él en inglés para que pudiese empaparse de vuestro idioma. Al principio no entenderá mucho de lo que le digáis, pero insiste en ello... y, como es lógico, yo estaré a su lado para traducirle.

-Madame -dijo cortésmente el director, permaneciendo junto a Bajaratt mientras los botones se llevaban el ingente equipaje-, si no os agrada la idea, no hay razón alguna para que aceptéis la molestia, pero el caso es que algunos periodistas de distintos periódicos, acompañados por sus fotógrafos, os esperan en uno de nuestros amplios salones de conferencias. Les gustaría entrevistar al joven barón, naturalmente. No tengo ni idea de cómo han sido informados de vuestra presencia, pero puedo aseguraros que no ha sido por mediación de este hotel. Nuestra fama en lo que se refiere a la discreción no tiene parangón alguno.

-¡Oh, alguien habrá hecho una travesura! -exclamó la contessa Cabrini, esbozando una sonrisa de resignación-. No se preocupe, *signor amministratore*, nos ocurre lo mismo cada vez

que vamos a Roma o a Londres. Pero no cuando vamos a París, sin embargo, ya que en Francia abunda la falsa nobleza y la Prensa socialista no hace caso de ella.

-Puede evitarse la molestia, por supuesto. Es por eso mismo por lo que les he puesto en lugar seguro en una sala de conferencias.

-No, está bien así. Hablaré con el barone-cadetto; concederá a los periodistas unos cuantos minutos. Después de todo, está aquí para hacerse amigos y no para enemistarse con las redacciones de los periódicos de su país.

-Me adelantaré y hablaré con ellos, y también les aclararé que la sesión no debe prolongarse demasiado. Los viajes en avión fatigan a cualquiera.

-No, signore, yo no diría eso. El barón llegó ayer a esta ciudad y lo cierto es que estuvo comprándose ropa en tiendas situadas a unos pocos minutos de aquí. No desearíamos ofrecer una información falsa que tan fácilmente puede ser refutada.

-Pero la reserva era para hoy, señora.

-¡Venga ya, señor mío! Ambos tuvimos también su misma edad. ¿No le parece?

-Pero yo jamás tuve su aspecto, eso puedo asegurárselo.

-Pocos jóvenes le igualan en aspecto, pero ni su apariencia ni sus títulos pueden eliminar sus apetitos juveniles; perfectamente normales por otra parte, ¿no le parece? ¿Entiende lo que quiero decir?

-No resulta difícil, señora. Alguna amiguita íntima para pasar la velada.

-Ni siquiera sé cómo se llama.

-Entiendo. Mi asistente se encargará de conducirlos a la sala y yo me ocuparé de todo.

-Es usted un hombre maravilloso, *signor amministratore.*

-¡*Grazie*, condesa!

El director hizo un gesto de despedida y se alejó, subiendo las escaleras alfombradas, mientras que Bajaratt daba media vuelta y se acercaba a Nicolo, quien estaba conversando con el subdirector y el intérprete.

-¿En qué clase de conspiración estáis envueltos los tres, Dante? -preguntó la contessa en italiano.

-¡Per viento! -replicó Nicolo, sonriendo al intérprete-. Estaba hablando con mi nuevo amigo de los alrededores tan preciosos que tiene esta ciudad y de las maravillas de su clima -prosiguió en italiano-. Le contaba que mis estudios y los negocios de mi padre me han tenido muy ocupado, por lo que no he tenido tiempo para aprender a jugar al golf.

-*Va bene.*

-Dice que me encontrará un profesor de golf.

-Tienes demasiado trabajo como para poder dedicarte a tales cosas -dijo Baj, cogiendo a Nicolo del brazo y conduciéndolo hacia la alfombrada escalera, mientras que el joven se despedía con amables gestos de los dos hombres a sus espaldas-. Nico, no te comportes de un modo tan familiar -susurró Amaya-. Eso no está a la altura de un hombre de tu condición social. Sé cordial, pero ten presente que es inferior a ti.

-¿Inferior a mí? -preguntó el falso barone-cadetto cuando las puertas del vestíbulo se abrieron para darles paso-. A veces te contradices, signora. Tan pronto quieres que sea una persona distinta, alguien a quien he de aprenderme de memoria, como que me muestre tal como soy.

-Eso es exactamente lo que quiero -dijo con severidad Bajaratt, susurrando en italiano-. Lo único que no quiero es que pienses por ti mismo. Yo pensaré por ti, ¿lo has entendido?

-Por supuesto, Cabi. Lo siento.

-Así está mejor. Esta noche nos lo pasaremos en grande, Nico, siento que mi cuerpo se derrite por ti. ¡Estás tan guapo, tal como lo imaginé!

Pero cuando el joven estibador trató de pasarle afectuosamente el brazo por el hombro, ella se apartó de repente.

-¡Deténte! El ayudante del director viene detrás de nosotros para conducirnos a donde nos esperan los periodistas y los fotógrafos.

-¿Los qué?

-Te lo expliqué anoche. Vas a entrevistarte con la Prensa.

-¡Ah, sí! Y sé muy poco inglés. Dejaré que tú te encargues de las respuestas, ¿no?

-De todas las respuestas.

-Por aquí, por favor -dijo el primer ayudante del director-. No nos falta nada para llegar al Salón Real.

La conferencia de Prensa duró exactamente veintitrés minutos y ya al principio el carácter congraciador y reservado de aquel alto y apuesto barone-cadetto hizo que se desvaneciese rápidamente la hostilidad profundamente arraigada que animaba a periodistas y fotógrafos contra todo representante de las capas inmensamente ricas de la nobleza europea. Las preguntas se sucedieron con regularidad, como descargas de ametralladora, de índole negativa en un comienzo y siempre refutadas por la contessa Cabrini, tía del baronecadetto di Ravello, la cual, tal como fue acordado por todos los presentes, solamente debería ser aludida como «la intérprete». Inició el interrogatorio un reportero del Miami Herald, que hablaba italiano y que preguntó al joven barón en su propio idioma:

-¿Por qué cree que ha recibido toda esta atención? ¿Cree que se la merece? ¿Qué ha hecho usted realmente aparte de haber nacido?

-No creo realmente ser merecedor de nada antes de que pueda dar pruebas de lo que soy capaz de hacer, lo que me llevará algún tiempo... Por otra parte, signore, ¿no le agradaría acompañarme en una excursión submarina por las aguas del Mediterráneo hasta una profundidad de un centenar de metros o algo así con el fin de servir a la ciencia de la oceanografia? ¿O preferiría quizás unirse a mí cuando colaboro en los Alpes Marítimos con alguno de los equipos de rescate cuando escalamos por las laderas de las montañas a miles de metros de altura para traer de nuevo a la vida a los que ya se daban por muertos?... Mi vida, signore, bien puede ser un privilegio, pero no ha transcurrido exenta de modestas aportaciones.

La contessa Cabrini tradujo simultáneamente esas palabras para el público de periodistas en medio de un sinfin de fogonazos y haces de luz que iluminaban las bellas facciones del modesto joven barón, mientras que su «intérprete» se echaba a un lado para apartarse del campo focal de los fotógrafos.

-¡Eh, Dante! -gritó una corresponsal femenina-. ¿Por qué no dejas ese rollo de la nobleza y te dedicas a rodar una serie de televisión? ¡Estás como un tren, chico!

-Non comprendere, signora.

-¡Coincido con las chicas! -vociferó un periodista entrado en años que estaba sentado en la primera fila, haciéndose oír en medio de las carcajadas-. Es usted muy guapo, pero no creo que haya venido a nuestro país para conquistar a nuestras jóvenes.

Tras la innecesaria traducción simultánea, el joven barón contestó:

-Discúlpeme, señor periodista, pero si no le he entendido mal, tendría que sentirme muy complacido de poder conocer a chicas norteamericanas, a las cuales trataría con enorme respeto. En televisión resultan tan vivas y atractivas..., tan italianas, si todos ustedes me perdonan la expresión.

-¿Anda usted en pos de la carrera política? -preguntó otro periodista-. Si persigue cargos públicos, tendrá asegurado el voto de las mujeres.

-La única carrera que practico es la de las mañanas, signore. Corro entre quince y veinte kilómetros cada día. Es magnífico para el cuerpo.

-¿Qué planes tiene en nuestro país, barón? -preguntó, tomando de nuevo la palabra, el periodista de la primera fila-. Me puse en contacto con su familia en Ravello, con su padre concretamente, y él me explicó que usted ha venido para hacerle a su regreso una serie de recomendaciones basadas en sus observaciones sobre las inversiones norteamericanas, sobre su viabilidad y sus proyecciones futuras. ¿Es eso correcto, señor?

La traducción fue compleja y laboriosa, algunos puntos tuvieron que ser repetidos varias veces, no faltando en esas repeticiones las instrucciones sobre cómo habrían de ser las respuestas.

-Mi padre me ha dado instrucciones muy precisas, signore, y pienso hablar con él por teléfono todos los días. Soy como sus ojos y sus oídos; confía en mí.

-¿Viajará mucho por el país?

-Imagino que muchos grandes empresarios acudirán a verle -interrumpió la contessa sin traducir-. Las compañías sólo son tan buenas como lo sean los ejecutivos que las dirigen. El barone-cadetto tiene amplios conocimientos de economía, muy superiores a los de un joven normal, ya que sus responsabilidades son inmensas. Buscará el poder de convicción y la integridad y comparará esas cualidades con las cifras.

-Aparte de las ganancias y los cálculos de pérdidas -dijo una periodista de aspecto nervioso y cuyos cortos cabellos negros encuadraban un rostro ceñudo y malhumorado-, ¿se ha pensado acaso en dar prioridad a las condiciones socioeconómicas imperantes en las zonas en las que se harán las inversiones o se trata únicamente del negocio habitual, de ir buscando los lugares que garantice beneficios?

-Me permite indicarle que eso es, ¿cómo dicen ustedes?, una pregunta prejuzgante -replicó la contessa.

-Una pregunta intencionada -corrigió una voz masculina desde el fondo de la sala.

-Pero a la que me encantaría responder -prosiguió la contessa-. La dama quizás haría bien en llamar por teléfono a cualquier periodista que ella misma eligiera en Ravello o en sus alrededores, incluso en Roma. Se enterará por ella misma de la gran consideración en que se tiene a esa familia en la provincia. En los buenos tiempos y en otros que no lo eran tanto, los miembros de esa familia han sido extraordinariamente generosos en campos como la asistencia sanitaria, la vivienda y el empleo. Consideran su fortuna como un don que les impone responsabilidades al igual que les otorga autoridad. Se distinguen por su conciencia social y eso no va a cambiar ahora aquí.

-¿Es que el chico no puede responder por sí solo? -preguntó con insistencia la quejumbrosa periodista.

-El «chico», como usted lo llama, es demasiado modesto como para ponerse a ensalzar en público las virtudes de su familia. Como ya habrá podido advertir, no puede entender todo lo que usted dice, pero por la expresión de sus ojos y por la forma en que la mira podrá darse cuenta de que está muy ofendido, sobre todo porque no puede entender su hostilidad hacia él.

-¡Scursarsi moltissimo! -dijo el reportero del Miami Herald en un italiano fluido-. Yo también he hablado con su padre, él barón de Ravello, de forma confidencial, naturalmente, y le pido disculpas por la impertinencia de mi colega -añadió, dirigiendo una mirada furibunda a la mujer-. Esa señora es más pesada que el plomo.

-¡Grazie!

-¡Prego!

-Si se me permite volver al inglés -dijo un corpulento periodista que estaba sentado a la derecha en la primera fila-, he de decir que no apruebo en modo alguno las indirectas de nuestra colega, pero la portavoz del joven barón (llamarla «intérprete» sería no hacerle justicia) ha señalado un punto importante. Como ustedes saben, hay bolsas de desempleo en este país, grandes bolsas azotadas por el paro. ¿Podríamos presuponer que la conciencia social de la familia se extendiese a esas zonas?

-Si se presenta la situación adecuada, estoy segura de que se encontrarán entre las primeras, caballero. El barone di Ravello es un sagaz hombre de negocios a nivel internacional y conoce el valor de la lealtad con la misma claridad que reconoce las satisfacciones propias de la caridad.

-Van a recibir ustedes un verdadero montón de llamadas -dijo el reportero corpulento-. No se trata ni con mucho de una noticia bomba, pero podría llegar a serlo.

-Me temo que esto ha sido todo, señoras y señores. Hemos tenido un mañana muy agitada y aún hemos de hacer muchas cosas en lo que queda de día.

Y tras decir esto, sonriendo y gesticulando graciosamente a los periodistas, Amaya Bajaratt acompañó a su apuesto protegido hasta fuera de la sala, deleitándose con los lisonjeros comentarios que se hacían sobre él. Habría efectivamente muchas llamadas telefónicas, tal como ella tenía previsto.

La red social de Palm Beach operó con eficencia aterradora. Para las cuatro de la tarde ya habían recibido veintiocho invitaciones en firme y catorce solicitudes en las que los pretendientes a anfitriones preguntaban si podían organizar almuerzos o cenas en honor de Dante Paolo, barone-cadetto di Ravello.

Con idéntica eficiencia, Bajaratt cotejó las invitaciones con los apuntes de sus libretas y eligió once de las más prestigiosas para ser aceptadas, once mansiones a las que con toda probabilidad acudiría la flor y nata de los círculos políticos e industriales. Después llamó por teléfono a las personas rechazadas, se disculpó con ellas, expresándoles su más profundo pesar, y manifestó a todas su deseo de que tuviesen la oportunidad de verse en casa de fulanito o menganito, quienes se habían adelantado a cursar sus invitaciones al barón. Bajaratt había llegado a la conclusión de que los gatos al acecho no sacarían sus garras hasta que no tuviesen al ratón delante. Todas esas personas irían allí donde fueran ella y Nicolo.

¡Muerte a toda autoridad!

No era más que el comienzo, pero la ascensión sería rápida. Había llegado el momento de verificar los contactos en Londres, París y Jerusalén. ¡Muerte a los mercaderes de la muerte en Askelón!

-Askelón -dijo la serena voz masculina desde Londres.

-Aquí Bajaratt. ¿Hacéis progresos?

-En menos de una semana habremos cercado Downing Street. Hombres en uniformes de la Policía, destacamentos de barrenderos vestidos con los preciosos monos blancos de los recogedores de basura. ¡Venganza por lo de Askelón!

-Puede ser que necesite más de una semana, entiéndelo.

-No importa -dijo el hombre de Londres-. Así estaremos mejor atrincherados, mucho más familiarizados. ¡No podemos fallar!

-¡Jamás olvidemos Askelón!

-Askelón -dijo una voz femenina desde París.

-Bajaratt. ¿Cómo van las cosas?

-A veces pienso que todo es demasiado fácil. Nuestro hombre entra y sale escoltado por unos guardaespaldas tan negligentes, que de tenerlos en la Bekaa, ya los hubiésemos fusilado.

Los franceses son demasiado arrogantes, demasiado despreocupados ante el peligro; resultan ridículos. Hemos registrado los tejados... ¡Ni siquiera han apostado centinelas!

-Ten cuidado. Acuérdate de la Résistance. Serán arrogantes, pero son muy eficaces.

-Eso fue mucho antes de que yo naciera.

-Tampoco había nacido yo, pero he oído los relatos de aquella época. ¡Cuídate de esos despreocupados señoritos franceses! Pueden volverse contra ti y atacar como cobras.

-Eso son *bétises*, como ellos dicen. Si saben algo de nosotros, la verdad es que no nos toman en serio. ¿No entienden acaso que estamos dispuestos a morir? ¡Venganza por lo de Askelón!

-¡Jamás olvidemos Askelón!

-Askelón -susurró una voz gutural desde Jerusalén.

-Ya sabrás quién soy.

-Por supuesto. Recé por ti y por tu esposo bajo los naranjos. El será vengado, nuestra causa será vengada, créeme.

-Preferiría saber algo sobre vuestros progresos.

-¡Oh!, eres tan fría, Baj, tan fría.

-Mi marido jamás pensó eso. ¿Vuestros progresos?

-¡Mierda, somos más judíos que los odiosos judíos! Nuestros sombreros negros y nuestras trenzas negras y nuestros estúpidos chales blancos, todo se nos mueve rítmicamente mientras picoteamos con nuestras cabezas en ese jodido muro. Podemos hacer saltar por los aires a ese hijo de puta cuando esté saliendo del Knesset. Algunos de nosotros quizá puedan escapar para seguir combatiendo. Tan sólo esperamos la noticia, tu señal.

-Aún tardará un poco.

-Tómate todo el tiempo que quieras, Baj. Por las noches nos ponemos los uniformes de los defensores de la fe judía y nos lanzamos sobre las hebreas cachondas. y mientras nos las follamos, cada uno de nosotros pide a Alá que en sus vientres se engendre un árabe.

-¡Métete de lleno en el trabajo, amigo!

-¡Pues nosotros se la metemos a las putas judías!

-¡Pero no a expensas de la misión!

-Eso nunca. ¡Venganza por lo de Askelón!

-¡Jamás olvidemos Askelón!

Amaya Bajaratt salió de la oficina de cambio del vestíbulo del hotel, donde también estaban los teléfonos públicos, habiendo sustituido en su monedero las diversas tarjetas de crédito que había recibido por mediación de sus contactos en Bahrayn. Subió en el ascensor y se dirigió por el elegante corredor hasta su suite. Dentro, el salón de estar, envuelto en la penumbra, estaba vacío, solitario. Se dirigió a la puerta abierta que daba al oscuro dormitorio. El joven Nicolo estaba, como de costumbre, desnudo y tumbado cuan largo era sobre la amplia cama; se encontraba casi dormido y su magnífico cuerpo era una provocación. Al comtemplarlo, Bajaratt no pudo menos que ponerse a pensar en su marido, en aquel matrimonio de tan breve duración. Ambos hombres tenían cuerpos largos, esbeltos y musculosos, el uno era mucho más joven que el otro, desde luego, pero la similitud existía. Se sentía atraída por esa clase de cuerpos, al igual que se había sentido atraída por el desnudo Hawthorne hacía apenas dos días. De repente escuchó y sintió su propia respiración; se tocó los abultados pezones de sus pechos y fue consciente de la urgencia mortificante del deseo

que ardía en su ingle. Aquello la compensaba de las muchas cosas que no podría tener jamás. Hacía años que un médico de Madrid le había practicado una sencilla operación que eliminaría para siempre la posibilidad de quedarse embarazada... y eso era todo cuanto tenía.

Se dirigió a los pies de la cama y se desvistió, quedándose ahora tan desnuda como aquel cuerpo que tenía frente a ella, debajo de ella.

-Nico -dijo dulcemente-. Despiértate, Nicolo.

-¿Qué...? -balbuceó el joven, pestañeando y abriendo los ojos.

-Estoy aquí, soy tuya..., amor mío.

«¡Tienes que hacerlo! -pensó-. ¡Es todo cuanto me queda!»

-¿Cuál es el número de París? -preguntó Hawthorne, de pie frente al padrone, pero dirigiéndose a Poole, plantado en el umbral de la puerta.

-Ese es precisamente el que acabo de verificar -respondió el teniente-. Ahora serán las diez de la mañana en Francia, por lo que me imaginé que no le daría ningún susto a nadie; el de Ginebra lo he dejado para ti, teniendo en cuenta que tú eres el encargado de todas esas cosas misteriosas de los servicios secretos.

-¿Y bien? ¿Qué pasa con París?

-Es de locos, Tye. Pertenece a una agencia de viajes de los Campos Elíseos.

-¿Qué pasó cuando llamaste?

-Estoy seguro de que se trataba de un teléfono particular. La dama me dijo algo en francés, y cuando le dije en inglés que confiaba en haber marcado el número correcto, me preguntó en inglés si estaba llamando a una agencia de viajes con un nombre que me sonó a francés; le dije que M. y que era muy urgente... Fue entonces cuando me preguntó cuál era mi color, y yo le respondí naturalmente que «blanco» y ella me replicó «¿Y?» y yo no supe qué decir, así que me colgó.

-No sabías la contraseña, Jackson; era imposible que la supiese.

-Si, me temo que no la sabía.

-Encargaré a Stevens de eso, a menos que pueda convencer a nuestro padrone de que ha de ser más servicial.

-¡No sé nada de esas cosas! -vociferó el inválido.

-No, tú no, probablemente -asintió Tyrell-. Esas últimas llamadas, las que no han sido borradas, no fueron hechas por ti, sino por alguien que no sabía cómo borrarlas. Huellas dejadas por un fantasma, padrone.

-¡Nada! ¡No sé nada!

-¿Y qué pasa con Palm Beach, teniente?

-Parece también de locos, capitán. Ese número telefónico pertenece a un restaurante de lo más encopetado de la Worth Avenue. Me dijeron que tendría que hacer mi reserva con dos semanas de antelación, a menos que estuviese en su lista de preferencia.

-Eso no es del todo de locos, Jackson, forma parte del mosaico, de su clave secreta. La lista de preferencia es justamente eso, preferencia de nombres que uno no se puede inventar y seguidos de contraseñas que uno desconoce. Se lo comunicaré a Stevens, junto con lo de París.

Tyrell miró fijamente al anciano; su mejilla izquierda había dejado de sangrar; un arrugado pañuelo de papel, empapado en sangre, le caía de las carnes como un colgajo.

-Ahora vas a dar un paseíto, paisano -dijo Hawthorne.

-No puedo salir de esta casa.

-¡Oh!, claro que vas a salir, a la fuerza...

Librodot

-Pues pégame de una vez un tiro en la cabeza; también podrías hacerlo.

-Es muy tentador, pero no pienso hacerlo. Quiero presentarte a algunos antiguos socios míos, compañeros de otra vida, podría decirse...

-¡Aquí tengo todo lo necesario para mentenerme con vida! ¿Quieres tener en tus manos a un hombre muerto?

-Sinceramente, aun cuando en tu caso se trata de un asunto muy discutible -replicó Tyrell-. Y bien, ahora te sugiero que nos indiques cuál es el equipo específico que necesitas para hacer un viajecito en avión, nada más que lo estrictamente necesario. Dentro de pocas horas estarás en un hospital en el continente. ¿Y a que no adivinas una cosa? Apostaría lo que fuera a que tendrás una habitación para ti solo.

-¡No puedo moverme de aquí!

-¿Quieres apostar algo? -preguntó Hawthorne, metiéndose la mano en la funda de la radio al escuchar en ella ruidos parásitos.

Neilsen pronunció sus palabras en un tono monótono, imponiendo el control de sí misma a la ansiedad que la embargaba.

-Tenemos un problema.

-¿Qué ha pasado? -gritó Poole-. ¿Tienes dificultades?

-¿Qué ocurre ahora de malo? -preguntó Tyrell.

-El piloto del hidroavión llamó por radio al torpedero británico; su timón izquierdo emitió un chasquido. ¡Luego explotó! Se hundió en el mar a unos ciento veinte kilómetros al norte del torpedero. Han ido a buscarlo, si es que el pobre hombre ha sobrevivido.

-Cathy, respóndeme lo más honestamente que puedas -dijo Hawthorne-. Por lo que sabes acerca de ese avión, ¿puede haber sido un sabotaje?

-¿En qué te crees que me estoy rompiendo la cabeza desde hace un rato? ¡No tuve en cuenta esa posibilidad y tenía que haberlo hecho! ¡Dios mío, al igual que volaron nuestro AWAC... y a Charlie!

-No te pongas nerviosa, comandante, mantén el rumbo...

-¡Idioteces!

-Está bien, cálmate, te lo digo en serio. ¿Cómo han podido hacer ese sabotaje?

-¡Con los cables, maldita sea!

Cathy le explicó precipitadamente que todas las partes movibles del avión eran accionadas por un par de cables de acero. Resultaba inconcebible que los dos cables pudiesen partirse a la vez.

-Sabotaje -confirmó Tyrell con voz serena.

-Ambos serían aserrados a la vez, por lo que se partirían al mismo tiempo -dijo Neilsen, ahora más recobrada-. Y no tuve en cuenta en ningún momento esa posibilidad. ¡Mierda!

-¿Puedes hacer el favor de dejar de mortificarte, comandate? Yo tampoco lo tuve en cuenta. Alguien en San Martín está infiltrado en el Deuxiéme Bureau, así que éramos el blanco perfecto para quien haya podido ser esa persona.

-¡Los mecánicos! -gritó la piloto por la radio-. Hay que detener a todos los malditos mecánicos de esa isla y quemarles los pies hasta que hablen. ¡Ha tenido que ser uno de ellos!

-Créeme, Cathy, quienquiera que haya sido ya se ha largado. Ese es su modo de operar.

-¡No puedo soportarlo! ¡El inglés que pilotaba ese avión puede estar muerto!

-Ese es su modo de operar -repitió Hawthorne-. Quizás entiendas ahora por qué un montón de gente en Washington, Londres, París y Jerusalén tiene miedo de abandonar sus despachos y sigue pegada al teléfono. No nos enfrentamos únicamente con una sola terrorista psicópata, nos estamos enfrentando con un fanático obsesionado que dirige una red de fanáticos rabiosos, totalmente dispuestos a morir con tal de perpetrar sus asesinatos.

Librodot

-¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

-Ahora te dirigirás con el submarino hasta la ensenada y subirás a la casa. Quitaremos las tablas para que puedas ver claramente.

-Tendría que mantenerme en contacto con el hidrodeslizador...

-Nada va a cambiar con eso -la interrumpió secamente Tyrell-. Quiero que vengas aquí...

-¿Dónde está Poole?

-Ahora está llevando a nuestro paciente al vestíbulo. Atraca el submarino, comandante, que no va a pasar nada aquí. ¡Es una orden!

Sin embargo, de repente, sin un solo decibelio de ruido, sin la más mínima sombra de amenaza de una devastación, pasó de todo. Las explosiones irrumpieron por doquier, los muros se derrumbaron, las columnas de mármol se partieron y fueron a estrellarse contra los suelos de mármol; bajo la arcada que conducía a la central de comunicaciones, los equipos empezaron a partirse en pedazos, los cables se pelaron, entrelazándose en medio de terribles contactos eléctricos, produciendo cortocircuitos y lanzando al aire fugaces descargas de luz. Tyrell corrió hacia el vestíbulo, dando volteretas por el suelo una y otra vez para evitar los escombros que caían sobre su cabeza y con la mirada puesta en Poole, que tenía una pierna aprisionada bajo una especie de estantería al otro lado de una arcada que estaba a punto de desplomarse. Hawthorne se puso en pie de un salto y corrió hacia el teniente, sacándole de debajo de los estantes caídos y arrastrándole más allá de la arcada. El arco se vino abajo y enormes bloques de mármol se estrellaron contra el suelo. Tye tiró de Poole hacia atrás hasta que encontró un agujero en aquel derrumba-miento, luego se precipitó por la abertura, arrastrando al teniente tras él, y en esos momentos se derrumbó completamente el arco, dejando un caótico muro de mármol bajo el que los dos podían haber quedado enterrados. Hawthorne miró por encima del muro y divisó únicamente al padrone, riéndose histéricamente en su silla de ruedas mientras todo lo que le rodeaba se desplomaba sobre él. En un esfuerzo final, Tyrell pasó su brazo derecho por el tórax de Poole, lo cogió de los hombros y lo arrastró a través de la pesada puerta de cristal y de las barreras contra huracanes que había en el exterior de la casa. Tropezaron entonces con el tronco de una palmera artificial y el teniente se puso a gritar.

-¡Párate! ¡Mi pierna! ¡No puedo moverla!

-Pues es mejor que lo hagas. ¡Esas palmeras será lo próximo que explote!

Y al decir esto, Hawthorne arrastró a Poole, llevándolo en zigzag entre las plantas auténticas y artificiales hasta que llegaron a la zona cubierta por la hierba reseca.

-¡Suéltame, por el amor de Dios! ¡Ya estamos a salvo y yo estoy muy mal herido!

-¡Ya te diré yo cuándo estás lo suficientemente mal herido! -vociferó Tyrell, cuyos gritos se extendieron por encima de las llamas y las continuas explosiones de fuego que se sucedían en aquella mansión que había sido como un palacio. El momento culminante se produjo apenas treinta segundos después. El círculo entero de palmeras artificiales explotó con la fuerza de veinte toneladas de dinamita.

-¡No puedo creerlo! -susurró Poole, a punto de perder la conciencia, cuando ambos hombres yacían el uno junto al otro, de bruces contra la oscura y dura tierra resecada por el sol-. ¡Ha hecho volar por los aires toda esa jodida cosa!

-No le quedaba más remedio, teniente -dijo Tye. Sin embargo, Poole no le estaba escuchando.

-¡Oh, Dios mío, Cathy! -gritó-. ¿Dónde está Cathy?

Al otro lado del campo apareció una figura vestida de negro, corriendo entre las altas llamas y gritando de un modo incoherente. Hawthorne se puso en pie y corrió hacia ella, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

-¡Cathy, estamos aquí! ¡Estamos a salvo!

Entre el enorme resplandor de las llamaradas, la comandante Catherine Neilsen corrió hacia el oscuro y pedregoso campo y vino a caer en los brazos tapados por mangas de goma negra del capitán de fragata (retirado) Tyrell Hawthorne.

-¡Gracias a Dios que estáis bien! ¿Dónde estás Jackson?

-¡Aquí, Cath! -gritó Poole desde las sombras-. Ese yanqui hijo de puta y yo estamos ahora empatados. ¡Me ha sacado de ese infierno!

-¡Oh, cariño! -gritó la comandante de un modo que nada tenía de marcial mientras se separaba del capitán y salía corriendo hacia el teniente, dejándose caer sobre él y abrazándolo.

-La verdad es que echo algo de menos -dijo Hawthorne, hablando consigo mismo en voz baja mientras se encaminaba hacia las dos figuras tumbadas en el suelo.

CAPÍTULO XII

Un discreto cuarteto de cuerdas tocaba con elegante gracia en el balcón situado encima de la terraza al aire libre desde la que se divisaba la piscina, en cuya superficie las luces situadas bajo el agua proyectaban destellos azulados. Todo el conjunto era una auténtica puesta en escena, muy adecuada para un atardecer en la Costa dorada de Palm Beach. Alrededor del bien cuidado césped habían sido dispuestos tres bares y unas seis largas mesas repletas de manjares, iluminados con antorchas y atendidos por lacayos vestidos con chaquetillas amarillas, quienes servían cortésmente comida y bebida al grupo más selecto de la localidad, gente resplandeciente en su ceremoniosa ropa veraniega. Era un cuadro espléndido de la buena vida, de la que tan merecedores eran los privilegiados de la fortuna. Y el centro indiscutible de atracción era un joven de alta estatura, de aspecto aturdido y extremadamente guapo, que lucía un fajín escarlata en el que estaba estampado el blasón familiar, en vez de la habitual faja de su esmoquin. No sabía a ciencia cierta qué era lo que le estaba ocurriendo, pero en todo caso, aquello era mucho mejor que cualquiera de las atenciones que había recibido en su vida en los muelles de Portici.

Tras el recibimiento que se le dispensó, durante el cual su tía, la contessa, le había servido de intérprete, el joven no pudo desembarazarse de su posesiva anfitriona, una mujer de dientes blanquísimos y demasiado grandes para su boca, que tenía los cabellos de un blanco azulado y quien había sido la encargada de conducirlo por delante de la fila de la nutrida concurrencia, haciendo las presentaciones de rigor. Amaya Bajaratt los seguía, conservando en todo momento un paso de distancia con su «sobrino».

-Ese hombre hacia el que te lleva, ya te lo presentó en la fila, es un senador... y muy poderoso -susurró Bajaratt cuando la anfitriona los conducía hacia un hombre regordete y de baja estatura-. En los que nos reunamos con él, farfulla lo que se te ocurra en italiano; y cuando él te hable, vuélvete hacia mí. Eso es todo.

-Está bien, está bien, signora.

La entusiasmada anfitriona volvió a hacer las presentaciones.

-El senador Nesbitt, el barone di Ravello.

-*¡Scusare, signora!* -la interrumpió gentilmente Nicolo-. El barone-cadetto di Ravello.

-¡Oh, sí, por supuesto! Eso mismo quería decir. Mi italiano es completamente rústico.

-Sí es que alguna vez fue refinado, Sylvia -dijo el senador, sonriendo bonachonamente a Nicolo y haciendo una ligera reverencia a la contessa-. Es un placer, joven -prosiguió, dándole un fuerte apretón de manos-. Usted no es aún su padre y espero que no lo sea durante muchos años.

-¿Si? -replicó el impostor cadetto, volviéndose instintivamente hacia Bajaratt, que le hizo la traducción al italiano-. !*Non, per cento aneo, senatore*! -exclamó Nicolo.

-Dice que espera no serlo durante un centenar de años -explicó Bajaratt-. Es un hijo muy devoto.

-Da gusto escuchar eso en estos días -dijo Nesbitt, clavando sus ojos en la presunta contessa-. Quizás podría preguntar al joven barón... ¡Oh, disculpe!, probablemente no sea eso lo correcto...

-Barone-cadetto -contestó Bajaratt, sonriéndose-. Significa simplemente que es el sucesor inmediato, pero eso no es lo importante. Dante Paolo pretendía únicamente aclararle lo de su título, lo que para él resulta muchísimo menos importante que el poder aprender lo más que pueda de una persona con tanta experiencia como es usted, senador... ¿Deseaba que le preguntase algo?

-He leído la crónica del periódico sobre la conferencia de Prensa celebrada ayer, para ser franco, fue mi secretario quien me la señaló, ya que no soy lector asiduo de las páginas de sociedad- y me dejaron muy impresionado sus declaraciones sobre la lealtad y la caridad. Cómo su familia concede a los beneficios de la lealtad la misma alta estima que concede a las satisfacciones que produce la caridad.

-Completamente cierto, senador Nesbitt. Ambas cosas han favorecido mucho a la familia.

-No soy de este Estado, señora..., ¡discúlpeme!, contessa... -Es irrelevante, créame.

-Se lo agradezco... Supongo que me tendrá por un abogado de provincias que ha logrado subir más alto de lo que jamás habría podido soñar.

-Las «provincias», si le he entendido bien, son la auténtica espina dorsal de la nación, signore.

-Eso es una definición preciosa, preciosamente definida, desde luego... Soy senador por el Estado de Michigan, donde existen muchos problemas, he de reconocer con toda honestidad, pero donde, a mi juicio, existe también un número igual de posibilidades, teniendo en cuenta especialmente los precios de hoy en día. El futuro se presenta prometedor siempre que haya una mano de obra abnegada y cualificada, y nosotros disponemos de una ingente mano de obra con esas dos cualidades...

-Por favor, senador, llámenos mañana. Avisaré de su llamada a la recepción del hotel y hablaré con Dante Paolo de lo impresionada que estoy por sus credenciales y sus experiencias.

-En realidad, estoy de vacaciones -dijo un hombre de pelo canoso que llevaba en la muñeca un Rolex con incrustaciones de diamantes, símbolo personal de sus éxitos, mientras lo alzaba por tercera vez consecutiva en cuatro minutos para verificar la hora-. He de encontrarme en seguida cerca de un teléfono... Una llamada de esos trasnochados banqueros ginebrinos, usted ya me entiende.

-Perfectamente, signore -contestó Bajaratt-. El barone-cadetto v yo estamos muy impresionados por sus sugerencias..., son inversiones realmente notables.

-Se lo aseguro, condesa, la familia Ravello podría obtener enormes beneficios. Mis compañías de California están suministrando prácticamente el siete por ciento de las asignaciones del Pentágono, y esto es algo que sólo puede aumentar. Contamos con una tecnología muy desarrollada; en comparación con nosotros, todos los demás operan con baja tecnología; espero que capte lo que quiero decir. Habrá otros que caerán, pero no nosotros; en nuestra plantilla tenemos a doce antiguos generales y a ocho almirantes retirados.

-Por favor, póngase en contacto con nosotros mañana mismo. Dejaré dicho que me pasen su llamada.

-Comprenderá, señora, que no soy libre de revelarles todos los detalles, a usted y a su joven alteza aquí presente, pero el espacio se encuentra donde se encuentra y nosotros nos encontramos en él. Somos el foco de atención de todos los miembros del Congreso que tienen conciencia del futuro, muchos de los cuales han realizado enormes inversiones en nuestros proyectos de investigación y desarrollo en Texas, Oklahoma y Missouri, ¡y los beneficios

alcanzarán cifras astronómicas! Les puedo poner en contacto, de modo muy discreto, ya me entiende, con un montón de congresistas y de senadores.

-Por favor, póngase en contacto con nosotros mañana mismo. Dejaré dicho que me pasen su llamada.

-La política partidista se ha convertido en el juego nacional por excelencia -dijo un hombre pelirrojo, de sonrisa bonachona y de unos treinta y tantos años de edad, tras haber dado un buen apretón de manos al barone-cadetto y haber hecho una reverencia más aparatosa de lo necesario a la coutessa-. Se dará cuenta de eso si se mueve por ahí sin su anfitriona, nuestra Madame du Farge, la de los incisivos largos.

-La velada se está prolongando demasiado y creo que nuestra anfitriona ya se ha rendido -dijo Bajaratt, echándose a reír-. Empezó a abandonarnos hace un rato, tras haberse asegurado de que Dante había sido presentado a todos los invitados importantes.

-¡Oh!, pues entonces se ha olvidado de mí -replicó el pelirrojo-. Debería estar mejor informada; después de todo, me cursó una invitación urgente.

-¿Y quién es usted?

-Uno de los estrategas más brillantes que tiene la nación para sus campañas electorales, aunque, desgraciadamente, mi reputación no ha ido más allá de los marcos estatales, pero de un gran número de estados, sin embargo.

-Entonces usted no es realmente importante -sentenció la contessa-. Excepto en la medida en que recibió una invitación. ¿Cómo ha sido eso?

-Porque la singularidad de mi talento convenció al The New York Times de la necesidad de publicar mis opiniones en las páginas editoriales sobre la base de un contrato regular y equitativo. Se trata de una paga miserable, por supuesto, pero en mi negocio, si uno logra que su nombre aparezca impreso con la frecuencia necesaria en la Gran Madre Prensa, se obtiene fácilmente un sueldo mucho mayor. Así de simple.

-Sí, pues bien, ha sido una conversación de lo más encantadora y esclarecedora, pero me temo que tanto el barone-cadetto como yo estamos exhaustos. Hemos de darle las buenas noches, *signor giornalista.*

-Aguarde un momento, condesa, por favor. Puede que no me crea, pero estoy de su parte, si es que ustedes son auténticos, si es que él es auténtico.

-¿Y como se le ocurre pensar otra cosa?

-Eso es lo que afirma ése de allí -contestó el joven columnista pelirrojo, señalando con la cabeza por encima de la multitud a un hombre de mediana estatura y tez morena, que los miraba fijamente entre el tropel de invitados que pasaba entre ellos; se trataba del reportero del The Miami Herald, el hombre que hablaba fluidamente el italiano-. Piensa que ustedes son unos impostores.

-¿Qué?

-Pregúnteselo a él, señora, no a mí.

Hawthorne, con todo el cuerpo dolorido a causa de la furiosa actividad de la colina en llamas, estaba sentado junto a Poole en la playa tristemente iluminada por la luna; ambos se habían quitados los trajes impermeables y se habían quedado en calzoncillos. Esperaban a que Catherine Neilsen saliese del minisubmarino, anclado con su propio peso en aquellas aguas poco profundas.

-¿Qué tal va la pierna? -preguntó Tyrell, pronunciando lentamente las palabras debido a su extenuación.

-No hay nada roto, tan sólo algunas contusiones de lo más dolorosas -contestó el teniente-. ¿Y cómo está tu hombro? Pese al vendaje de Cathy, te sangraba de mala manera.

-Ya ha dejado de sangrar. No me ajustó bien el esparadrapo, eso era todo.

-¿Estás criticando a mi oficial superior? -preguntó Poole, sonriendo.

-Jamás osaría hacer tal cosa; al menos no en tu presencia, cariño.

-¡Eh!, parece ser que eso te obsesiona, ¿no?

-No, Jackson, no me obsesiona en absoluto. Tan sólo lo encuentro un tanto desconcertante a la luz de una de nuestras conversaciones anteriores, cuando hiciste referencia a un afecto no correspondido.

-Creo haber hablado de que me ponía «cachondo» capitán, y no de algo más profundo.

-¿Estoy escuchando a otro Poole?

-No, estás escuchando a un futuro marido de Luisiana, cuya prometida no se presentó en la iglesia a la hora de la boda.

-¿Cómo dices? -preguntó Hawthorne, abriendo sus pesados párpados y contemplando bajo la luz de la luna al semisonriente oficial de las fuerzas aéreas.

-¡Oh!, tuve que decir tantas cosas y dar tantas explicaciones..., tantas, que hasta todo parecía ya un chiste, como lo de cariño.

-¿No te importaría explicármelo?

-Claro que no -replicó Poole, sonriendo y soltando luego una risita sofocada cuando los recuerdos se le agolparon en la memoria-. Me hicieron una putada y yo me puse como un loco furioso, eso fue lo que ocurrió. Mi prometida y yo íbamos a casarnos en una de las mejores iglesias bautistas de Miami, lo que no es tan fácil de conseguir en las zonas más elegantes de esa bella ciudad, y mi familia y su familia estaban allí, y tras dos horas de espera, su dama de honor entró gritando en aquel maldito lugar con una nota para mí... Mi prometida se había largado con un guitarrista.

-¡Dios santo!, lo siento...

-No lo sientas. Fue mejor así que haberme encontrado después con un tropel de chiquillos... Pero fue así como me volví majara.

-¿Majara?

Pese a la imperiosa necesidad de dormir, Tyrell no podía apartar sus ojos de Poole.

-Salí corriendo como un rayo de aquel lugar, me hice con un par de botellas de whisky americano, me monté en el automóvil que tenía preparado para la luna de miel, con latas colgantes, pintadas en los cristales y todas esas cosas, y me dirigí al casco antiguo de Miami en busca de los lugares más sórdidos que pude encontrar. Y cuanto más bebía, tanto más me convencía de que tenia que quitarme de en medio y acabar de una vez... ¡Oh!, lo que es la autocompasión.

-¡Por el amor de Dios, no te quedes ahí, sigue!

-Pues bien, Cathy, Sal y Charlie, imaginándose que me había vuelto majara, se pusieron a buscarme. No eran tan listos como se habían creído, pero, ¡qué demonios!, aquel coche era de lo más llamativo, ¿entiendes?

-Es lo típico. ¿Qué pasó entonces?

-Una trifulca, capitán, eso fue lo que pasó. Me encontraron en medio de un corro, donde me estaban maltratando a ojos vistas, a mí y a la chavala de turno del propietario cubano del establecimiento. Pues bien, Sal y Charlie eran bastante competentes con los puños (no como para que estuviesen a mi altura, pero sí lo suficiente) y lograron convencer a un buen número de enemigos para que me dejasen en paz, pero el problema radicaba en hacerme salir de allí.

-¿Por qué demonios?

-Seguía empeñado en matarme.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Hawthorne, que se quedó boquiabierto, en parte por el asombro y en parte por la fatiga.

-Así que Cathy me rodeó la cabeza con sus brazos se puso a susurrarme al oído, de modo penetrante, cariño, cariño, cariño mientras me sacaba de allí. Fue así como sucedió.

-¿Y esto es todo?

-Eso es todo.

Se produjo un silencio entre ambos. Finalmente, Tyrell se dirigió al teniente en tono cansado:

-¿Sabes una cosa? Sois realmente un par de lunáticos.

-¡Un momento, capitan! ¿Quién encontró este sitio?

-Está bien, no sois unos lunáticos tontos...

-¡Escuchadme! -gritó la comandante Nielsen, saliendo del diminuto submarino y metiéndose en las olas que le llegaban hasta la cintura vestida con su traje impermeable-. Hemos recibido nuestras órdenes a través del hidrodeslizador británico, confirmadas por Washington y París. Por cierto, el piloto ha logrado sobrevivir, con una pierna rota y medio ahogado, pero se repondrá... Un hidroavión de la base de Patrick llegará aquí al amanecer, dentro de unas tres o cuatro horas, y nos iremos en él.

-¿Adónde? -preguntó Hawthorne.

-No me lo han dicho. Simplemente que nos iremos de aquí.

-¿Y qué pasa con los cachorros? -inquirió Poole, mientras que a lo lejos todavía podían oírse los confusos ladridos de los perros guardianes-. No me marcharé hasta que alguien se haya encargado de ellos.

-Un adiestrador del K-9 Corps llegará en el avión para hacerse cargo de los animales, así como del jardinero; vendrá en compañía de una unidad de investigación. Se quedarán aquí al menos durante un día.

-Repito: ¿adónde nos piensa llevar ese avión de Patrick?

-No lo sé. Probablemente, de regreso a la base.

-¡Ni hablar! Me tienen que dejar en Virgen Gorda, aunque tenga que saltar en paracaídas. Cosa que ya he hecho antes, por cierto.

-¿Y por qué?

-¡Porque allí han sido asesinados dos amigos míos y porque quiero saber la causa y quién lo ha hecho! Esa es la pista que pretendo seguir; la única que me parece tener un cierto sentido. Esa perra psicópata está operando desde las islas.

-Una vez que estemos a bordo del avión podrás ponerte en contacto con quien quieras. Es evidente que puedes ponerte en contacto con las personas que toman las decisiones, como ya hemos podido comprobar.

-Tienes razón -asintió Hawthorne, bajando el tono de voz-. Lo siento mucho, no tengo derecho a desahogarme contigo.

-No, no lo tienes. Has perdido a dos amigos y nosotros también, uno de los cuales quizá no lo fuera, pero, de todos modos, se trataba de dos amigos. Pensé que estábamos en el mismo bando. Diste buena prueba de ello hace pocas horas.

-Creo que lo que te está tratando de decir la comandante es que si piensas saltar sobre Virgen Gorda, nosotros saltaremos contigo -dijo Poole-. Recordamos perfectamente cuáles fueron nuestras órdenes. Te fuimos asignados.

-¿Supongamos que os ordeno regresar a vuestra base, a Patrick?

-Bien -comenzó a decir la piloto, dirigiendo una mirada a su teniente-, en tal caso es posible que se tenga que enfrentar a un motín. No nos puedes despachar así como así; hemos probado que servimos de algo.

-Y queremos ayudarte -añadió Poole, haciendo una mueca de dolor al levantar la cabeza y golpeársela contra el oculto rompeolas.

-No podrás ser de gran ayuda en el estado en que estás, teniente.

-Todo eso cambiará en veinticuatro horas con un par de baños calientes y quizás un poco de cortisona -dijo Jackson-. Recuerda que tengo alguna experiencia en el campo de la educación física. Sé muy bien cuándo estoy herido y cuándo no. Y no lo estoy.

-Los dos estáis locos -dijo Tye-. Está bien -prosiguió, sintiéndose demasiado fatigado como para oponer resistencia-, supongamos que no os licencio, ¿aceptaréis los dos el hecho de que yo soy el que manda en este entierro? ¿Haréis lo que yo diga?

-Naturalmente -contestó la comandante-. Tú estás al mando.

-Eso no os había impresionado mucho hasta ahora.

-Lo que ella pretende decirte, capitán, es que...

-¿Quieres dejar de explicar de una vez lo que pretendo decir o no? -intervino la comandante, que se dejó caer sobre la arena, se sentó cruzada de piernas y se quedó contemplando a Poole con expresión amenazante.

-Lo que ella pretende decirte -prosiguió Poole- es que los dos estamos de acuerdo en que tú eres el que mandas, pero si me presentan asuntos con los que no estás familiarizado, como pilotar un avión o programar ordenadores u otras cosas por el estilo, tendrás que escuchar nuestras opiniones, aunque puedas no estar de acuerdo con ellas.

-Acepto los dos primeros puntos. Pero es eso de «cosas por el estilo» lo que me preocupa.

-Bien, limitemos el asunto a nuestros campos de experiencia, ¿vale?

-Vale, os podéis considerar a bordo. Con qué fin es algo que sólo Dios sabe.

-Y hablando de estar a bordo -dijo Neilsen, mirando fijamente a Tyrell-. No te llevas muy bien con el capitán Stevens, ¿verdad?

-Eso no importa. No soy responsable ante él.

-Es tu oficial superior...

-¡Y un cuerno! Me contrató el MI-6, desde Londres.

-¿Te contrataron? -exclamó Poole.

-Así es. Aceptaron mi precio, teniente -respondió Hawthorne, estirando el cuello; se encontraba exhausto.

-Pero, todo eso que has dicho sobre esa increíble terrorista y ese ejército de fanáticos que la respalda, que colabora con ella en Londres, en París y en Jerusalén, todos dispuestos a perpetrar asesinatos en masa... ¿Te has alistado por un precio? -inquirió Neilsen.

-Así es como fue, sí.

-Eres un tipo extraño, capitán Hawthorne. No estoy segura de poder entenderte del todo.

-El hecho de que me entiendas o no, comandante, no guarda relación alguna con esta operación.

-Por supuesto que no..., ¡mi capitán!

-No guarda relación, Cath, porque estás metiendo el dedo en la llaga -dijo Poole, recostado contra el muro de contención tapado por las parras.

-¿De qué demonios estás hablando? -preguntó Hawthorne, quien, con los ojos medio entornados, parpadeaba compulsivamente para vencer el cansancio, aunque con cada parpadeo se acercaba cada vez más al sueño.

-Yo también estaba al teléfono cuando te pasaron la comunicación desde Patrick. Tu mujer fue asesinada por motivos que tú consideras falsos; eso fue al menos de lo que me pude enterar, y es por eso por lo que no volverías con tu antigua tropa ni aunque te ofreciesen en propiedad la mitad del estado de Washington.

-Eres muy observador -dijo Hawthorne en voz baja, hundiendo la barbilla en el pecho-. Incluso aunque no sepas de lo que estás hablando.

Librodot

-Hay algo más -prosiguió Poole-. Cuando te recogimos en Saba, quisiste dar la impresión de que todo te importaba un carajo, pero no era así. Parecías estar sobre ascuas cuando mis instrumentos empezaron a vomitar datos. Empezaste a ver algo que no habías visto hasta entonces y tus sentidos se agudizaron. Incluso atrapaste a Sal Mancini como una serpiente de cascabel lanzándose sobre una rata.

-¿Adónde quieres llegar? -preguntó Cathy.

-A algo que él sabe y que no quiere decirnos -contestó Poole.

-¡Esos... hijos de puta! -balbuceó Tyrell entre susurros, dando cabezadas, ahora con los ojos cerrados.

-¿Cuánto tiempo hace que no duermes? -preguntó Catherine, deslizándose sobre la arena hasta colocarse junto a Hawthorne.

-Me encuentro bien...

-Eso no es cierto -replicó la piloto, sujetando a Tyrell por los hombros-. Te estás cayendo, capitán.

-¿Dominique? -murmuró Hawthorne de repente, dejando caer hacia atrás su cuerpo, que se movió como en cámara lenta al ser sostenido por el brazo de Neilsen.

-¿Quién?

-Sujétalo, Cath -dijo Poole, extendiendo su mano derecha bajo la luz de la luna-. Esa Dominique, ¿es tu mujer?

-¡No! -exclamó Tyrell con voz ronca, ya prácticamente in-consciente-. Ingrid...

-¿Fue a Ingrid a quien asesinaron?

-¡Mentiras! Dijeron que había sido contratada por los... rusos.

-¿Era verdad? -preguntó Neilsen, meciendo ahora en sus brazos al adormilado Hawthorne.

-No lo sé -dijo Tyrell en voz apenas audible-. Ella quería detener todo eso.

-¿Qué es todo eso? -insistió el teniente.

-No lo sé..., todo.

-Duérmete, Tye -dijo Cathy.

-¡No! -replicó Poole-. ¿Quién es Dominique?

Pero Hawthorne se había sumido en el mundo de los sueños sobre la arena de la playa.

-Ese hombre tiene problemas -añadió Jackson.

-¡Cállate de una vez y prepara un fuego! -ordenó la comandante.

Dieciocho minutos después las llamas de una fogata proyectaban sombras sobre la playa, el extenuado Poole estaba sentado en la arena y observaba a Cathy, quien a su vez contemplaba al dormido Tyrell.

-Realmente tiene problemas, ¿no? -dijo la comandante.

-Más de los que hayamos podido tener jamás nosotros, incluyendo lo de Pensacola y Miami.

-Es un buen tipo, Jackson.

-Dime algo que no sé, Cath. Me he fijado en vosotros, en vuestras idioteces y todo lo demás, y como dice el capitán, soy buen observador. La verdad es que los dos haríais una pareja estupenda.

-No seas ridículo.

Librodot

-Fíjate en él. Está muy por encima de aquel Pensacola. Quiero decir que es todo un hombre y no un idiota presumido que no hacía más que mirarse en el primer espejo que encontraba.

-No es demasiado horrible -dijo la piloto de las fuerzas aéreas, sosteniendo la cabeza de Tyrell mientras le preparaba una almohada de arena-. Digamos que puede reunir las condiciones.

-No lo dejes escapar, Cath. Te lo digo yo que soy el genio, ¿lo has olvidado?

-El no está preparado aún, Jackson. Ni yo tampoco.

-Hazme un favor, ¿quieres?

-¿Cuál?

-Deja que las cosas se desarrollen con naturalidad.

La comandante dirigió la mirada hacia el teniente y luego la posó sobre el sereno rostro de Tyrell Nathaniel Hawthorne, quien reposaba parcialmente en su regazo. Se inclinó y le besó en sus entreabiertos labios.

-¿Dominique?

-No, capitán. Soy otra.

-*Bona sera, signore* -dijo Bajaratt, conduciendo al reticente barone-cadetto hacia donde estaba el reportero del Miami Herald que hablaba fluidamente el italiano-. Aquel joven pelirrojo me sugirió que viniésemos a hablar con usted. Su artículo sobre la conferencia de Prensa de ayer fue de lo más lisonjero, por cierto. Le damos las gracias.

-Siento que sólo hayamos podido sacarlo en las páginas de sociedad, porque el joven es extraordinario, condesa -dijo afablemente el periodista-. Ustedes dos son francamente imponentes, se lo digo de verdad. Y a propósito, mi nombre es Del Rossi.

-Y sin embargo, hay algo que le preocupa, ¿no es así?

-Bien puede decirlo, pero no pienso llevar eso a la letra impresa.

-¿Y de qué se trata exactamente?

-¿A qué juega usted, señora?

-No le entiendo...

-Pero él sí que me entiende. Entiende todo lo que decimos en inglés.

-¿Qué le hace pensar eso?

-Porque soy bilingüe, al igual que usted será probablemente plurilingüe. ¿No le parece que eso se advierte siempre en los ojos? Un fogonazo de comprensión, un destello de resentimiento o de regocijo; todo eso nada tiene que ver con el tono de la voz o con la expresión del rostro.

-Puede tratarse también de comprensión parcial, quizá fortalecida por una conversación previamente traducida... ¿acaso no es eso posible, señor lingüista?

-Todo es posible, condesa, pero ese joven habla y entiende el inglés... ¿No es cierto lo que digo, joven amigo?

-¿Qué?... ¿Che cosa?

-Caso cerrado, señora -sentenció Del Rossi, sonriéndose bajo la mirada fija de Bajaratt-. Pero, ¡ojo!, no se lo tome a mal, condesa. En realidad, todo es de una astucia exquisita.

-¿Y qué pretende decir con eso? -inquirió Bajaratt en tono glacial.

-Me refiero a la facultad de retractarse basándose en haber entendido mal. Esos zorros rusos, los chinos y hasta los de la Casa Blanca son especialistas al respecto. El joven puede decir lo que se le antoje y desmentirlo después, aduciendo que no se había enterado.

-Pero, ¿por qué? -insistió Bajaratt.

-Hasta ahora no lo he podido descubrir, lo que explica por qué no lo he publicado.

-¿Pero no fue usted uno de los periodistas que habló personalmente con el barone en Ravello?

-Eso es cierto, y para serle franco, no fue precisamente la mejor fuente de información que he tenido. Se contentó con decirme *faccia qualunque y quaisiasi cosa sia necessaria*. Para venir a decirme en el fondo que todo cuanto diga el joven es la verdad. ¿Qué verdad, condesa?

-Las inversiones que piensa hacer la familia, por supuesto.

-Pudiera ser, pero ¿por qué me dio la impresión de que hablar con el gran barón era algo tan revelador como hablar con un contestador automático?

-Producto de su imaginación calenturienta, signore. Pero ya se ha hecho tarde y tenemos que retirarnos. ¡*Buona sorte*!

-Yo también me voy a retirar -dijo el periodista-. Hay un buen trayecto en coche hasta Miami.

-Hemos de despedirnos de nuestros anfitriones -dijo Bajaratt, cogiendo a Nicolo del brazo e indicándole que se adelantara.

-Los seguiré -dijo Del Rossi, quien estaba disfrutando a todas luces aquel momento-, pero mantendré como es debido veinte pasos de distancia.

Bajaratt se dio media vuelta, mirando repentinamente al periodista con expresión afectuosa; la frialdad había desaparecido de sus ojos.

-¿Por qué, signor giornalista? Eso sería muy poco democrático de su parte. Parecería como si estuviese en contra nuestra, como si censurarse nuestra posición social.

-¡Oh, no, condesa! Ni censuro ni estoy a favor. En mi profesión no solemos hacer juicios, nos limitamos a contar las cosas tal como son.

-Pues hágalo entonces, pero ahora usted caminará a mi lado y yo iré entre dos apuestos italianos mientras nos despedimos.

-Es usted un caso, señora -replicó Del Rossi, adelantándose y ofreciendo gentilmente su brazo a Bajaratt.

-Y usted es demasiado retorcido para mí, signore -dijo la Baj mientras los tres se encaminaban por el césped.

Y entonces, sin previo aviso, la condesa Cabrini se tambaleó hacia delante, perdió el equilibrio y se cayó al suelo con el cuerpo torcido, ya que al parecer el tacón de uno de sus zapatos había quedado aprisionado en un cúmulo de hierba blanda o en una boca de riego. Pegó un grito, mientras Nicolo y Del Rossi se lanzaban inmediatamente sobre ella, se arrodillaban y le tendían sus brazos.

-¡Mi pie! ¡Sacádmelo, por favor, o quitadme el zapato!

-¡Ya lo tengo! -exclamó el periodista, quien con delicados ademanes liberó de la hierba el tobillo de Bajaratt.

-¡Oh, muchas gracias! -dijo Bajaratt, cogiéndose de la pierna de Del Rossi para apoyarse, mientras un tropel de invitados corría hacia ellos y los rodeaba.

-Ay! -gimió el periodista, en cuyo pantalón apareció un hilo de sangre mientras él y Nicolo ayudaban a la condesa a ponerse de pie.

-¡Gracias..., muchas gracias a todos! Me encuentro bien, perfectamente bien. ¡Tan sólo estoy mortificada por mi torpeza!

Un coro de simpatía y comprensión saludó a la contessa, que se dirigió en compañía de su escolta a despedirse de sus anfitriones, quienes se encontraban en el patio, dando las buenas noches a los invitados que se iban.

-¡Santo cielo! -exclamó Bajaratt, al advertir el chorro de sangre en la pernera derecha de los pantalones de Del Rossi-. Al agarrarme a usted, le he rasgado los pantalones con este estúpido brazalete. ¡Aún peor, le he herido! ¡Lo siento muchísimo!

-No es nada, condesa, no es más que un rasguño.

-¡Tiene que enviarme la factura por sus pantalones!... La verdad es que me gustaba este diseño, pero esas púas de oro son aterradoras. ¡No me lo volveré a poner jamás!

-Bueno, estos pantalones provienen de la percha de una tienda de rebajas. No se preocupe por ninguna factura... Recuerde tan sólo una cosa, señora; usted es muy amable y yo soy muy amable, pero no por eso voy a dejar de cavar.

-¿Dónde piensa cavar, signore? ¿En la tierra?

-Yo no me ensucio con la tierra, condesa, eso es algo que dejo para los demás. Pero una tierra que ha sido intoxicada es harina de otro costal.

-Pues cave entonces, se lo ruego -replicó Bajaratt, mirándose el brazalete de oro, que llevaba firmemente colocado en la muñeca de su brazo derecho y en el que la punta de una espina de oro estaba teñida de sangre, pero nadie advirtió en el extremo un oscuro y diminuto orificio... abierto-. No encontrará nada.

The Miami Herald: Reportero del Herald muerto en accidente.

WEST PALM BEACH, martes, 12 de agosto. Angelo Del Rossi, galardonado con el premio Pulitzer y colaborador destacado de este periódico, perdió la vida anoche en la carretera nacional 95 cuando su automóvil se salió de la carretera y se estrelló contra el edificio de hormigón de una estación repetidora. Se supone que Del Rossi se quedó dormido al volante. Varios de sus afligidos colegas expresaron no sólo su pesar, sino también su comprensión por el trágico suceso. -Era un tigre, un auténtico cazador de noticias -dijo uno de ellos. -Se pasaba días enteros sin dormir con tal de completar una historia. La noche pasada, Del Rossi regresaba de una cena que se había ofrecido en honor del recientemente llegado barone-cadetto de Ravello, Dante Paolo. El joven heredero de la baronía de Ravello expresó su conmoción y su horror, diciendo por mediación de su intérprete que había entablado inmediatamente amistad con el italiano parlante Del Rossi, quien le había prometido enseñarle a jugar al golf.

El señor Del Rossi deja una viuda, Ruth, y dos hijas.

IL Progresso Ravello (traducido del italiano)

Un barón de crucero por el Mediterráneo.

RAVELLO, 13 de agosto. Carlo Vittorio, de Ravello, el barón que tantas condecoraciones ha obtenido en su vida, aduciendo un empeoramiento en su mal estado de salud, se embarcará a bordo de su yate In Nicolo para efectuar un largo crucero por el Mediterráneo. «Las islas de nuestro gran mar me devolverán la salud para que pueda volver a ejercer mis responsabilidades», dijo, dirigiéndose a sus invitados en una fiesta de despedida celebrada en el puerto de Nápoles.

CAPÍTULO XIII

Los primeros rayos del sol extendían sus reflejos anaranjados por las aguas verdosas y azuladas mientras las aves, en busca de alimento, expandían sus cantos y graznidos desde las copas de las palmeras y en lo alto del colgante follaje tropical, Tyrell abrió de repente los ojos, sobresaltado, inseguro y luego desconcertado al advertir que tenía apoyada su cabeza sobre los hombros de Cathy, cuyo rostro dormido tan sólo se encontraba a escasos centímetros del suyo. Se volvió al otro lado, apartándose lentamente, y se incorporó, apoyándose en manos y rodillas, para mirar parpadeante la deslumbrante luz; con movimiento brusco, miró de pronto a su alrededor, al percibir los crepitantes sonidos de la fogata, y vio a Poole, cojeando y recogiendo escombros, que luego arrojaba sobre las llamas. La negra humareda que se alzaba por los aires era lo único que perturbaba la limpidez de aquel cielo desprovisto de nubes.

-¿Para qué es eso? -inquirió Hawthorne, que repitió inmediatamente en un susurro la pregunta cuando el teniente se llevó el índice a sus labios-. ¿Para qué es eso?

-Supuse que si el piloto del avión que ha de recogernos recibía algún número equivocado en las coordenadas, al menos podría divisar el fuego. Nada más que como ayuda adicional, eso es todo.

-¿Estás caminando...?

-Ya te dije que tan sólo se trataba de un par de contusiones. Me pasé media hora en el mar mojándome las piernas y estirándolas bien; ahora resultan soportables.

-¿Cuándo tiene prevista su llegada ese avión?

-A las seis en punto, más o menos, si el tiempo lo permite -respondió Catherine Neilsen con los ojos aún cerrados-. Y ya podéis dejar de cuchichear.

La piloto se incorporó, apoyándose en los codos, se alzó la manga de su traje impermeable, cuya cremallera estaba abierta, y se echó un vistazo al reloj de pulsera.

-¡Dios mío -exclamó-, si tan sólo falta un cuarto de hora!

-¡Caramba! -dijo Poole-. ¿Es que acaso te han dado hora en el salón de belleza?

-No te alejas mucho de la verdad, Jackson. Esta chica tiene que meterse entre las parras y ejecutar un número de contorsionista... A propósito, ¿tendrían la amabilidad los dos caballeros de volverse a poner sus trajes? Dos hombres en calzoncillos (uno de los cuales está reveladoramente mojado, debo añadir) y una sola mujer en una isla proverbialmente desierta no es precisamente la imagen que quiero llevar de vuelta a Patrick.

-¿A Patrick? -protestó enérgicamente Hawthorne-. ¿Quién ha hablado de ir a esa base aérea?

-Ya hemos discutido eso, Tye, y si no lo recuerdas, nadie te lo va a echar en cara. Hace unas tres horas eras el hombre más extenuado que he visto en mi vida. Aún tendrías que pasarte una semana durmiendo.

-Tienes razón, no en lo del sueño, pero sí que me acuerdo. Dije que no haría caso de la orden de ir a presentarme ante Stevens en Washington y que me quedaría en Virgen Gorda.

-¡Te equivocas! -protestó Poole-. Tú no te vas a quedar en Virgen Gorda: nos vamos a quedar los tres. Puede ser que tengas una cuenta o seis que saldar, pero nosotros también tenemos una que es de gran importancia para Cath y para mí. Y esa cuenta pendiente es la de Charlie... ¿Te acuerdas de Charlie?

-Claro que me acuerdo -dijo Tyrell, escudriñando al teniente-. Nos quedaremos en Virgen Gorda.

-¡Ahí está el avión! -gritó Cathy, poniéndose en pie de un salto-. ¡He de darme prisa!

-Créeme -dijo el teniente-, te esperarán hasta que te hayan hecho la permanente.

-¡Vestiros de una vez! -gritó la comandante, saltando al terraplén y desapareciendo entre los matorrales.

-Askelón -susurró la voz desde Londres.

-¡Jamás lo olvidaremos! -contestó Bajaratt-. Durante los próximos días no podré ponerme en contacto contigo en las fechas y teléfonos acordados. Partimos en avión para Nueva York y las cosas se precipitan.

-No importa. Estamos haciendo un trabajo magnífico. Uno de nuestros hombres acaba de ser contratado para el destacamento de seguridad del servicio de transportes de Downing Street.

-¡Eso es fabuloso!

-¿Y con respecto a ti, Baj?

-Lo mismo. Los círculos se ensanchan cada vez más, pero ampliándose de forma selectiva. La venganza será nuestra, amigo mío.

-Y siempre lo será.

-Comunica lo que te he dicho a París y a Jerusalén, pero diles que han de seguir ateniéndose a nuestros planes en caso de emergencia, respetando fecha, lugar y hora.

-Hablé esta mañana con Jerusalén; ese cabrón alocado no cabe en sí de gozo.

-¿Por qué?

-Se encontró con un grupo de oficiales judíos, altos mandos del Estado Mayor, en un restaurante de Tel Aviv. Fue una noche de borrachera y los tipos se quedaron entusiasmados con su forma de cantar. Los han invitado a varias fiestas.

-Dile que sea precavido. Su documentación es tan falsa como su uniforme.

-Nadie tiene mejor disfraz que él, Baj. Por cierto, reconoció a dos de los oficiales; dos lechoncillos del carnicero Sharon.

-Interesante -dijo Bajaratt tras guardar silencio durante unos momentos-. Sharon podría ser un plus bienvenido.

-Eso es lo que piensa Jerusalén.

-Pero no a expensas del precio, díselo.

-Lo entenderá.

-¿Algo nuevo en París?

-Bueno, ya sabes que se está acostando con un miembro muy importante de la cámara de diputados, un amigo íntimo del presidente. Es una chica astuta, muy sagaz.

-Mejor sería si se estuviese acostando con el presidente.

-Podría ocurrir.

-Askelón -dijo Bajaratt, dando por terminada la conversación.

-¡Jamás lo olvidaremos! -contestó la voz desde Londres.

La isla británica de Virgen Gorda seguía sumida en sus sueños cuando el hidroavión de las fuerzas aéreas de Estados Unidos, que había recibido su permiso de aterrizaje del palacio de la Gobernación, se deslizaba sobre las aguas a una distancia de dos millas al sur del club náutico. Hawthorne había solicitado que no se les prestase asistencia, ya que el equipo habitual del avión incluía varios botes inflables de polivinilo y quería que la llegada de los tres a la isla se realizase bajo las más extremas medidas de seguridad. Tras haber terminado de impartir sus instrucciones, y cuando ya había colocado de nuevo el radioteléfono en su horquilla, Catherine Neilsen lo interpeló desde el asiento de al lado, alzando lo suficientemente la voz como para que se la oyera por encima del ruido de los motores exteriores.

-¡Espera un momento, inteligentísimo jefe! ¿No te has olvidado de algo?

-¿De qué? Lo he arreglado todo para que entremos en Virgen Gorda, ¿qué más quieres?

-¿Algo de ropa, quizá? La nuestra se encuentra en el hidrodeslizador británico, a varias millas de distancia de aquí, y me da la impresión de que con esta facha nuestra presencia será detectada como la del Hombre Araña vestido de negro. Por otra parte, si crees que estoy dispuesta a pasearme en braga y sostén junto con dos gorilas en calzoncillos blancos y sin afeitar, estás equivocado, capitán.

-Supongo que se nos permitirá llevar ropas que caigan fuera del campo de tu experiencia, ¿eh, Tye? -dijo Poole, sonriendo maliciosamente-. Ya sabemos que a ti te gustan los trajes de faena mugrientos, pero nosotros provenimos de una clase superior.

Así que Hawthorne volvió a coger el teléfono y le pasaron la comunicación a la centralita del club náutico.

-¡Póngame con el señor Geoffrey Cooke, por favor! Tyrell estuvo esperando mientras escuchaba el incesante sonido de llamada sin que nadie acudiese a contestar. Finalmente, el recepcionista se puso al aparato.

-Lo siento, señor, pero no hay respuesta.

-Pruebe con el señor Ardisonne, Jacques Ardisonne.

-En seguida, señor.

De nuevo la llamada fue en vano y de nuevo el recepcionista se puso al aparato.

-Me temo que es lo mismo, señor.

-Escúcheme, soy Tyrell Hawthorne y tengo un problema...

-¿Capitán Hawthorne? Me pareció que era su voz, pero hay mucho ruido desde donde usted llama.

-¿Quién habla?

-Beckwitz, señor, el recepcionista de noche. ¿Le parece que hablo razonablemente el inglés, señor?

-Como salido del palacio de Buckingham -contestó Tye, satisfecho de haber recordado quién era aquel hombre-. Escúchame, Beck, tengo que hablar con Roger y me ha dejado su número de teléfono en mi barco. ¿Me lo puedes dar?

-No hace falta, capitán. Está supliendo al chico que tiene el turno de día, pues el pobre tuvo una pelea y ahora está en la cárcel. Le pasaré la comunicación.

-¿Dónde te has metido durante toda la noche, Tye? -le preguntó Roger, el camarero del bar de la playa-. ¡Eres una lagartija bribona, que se va de un lado a otro sin decir nada a nadie!

-¿Dónde están Cooke y Ardisonne? -inquirió Hawthorne, interrumpiéndolo.

-Todos hemos estado tratando de llamarte a San Martín, pero habías desaparecido, chico.

-¿Dónde están ahora?

-Fuera de la isla, Tye. Recibieron una llamada desde Puerto Rico a eso de las diez y media, una llamada de lo más loca, chico, tan loca que telefonearon inmediatamente al palacio de la Gobernación. ¡Y a continuación todo fue de locos! La Policía vino a llevarlos hasta el cabo de San Sebastián, allí la patrullera de la costa los llevó a un hidroavión y el piloto los condujo a Puerto Rico. ¡Eso fue lo que me dijeron que te contara!

-¿Eso es todo?

-No, chico, me he reservado lo mejor para el final..., según creo. Me dijeron que te informara de que tenían a un tipo llamado Grimshaw...

-¡Eso es un descubrimiento importantísimo! -gritó Hawthorne, cuyo vozarrón retumbó en todo el fuselaje del avión.

-¿Qué ocurre? -gritó Nielsen.

-¿De qué se trata, Tye? -chilló Poole.

-¡Hemos pescado a uno de ellos!... ¿Alguna otra cosa más, Roger?

-No, en realidad, salvo que esos dos merluzos me han dejado una cuenta sin pagar.

-¡Pero si has recibido cincuenta veces más que eso!

-La mitad hubiese bastado. El resto ya me habría encargado de robarlo.

-Una última cosa, Roger. Llego en avión con dos amigos, pero necesitamos algo de ropa...

Roger el del chiringuito se reunió con ellos en una playa solitaria al este de la isla, a unos centenares de metros de distancia de los muelles del club náutico, y arrastró el pesado bote de caucho hasta la arena.

-Aún es demasiado pronto como para que vengan los turistas, y los patrones no pueden veros, así que seguidme. He conseguido una casa vacía donde podréis cambiaron, allí tenéis las ropas... ¡Esperad un momento! ¿Qué se supone que debo hacer con este bote inflable? Un trasto de éstos cuesta unos dos mil dólares.

-¡Desínflalo y véndelo! -respondió Hawthorne-. Pero asegúrate de borrar antes todas esas siglas. Si no sabes cómo hacerlo, yo te enseñaré. Vamos a la casa.

Las ropas eran perfectamente adecuadas, y en el caso de la comandante Neilsen, más que aceptables.

-¡Eh, Cathy, estás maravillosa! -exclamó Poole, silbando por lo bajo cuando la piloto salió del dormitorio ataviada con un sencillo vestido de tela estampada con ardientes colores tropicales, una paleta abstracta de los dibujos que adornan las plumas de los papagayos y de los loros, un modelo diseñado para hacer resaltar las redondeces superiores e inferiores del cuerpo femenino.

Como una niña coqueta, Cathy se dio media vuelta, mientras se ajustaba el vestidito de algodón.

-¿Y por que, teniente, jamás te he oído decir algo parecido... Salvo en una ocasión, quizá, en un tugurio de estriptís en Miami.

-Lo de Miami no cuenta y tú lo sabes, pero, con excepción de aquella boda, de la que no recuerdo gran cosa, jamás te había visto con vestido, y desde luego no con uno como ése. ¿Qué opinas tú, Tye? ¿Crees que puede pasar?

-Estás adorable, Catherine -dijo lacónicamente Hawthorne.

-¡Gracias, Tyrell! No estoy acostumbrada a todas estas lisonjas. Creo que voy a ponerme colorada, ¿podéis creerlo?

-Me gustaría creerlo -contestó cariñosamente Tye, viendo de repente en una pantalla inferior el rostro de Cathy durmiendo a su lado... ¿O era el de Dominique? Daba igual, ambas imágenes le afectaban..., la de la última con un dolor punzante unido a un sentimiento de pérdida. ¿Por qué lo habría abandonado de nuevo?-. Pronto tendremos noticias de Cooke y de Ardisonne desde Puerto Rico -dijo bruscamente, rompiendo aquel interludio de admiración y volviendo la mirada hacia la ventana-. Quiero tener a ese Grimshaw entre mis manos, quiero doblegarlo yo mismo y obligarle a decirme cómo descubrieron a Marty y a Mickey.

-Y a Charlie -añadió Poole-. No te olvides de Charlie..

-¿Pero quién demonios es esa gente que es capaz de hacer lo que está haciendo? -gritó Hawthorne, dando un puñetazo sobre el primer mueble que encontró.

-Dijiste que vienen de Oriente Medio -insinuó Cathy.

-Eso es cierto, pero es demasiado amplio. Vosotros no conocéis a la gente del valle de la Bekaa, pero yo sí. Hay allí una docena de facciones que luchan entre sí por la supremacía y cada una de ellas se arroga el privilegio de ser la espada justiciera de Alá. Pero ese grupo es diferente; pueden ser fanáticos, pero van mucho más allá de Alá o de Jesucristo o de Mahoma o de Moisés. Sus fuentes son demasiado variadas, su infraestructura es demasiado amplia...

Librodot

¡Santo cielo, si hasta hay filtraciones en Washington y en París, de las que tenemos constancia, tienen conexiones con la mafia, disponían de una isla fortificada, recurren a los satélites japoneses, tienen cuentas en Suiza, están relacionados con personas en Miami y en Palm Beach, y quién sabe cuántas cosas más! Esos contactos no pueden ser el resultado de llamamientos fanáticos a los creyentes en dioses y profetas elegidos. ¡No!, puede que sean fanáticos, pero también son mercenarios, capitalistas del terrorismo en-vueltos en un negocio a escala mundial.

-Han de tener una lista de clientes que no se la salta un venado -dijo Poole-. ¿Cómo los consiguen?

-Es una lista de dos columnas, Jackson. Venden y compran.

-Pero ¿qué, Tye?

-A falta de una palabra mejor: desestabilización. Los medios para lograrla y su propia ejecución.

-Creo que la siguiente pregunta es: ¿por qué? -dijo Neilsen, con el ceño fruncido-. Puedo entender lo del fanatismo, pero ¿a cuento de qué iba a cooperar gente que no está ni remotamente interesada en su causa (como la mafia, por ejemplo) y mucho menos pagar por ello?

-Porque esas personas sí están interesadas y porque todo eso no tiene maldita la cosa que ver con la religión o con las convicciones políticas. Tiene que ver con el poder. Y con el dinero. Allí donde exista desestabilización habrá un vacío de poder. Y donde hay un vacío de poder se pueden hacer millones, ¡qué demonios!, miles de millones. Cuando cunde el pánico, uno se puede infiltrar en los gobiernos; atendiendo a los deseos del cliente, se puede colocar a hombres en puestos claves para su futuro uso; países enteros pueden ser puestos bajo el control de los intereses creados, lo que no se descubrirá hasta que no hayan sido esquilmados del todo sus territorios; y para cuando eso ocurra, los agentes ya habrán desaparecido o tendrán garantizado el asilo político.

-¿Y tales cosas pueden ocurrir realmente de ese modo?

-Señora, yo lo he visto. Desde Grecia hasta Uganda, desde Haití hasta Argentina, desde Chile a Panamá, y en su mayor parte en los países del antiguo bloque del telón de acero, cuyos burócratas gobernantes eran tan comunistas como los Mellon y los Rockefeller.

-¡Vaya, resulta que he sido un idiota toda mi vida! -exclamó el teniente Poole-. Jamás me había puesto a pensar en ello. Me avergüenzo de mí mismo, pues ahora entiendo lo que quieres decir.

-¡No te martirices! Se trataba de mi profesión, Jackson. El análisis social es fundamental en el trabajo de espionaje.

-¿Y qué hacemos ahora, Tye? -inquirió Cathy.

-Esperaremos hasta tener noticias de Cooke y de Ardisonne. Si es lo que imagino, iremos a Puerto Rico en un avión militar.

En ese momento alguien llamó a la puerta de la casa, una llamada innecesaria, pues la voz que siguió pertenecía al camarero del bar de la playa.

-Soy yo. Tengo que hablar contigo, Tye.

-¡Por el amor de Dios, Roger, la puerta no está cerrada con llave!

-A lo mejor es que no tenía ganas de entrar -dijo Roger, entrando y cerrando la puerta. Llevaba un periódico en la mano. Se acercó a Hawthorne y le mostró el periódico-. Es la edición matutina del The San Juan Star; lo han traído en avión hace una media hora y lo estaban comentando como viejas cotillas en la recepción; lo he doblado para ti.

Dos cadáveres encontrados entre las rocas del Castillo del Morro.

SAN JUAN, sábado: Los cuerpos de dos hombres de mediana edad fueron descubiertos a primera hora de la mañana empotrados entre las rocas de esa zona de la costa, al oeste de los bohíos del litoral. Los dos hombres fueron identificados gracias a sus pasaportes y resultaron ser Geoffrey Alan Cooke, ciudadano británico, y Jacques René Ardisonne, natural de Francia. Según se ha podido establecer, los dos hombres murieron ahogados, antes de que sus cuerpos fuesen arrojados por el mar contra las rocas. Las autoridades harán nuevas indagaciones en el Reino Unido y en Francia.

El artículo no sólo era breve, sino que contenía un horrible mensaje. Tyrell Hawthorne tiró el periódico al suelo, lo pisoteó, se precipitó hacia la ventana y atravesó el cristal de un puñetazo, con lo que la mano le quedó cubierta de sangre.

Desde el ático de Manhattan, en lo alto de la Quinta Avenida, se divisaban las luces del Central Park. El apartamento estaba debidamente alumbrado con la suave claridad que arrojaban las arañas de cristal y las velas dispuestas en candelabros de vidrio, con motivos florales, sobre mesas con manteles de damasco. Entre los invitados se encontraban las celebridades de la ciudad: políticos, magnates latifundistas, banqueros y columnistas de los periódicos más prominentes, a lo que habría que añadir diversas estrellas del cine y de la televisión, reconocibles a primera vista, así como a un grupo de escritores de fama, cada uno de los cuales había publicado sus obras también en Italia. Todos habían sido convocados por su anfitrión, el último superviviente del auge económico de los ochenta, un empresario extravagante, cuyas discutibles manipulaciones en el terreno del mercado de bonos habían pasado inadvertidas, mientras que la inmensa mayoría de sus socios había ido a parar a la cárcel. Sin embargo, su Waterloo se divisaba en el horizonte, sus inmensas deudas pendientes estaban a punto de vencer y sus favores a las celebridades eran reconocidos, aunque fuese a regañadientes, por lo que todos estaban allí. El centro de atención era un joven, cuyas posibles recomendaciones a su padre, el barón de Ravello, hombre inmensamente acaudalado, podrían aliviar considerablemente las dificultades del anfitrión.

La velada se desarrollaba con tranquilidad empalagosa, más o menos como la fiesta celebrada al aire libre y bajo la luz de la luna en la mansión de Palm Beach, donde el barone-cadetto y su tía, la contessa, habían recibido a los invitados como si fuesen el hijo favorito del zar y la hermana del soberano ruso en una recepción en la vieja San Petersburgo. Para irritación de Bajaratt, una de las jóvenes actrices de televisión, que hablaba italiano, se había enfrascado en una prolongada conversación con Dante Paolo una vez que fueron hechas las presentaciones de rigor y que todo el mundo se vio provisto de cócteles. No eran en modo alguno los celos lo que perturbaba a Bajaratt: era el fantasma del peligro. Una joven refinada y que hablaba varios idiomas podría descubrir con facilidad los defectos en la noble crianza de Nicolo. El peligro, sin embargo, se disipó como por encanto cuando Nico se acercó a Bajaratt en compañía de la morena actriz.

-¡Cara zia, mi nueva amiga habla un italiano delicioso! -gritó Nicolo en italiano.

-He podido percatarme -dijo Bajaratt, también en italiano y sin mucho entusiasmo-. ¿Recibió su educación en Roma, niña mía, o quizás en Suiza?

-¡Cielos, no, condesa! Después del instituto, los únicos maestros que tuve fueron unos bichos raros, actores chiflados por el método Stanislavski, en las clases de interpretación, hasta que me metí en lo de las series de televisión.

-¡Pero si ya la habías visto antes, querida tía, yo también la había visto! En una serie que en Italia se llama Selli Vendetta. ¡Todo el mundo la ve! Hace el papel de esa chica tan dulce

Librodot

que se hace cargo de su hermano menor y de su hermana pequeña después de que los bandidos dan muerte a sus padres.

-La traducción no es demasiado sensacionalista, Dante. No es en modo alguno lo mismo que Revenge of the Saddles. Pero, fíjate, ¿a quién le importa? Todo el mundo la ve.

-¿Y a qué se debe esa fluidez en nuestra lengua...?

-Mi padre tiene en Brooklyn una tienda de productos italianos, una tienda de ultramarinos. Y donde viven mis padres pocas son las personas de más de cuarenta años que hablan inglés.

-Su padre tiene quesos de Parma y de Portofino y hasta el mejor prochute del sur. ¡Ay, cómo me gustaría ir a Brooklyn!

-Me temo que no vamos a tener tiempo, Dante. Mañana por la mañana he de volver en avión a la costa -dijo la actriz.

-Mi querida niña -dijo rápidamente Bajaratt en italiano; su frialdad se había desvanecido de súbito, sonreía a la actriz y en el tono de su voz se advertía una afabilidad inusitada, pues la mujer estaba concibiendo una idea-. ¿Es realmente tan necesario que regrese a..., a...?

-A la Costa; es así como la llamamos -completó la joven-. Se trata de California. Tengo que empezar a rodar dentro de cuatro días y necesito pasarme unos cuantos corriendo por la playa para rebajar lo que me ha proporcionado la cocina materna. La hermana mayor de los Saddles tiene que interpretar su papel.

-Pero si se quedase un día más, aún le quedarían dos para la playa, ¿no es así?

-Por supuesto, pero ¿por qué?

-Mi sobrino se ha quedado muy impresionado con usted...

-¡Un momento, señora mía! -exclamó la actriz, hablando en inglés y visiblemente ofendida.

-¡No, por favor! -la interrumpió Bajaratt, también hablando en inglés-. Usted no me ha entendido bien. *Rispetto, rispetto totale*. Siempre en público y yo estaré a su lado; se encontrará adecuadamente protegida. Se trata únicamente de todas esas conferencias de negocios con personas que son mucho mayores que él; así que pensé que al menos un día junto a alguien que es de su misma edad y que habla su misma lengua significaría un auténtico alivio para él. Ha de estar ya harto de andar con su vieja tía.

-Si usted es vieja, condesa -dijo la joven, aliviada y volviendo al italiano-, yo aún me encuentro en pañales. Usted es un bombón, como dicen en la Costa.

-¿Se quedará entonces?

-¡Oh!, bueno... y ¿por qué no? -contestó la joven actriz, contemplando el agraciado rostro de Nicolo y esbozando una sonrisa.

-Como quiera que debemos empezar a primera hora de la mañana -dijo Bajaratt-, ¿podríamos conseguirle una habitación en nuestro hotel para después de la cena?

-No conoce a mi padre. Cuando vengo a Nueva York, tengo que dormir en casa, condesa. Mi tío Ruggio tiene un taxi de su propiedad y me estará esperando.

-Podríamos llevarla hasta Brooklyn -insistió Nicolo, muy excitado- ¡Tenemos una limusina!

-¡Anda, entonces puedo enseñarles la tienda de papá! Los quesos, los embutidos, los jamones ahumados.

-¡Por favor, cara mia!

-Y el tío Ruggio puede seguirnos con su taxi; de ese modo papá no se enfadará.

-Su padre la protege mucho, ¿no es cierto? -inquirió Bajaratt.

-¡No me hable de eso! Desde que estoy en Los Angeles no paran de llegar a mi apartamento las solteronas de la familia. ¡Cuando una se marcha, a los veinte minutos aparece otra!

-Un buen padre italiano, que educa a su familia en las tradiciones apropiadas.

-Angelo Capelli, padre de Angel Capell, que es así como mi agente ha abreviado mi nombre, pues piensa que lo de Angelina Capelli está bien para una camarera de un restaurante de comidas económicas de Nueva Jersey, es el padre más severo de todo Brooklyn. Pero si le digo que voy a llevar a casa a un barón de verdad para presentárselo a mamá y a él...

-Tía Cabrini -dijo Nicolo, en cuyas palabras se advertía un cierto tono autoritario-. Ya hemos saludado a todo el mundo, ¿no podríamos irnos? ¡Quiero saborear los quesos, probar ese prochute!

-Veré lo que puedo hacer, sobrino, pero... ¿podríamos hablar un momento a solas?... No se trata de nada del otro mundo, mi querida joven, tan sólo unas cuantas palabras sobre una persona con la que quiero charlar antes de que nos marchemos. De negocios, por supuesto.

-¡Oh, desde luego! Además, por ahí anda un crítico del Times que me hizo una reseña fabulosa sobre un pequeño papel que interpreté en la comunidad; estaba relacionado con la serie. Le envié una carta, pero nunca le di las gracias personalmente. Me reuniré de nuevo con ustedes dentro de unos momentos.

La joven actriz, sin soltarla copa de champaña llena de cerveza de jengibre, se dirigió hacia donde se encontraba un hombre obeso y de barba canosa, con ojos de leopardo y labios de orangután.

-¿Qué ocurre, signora? ¿He metido en algo la pata? -preguntó Nicolo.

-En modo alguno, querido, tan sólo te has divertido con alguien de tu edad y eso está muy bien. Pero ¡recuérdalo: no sabes inglés! ¡Que tu mirada no vaya a traicionarte!

-No hemos hablado más que en italiano, Cabi... No estarás enfadada porque la encuentre atractiva, ¿verdad?

-Serías un idiota si no te gustase, Nicolo. La mentalidad de las clases medias es irrelevante y no puede ser aplicada ni a ti ni a mí, pero algo me dice que no la tratas como podrías tratar a una mujer que hubieses conocido en los muelles de Portici y que estuviese deseando tu cuerpo.

-¡Jamás! Es una chica italiana completamente honesta, amén de famosa, a quien yo respeto, de acuerdo con las tradiciones familiares, al igual que respeto a mis hermanas. No forma parte de ese mundo en el que me has metido.

-¿Es qué no estás satisfecho con ese mundo, Nicolo?

-¿Y cómo no iba a estarlo? Jamás he vivido como ahora... como nunca hubiese podido soñar.

-Bien. Ve con tu bellisima ragazza, me reuniré en seguida con vosotros.

Amaya Bajaratt se dio media vuelta y se dirigió airosamente hacia donde estaba su anfitrión, que se encontraba enfrascado en una profunda e incluso acalorada discusión con dos banqueros. De repente sintió que alguien la tocaba en el hombro, suave pero firmemente. Volvió la cabeza y se encontró con el atractivo rostro de un hombre de pelo blanco, ya entrado en años, que podría haber posado perfectamente para una revista británica en un anuncio en el que se ensalzasen las virtudes del «Rolls-Royce».

-¿Nos hemos visto antes, caballero? -inquirió Bajaratt.

-Nos acabamos de ver en estos momentos -replicó el hombre, cogiéndole la mano y rozando la carne con sus labios-. Llegué algo tarde, pero he podido observar que todo le va muy bien.

-Es una velada encantadora, por supuesto.

-¡Oh!, se trata de la muchedumbre que la integra, puede creerme. Resuman encanto por todos los poros. Saben hacer frases, y eso es justamente lo que aquí abunda. El poder y la riqueza conjugados convierten a los gusanos en mariposas, tan vistosas como las Danais de las regiones tropicales.

-¿Es usted escritor..., novelista quizás? He conocido a varios en esta fiesta.

-¡Santo cielo, no! Apenas puedo escribir una carta sin ayuda de una secretaria. Las observaciones maliciosas son tan sólo parte de los gajes de mi oficio.

-¿Y cuál es su oficio, signore?

-Un cierto legado aristocrático, pudiera decirse, distribuido fundamentalmente entre los miembros del cuerpo diplomático, diplomáticos de muchos países, generalmente siguiendo órdenes del Departamento de Estado.

-¡Qué fascinante!

-Lo es, desde luego -asintió el forastero, sonriéndose-. De todos modos, como quiera que no soy alcohólico ni me atormentan las ambiciones políticas y como dispongo de una mansión más bien espléndida, que me encanta exhibir de verdad, el Departamento de Estado piensa que mi entorno es un terreno atractivo y neutral para los dignatarios que vienen a visitarnos. Allí se puede practicar la equitación, en compañía de un caballero o de una dama, luego se puede jugar al tenis o nadar en una piscina con una cascada, se puede comer opíparamente y a continuación es posible entregarse como un patán a las negociaciones... Como es natural, también hay otros atractivos, tanto masculinos como femeninos.

-¿Por qué me está contando todo eso, signore? -preguntó Bajaratt, escudriñando a aquel hombre que se decía aristócrata.

-Porque todo cuanto poseo y todo cuanto he aprendido lo recibí hace muchos años en La Habana, querida -contestó el hombre, mirando fijamente a los ojos de Bajaratt-. ¿Le dice algo eso, condesa?

-¿Y por qué habría de decirme algo? -replicó Amaya Bajaratt, cuyo rostro era de una inexpresividad absoluta, aunque estaba conteniendo la respiración.

-Seré breve entonces, ya que tan sólo disponemos de unos pocos instantes antes de que un cierto sicofante venga a interrumpirnos. Tienes varios números telefónicos, pero no tienes los prefijos de aquí, y ahora los necesitas. Te he dejado en el hotel un sobre lacrado. En caso de que la cera presente algún rasguño, llámame inmediatamente al Plaza y cambiaremos todos los teléfonos. Me llamo Van Nostrand, suite 9-B.

-¿Y si el sello está intacto?

-En tal caso, utiliza esos tres números a partir de mañana para ponerte en contacto conmigo. En alguno de los tres me encontrarás, de día o de noche. Ahora tienes al amigo que tanto necesitabas.

-¿Al amigo que tanto necesitaba? Me hablas de un modo enigmático, realmente, no hay forma de entenderte.

-Déjalo ya, Baj -susurró el hombre del anuncio del «Rolls-Royce», sonriendo de nuevo-. ¡El padrone ha muerto! - Bajaratt lanzó un grito inmediatamente sofocado.

-¿Qué estás diciendo?

-Nos ha dejado... ¡Por el amor de Dios, sonríe!

-¿Triunfó entonces la enfermedad? Ha fallecido.

-No fue la enfermedad. Hizo saltar por los aires toda la finca, con él dentro. No tuvo más remedio.

-Pero ¿por qué?

-Lo descubrieron; siempre existió esa posibilidad. Entre sus últimas recomendaciones, me encomendó que me hiciese amigo tuyo y que te ofreciese todo el apoyo que pudieses

necesitar, en caso de que algo le sucediera... por causa natural o antinatural. Dentro de ciertos límites, soy su humilde sirviente..., contessa.

-¿Qué ocurrió? ¡No me cuentas nada!

-Ahora no. Después.

-Mi único padre de verdad...

-Ha dejado de serlo. Ya no está entre nosotros. Ahora tienes que dirigirte a mí; y a través de mí, a mis considerables recursos -dijo Van Nostrand, echando la cabeza atrás y prorrumpiendo en carcajadas, como si reaccionase ante alguna observación de la condesa.

-¿Quién eres?

-Ya te lo he dicho: el amigo que tanto necesitabas.

-¿Eres el enlace del padrone en los Estados Unidos?

-Su enlace y el de otros, pero principalmente el suyo; y yo era su único enlace... La Habana, te he mencionado La Habana.

-¿Qué te contó... de mí?

-Te adoraba y te admiraba por encima de todas las cosas. Fuiste un gran consuelo para él, y por eso me pidió que te ayudase en todo lo que pudiera.

-¿Ayudarme de qué modo?

-Utilizando a mis agentes para que te traslades de un sitio a otro, para que vayas de una persona a otra, con toda la poca o mucha atención que quieras. Y obedecer tus órdenes, mientras éstas no entren en conflicto con las mías..., con las nuestras.

-¿Las nuestras?

-Soy el jefe de los Escorpiones.

-¡Los escorpiones! -exclamó Bajaratt, sin que su voz superara apenas la intensidad de un murmullo, que se mezcló y desvaneció entre la charla de los invitados; el dominio de sí misma era absoluto-. El jefe de los Altos Consejos me habló de ti. Me dijo que sería vigilada, probada y que si era aceptada, una persona que abordaría y me convertiría en uno de vosotros.

-Yo no iría tan lejos, contessa, pero puedes recibir un apoyo extraordinario...

-Jamás se me hubiera ocurrido relacionar a los escorpiones con el padrone -dijo Bajaratt.

-El honor genuino resulta elusivo, ¿no te parece?... El padrone nos creó, con mi inapreciable asistencia, por supuesto. En lo que respecta a lo de ponerte a prueba, lo que hiciste en Palm Beach descarta cualquier examen ulterior. Fue simplemente escandaloso... ¡Maravillosamente escandaloso!

-¿Quiénes son los escorpiones, puedes decírmelo?

-En términos generales, sí, pero sin entrar en detalles. Sumamos veinticinco en total, pues ése es nuestro límite -respondió Van Nostrand, echándose a reír de nuevo por otra ob servación inexistente-. Detentamos profesiones y cargos muy variados, seleccionados con sumo cuidado para obtener el máximo de ventajas. Tomé esas decisiones teniendo en cuenta las ganancias que podrían obtener nuestros numerosos clientes. El padrone siempre fue de la opinión de que si transcurría un solo día sin haber ganado al menos un millón de dólares, se trataba de un día perdido.

-Jamás llegué a conocer esa cara de..., de... el único padre que he tenido. ¿Se puede confiar en todos los escorpiones?

-Les aterra la idea de que uno deje de confiar en ellos; eso es todo cuanto puedo decirte. Saben obedecer las órdenes, pues de lo contrario, la muerte es su opción preferible.

-¿Y sabes por qué estoy aquí, signor Van Nostrand?

-No tenía necesidad de nuestro amigo en común para que me explicase eso. Mantengo relaciones muy íntimas con altos cargos del gobierno de muy dudosa reputación.

-¿Y? -inquirió Bajaratt, mirando fijamente a Van Nostrand.

-!Es una locura! -susurró el caballero-. Pero puedo apreciar incluso las cosas que el padrone consideraría estimulantes.

-¿Y tú cómo las consideras?

-Tanto en la vida como en la muerte, tan sólo le pertenezco a él en cuerpo y alma. No fui ni soy nada sin el padrone. ¿No lo he dicho ya?

-Si, lo ha dado a entender. En sus tiempos en La Habana, ¿era el padrone todo lo que se cuenta de él?

-Era el Marte del Caribe, el rubio feroz, tan joven, tan magnífico. Si Fidel se hubiese aprovechado de su genio en vez de desperdiciarlo expulsándolo del país, Cuba sería hoy una isla paradisíaca, opulenta hasta límites desconocidos por la imaginación humana.

-¿Y la isla del padrone, cómo la descubrieron?

-La descubrió un hombre llamado Hawthorne, un antiguo agente del servicio secreto de la Armada.

Los colores desaparecieron del rostro de Bajaratt.

-Es hombre muerto -dijo con voz serena.

El interludio en Brooklyn fue para Bajaratt mucho más de lo que podía resistir, aunque lo soportó porque esa nueva artimaña le pareció de gran solidez. Angelo Capelli y su esposa, Rosa, una pareja sorprendentemente agraciada, ya que tan sólo de una unión así podía salir una joven tan bella como la actriz Angel Capell, se quedaron embelesados con la presencia del modesto barone-cadetto, quien, a su vez, quedó encantado con la Salumeria Capelli, una tienda de ultramarinos que ofrecía exquisiteces de la más rancia tradición y en donde cada manjar era aún incluso mejor que el anterior y en donde tampoco faltaban las mesitas redondas para aquellos que deseaban saborear los productos de la Casa Capelli en el mismo local. Por doquier se veían las fotografías de la hija de la familia, en su mayoría escenas tomadas durante las series de televisión. El hermano menor de Angel, un chico de dieciséis años, algo más bajo de estatura que Nicolo, pero casi tan apuesto como él, se hizo rápidamente amigo del barone-cadetto. Cortaron el provolone, prepararon rodajas de prosciutto y de salami y trajeron una pasta fría, aderezada con una salsa de tomate preparada por Rosa; todo lo cual fue acompañado con varias botellas de Chianti Classico, Juntaron las mesas y pusieron a disposición de todos un antipasto *totale* preparado como Dios manda.

-¡Fíjate, cara mia! -exclamó Dante Paolo en italiano-. ¿No es esto mucho mejor que estar cenando con todos esos personajes estirados?

-Nuestro anfitrión se mostró muy mortificado, querido sobrino.

-¿Y por qué? ¿Cuál era el próximo culo que se suponía que tenía que besar? ¡Si ya no quedaba ninguno!

La salva de carcajadas fue interrumpida por las palabras de Bajaratt, que censuró al sobrino en tono jocoso.

-¡Eres realmente un caso, Dante!..., aunque imagino que tienes razón.

-¡No tienes por qué besarle el culo a nadie! -vociferó Angelo Capelli.

-¡Por favor, papá, modera el lenguaje...!

-Te pido disculpas, hija. Estamos ante el futuro barón de Ravello. De todos modos, él lo ha dicho primero.

-Tiene razón, Angelina, Angel, yo lo he dicho primero.

-¡Pero qué joven tan encantador! -dijo Rosa-. Tan natural y tan campechano.

-¿Por qué no habría de serlo, signora Capelli? -preguntó el exuberante Nicolo-. Yo no pedí nacer con un título. ¡Me limité a venir al mundo, oh, mamma mía, no hice más que venir!

De nuevo se produjo una salva de carcajadas; la democratización de la nobleza era un hecho consumado. Y en ese momento llamaron a la cerrada puerta de la tienda de ultramarinos.

Amaya Bajaratt habló en inglés:

-¡Perdonadme, famiglia Capelli!, pero mi sobrino se había empeñado en tener un recuerdo de esta velada, por lo que me ha pedido que contrate a un fotógrafo para que pase por aquí a tomar unas cuantas fotos. Si eso os ofende, le diré que se vaya.

-¿Ofendernos? -gritó el padre-. Es un honor que supera todas nuestras esperanzas. ¡Hijo mío, haz pasar a ese hombre, date prisa!

Tras haber alquilado una limusina para la mañana siguiente en la recepción del hotel, Bajaratt cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia las cabinas telefónicas. Se sacó un papelito del bolso, marcó el número del hotel Plaza y preguntó por la suite 9-B.

-¿Sí? -respondió una voz masculina.

-Van Nostrand, soy yo.

-No estarás llamándome desde tu habitación, ¿verdad?

-No debería contestar a esa pregunta, pero claro que no, por supuesto. Estoy en el vestíbulo.

-Dime el número, bajaré al vestíbulo.

Bajaratt hizo lo que el otro le pedía y a los siete minutos sonaba el timbre del teléfono público.

-¿Era necesario? -preguntó Bajaratt, tras descolgar el teléfono antes de que terminase el primer timbrazo.

-No debería contestar a esa pregunta -replicó Van Nostrand, soltando una risita-, pero sí, sí era necesario. Soy muy conocido como hombre de confianza del Departamento de Estado y hay mucha gente para las cuales mis conversaciones son de vital importancia. Resulta fácil intervenir las centralitas de los hoteles; los costos de esa operación son mínimos, pero lo que se paga por eso alcanza sumas fabulosas.

-¿Espionaje?

-Rara vez más allá de nuestras costas en estos tiempos, más bien en la propia ciudad de Washington. A eso se le llama «husmear». Pero aparte mis precauciones, que quizá te hayan parecido excesivas, ¿estaba intacto mi sobre?

-Lo estaba, lo examiné con una lupa y bajo la luz más potente que pude encontrar.

-Bien. No tengo por qué decirte que todas las llamadas han de ser realizadas, en lo posible, desde teléfonos públicos. No será siempre necesario, pero es preferible cuando se hace más de una llamada. No debemos establecer modelos de conducta.

-No, no tienes por qué decírmelo -replicó Bajaratt, interrumpiéndolo-. De todos modos, ya que mantienes relaciones muy íntimas, tal como tú mismo dijiste, con altos cargos del gobierno, ¿dónde se encuentra ahora ese antiguo agente secreto de la Marina llamado Hawthorne?

-Preferiría que eso me lo dejases a mí. Por lo que sé de tus planes, ponerte ahora a perseguirlo no serviría más que para distraerte de tus objetivos... y distraer las fuerzas de quienes te apoyan.

-Ese hombre es demasiado listo para ti, anciano.

-Das la impresión de conocerlo...

-Estoy enterada de su reputación. Era el mejor agente que tenían en Amsterdam..., él y su mujer.

-¡Qué interesante! Pero da la casualidad de que sé que esa información es ya obsoleta.

-Yo también lo sé, tengo mis fuentes de información, signore Van Nostrand.

-Ni siquiera el padrone lo sabía, y yo no tuve la oportunidad de decírselo. Extremadamente interesante... En cuanto a mi avanzada edad, mi querida Baj, me permito recordarte que tengo aquí a mi disposición recursos que superan en mucho a los que puedas tú tener en tus oscuras artes.

-No me has entendido...

-¡Oh, sí, claro que te he entendido! -exclamó el hombre de confianza del Departamento de Estado, interrumpiéndola con súbita furia-. ¡Tú podrás decir de él que era tu «adversario padre», pero para mí era la vida entera!

-¿Qué has dicho?

-¡Me has oído bien! -replicó fríamente Van Nostrand-. Durante treinta años lo compartimos todo..., ¡todo! En La Habana, en Río de Janeiro, en Buenos Aires..., dos vidas fundidas en una; él era un maestro, por supuesto. Hasta que los médicos le diagnosticaron la enfermedad, hace ya diez años, y él me envió para que le sirviera en otro entorno.

-No tenía ni idea...

-Permíteme entonces hacerte una pregunta, jovencita. Durante aquellos dos años que pasaste en la isla, ¿viste alguna vez a alguna otra mujer que no fuese Hectra, la amazona negra?

-¡Oh, Dios mío!

-¿Te escandaliza?

-No sexualmente, eso no tiene importancia. Pero jamás había considerado esa posibilidad.

-Jamás la consideró nadie. Marte y Neptuno nos llamaban. El uno se dedicaba a extender el imperio por todo el mar Caribe; el otro estaba siempre en las sombras, guiando al compañero, instruyéndolo en las cortesías y sutilezas que una buena educación trae consigo... Y bien, ¿me entiendes ahora, Baj? ¡Ese Hawthorne es mío y de nadie más!

La limusina cruzó todo Manhattan, de este a oeste y de norte a sur, desde la sede de las Naciones Unidas hasta los estudios de televisión situados en la orilla del río Hudson, desde el Battery Park hasta el Museo de Ciencias Naturales, y cada nuevo panorama embelesaba aún más al excitado Dante Paolo, con gran placer de la señorita Angel Capell, cuya presencia era celebrada por doquier, con lo que todas las puertas se abrían al instante y se organizaban visitas especiales en su honor. Y cualesquiera que pudiesen ser las razones, lo cierto era que en todas partes había fotógrafos. Aquello no era una sorpresa para Angel, que estaba acostumbrada a llamar la atención y que no dejaba de señalar a Nicolo:

-*Il papparazzi bisogno di sussistensi*.

También los cazadores de celebridades tenían que ganarse el sustento. Sin embargo, lo que ni la joven estrella de televisión ni su compañero advirtieron en ningún momento fue que nadie hizo ni una sola foto a Amaya Bajaratt. Aquélla había sido la condición impuesta y negociada por la contessa a cambio de facilitar los horarios y recorridos de la limusina.

El almuerzo en el hotel Las Cuatro Estaciones de la Calle 52 se vio coronado por una ceremonia presidida por los dos zalameros propietarios, que hicieron servir a la joven pareja la mejor tarta del establecimiento, un Chocolate Velvet, en cuya superficie se daba la bienvenida en letras blancas al apuesto barone-cadetto y a su bella acompañante, que era uno de los tesoros de los Estados Unidos de América.

Cuando los jóvenes se hicieron los remolones, repitiendo de tarta y café, la condesa interrumpió su idilio:

-Deberíamos volver a la limusina -dijo Bajaratt-. He prometido a Dante ir a visitar unos cuatro lugares más.

-Pediré entonces al camarero que nos ponga la tarta en una caja para el conductor.

-Eres muy considerada, Angelina.

Al salir del restaurante, Bajaratt aflojó el paso al bajar las es-caleras, ya que junto al guardarropa estaban apostados tres fotógrafos. Los hombres realizaron su trabajo mientras que la privilegiada y joven pareja se dedicaba a intercambiar simpáticas sonrisas.

¡Todo salía perfecto!

BROOKLYN, 28 de agosto. Dante Paolo, el barone-cadetto de Ravello, quien ha venido en representación de su padre, el inmensamente rico barón de Ravello, ha entablado amistad con una de las estrellas de televisión más famosas de Estados Unidos, Angel Capell, de la serie de televisión «Saddles Ride For Revenge»>. La fotografía adjunta muestra a la señorita Capell, cuyo nombre de familia es Angelina Capelli y quien habla fluidamente el italiano, junto al futuro barón de Ravello y los familiares de la actriz en Brooklyn. Hemos sido informados de que muchas compañías de la región de Missouri, Kansas y Nebraska han dado instrucciones a sus empresas para que busquen ejecutivos que hablen italiano.

The New York Times

(sección de economía)

The New York Daily News

¿NOVIAZGO ENTRE UN NOBLE ITALIANO Y LA ACTRIZ FAVORITA DE ESTADOS UNIDOS?

Otras fotos en el interior. ¿Se trata de amor a primera vista?

The Enquirer

¿ESTÁ EMBARAZADA EL ÁNGEL DE AMÉRICA?

¿Quién sabe? ¡Pero son algo más que «amigos»!

-¡Esto es repugnante! -exclamó Nicolo, con los periódicos en la mano y dando vueltas por la habitación del hotel-. ¡Me siento tan confuso! ¿Qué voy a decirle ahora?

-De momento nada, Nico, pues está a bordo de un avión con destino a California. Te ha dado su número de teléfono, así que llámala después.

-¡Va a pensar que soy un monstruo!

-No lo creo. Sospecho que tiene la suficiente experiencia en esos asuntos como para no tomarse en serio esta clase de artículos.

-Pero ¿de dónde salieron todos esos fotógrafos? ¿Cómo podían saber dónde estábamos?

-Ella misma te lo explicó, mi apuesto joven. También los papparazzi tienen que ganarse el sustento. La joven comprende eso. Lo que quizá no nos explicó con toda claridad, tal vez por modestia, fue lo famosa que es... Tendría que haberme dado cuenta antes, por supuesto.

Amaya Bajaratt salió del ascensor, cruzó el vestíbulo del hotel y se dirigió a las cabinas telefónicas. Se había aprendido de memoria los números telefónicos; los fue marcando hasta dar con Van Nostrand.

-Bien, el joven y su amiguita han aparecido prácticamente en todos los periódicos -dijo el hombre-. ¡Santo cielo, menuda publicidad, tan sólo equiparable a la de Grace y Raniero! Y como es lógico, el público estadounidense la consume con fruición, ya que alimenta sus fantasías, naturalmente.

-Entonces he logrado mi propósito. ¿Fue adecuada la publicidad que se dio al asunto en Washington?

-¿Adecuada? ¡Desde el Post, pasando por el Times, hasta el último periodicucho que se vende en los supermercados! ¡Esa pareja es noticia de primera página! Y voy a decirte una cosa: como en diversas columnas de las secciones de sociedad se menciona el hecho de que yo estuve presente en la recepción de Nueva York, ya he recibido numerosas llamadas de célebres personalidades preguntándome si conocía al joven barón, para inquirir después si conocía a su padre.

-¿Qué les has dicho?

-Sin comentarios, lo que es, por supuesto, todo un comentario, ya que en esta ciudad jamás se hacen comentarios sobre las amistades íntimas, a menos que uno tenga poderosas razones para lo contrario. Hasta ahora, el precio en términos de influencia no es lo suficientemente alto, pero llegará a serlo. No es que eso me importe, francamente.

-Entonces ha llegado el momento de que nos traslademos a Washington... sin publicidad.

-Como quieras.

-¿Puedes hacerte cargo de nosotros?

-¿Qué quieres decir? Puedo enviar un avión para que os recoja, por supuesto.

-Me refiero a que nos des alojamiento en tu magnífica finca, en esa mansión que posees a raíz de lo de La Habana.

-No es posible -contestó bruscamente Van Nostrand.

-¿Y por qué?

-Tengo mis propios compromisos. Gracias a mis contactos en esos extraños círculos, espero poder tener de invitado en mi casa, en las próximas cuarenta y ocho horas, al ex capitán de fragata Tyrell Hawthorne. Doce horas después, tú y el chico podréis tener a vuestra entera disposición ese maldito lugar, pues yo ya me habré ido.

CAPÍTULO XIV

Tyrell Hawthorne, vestido con una ligera chaqueta safari de muchos bolsillos y unos pantalones caquis, ropa que había comprado en el aeropuerto, contemplaba pensativo su mano vendada a la luz de la luna. Los vendajes se los había puesto la comandante Catherine Neilsen el día anterior en la isla de Virgen Gorda. Se encontraban ahora en la terraza de la cafetería del hotel San Juan de isla Verde, en Puerto Rico, la luz de una vela iluminaba su mesa y estaban esperando a que el teniente A. J. Poole regresase de una conferencia con agentes del servicio de contraespionaje de la Marina estadounidense a la que Tyrell se había negado a asistir. Si no me encuentro presente, no tendré que comprometerme con las estupideces que acuerden, tal había sido su comentario para rechazar la invitación.

-Dejemos que Jackson sea el mediador -dijo Tyrell-. Siempre estaré a tiempo de pegarle un tiro y decir que jamás he oído una palabra.

El camarero trajo en ese momento el tercer vaso de Chablis. La comandante de las fuerzas aéreas seguía entretenida con su enorme copa de té helado.

-Tengo la impresión de que estás acostumbrado a bebidas más fuertes -dijo Cathy, señalando el vino.

-Y lo estaba, efectivamente, hasta que me di cuenta de que no me beneficiaba. ¿Es suficiente?

-No pretendía entrometerme en tus asun...

-¿Dónde demonios se habrá metido? ¡Esa maldita reunión no podía durar más de diez minutos si les ha dicho únicamente lo que yo quería que les dijese!

-Los necesitas, Tye. No puedes actuar solo y lo sabes.

-Me enteré del nombre de ese piloto gracias a un vulgar mecánico de aviones, y de momento es todo cuanto necesito. ¡Alfred Simon, la hez de la escoria!

-¡Venga, hombre!, tú mismo dijiste que ese tipo no era más que un asesino a sueldo... y un «ciego», como le llamaste, aunque la verdad es que no tengo ni las más remota idea de lo que eso pueda significar.

-Es muy simple. Se trata de alguien que ha sido contratado para realizar un trabajo, pero que no pertenece a la organización; en realidad, no sabe quién le ha contratado.

-¿De qué sirve entonces saber su nombre?

-Porque si no he perdido del todo mis antiguas pequeñas habilidades, ahí hay una oportunidad para que pueda infiltrarme en la organización.

-¿Tú solo?

-No soy imbécil, Cathy, y la imagen del héroe muerto jamás me ha resultado atractiva. Cuando llega el momento, hago venir en mi ayuda todas las fuerzas que puedo juntar. Pero mientras tanto puedo moverme solo con más rapidez, dentro o fuera de lo sancionado.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que no quiero que nadie venga a decirme lo que debo o no debo hacer, porque eso repercutiría en algo que ellos no me pueden revelar.

-Das la impresión de que nos estás excluyendo a mí y a Jackson.

-¡Oh, no, comandante!, tú estarás metida en el ajo hasta que las cosas se pongan peliagudas; y tu genio majareto permanecerá durante todo el tiempo, a menos de que me abandone. Necesito un campamento base, integrado por gente en la que pueda confiar.

-Gracias por eso; y mientras me encuentre metida en el asunto, gracias por la ropa. Tienen unas tiendas muy bonitas en esta isla.

-Esa es una de las cosas para las que sirve nuestro Henry Stevens. Te larga el dinero como si tuviese las combinaciones de las cámaras acorazadas de Fort Knox, lo que probablemente sea cierto.

-Guardo todas las facturas...

-¡Quémalas! Esos papeles dejan huella y son altamente indeseables. ¿Es que no estás enterada de nada, comandante Neilsen? Serías un pésimo agente secreto. ¡Nunca dejes de agotar los fondos de emergencia! Simplemente, no es en modo alguno ético.

-Procuraré no olvidarlo, capitán.

-Como diría Poole, estás maravillosa.

-¿Y por qué darle las gracias a usted, caballero? Fue Jackson quien eligió la indumentaria.

-¿Sabes que ese chico puede resultar a veces odioso? Deberíamos encerrarlo en una celda junto con mi hermano menor; esos dos mocosos universitarios se secarían mutuamente los sesos con su intelectualismo desmesurado.

-Y hablando del rey de Roma, acaba de llegar el odiosísimo teniente Poole. Nos anda buscando entre todas las mesas.

Andrew Jackson Poole V separó una silla y se sentó, manteniendo rígido el espinazo.

-¡La próxima vez que tengas una conferencia con esos cretinos, irás tú, hermanito! -susurró con dureza el teniente, rezumando nerviosismo en la mirada y en la voz-. Perdóname el vocabulario, Cath, pero esos papanatas son incapaces de articular una simple frase clara.

-A eso se llama maniobra de ofuscación, teniente -dijo Hawthorne, sonriendo-. Y en la medida en que no dicen realmente lo que uno escucha, sino que uno ha de sacar sus propias conclusiones, pueden retractarse cuando les venga en gana. Y de ese modo, todo lo que salga mal es culpa de uno y no de ellos... ¿Les diste mi mensaje?

-¡Oh!, no vieron ningún problema en eso. Puedes lanzarte tras tu piloto ciego o lo que quiera que sea, pero hay una nueva pega que puede convertir a tu piloto en obsoleto.

-¿Y cuál es?

-Cierto pez gordo, que ha de estar de lo más enchufado en Washington, tiene alguna información para ti; y tan cierto como que los cocodrilos comen carne, eso tendrá algo que ver con la presente situación.

-Dime de qué se trata.

-Esa pega tiene otra pega en sí, Tye. El tipo ha pasado por encima de tu amiguete Stevens y entró en contacto directo con nosotros por mediación del secretario de Defensa, quien se encargó de averiguar tu paradero. A Stevens lo han dejado a un lado en este asunto.

-¿Cómo?

-Ese tío sólo quiere hablar contigo.

-¿Y por qué? ¿Quién es?

Poole se metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta azul marino que se acababa de comprar por un precio excesivo y se sacó un sobre que tenía aspecto de asunto oficial y que llevaba en el centro un grueso sello rojo como lacrado de seguridad.

-Tienes que decirnos lo que piensas de esto -dijo el teniente-. El sobre es para ti. Debo explicarte que el jefazo de la delegación del servicio secreto, una especie de gato de ojos saltones, que me condujo a su despacho y me comunicó que le habían dado la orden de mantener la boca cerrada, estaba cagado de miedo. Me dijo que únicamente te esperaba a ti, y cuando le dije que tú no podías presentarte, me replicó que no me daría el sobre; así que le contesté que eso estaba muy bien, pues así no lo recibirías nunca, y fue entonces cuando me dijo que me enviaría de vuelta a donde quiera que estuviésemos, pero con escolta, y que los de la escolta me estarían observando para cerciorarse de que te entregaba el sobre personalmente, y hasta es probable que nos estén fotografiando con una cámara de alta sensibilidad.

-¡Malditas chiquilladas! -exclamó Hawthorne.

-Tiene que ser aquel alférez que nos está espiando desde detrás del macetero que hay a nuestra izquierda -dijo Cathy.

Tye y Jackson se dieron la vuelta; tras una hilera de orquídeas se agachó una cabeza y a continuación una camisa blanca con charreteras se precipitó hacia la derecha, en dirección a la entrada.

-La pelota está en tu campo, capitán -sentenció la comandante.

-Veamos lo que es -dijo Tyrell, rompiendo el sello y abriendo el sobre.

Tyrell sacó una hoja en la que había escrita una nota, la leyó y cerró los ojos durante unos instantes.

-¿Pero qué significa esto? -dijo Hawthorne con voz apenas audible-. Dejó la nota sobre la mesa y se quedó con la mirada perdida en el infinito.

-¿Puedo? -preguntó Catherine, cogiendo lentamente la nota, pero sin atreverse a dar la vuelta al papel para leerla hasta que no estuvo segura de que Hawthorne no pondría ninguna objeción.

«Una cosa terrible se hizo en el pasado que debe ser rectificada. Me refiero a lo de Amsterdam, por supuesto. Lo que usted desconoce es que existía una conexión entre su

esposa y el valle de la Bekaa. Su mujer fue sacrificada en aras de una estrategia fracasada, que a lo mejor sigue practicándose en la actualidad. Lo que he de decirle ha de quedar entre los dos, ya que usted puede saber mucho más de lo que se imagina, y pese a la eventualidad de una crisis, tan sólo usted puede decidir si ha de efectuar en relación con esa información. Usted está autorizado para tomar tal decisión.

»Como estaba previsto, usted recibirá mi mensaje mientras me encuentro de viaje, pero regresaré mañana a las tres de la tarde. Le ruego que me llame al teléfono que le indico abajo y se tomarán las medidas necesarias para que lo conduzcan a mi casa de campo.

En la esquina inferior izquierda del papel había un número de teléfono; aparte de eso, no había ninguna otra clase de identificación en aquella esquela escrita a mano. Sin embargo, había una posdata debajo de las iniciales.

«No está en mi ánimo ser melodramático, pero tenga la amabilidad de destruir este mensaje una vez que haya anotado el número de mi teléfono privado.»

-¿Qué sabrá? -dijo Hawthorne con voz débil y temerosa, haciéndose esa pregunta más bien a sí mismo y no a sus dos compañeros-. ¿Quién es?

-Si el jefazo de la delegación lo sabía, no dijo nada, lo que significa que no lo sabía, ya que de lo contrario me lo hubiese dicho.

-¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? -preguntó Cathy.

-Le dije que mi jefe no estaba dispuesto a recibir mensajes indeseables y que no hubiesen sido verificados por los servicios secretos de la marina en Washington. Fue entonces cuando me saltó con lo del secretario de Defensa y me habló de todas las medidas de seguridad que habían sido tomadas para dar contigo.

-La verdad es que tienes huevos, Jackson -dijo Tyrell, manifestándole su sincera admiración.

-Tan sólo soy lo suficientemente buen soldado como para ponerme un poquitín nervioso cuando unos mierdicas de civiles eluden la cadena regular de mando en la jerarquía militar. Entonces me huelo que hay ratas socavando los canales de seguridad para ir a meterse por otros conductos militares. Podría enumerarte una lista larguísima de casos que se remontan a lo de Pearl Harbor.

-Y en este caso había una poderosísima razón, teniente. Mi mujer fue asesinada en Amsterdam.

-Lo sé, pero ¿por qué ese pez gordo mantiene el pico cerrado durante cinco años si tenía algo que contarte? ¿Por qué quiere decirlo ahora?

-El tipo lo explica con claridad y tú mismo te lo estás diciendo. Cree que hay una relación entre ese asesinato y la presente situación; lo confiesa. Mi mujer fue sacrificada.

-Y yo lo siento de todo corazón, pero ya hemos visto todo lo que esos granujas pueden hacer, lo que han hecho, qué clase de contactos mantienen con Washington, París y Londres... y tú nos dijiste a Cathy y a mí que eso no era más que la puntita del iceberg, ¿me equivoco?

-No, no te equivocas.

-Sabemos entonces que ese mundillo puede estar compuesto por una maldita mezcolana realmente internacional, ¿no te parece?

-Creo que fue eso lo que traté de explicaros.

-Y entonces, ¿quién eres tú para que un tipo tan influyente, quienquiera que pueda ser ese pez gordo, vaya directamente a ver al presidente de Estados Unidos y remueva todos los servicios secretos que le hagan falta para lograr su objetivo?

-No lo sé.

-¡Pues piensa en ello! Incluso te deja la libertad de decidir si actúa o no en conformidad con la información que él cree que posees. Teniendo en cuenta todo lo que está involucrado, ¿qué clase de razonamiento es ése? ¿Cómo va a poner en la misma balanza la vida de un ex

capitán de fragata, que no es precisamente hombre de fiar, y la del dirigente más poderoso del mundo? ¡Piensa, Tye!

-No puedo -murmuró Hawthorne, a quien empezaron a temblar las manos al tiempo que la vista se le nublaba-. Simplemente, no puedo... Se trata de mi mujer.

-¡Deja eso ya, capitán, nada de lloriqueos!

-¡No lo martirices más, Jackson!

-¡Qué coño, Cathy! ¡Todo ese asunto me huele a podrido!

-Tengo que saberlo... -balbuceó Tyrell, quebrándosele la voz; y de repente, con la misma rapidez que se había presentado su dolorosa introspección, ésta se desvaneció, dando paso a un Hawthorne resplandeciente y con gran control de sí mismo-. ¿Acaso no vamos a descubrirlo mañana? -dijo, irguiéndose en su asiento con la misma firmeza que el teniente Poole-. Entretanto, iré tras el piloto. Se encuentra en la vieja San Juan.

-Todo esto ha de ser muy doloroso para ti -dijo Neilsen, poniendo su mano sobre la diestra extendida de Tyrell-. Eres un hombre muy fuerte.

-¡Te equivocas! -replicó Hawthorne, mirando con expresión cansada a Catherine cuando sus miradas se cruzaron-. Hasta que no haya hablado con el hombre que ha enviado esa nota seré el mayor cobarde que hayas conocido en tu vida.

-Pues vayamos tras ese piloto ciego -lo interrumpió Poole con voz firme.

-Jackson, por favor...

-Sé lo que me hago, Cathy. No es bueno dejarse cocer en su propia salsa. ¡Venga, capitán, pongamos rumbo a San Juan!

-No, tú te quedarás aquí con Cathy; iré yo solo.

-¡Respuesta negativa, señor! -replicó Poole, levantándose de la silla y plantándose junto a Hawthorne en actitud de espera.

-¿Qué estás diciendo? -exclamó Tyrell, contemplando con expresión severa y amenazante al joven oficial de las fuerzas aéreas-. He dicho que iré solo. ¿Es que no me has oído?

-¡Respuesta afirmativa, señor! -contestó Poole con monotonía militar-. Sin embargo, me atengo a las prerrogativas del oficial inferior cuando, a su sano juicio, su superior necesita ayuda y cuando esa ayuda no compromete en modo alguno al superior en el cumplimiento de su deber. Así consta con toda claridad en el Manual de Ordenanzas de las Fuerzas Aéreas en su artículo séptimo, parágrafo... -¡Calla, coño!

-No discutas con él -dijo cariñosamente Catherine, dando a Hawthorne un apretón en la mano antes de soltársela-. Si es necesario, te recitará todas las ordenanzas que vengan al caso desde la primera página hasta la última. Ya me lo ha hecho en incontables ocasiones.

-Especialmente en lo que concernía a aquel gilipollas de Pensacola -murmuró por lo bajo el teniente.

-Eso fue cuando me leyó la cartilla acerca del estado constante de alerta en que debían encontrarse los pilotos de los AWACS -explicó Catherine-. Sobornó a los del transporte de tierra y nos lo asignaron como chófer.

-Debieras haberle hecho comparecer ante un Tribunal militar.

-No hubiese podido. Me oyó gemir un día desde dentro del camarote del acróbata aéreo de la marina y echó la puerta abajo. Le dio tal golpe, que no pudo volar durante un mes, por no hablar ya de seducir a otra chica.

-Le dan arrebatos de odio -murmuró Tyrell, levantándose de su silla-. ¡Está bien, teniente, en marcha! A la vieja San Juan.

-¿Podría sugerirle, mi capitán, que hiciésemos antes una parada en los servicios de caballeros?

-No tengo necesidad. Te esperaré fuera.

-¿Podría sugerirle además, mi capitán, que entrase conmigo?

-¿Por qué?

-Mi respuesta te explicará por qué la reunión con sus amigos del servicio de contraespionaje de la Armada duró tanto. Habiendo estado acuartelado en Florida, tuve la oportunidad de familiarizarme con la ciudad de San Juan. No necesité mucho tiempo para localizar las tiendas que buscaba, especialmente una que estuviese dispuesta a cooperar. El alférez estaba demasiado asustado como para ponerse a discutir conmigo.

-¿De qué demonios me estás hablando?

-Ya que tuvimos que dejar en Virgen Gorda aquellas armas tan voluminosas que teníamos, me tomé la libertad de comprar para los dos un par de armas, imaginándome que no querrías llevar a esa piloto, y también porque sé algunas cosas sobre el casco antiguo de la ciudad de San Juan. Pistolas automáticas Walther, de ocho proyectiles, con tres cargadores por barba y cañones de seis centímetros, muy discretas para serllevadas en los bolsillos interiores de las chaquetas.

-¿Es que también entiende de armas? -preguntó Hawthorne, bajando la mirada hacia Catherine, que permanecía sentada.

-No creo que jamás haya disparado una movida por la rabia -respondió la comandante-, pero es un especialista diplomado en análisis de armas.

-¿Y qué tal se te da la cirugía cerebral?

-No pasé de los procedimientos para practicar la lobotomía, pues todo me pareció demasiado sucio... Escúchame, no creo que sea muy prudente entregarte una pistola y tres cargadores en medio de todo el mundo. Francamente, soy demasiado alto y demasiado guapo como para que los demás no se fijen en mí, ¿me entiendes?

-Eres la quintaesencia de la modestia, teniente.

-!Oh!, no creas que tú me dejas atrás, aunque sólo sea por lo orgulloso que estás de tu madurez.

-Quédate en la suite, Cathy -dijo Tyrell.

-Llamadme cada media hora; insisto en ello.

-Si podemos, comandante.

-¡Askelón! -gritó la voz por el auricular del teléfono publico en el hotel Hay-Adams de Washington.

-Soy yo, Jerusalén -dijo Bajaratt-. ¿Qué ocurre?

-¡El Mossad ha detenido a nuestro cabecilla!

-¿Cómo?

-Estaba celebrando una fiesta en el kibutz Irshun de Tel Aviv. Algunos de ellos estaban menos bebidos que los demás, y ésos fueron los que lo encontraron violando a una judía en el campo.

-¡El idiota!

-Lo esposaron y lo encerraron en el retén del kibutz, en espera de que lleguen sus superiores de Tel Aviv,.

-¿Puedes llegar hasta él?

-Hay un judío al que puedo sobornar; estamos seguros.

-¡Pues hazlo! ¡Mátalo! No podemos permitirnos el lujo de que lo hagan hablar con drogas.

-Eso está hecho. ¡Jamás olvidaremos Askelón!

-¡Jamás! -contestó Bajaratt, colgando el teléfono.

Nils Van Nostrand entró en su despacho de la inmensa mansión que poseía en Fairfax, Virginia. El enorme aposento estaba desprovisto de sus utensilios habituales, ya que todo había sido empaquetado en cajas de cartón, cada una de las cuales tenía pegada una etiqueta en la que se consignaba su envío a un almacén de mercancías en Lisboa, siendo su último y secreto destino una mansión situada a orillas del lago de Ginebra. El resto de la propiedad, la casa en sí con todas sus tierras, sus establos, sus caballos y otros animales, domésticos y salvajes, había sido vendido discretamente a un jeque de Arabia Saudí que tomaría posesión legal de la finca dentro de treinta días. Era todo el tiempo que Van Nostrand necesitaba, incluso le sobraba en realidad. Se dirigió a su escritorio, descolgó su teléfono rojo de seguridad y marcó un número.

-Escorpión Tres -dijo la voz al otro extremo de la línea. -Aquí Escorpión Uno y seré breve. Ya me ha llegado el momento. Me retiro.

-¡Dios mío, eso es espantoso! Has sido una sólida roca para todos nosotros.

-Estas cosas suelen ocurrir. Sé cuándo he de retirarme. Esta noche, antes de desaparecer para siempre, programaré este teléfono a tu nombre y lo notificaré a nuestros proveedores. Algún día te llamarán, pues ahora eres el responsable ante ellos. Por cierto, si te llama una mujer identificándose como Baj, dale todo cuanto necesite. Es una orden del padrone.

-Entendido. ¿Volveremos a tener noticias tuyas?

-Sinceramente, lo dudo. Tengo que cumplir una última misión y luego he de retirarme definitivamente. Escorpión Dos es idóneo para el cargo y posee una gran experiencia, pero carece de tu educación y de tu refinamiento. El puesto le quedaría grande.

-Imagino que querrás decir que no debe encargarse de mi bufete de abogados de Washington.

-Bajo ningún concepto. Mañana por la mañana tú serás Escorpión Uno.

-Es un honor que me llevaré hasta la tumba.

-Confío en que no te des demasiada prisa en eso.

Bajarratt se apeó del taxi, metiendo prisas a Nicolo. El joven bajó del automóvil mientras Bajaratt pagaba al taxista a través de la ventanilla.

-Gracias, señora, es muy amable de su parte. ¡Oiga!, ¿no es ése el joven del que leemos ahora en todos los periódicos? ¿El de Italia?

-Me temo que sí, signore.

-Espere a que se lo cuente a mi mujer; ella es italiana. Llevó a casa una de esas revistas de Shoppers World con fotos de esa actriz, la Angel Capell, y de su alteza real aquí presente.

-No son más que buenos amigos...

-¡Eh!, que yo no tengo ideas preconcebidas, señora. La Capell es una chica maravillosa, todo el mundo la adora. ¡Y esos pasquines no son más que basura!

-Es una joven encantadora. ¡Muchas gracias, signore.

-Ha sido un placer, de verdad.

-¡Vamos, Dante!

Bajaratt cogió a Nicolo del brazo y lo arrastró materialmente a uno de las elegantes cafeterías de moda en Georgetown. La multitud que se reunía para el almuerzo era una mezcolanza de señoras ataviadas con vestidos de seda, jovencitas vestidas con blusas y

pantalones tejanos, amén del habitual desfile de jóvenes vocingleros que se hacían pasar por ricos por lo general, gente que acababa de obtener un empleo y que llevaba pintada en sus rostros la imagen de lo que consideraban que tenía que ser lo mejor de lo mejor- y para terminar, unos cuantos empleados del Congreso, que no cesaban de echar miradas de impaciencia a sus relojes de pulsera.

-Recuerda, Nico -dijo Bajaratt, mientras el jefe de camareros prodigaba serviles reverencias y saludos aún más serviles-. Ese hombre es el senador que conociste en Palm Beach, el abogado del Estado de Michigan. Se llama Nesbitt.

Tras intercambiar los efusivos saludos de rigor y pedir café helado para los tres, el senador de Michigan tomó la palabra:

-Nunca había estado aquí -dijo-, pero uno de mis secretarios me dijo inmediatamente que conocía el lugar. Al parecer, es muy popular.

-Fue tan sólo un capricho, signore. Nuestro anfitrión lo mencionó la otra noche en Palm Beach; de ahí que le hiciese la sugerencia.

-Sí, probablemente lo mencionaría -comentó el senador, pasando la mirada por el local con expresión divertida-. ¿Recibió la documentación que le envié anoche a su hotel?

-Si, efectivamente, y la estuve estudiando durante varias horas junto con Dante Paolo... ¿*Corretto, mia nipote?* Las cartas *die ieri sera, ¿ricordasti?*

-*Per certo, mia zia, sento che.*

-Tanto él como su padre el barón están muy interesados, pero han surgido ciertas cuestiones.

-Naturalmente. El estudio ofrecía una panorámica relativamente detallada sobre las oportunidades industriales, pero no era un análisis en profundidad de cada una de las posibilidades. Si les interesase, mis empleados podrían proporcionarles los datos adicionales.

-Por supuesto que eso seria prioritario para entablar negociaciones serias, pero quizá podríamos hablar de esa, como usted dice, «panorámica».

-Lo que usted quiera. ¿Sobre qué campos en concreto?

-Sobre incentivos, signore. Podríamos estar hablando de centenares de millones de dólares. Una cosa es el riesgo tolerable, ante lo que el barón jamás ha retrocedido, y otra muy distinta son los diversos controles que pueden ser necesarios para garantizar una relación equitativa, ¿no es así?

-De nuevo he de preguntarle: ¿sobre qué campos en concreto, condesa? Control es un término algo duro en nuestro quehacer económico.

-Bolsas de desempleo, según imagino, es aún más duro. Pero quizá control sea un término pusilánime. ¿No deberíamos hablar mejor de «acuerdos de entendimiento mutuo»?

-¿Como cuáles?

-Sinceramente, pudiera ocurrir que ante los primeros indicios de saneamiento financiero algunas organizaciones sindicales que pudiesen estar implicadas presentasen reivindicaciones desmesuradas, lo que seria extremadamente molesto...

-Resulta muy fácil resolver ese problema -replicó Nesbitt, interrumpiendo a la condesa-. Nuestros agentes, tanto aquí como en Lansing, realizaron cierta labor misionera en esas zonas y yo mismo he hecho un gran número de llamadas telefónicas. Los sindicatos se han vuelto considerablemente más refinados en lo que respecta a las cuestiones económicas. Muchos de sus miembros han estado sin trabajo durante dos o tres años, así que no van a matar a la gallina de los huevos de oro por cuatro perras. Pregunte a los japoneses, que han establecido empresas en Pennsylvania, en las Carolinas y Dios sabe en cuántos sitios más.

-Sus palabras nos tranquilizan, signore.

-Y este tipo de información la recibirán por escrito, todo lo que esté relacionado con la productividad y los rendimientos que devenguen las inversiones. ¿Algo más?

Librodot

-¿No ocurre acaso lo mismo en todo el mundo, tanto en su país como el nuestro, que en todas partes los industriales negocian con los gobiernos?

-¿Impuestos? -preguntó el legislador, a quien una amenaza de desaprobación ensombreció el rostro--. Están equitativamente repartidos, condesa...

-¡No, no, no, signore! No me ha entendido bien. Como dicen ustedes, los norteamericanos, tanto la muerte como los impuestos son cosas inevitables... No, me refiero a eso que tanto se parece a nuestra situación comercial en Italia, a esa extraordinaria e incluso inmoderada interferencia de su gobierno en los asuntos empresariales. A pesar de la seguridad y la integridad, lo cierto es que hemos tenido noticias de casos horrorosos sobre retrasos que cuestan millones de dólares a causa de ciertos procedimientos burocráticos... Local, estatal y nacional es una frase que yo misma he oído, al igual que la ha oído el barón.

-Seguridad... y tanta integridad como exija el mercado, a pesar de todo -dijo el senador, sonriéndose-. Los poderes del Estado que represento, tal como los establece la constitución, serán garantía suficiente de que no habrá interferencias indeseadas de ningún tipo. No podríamos permitirnos ciertas cosas si fuese de otro modo, y como servicio a mis electores, se lo pondré por escrito.

-Excelente, eso es maravilloso... Hay una última cosa, signor legislatore, y se trata de una solicitud personal a la que usted puede negarse, sin ningún tipo de miramientos para conmigo.

-¿De qué se trata, condesa?

-Al igual que todos los grandes hombres cosmopolitas, mi hermano el barón alimenta sobre su persona un cierto y justificado orgullo, no sólo por sus obras, sino también por su familia, especialmente por su hijo, quien ha sacrificado una adolescencia normal y privilegiada en aras de convertirse en el ayudante de su padre.

-Es un joven realmente distinguido. Al igual que cualquier otro, yo también he leído los periódicos, los artículos sobre su amistad con esa encantadora actriz de televisión llamada Angel Capell...

-¡Ah, Angelina! -exclamó ensoñadoramente Nicolo, acentuado cada sílaba del nombre-. ¡Una bellísima ragazza!

-Basta, *mia nipote.*

-Me conmovieron muy particularmente las fotografías de los dos junto con la familia de ella en la tienda de ultramarinos de Brooklyn. El mejor pagado directivo de campañas electorales no podría haber ideado una instantánea mejor.

-Todo fue una pura casualidad; pero, sobre la petición que quería hacerle.

-Por supuesto. El orgullo del barón, su familia y especialmente este hijo tan distinguido. ¿Qué puedo hacer por usted?

-¿Sería posible agenciar un breve encuentro privado entre el barone-cadetto y el presidente, aunque fuese tan sólo de un minuto o dos, para que yo pudiese enviar a su padre una fotografía de los dos juntos? Eso haría muy feliz al barón; y por supuesto, contaría a mi hermano cómo se llegó a esa situación.

-Creo que puede conseguirse, aun cuando he de decirle con toda sinceridad que habría una reacción considerablemente violenta en contra de las inversiones extranjeras...

-¡Oh!, lo entiendo, signore; yo también leo los periódicos. Pero como le he dicho, sería una entrevista breve y privada, a la que sólo asistiríamos Dante Paolo y yo, y exclusivamente para el barón de Ravello, nada de periodistas ni de publicidad de ninguna clase... Naturalmente, si eso es mucho pedir, retiro mi solicitud y le pido disculpas por habérsela manifestado.

-Bien, espere un momento, condesa -dijo Nesbitt, quedándose pensativo-. Necesitaré un par de días, pero creo que puedo arreglarlo. El más joven de los senadores por nuestro Estado

es del partido del presidente y yo le respaldé en las elecciones porque pensé que eso era lo correcto, pero eso podría costarme votos...

-No entiendo.

-Es amigo íntimo del presidente y ha sabido apreciar mi apoyo y lo que podría hacerle si se le ocurriese interferir aunque sólo fuese marginalmente, ya que también sabe de sobra lo que podría significar para nuestro Estado una inyección de dinero por parte del barón... Sí, condesa, puedo arreglarlo.

-Todos ustedes me parecen tan italianos.

-Maquiavelo tenía sus puntos fuertes, mi querida condesa.

Hawthorne y Poole caminaban cautelosamente por una calle adoquinada de uno de los barrios más pobres del casco antiguo de la ciudad de San Juan. El lugar carecía de los típicos establecimientos que sirven de trampa a los turistas, aunque abundaban los consagrados a apetitos de índole más carnal para atraer a marineros, soldados y drogadictos. Las farolas de la calle tan sólo cumplían en parte su cometido, digamos que una de cada cuatro, por lo que sobre las destartaladas casas caía más sombra que luz. Los dos hombres se acercaron a la dirección que tenían del piloto que había llevado en avión desde Virgen Gorda a Puerto Rico a los dos asesinados, Cooke y Ardisonne, y ambos se quedaron de repente sorprendidos ante los tumultuosos vozarrones que salían del antiguo edificio de piedra de tres pisos.

-Esta madriguera de ratas supera a todo lo que pueda haber en la Bourbon Street, capitán. ¿Qué demonios estará pasando ahí dentro?

-Al parecer, una fiestecita, teniente, y nosotros vamos a echar esa puerta abajo, ya que no hemos sido invitados.

-¿Le importa que lo haga yo, señor?

-¿Hacer qué?

-Echar la puerta abajo. Me doy una maña estupenda en eso de dar patadas.

-Llamemos primero y veremos lo que pasa.

Tyrell golpeó con los nudillos en la puerta y en seguida pudieron enterarse de lo que pasaba. Se abrió una mirilla en el centro de la puerta y unos ojazos pintarrajeados los escudriñaron.

-Nos dijeron que viniésemos aquí -dijo cortésmente Hawthorne.

-¿Cómo se llaman?

-Smith y Jones; es lo que suponía que debíamos decir.

-¡Largaos de aqui, jodidos gringos!

La mirilla se cerró de un golpe.

-Creo que es mejor lo de tu maña en dar patadas, Poole.

-¿Tienes el arma lista, Tye?

-Cumpla la orden, teniente.

-¡Allá vamos, mi capitán!

Poole asestó una patada a la puerta, haciéndola añicos y permitiendo a los dos hombres precipitarse entre las maderas astilladas apuntando con sus armas.

-¡Que nadie se mueva ni un milímetro o aprieto el gatillo! -vociferó el teniente-. ¡Cojones!

La amenaza fue innecesaria. Alguien, presa del pánico, se había caído sobre el tocadiscos, arrancando los cables de los altavoces. El silencio que se produjo fue interrumpido por algunos hombres que se pusieron a toda prisa los pantalones, se precipitaron escaleras abajo y salieron corriendo por la puerta. La falta de pudor tan sólo se hizo notar en la sala de estar de la planta baja, un aposento sumido en la penumbra y atestado de humo, en el que la mayoría de las damas, tanto jóvenes como entradas en años, iba con los pechos al aire y

llevaba unas braguitas tan diminutas que habrían dejado en ridículo al más pequeño de los biquinis. Entre ese derroche de exhibicionismo profesional se destacaba de un modo singular un hombre rubio y de algo más que mediana edad, quien parecía ser ajeno al caos que lo rodeaba. Seguía moviendo alegremente sus caderas en el acaloramiento del acto camal, en un mullido sofá situado en un rincón, sobre una mujer de cabellos negros que gritaba frenéticamente, tratando de hacerle entender que debía renunciar a su empeño.

-¿Qué..., qué? ¡Cierra el pico y sigue conmigo!

-Quizá deberías de cerrarte la bragueta y escucharme, Simon -dijo Hawthorne, acercándose al sofá de colores chillones que estaba en un rincón oscuro de la habitación.

-¿Qué coño pasa? -gritó el hombre, dándose la vuelta; al divisar las armas, sus ojos de mirada fría adquirieron una expresión de asombro, pero no de miedo.

-¡Eh, chicas! -gritó Poole, dirigiéndose no solamente a las mujeres que estaban en el salón, sino también a las que bajaban corriendo por las escaleras-. Me temo que tendréis que iros todas de aquí. Hemos de discutir un asuntillo personal, que no os concierne a vosotras... Y usted también, señora, si es que puede separarse de ese hijo de puta.

-¡Gracias, señor, muchas gracias!

-¡Di a tus amigas que se busquen otro trabajo! -gritó el joven oficial de las fuerzas aéreas mientras las prostitutas salían corriendo por la puerta y se alejaban por la calle-. ¡Este oficio les puede resultar mortal!

El aposento se quedó desierto, con excepción del piloto medio borracho, que ahora se ceñía a la cintura, para tapar sus carnes, el extremo de la colcha de color rojo granate.

-¿Quién demonios sois? -preguntó-. ¿Qué queréis de mí?

-Para empezar, quisiera saber de dónde vienes -dijo Tyrell-. Lo tuyo no es normal, Simon.

-¡Maldita la cosa que te importa, nene!

-Esta pistola dirigida a tu cabeza dice que sí me importa, nene.

-¿Te crees que me amedrentas? Aparta eso, niño, hazme el favor.

-Definitivamente, lo tuyo no es normal. Por tu modo de hablar, tengo la impresión de que perteneces al Ejército, ¿no?

-Pertenecí, hace cien años.

-Yo también fui militar. ¿Quién te contrató para que volaras?

-¿Y a ti qué te importa?

-Te lo pregunto porque estoy tras la pista de unos chicos muy malos. Así que dímelo o no vivirás para contarlo, nene.

-¡Está bien, está bien! ¿Qué coño me importa decirlo? Yo era de los que hacían vuelos desde Vientiane y era piloto de la Royal Lao Air..

-Una sucursal de la CIA -le interrumpió Hawthorne.

-Tú lo has dicho, amigo. Entonces empezó el escándalo de Panmunjon y los del Senado se pusieron a hacer preguntas, así que los chicos del espionaje tuvieron que elegir a alguien para hacerle cargar con el maldito muerto. Me vendieron los seis aviones por cien mil dólares, que además me adelantaron. A mí, a un menor de edad y pobre piloto a sueldo, que había tenido que alistarme firmando con el apellido de mi vieja, porque a mi padre ni siquera lo conocí... ¡Por el amor de Dios, si no tenía más de dieciocho años! Lo perdí todo, menos un avión, pues los otros tuvieron fallos mecánicos y tuve que desmontarlos para utilizar sus piezas; pero el caso es que seguía teniendo todo aquello y todo registrado a mi nombre en circunstancias de lo más extrañas.

-Te quedaba un avión y el equipo valdría unos dos millones de dólares. ¿Qué hiciste entonces, venderlo para utilizar los beneficios de esa operacioncita como suplemento a tus ingresos de aviador?

-¡Demonios!, robé lo suficiente como para poder comprarme este establecimiento hace ya algunos años -replicó Alfred Simon, sonriendo maliciosamente.

-¿Y qué pasó con tu avión a reacción? No era precisamente moco de pavo.

-No lo era y no lo sigue siendo. Me lo traje dando más vueltas que un tonto y a base de sobornos para obtener una ruta tras otra. Está aquí, pero jamás lo utilizo. Lo mantengo a punto y bien engrasado y escondido. No quería pilotarlo hasta que no tuviese mi propia finca. ¡Me habría gustado lanzarme en picado contra ese jodido Pentágono y hacerlo saltar por los aires para enviar a los infiernos a todos esos hijos de puta que me querían endilgar treinta y cuatro años de cárcel! Esos cerdos afirmaban que yo había robado al gobierno de Estados Unidos aviones por un valor de diez mil millones de dólares... ¡Lo que significa cuarenta años en Leavenworth!... ¡Demonios, ni siquiera me queda de vida la cuarta parte de esa condena!

-Pero como te tenían cogido por el pescuezo, pudieron convencerte para que fueses a recoger a esos dos hombres al cabo de San Sebastián en la isla de Virgen Gorda.

-¡Qué demonios, sí, pero no fui yo quien los arrojó desde el avión cuando nos estábamos acercando a la costa! ¡No tengo nada que ver con eso!

-¿Quiénes lo hicieron? -vociferó Poole, obligando a Hawthorne a apartar su arma y apretando la suya contra la sien del piloto-. ¡Tú formas parte de esos hijos de puta que mataron a Charlie, cerdo, y vas a morir como no me lo digas!

-¡Eh, basta ya! -gritó el piloto, cuyo cuerpo se retorcía bajo la colcha escarlata-. ¡El agente secreto me enseñó sus papeles y me dijo que no me pedirían responsabilidades por esa operación si mencionaba su nombre.

-¿Cómo se llamaba?

-Hawthorne. Alguien llamado Tyrone Hawthorne o algo por el estilo.

CAPÍTULO XV

El bien cuidado césped de la finca relucía con el rocío de la mañana mientras Nils Van Nostrand permanecía sentado ante su escritorio, mirando por la ventana de su despacho absorto en sus pensamientos. El tiempo apremiaba y necesitaría el día entero para poner en orden sus asuntos, ya que tenía que ultimar los detalles de su desaparición, así como dar los primeros pasos para ejercer su nueva identidad y eliminar todas las pistas que pudiesen conducir a su pasado, pues su «muerte» definitiva habría de ser un hecho indiscutible. Sin embargo, lo que quedaba ahora de su vida normal tendría que transcurrir por cauces civilizados, pues si bien podía aceptar el anonimato e incluso alegrarse de que al fin viniera, no estaba dispuesto a tolerar una vida sin encantos y sin comodidades, cosa que no permitiría que le sucediese.

Hacía ya muchos años, demasiados para ser contados, que él y su socio de toda la vida, il viscioso elegante -¡Marte y Neptuno!- habían adquirido una bien vallada finca a orillas del lago de Ginebra, donde pensaban pasar sus últimos años. Las escrituras habían sido hechas a nombre de un coronel argentino, un solterón bisexual para quien el hecho de poder prestar un servicio a los dos jóvenes, al todopoderoso padrone y a su confidente, fue motivo de gran alegría. Desde aquellos tiempos, una oscura agencia inmobiliaria de Lausana había estado obteniendo unos dividendos anuales que ya en sí aseguraban la existencia de la empresa con unos cuantos clientes más. Había, sin embargo, algunas cláusulas terminantes, que en caso de ser violadas conducirían a la revocación del contrato. La primera: no intentar jamás averiguar quién era el propietario de la finca. La segunda: ningún contrato de arrendamiento podría

Librodot

extenderse por menos de dos años ni exceder los cinco. La tercera: todos los pagos deberían ser efectuados en una cierta cuenta bancaria de Ginebra, tras haber deducido un veinte por ciento adicional por encima de las comisiones propias de la agencia inmobiliaria, con lo que se remuneraba tanto el servicio como el silencio. Los inquilinos actuales de la finca ya habían pasado su cuarto año en ella y habían sido recompensados por los seis meses que aún les quedaban del quinto mediante la devolución de medio año de alquiler más sesenta días adicionales por la notificación de desalojo. Van Nostrand emplearía esos dos meses de un modo espléndido: en ellos se dedicaría a olvidar. La odisea comenzaría con la muerte del asesino del padrone, el capitán de fragata retirado Tyrell Hawthorne. Esa misma noche.

Ese día, sin embargo, sería el preludio de su viaje. Las personas a las que había estado ayudando durante todos esos años en Washington tendrían que acceder a sus deseos, que si bien serían expuestos de un modo cortés, no por eso dejaban de resultar extraños. Era de vital importancia que ninguna de esas personas supiese que las otras también le estaban prestando ayuda. De todos modos, como resultaba primordial difundir una mezcolanza de informaciones falsas, rumores, trampas y medidas de autoprotección, sería necesario que en cada una de sus solicitudes hubiese una amenaza común, de tal modo que al igual que una extraña telaraña puede desintegrarse, rompiéndose filamento tras filamento bajo el peso de la verdad, hubiese también un núcleo común del que todos pudiesen retractarse. A Van Nostrand le parecía que ya estaba escuchando el coro de voces:

-¿Usted también? ¡Dios mío, después de todo lo que el hombre hizo por su nación y a sus propias expensas, bien poco es lo que podemos hacer nosotros ahora! ¿No está de acuerdo?

Por supuesto que todo el mundo estaría de acuerdo, ya que protegerse a sí mismo era la ley suprema de la supervivencia Washington. Las preguntas se desvanecerían rapidamente cuando se aceptase la realidad de su muerte.

¿La amenaza común? Oscura, incompleta, pero angustiosa, especialmente para esas personas desinteresadas y de espíritu patriótico, hombres que parecían tenerlo todo en la vida: inmensa fortuna, influencia, respeto y por encima de todo: inusitada modestia. Algún hijo, quizá, pues un hijo conmovía a todo el mundo. ¿Qué clase de hijo...? Una chica, evidentemente; no había más que ver cómo todo el mundo se derretía por esa pequeña actriz, Angel o como quiera que se llamase. ¿Las circunstancias? También eran algo evidente. La sangre de mi sangre, que me ha sido arrebatada por una trágica situación. ¿Y el suceso? ¿Matrimonio? ¿Fallecimiento...? ¡Muerte!, pues es lo único definitivo. Van Nostrand estaba preparado; ya se le ocurrirían las palabras, siempre se le ocurrían. Marte solía decir a Neptuno:

-Tus pensamientos son retorcidos, se adelantan a los pensamientos de los demás. Eso me gusta, es lo que realmente necesito.

El aristócrata descolgó el teléfono rojo y marcó el número directo, privado y de seguridad del secretario de Estado.

-¿Sí? -dijo la voz desde Washington.

-Bruce, soy Nils. Siento realmente tener que molestarte, especialmente por esta línea telefónica, pero no sabía a quién dirigirme.

-A mí en cualquier momento, amigo mío. Te has ganado con creces ese pequeño privilegio con tus inmensas contribuciones. ¿De qué se trata?

-¿Puedes concederme un par de minutos?

-Por supuesto. Si he de ser sincero, acabo de terminar una reunión de lo más irritante con el embajador de Filipinas y me había quitado los zapatos. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Es una cosa muy personal, Bruce, y también confidencial, por supuesto.

-Esta línea es segura, ya lo sabes -lo interrumpió amablemente el secretario de Estado.

-Sí, lo sé. Por eso la estoy utilizando.

-¡Adelante, amigo mío!

-¡Dios mío!, necesito a un amigo, ahora mismo.

-Para eso me tienes.

-Jamás he hablado de esto públicamente y muy rara vez en privado, pero hace años, cuando vivía en Europa, tuve un fracaso matrimonial... en el que ambos tuvimos la culpa; ella era una alemana dada a los excesos y yo un marido insensible al que desagradaban las confrontaciones. Ella optó por ámbitos más excitantes y yo me enamoré de una mujer casada, me enamoré profundamente, al igual que ella de mí. Las circunstancias impedían que ella consiguiese el divorcio, pues su marido era un político que encabezaba un programa rabiosamente católico y que jamás se lo hubiera concedido; pero el caso es que ella quedó embarazada de mí y tuvimos una niña. Como es natural, ella se lo quiso ocultar, pero el hombre descubrió la verdad y prohibió a su mujer que volviese a verme, advirtiéndole que yo jamás debería ver a la niña.

-¡Qué cosa tan horrible! ¿Y no podía ella haberse rebelado, forzar los acontecimientos?

-El le dijo que en caso de que lo hiciera, mataría tanto a la madre como a la hija antes de ver arruinada su carrera política. En un accidente, por supuesto.

-¡El muy hijo de puta!

-¡Oh, sí!, eso es lo que era; eso es lo que sigue siendo.

-¿Sigue siendo? ¿Deseas de mí que organice un transporte estatal de emergencia... -y aquí el secretario hizo una pausa-para traer aquí a la madre y a la hija protegidas por inmunidad diplomática? No tienes más que decírmelo, Nils. Coordinaré el asunto con la Central Intelligence y eso estará hecho.

-Me temo que ya es demasiado tarde, Bruce. Mi hija, que tiene tan sólo veinticuatro años de edad, se está muriendo.

-¡Oh, Dios mío...!

-Lo que quiero ahora de ti, lo que te suplico que hagas por mí, es que me permitas volar a Bruselas con inmunidad diplomática, nada de procedimientos de emigración, nada de entradas con un pasaporte controlado por medios informáticos, pues por doquier hay ojos y oídos; eso es lo que me obsesiona. Tengo que ir a Europa sin que nadie sepa que estoy allí. Tengo que ver a mi hija antes de que fallezca; y cuando eso haya ocurrido, tengo que vivir en alguna parte junto con mi amor durante los últimos años que nos quedan de vida, para resarcirnos por el tiempo que hemos perdido.

-¡Oh, Dios, Nils, cuánto estarás sufriendo, cuánto habrás sufrido!

-¿Puedes hacer eso por mí, Bruce?

-Claro está. Desde un aeropuerto alejado de Washington, pues serán menos las posibilidades de que seas reconocido. Con escolta militar, aquí y en Bruselas; el primero en subir al avión, el último en salir y viajarás en un asiento tapado con cortina, en la parte delantera del avión. ¿Cuándo quieres marcharte?

-Esta misma noche, si lo puedes arreglar. Como es lógico, insisto en pagar todos los gastos.

-¿Después de todo lo que has hecho por nosotros? De ningún modo. Te llamaré dentro de una hora.

«Con qué facilidad me vinieron las palabras», pensó Van Nostrand al colgar el teléfono. La esencia de la maldad absoluta, solía decir Marte, consiste en vestir al arcángel Satanás con las blancas e inmaculadas ropas de la bondad y la clemencia. Pero había sido Neptuno, por supuesto, quien le había enseñado eso.

La siguiente llamada fue al director de la Central Intelligence Agency, cuya organización utilizaba con frecuencia una de las casitas de campo que Van Nostrand tenía

para sus invitados como vivienda franca para los desertores y los agentes secretos que se encontraban al límite de sus fuerzas y debían someterse a un chequeo médico.

-¡Dios mío, Nils, pero eso es algo terrible! ¡Dime el nombre de ese hijo de perra! Emplearé a alguno de los agentes secretos que tengo por toda Europa para que se lo cargue. Por cierto, no vayas a creer que digo esto a la ligera, ya que procuro evitar las medidas extremas por todos los medios, pero... ¡ese granuja no merece vivir ni un día más! ¡Santo cielo, tu propia hija!

-No, mi buen amigo, no soy partidario de la violencia.

-Y yo tampoco, pero la mayor violencia del mundo es la que ha sido ejercida contra ti y contra la madre de tu hija. ¡Años enteros viviendo bajo la amenaza de que ambas serían asesinadas! ¡Una niña y su madre!

-Hay otro camino y solamente te pido que me escuches.

-¿Y cuál es?

-Puedo llevármelas y ponerlas a salvo, pero para eso voy a necesitar una enorme cantidad de dinero, que tengo, efectivamente. Sin embargo, si recurro a los procedimientos normales de transferencia de divisas, se enterarán inmediatamente los bancos europeos y ese hombre se enterará también de que estoy en Europa.

-¿Te marchas realmente?

-¿Cuántos años pueden quedarme todavía para pasarlos con mi amor perdido, con lo que más he querido en esta vida?

-No estoy seguro de entenderte del todo.

-Ese hombre la encontrará y la matará. Ha jurado hacerlo.

-¡El muy hijo de puta! ¡Dime su nombre!

-Mis creencias religiosas no me lo permiten.

-Y bien, qué demonios se puede hacer entonces? ¿Qué piensas hacer?

-Rodearme del secreto más absoluto. Todo mi dinero está aquí y tengo la intención de pagar hasta el último céntimo de los impuestos que deba a mi país, por supuesto, pero necesito que el resto sea transferido confidencialmente, legítimamente, a cualquier banco que tú elijas en Suiza. Para serte franco, te diré que he vendido mi finca por veinte millones de dólares. Todos los documentos ya han sido firmados, pero ninguno será legitimado ni hecho público hasta que no haya transcurrido un mes desde mi salida del país.

-Tan poco? Al menos deberías concederte el doble de tiempo. Soy un hombre de negocios, ¿lo recuerdas?

-El problema es que no me queda tiempo para ponerme a negociar. Mi hija se está muriendo y mi amada está sumida en la desesperación y sometida al terror más absoluto. ¿Puedes ayudarme?

-Envíame un poder notarial para nuestros archivos (archivos secretos) y llámame cuando vayas a partir para Europa. Te lo tendré todo arreglado.

-No te olvides de los impuestos...

-¿Después de todo lo que has hecho por nosotros? Eso lo discutiremos después. Cuídate y procura ser todo lo feliz que puedas, Nils. Dios sabe que te lo mereces.

¡Con qué facilidad le habían venido las palabras! Van Nostrand hojeó de nuevo su listín de teléfonos, que siempre guardaba bajo llave en una gaveta de acero de su escritorio cuando no lo utilizaba y que se llevaría consigo cuando desapareciera. Encontró el nombre y el número del teléfono privado de quien era el siguiente en su lista de llamadas, el jefe de la Unidad de Operaciones Clandestinas de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos. El hombre era un seudopsicópata que se vanagloriaba tanto de confundir a sus superiores como de lograr sus objetivos, cosa que hacía con tan alarmante eficacia que hasta su adversaria Central Intelligence Agency sentía por él un profundo respeto. Había infiltrado a

sus agentes no sólo en el KGB, en el MI-6 y en el Deuxiéme Bureau, sino incluso en el impenetrable Mossad, organización a la que calificaba de «pandilla de idiotas arrogantes». Y eso lo había logrado gracias a un equipo selecto de personas que hablaban varios idiomas y a las que proveía de una documentación tan perfectamente falsificada que resistía cualquier verificación con detectores electrónicos... y gracias también a la gran ayuda exterior que le prestaba el señor Van Nostrand, viajero tan infatigable como hombre bien informado. Los dos eran amigos y el teniente general había disfrutado de muchos fines de semana deliciosos en la finca de Van Nostrand con una jovencita tan agraciada como complaciente mientras su mujer pensaba que su marido se encontraba en Bangkok o en Kuala Lumpur.

-¡Jamás había oído hablar de algo tan perverso, Nils! ¿Dónde está ese cabrón? ¡Yo mismo iré por él en persona le ajustaré las cuentas! ¡Dios todopoderoso, tu hija muriéndose y la madre habiendo tenido que soportar durante más de veinte años la amenaza de muerte! !Ese tipo está muerto, chico!

-Ese no es el camino, general, créeme cuando te lo digo. Una vez que haya pasado a mejor vida nuestra amada hija, la única solución es desaparecer. Matarle tan sólo serviría para hacer de él un mártir ante los ojos de sus devotos seguidores, que son verdaderos fanáticos. Sospecharían inmediatamente de su mujer, pues se rumorea que ella y la hija lo odian y lo temen. Y ella sufriría al instante ese «accidente» que el hombre ha planeado para ella durante todos esos largos años.

-¿Se te ha ocurrido pensar que si ese tipo sospecha que ella se ha ido contigo, y lo sospechará, iniciará una caza implacable?

-Lo dudo sinceramente, amigo mío. La niña morirá y él ya no estará expuesto a la amenaza pública. Una mujer puede abandonar calladamente a un personaje político poderoso sin que eso represente realmente una noticia. De todos modos, que un hombre así haya vivido durante más de veinte años con una hija que creía que era suya pero que no lo era; eso sí que es una noticia. Si fue engañado una vez con resultados concretos, ¿cuantas veces más no pudo haber sido engañado? He aquí el daño. El azoramiento.

-Esta bien, dejémoslo así. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Necesito un pasaporte algo original para las últimas horas de esta larde, un pasaporte falso y que no sea estadounidense.

-¿No bromeas? -preguntó el teniente general, cuya voz se hizo agradablemente calurosa al pensar en el asunto-. ¿Y a qué viene eso?

-En parte por lo que tú mismo has sugerido. Puede seguirnos la pista mediante el control informático del tráfico internacional, aunque no creo que quiera hacerlo, pero tengo la intención, en concreto, de adquirir alguna propiedad. Y como no soy precisamente un desconocido, no me gustaría ver mi nombre apareciendo en los periódicos; eso sería una invitación.

-¡Hecho! ¿En qué has pensado?

-Bien, como pasé algunos años en Argentina creando mis mercados internacionales y como hablo fluidamente el español, pensé que podría ser argentino.

-No es ningún asunto difícil. Al igual que hemos hecho con otros veintiocho países, también hemos duplicado sus placas y disponemos de las mejores impresiones que pueda haber. ¿Qué has pensado con respecto al nombre y a la fecha de nacimiento?

-Ya he pensado en ello. Sé de un hombre que desapareció, como les ocurrió a muchos en aquellos tiempos. El coronel Alejandro Schrieber Cortez.

-Deletréamelo, Nils.

Van Nostrand hizo lo que el otro le pedía y le comunicó además de memoria la fecha y el lugar de nacimiento... gracias a su bendita memoria.

-¿Qué más necesitas? -inquirió Van Nostrand.

Librodot

-Color de los ojos y del cabello y una foto de pasaporte tomada durante los últimos cinco años.

-Para el mediodía te habré enviado todo eso con un mensajero... ¿Me entiendes, general?, podría dirigirme a Bruce y a su secretaría de Estado, pero eso es algo que no cae realmente en su marco de experiencias...

-Ese pobre gilipollas no puede manipular esta clase de cosas, al igual que no puede manosear a las prostitutas guapas de la ciudad. ¡Y esos civiles de la CIA te joderían el pasaporte con una mamarrachada, de foto!... ¿Quieres venir aquí para que mis hombres te preparen una nueva imagen? ¿Teñido del cabello, lentes de contacto en los ojos...?

-Disculpa, querido amigo, pero ya hemos discutido muchas veces esos procedimientos. Incluso me diste los nombres de varios especialistas que están en tus archivos, ¿no lo recuerdas?

-¿Recordar? -exclamó el general, echándose a reír-. ¿Y en tu mansión? Tales visitas han sido borradas de la base de datos de mi memoria.

-Uno de ellos vendrá a verme dentro de una hora. Un tipo llamado Crowe.

-¿El Pájaro? Es un mago de la cámara... Dile que me traiga personalmente su obra de arte y yo me encargaré de todo. Es lo menos que puedo hacer por ti, viejo amigo.

La última llamada fue para el ministro de Defensa, un hombre extraordinariamente inteligente y sumamente civilizado, que se había equivocado de cargo, un hecho del que comenzó a darse cuenta cuando llevaba ya cinco meses ejerciéndolo. Era un brillante directivo del sector privado, que había alcanzado la posición de director ejecutivo de una empresa que era la tercera en importancia de Estados Unidos, pero que no estaba a la altura de la competitividad y la glotonería de los generales y almirantes del Pentágono. En un mundo en el que los balances de ganancias y pérdidas no sólo carecían de importancia, sino que ni siquiera existían, y en el que las compras masivas de productos marcaban la diferencia entre mantenerse a flote o ser despedazado, en un mundo así ese hombre no tenía nada que hacer. En el entorno mercantil, donde imperaba la ley darviniana de la selección natural, el hombre era un maestro del razonamiento sereno, sabía esconder la estaca y premiar a sus subordinados; pero en medio de aquella competencia brutal entre las diversas instituciones públicas por el derecho a abastecer a los ejércitos, aquel hombre estaba perdido, ya que todo aquello nada tenía que ver con los beneficios. Los del Pentágono habían acogido con aplausos su nombramiento.

-¡Esos tipos lo quieren todo! -había dicho en tono confidencial a su amigo Van Nostrand el secretario de Defensa, un intachable funcionario público de buena familia, mejor herencia, gran fortuna, inteligencia aguda y educación exquisita-. Y la mayoría de las veces, cuando les saco a colación el tema de las crecientes reducciones presupuestarias, me atiborran de predicciones hipotéticas, la mitad de las cuales no puedo entender, y me sacan a relucir el fantasma de un día del juicio final militar si es que no consiguen lo que desean.

-Ha de ser más duro con ellos, señor ministro. A fin de cuentas, ya ha tenido que enfrentarse en otros tiempos a presupuestos restringidos.

-¡Claro que he tenido que enfrentarme! -había replicado el ministro, cierta noche en que se encontraba como invitado en la mansión de Van Nostrand, tomándose un coñac con su anfitrión-. Pero cuando impartía órdenes, siempre cabía la posibilidad de que algunos de mis directivos pudiese quedarse sin empleo si mis demandas no eran satisfechas... ¡Pero no se puede despedir a esos hijos de puta! Por lo demás, ya sabe que no me agradan las confrontaciones.

-Es evidente que las cosas no eran iguales con sus subordinados civiles.

-¡Eso es precisamente lo estúpido! Personas como yo entran y salen, pero las plantillas de burócratas, esos G-7 o G-8 o como quieran que se llamen las instituciones gubernamentales, ésos están ahí para quedarse. ¿Y de dónde sacan sus beneficios adicionales

y sus prebendas, sus viajecitos en aviones militares a las playas del Caribe, lugares de recreo para los ingenieros del ejército y la gente de inspección naval? Ya he aprendido que esas cosas no se preguntan.

-¿Son un enigma entonces?

-Son una situación imposible, al menos para personas como yo... y como usted, imagino. Aguantaré unos tres o cuatro meses más y luego me inventaré cualquier motivo personal para presentar mi dimisión.

-¿Motivos de salud? ¿En uno de los jugadores medios más célebres en toda la historia futbolística de la universidad de Yale y el responsable principal del programa de entrenamiento físico del presidente? Nadie se lo creería. ¡Pero si usted no deja de aparecer corriendo como un gamo en todos esos anuncios de televisión patrocinados por el gobierno!

-¡Los célebres atletas de sesenta y seis años! -había exclamado el secretario, echándose a reír-. Diré que mi esposa no soporta los aires de la ciudad de Washington. Ella estará encantada de ser el objeto de mi profunda preocupación y yo no tendré que estar directamente implicado en el soborno de su médico.

Afortunadamente para Van Nostrand, la muerte -el horrible asesinato- de su padrone había tenido lugar tan sólo unos cuantos días antes de que el secretario de Defensa hubiese pensado en anunciar públicamente su dimisión. Y por lo tanto, como era completamente lógico, el secretario había sido incorporado al reducido círculo de iniciados que conocían la operación «Sangre de Niña»; así que cuando Van Nostrand lo llamó para comunicarle que podría existir una cierta relación entre la actual conjura de asesinato y un oscuro oficial retirado que había pertenecido al servicio de contraespionaje de la Armada, un hombre llamado Hawthorne, el ministro había saltado a la brecha, atendiendo los ruegos del financiero. La cosa era tan simple como alarmante y se hacía necesario eludir los canales normales, a saber: había que dar esquinazo al capitán Henry Stevens, ya que éste podría poner pegas a la operación. Había que encontrar a ese tal Hawthorne y hacerle llegar una carta de contenido explosivo... El mundo en el que se movía la terrorista Bajaratt era un mundo soez, pero que extendía sus ramificaciones a escala internacional, un mundo que alguien como Van Nostrand no tenía más remedio que conocer; y si gracias a sus legiones de intermediarios y confidentes, ese hombre había oído hablar de algo, si se había enterado de algo, entonces, !por el amor de Dios, había que prestar toda la ayuda de que uno fuese capaz a ese distinguido señor Van Nostrand!

-!Hola! ¿Howard?

-!Santo cielo, Nils! No podía resistir la tentación de llamarte, pero me habías dicho expresamente que no lo hiciera. No creo que hubiese podido aguantar más tiempo.

-Te pido humildemente disculpas, amigo mío, pero ha habido una confluencia de situaciones de emergencia; la primera: nuestra crisis geopolítica; la otra es de índole tan dolorosamente personal, que apenas puedo hablar de ella... ¿Recibió Hawthorne mi mensaje?

-Anoche revelaron la película y nos enviaron en avión los negativos, pues no queríamos aceptar faxes; el asunto está confirmado. Tyrell N. Hawthorne recibió personalmente tu sobre a las nueve y doce minutos de la noche en la terraza de la cafetería del hotel San Juan. Analizamos las fotos con un espectrógrafo y se trata de él.

-Bien. En ese caso tendré noticias del propio capitán y vendrá a verme. Pido a Dios que de nuestra reunión salga algo de provecho para ti.

-¿No quieres contarme de qué se trata?

-No puedo, Howard, ya que los detalles concretos pueden no encajar y eso redundaría en el desprestigio de una persona honorable. Lo único que puedo revelarte es que, dadas las informaciones que poseo, se puede especular con la posibilidad de que ese Hawthorne sea miembro del mercado internacional Alfa. Pero también puede ser completamente falso.

-¿Mercado alfa? ¿Qué es eso?

-Mercado de asesinos, amigo mío. Matan al servicio del mejor postor. Y como quiera que en su mayoría son veteranos de los servicios secretos y especialistas en operaciones de comando, saben eludir todas las trampas que se les tienden. Sin embargo, no existe ninguna prueba concreta en lo que respecta a Hawthorne.

-¡Dios mío! ¿Quieres decir que podría estar confabulado con esa mujer, con esa Bajaratt, en vez de estar persiguiéndola?

-Esa es una hipótesis basada en presunciones lógicas y podría ser tremendamente falsa o trágicamente verdadera, pero eso es algo que sabremos esta noche. Si todo sale tal como hemos previsto, Hawthorne podría estar aquí entre la seis y las siete de esta misma tarde. Poco después nos habremos enterado de la verdad.

-¿Cómo?

-Lo confrontaré con los datos que conozco y tendrá que responderme.

-¡No puedo permitirlo! ¡Haré que rodeen la casa!

-De ningún modo, ya que si ese hombre es quien parece ser, enviará exploradores para que vigilen mi propiedad; y si descubren a tus hombres, jamás se presentará.

-¡Podría matarte!

-No es probable. Mis agentes de seguridad están por todas partes y son extraordinariamente eficaces.

-¡Eso no es suficiente!

-Es más que suficiente, amigo mío. De todos modos, si eso te tranquiliza, envía un único automóvil al camino de entrada a mi casa después de las siete de la tarde. Si Hawthorne se marcha en mi limusina, sabrás que mi información era falsa y jamás deberás mencionar siquiera cuanto te he dicho. En caso de que no sea falsa, mi propia gente se hará cargo de la situación y ellos se pondrán inmediatamente en contacto contigo, ya que yo no tendré tiempo de llamarte personalmente. Y es que tengo muchísimas cosas que hacer a la vez. Será el último acto de patriotismo de un anciano que ama a su patria más que nadie... Me voy del país, Howard.

-¡No lo entiendo...!

-Te he dicho hace un momento que tenía que hacer frente a dos emergencias, y no se me ocurre otra forma de expresarlo. Dos acontecimientos catastróficos se han juntado al mismo tiempo, y aunque soy un hombre profundamente religioso, no tengo más remedio que preguntarme: ¿por qué me has abandonado, Dios mío?

-Pero ¿qué te ocurre, Nils...?

-Todo comenzó hace ya muchos años, cuando estaba en Europa. Mi matrimonio se desintegró y... -Y Van Nostrand repitió una vez más su letanía de preocupaciones, amor, ilegitimidad y horror subsiguiente con los mismos resultados que había provocado en sus llamadas anteriores-. Tengo que irme, Howard, quizá no vuelva jamás.

-¡Nils, estoy muy preocupado! ¡Dios mío, eso es terrible!

-Empezaré una nueva vida, junto con mi amada. Puede decirse que soy un hombre afortunado en muchos sentidos y nada tengo que pedir a nadie. Mis asuntos están en orden y ya he solucionado lo del pasaje.

-¡Qué gran pérdida para nosotros!

-¡Qué gran ganancia para mí, amigo mío! El mayor galardón que he recibido en todos estos largos años de servicios desinteresados. ¡Adiós, mi querido Howard!

Van Nostrand colgó el teléfono y se sacudió inmediatamente de la mente la imagen de aflicción y autocompasión que habría transmitido al latoso del secretario de Defensa, de quien se había olvidado si no hubiese sido por una idea que se le quedó clavada en el cerebro: Howard Davenport era la única persona a la que había mencionado el nombre de Hawthorne. Pero de eso se ocuparía después. En esos momentos, sin embargo, Van Nostrand se puso a

pensar en su piece *du combat*, en el asesinato de Tyrell Hawthorne. Sería rápido y brutal, pero con precisión quirúrgica, para infligirle el mayor dolor posible. Los primeros disparos los haría contra sus órganos más sensibles, luego le machacaría el rostro con la culata de la pistola y finalmente le haría un corte profundo en el ojo izquierdo, en *il sinestre*. Contemplaría su agonía, vengándose así por la muerte de su amante, el padrone. Y finalmente, desde muy lejos, escucharía los elogios entusiastas que harían de su persona durante los cuchicheos por los pasillos del poder: Un auténtico patriota... ¡Un americano de verdad, como jamás ha habido otro igual!... ¡Cuánto habrá tenido que sufrir! ¡Con todos esos problemas!... ¡Jamás tenía que haber permitido que esa escoria de Hawthorne le causase para colmo nuevos problemas!... ¡Calla! ¡Esas cosas no se dicen!

Marte hubiese gritado, sin duda alguna!

-¡*Eco! ¿Perché?* ¡Esa clase de asesinatos es algo que encomendamos a las familias! ¿Por qué tenía que hacer todo eso?

-*Mente di serpente* -hubiera respondido Neptuno, sin duda alguna-. La astucia de una serpiente, mio padrone. Asesto mi último golpe, pues he de desaparecer entre la maleza y jamás me volverán a ver. Pero tiene que haber alguien que sepa que la serpiente ha estado allí, aun cuando estuviese arropada con la piel de un santo. Por otra parte, tus familias hablan demasiado, negocian mucho, sopesan las cosas durante demasiado tiempo. El camino más rápido consiste en reclamar las deudas que tienen para contigo los hombres que detentan altos cargos, personas libres de toda sospecha, de tal modo que cuando ocurra mi «muerte», puedan reunirse para llorar juntos y ratificar la pérdida de un santo. ¡Finito! ¡Completo!

Tras la muerte de Tyrell Hawthorne.

-¿Su nombre era Hawthorne? -preguntó asombrado Tyrell al piloto medio borracho y propietario del prostíbulo situado en el castillo antiguo de la ciudad de San Juan-. ¿Pero qué demonios estás diciendo?

-Te estoy contando lo que me dijo ese agente secreto -contestó Alfred Simon, quien se iba despejando poco a poco ante la vista de las dos armas apuntadas contra su cabeza-. En fin, te digo lo que pude leer con la luz de la cabina del avión. El nombre que aparecía en su documento de identidad era Hawthorne.

-¿Quién es tu hombre de contacto?

-¿Qué contacto...?

-¿Quién te contrató?

-¿Y cómo demonios voy a saberlo?

-¡Has tenido que recibir avisos, te habrán dado instrucciones!

-Por mediación de mis chicas. Alguien venía a comprobar la mercancía, dejaba una nota a la fulana de turno y le daba unos cuantos dólares de propina. Una hora después yo recibía la nota. Eso era lo habitual y no me iba a poner a presionarlas por ese suplemento de pan, del cual, por cierto, sólo me hablaron porque trato a mis chicas como es debido.

-No te entiendo.

-A fin de cuentas, después de toda una santa noche, ¿cuál de esas putas puede recordar quién fue el último o el penúltimo o el antepenúltimo?

-Este tipo es realmente un sicario a ciegas, capitán -dijo Poole.

-¿Capitán? -exclamó el piloto, sentándose en el borde del sofá-. ¿Conque eres un pez gordo?

-Lo suficientemente gordo para ti, nene... ¿Cuál de tus chicas te pasó la orden de que fueses a Virgen Gorda?

-Esa a la que me estaba follando; es un auténtico diablillo, no tiene más que diecisiete a...

-¡Grandísimo hijo de puta! -vociferó Poole, pegando tal puñetazo en el rostro al chulo de putas, que lo lanzó de espaldas contra los cojines con la boca sangrándole-. ¡Mi hermana también tuvo esa edad y le habría partido las costillas al cerdo que hubiese intentado abusar de ella!

-¡Alto, teniente! Estamos interesados en la información y no en la regeneración.

-¡Me joden los tipos como este granuja!

-Lo entiendo, pero ahora estamos buscando otra cosa... Me has preguntado si soy oficial, Simon, y mi respuesta es que sí, soy capitán de fragata. Ocupo también un alto cargo dentro del servicio de contraespionaje. ¿Responde eso a tu pregunta, piloto de paracaidistas? Y ahora creo que tendrás que responderme tú a otras preguntas.

-¿No podrías apartar esas pistolas de mi espalda?

-¿No podrías darme algo para tratar de convencerme de que debo hacer eso?

-Está bien... Está bien. Todas mis misiones secretas eran por la noche, entre las siete y las ocho, y siempre desde el mismo aeropuerto. El mismo controlador aéreo era el que daba luz verde para despegar; eso jamás variaba, el tipo era siempre el mismo.

-¿Cómo se llamaba?

-Nunca me dijeron nombres. El hombre era un tipo ingenioso, tenía la voz aflautada y no hacía más que toser, pero siempre era el mismo. Durante mucho tiempo creí que se trataba de una mera coincidencia, pero luego empecé a pensar que ahí tenía que haber gato encerrado.

-Quisiera hablar con la chica que te dio el mensaje para lo de Virgen Gorda.

-La verdad es que estás chiflado, tío. ¡Las habéis espantado! No regresarán hasta que la puerta de la casa no se encuentre en su sitio y todo parezca normal.

-¿Dónde vive?

-¿Dónde vive..., dónde viven todas ésas? Pues aquí mismo, donde tienen criadas para que les hagan los cuartos y les laven la ropa y les sirvan buenas comidas. Dejemos algo aclarado, pez gordo. Yo también he sido oficial y sabía muy bien cómo tenía que mantener en forma a mi tropa.

-¿Quieres decir que mientras no esté arreglada la puerta de entrada...?

-No vendrán. ¿No harías tú lo mismo?

-¡Eh, Jackson...!

-No te preocupes -se apresuró a decir el teniente-. ¿No tendrás herramientas en alguna parte, patrón de putas?

-Abajo, en el sótano.

-Iré a ver -dijo Poole, desapareciendo por la puerta del sótano.

-¿Cuánto tiempo están de servicio esos controladores aéreos durante el turno que comprende la hora de las siete a las ocho de la noche?

-Llegan a las seis de la tarde y se marchan a la una de la madrugada, según la normativa de aviación en los aeropuertos de tráfico intenso, lo que significa que te queda una hora y veinte minutos para localizarlo, digamos menos de una hora, pues necesitarás al menos entre unos quince minutos y veinticinco minutos para llegar al aeropuerto, si es que tienes un coche que vaya deprisa.

-No tenemos coche.

-El mío se alquila. Por mil dólares la hora.

-Dame las llaves -dijo Hawthorne- o te encontrarás con un túnel de oreja a oreja.

-Como quieras -contestó el piloto, metiendo la mano en una mesilla de noche y sacando un manojo de llaves-. Está en el solar que hay detrás de la casa; es un Caddy blanco descapotable.

-¡Teniente! -gritó Hawthorne, arrancando el único teléfono que había en el salón y caminando de espaldas hacia la puerta del sótano mientras mantenía empuñada su arma-. ¡Tenemos que ponernos en marcha, vámonos!

-¡Espera, hombre! He encontrado aquí abajo un par de viejas puertas, con las que podría...

-¡Deja eso y sube! Tenemos que ir al aeropuerto y hemos de estar allí en menos tiempo del que tenemos.

-Ya estoy contigo, capitán -anunció Poole, subiendo a toda prisa las escaleras-. ¿Y qué hacemos con ése? -inquirió el teniente, señalando a Simon.

-¡Oh!, me quedaré aquí, bobalicón -replicó el piloto-. ¿Adónde demonios voy a irme?

El controlador aéreo no se encontraba en ninguna de las de-pendencias de la torre de control, aunque los otros lo identificaron fácilmente cuando les preguntaron por el tipo de la voz aflautada. Se llamaba Cornwall y sus compañeros habían tenido que suplirlo durante los últimos cuarenta y cinco minutos, turnándose como podían y soslayando a duras penas los peligros. Tan arriesgada resultaba su ausencia que hasta tuvieron que llamar para remplazarlo a un controlador que se había tomado unos días de descanso por exceso de trabajo.

El hombre extraviado fue encontrado al fin por un cocinero en la despensa de la cocina; su cadáver mostraba una mancha roja y sanguinolenta en mitad de la frente. Llamaron a la Policía del aeropuerto y los agentes empezaron a hacer preguntas y a interrogar a cada uno de los presentes durante cerca de tres horas. Las respuestas de Tyrell fueron las típicas del profesional: una mezcla de ignorancia, inocencia y preocupación por el amigo de un amigo, por ese hombre que no había llegado a conocer.

Puestos finalmente en libertad, Hawthorne y Poole volvieron a toda prisa al prostíbulo del casco antiguo de la ciudad de Sán Juan.

-Ahora repararé la puerta -dijo el ofuscado y encolerizado teniente, dirigiéndose al sótano, mientras que Tyrell, completamente extenuado, se dejaba caer en un mullido sillón. El dueño del establecimiento se había quedado frito en el sofá. A los pocos instantes, Hawthorne ya se había dormido.

Los rayos del sol irrumpieron repentinamente, iluminando la sala y haciendo que Tyrell y el piloto se incorporaran, restregándose los ojos y tratando de adaptarse a la realidad del día. Al otro extremo del salón, sobre una tumbona de color verde, yacía Poole, cuyos acompasados y atractivos ronquidos reflejaban de algún modo esa personalidad suya esencialmente bondadosa. Donde había estado la destrozada puerta de la calle se encontraba ahora una de reemplazo perfectamente aceptable; estaba intacta, ni siquiera faltaba la mirilla en el panel superior.

-¿Quién demonios es él? -preguntó Simon, aquejado por una terrible resaca.

-Mi encargado de negocios militar -contestó Hawthorne, poniéndose inmediatamente en pie-. No se te ocurra intentar nada contra mi si no quieres que él te haga añicos de un puntapié.

-Tal como me siento, hasta Minnie Mouse podría hacer eso.

-imagino que hoy no tendrás intención de volar.

-¡0h, no!, me preocupan demasiado los buenos reflejos como para que me atreviese a acercarme a un avión.

-Me alegra oír eso, pues no parece que te importen un carajo muchas otras cosas.

-No necesito que me des sermones, marino, lo único que necesito es saber si puedes ayudarme.

-¿Y por que iba a ayudarte? El hombre estaba muerto.

-¿Qué.?

-Lo que oyes. Al Controlado le habían pegado un tiro, un disparo mitad de la frente.

-¡Dios mío!

-Quizá diste el soplo a alguien de que íbamos a buscarlo.

-¿Cómo? ¡Si te cargaste el teléfono!

-Estoy seguro de que tendrás otros aparatos...

-Uno más, que se encuentra en mi dormitorio en el tercer piso, y si te crees que anoche estaba en condiciones de subir esas escaleras, entonces es que me he equivocado de profesión tendría que haberme hecho actor. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Quiero tu ayuda.

-Hay una cierta lógica de tu parte... Quizá nos siguieran hasta aquí y alguien empleo una lógica distinta. Quienquiera que fuese sabia que te habíamos encontrado y se imaginaría que iríamos en busca de otra persona que no eras tú.

-¿Sabes acaso lo que estás diciendo? -.inquirió Simon, escudriñando a Hawthorne con su fría mirada-. Estas diciendo que como formo parte de la cadena, el próximo podría ser yo... ¡Con una bala en mi frente!

-Esa idea se me paso por la cabeza.....

-¡Pero, hombre por el amor de Dios, haz algo!

-¿Qué me sugieres?... Por cierto, a partir de las tres de la tarde estaré ocupado en otro asunto. Tendré que marcharme.

-¿Y dejarme metido en este jodido enredo?

-Digámoslo así -dijo Tyrell, echando un vistazo a su reloj de pulsera-. Ahora son las seis y cuarto, así que tenemos cerca de nueve horas para que se nos ocurra algo.

-¡Me podrías garantizar protección en nueve malditos minutos!

-Las cosas no son tan fáciles. ¿Utilizar el dinero de los contribuyentes para esconder a un piloto granuja del Ejército americano, que da la casualidad de que es el propietario de una casa de putas? Piensa en las interpelaciones en el Congreso.

-¡Piensa en mi vida!

-Anoche me desafiabas a que apretase el gatillo...

-¡Estaba borracho, por el amor de Dios! ¿Acaso eres tan jodidamente puro, que jamás te han hecho la puñeta y te has encontrado con que el mundo no te gusta demasiado tal como es?

-Pasaré eso por alto. Aún nos quedan nueve horas, así que pongámonos a pensar. Y cuanto más pienses, más me inclinaré a conseguirte esa protección... ¿Cómo te reclutaron la primera vez?

-¡Demonios!, eso fue hace muchos años, apenas puedo recordarlo...

-¡Pues recuérdalo ahora mismo!

-Un tipo grande, como tú, pero con pelo canoso y aspecto de tipo encopetado; su rostro era muy bien parecido... ¡ya caigo!, como los que aparecen en esos anuncios de ropa para caballeros elegantes. Vino a verme y me dijo que toda esa porquería acumulada contra mí podía ser borrada de los archivos si hacía lo que él quería.

-¿Y lo hiciste?

-¡Claro que sí! ¿Por qué no? Empecé a traficar con cigarros cubanos, ¿puedes creerlo? ¡Cigarros cubanos! Venían envueltos en cajas impermeables, que luego lanzaba en paracaídas a las zonas de pesca, a unas cuarenta millas de distancia de las costas de Florida.

-Drogas -dijo Hawthorne en tono categórico.

-¡Claro está que no eran cigarros!

-¿Y seguiste haciéndolo?

-Permíteme que te diga algo, capitán. Tengo un par de hijos en Milwaukee, a los que no he visto jamás, pero son mis hijos. Al principio no pensé en que serían drogas, pero cuando sumé dos más dos y la suma me resultó cuatro, les dije lo que había descubierto. Fue entonces cuando ese tipo grande y elegante, que camina como una damisela, me dijo claramente que el gobierno caería sobre mí y me despellejaría. 0 bien hacía lo que él me ordenaba que hiciera o iría a dar con mis huesos en Laevenworth. Así que ya no podría seguir enviando dinero a Milwaukee. Para mis dos hijos, que jamás he visto.

-Eres un hombre realmente complicado, piloto.

-¡Dímelo a mí! Necesito un trago.

-Hasta tu bar puedes llegar perfectamente dando tumbos. Sírvete una copa. Y luego sigue pensando.

-Bien -dijo el maltrecho patrón de putas, avanzando penosamente hacia el bar-. Y siempre viene por aquí, quizás una, dos o tres veces al año, un puntilloso hijo de puta, con chaqueta y corbata, que siempre pide la mejor tostadora que tengamos...

-¿Tostadora?

-¿Cómo quieres que te lo diga?, pues sexo oral, hombre.

-¿Y qué más?

-Se pasa un buen rato, pero jamás le pone la mano encima a una chica, ¿entiendes lo que quiero decir?

-Eso no cae exactamente en mi marco de referencia.

-El tipo jamás se quita la ropa.

-¿Ah, si?

-Eso no es del todo natural. Así que, como es lógico, me entró la curiosidad y una de mis chicas le dio un cohete...

-¿Un cohete?

-Unos cuantos polvos en su bebida para enviarlo al espacio.

-¡Gracias!

-¿Y adivina lo que descubrimos? En su cartera llevaba una docena de documentos de identificación, tarjetas comerciales, cartas de clubes de campo, toda esa bazofia de los ricos. El tipo es abogado, pero de los de renombre, y dirige unos de esos bufetes de Washington en los que la gente se forra de verdad.

-¿A qué conclusión llegaste?

-No lo sé, pero el asunto no es normal, ¿entiendes lo que quiero decir?

-No estoy seguro del todo.

-Un señorón como ése puede conseguir lo que le dé la gana en los burdeles de los barrios ricos de la ciudad. ¿Por qué viene hasta aquí? ¿A un lugar como éste?

-Pues porque está en los bajos fondos y lo que busca es el anonimato.

-Puede que sí, puede que no. Las chicas me contaron que siempre andaba haciendo preguntas. Como quiénes eran mis clientes, quién parecía ser árabe o quién se veía como un africano de piel clara... ¿Qué demonios tiene todo eso que ver con la buena y vieja jodienda a secas?

-¿Crees que era un conducto?

-No sé lo que significa eso.

-Alguien que lleva información, pero que no tiene por qué saber necesariamente de quién y a quién.

-Ya caigo.

-¿Podrías reconocerlo? En caso de que toda su documentación fuese falsa.

-Por supuesto. Todos los datos están en mi cabecita. -El piloto se sirvió medio vaso de whisky canadiense y se lo bebió de un par de tragos-. ¡Similia similibur curantur!r -entonó mientras cerraba los ojos y eructaba.

-¿Qué estás diciendo?

-Es un viejo rezo medieval. Traducido significa que un clavo saca otro clavo.

-Bien, ya hemos conseguido dos datos de tu cabecita: el hombre que te encontró y el abogado de Washington que no se desnuda en un prostíbulo. ¿Cuáles son sus nombres?

-El que me contrató se dio a sí mismo el nombre de Neptuno, pero no lo he vuelto a ver ni he vuelto a hablar con él en todos estos años. El nombre del sabueso, según constaba en su pasaporte, era Ingersol, David Ingersol, pero, como ya he dicho, bien podía ser falso.

-Lo comprobaremos... Y antes de Virgen Gorda, ¿cuál fue tu último trabajo?

-Con lo que me gano el pan y los garbanzos, además de con este establecimiento, es con el turismo, de un modo legal...

-Me refiero a lo relacionado con el tipo que te contrató -lo interrumpió Tyrell.

-Viajecitos en avión, una vez a la semana, por regla general, a veces dos, a una islita de mala muerte que difícilmente se encuentra en los mapas.

-¿Con una ensenada, un pequeño muelle y una casa edificada en lo alto de una colina?

-¡Arrea, sí! ¿Cómo lo sabes?

-Ya ha desaparecido.

-¿La isla?

-La casa. ¿Qué transportabas allí? ¿O a quiénes llevabas?

-Víveres, la mayoría de las veces. Grandes cantidades de fruta y de verduras y de carne fresca. A quienquiera que viviese allí no le gustaban esas porquerías de productos congelados. Y a visitantes, invitados que iban a pasar el día y a los que yo iba a recoger por la tarde; jamás se quedaban a pasar la noche. Excepto uno.

-¿Uno? ¿Cómo se llamaba?

-Jamás se daban nombres. Era una mujer de aspecto despampanante.

-¿Una mujer?

-¡Y qué mujer, compañero! Podía ser francesa, española, italiana, no sabría decírtelo, pero era una fulana con unas piernas muy largas, de unos treinta y tantos años.

-!Bajaratt! -susurró Hawthorne por lo bajo.

-¿Qué has dicho?

-Nada. ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Dónde?

-Hace un par de días. La llevé a la isla después de haberla recogido en Saint-Barthélemy.

Tyrell sintió que se asfixiaba, se le había paralizado la respiración, el aire ya no pasaba a sus pulmones.

¡Es como para volverse loco! -pensó-. ¿Dominique...?

CAPÍTULO XVI

-¡Estás mintiendo! -gritó Hawthorne, lanzándose contra el piloto, al que agarró por su mugrienta camisa, haciendo que el hombre dejase caer el vaso, que fue a estrellarse contra el suelo-. ¿Quién demonios eres? ¡Primero utilizas mi nombre como el del asesino que llevaste en tu puto avión a Virgen Gorda y ahora me dices que una amiga íntima, una amiga realmente íntima, es la perra psicópata que anda buscando medio mundo! ¡Eres un maldito mentiroso! ¿Quién te ha incitado contra mi?

-¿Pero qué es todo este barullo? -preguntó alarmado Poole, a quien el ruido había despertado y que ahora agitaba sus piernas al aire para saltar de la tumbona.

-¡Quítame las manos de encima, bobalicón! -gritó el piloto, acercándose a la barra del bar para sujetarse-. Tú tienes puestos los zapatos; yo no ¡y ahora hay vidrios rotos por todas partes!

-¡Y en diez segundos te estaré restregando los morros contra esos cristales! ¿Quién te dijo que hicieras eso?

-¿Pero de qué carajo me estás hablando?

-¡De nuevo se repite todo lo de Amsterdam! ¿Qué sabes de Amsterdam?

-¡Por el amor de Dios, jamás he estado allí!... ¡Suéltame!

-¡Esa mujer de Saint-Barthélemy! ¿Tenía el cabello negro o rubio?

-Negro. Ya te he dicho que me pareció italiana o española...

-¿Su altura?

-Con tacones, más o menos de mi tamaño y yo mido un metro setenta y seis...

-¿Rostro..., color de su tez?

-Era morena, como si estuviese tostada por el sol...

-¿Cómo iba vestida?

-No lo sé...

-¡Trata de recordar!

-De blanco, iba de blanco, con un vestido o un traje pantalón, como si fuese de negocios.

-¡Hijo de puta, estás mintiendo! -vociferó Tyrell, obligando al hombre a doblarse de espaldas sobre la barra del bar.

-No está mintiendo, Tye -dijo Poole-. No tiene fuerzas ni valor para eso; está acabado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Hawthorne, dejando caer los brazos y alejándose de ambos hombres, medio gimoteando, medio implorando-¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Hawthorne se acercó lentamente a la gruesa ventana, desde la que divisaba una inmunda calle adoquinada; le brillaban los ojos y desde lo más profundo de su pecho emitió un rugido gutural.

-¡Saba..., París..., Saint-Barthélemy..., nada más que mentiras! ¡Amsterdam, Amsterdam!

-¿Amsterdam? -preguntó inocentemente el piloto, que se retiró tambaleante del bar, moviéndose con cautela mientras evitaba pisar con sus pies descalzos los vidrios esparcidos por el suelo.

-¡Cállate! -le dijo por lo bajo Jackson, contemplando la temblante figura de Tyrell Hawthorne junto a la ventana-. Ese hombre está dolorido, piloto.

-¿Pero qué tiene eso que ver conmigo? ¿Qué he hecho?

-Me temo que le has dicho algo que no quería oír.

-Tan sólo le he dicho la verdad.

De repente, lleno de furia, Hawthorne miró a su alrededor, esta vez con los ojos nublados, la mirada perdida y el horror pintado en su rostro.

-¡Un teléfono! -pidió-. ¿Dónde tienes el otro teléfono?

-Tres pisos más arriba, pero la puerta está cerrada con llave. La llave ha de estar en alguna parte...

Eso fue todo lo que pudo decir el piloto. Tyrell ya estaba subiendo las escaleras de tres en tres; sus pisadas retumbaban por todo el viejo prostíbulo.

-Tu capitán está chiflado -dijo el dueño del burdel-. ¿Qué quería decir con eso de que yo había utilizado antes su nombre? Aquel loco agente secreto del avión fue más claro que el agua. Mi nombre es Hawthorne. Lo repitiría unas tres o cuatro veces.

-Mentía. El es Hawthorne.

-¡Santo cielo...!

-No invoques cosas santas en todo este endemoniado asunto -dijo serenamente Poole.

Hawthorne se lanzó repetidas veces contra la puerta de las habitaciones privadas del piloto, situadas en el tercer piso, golpeándola con el hombro; al quinto intento saltó la cerradura. Irrumpió precipitadamente y se sintió durante unos momentos desconcertado ante la pulcritud que reinaba en aquellos aposentos contiguos y comunicados por puertas que estaban abiertas de par en par. Había esperado encontrarse con un cuarto revuelto y desaseado; en vez de eso, aquella suite podría haber sido diseñada para un artículo de la revista Town and Country. El mobiliario era exquisitamente masculino y en él imperaba una combinación de cueros finos y maderas de tonos oscuros, con las paredes recubiertas de claros paneles de roble, adornados con cuadros, reproducciones deliciosas de pinturas impresionistas, llenas de luces difusas, colores brillantes, figuras gentiles y jardines de ensueño. Aquel hombre se negaba a sí mismo en esos aposentos.

¿Dónde estaba el teléfono? Tyrell entró corriendo por una puerta rematada en arco y se precipitó en el dormitorio. Por doquier, en el escritorio, en la cómoda y en las dos mesillas de noche, había retratos enmarcados de dos niños, los mismos niños retratados a edades diferentes. ¡Allí estaba el teléfono! En una de las mesillas de noche, junto al lado derecho de la cabecera de la cama. Corrió hacia el teléfono, mientras se sacaba un papelito del bolsillo de su chaqueta; en él llevaba el número del teléfono de París. Y de nuevo se detuvo unos instantes, desconcertado ante la vista de otra fotografía. Era el retrato de dos jóvenes, un chico y una chica, ambos muy atractivos y notablemente parecidos. «¡Santo cielo, si son gemelos!», pensó Hawthorne. Iban vestidos con atuendo estudiantil. La joven llevaba una falda plisada a cuadros y una blusa blanca, y el chico, una chaqueta oscura y una corbata a rayas. Se encontraban de pie, sonrientes, junto a un letrero que rezaba:

University of Wisconsin Admissions Office

Tyrell advirtió entonces la dedicatoria escrita al pie de la fotografía. La caligrafía era diminuta, pero muy clara; la fecha se remontaba a un par de años atrás.

Siguen siendo inseparables, Al, y pese a sus peleas, saben cuidarse mutuamente. Puedes sentirte orgulloso de ellos, al igual que ellos lo están de su padre, quien dio la vida al servicio de la patria. Herb te envía muchos saludos, al igual que yo, y ambos te damos las gracias por tu ayuda.

Aquel piloto era un hombre realmente complicado. ¡No tenía tiempo para pensar en esas cosas!

Hawthorne descolgó el teléfono, esperó a tener línea y luego marcó los prefijos y el número de París, leyendo cuidadosamente lo que llevaba anotado en aquel trozo de papel.

-La maison de Couvier -dijo una voz femenina a cinco mil kilómetros de distancia.

-¿Pauline?

-¡Ah, monsieur!, es usted, ¿n'est-ce pas? ¿El de Saba?

-Esa es una de las cosas que quiero preguntarle a la señora. ¿Por qué no estaba allí?

-¡Oh!, yo se lo pregunté, monsieur, y la señora me dijo que ella jamás le había hablado a usted de Saba..., usted debió imaginárselo. Su tío se mudó a una isla cercana hace ya más de un año Sus anteriores vecinos se volvieron demasiado curiosos, demasiado entrometidos; el caso es que la señora no vio razón alguna para, ¿cómo dicen ustedes?, tomarse la molestia de explicárselo, ya que tenía que regresar inmediatamente en avión a París y sabía cómo podía ponerse en contacto con usted a su regreso.

-Esa es una explicación muy cómoda, Pauline.

-¡Monsieur! ¿No le estarán entrando celos? ¡No, eso no puede ser, porque no hay motivo alguno! Usted está siempre en su corazón; yo soy la única persona que lo sabe.

-Quiero hablar con ella. ¡Ahora mismo! No está en casa, ya se lo he dicho.

-¿En qué hotel se aloja?

-En ninguno. Madame y monsieur están a bordo de un yate de Montecarlo, de crucero por el Mediterráneo.

-Los yates suelen tener teléfono. ¿Cuál es su número?

-No lo sé, créame. Maintenrant, la señora me tiene que telefonear dentro de una hora aproximadamente, ya que la semana que viene hemos de preparar una cena para el suizo de Zurich. Esa gente come de manera totalmente diferente..., como los alemanes, ya me entiende.

-¡Tengo que hablar con ella!

-Pues hablará, monsieur. Déjeme un numero de teléfono y yo me encargaré de que la señora lo llame. 0 llámeme de nuevo y tendré un número preparado para usted. No hay ningún inconveniente.

-Así lo haré.

¿Un yate en el Mediterráneo y no deja su número en París por si se presenta una emergencia? ¿Quien era la mujer que fue a recoger a Simon en su avión a Saint-Barthélenn? ¿hasta que punto estaban dispuestos a volverle loco esas personas que sabían lo que había sucedido en Amsterdam? ¡Alguien vestida como Dominique e insertada en ese mosaico diabólico!... ¿O se estaba mintiendo a sí mismo? ¿Se había mentido también en Amsterdam? Si eso era así, había que acabar de una vez con la mentira.

Tyrell colgó el teléfono, pero siguió aferrado al aparato con mano temblorosa, ya que estaba decidido, aunque a regañadientes, a llamar a Washington para hablar con Henry Stevens. El hecho de que ese misterioso N. V. N., quienquiera que fuese, se hubiera pasado por alto al jefe de los servicios secretos de la Armada para hacer llegar un mensaje al viudo ex oficial de la OTAN tenía que significar algo, pero Hawthorne no podría enterarse de lo que era hasta las tres de la tarde. Bien podía esperar hasta que Stevens lo llamase a su hotel en isla Verde, cosa que haría seguramente el capitán, o quizá la hubiese... ¡Oh, Dios mío, Cathy! Se había olvidado de ella; y lo que era peor aún, Poole también. Tyrell marcó el número inmediatamente.

-¿Dónde os habéis metido? -gritó Neilsen-. Estaba muerta de angustia. He estado a punto de telefonear al consulado, a la base naval..., incluso a Washington para hablar con tu amigo Stevens.

-¿No se te habrá ocurrido llamarlo?

-No tuve necesidad. Ha llamado aquí tres veces desde las cuatro de la madrugada.

-¿Has hablado con él?

-Compartimos la misma suite, ¿lo has olvidado? Ya nos hemos hecho amigos, prácticamente.

-¿No le dirías nada sobre el mensaje que recibí anoche...?

-¡Venga, Tye! -protestó Cathy-. Solía guardarles los secretitos a mis compañeras de estudio y la verdad es que andaban acostándose con todo el mundo. Por supuesto que no se lo dije.

-¿Qué te dijo? ¿Qué le dijiste?

-Quería saber dónde estabais, como es natural, y yo le dije, como es natural, que no lo sabía; y entonces quiso saber cuándo estaríais de vuelta, y yo le di la misma respuesta. Fue entonces cuando perdió los estribos y me preguntó si había algo que yo supiese. Le dije que había aprendido algo acerca de los «fondos de emergencia»..., pero no creo que le hiciese gracia.

-No hay nada que tenga gracia.

-¿Qué pasa? -preguntó serenamente la comandante. -Encontramos al piloto y gracias a él averiguamos la dirección de otra persona.

-Eso es un progreso.

-No muy grande. El hombre ya había muerto antes de que llegásemos.

-¡Oh, Dios mío! ¿Os encontráis bien? ¿Cuándo pensáis volver?

-Tan pronto como podamos.

Hawthorne apretó la palanquita y cortó la comunicación; se quedó esperando unos instantes, tratando de poner en orden sus pensamientos, sin poder apartar de su cabeza una idea fija, que se imponía a todas las demás, torturándolo y consumiéndolo. Una mujer alta, vestida de blanco, de rostro atractivo y de tez curtida por el sol..., que es recogida en avión en Saint-Barthélemv y conducida a la isla fortificada del padrone... Las coincidencias no existían en ese mundo que había abandonado y al que ahora se veía catapultado de nuevo. ¿O se trataba de una confusión manipulada, de una persona haciéndose pasar pos otra, aprovechando coincidencias de tiempo y lugar? La idea resultaba demasiado descabellada si aceptaba que el encuentro se había producido de un modo casual... ¡Oh, Dios, se estaba volviendo loco! !Deténte! ¡Serénate de una vez, vence ese dolor!

Había otra confusión manipulada, algo demasiado real, esa nota del desconocido que firmaba como N. V. N. y a quien llamaría a las tres de la tarde. ¡Concéntrate!

¿Dominique...? ¡Concéntrate!

Descolgó el teléfono y marcó el número de Washington. Momentos después Stevens se ponía al aparato.

-Esa comandante de las fuerzas aéreas me dijo que no sabía cuándo te habías ido, dónde estabas ni cuándo regresarías. ¿Qué diablos está pasando?

-Tendrás un informe completo después, Henry. Ahora voy a darte cuatro nombres y necesito toda la información que puedas conseguir sobre esas personas.

-¿Para cuándo?

-Procura que sea para dentro de una hora.

-¡Estás chiflado!

-Esos tipos pueden estar íntimamente relacionados con Bajaratt...

-La tendrás. ¿Quiénes son?

-El primero es alguien que se hace llamar Neptuno, el señor Neptuno. En líneas generales se trata de un hombre alto, de aspecto distinguido, de cabellos canosos, digamos que de unos sesenta y tantos años v de rancia familia acaudalada.

-Me estás describiendo a la mitad de la población masculina de Georgetown. ¿El siguiente?

-Un abogado de Washington llamado Ingersol...

-¿De Ingersol and White? -lo interrumpió Stevens.

-Probablemente. ¿Lo conoces?

-Lo conozco, al igual que la mayoría de la gente. David Ingersol, hijo de un hombre altamente respetado que fue miembro del Tribunal Supremo de Justicia; pertenece a los clubes más selectos de la nación, es amigo de los poderosos y él mismo detenta algún poder. ¡Por Dios, Tye!, ¿no estarás insinuando que ese Ingersol forma parte de...?

-No estoy insinuando nada, Henry -lo interrumpió Hawthorne.

-¡Pues claro que si! Y déjame decirte una cosa Tye: estás errando el blanco a base de bien. Da la casualidad de que sé de buena tinta que ese tal Ingersol le ha hecho más de un pequeño favor a la Central Intelligence durante sus viajecitos de negocios por Europa.

-¿Y eso me hace errar el blanco?

-Se le tiene mucha consideración en Langley. La CIA no es precisamente mi organización favorita por estos andurriales; esos tipos meten las narices en todas partes, como tú muy bien sabes, pero su solidez no tiene parangón alguno; eso puedo garantizártelo. No puedo creer que hayan estado utilizando a alguien como Ingersol sin antes haber analizado su cerebro bajo el microscopio.

-Pues en ese caso pasaron por alto sus zonas más bajas.

-¿Cómo?

-Mira, como dice mi informante, ese tipo bien puede ser una nulidad y un personaje estrafalario, pero ha sido visto en circunstancias que lo presentan como a alguien involucrado en este asunto...

-Está bien. Ahora he entablado una nueva relación con el director de la CIA. Iré a hablar con él. ¿Qué más?

-Un controlador aéreo de San Juan llamado Cornwall. Está muerto.

-¿Muerto?

-De un tiro en la frente, que le pegaron poco antes que nosotros llegásemos adonde se encontraba, a la una de la noche, bueno, de esta madrugada.

-¿Cómo lo descubristeis?

-Ahí llegamos al cuarto nombre, y con él, a un tipo que has de esconder bajo tierra.

-¿Es uno de ellos?

-No, se trata de un contratado ciego. Es el confidente del que te acabo de hablar y trabaja sin saber para quién ni por qué lo hace, pero alguien de tu entorno lo tiene atado por una cuerda. Y quienquiera que sea que esté al otro extremo de la cuerda podría darnos la pista definitiva.

-¿Me estás diciendo que esa Bajaratt tiene cómplices en los niveles más altos de la burocracia? ¿Nada de unas cuantas personas aisladas, a las que haya podido sobornar, sino de honorabilísimos representantes de la jerarquía gubernamental?

-Puedes creerlo.

-¿Cómo se llama?

-Simon, Alfred Simon. Se alistó en el Ejército siendo menor de edad y fue piloto de paracaidistas con base en Vientiane, Agencia de Desarrollo Internacional. Volaba con la Royal Lao. -CIA -dijo Stevens-. Aquellos viejos tiempos, no sé si buenos o malos. Macutos llenos de dinero para pagar sobornos, lanzados en paracaídas a las tribus que habitaban en las colinas de Laos y Camboya. Los *montagnards* fueron los que se llevaron la peor parte en los combates; y

como ellos fueron los que más dinero habían recibido, también fueron los más saqueados por los pilotos... ¿Cómo es posible que alguien en Washington esté extorsionando a una persona así? Cabe pensar que se podría lograr lo mismo con el método contrario.

-Se desembarazaron de aquella filial, endilgándole los aviones y logrando que ese jovencísimo piloto firmase unos documentos de transferencia de propiedad de índole muy sospechosa, lo que hizo probablemente estando borracho. De ese modo fue tachado de mercenario y de ladrón, quedando así como un soldado de fortuna que se había vendido por un montón de dinero y que nada tenía que ver con nuestros honorabilísimos representantes del gobierno.

-Luego echarían tierra sobre el asunto, se inventarían un caso de corrupción en su contra y darían marcha atrás con toda esa chapuza.

-Eso huele a podrido que apesta.

-Así es y fue moneda corriente, aunque no tenía por qué haber estado borracho, podía haberle movido la codicia. Pensaría que le estaban dando una mercancía valorada en algunos millones de dólares, lo que es muy comprensible cuando se es joven, pero no se daría cuenta de que así quedaba atrapado para toda su vida, mientras que los espías drogadictos se lavaban las manos... Sé exactamente con quién tengo que ponerme en contacto para que descubra lo que hay detrás de un tal Alfred Simon, que fue piloto en Vientiane.

-¿Puedes asegurarte de que nadie se entere de que estás indagando ese asunto?

-Lo haré todo con la mayor discreción -contestó el jefe del servicio secreto de la Marina-. Quien nos facilitará la información es una persona que ha trabajado de agente secreto en el extrajero y que luego se incorporó a las enrarecidas filas de los analistas y tiene acceso a los jugosos archivos de la CIA; se trata de una mujer que en principio ya no trabaja para nosotros. Como es lógico, esto se ha mantenido en secreto, pero puede decirse que es uno de nuestros corresponsales extranjeros.

-Llámame al hotel -dijo Hawthorne-. En caso de que me retrase o que deba estar en otra parte, pásale toda la información que tengas a la comandante Neilsen. Ahora se identifica como Cuatro-Cero, a menos que tus idiotas hayan cambiado la clasificación.

-Por la forma en que habla, ¿es que acaso se puede clasificar para algo?

-Respondo por ella, capitán. Sin ella ahora estaríamos muertos.

-Disculpa, tan sólo pretendía hacer un pequeño chiste en medio de una situación realmente embarazosa.

-Eres un gran tipo, Henry. Ponte a trabajar, luego vete a casa con tu mujer y trata de pasarte un buen rato.

Hawthorne colgó el teléfono y advirtió que le sudaban las manos. ¿Cuál sería el siguiente paso? ¡Tenía que mantenerse activo! No podía quedarse quieto, no podía ponerse a pensar en cosas en las que no se atrevía a pensar. ¡Aunque tenía que hacerlo! Podía mentir a los demás, pero no a sí mismo, no por más tiempo. Saba, un tío de carácter retraído, una alcahueta en París, pretextos benévolos..., declaraciones de amor. ¡Todo mentiras!

¡Dominique! ¡Dominique Montaigne era Bajaratt!

Le daría caza o moriría en el intento. Nada en la tierra podría detenerlo. ¡Traición!

En la Dirección General de Policía de la ciudad de San Juan, en su departamento de Homicidios, la viuda del controlador aéreo asesinado, una tal Rose Cornwall, había hecho una magnífica representación ante la Policía de Puerto Rico. Se mostró estoica y valerosa, pese a la trágica pérdida que había destrozado, evidentemente, su vida... No, no podía ayudarlos. Su amantísimo esposo no tenía ni un solo enemigo en este mundo, pues era el hombre más bueno y cariñoso que jamás había existido en las viñas del Señor; y si no, que se lo preguntasen al párroco. ¿Deudas? ¡Ninguna! Vivían bien, pero siempre con los ingresos que entraban en la casa. ¿Algunas costumbres como frecuentar los casinos? Muy rara vez y tan sólo con las

máquinas tragaperras, generalmente las de veinticinco centavos, limitándose además a un máximo de veinte dólares cada uno. ¿Drogas? ¡Jamás! El difunto apenas podía tragarse una aspirina y había ido reduciendo sus cigarrillos hasta sólo permitirse fumar uno después de las comidas. ¿Por qué salieron hacía cinco años de Chicago para venir a Puerto Rico? Aquí tenían un estilo de vida mucho más confortable; el clima, las playas, la selva tropical -al difunto le encantaba caminar horas enteras por la selva tropical- y sin esas presiones terribles a las que estaba sometido en el aeropuerto O'Hare de Chicago.

-¿Puedo irme ya a casa? Me gustaría estar un rato a solas antes de llamar al sacerdote. Es un hombre maravilloso y él se ocupará de todo.

Rose Cornwall fue escoltada por la Policía hasta su apartamento en isla Verde, pero allí no llamó a su cura párroco. En vez de hacer eso, marcó el número de un teléfono de Mayagüez.

-¡Escúchame, hijo de puta! -dijo la viuda de Cornwall-. He dado la cara por vosotros, cagados de mierda, y ahora quiero lo mío.

Sonó el teléfono en la suite del hotel San Juan mientras Catherine Neilsen estaba sentada a la mesa, leyendo en el periódico el relato sobre el asesinato del aeropuerto. Extendió inmediatamente el brazo y levantó el rugiente y estridente aparato.

-¿Sí?

-Soy Stevens, comandante.

-Llamada número cinco, si sé contar.

-Sí sabe. Y me imagino que Tyrell estará allí. Hablé con él hace una hora y media.

-Si, me lo dijo. Ahora está en la ducha, los dos se están duchando, y permítame que le diga que ambos deberían quedarse durante un buen rato en sus respectivas duchas. Hay aquí por todas partes un olor nauseabundo a perfume de rosas.

-¿A qué...?

-Qúe huele a putas, capitán. Pues frieron de putas, así que supongo que el olor es completamente lógico.

-¿Qué?

-¿No cree que se está repitiendo, mi capitán?

-¡Llámelo! Fue él quien dijo que esto era prioritario.

-Espero no asustarlo. Aguarde un momento, por favor.

La comandante Neilsen entró en el dormitorio de Hawthorne y luego se acercó a la puerta del cuarto de baño. Se quedó escuchando, titubeó un momento, abrió al fin la puerta y se encontró con Tyrell desnudo y secándose con una enorme toalla.

-Perdona la intromisión, capitán. Washington al aparato.

-¿Ha oído hablar alguna vez de la costumbre de llamar antes a la puerta?

-No, mientras la ducha está abierta.

-¡Oh!..., me había olvidado.

Envuelto en la toalla, Hawthorne pasó rápidamente por delante de la comandante y se dirigió al teléfono que tenía junto a la cabecera de la cama.

-¿Qué has averiguado, Henry?

-Sobre Neptuno, prácticamente nada...

-¿Qué quieres decir con eso de «prácticamente»?

-Los ordenadores para el hemisferio Sur nos proporcionaron una única entrada. Al parecer, de eso hace ya muchos años, había en Argentina un tal Neptuno, que participo en el

Librodot

golpe de Estado que dieron los generales, pero se trata únicamente del seudónimo de un extranjero que, según se rumoreaba, estaba íntimamente relacionado con las altas esferas; y no disponemos de más información, excepto una referencia a un tal Señor Marte, con los mismos datos.

-¿Y en cuanto a Ingersol?

-Libre de toda sospecha, pero tenías razón con lo de Puerto Rico. Viaja a ese país unas cuatro o cinco veces al año para atender a sus clientes; todo verificado y todo en orden.

-Lo que no está en orden es que él mismo es el cliente -dijo Hawthorne.

-¿Qué quieres decir?

-Nada. Un cero a la izquierda. ¿Y qué pasa con el controlador aéreo, con Cornwall?

-Un poquitín más interesante. Era el jefe de su departamento en el aeropuerto de O'Hare, un tipo brillante que se ganaba honradamente su dinero y que no constituía ninguna amenaza para su pandilla de amigotes en los partidos que jugaba en su club de campo. Sin embargo, indagando un poquitín les cubrimos que su mujer era copropietaria de un restaurante especializado en carnes a la brasa y situado en el casco antiguo de Chicago. No es un Delmonico, pero es uno de lo más popular de esa parte de la ciudad. Y la mujer (entiéndase: la mujer y su marido) vendió su parte por mucho menos de lo que valía cuando se trasladaron a Puerto Rico. Se trataba de unos ingresos anuales más que decentes.

-Lo que arroja otra pregunta -interrumpió Tyrell-. ¿En dónde sacaron el dinero para garantizarse esa bonita renta anual.

-Hay algo más que quizá conteste a tu pregunta -respondió Stevens-. ¿Cómo se las arregla un controlador áereo en San Juan, donde la paga no puede compararse a los sueldos de O'Hare, para comprarse un apartamento de seiscientos mil dólares frente a la playa de Isla Verde. Su participación en el restaurante no alcanzaba siquiera la tercera parte de eso.

-¿En Isla Verde...?

-En esa parte de la costa se encuentra el mejor barrio de la ciudad.

-Lo sé, es justamente donde estamos. ¿Algo más sobre nuestros andariegos Cornwall?

-Cuestión de opiniones, nada en concreto.

-¿Me lo puedes traducir, por favor?

-Someten a un sinfín de pruebas psicológicas a los controladores aéreos para averiguar si son capaces de ejercer ese trabajo. Cornwall quedó entre los primeros: frío como el hielo, rápido y metódico, pero el hombre parecía preferir el turno de noche; de hecho, insistió en que le dieran ese turno, lo que no es en modo alguno habitual.

-Hizo lo mismo aquí, pues fue precisamente por eso por lo que mi informante acabó fijándose en él. ¿Y qué opinión tienen de él en Chicago?

-Que su matrimonio andaba mal, quizá ya sin posibilidad de arreglo.

-Lo que no puede ser cierto, evidentemente, ya que vinieron aquí juntos y se compraron un apartamento por seiscientos mil dólares.

-Ya te he dicho que era cuestión de opiniones, no de hechos.

-Amenos de que se base en la información de que andaba detrás de las mujeres.

-Las pruebas psicológicas no van tan lejos. Necesitan controladores. Les pareció simplemente que no le importaba quedarse por las noches fuera de casa.

-En fin, vamos a terminar -dijo Hawthorne-. ¿Qué pasa con el hombre al que tienes que esconder bajo la tierra, con nuestro piloto Alfred Simon?

-0 bien te estaba mintiendo o es el guasón más macabro que te has podido echar a la cara.

-¿Que?

-Ese chico es oro en paño y tiene un montón de medallas esperándole para cuando aparezca. No se menciona en ninguna parte que se haya hecho cargo de ningún avión en Laos, legítima o ilegítimamente. Era subteniente de las fuerzas aéreas, realmente joven, y se presentó como voluntario para realizar operaciones muy arriesgadas en Vientiane; y si alguna vez robó algo, nadie ha informado de tal cosa. Si mañana mismo se presentase en el Pentágono, celebrarían una ceremonia en su honor, le colgarían una ristra de condecoraciones por servicios prestados a la aviación y le darían unos ciento ochenta mil dólares en concepto de pagas extraordinarias y acumulación de pensiones que jamás cobró.

-¡Dios mío! ¡Te lo digo francamente, Henry, el hombre no sabe nada de eso!

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque sé con absoluta certeza que está enviando dinero a alguien.

-Sabes más que yo.

-Eso espero. Lo peor es que está envuelto en una mentira que le ha hecho caer desde hace años en una realidad que puede matarlo hoy mismo.

-Sigues sabiendo más que yo...

-Ha sido contratado para trabajar con quienes son sus enemigos. Con la pandilla de Bajaratt.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó Stevens.

-Yo nada; tú lo vas a hacer. Te voy a enviar al subteniente Alfred Simon a la base naval de aquí y tú te encargarás de llevártelo a Washington y de ocultarlo hasta que pueda salir libremente y convertirse en un apacible héroe con unos cuantos dólares de más en el bolsillo.

-¿Y por qué ahora?

-Porque si nos retrasamos, podría ser demasiado tarde. Y porque lo necesitamos.

-¿Para identificar a Neptuno?

-Entre otros muchos que todavía no conocemos.

-Primero: Simon, viaje de primera clase en avión militar a Washington -dijo el jefe del servicio secreto de la Armada-. ¿El siguiente?

-La viuda del controlador aéreo Cornwall. ¿Cuál es su nombre de pila?

-Rose.

-Algo me dice que sus pétalos se han marchitado -dijo Hawthorne, colgando el teléfono y contemplando a Cathy, que estaba apoyada contra el marco de la puerta-. Quiero que tú y Jackson vayáis inmediatamente al casco antiguo de San Juan y conduzcáis a Simon a la base naval. ¡Rápido!

-Espero que no interprete mal mis intenciones y trate de contratarme.

-No eres el tipo -replicó Tyrell, sacando una guía telefónica de la gaveta de una mesita contigua y poniéndose a revisar los nombres que empezaban por C.

-No estoy muy segura de si eso es un piropo o un insulto.

-Las putas no llevan armas; el bulto estropea las curvas. Y asegúrate bien de que la tuya resalte.

-No tengo ningún arma.

-¡Coge la mía! Está en la cómoda... ¡Ya lo tengo! Cornwall, el único en Isla Verde.

-¡Qué sabrás tú de estas cosas! -dijo la comandante, cogiendo la pistola automática Walther de encima de la cómoda-. Es tan pequeña, que la puedo esconder en mi bolso.

-¿Te has comprado un bolso? -preguntó Hawthorne, alzando la mirada mientras anotaba la dirección de los Cornwall en uno de los impresos del hotel.

Librodot

-Bueno, se supone que normalmente debería llevar una mochila a la espalda, pero durante las últimas veinticuatro horas he estado llevando este precioso bolso con adorno de perlas. Hace juego con mi vestido... A Jackson le pareció bien.

-¡Odio a ese cerdo!... ¿Os queréis ir de una vez?

-Acaba de salir de la ducha; ahora puedo decírselo. Todavía sigue cantando Patria querida, pero se oye demasiado alto como para que esté bajo el agua.

-Pues ve a vestir al niño y marchaos. No quiero encontrarme con otro cadáver entre mis brazos y que éste se llame ahora Simon.

-¡Si, mi capitán!

Tyrell entró con el blanco «Cadillac» descapotable en el aparcamiento de los edificios en los que estaba el apartamento de los Cornwall. Como Stevens le había indicado, se encontraba en el barrio más distinguido y caro de Isla Verde, no sólo por su proximidad a la playa, sino porque cada apartamento poseía su propio balcón, amplio y protegido por cristales, desde el que se divisaba el océano, y una piscina en forma de terraza a cada costado.

Hawthorne se apeó del automóvil, se dirigió por el caminillo que conducía a la entrada del edificio e hizo señas al hombre que estaba montando guardia. Al igual que en todos los edificios de esa índole en la barriada, allí había también un portero uniformado sentado ante un escritorio dentro de una cabina protegida por gruesos cristales; el hombre apretó un botón situado frente a él y habló por el intercomunicador:

-¿Español o inglés, señor?

-Inglés -contestó Tyrell-. He de ver a la señora Rose Cornwall; es muy urgente.

-¿Es usted de la Policía, señor?

-¿La Policía? -preguntó Hawthorne, quedándose rígido, pero con la presencia de ánimo suficiente como para decir displicentemente aunque en tono firme-: Por supuesto que soy de la Policía. Del consulado de Estados Unidos. Nos avisó su Policía.

-Puede pasar, señor.

Se oyó un zumbido sordo, se abrió la cerradura y Tyrell entró en el edificio para ir a interpelar inmediatamente al guardia de seguridad que estaba tras el mostrador de la garita del portero.

-¡El número del apartamento de los Cornwall, por favor!

-El 901, señor. Todo el mundo está allá arriba.

-Todo el mundo? Pero ¿qué demonios...?

Hawthorne se dirigió a grandes zancadas al pasillo de los ascensores y apretó repetidas veces el botón hasta que abrió una de las puertas. Los pisos pasaban lentamente, se hacían interminables, hasta que finalmente llegó a la novena planta. Se precipitó por el pasillo y se detuvo bruscamente cuando vio a una multitud de personas y advirtió los continuos destellos en el pasillo, producidos por los repetidos fogonazos que salían por el umbral de una puerta abierta, situada a unos seis metros a su derecha. Se dirigió hacia donde se agolpaba el gentío, advirtiendo que la mayoría de hombres y mujeres eran policías en uniforme. De repente salió del apartamento un hombrecillo rechoncho, vestido con traje gris y corbata azul, que empezó a dispersar a todos los que le cortaban el paso mientras hojeaba las páginas de su libreta. Alzó la mirada y se fijó en Tyrell; luego, dando un respingo, volvió a levantar la mirada y sus ojos negros expresaron alternativamente serenidad y asombro. Era el inspector de la Policía de Puerto Rico que había estado en el aeropuerto hacía apenas ocho horas.

-¡Ay, señor!, ya veo que ninguno de los dos ha dormido mucho entre las dos tragedias. Su marido fue asesinado anoche y ella esta mañana... y usted, que no conocía a ninguno de los dos, aparece inusitadamente en ambos lugares.

-¡Cállese ya, inspector, no tengo tiempo para oír sus estupideces! ¿Qué ha ocurrido?

-Usted parece tener un interés extraordinario en esa pareja. Quizá para negar su propia involucración.

-¡Oh, sí, claro! Me cargué a los dos y luego me presento como es debido en los lugares donde me los cepillé. ¡Vamos, hombre, no soy tan tonto! Y ahora, dígame de una vez qué ha ocurrido.

-¡Como guste, señor! -dijo el inspector, conduciendo a Hawthorne a través de la multitud hasta la sala de estar del apartamento.

Todo estaba revuelto; los muebles estaban volcados por todas partes y por doquier se veían vidrios rotos de porcelana. Sin embargo, no había sangre, no había cadáver.

-¿Es éste el escenario que pensaba encontrar en el lugar donde se «cepilló» a la mujer, señor? ¿0 acaso estoy equivocado?

-¿Dónde está el cadáver?

-¿No lo sabe usted?

-¿Y cómo quiere que lo sepa?

-Quizá sea usted la única persona que pueda responder a eso. Usted se encontraba anoche en la despensa de la cocina en la que encontramos el cadáver del controlador aéreo, del marido.

-¡Porque alguien no paraba de gritar, afirmando que el hombre se encontraba allí!

-Y ahora está usted aquí. ¿Cómo es posible?

-Es un asunto confidencial... No vamos a permitir que aparezca en todos sus periódicos... Es un lujo que no podemos permitirnos.

-¿Qué ustedes no pueden? ¿Y quiénes son ustedes, si se puede saber?

-Dígame lo que sepa y luego quizá responda a su pregunta.

-¡Vaya, un americano dándome órdenes!

-Es un ruego, señor. Necesito saberlo.

-Con usted jugaremos limpio, señor.

El inspector condujo a Tyrell a través de los funcionarios arrodillados que estaban sacando huellas dactilares y lo llevó hasta el balcón. Las puertas corredizas estaban abiertas de par en par; la cristalera que protegía el balcón desde el suelo hasta el techo tenía una hendidura en el medio, como hecha por un enorme cuchillo afilado.

-Ahí tiene por donde enviaron a esa mujer a la muerte, arrojándola desde un noveno piso. ¿No le resulta familiar, señor?

-Pero ¿de qué está hablando?

-!Ponedle las esposas! -ordenó el inspector a los agentes de Policía que estaban detrás de Hawthorne.

-¿Qué?

-Usted es mi principal sospechoso, señor, y yo he de cuidar de mi reputación.

Tres horas y veintidós minutos después, tras mucho vociferar y discutir con un testarudo y arrogante inspector de Policía, Tyrell recibió permiso para utilizar el teléfono. Llamó a Washington y a los treinta y ochos segundos de haber colgando se presentó un policía raso, que lo sacó de la celda y le dio algunas disculpas de parte de sus superiores. Hawthorne no tenía ni idea de lo que podría haber ocurrido con el «Cadillac» de Alfred Simon, sí que cogió un taxi para regresar al hotel.

-¿Dónde te has metido durante las últimas cinco horas? -preguntó Cahterine.

-!Alquilé un coche en la recepción y estuve a punto de romperles las costillas a unos cuantos por toda la ciudad! -añadió Poole.

-He estado en la cárcel -contestó tranquilamente Hawthorne, dejándose caer en un sofá-. ¿Lograsteis sacar a Simon.

-Con algunas dificultades -respondió Neilsen-. Para empezar, tu señor Simon, que es efectivamente un guasón, fue de opinión de que yo hubiese podido ser una preciosa adquisición para su establo; lo que es mucho más piropo que la confesión que te saqué a ti.

-Mea culpa.

-En fin, llevamos a Simon a la base y le hicimos beber todo un termo de café -prosiguió Cathy-. Francamente, no creo que eso haya servido de mucho, pues mientras lo conducíamos hasta el avión en una silla de ruedas me hizo dos veces proposiciones deshonestas.

-Está autorizado a ello. Es un auténtico héroe.

-¿Autorizado a tenerme?

-No he dicho eso; tan sólo he dicho que tiene derecho a hacer preguntas.

-¿Adónde vamos ahora? -preguntó Poole.

-¿Qué hora es?

-Faltan doce minutos para las tres -contestó Neilsen, vigilando atentamente a Tyrell.

-Pues aún nos quedan doce minutos para enterarnos de ese asunto -dijo Hawthorne, sentándose en el sofá y advirtiendo repentinamente que estaba sudando y que en la habitación hacía frío.

Cada minuto que pasaba, aumentaba el estado de ansiedad en Tyrell, interrumpido por imágenes de Dominique-Bajaratt, con lo que la furia se sumaba a la ansiedad. Sabía que aquello tenía que ocurrir... No había nada que pudiese hacer, más que dar vueltas sin cesar por la habitación y añorar con agradecimiento aquellas horas perdidas en la dirección general de Policía, donde las discusiones y los gritos sin sentido lo habían mantenido ocupado. De nada le sirvió rechazar el ofrecimiento que le hacía el inspector de ponerlo en contacto con el consulado de Estados Unidos e insistir una vez más en que quería hacer una llamada de carácter privado desde un teléfono público, negándose a dar cualquier información sobre la identidad de la persona a la que quería llamar, pues el inspector le había replicado:

-Estos son tiempos muy extraños. ¿Cómo puedo estar seguro de que no avisará a otros terroristas para que vengan a asaltar el edificio, a bombardearlo?

-!Porque, para empezar, yo me encuentro dentro de este edificio!

El hombre se había mostrado intransigente, pero Hawthorne sabía que no podía correr el riesgo de que la Policía estuviese escuchando su conversación y de que alguien hubiese intervenido sus teléfonos. Quienquiera que fuese la persona que había asesinado al controlador v a su mujer tenía que estar indisolublemente unido a Bajaratt -!jamás volvería a pronunciar el nombre de Dominique! y a su padrone, el solitario habitante de una isla del Caribe que no aparecía en los mapas. Alfred Simon era la prueba. Asesinos como ésos podían tener acceso en cualquier parte a las jefaturas de Policía.

-Son las tres en punto -dijo Cathy-. ¿Prefieres que salgamos?

Hawthorne se paró en seco; se quedó contemplando a los dos oficiales de las fuerzas aéreas, clavando la mirada ora en uno ora en el otro.

-No -contestó-. Quiero que os quedéis conmigo, porque confío en vosotros.

-Te tenemos cariño, capitán -añadió la comandante-. Y eso es igualmente importante.

-¡Gracias!

Tyrell se dirigió a donde estaba el teléfono y lo descolgó. Acto seguido marcó un número.

-¿Si? -La voz que llegaba de Fairfax, en Virginia, sonaba fría, distante, como si el hombre que respondía no tuviese muchas ganas de hablar.

-Soy Hawthorne.

-¡Espere un momento, por favor!

Se escucharon varios pitidos cortos antes de que el misterioso N. V. N. volviese a ponerse al aparato.

-Ya podemos hablar con toda libertad, capitán -prosiguió la voz, esta vez en un tono mucho más agradable-, aun cuando en nuestra conversación no habrá nada que pueda incriminarnos.

-¿Está siendo grabada? ¿A eso se debían los ruidos?

-Todo lo contrario: ahora nuestras voces están siendo codificadas. En una cinta solamente se grabarían sonidos inarticulados. En pro de ambos.

-Pues diga entonces lo que quería decirme. Sobre Amsterdam.

-No del todo, pues necesitaré su presencia para completar la historia. Faltan sus ojos.

-¿Qué pretende decir?

-Fotografias. De Amsterdam. En ellas aparece su mujer, Ingrid Johansen Hawthorne, en compañía de tres hombres y en cuatro lugares distintos: en el zoológico de Zuiderkerk, en el museo Rembrandt, en un canal, a bordo lleno de turistas y en una cafetería en Bruselas. En cada una de las fotografias se advierte que estaban celebrando una reunión confidencial en medio de un gran nerviosismo. Estoy convencido de que uno de esos hombres, si es que no fueron los tres, es el responsable de la muerte de su esposa, bien por haberla comprometido, bien porque fuese el autor material del hecho.

-¿Quiénes son?

-No se precipite, capitán. Dije que podía ser uno, si es que no fueron los tres, pero lo cierto es que yo sólo he podido identificar a uno de ellos. Sin embargo, estoy convencido de que usted podría reconocer a los otros dos, cosa que yo no puedo. El caso ha sido cerrado y los expedientes están fuera de mi alcance.

-¿Por qué está tan seguro de que yo podría reconocerlos?

-Porque me he enterado de que formaban parte de los agentes secretos que usted tenía en Amsterdam.

-Estamos hablando de más de treinta personas, quizás unas cuarenta... Usted me decía en su nota que había una relación con la Bekaa.

-En el sentido de que la Bekaa extiende sus tentáculos hasta Amsterdam al igual que los extiende hasta Washington.

-¿Washington?

-Sobre todo hasta allí.

-¿Y en lo que respecta a la «estrategia fracasada» que podría estarse repitiendo ahora? Si dos más dos son cuatro, usted se está refiriendo a la situación actual.

-Ciertamente que lo estoy haciendo. ¿No recuerda que hace cinco años, aproximadamente unas tres semanas antes de que fuese asesinada su mujer, el presidente de Estados Unidos tenía que asistir a una conferencia de la OTAN que se celebraría en La Haya?

-Por supuesto, aquello se suspendió y se celebró luego en Toronto un mes después.

-¿Y recuerda el porqué?

-Claro que sí. Descubrimos que la Bekaa había enviado a una docena de grupos de terroristas para asesinar al presidente... y a otras personas más.

-Precisamente. Al primer ministro de la Gran Bretaña y al presidente de Francia, entre otros.

-¿Pero dónde está la relación, la conexión?

Librodot

-Eso se lo explicaré cuando venga aquí, después de que identifique a los dos hombres desconocidos; y estoy convencido de que podrá. Mi avión estará en la zona de aviación general del aeropuerto de San Juan a las seis y media; le informarán en la taquilla... Por cierto, me llamo Van Nostrand, Nils van Nostrand. Y en caso de que abrigue algunas dudas sobre mí, es usted libre de utilizar sus relaciones con la Marina para ponerse en contacto con el secretario de Defensa, con el director de la CIA y con el secretario de Defensa, pero, ¡por el amor de Dios!, no se le ocurra decir ni una palabra de cuanto le he dicho, aun cuando estoy seguro de que responderán por mí.

-Esas personas son artillería pesada...

-También amigos íntimos y socios míos desde hace muchos años -lo interrumpió Van Nostrand-. Si usted les dice simplemente que le he pedido una reunión con usted, dentro del ámbito profesional que usted representa en estos momentos, lo que sólo se atañe a la realidad, estoy completamente seguro de que le animarán para que venga a verme.

-Lo que elimina la necesidad de hacer las llamadas -apuntó Hawthorne-. Viajo con dos compañeros, señor Van Nostrand.

-Si, lo sé. La comandante Neilsen y el teniente Poole, asignados temporalmente a usted por la base aérea de Patrick. Me complace que lo acompañen, pero me temo que no podré permitir que asistan a nuestra reunión. Hay un motel bastante bueno a varios kilómetros de aquí, junto a la carretera que conduce a mi mansión. Ya he hecho las reservas, a mi nombre, por supuesto, y en cuanto aterricen, mi chófer se encargará de llevar a sus amigos al motel.

-¡Demonios! -gritó Hawthorne, perdiendo de repente los estribos- Si usted dispone de esa información, ¿por qué carajo ha esperado tanto para ponerse en contacto conmigo?

-Realmente, no he esperado tanto, capitán; y por razones evidentes, éste era el momento adecuado.

-¡Maldita sea! ¿Quién es el hombre de la foto al que usted identificó? Soy viejo en el oficio, Van Nostrand, y llevo en mi cabeza los nombres de más agentes dobles y triples de los que usted podría contar... ¡He cenado opíparamente con todos ellos!

-¿Insiste?

-¡Insisto!

-Muy bien. Es el hombre del que usted sospechó hace cinco años. El capitán Henry Stevens, actualmente jefe de los servicios de contraespionaje de la Armada. -Van Nostrand hizo una pausa y luego añadió-: No tenía más remedio que hacerlo. 0 usted le mataba a él o los rusos mataban a su mujer. Stevens y su mujer eran amantes; lo habían sido durante varios años. No podía dejarla marchar.

CAPÍTULO XVII

La figura de un hombre se deslizaba por uno de los caminillos del Rock Creek Park de Washington, introduciéndose en las sombras y saliendo de ella en los pocos claros que producían las espaciadas farolas, cuyas luces se estrellaban contra la barrera impenetrable de la exuberante vegetación veraniega. Escuchó el murmullo del agua en el barranco que había debajo y supo que se estaba aproximando al lugar del encuentro. En el sendero de tierra había un banco situado de forma equidistante entre dos luces; sumido en la penumbra, envuelto en las tinieblas, ya que ninguno de los dos hombres debía ser visto jamás en compañía del otro. Ese era un mandamiento que nunca podía ser violado. Cada uno de ellos era un escorpión.

Librodot

Al advertir que su compañero ya estaba sentado en el banco, con un cigarro encendido en la mano, David Ingersol se acercó, mirando de reojo a todas partes para cerciorarse de que nadie los había seguido. Estaban solos. Ingersol fue a reunirse con el otro hombre.

-¡Hola, David! -dijo Escorpión Dos, un hombre de constitución robusta, pelirrojo y medio calvo, de rostro hinchado y nariz congestionada.

-¡Buenas noches, Pat! Qué noche tan húmeda, ¿no te parece?

-Dicen que no va a llover, pero esos gilipollas siempre se equivocan. Hasta me he comprado un paraguas, unos de esos trastos estúpidos que se pliegan y te lo puedes guardar en un bolsillo, que es prácticamente para lo único que sirven.

-Yo me olvidé traer uno. Tengo tantísimas cosas en las que pensar.

-Es muy comprensible. Han transcurrido más de tres años desde la última vez que nos vimos.

-Pero esta vez es mucho peor.

-¿De veras?

-Es de locos; tú mismo lo debes saber.

-No suelo hacer esa clase de juicios. Ahora soy un hombre inmensamente rico, ya que sé cumplir órdenes y no discutirlas.

-¿Hasta el extremo de tu propia autodestrucción?

-¡Eh, David, no me vengas con ésas! Hace ya muchos años que dejamos el ejército de los acólitos cuando vendimos nuestras almas a los Proveedores.

-Esa clase de abstracciones filosóficas no me interesan. Lo que importa es defender todo lo que hemos acumulado, lo que nos hemos ganado. Ese anciano estrafalario y enfermo ha muerto y con él muere también esa perversión demencial y senil que estaba provocando esta locura... ¡Hazte tú mismo la pregunta, O'Ryan! ¿Qué probables beneficios podemos esperar de un asesinato..., de muchos asesinatos?

-Ninguno, exceptuando el hecho de que nosotros no nos interpondremos en su camino, lo que en sí puede ser un beneficio extraordinario. Digamos que podemos elegir entre seguir viviendo o ser asesinados.

-¡Santo cielo! ¿Por quién?

-Por los maniáticos que andan obsesionados con esa operación. Esa mujer no actúa sola; tiene sus seguidores, como los tienen Abu Nidal y sus secuaces. Quizá sea un grupo muy reducido, pero no por eso menos fanático y menos falto de recursos. No, David, haremos lo que Escorpión Uno nos diga que hagamos; y si por casualidad sucede algo que haga descarrilar esa locomotora enfurecida, nosotros podemos decir que cumplimos con nuestras obligaciones, por lo que nadie nos podrá echar directamente la culpa. De eso podremos dar parte.

-¿Dar parte...?

-¡Por Dios, señor abogado! No me tergiverses lo que digo con tus habilidades de leguleyo para hacerme creer que no te has puesto a pensar cuál es el lugar que ocupan los escorpiones dentro de la naturaleza de las cosas. Bien, quizá la abogacía no tenga que recurrir a tales análisis tortuosos, cosa que no creo ni por un momento, pero he sido funcionario de los servicios secretos durante veintiséis años y sé distinguir una pirámide cuando ante mis malditos ojos se alza una maldita masa con un cuadrilátero por base y lados triangulares. Es posible que nosotros alcancemos las tres cuartas partes de su altura; Escorpión Uno podrá llegar hasta la séptima o la octava, pero a partir de ahí existe un nivel más alto y nosotros no estamos en él.

-Soy completamente consciente de la jerarquía, O'Ryan. Y también soy consciente de algo de lo que tú no sabes nada.

Librodot

-Me resisto a creerlo, sobre todo porque, aparte de Escorpión Uno, yo he sido el hombre más importante entre el padrone y la pequeña pero influyeron en una facción que tenemos aquí. Para serte sincero, en mi calidad de número Dos, yo fui la última persona con quien él habló antes de sucumbir entre los escombros. Me lo explicó muy claramente.

-Me temo que aún hizo una llamada más.

-¿Eh?

-A todos los efectos, a partir de mañana a primera hora, yo seré Escorpión Uno, no el Tres. Me temo que se vieron obligados a colocarme por encima de ti. Todo lo que tienes que hacer es marcar su número de seguridad y te encontrarás con que estás hablando conmigo. Ahí tienes la prueba.

El analista de la Central Intelligence Agency contempló fijamente las enjutas y duras facciones del rostro de David Ingersol, débilmente iluminado por la difusa luz. Finalmente se decidió a hablar.

-No pretendo ocultar mi desagrado, porque yo he sido mucho más valioso que tú y porque yo paso más inadvertido, lo que se debe a mi sentido de la responsabilidad. Por otra parte, tú dispones de tu bufete de abogados y de las confidencias de ciertas personas, por lo que imagino que, dado ese nivel, el asunto era inevitable. De todos modos, en mi calidad de profesión no me queda más remedio que hacerte una advertencia, David: sé cuidadoso, muy pero que muy cuidadoso. Llamas demasiado la atención.

-No entiendes nada, O'Ryan, ésa es mi tapadera. Soy la personificación de la respetabilidad.

-Pues en tal caso no vuelvas nunca más a Puerto Rico.

-¿Qué? -exclamó Ingersol, sintiéndose como si un camión de mercancías le hubiese pasado por encima cuando andaba completamente desnudo por una carretera de circunvalación-. ¿Qué estás di...?

-Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Déjame decirte que ya había previsto la noticia que me acabas de dar. Este gordo payaso irlandés, que traga demasiado, tiene un temperamento colérico y a veces hasta se pone calcetines blancos, no podía estar a la altura de un maldito abogado distinguido con todas sus excelentes relaciones. ¡Ay, Dios! ¿Te crees que esa educación impecable de los institutos y universidades del noreste americano, ese padre que perteneció al Tribunal Supremo de Justicia y el proceder de una buena familia, que estaba en todos los clubes a los que se debe pertenecer..., te crees que todo eso te convierte automáticamente en Escorpión Uno? ¿Crees realmente que voy a aceptarlo?... El padrone sabía muy bien que yo era aquí su principal portavoz y no puedo creer que haya dado esas instrucciones. Ni remotamente tienes tú el acceso que yo tengo a los servicios secretos de todo el mundo.

-¿Por qué has dicho lo de Puerto Rico? -inquirió Ingersol, en tono espantosamente inexpresivo y haciendo caso omiso de la diatriba de Escorpión Dos.

-Poseo declaraciones juradas, que sólo tengo yo y nadie más, de prostitutas que trabajaban en una casa situada en la calle del Ocho del casco antiguo de la ciudad de San Juan.

-¡Fui allí porque me lo ordenó Escorpión Uno! ¡Estaba vigilando al piloto!

-Dejemos las cosas claras de una vez, Escorpión Tres: fuiste demasiado lejos. Incluso te descuidaste cierta noche...

-¡Tan sólo unos instantes, apenas un minuto y no ocurrió nada! ¡Mi dinero, mi cartera, todo estaba en su lugar! ¡Me sentía extenuado, simplemente!

-¿Y te crees que eso no importa? Tengo fotografías, por cortesía de mis propios confidentes de la calle del Ocho, y esas fotos nada tienen que ver con la débil fraternidad que nos pueda unir aquí.

Ingersol meneó repetidamente la cabeza, con movimientos lentos y laterales, mientras respiraba angustiosamente; luego sus jadeos fueron perdiendo intensidad y se adecuaron a lo que era la triste realidad del abogado: el reconocimiento de su propia derrota.

-¿Qué quieres, Patrick?

-El control. Yo estoy mucho mejor pertrechado que tú.

Todo cuanto sabes lo has aprendido de mí. Yo estoy en el reducido círculo de «Sangre de Niña» y tú no.

-No puedo cambiar las cosas; ya ha sido comunicado mi nombre.

-¡Oh, por el amor de Dios, quédate con el título, no se me ocurriría quitártelo! Si lo hiciera, tendrías que desaparecer y eso suscitaría muchas preguntas. No, tú serás Escorpión Uno y permanecerás en tu puesto hasta que te llegue la hora, pero yo llevaré las riendas; es lo mejor para todos... No te resultará difícil; serás informado puntualmente de todo.

-Es muy generoso de tu parte -dijo el abogado en tono sarcástico.

-No necesariamente. No soy un hombre generoso, pero puedo ser flexible. ¿No es ésa la expresión de buen tono? Por ejemplo, estoy de acuerdo contigo: hay que impedir que se cometa esa locura. Eso sólo puede conducirnos a ese tipo de situación caótica en la que todos resultan perjudicados, pues todo lo pondrán patas arriba y lo examinarán con lupa. Eso es algo que no podemos consentir.

-Pero, según tus propias palabras, tenemos que cuidarnos mucho de interponernos en su camino. Si ocurriese algo que diese al traste con el plan, se sospecharía ante todo de los escorpiones, y no me gustaría que los del valle de la Bekaa me hundieran un cuchillo en la garganta.

-Pues no ha de haber ninguna prueba contra nosotros; la buena fama ha de llegar hasta nuestro increíblemente eficiente servicio secreto.

-Esos podrían descubrirte, ya lo sabes.

-Algo de lo que no te lamentarías, mi querido David, pero lo cierto es que no me van a descubrir. Pasaré a la historia por haber enviado a mis tropas en la dirección contraria, teniendo que disculparme de lo lindo después. Y por cierto, ¿dónde está ahora la mujer? ¿Lo sabes?

-Nadie lo sabe. Ella y el joven letón han pasado a la clandestinidad; pueden estar en cualquier parte.

-Le hice pasar sin inconvenientes los trámites de inmigración en Lauderdale, desde donde ambos se dirigieron a West Palm Beach. Según Escorpión Veintidós, se registraron por última vez en un hotelucho de mala muerte y luego desaparecieron.

-Estarán en cualquier parte -repitió Ingersol-. No sabemos qué aspecto tienen ni dónde se encuentran; no tenemos descripciones, ni fotografías...

-El MI-6 y el Deuxiéme Bureau nos enviaron unas supuestas fotos de ella; sinceramente, no sirven para nada. Podrían pertenecer a una sola persona o a tres mujeres distintas; y teniendo en cuenta su talento para cambiar de aspecto, esas fotos son totalmente inservibles.

-Como bien dices, han desaparecido; ni siquiera sabemos si viajan juntos o por separado, así como tampoco sabemos la función que cumple ese joven.

-El chico es una mezcla de brazo fuerte, un guardaespaldas más bruto que un arado pero que hace todo lo que ella le dice, y compañía necesaria.

-No te entiendo.

-Por lo que recuerdan los funcionarios de aduanas de Marsella, el joven es un desgarbado mozo eslovaco, del que dudan que sepa leer y escribir, pero que probablemente podría partir a un hombre en dos mitades si se lo ordenasen.

-¿Y qué es eso de «compañía necesaria»?

Librodot

-Los psiquiatras elaboraron un perfil psicológico de la mujer, basándose en todos los datos que les suministraron el Mossad judío, París y Londres. Gran parte de lo que afirman no es más que pura charlatanería, pero hay también algunas cosas de cierto sentido común... Al igual que la mayoría de los fanáticos, esa tal Bajaratt no puede hacer nada sin caer en el exceso; y se supone que esos extremos son la causa de la «intemperancia emocional en todas sus devociones», que es así como los chicos calificaron el asunto. El modelo teórico indica que puede ser una persona sexualmente muy activa, hasta los límites de la ninfomanía, pero demasiado precavida como para irse a la cama con cualquier extraño, a menos que lo haga con un propósito premeditado. Pues bien, a consecuencia de todo esto, necesita un semental mudo al que pueda controlar.

-Los dos se han evaporado; pueden ser realmente cualquier persona, estar en cualquier parte y acercarse cada vez más a su objetivo. ¿Qué podemos hacer? Pueden ser unos simples turistas que entran a visitar la Casa Blanca, o manifestantes que provocan frente a su fachada, o gente apostada en la cuneta de cualquier camino, con una bolsa llena de granadas.

-Todas las visitas turísticas a la Casa Blanca han sido suspendidas (a causa de obras, por supuesto) y el presidente no volverá a circular por Washington en los consabidos desfiles de automóviles. Para serte franco, ambas medidas son innecesarias, ya que, por lo que sabemos, eso no encajaría con el estilo de Bajaratt. Su táctica consiste en tender celadas y golpear, pero no en ponerse a disparar y que la masacren. Es lo que ha hecho siempre.

-¿Siempre?

-Eso es parte de las informaciones confidenciales a las que yo tengo acceso y tú no, mi querido David. Y es por eso por lo que yo seré Escorpión Uno a todos los efectos, salvo en el nombre.

-¿Pero qué podemos hacer?

-Esperar. Antes de que dé el golpe tiene que haberse puesto en contacto contigo, Escorpión Uno, aunque sólo sea para que la ayudes a huir... si es que sale con vida.

-¿Y si hace sus propios arreglos?

-Nadie en el campo de las operaciones clandestinas se fía tanto de un conjunto de circunstancias como para mandar todo lo demás al demonio y partir de cero. Esa es otra cosa que no sabes, Escorpión Tres. He prestado respaldo a agentes secretos que realizaban incluso actos sancionados por la ley, recurriendo a la ayuda de otros tres departamentos, ya que daba cuenta de que solo no podría hacerlo. Es lo habitual. La lealtad es una patraña; la supervivencia lo es todo.

-¿Crees entonces que me llamará?

-Si lleva un cerebro dentro de su cabecita, te llamará; y por lo que sé, lleva un cerebro bien grande... Te llamará.

Amaya Bajaratt cruzaba por casualidad el vestíbulo del hotel, inmersa en su papel de contessa cuarentona, cuando se detuvo sobresaltada, con todo su cuerpo paralizado por el terror e incapaz de dar un solo paso. El hombre rubio que estaba ante el mostrador de la recepción -lo del pelo rubio era algo nuevo; se lo habría teñido- era un agente secreto de Mossad, que antes tenía el cabello de un color castaño oscuro y a quien había conocido en Haifa... ¡con quien se había acostado! Tras poner en orden sus pensamientos, se dirigió a toda prisa hacia los ascensores, habiendo decidido hacer en ese mismo instante lo que resultaba obvio. Ella y Nicolo tenían que marcharse inmediatamente, pero... ¿a dónde? ¿Y qué explicación dar? Estaba recibiendo en el hotel muchísimas llamadas de gente muy importante, incluso de miembros del Senado y de la Cámara de Representantes, de políticos que ella manejaba gracias al asunto de Ravello, entre otros, y no el menos importante, de Nesbitt, el senador por el Estado de Michigan, el hombre que podía conducirla a su última confrontación,

ya que sería la confrontación final, con el presidente de Estados Unidos. Era como si se repitiese el atentado contra la Guarida del Lobo, pero ello sería más afortunada que aquel grupo de generales desesperados que intentaron oponerse a Adolf Hitler... ¡Basta! ¡Ahora tenía que marcharse del hotel! Entró precipitadamente en un ascensor y apretó el botón de la planta en la que estaba su suite.

-¿No la ves bellísima, Cabi? -gritó Nicolo, que estaba sentado frente al televisor en el saloncito, mirando el capítulo de las seis y media de la tarde de la serie del Oeste en la que trabajaba Angel Capell-. No hace una hora que hablé con ella, ¿puedes creerlo? ¡Y ahora está ahí!

-¡Basta, Nico! ¡Recuerda que se siente atraída por el barone cadetto de Ravello y no por una escoria paupérrima de los muelles de Portici!

-¿Por qué tienes que herirme así, signora? -preguntó Nicolo, mirándola enfurecido-. Dijiste que no había ningún inconveniente en que sintiese algo por Angelina.

-Pero no por más tiempo. ¡Nos largamos!

-¿Por qué?

-¡Porque lo digo yo, estúpido! -contestó Bajaratt, dirigiéndose a la mesita en la que estaba el teléfono-. ¡Haz las maletas, las de los dos! ¡En seguida!

Bajaratt marcó el número que llevaba grabado en su prodigiosa memoria. Se trataba de una única llamada, con lo que no se establecía ningún modelo de conducta, así que podía usar perfectamente el teléfono de su habitación.

-¿Si? -dijo la voz desde Fairfax, Virginia.

-Soy yo, necesito alojamiento; tengo que irme del hotel, y también de Washington.

-Imposible. No puedes venir aquí; esta noche, no.

-¡Te lo ordeno en nombre del padrone y de todos sus seguidores, desde los que están en la Bekaa, pasando por Palermo, hasta Roma! ¡Te perseguirán y te matarán si te niegas a ayudarme!

Se produjo un embarazoso silencio, hasta que finalmente el otro respondió:

-Te enviaré un automóvil, pero no nos veremos; al menos, no esta noche.

-Eso no importa. Necesito un número de teléfono. He de poder recibir llamadas.

-Te alojarás en la casa para huéspedes más apartada de mi finca; todos los teléfonos tienen línea propia. Cuando te traigan aquí podrás llamar al hotel y darles el número. Las llamadas irán a parar al Estado de Utah y te serán retransmitidas vía satélite; así que no tienes por qué preocuparte de eso.

-¡Grazie!

-¡*Per cento anni, signora!* Pero he de hacerte una advertencia: a partir de mañana te las tendrás que arreglar sola.

-¡*Perché!*

-Me marcharé y no sabrás nada más de mí. Serás simplemente una amiga de Europa que estás esperando recibir pronto noticias mías, a cualquier hora, cualquier día de éstos. Sin embargo, podrás utilizar este mismo número para ponerte en contacto con mi sucesor.

-Entiendo. ¿Tendré noticias tuyas?

-No. Jamás.

El reactor Gulfstream sobrevoló la línea del litoral de Estados Unidos al este de la bahía de Chesapeake, a la altura del cabo de Charles, en Maryland.

-Unos quince minutos más -dijo el piloto.

Librodot

-Añade unos cuantos -lo interrumpió el copiloto, examinando el mapa informatizado del tablero de mandos-. Por ahí se acerca un frente borrascoso y tendremos que desviarnos algo más al norte.

-¿Puedes aterrizar realmente con este bólido en una propiedad privada? -preguntó Poole-. Necesitas al menos un kilómetro de pista.

-¿Pista..., bólido? -dijo el copiloto, contemplando a Poole, que iba en ropas de civil-. ¿Es usted piloto, señor?

-Bueno, tengo acumuladas unas cuantas horas, nada comparado con vosotros, compañeros, pero sí lo suficiente como para saber que no podéis aterrizar con este trasto en una mierda de sendero.

-No se trata de un huerto de verduras, señor, se trata de una pista de asfalto de kilómetro y medio con su propia torre de control, que no es exactamente una torre, pues en su base se parece a una casa de campo con enormes ventanales. Esta mañana lo ensayamos un par de veces; y permítame que le diga una cosa: el señor Van Nostrand tiene los mejores aviones.

-Eso parece -comentó Hawthorne desde el asiento de atrás; estaba visiblemente perturbado.

-¿Te encuentras bien, Tye? -preguntó el comandante.

-Estoy perfectamente. Lo único que quiero es salir de aquí.

Veintiún minutos después el jet sobrevolaba los vastos y oscuros campos de Virginia. Abajo, enclavada en los campos, se extendía una pista de aterrizaje iluminada a todo lo largo por luces amarillas; tenía casi una milla de longitud. El piloto aterrizó con el avión y lo condujo de vuelta hasta donde estaba aparcada una limusina; al lado había un cochecito de los que se utilizan para desplazarse por los campos de golf.

Al descender del avión, los tres pasajeros fueron recibidos por dos hombres; el que estaba a la izquierda llevaba un traje negro y una gorra negra de visera; el otro, sin sombrero, vestía una chaqueta deportiva y unos pantalones de pana. Ambos aguardaban en la oscuridad, frente a las luces amarillas.

-¿Capitán Hawthorne? -dijo el hombre que estaba a la derecha, el que no llevaba sombrero y vestía una chaqueta deportiva, dirigiéndose a Tyrell-. Hemos de recorrer tan sólo unos trescientos metros. ¿Me permite llevarle el cochecito?

-Claro está. ¡Gracias!

-Y la dama y el caballero -dijo el hombre situado a la izquierda, que resultó el chófer-. Ya tienen preparadas sus habitaciones en el Shenandoah Lodge, por gentileza del señor Van Nostrand, desde luego. Está tan sólo a diez minutos de aquí. ¿Tendrían la amabilidad de subir a la limusina, por favor?

-Ciertamente -replicó Cathy.

-Bonitas ruedas -dijo Poole.

-Me reuniré luego con vosotros -dijo Hawthorne. El conductor uniformado del cochecito de golf se detuvo y contempló a Tyrell.

-Tiene preparada sus habitaciones en la mansión principal, señor. Todo está dispuesto para usted.

-Eso es muy amable de parte del señor Van Nostrand, pero tengo otros planes para después de nuestra reunión.

-El señor se disgustará muchísimo y estoy seguro de que le convencerá para que se quede, capitán -dijo el chófer, abriendo la puerta de la limusina para que entrasen Neilsen y Poole-. La cocinera jefa ha preparado una cena francamente espléndida. Lo sé de buena tinta, pues es mi mujer.

-Presente mis disculpas a su señora....

-¡Dios mío, he olvidado mis buenos modales! -gritó Poole, apartándose del enorme «Cadillac» para ir a echar un vistazo al avión.

-¿Qué modales? -preguntó Cathy, asomándose por la portezuela de la limusina.

-Vosotros dos os habéis despedido de los dos pilotos, pero yo no, pese a lo simpáticos que fueron conmigo al enseñarme el funcionamiento de todos sus instrumentos.

-¿Qué...?

-Ahora ¡Ya vuelvo!

El teniente salió corriendo hacia el avión; pudieron verle hablando brevemente con los pilotos, que aún seguían en la cabina con las luces encendidas. Poole les dio la mano y regresó rápidamente el automóvil, mientras Hawthorne se montaba en el cochecito de golf, contemplando con extrañeza al joven oficial de las fuerzas aéreas. Poole no sólo se había despedido de los pilotos, sino que lo había hecho de un modo extraordinariamente efusivo.

-¡Ya está! Ahora me siento mejor. Mi padre me decía siempre que había que ser cortés y sinceramente agradecido con los forasteros que eran amables con uno. ¡Vámonos de una vez, caballero, que me muero por darme una ducha de agua caliente! ¡Hace días que no me lavo! Mi madre me daría una buena paliza por ser tan guarro... ¡Hasta luego, capitán!

El teniente se metió en la limusina. Tyrell frunció el entrecejo cuando el cochecito de golf giró entre las luces amarillas y emprendió su marcha a la mansión a través de un inmenso prado cubierto de césped.

El enorme «Cadillac» se alejó de la pista de aterrizaje y se metió por una carretera llena de revueltas y que de repente se hizo recta; a lo lejos, bajo la luz de los faros, se veía un gran portalón de hierro, con un cuartelillo a la izquierda para el personal de vigilancia. Se divisaba además otra limusina; acababa de ser admitida y pasó al lado a los pocos segundos, a demasiada velocidad como para que pudiesen distinguir sus ocupantes. De repente, Poole se levantó del asiento trasero y se sentó en el asiento plegable a espaldas del conductor; para asombro de Catherine, llevaba empuñada la Walther automática.

-¡Eh, señor chófer, tenemos que parar inmediatamente! ¿Puede creerse que me he olvidado algo?

-¿Qué se ha olvidado, señor? -preguntó el desconcertado chófer.

-¡Al capitán Hawthorne, cerdo de mierda! -gritó el teniente, hundiendo el cañón de su pistola automática en la sien derecha del aterrorizado chófer-. ¡Da la vuelta con este trasto y apaga las luces!

-¡Jackson! -chilló Neilsen-. ¿Qué estás haciendo?

-Todo este jodido asunto está podrido, Cathy. Lo dije antes y lo repito ahora... ¡Gira, hijo de puta, o te vuelo la tapa de los sesos!

El chófer giró el volante, trató de virar en redondo con cierta impericia, se metió dentro de la cuneta y alargó su diestra, tratando de alcanzar... el botón de la alarma roja. Jamás lo logró.

Poole lo golpeó en la nuca con la culata y el hombre perdió el sentido, quedando inmovilizado al instante. El teniente saltó al asiento delantero, agarró el volante y condujo la limusina en la oscuridad; finalmente pudo echar los frenos. Se detuvieron bajo las ramas de un pino, a pocos pasos de distancia del tronco. Poole echó hacia atrás la cabeza y aspiró profundamente.

-Creo que ha llegado el momento de que me des una explicación -dijo la horrorizada Neilsen desde el asiento trasero-. ¡Jackson, estás diciendo implícitamente que ese hombre que invitó a Tye a que verificase su identidad con los secretarios de Estado y de Defensa, amén de con el director de la CIA, no solamente es un mentiroso, sino algo más gordo!

-Si estoy equivocado, pediré disculpas y me saldré del Ejército; y luego me iré con mi hermana menor a California y me haré tan rico como ella.

-¡Ésa no es una explicación, teniente! ¡Dímelo de una vez!

-Regresé para despedirme de esos dos pilotos...

-¡Oh, sí!, eso fue lo que hiciste ciertamente, tras haber dicho que no te habías despedido de ellos, cosa que no era en modo alguno cierto. Luego proclamaste a los cuatro vientos que no te habías bañado desde hace días, cuando te pasaste cerca de una hora duchándote en San Juan, hace tan sólo cinco horas.

-Espero que Tye haya entendido mi mensaje...

-¿Qué mensaje?

-Que todo está podrido... Esos dos pilotos no eran los pilotos regulares de Van Nostrand -explicó el teniente-. El personal permanente de aviación se encuentra de vacaciones. ¿No recuerdas que dijeron que habían estado ensayando el aterrizaje un par de veces por la mañana?

-¿Y qué? Estamos en verano. ¡Y la gente se coge sus vacaciones en verano!

-¿Qué hacemos nosotros cuando queremos paralizar una operación en marcha?

-Sustituimos escalonadamente el personal, naturalmente. Por lo general, trayendo gente de otras bases. Insisto de nuevo: ¿y qué?

-Sin comunicación entre ellos, ¿verdad?

-Por supuesto.

-Pues entonces ensambla esas cosas en tu cabecita, Cathy. Esos dos piratas del aire tienen que realizar ahora un vuelo al aeropuerto internacional de Douglas, en Charlotte, Carolina del Norte. Salidas para el extranjero, con escolta oficial para acompañar el avión a la zona de seguridad. Llevarán a un único pasajero varón con pasaporte diplomático y autorización de la secretaria de Estado. Y ahora te voy a decir una cosa: esos dos pilotos jamás se han movido a estos niveles. Están algo nerviosos y sospecho que es porque no tienen la conciencia del todo limpia.

-¿Qué me estás ocultando, Jackson?

-Les dijeron que ese pasajero es el mismísimo Van Nostrand y tienen prevista la salida para dentro de una hora. -¿Dentro de una hora?

-No parece mucho tiempo para una agradable cena y una reunión condenadamente importante, ¿no crees? Por lo que me imagino, esos dos granujas son filibusteros del aire, malhechores o traficantes en drogas, que saltan de un trabajito a otro dentro del mundillo del hampa.

-Parecían tan simpáticos...

-Eres una chica de pueblo, Cath, pero yo soy de Nueva Orleáns. Nosotros nos íbamos de putas mientras tú jugabas con muñecas... No es que yo haya hecho semejante cosa...

-¿Y qué vamos a hacer ahora?

-No me gusta ser alarmista, pero ¿tienes todavía el arma de Tyrell?

-No. Se la escondió en la pierna.

-Voy a registrar a nuestro chófer... ¡Demonios, si hasta llevaba dos! Una enorme y un juguetito chiquitín... ¡Toma, coge la grande y quédate en el automóvil! Me guardaré la otra en mi preciosa chaqueta. Si alguien se acerca al coche, no hagas preguntas, limítate a disparar; y si ese hijo de puta llegara a moverse, dale un buen culatazo en la cabeza.

-¡No digas tonterías, teniente! ¡Iré contigo!

-No creo que debas, comandante.

-Te estoy dando una orden, Poole.

-Hay un artículo en el manual de las fuerzas aéreas en el que dice claramente que...

-¡Olvídalo! ¡Iré adonde tú vayas! ¿Qué hacemos con el chófer?

-¡Échame una mano!

Jackson sacó al chófer de la limusina y lo arrastró por la tierra hasta dejarlo bajo la ancha copa del pino.

-¡Desvístelo! Primero los zapatos -prosiguió el teniente, mientras que Cathy se agachaba a su lado y tiraba de los mocasines para descalzar al chófer.

-Y ahora los pantalones -ordenó Poole, mientras contemplaba la escena apoyado contra un alto seto-. Yo le quitaré la chaqueta y la camisa..., déjale los calzoncillos, se los quitaré al final.

Instantes después el cuerpo completamente desnudo del chófer se encontraba maniatado y amordazado con ataduras fabricadas con los jirones de sus ropas... y tenía una especie de taparrabos, que no alcanzaba a cubrir sus vergüenzas. El teniente echó un último vistazo a su obra y asestó al hombre un golpe seco en la nuca; el cuerpo se retorció de forma espasmódica y luego quedó nuevamente inmovilizado.

-No lo habrás matado, ¿eh? -preguntó Neilsen, haciendo una mueca.

-Si me quedo aquí otros cinco segundos más, puede que lo haga. Ese hijo de puta tenía pensado matarnos, Cathy, y te lo voy a demostrar.

-¿De qué estás hablando?

-Volvamos a la limusina, que ahí hay un teléfono. Estoy completamente seguro de que tengo razón.

Poole encendió el motor, activó el teléfono celular, lo sacó de su soporte y preguntó a información el número del hotel Shenandoah Lodge.

-Esta es una llamada urgente de la base aérea de Patrick -dijo en el típico tono monótono de los funcionarios públicos-. Haga el favor de ponerme o bien con la comandante Catherine Neilsen o con el teniente A. J. Poole. Repito: es una emergencia.

-¡Sí, señor..., sí, señor! -contestó balbuceando la telefonista-. Buscaré inmediatamente sus habitaciones en nuestro ordenador-. Se hizo el silencio al otro extremo de la línea y treinta y un segundos después se ponía de nuevo al aparato una telefonista que ahora parecía más aliviada-. Ninguna de esas dos personas se encuentra registrada en el Shenandoah, señor.

-¿Necesitas alguna prueba más, comandante? -inquirió el teniente, dejando el teléfono en su lugar-. Ese hijo de puta pensaba matarnos antes de que hubiese podido llegar a ese lugar. Y quizá dentro de diez años hubieran encontrado nuestros cadáveres descompuestos en alguno de los pantanos de Virginia.

-¡Tenemos que ir a avisar a Hawthorne!

-Por fin entras en razón -dijo Poole.

Hawthorne fue escoltado hasta la inmensa biblioteca de su anfitrión, Nils van Nostrand. Rechazó una bebida que le ofreció el conductor del cochecito de golf, quien se había apostado frente a un primoroso bar de estanterías de cristal.

-Sólo bebo vino blanco, gracias -dijo Tyrell-. Cuanto más barato, mejor, y en pequeñas cantidades.

-Tenemos un exquisito Pouilly-Fumé, señor.

-Mi estómago protestaría. No está acostumbrado a cosas tan delicadas.

-Como quiera, capitán, pero me temo que he de pedirle que se saque el arma que lleva oculta en su pierna derecha.

-¿Qué pasa con mi pierna derecha...?

Librodot

-Por favor, señor -dijo el conductor del cochecito de golf, sacándose del oído una clavija diminuta-. Usted ha pasado por cuatro aparatos de rayos equis, en la entrada, por el pasillo y en esta habitación. Ha sido detectada por cada una de las cámaras. Sáquesela, por favor.

-Se trata únicamente de una vieja costumbre -dijo Hawthorne en tono poco convincente, mientras iba a sentarse en la silla que tenía más próxima para levantarse la pernera del pantalón-. Haría lo mismo si fuese a reunirme con el papa.

Hawthorne se sacó la Velcro, le puso el seguro y la tiró al suelo.

-¿Satisfecho?

-Muchas gracias, señor. El señor Van Nostrand estará aquí dentro de unos momentos.

-Usted pertenece a la avanzadilla de seguridad, ¿no?

-Mi amo es un hombre muy precavido.

-Ha de tener un montón de enemigos.

-Al contrario; posiblemente ni siquiera sabría nombrarle uno. Sin embargo, es un hombre extremadamente rico, y en mi calidad de jefe de seguridad de esta propiedad insisto en respetar ciertos procedimientos cuando vienen a visitarlo personas a las que no conoce. Como antiguo oficial de los servicios secretos, estoy seguro de que aprobará mi punto de vista.

-Es evidente que no tengo nada que objetar. ¿Dónde prestó usted el servicio, en los servicios de contraespionaje del Ejército?

-No, en el Servicio Secreto y fui destinado a la Casa Blanca. El presidente no quería que me marchase, pero fue comprensivo en lo que respecta a las responsabilidades financieras de un hombre casado y con cuatro hijos que han de recibir una educación.

-Usted parece hacer bien su trabajo.

-Lo sé. Me quedaré al otro lado de la puerta cuando llegue el señor Van Nostrand.

-Permítame aclararle algo, señor Servicio Secreto. Fue su jefe quien me trajo aquí, yo no me invité.

-¿Qué clase de huésped es ese que se oculta en la pierna una pistola automática Walther? Si no me equivoco, es el instrumento favorito de los hombres peligrosos.

-Ya se lo he dicho: cuestión de hábitos.

-Pero no aquí, capitán -replicó el hombre, agachándose para recoger el arma.

En ese momento se abrió la puerta y entró en el aposento la imponente figura de Nils van Nostrand, cuyo rostro reflejaba la más desbordante alegría que pueda imaginarse.

-¡Muy buenas noches, señor Hawthorne! -dijo, acercándose a Tyrell y tendiéndole la mano, mientras su visitante se levantaba de la silla-. Discúlpeme por no haber ido a recibirle, pero estaba hablando por teléfono con una persona con la que le sugerí que podría ponerse en contacto con el secretario de Estado... Creo saber dónde ha comprado su chaqueta. En Safarics, Johannesburgo. Buena calidad.

-Lo siento. En la tienda de productos tropicales de Tony, en el aeropuerto de San Juan.

-Una imitación extraordinaria. Me interesé un tiempo por las fábricas de confección. Son los bolsillos los que hacen una buena chaqueta para la selva. No hay un solo hombre al que no le guste llevar muchos bolsillos. En todo caso, le presento mis disculpas por no haber estado esperándolo en la pista de aterrizaje.

-Ha dedicado ese tiempo a algo útil -dijo Hawthorne, estudiando a su anfitrión y parcialmente hipnotizado por la presencia de Van Nostrand. Un tipo muy alto..., con pelo canoso y de aspecto muy distinguido..., como esos que salen en los anuncios de ropa elegante para caballeros-. Tiene usted un magnifico personal de seguridad.

-¡Oh! ¿Se refiere a Brian? -dijo Van Nostrand, echándose a reír de un modo discreto y mundano, mientras contemplaba benévolamente a su jefe de seguridad-. A veces mi buen

amigo se toma su trabajo demasiado en serio. Espero que no le haya causado ninguna molestia.

-Ninguna, señor -dijo el hombre llamado Brian, metiéndose discretamente la pistola automática en un bolsillo-. He ofrecido al capitán algo de beber, una copa de su Pouilly-Fumé, pero no ha querido aceptarla.

-¿De verdad? Es de una cosecha excelente, pero quizás el señor Hawthorne prefiera un whisky americano, una mezcla agria, para ser preciso.

-Ha hecho bien sus deberes -dijo Tyrell-, pero me temo que eso es agua pasada.

-Si, es lo que me han dicho. ¿Tendría la amabilidad de dejarnos, señor Brian? Nuestro hombre de Amsterdam y yo tenemos algunos asuntos confidenciales que discutir.

-Ciertamente, señor -dijo ex agente del Servicio Secreto, saliendo de la biblioteca.

-Por fin estamos solos, capitán.

-Estamos solos y usted me hizo una revelación extraordinaria en lo que respecta a mi mujer y al capitán Henry Stevens. Quisiera saber en qué se basa.

-Abordaremos eso a su debido tiempo. Pero, siéntese, por favor, charlemos antes un poquito.

-¡No tengo ganas de charla! ¿Por qué dijo eso sobre mi mujer? Respóndame a eso y luego podremos hablar de otras cosas, pero le advierto que nuestra charla será lo más breve posible.

-Si, ya me he enterado de que no puede quedarse a cenar y que ni siquiera acepta mi hospitalidad por una noche.

-No he venido para cenar con usted ni para ser su invitado. He venido a enterarme de lo que tiene que decirme sobre la muerte de mi mujer en Amsterdam y su relación con el capitán Henry Stevens. Puede que él sepa algo que yo desconozco, pero usted lo ha llevado a otro terreno. ¡Explíquese!

-No tengo por qué darle explicaciones. Usted se encuentra en mi casa. Y si está ansioso por enterarse de lo que ocurrió en aquel entonces, yo también me muero de curiosidad por saber qué sucedió en una cierta islita solitaria del Caribe.

Se produjo un embarazoso silencio. Los dos hombres se encontraban frente a frente, apenas separados por un palmo, mirándose intensamente a los ojos. Finalmente, Hawthorne tomó la palabra.

-Usted es Neptuno, ¿no es cierto?

-Lo soy, efectivamente, capitán. Sin embargo, eso es algo que jamás saldrá de estas cuatro paredes.

-¿Tan seguro está de eso?

-Completamente. Esta a punto de morir, señor Hawthorne. ¡Ahora, Brian!

CAPÍTULO XVIII

El ruido de los disparos rasgó el silencio de la noche por la vasta finca cuando Poole y Catherine, presos de pánico, apretaron repetidamente los gatillos de sus armas, haciendo saltar en pedazos las cristaleras de las ventanas y esparciendo por el piso de la biblioteca un montón de vidrios rotos. El joven teniente saltó a través de los cristales destrozados, dio un par de volteretas por el suelo y se levantó de un salto, sin dejar de apuntar a los yacientes cuerpos de los dos hombres.

-¿Estás bien? -gritó al asombrado Hawthorne, que se había refugiado en un rincón detrás de una silla.

Librodot

-¿De dónde demonios sales? -preguntó el jadeante Tyrell, poniéndose aparatosamente de rodillas-. ¡Estaba acabado, muerto!

-Supuse que ocurriría algo de eso...

-¿A qué vinieron todas aquellas excesivas despedidas a los pilotos? -farfulló Hawthorne, luchando por recobrar la respiración, mientras el sudor empezaba a brotar de su frente-. ¿Y aquella ducha caliente que no te habías dado desde hace días?

-Todo eso te lo explicaré después, pero el caso es que nuestro chófer está entre los matorrales y que no fuimos a ninguna parte. Cathy y yo dimos la vuelta alrededor de la casa, te vimos aquí y cuando ese matón zalamero entró corriendo con una pistola en la mano, nos imaginamos que no teníamos tiempo de pararnos a pensar.

-Gracias por no haber pensado. Van Nostrand me acababa de decir que yo era hombre muerto.

-¡Tenemos que salir de aquí!

-¿Es que nadie piensa ayudarme a saltar por esta maldita ventana sin que me rasgue las carnes? -se quejó Cathy-. Por cierto, veo a hombres que vienen corriendo por el camino desde el portalón de entrada.

-Los engañaremos -dijo Hawthorne, que se unió a Poole para ayudar a saltar a la comandante por la ventana y luego salió corriendo hacia la puerta de la biblioteca y la cerró con llave.

Cuando empezaron los golpes a la puerta, Tyrell trató de imitar lo mejor que pudo la voz de Van Nostrand, reproduciendo su acento ronco de la costa central del Atlántico.

-Todo está en orden. Brian me estaba mostrando su nueva pistola automática. ¡Volved a vuestros puestos!

-¡Sí, señor! -fue la respuesta que se oyó a coro.

Las personas acostumbradas a obedecer como autómatas reaccionan al escuchar un nombre que les es familiar cuando es pronunciado por quien consideran su autoridad indiscutible, aun cuando ellos mismos jamás hayan hablado personalmente con esa autoridad en ningún momento. Se oyó un ruido de pasos que se alejaban.

-Estamos salvados -dijo Tyrell.

-¡Y tú estás loco de remate! -dijo Cathy con un fuerte susurro-. ¡Aquí hay dos cadáveres!

-No he dicho que estemos definitivamente salvados, tan sólo de momento.

-El avión tiene prevista su salida dentro de treinta y cinco minutos -dijo Poole-. Digo que deberíamos encontrarnos a bordo.

-¿Treinta y cinco minutos? -exclamó Hawthorne.

-Eso sólo era parte del plan. Se supone que su pasajero tenía que ser Van Nostrand y su destino era el aeropuerto internacional de Charlotte, en Carolina del Norte; escolta militar e inmunidad diplomática. No te quedaba realmente mucho tiempo para disfrutar de una opípara cena y pasar placenteramente aquí la noche, a menos que consideres que una fosa en los bosques es un sitio ideal para descansar.

-¡Dios mío, todo estaba calculado al segundo!

-¡Venga, vamos a elevarnos por los inmensos, seguros y deliciosos cielos!

-Todavía no, Jackson -porfió Tye-. Aquí hay enigmas por resolver. Van Nostrand era el Señor Neptuno de Alfred Simon y eso lo coloca en la lista de los pasajeros que iban a la isla del padrone... eso lo convierte en una figura central con respecto a Bajaratt.

-¿Estás seguro de todo lo que afirmas?

-Por supuesto que lo estoy, teniente. Confesó ser Neptuno y me dijo que me iría con ese conocimiento.

-¡Caray!

-Llegó un automóvil cuando estábamos saliendo -dijo Neilsen-. ¿Podría estar relacionado con lo de esta noche?

-Vamos a averiguarlo -dijo Tyrell.

-Hay casas de campo por todo este lugar, para los invitados probablemente, unas cuatro o cinco por lo menos -dijo Poole mientras él y Tyrell ayudaban a Catherine a salir por la ventana-. Las vi desde la limusina.

-No se ven luces en ninguna parte -dijo Hawthorne, asomándose por la esquina oriental de la casa y contemplando la oscuridad que se extendía por el césped y los matorrales.

-Pues sí había luces antes, las he visto hace tan sólo unos pocos minutos.

-Tiene razón -dijo Cathy-. Por allí, en esa dirección.

La comandante señaló hacia el sudoeste, por donde también imperaban las tinieblas.

-Quizá debería regresar a la pista y decir a los pilotos que todo va bien. Esos tipos estaban nerviosos, y eso fue antes del tiroteo.

-Buena idea -asintió Tyrell-. Diles que Van Nostrand me estaba mostrando su colección de armas, pues tiene un auténtico museo privado en su casa.

-¡Nadie se va a creer eso! -dijo Cathy.

-No tienen por qué creerse nada mientras se les dé una explicación. Esperan irse de aquí dentro de media hora con una buena recompensa en el bolsillo, y eso es todo lo que les preocupa... En realidad, el solo hecho de ver a alguien los tranquilizará. Vete con Jackson, ¿quieres?

-¿Y qué piensas hacer tú?

-Echar un vistazo. Si los dos habéis visto luces hace un momento, ¿por qué no se ve ninguna ahora? Podemos suponer que en la casa no hay nadie con excepción de la cocinera, que no tenía por qué saber lo que Van Nostrand planeaba hacer conmigo, y podemos estar completamente seguros de que éste no tenía la intención de recibir a ningún otro invitado, puesto que pensaba huir directamernte desde aquí en el avión.

-Aquí tienes tus armas -dijo el teniente, llevándose la mano a la cintura y sacando la pistola automática-. Se la quité del bolsillo a ese hijo de puta, junto con la Magnun que empuñaba. También te puedes quedar con ésta. Me siento como si fuese un almacén de armas, ya que encontré otras dos más en el cuerpo del chófer de la limusina.

-Una me la diste a mí, Jackson -dijo Neilsen.

-Que no te sirvió de mucho, Cathy. Si no me equivoco, hiciste un solo disparo y erraste el blanco.

-Espero sinceramente que eso no me vuelva a ocu...

-Corred de una vez a la pista. Aseguraos de que esos pilotos piensen que todo saldrá tal como estaba previsto y que si hay algún retraso, será corto. Decidles que Van Nostrand está haciendo algunas llamadas a Dios y a varios miembros importantes del gobierno, a los que tiene que explicar algunas cosas. ¡Vamos, deprisa!

-Tengo una idea, Tye -dijo Poole.

-¿Cuál?

-Tanto Cathy como yo sabemos pilotar ese cacharro...

-¡Olvídalo! -lo interrumpió Hawthorne-. Quiero que esos pilotos desaparezcan. No quiero que estén aquí para que les hagan preguntas cuando descubran los cadáveres. Mi asesinato había sido planeado en un circuito cerrado; las únicas personas que podrían identificarnos son los dos conductores, y por lo que puedo deducir, el uno no estará muy dispuesto a cooperar con la justicia y el otro yace muerto sobre el suelo. Eso nos da cierto margen de libertad.

-Bien pensado, capitán.

-Es por eso por lo que suelen pagarme, comandante. ¡Venga, marchaos!

Los oficiales de las fuerzas aéreas se alejaron a toda prisa por el césped en dirección a la pista de aterrizaje, mientras Tyrell escudriñaba la parte sudoccidental del terreno. Apenas visibles bajo la errática luz de la luna, se alzaban alrededor de cada casa hileras de pinos simétricamente distribuidos, como si se quisiera otorgar a cada invitado un cierto sentimiento de intimidad. Dos de las casas se distinguían vagamente al fondo de un cercano camino de tierra, ambas separadas por unos ciento cincuenta metros. Una de ellas había tenido sus luces encendidas hacía menos de diez minutos. ¿Cuál de las dos sería? De nada serviría ponerse a conjeturar; lo más lógico sería acercarse. Y acercarse significaba avanzar con gran cautela y estudiar en todo momento la posición de la capa de nubes, que se deslizaba lentamente por el cielo y tapaba de un modo intermitente el brillante resplandor de la luna, para así decidir cuándo había que seguir andando a rastras o cuándo se podía correr durante esos momentos de oscuridad relativa. Una vez más, los recuerdos de su vida anterior pasaron como fogonazos por su mente. Los incidentes típicos que le ocurrían a un oficial oficinesco y burocrático, hombre aparentemente normal y del montón, cuando de repente se convertía en otra persona y dirigía a sus agentes durante las citas nocturnas, reuniéndose con hombres y mujeres en campos y en catedrales, en caminos vecinales y en puestos fronterizos que habían sido ocupados por rebeldes infiltrados. Momentos en los que una única y estúpida indiscreción podía significar un tiro en la cabeza, disparado por cualquiera de las partes. Había que elegir entre la vida del enemigo o la propia. ¡Qué locura!

Hawthorne alzó la mirada al cielo; un gran cúmulo de nubes se deslizaba hacia el sur; interceptaría la luz de la luna en cuestión de segundos. Llegó el esperado momento y Tyrell cruzó a toda prisa el camino y se dejó caer sobre la hierba. Avanzó a rastras hacia la casa más próxima, deteniéndose inmediatamente cuando pasaban las nubes, para permanecer inmóvil sobre el césped, tumbado de bruces y empuñando la pistola automática contra el costado de su cuerpo.

¡Voces! Palabras dichas en voz baja y arrastradas por las brisas de Virginia, al igual que arriba los vientos arrastraban las nubes. Dos voces. Eran similares, pero no la misma, sus tonos eran diferentes; la una era claramente más profunda, quizá más dura, pero ambas sonaban exaltadas, y quienes fuesen, habla-ban con gran rapidez..., pero no en inglés. ¿En qué estaban hablando? Hawthorne levantó lentamente la cabeza... Silencio. Luego oyó de nuevo las dos calladas voces, pero no provenían de la casa próxima, sino que venían de más lejos, de la casa situada a la izquierda, a unos ciento cincuenta metros de la otra.

¡Una luz! Pequeña, minúscula, tan sólo un destello, irradiado quizá por una linterna en forma de lápiz, pero no por una cerilla, pues era uniforme y no parpadeaba. Alguien andaba por el interior de la casa, pues aquel destello bailoteaba a gran velocidad por todas partes; quizás era alguien que estaba buscando algo a toda prisa. Pero, fuese lo que fuere, ¡aquellos dos estaban implicados! Y entonces, como confirmando su razonamiento, aparecieron de repente las luces de unos faros que iluminaron el camino de tierra que dividía en dos los terrenos de la finca, dejando al norte la mansión principal y en la parte sur las casas de campo para los invitados. Eran las luces de otra limusina, sin duda la que Poole y Neilsen habían visto entrar en la finca cuando ellos se aceracaban al portalón. El automóvil regresaba ahora para recoger a sus alarmados pasajeros de hacía apenas media hora; esas dos personas tenían que haber oído los disparos; quienes fueran no se estaban preocupando de buscar una explicación, sino todo lo contrario: ¡querían huir lo más rápidamente posible de la finca de Van Nostrand!

El segundo «Cadillac» dio la vuelta en el camino, metiéndose por una prolongación en forma de herradura, que era adonde venía a desembocar aquel original y rústico callejón sin salida, con lo que se eliminaba la necesidad de dar marcha atrás al vehículo para aparcarlo de culo frente a la puerta de la casa. El coche frenó de repente, entre chirridos de neumáticos, y

dos figuras salieron precipitadamente de la casa, la que era más alta llevaba dos maletas. Tye no podía dejarlos escapar, tenía que detenerlos.

-¡No os mováis de donde estáis! -gritó, poniéndose en pie de un brinco y corriendo en dirección a la casa-. ¡No subáis al coche!

Surgiendo de la oscuridad, la deslumbrante luz de un foco incidió sobre el rostro de Hawthorne; bajo su resplandor pudo divisar a dos personas montándose en la limusina, pero todo sucedió demasiado rápidamente como para que Hawthorne pudiese distinguir algo con claridad... Luces de focos en la noche y figuras moviéndose a toda prisa eran cosas que formaban parte de su vida pasada. Tyrell se detuvo, dio un salto a su derecha y luego giró rápidamente y se lanzó hacia su izquierda, tirándose a tierra y dando furiosas volteretas por la hierba para alejarse de la zona iluminada por el foco, hasta que logró ocultarse tras un grupo de arbustos, mientras una serie de ráfagas desgarraban el oscuro césped allí donde se suponía que había ido a ponerse a salvo. El automóvil se alejó a gran velocidad, con los neumáticos girando vertiginosamente por el camino de tierra, mientras nubes de humo se alzaban a su paso. Tye cerró los ojos y descargó su rabia poniéndose a pegar culatazos contra la tierra.

-¿Hawthorne, dónde estás? -Era la voz de Cathy, que lo llamaba desesperadamente mientras cruzaba corriendo el camino donde él se encontraba.

-¡Dios mío, Cath, ha sido una descarga de artillería en toda regla! -gritó Poole, que llegaba corriendo detrás de Cathy-. ¡Tye, di algo! ¡Oh, Dios mío, quizá lo hayan matado...!

-¡No, no, no...!

-¡Yo no estoy tan seguro! -gritó Hawthorne, levantándose lentamente, con el cuerpo dolorido, y haciendo una pausa momentánea para descansar con las manos apoyadas en las rodillas.

-¿Dónde estás...?

-¡Aquí! -respondió Tyrell.

Durante unos instantes los nubarrones dejaron pasar la luz de la luna y bajo su claridad lo divisaron cuando rodeaba con paso vacilante los matorrales.

-¡Ahí está! -gritó Neilsen, echando a correr hacia Tyrell.

-¿Estás herido? -preguntó el teniente cuando él y la comandante fueron a juntarse, jadeantes, frente a Hawthorne-. ¿Lo estás? -insistió Poole, cogiendo a Tve por el brazo-. ¿Estás herido?

-No por las balas -respondió Hawthorne, haciendo una mueca y echando la cabeza hacia atrás.

-¿De qué entonces? -inquirió Cathy-. ¡Eran ametralladoras lo que llevaban!

-Un arma -la interrumpió Jackson-, y dado su apagado registro, era una MAC y no una Uzi.

-¿Es que acaso un hombre que conduzca un automóvil enorme por un angosto sendero de tierra puede disparar con una MAC-10? -preguntó Tyrell en tono desafiante.

-No muy fácilmente, diría yo.

-Pues entonces a mí podrían haberme matado, pero tú bien podrías equivocarte, teniente.

-¿Pero en qué demonios consiste la diferencia? -protestó Neilsen.

-No hay ninguna en absoluto -admitió Hawthorne-. Tan sólo lo que quería poner de manifiesto la posible falibilidad del papa de Pontchartrain... No, no estoy herido, tan sólo algo dolorido a consecuencia de una maniobra de evasión que hacía mucho tiempo que no practicaba. ¿Qué tal están los pilotos de Van Nostrand?

-Tan sólo fuera de sus cabales -contestó Cathy-. Están muertos de miedo, y estoy segura de que eso tiene algo que ver con lo que dijo Jackson de que los dos no son precisamente candidatos a recibir las medallas por buena conducta. ¡Quieren largarse de aquí!

Librodot

-¿Los dejasteis antes de que ocurriera lo de la Uzi o la MAC?

-Hace tres minutos, no más -dijo Neilsen.

-Entonces no hay nada que pueda detenerlos y quizá sea eso lo mejor.

-¡Oh!, sí hay algo que pueda detenerlos, capitán -afirmó Jackson.

-¿De qué estás hablando? Pueden despegar tranquilamente y marcharse.

-¿No sabes acaso por dónde se sube a bordo de un avión? ¿Y por dónde se baja? -preguntó Poole, sonriendo maliciosamente-. Les estuve enseñando un juego de niños. Se llama hacerse el tonto.

-Poole, tendría que haberte mandado fusilar... -¡Qué demonios!, se trata de un juego muy sencillo que siempre da resultado, como suele ocurrir con las cosas sencillas. Mientras discutía con esos dos granujas histéricos, miré de repente hacia la cola del avión, pegué un grito y exclamé: «¿Pero qué demonios es eso?» Como es lógico, los dos volvieron la cabeza, esperando ver probablemente a un grupo de vigilantes en moto, y fue entonces cuando aproveché para escamotearles las llaves. Por supuesto, no se dieron cuenta. Y cuando les dije que se trataría de algún ciervo extraviado, los tipos respiraron, les bajó la presión sanguínea y yo les cerré la única puerta abierta, que se queda cerrada con llave automáticamente... No pueden ir a ninguna parte, Tye. Y cuando lo hagan, si es que lo hacen, nosotros estaremos con ellos.

-No me había equivocado contigo, teniente -apuntó Hawthorne, mirando a Poole a los ojos-. Tus reflejos son extraordinarios y tus múltiples habilidades en nada los desmerecen... ¿Qué te parece si presento una solicitud de ascenso?

-Muy bien, maldita sea, capitán. ¡Le doy las gracias, señor!

-No tan rápido. Esos mismos atributos nos pueden meter en un bien lío.

-¿Por qué? -preguntó Cathy a la defensiva.

-Como el avión no ha despegado, todo depende ahora de lo que pase en el cuartelillo de la entrada después de que los vigilantes han oído las ráfagas de ametralladora, y de lo que ocurra cuando la cocinera no pueda ver a Van Nostrand o a su marido. Sabrán que aún seguimos aquí.

-Si mal no recuerdo -dijo Neilsen-, su marido era nuestro chófer.

-Y en la limusina hay un teléfono -añadió Tyrell.

-¡Mierda, tiene razón! -exclamó Poole-. Y si los de la puerta tratan de comunicarse con la limusina y luego llaman a la Policía? ¿Y si ya la han llamado? ¡Dentro de un minuto estarán persiguiéndonos!

-Mi instinto me dice que no la han avisado -lo contradijo Hawthorne-, pero si lo han hecho, no tendría el aplomo de otros tiempos, ya que hace mucho que dejé eso.

-Así que todo se reduce a los guardias de la entrada -dijo Poole.

-Exactamente -asintió Hawthorne-. Si no me equivoco, tendría que haber por aquí automóviles o cochecitos de golf o al menos hombres con linternas acercándose a esta parte de la finca, pero no se ve nada. ¿Por qué?

-Quizá debiéramos ir a averiguarlo -dijo Jackson-. Podría llegarme sigilosamente hasta allí y ver qué está pasando.

-¿Quieres que te peguen un tiro, idiota? -exclamó la comandante.

-¡Venga ya, Cathy!, que no pienso presentarme con redobles de tambores y toques de corneta.

-Cathy tiene razón -dijo Tyrell-. Puede que resulte ya anticuado en algunas cosas, pero no en ésa. Iré yo y nos encontraremos luego en el avión.

-¿Pero qué ocurrió aquí? -inquirió Neilsen-. ¿Qué fue lo que viste?

-A dos hombres; uno era muy alto y llevaba dos maletas; el otro era más bajo y más delgado y llevaba puesto un sombrero. Se subieron al automóvil mientras me enfocaban con la luz.

-¿Quién piensa en un sombrero en momentos como éste? -dijo Poole.

-Los calvos, Jackson -respondió Hawthorne-. Es su marca de identificación. Lo habitual en ellos... Llévate a Cathy y procura dominar a los pilotos...

-No tiene por qué llevarme, soy perfectamente capaz de...

-¡Oh, cállate, Cathy! Lo único que quiere decir es que si esos dos mierdas deciden amotinarse, es mejor que yo los haga entrar en razón a que tú les pegues un par de tiros. ¿Entendido?

-Entendido.

-Y ahora escuchadme bien -prosiguió Tyrell en un tono de voz que no admitía réplica-. Si me meto en líos, haré tres disparos seguidos. Será la señal para que salgáis huyendo de aquí.

-¿Y dejarte en este sitio? -preguntó Neilsen, completamente atónita.

-Así es, comandante. Creo haberte dicho que no soy ningún héroe; no me gustan los héroes, porque son muchos lo que mueren, y ésa es una perspectiva que no me hace ninguna gracia. Si hay problemas, me será más fácil salir huyendo solo, sin impedimentos.

-¡Muchísimas gracias!

-Para eso me han entrenado y por eso me pagan.

-¿Eh, qué te parece si voy contigo? -dijo Poole.

-Tú mismo respondiste a esa pregunta, teniente. ¿Y si los pilotos optan por rebelarse?

-¡Vámonos, Cath!

El «Buick» gris pálido de la secretaría de Defensa estaba aparcado fuera de la carretera, en un lugar oculto donde las ramas de los árboles adyacentes le tapaban el capó y el parabrisas. Estaba atravesado en medio de un bosquecillo, a unos ochocientos metros de la finca de Van Nostrand y los cuatro hombres que iban dentro estaban aburridos, malhumorados y resentidos porque se les había asignado una misión fuera de las horas de trabajo, sin haber sido autorizados a emprender acción alguna y sin que se les diese la más mínima explicación de por qué tenían que esperar allí. Estaban allí simplemente para observar y no, bajo ninguna circunstancia, para ser observados.

-¡Ahí sale! -dijo el conductor, echando mano inmediatamente de los cigarrillos que tenía sobre el tablero de mandos, cuando una limusina apareció por la entrada a la finca de Van Nostrand y giró a la derecha-. Si veíamos salir de allí una limusina después de las nueve de la noche, podíamos irnos a casa.

-Pues entonces, a casita -dijo el oficial de seguridad de la secretaría de Defensa que iba sentado en el asiento de atrás-. Todo esto ha sido una estupidez.

-Alguien en las alturas querría saber probablemente quién se estaba follando a quién -añadió una segunda voz desde la parte trasera.

-Una auténtica chorrada -dijo el hombre que iba junto al chófer, echando mano a la radio-. Lo comunicaré y nos largaremos. Dios es misericordioso con los que llevan galones y charreteras.

Bajaratt iba en el asiento trasero de la limusina, desconcertada, incapaz de formular sus pensamientos. ¡El hombre iluminado por el faro era Hawthorne! ¿Cómo podía estar allí? ¡Era

imposible, y sin embargo, estaba allí! ¿Sería una coincidencia? ¡Ridículo pensarlo! Tenía que haber una explicación para lo inexplicable..., pero, ¿cuál? ¿El padrone? ¿Sería eso? ¡Dios mío, era eso!... ¡El padrone, Marte y Neptuno! Las pasiones que despierta el recuerdo de la carne se entretejían con las pasiones equivalentes que nacen de la ambición de poder y de supremacía. Tenía que cobrarse venganza, matar al que había matado al otro. ¡Ay, el maldito estúpido de Van Nostrand! ¿Cómo había permitido que se le escapase? Había hecho venir a Hawthorne para matarlo... Es mío y de nadie más... y ella no volvería a tener noticias del viejo tonto a partir de aquella noche.

Era un juego de ajedrez inventado en los infiernos, en el que reyes y peones estaban irrevocablemente reñidos a muerte, en el que eran incapaces de eliminar a su contrario sin provocar una hecatombe en la que perecerían todos... Pero eso no debía ocurrir. Estaba tan cerca de su meta, tan sólo un par de días y se cobraría la venganza por la masacre de Askelón... ¡Toda su rota vida tendría un significado! ¡Muerte a toda autoridad! ¡Nadie podría detenerla, era impensable!

¡París! Tenía que descubrirlo.

-¿Qué te pasa? -preguntó Nicolo, susurrante, con la respiración entrecortada, todavía aturdido por el tiroteo y la loca huida-. Creo que es mejor que me lo cuentes.

-No es nada que nos concierna -replicó Bajaratt, descolgando el teléfono de la limusina.

Bajaratt marcó los prefijos internacionales para llamar a París y luego el número de la rue du Corniche.

-¿Pauline? -inquirió enfáticamente-. No quiero hablar con nadie más.

-Soy yo -confirmó la mujer desde París-. Y tú eres...

-La única hija del padrone.

-Con eso basta. ¿Qué puedo hacer por ti?

-¿Llamó de nuevo el de Saba?

-Certainement, madame. Y de lo más excitado. Preguntó por qué no estabas en la isla de Saba y creo que logré apaciguarlo. Se quedó satisfecho.

-¿Cómo satisfecho?

-Aceptó la explicación de que tu tío se había mudado a otra isla y que tú sabías cómo encontrarlo cuando volvieses al Caribe.

-Bien, Su Olympic Charters, el Charlotte Amalie, ¿no es cierto?

-No podía saberlo, madame.

-Pues olvida entonces que te lo he dicho. Le dejaré un mensaje.

-Por supuesto, madame. ¡Adieu!

Bajaratt apretó el botón que daba por finalizada la llamada y marcó el número 809 de la isla de Santo Tomás para comunicarse con Olympic Charters. Lo que escuchó fue precisamente lo que esperaba oír a esas horas de la noche.

Le habla el contestador automático de Olympic Charters, Charlotte Amalie. Las oficinas están cerradas y abrirán mañana a las seis de la mañana. Si se trata de una emergencia, tenga la amabilidad de marcar el número uno y se pondrá en comunicación con la patrullera del servicio de vigilancia de costas. De lo contrario, puede dejarnos su mensaje.

-¡Querido mío, soy Dominique! Te estoy llamando desde un yate, pues estoy haciendo un crucero aburridísimo frente a las costas de Portofino. ¡Ay, cariño, todo esto me deprime terriblemente! Pero la buena noticia es que estaré de regreso dentro de tres semanas. He convencido a mi marido de que tengo que ir a ver de nuevo a mi tío, quien está ahora en la isla del Perro. Siento muchísimo no habértelo dicho, pero te conté que mi tío no dejaba de mudarse, ¿lo recuerdas? ¡Santo cielo, qué rapapolvo me echó Pauline por no haber sido más clara! Pero no importa, pues pronto estaré otra vez contigo. ¡Te amo!

Bajaratt colocó el teléfono de nuevo en su sitio, irritada por las insistentes miradas de Nicolo.

-¿Por qué dices cosas como ésas? -preguntó el joven-. ¿Es que volveremos al Caribe? ¿Adónde vamos a ir esta vez?... ¡Y esta noche los tiroteos y esta huida que estamos haciendo! ¿Qué ha ocurrido, signora? ¡Tienes que decírmelo!

-No puedo decirte lo que no sé, Nico. Ya escuchaste lo que dijo el chófer, que estaban cometiendo un robo; ha habido varios en los últimos tiempos, ya que el propietario de la finca es un hombre increíblemente rico y corremos tiempos muy malos en América. La criminalidad campa por doquier. Por eso viste ese cuartelillo y los vigilantes y esas vallas tan altas. Están preparados para enfrentarse en cualquier momento con ese tipo de cosas tan terribles. Pero nada tiene que ver con nosotros, ¡créeme!

-Me resulta difícil creerte. Si hay vigilantes y tanta protección, ¿a cuento de qué estamos huyendo?

-¡La Policía, Nicolo! Han avisado a la Policía y lo último que queremos es que la Policía se ponga a hacernos preguntas. Somos visitantes en este país; todo sería muy embarazoso, humillante... ¿Qué pensaría Angelina?

-¡0h...! -exclamó el joven estibador, cuya ceñuda mirada se suavizó al instante-. ¿Por qué vinimos aquí?

-Porque, por mediación de un amigo, me dijeron que aquí tendríamos nuestro propio alojamiento, con criados... y que nuestro anfitrión me facilitaría una secretaria, ya que he de escribir docenas de cartas.

-Siempre tienes preparadas demasiadas excusas... y tienes demasiadas caras -replicó el joven italiano, sin dejar de mirar fijamente, en la relampagueante penumbra, a la mujer que le había salvado la vida en los muelles de Portici.

-Piensa en todo el dinero que tienes en el banco en Nápoles, querido niño. Ahora tengo que decidir un par de cosas.

-Quizá deberías decidir dónde vamos a pasar la noche.

-¡Vaya, ahora eres tú el que piensas! -exclamó la Baj, apretando el botón del intercomunicador para hablar con el chófer-. ¿Hay por estos lugares algún hotel aceptable que nos pueda recomendar, amigo mío?

-Sí, señora. Ya he llamado y ahora les están preparando las habitaciones. Como invitados del senor Van Nostrand, por supuesto. Es el Shenandoah Lodge; lo encontrarán completamente aceptable.

-¡Gracias!

Tyrell avanzó a rastras por el borde de la extensión de césped, oculto en las sombras que arrojaban los pinos colindantes. La casa de piedra del cuartelillo, con las barreras que cortaba el paso por la carretera de dos carriles, se encontraba a menos de unos treinta metros, pero en los últimos diez o doce no tendría la protección de los pinos. Se trataba de un espacio abierto, de una franja de césped entre la carretera y una valla de tres metros de altura, con puntas metálicas en la parte superior, todas puntiagudas y de terrible aspecto; no hacía falta tener gran experiencia en esas cosas para saber que una poderosa corriente eléctrica fluía de un extremo al otro. Tampoco era necesario tener años de experiencia para darse cuenta de que las dos barreras que cortaban el paso a todo lo ancho de la entrada no eran simples vigas de madera; su grosor indicaba que estaban hechas de planchas de acero laminado. Tan sólo un tanque podría atravesarlas; un automóvil, por muy grande que fuera, se estrellaría y haría pedazos como si se hubiese lanzado contra una pared de hierro. Ahora estaban bajadas.

Hawthorne estudió detenidamente el cuartelillo en sí. Era una estructura de piedra en forma de cuadrilátero; las ventanas estaban protegidas por gruesos cristales en las dos paredes

que él podía ver, y una torreta decorativa, con reminiscencias de los castillos medievales, remataba el tejado. El difunto Van Nostrand, alias Neptuno, tenía que haber sido un hombre muy precavido; la entrada a esa magnífica propiedad era indestructible, estaba hecha a prueba de balas y pobre de aquel intruso incauto que tratase de escalar la valla. Sería electrocutado hasta que sus carnes quedasen achicharradas.

No se veía a nadie, por ninguna de las dos ventanas, así que Tye salvó rápidamente el espacio libre, llegó hasta el cuartelillo y se apretó contra sus muros de piedra. Lentamente, muy lentamente, fue subiendo la cabeza hasta una de las esquinas de aquel grueso cristal impenetrable. Lo que vio lo dejó perplejo, pero además ¡no tenía sentido alguno! Sentado en una silla, con el cuerpo inclinado sobre un escritorio de madera, situado a unos tres metros de la puerta de entrada, se encontraba un vigilante uniformado, con la cabeza cubierta de sangre. Le habían disparado, no una vez, sino varias, directamente en la nuca. Había recibido el tiro de gracia por excelencia.

Hawthorne dio la vuelta al edificio hasta alcanzar la puerta; estaba abierta. Entró y trató de asimilar cada cosa que veía. Allí reinaba la profusión más absoluta de alta tecnología: tres filas de pantallas de televisión, todas en continuo movimiento, cubrían todas las zonas de la finca, detectando incluso los sonidos. Las llamadas y el cantar de las aves se mezclaban con los murmullos de las hojas azotadas por el viento y los crujidos de los altos tallos de las hierbas provenientes de los lugares más recónditos de esa inmensa finca.

¿Por qué habían matado al vigilante? ¿Por qué? ¿Cuál había sido el provecho? ¿Dónde estaban sus compañeros? Un hombre como Neptuno, y mucho menos su paranoico jefe de seguridad, jamás hubiera dejado la entrada principal a cargo de un solo hombre; aquello era de locos, y ni Van Nostrand ni su frío y eficiente Brian eran locos; pervertidos quizá, pero no estúpidos. Tye examinó los aparatos, deseando en esos momentos que Poole se hubiese encontrado con él en el cuartelillo; las diversas señales encendidas en los diferentes instrumentos indicaban que estaban en funcionamiento las cintas de grabación audiovisual. Podría hallar respuesta a sus preguntas si apretaba los botones adecuados, pero, a la inversa, también podía borrarlo todo si accionaba por equivocación la tecla inadecuada.

Lo más misterioso de todo aquello era que el lugar estuviese desierto. No había ni un alma... ¿Por qué? ¿Qué fue lo que los llevó a salir huyendo? ¿El tiroteo? Eso no tenía sentido; los guardas iban bien armados, de lo que daba testimonio el hombre muerto en la silla, que aún tenía en su funda un revólver del calibre treinta y ocho. Y era evidente que Van Nostrand contrataba y pagaba a cambio de la lealtad más absoluta. ¿Por qué esas tropas leales y bien remuneradas no habían acudido a proteger a su generoso amo? No había que echar más que un vistazo superficial para darse cuenta de que esos hombres no encontrarían un empleo mejor.

En ese momento sonó el teléfono del cuartelillo, no sólo sobresaltando a Hawthorne, sino provocándole una conmoción tal, que casi lo deja en estado catatónico... Ha de obligarse a conservar la sangre fría y a mantener un control absoluto de sí mismo, teniente. Ha de ser frío como el hielo y conservar la calma. Si ocurre lo inesperado, ha de estar convencido de que ha sucedido la cosa más natural del mundo. Palabras de antiguos entrenamientos cuando se preparaba para ser agente del servicio de contraespionaje de la Armada, palabras que el propio Tyrell había repetido después de tantos otros, a personas que se alistaron después..., allá en Amsterdam.

Tyrell descolgó el teléfono y tosió repetidas veces antes de contestar.

-¿Eeeh? -dijo, con voz gutural y en un tono de franca hostilidad.

-Pero ¿qué está pasando aquí? -gritó una mujer al otro extremo de la línea-. No puedo localizar a nadie, ni al señor Van, ni a Brian, ni a mi marido en el automóvil... ¡A nadie!... ¿Y dónde te has metido durante los últimos cinco minutos? ¡Me he hartado de llamar y llamar... y nada!

-¡Mire a su alrededor! -replicó Hawthorne bruscamente.

-¡Ha habido disparos, muchos!

-Estarán cazando algún ciervo -explicó Tyrell, recordando el juego de hacerse el tonto, que Poole había practicado con los dos pilotos.

-¿Con ametralladora? ¿De noche?

-¡Pueblos distintos, costumbres distintas!

-¡Locos es lo que son, aquí todo el mundo está loco!

-Sí...

-Bien, si logras hablar con el señor Van o con cualquiera de los demás, diles que no me moveré de la cocina y que tendré todas estas gruesas puertas bien cerradas. ¡Si quieren cenar, que me llamen!

Y con esa declaración de principios, la cocinera de la finca colgó el teléfono de un golpe.

La situación se hacía tanto más confusa por cuanto aquella mujer la confirmaba: todos habían salido huyendo, quizá después de haber dado muerte al único que no quería irse con ellos, a la persona que podría haberlos implicado. Era como si los espectros de alguna hecatombe se hubiesen esparcido susurrantes por la finca. Ya ha llegado el momento. Es de noche. ¡Sálvese quien pueda! ¿Qué otra cosa podía ser?... Y sin embargo, tenía que haber alguna explicación, pero la única explicación auténtica al enigma, lo que dilucidaría la relación con Bajaratt, se hallaba en las muertas células del muerto cerebro de Van Nostrand.

Hawthorne sacó de la funda del difunto vigilante el revólver calibre treinta y ocho, completamente salpicado de sangre, lo cogió entre el pulgar y el índice, se lo llevó al pequeño cuarto de baño, cuya puerta también estaba abierta, lo limpió con toallas de papel y se lo colocó al cinto. Regresó y se puso a examinar atentamente los equipos del cuartelillo, concentrando su atención en el panel que estaba encima del aparador, junto a la entrada, pues lo más probable era que desde allí se accionasen las barreras. Había seis botones de colores que formaban dos triángulos, uno junto al otro y los dos idénticos. Los botones de la parte inferior izquierda eran verdes; los de su derecha, pardos; y los de arriba, algo mayores de tamaño que los de abajo, eran de un color brillante. Debajo de cada uno de los botones inferiores había una plaquita amarilla con un letrero en letras negras; de derecha a izquierda, pudo leer: ABIERTO y CERRADO; y bajo los botones rojos de arriba, en letras de mayor tamaño: ALARMA.

Tyrell eligió el triángulo de la izquierda y apretó el botón verde de ABIERTO; la barrera más próxima se alzó lentamente. Apretó entonces el pardo y la barrera volvió a su posición horizontal. Era evidente que el triángulo de la izquierda servía para dar paso a los vehículos que entraban a la finca y los de la derecha para los que salían. Para estar seguro, repitió el procedimiento con el segundo triángulo; la barrera del otro extremo se alzó y volvió a caer. Hasta ahí habían llegado sus experimentos con la alta tecnología; no sería necesario activar las alarmas y había sobradas razones para no hacerlo.

Puso en orden sus ideas y se dio cuenta de que los riesgos que corrían eran mínimos, al menos de momento. Iría a reunirse con Neilsen y Poole en la pista de aterrizaje y les comunicaría su decisión. O bien podrían irse en el avión con los pilotos y dedicarse a investigar el misterio del aeropuerto de Charlotte, en Carolina del Norte -en concreto: ¿quiénes acudirían a dar escolta a Van Nostrand hasta la salida de vuelos internacionales?- o bien podrían quedarse con él y los tres se dedicarían a registrar de arriba abajo el despacho de Van Nostrand. Ellos tendrían que elegir, ambas posibilidades significaban un paso positivo hacia delante. Las órdenes de protección diplomática impartidas al aeropuerto podían provenir de un gran número de personas, quedarían ocultas dentro del tinglado burocrático o habrían sido atribuidas a funcionarios que no sabrían nada, pero en el caso concreto de la escolta, existía la posibilidad de investigar su pista hasta las alturas. Por otra parte, a Tyrell no le vendría nada mal otros dos pares de ojos para escudriñar todo lo escudriñable en el despacho de Van Nostrand, así como en sus habitaciones privadas. Un hombre que abandonaba su casa

en medio de esas circunstancias tan agitadas que se había creado el propio amo de aquella mansión solariega podía fácilmente ser descuidado, olvidadizo.

Hawthorne apartó al vigilante muerto de la mesa manchada de sangre, lo cogió por debajo de los sobacos y arrastró su cuerpo hasta el pequeño cuarto de baño. Se detuvo para lavarse las manos en el pequeño lavabo y en ese momento oyó los rugidos repentinos del motor de un automóvil, insistentes, furiosos, seguidos del chirrido de unos neumáticos al frenar en seco... ¿Se habría equivocado? ¿Sería la Policía que acudía tras una llamada de emergencia? Sin poder pensar apenas, salió precipitadamente del cuarto de baño, recogió del suelo la gorra del vigilante y acercó el rostro a la gruesa ventana; se sintió aliviado al instante. Aquel «Chevrolet» azul no era un vehículo oficial, y no llegaba a la finca, sino que salía. Miró el cuadro de mandos con los botones, sabiendo instintivamente que elegiría el botón correcto, el del triángulo de salida.

-¿Si? -dijo, accionando el conmutador de palanca que había junto al micrófono empotrado en la pared.

-¿Qué demonios quieres decir con eso de «sí», pedazo de idiota? -gritó una voz exaltada por el altavoz del cuartelillo-. ¡Déjame salir de aquí! Y cuando ese calzonazos de mi marido regrese con la limusina, dile que me he ido a casa de mi hermana, que puede llamarme allí... ¡Eh, espera un momento! ¿Quién eres tú?

-Soy nuevo, señora -dijo Tyrell, apretando el botón verde del segundo triángulo-. Que tenga una buena noche, señora.

-¡Partida de chiflados, que estáis todos como una cabra! ¡Aviones que llegan, armas que se disparan! ¿Y qué será lo próximo?

El «Chevrolet» salió disparado, perdiéndose en la oscuridad, mientras Hawthorne hacía bajar la barrera del carril opuesto. Echó una mirada a su alrededor y se preguntó si había algo que debería hacer, algo que debería llevarse... Sí, probablemente había algo. En la mesa de madera, empapada de reluciente sangre, había un gran cuaderno de anillas. Lo abrió y se puso a hojearlo; allí estaban los nombres, las fechas y las horas, allí estaban registrados los invitados que había tenido Van Nostrand desde el día primero del mes, unos dieciocho días. En su precipitación, o en su ansiedad, Neptuno podría haber cometido su primer error. Tyrell cerró el cuaderno de notas y se lo metió bajo un brazo..., pero de repente, asaltado por una idea que resultaba obvia, lo volvió a poner sobre la mesa y pasó rápidamente sus páginas hasta llegar a las entradas de esa noche. Allí tenían que estar los dos pasajeros que huyeron en la limusina desde la casa de huéspedes más apartada de la finca. Tan sólo estaba anotado un nombre. ¡Pero aquello fue suficiente para que el cerebro de Hawthorne estallase en llamaradas! Aun cuando la visitante no podía saber que sus perseguidores conocerían ese nombre, entre los varios que tenía, su maniática personalidad le había llevado a dejar constancia del mismo para que las futuras comisiones oficiales de investigación y los estudiosos de la historia tuviesen una pista de sus andanzas. No quería quedarse sin ese reconocimiento póstumo.

Madame Lebajeróne, París.

Lebajeróne.

La Baj.

Dominique.

¡Bajaratt!

CAPÍTULO XIX

Al salir del cuartelillo, Tyrell dejó entornada la puerta y subió corriendo por la carretera hasta donde se advertía una entrada en la inmensa extensión de césped, por donde podía tomar

un atajo para llegar a la pista de aterrizaje. Sin embargo, cuando ya se había metido por la hierba, aminoró de repente la marcha, algo aturdido, pero sin saber exactamente por qué; entonces se dio cuenta. De un modo instintivo, había esperado encontrarse con un resplandor de luces amarillentas cuando más se aproximase al camino que conducía al aeródromo. Pero no había tal resplandor; tan sólo tinieblas. Echó de nuevo a correr, esta vez más rápido que antes, y se metió precipitadamente por una estrecha abertura que había en el alto seto que bordeaba los límites del campo.

Había supuesto que Neilsen y Poole lo estarían esperando en la pista de aterrizaje, junto con los dos pilotos y en un lugar bien visible. Pero allí no había nadie; algo andaba mal. Metió entonces debajo de unos arbustos el libro de registro que se había llevado del cuartelillo, lo cubrió de tierra y alzó la mirada, escudriñando el aeródromo.

Silencio. Nada. Tan sólo los contornos blancuzcos y amarillentos del jet Gulfstream estacionado, que a veces se divisaban bajo el errático resplandor de la luna.

¡Había algo..., un movimiento! ¿Dónde? Lo había percibido por el rabillo del ojo, hacia su derecha, al otro lado de la pista alquitranada, rozándola tangencialmente. Fijó la vista en aquella zona y esta vez vinieron en su ayuda los plateados dardos de la luna, pues sus destellos parecían reflejados por espejos. Era la mal llamada torre de control, designación totalmente anticuada, ya que no se trataba de una torre, sino de un edificio de una sola planta, en el que predominaban los cristales, con una antena reflectora que se alzaba por encima y que estaba sujeta con alambres al techo. Alguien se había movido por detrás de uno de los grandes ventanales y su silueta había sido iluminada durante un instante por la luna momentáneamente despejada de nubes.

Las tinieblas se extendieron de nuevo por el cielo y Hawthorne se tiró sobre la hierba y regresó arrastrándose hasta el alto seto, donde se puso de pie y empezó a correr de un espacio libre a otro, alrededor de uno de los extremos de la pista. En menos de un minuto se encontraba a unos cien metros de aquella «torre» a ras de tierra, esforzándose por recobrar la respiración, mientras el sudor le chorreaba por el rostro y el cuello y le empapaba la camisa. ¿Habrían logrado los dos pilotos reducir a Cathy y al joven teniente de las fuerzas aéreas, pese a que éste iba armado? Teniendo en cuenta la gran destreza de Poole, aquello no parecía posible sin un tiroteo, y no se habían oído disparos.

¡De nuevo un movimiento! Una figura opaca, o quizá la sombra de una figura, se había acercado precipitadamente a la enorme ventana de cristal y luego había desaparecido de la vista con igual rapidez... Tenían que haberlo visto cuando pasó corriendo por la abertura en el seto y ahora lo estarían esperando. Y de repente le vino a la memoria algo que había ocurrido hacía poco; Hawthorne recordó lo sucedido hacía tres días -y tres noches- en una isla sin nombre situada al norte del pasaje de Anegada... ¡Fuego! Una de las visiones más espeluznantes tanto para los hombres como para los animales, confirmada por las alocadas carreras y los fieros ladridos de los perros de presa en la fortaleza que se había construido el padrone en medio del mar.

Permaneciendo oculto tras el seto, Tyrell se puso a rebuscar por el suelo ramitas secas y restos de maleza calcinados por el sol veraniego; luego alzó los brazos, buscando entre el espeso follaje las ramas secas y quebradizas, y cuando más arriba buscaba, más abundante era la cosecha. En apenas cuatro minutos de sudores ya se había preparado un pequeño montículo de treinta centímetros de altura y sesenta de diámetro; tenía un «motor de arranque», con el que podría prender fuego a las ramas verdes. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la cajita de cerillas que siempre lo acompañaba, costumbre ésta que arrastraba desde los tiempos en que era un fumador empedernido; sacó una cerilla, hizo un cuenco con las palmas de las manos y la prendió. Encendió por la base el montón de leña y después arrojó a la pira la caja de cerillas. Luego se alejó a rastras y fue avanzando por detrás del seto, pegándose a la tierra para salvar los claros. Su posición era ahora paralela a la casa de los grandes ventanales, encontrándose a menos de veinticuatro metros de la puerta metálica.

Librodot

El incendio por los resecos matorrales se extendió más rápidamente de lo que Hawthorne se había imaginado, por lo que dio las gracias a todos aquellos dioses inmortales que tuviesen bajo sus auspicios el sol abrasador de Virginia. Las húmedas brisas nocturnas aún no habían llegado de las colinas; las partes superiores de los setos estaban secas y las partes verdes del medio no eran obstáculo alguno para que se elevasen las llamas, que pronto se expandieron en ambas direcciones. En pocos momentos el fuego se convirtió en una sucesión amenazante de llamaradas en erupción, que se elevaban a derecha e izquierda como brillantes mechas encendidas. Y entonces dos figuras -no, tres- aparecieron tras el ventanal de la parte posterior de la casa; parecían muy excitadas; levantaban y sacudían las cabezas; alzaban los brazos y los bajaban; las sombras de aquellos cuerpos iban de un lado a otro, indecisas, presas del pánico. Se abrió entonces la puerta metálica y las tres figuras aparecieron en el umbral; una delante y dos detrás. Tyrell no pudo ver sus rostros, pero sí pudo distinguir que ninguno era el de Neilsen o el de Poole. Se sacó el revólver del cinto y se quedó esperando, mientras se hacía tres preguntas: ¿Dónde estaban Cathy y Jackson? ¿Quiénes eran esas personas y qué tenían que ver con la desaparición de los dos oficiales de las fuerzas aéreas?

-¡Oh, Dios mío, los tanques de combustible! -gritó el hombre que estaba al frente.

-¿Dónde están?

La voz del segundo hombre le resultó familiar... Era la del copiloto del jet Gulfstream.

-¡Allí! -gritó el hombre, gesticulando frenéticamente y señalando un punto de la pista-. ¡Nos puede hacer volar a todos a la luna junto con toda esta mierda! Tiene una capacidad de cien mil galones. ¡Con un alto índice de octano, el más alto de todos!

-¡Pero si todo está bajo tierra! -protestó el piloto.

-¡Claro, compañero, y lo que lo mantiene son unas planchas de hierro atornilladas! Esos tanques sólo están llenos hasta la mitad; los gases del combustible están arriba y pueden explotar si el metal se pone al rojo vivo. ¡Larguémonos de aquí!

-¡No podemos dejarlos! -gritó el copiloto-. Eso sería un asesinato, y nosotros no queremos tener nada que ver con eso.

-¡Haced lo que os dé la gana, gilipollas, yo me largo!

El hombre que estaba al frente salió corriendo a campo traviesa y Tyrell pudo ver a través de las llamas la silueta del individuo alejándose como alma que lleva el demonio. Los dos pilotos desaparecieron de su vista y se metieron corriendo en la casa, lo que Hawthorne aprovechó para precipitarse hacia delante y alcanzar una de las esquinas de aquella estructura cúbica de cristal, donde se apostó en actitud vigilante. Las llamas del ardiente seto se agitaban alocadamente, elevándose hacia el firmamento. De repente aparecieron en el umbral de la puerta Poole y Neilsen, con las manos atadas a la espalda y amordazados con cinta aislante. Cathy rodó por el suelo cuando Jackson se dejó caer encima de ella y la protegió con su propio cuerpo como si esperase que se produjese un tiroteo. Aparecieron entonces los pilotos del jet Gulfstream, aparentemente asustados e inseguros de sí mismos.

-¡Vamos, parejita! -apremió el copiloto-. ¡Levantaos! ¡Tenemos que marcharnos!

-¡No os vais a marchar a ninguna parte! -gritó Tyrell, que se había puesto de pie y amenazaba con su revólver a los pilotos apuntando alternativamente a la cabeza de cada uno-. ¡Malditos granujas, ayudadlos a levantarse! ¡Desatadlos y quitadles esas mordazas!

-¡Eh, buen hombre, que no hemos hecho eso porque quisieramos! -protestó el copiloto, mientras su compañero se apresuraba a ayudar a Neilsen y a Poole a ponerse en pie, les quitaba las ligaduras y les arrancaba de las bocas la gruesa cinta aislante-. El cerdo del radiotelegrafista nos apuntó a todos con su arma.

-Nos dijo que los atásemos y que les precintásemos los labios -añadió el piloto-, pues se imaginaba que como trabajábamos para el señor Van Nostrand, (fue ese tipo el que supervisó las prácticas de aterrizaje esta mañana), teníamos que ser gente de confianza...

-Y más que de confianza -lo interrumpió el copiloto, sin dejar de mirar hacia el seto en llamas-. Dijo que los agentes de seguridad del señor Van nos habían dado su visto bueno, pero que él no conocía a esos otros dos y que no quería correr ningún riesgo... Pero, vámonos de este lugar. Ya oísteis lo que dijo: ¡hay tanques de combustible!

-¿Dónde están? -preguntó Hawthorne.

-A unos ciento veinte metros de este establo de cristal -respondió Poole-. Vi los surtidores mientras te esperaba con Cathy.

-¡Me importa un pito dónde estén! -prorrumpió el copiloto-. ¡Ese hijo de puta dijo que nos podían hacer volar a todos a la luna!

-Podrían -dijo el teniente-, pero no es probable. Esos tanques tienen dispositivos de aislamiento y habría que calentar con un soplete esas planchas para que alcanzasen la temperatura de ignición.

-Pero, ¿podrían explotar? -inquirió Tyrell.

-Por supuesto, Tye, con la posibilidad de uno entre doscientos quizá. ¡Qué demonios!, los letreros de prohibido fumar, en todas las gasolineras, no están puestos por gusto.

Hawthorne se volvió hacia los dos pilotos.

-Como veis, las probabilidades se inclinan a vuestro favor, chicos -dijo-. Y ahora dadme vuestras carteras, vuestros documentos nacionales de identidad. También vuestros pasaportes.

-¿Qué es esto? ¿Es una detención?

-Podría serlo si no hacéis lo que os digo. !Venga, dadme eso! Os lo devolveré.

-¿Y quién eres tú, alguna especie de policía federal? -preguntó el piloto, metiéndose de mala gana la mano en los bolsillos y entregando a Tyrell su cartera y su pasaporte-. Espero que te des cuenta de que nos contrataron legalmente y de que no llevamos armas de fuego ni sustancias prohibidas por la ley.

Si quieres puedes cachearnos y registrar el avión. No encontrarás nada.

-Da la impresión de que ya habéis pasado antes por este tipo de rutina... ¡Y tú también, pirata aéreo! ¿No es ése el término más apropiado?

-Soy un piloto con licencia, que contrata libremente sus servicios, señor -protestó el copiloto, entregando a Hawthorne los documentos requeridos.

-Ve adentro y verifica los nombres y los demás datos pertinentes, comandante -prosiguió Tyrell-. A ver si puedes sacar algo en claro de esto.

-¡En seguida, capitán! -respondió Cathy, entrando rápidamente en la casa de cristal.

-¡Comandante..., capitán! -gritó el piloto-. ¿Pero qué demonios pasa aquí? ¡Tiroteos, un aeródromo en llamas en una finca de lo más sospechosa y para colmo el Ejército! ¿En qué lío nos han metido esos hijos de puta, Ben?

-Y yo soy teniente -aclaró Poole.

-¡Maldito si lo sé, Sonny, pero si salimos de ésta, haremos que tachen nuestros nombres de su lista!

-¿Y qué clase de lista es ésa? -preguntó Hawthorne.

Los dos aviadores intercambiaron una mirada.

-¡Vamos, díselo! -dijo el piloto-. ¡Nada pueden tener contra nosotros!

-Sky Transport Internacional -dijo el copiloto-. Se trata de un servicio de colocaciones, una especie de agencia de empleo para los de nuestro gremio.

-Juraría que lo es... de vuestro gremio, quiero decir.

-¿Dónde tiene su sede?

-En Nashville.

-Mejor me lo pones. Con todos esos «campesinos» millonarios.

-Jamás hemos llevado a sabiendas a ningún delincuente ni a persona alguna que estuviese en posesión de sustancias prohibidas por la ley...

-Si, ya me has dicho eso, señor piloto. Y aparte de vuestras experiencias legales, ¿dónde fuisteis entrenados? ¿En el Ejército?

-¡De ninguna manera! -replicó enfadado el copiloto-. En las mejores academias civiles, calificados con las mejores notas por la Federal Aviation Agency, amén de cinco mil horas de vuelo.

-¿Es que tienes algo en contra del Ejército? -inquirió Poole.

-La rigidez de la cadena de mandos hace imposible la iniciativa individual. Como pilotos, nosotros somos mejores.

-¡Eh, tú, ya verás cómo te arreglo las cuentas...!

-¡Calma, teniente!

En ese momento salió de la casa Catherine Neilsen, tras haber estado usando la radio.

-¿Alguna sorpresa? -preguntó Hawthorne, haciendo señas a la comandante para que devolviese a los pilotos sus carteras y sus pasaportes.

-Más de una -contestó Cathy, entregando a los dos aviadores sus pertenencias-. Nuestros chicos voladores se llaman Benjamin y Ezekiel Jones. Son hermanos. Han estado viajando muchísimo durante los últimos dos meses o una cosa así. A lugares muy interesantes, como Cartagena, Caracas, Puerto Príncipe y Estero, en Florida.

-El rectángulo desequilibrado -dijo Tyrell-. Con el último pie en las Everglades.

-Zonas de drogas a más no poder -comentó Poole en tono disgustado-. Ahora vais a explicar con toda claridad lo que hacíais. ¡Quiero el informe del día, como si estuvieseis en una prisión militar, granujas de mierda! ¡Vamos, que empiece Ezequiel, ya que es el copiloto!

-¡Yo soy Ezequiel!

-¿No podríamos largarnos cuanto antes de este infierno? -dijo el copiloto, contemplando el seto en llamas mientras el sudor le chorreaba por el rostro.

-¡0h, sí!, os vais a marchar en seguida -contestó Hawthorne-, y os vais a largar tal como yo os diga y haciendo lo que os ordene. Os iréis en avión.

-¿Qué? -gritó Sonny-. ¿A dónde?

-El teniente me informó de que tenéis permiso de aterrizaje en el aeropuerto de Charlotte, en Carolina del Norte...

-¡La hora de salida ya ha pasado y nos tienen que confirmar otra nueva! -protestó Benjamin Jones-. ¡Jamás nos darán permiso para seguir esa ruta, pues es de las más transitadas!

-Bueno, chicos, creo que sería mejor que volvieseis a una de esas academias de aviación tan distinguidas -dijo Jackson-. En el tiempo que tardéis en remontaros a tan sólo doscientos metros, ya os habré conseguido una nueva ruta o tendréis confirmada la vieja.

-¿Puedes hacerlo, Poole?

-Claro que puede -dijo Cathy-. Y yo también. Con los instrumentos que hay aquí se alcanzan las torres de control desde Dulles hasta Atlanta. Como apuntó acertadamente Ben, Van Nostrand sólo viaja en primera clase.

-¿Pretendéis que caigamos directamente sobre una multitud de agentes federales que están esperando a un pasajero que no llevamos a bordo? -gritó Sonny-Ezequiel Jones-. ¡Estáis como una puta cabra!

-Vosotros sí que estáis locos si no hacéis lo que os decimos -dijo Tyrell en tono sereno, metiéndose la mano en el bolsillo y sancado una libretita y un lápiz, gentileza del hotel de San Juan-. Aquí tenéis el número al que habréis de llamar en cuanto lleguéis a Charlotte. Utilizad una tarjeta de crédito, ya que es de las islas Vírgenes y os saldrá un contestador automático.

-¡Estás chiflado! -gritó Benjamin Jones.

-Y tú más chiflado aún si no lo haces. Mira, chico, si te niegas no volverás a pilotar jamás en este país un avión que esté legalmente registrado, aunque sea remotamente. Por otra parte, si haces lo que te digo, eres completamente libre... con una condición, que te comunicaré en seguida.

-¿Qué condición? ¿Qué se supone que hemos de hacer?

-Te diré ante todo que no os vais a encontrar con ninguna multitud, sino con la escolta diplomática de Van Nostrand; todo lo más, una o dos personas. Quiero sus nombres; os negaréis incluso a hablar con ellos hasta que no os hayan enseñado su autorización.

-¿Qué autorización?

-Lleva la fecha, la hora, las firmas con las que se identifican y el nombre de la persona concreta que extendió el permiso a vuestro pasajero y que autorizó la escolta. No querrán hacerlo, pero al final entrarán en razón; están obligados por la ley.

-Vale, obtenemos esa información... ¿y luego qué? -preguntó Ben Jones, que era el más espabilado de los dos-. ¡No podemos entregarles a Van Nostrand!... Y por cierto, ¿dónde está?

-Indispuesto.

-¿Qué carajo decimos entonces?

-Que fue un simulacro de vuelo; órdenes de Van Nostrand. Es posible que eso lo entiendan mejor. Luego os vais a una cabina telefónica y llamáis a este número -dijo Hawthorne, metiéndole al copiloto un papelito en el bolsillo de la camisa.

-¡Eh, espera un jodido momento! -gritó Sonny-Ezequiel-. ¿Qué hay de nuestra pasta?

-¿Cuánto os deben?

-Diez mil; cinco por barba.

-¿Por un día de trabajo? Eso me parece bastante exagerado, Ezequiel. Apostaría cualquier cosa a que son dos mil por cabeza.

-Dejémoslo en cuatro, que hacen ocho ¡y llámame Sonny!

-Te diré una cosa, Sonny. Estoy de acuerdo con los cuatro mil si me consigues esa información en Charlotte. Si no lo haces, no verás ni un céntimo.

-Palabras, capitán -dijo Benjamin Jones-. Lo que dices suena muy bonito, pero ¿cómo nos vais a pagar?

-Esa es la cosa más sencilla del mundo. Dadme tan sólo doce horas a partir de vuestra llamada desde Charlotte. Dejad vuestros nombres, una hora y un lugar en el contestador automático y un mensajero se presentará con el dinero.

-Palabras.

-¿Tengo el aspecto de ser un cretino que os da una pista telefónica que después podréis seguir?

-Supongamos que nadie contesta -insistió el hermano menor.

-Alguien lo hará. ¡Mirad, estamos perdiendo el tiempo y vosotros no tenéis otra elección! Supongo que ya habréis recuperado la llave del encendido o como demonios la llaméis.

-Fue lo primero que hice -replicó Sonny-. Pero ésa es la llave de la puerta de la cabina del piloto; el avión funciona con interruptores, marmota terrestre.

-Pues en marcha.

-No te pienses que nos puedes apretar las tuercas -dijo Benjamín-. No sabemos lo que ha podido ocurrir aquí, pero si os creéis que nos hemos tragado eso de los disparos en el museíto de armas, lo lleváis claro, y el hecho de que el hombre que nos contrató no se encuentre a bordo del avión es algo que nos da que pensar. He leído algo sobre ese Van

Nostrand; ese tipo es noticia, no sé si me entiendes. Podríamos hacer público el caso y sacar algún dinerito.

-¿Acaso pretendes amenazar a un oficial de la Marina de Estados Unidos..., a un miembro del servicio de contraespionaje de la Armada, para ser preciso?

-¿Y acaso pretendes sobornarnos, capitán? ¿Con dinero de los contribuyentes de Estados Unidos?

-Eres bastante sagaz, Jones, pero ya he aprendido que los hermanos menores suelen serlo; por regla general, en su propio detrimento... ¡Largas de una vez! Verificaré vuestra llamada a Santo Tomás dentro de unas horas.

-Dad la vuelta con el avión y llamadme por radio en cuanto que estéis a unos cien metros de altura -dijo Poole-. Y manteneos en todo momento en contacto conmigo.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada de sorpresa. Sonny-Ezequiel se encogió de hombros y luego se volvió hacia Hawthorne.

-Llama a ese contestador tuyo, capitán. Y después haz otra llamada para que nos den la recompensa; pero nada de cheques, que sea en moneda contante y sonante.

-Ben -dijo Tyrell con firmeza, mientras miraba con severidad al joven Jones-. Consígueme lo de Charlotte o te juro que os seguiré la pista a través de vuestro Gulfstream hasta quienquiera que pueda ser el comprador al que creéis que se lo podéis vender impunemente. Y para terminar, he aquí mi condición: apartaos del tráfico de drogas.

-¡El muy hijo de puta! -dijo entre dientes el copiloto cuando los dos hombres se dieron la vuelta y salieron corriendo hacia el disminuido seto, que ya había empezado a apagarse solo y que despedía ahora más humo que llamas.

-El fuego se está extinguiendo -dijo Cathy.

-Las puntas secas se consumen rápidamente -explicó Jackson-. Dan más luz que calor, por lo que las partes verdes se niegan a arder.

-Aún tiene que correr un buen trecho -dijo Hawthorne.

-No, no podrá -lo corrigió Poole, señalando hacia la puerta de la casa donde estaban los equipos de radio-. Hay al menos un espacio de treinta metros de ancho entre esos matorrales y los surtidores.

-Es por eso por lo que no explotarán los tanques -dijo Neilsen.

-No tenía por qué ser tan preciso, Cathy... En fin, ahora tengo trabajo. Sé cómo funciona la torre de control en Andrews y sé que conseguirán el permiso de vuelo antes de lo que tarda en coger resuello un ordenador. El Gulfstream ya está camino de Charlotte.

-Reúnete con nosotros en la casa, en la biblioteca -dijo Hawthorne a Poole cuando éste se dirigía a la torre de control-. ¡Vamos! -añadió, dirigiéndose a la comandante-. Quiero poner ese lugar patas arriba. Hemos de encontrar la forma de poder comunicarnos con la otra limusina. Bajaratt va en ella.

-¡Dios mío! ¿Estás seguro?

-Te lo demostraré. Pensaba ir a buscarlo después, pero no va de un par de minutos. Escondí en medio del campo el cuaderno de notas que tenían en el cuartelillo. La limusina que visteis fue el último vehículo en entrar; y en el cuaderno está el nombre. Ven, te lo enseñaré.

Los dos echaron a correr, bordeando el humeante seto, y se dirigieron al lugar donde Tyrell había escondido la gruesa libreta de anillas. Con la respiración entrecortada, Hawthorne se arrodilló para sacarlo de entre los matorrales.

No estaba allí.

Como un hombre muerto de hambre en busca de raíces comestibles, Tye excavó la tierra con sus manos y se puso a rebuscar por todas partes, tratando de contener el pánico. Se detuvo al fin; en su mirada se apreciaba un fulgor febril.

-¡Ha desaparecido! -susurró, cerrando los párpados porque las gotas de sudor le chorreaban por la frente.

-¿Desaparecido...? -dijo Nielsen, frunciendo el ceño desconcertada-. ¿No lo habrás dejado caer en medio de tu excitación?

-¡Lo escondí aquí mismo! -gritó Hawthorne, poniéndose en pie de un salto como un tigre enfurecido y sacándose el revólver del cinto-. ¡Y yo nunca dejo caer las cosas en medio de la excitación, comandante!

-Lo siento.

-Bueno, quizá sí..., a lo mejor una docena de veces, pero no esta vez. Para empezar, abulta demasiado y es demasiado importante... ¡Dios, alguien anda por aquí, alguien a quien no podemos ver y que nos está vigilando!

-¿La cocinera? ¿Los vigilantes del cuartelillo?

-No lo entiendes, Cathy. Todo el mundo se ha marchado, todos han desaparecido, hasta la cocinera; yo mismo la dejé marchar. Y esa mujer me dijo que no pudo ponerse en contacto con nadie por teléfono.

-¿Todos?

-Con excepción de un vigilante que fue asesinado, con unos cuantos tiros en la cabeza en su propio escritorio.

-Pero, ¿si ese cuaderno no se encuentra aquí...?

-Exacto. Alguien está detrás de esto, alguien que sabe de la muerte de Van Nostrand y que quiere apoderarse de todo lo que pueda en una finca que está llena de fabulosas riquezas.

-Y entonces, ¿por qué quiere ese cuaderno? No es oro, ni plata, ni ningún objeto de arte.

Tyrell miró de soslayo a Neilsen y luego se quedó contemplándola a la luz de la luna.

-Gracias, comandante, me acabas de señalar algo de lo que yo debía haberme dado cuenta. Nuestro misterioso desconocido no se inclina tanto por los amuletos como yo había pensado. Ese cuaderno carece de todo valor, excepto para alguien que sepa lo importante que es. Realmente, he estado fuera del oficio demasiado tiempo.

-¿Qué piensas hacer?

-En todo caso, hacer las cosas muy cuidadosamente. ¿No tenias un arma?

-Jackson me dio la que le quitó al radiotelegrafista. Creo que es más grande.

-Tanto mejor. Sácala de forma visible y sígueme. Haz lo que yo haga: gírate tras haber dado unos cuantos pasos, pero en sentido opuesto a como yo me gire, si puedes. Si me doy la vuelta a la derecha, tú la darás a la izquierda; de ese modo mantendremos la vigilancia en todas las direcciones. ¿Podrás hacerlo?

-¿No puedo acaso pilotar un minisubmarino que jamás había visto antes?

-No es lo mismo, comandante. Ahora no estás conduciendo una máquina, sino que tú eres la máquina. Y eso significa disparar contra una sombra, que puede ser la de un ser humano o la de un simple objeto, lo cual no es excusa para no disparar. Un momento de indecisión puede costarnos la vida.

-Puedo leer, hablar y entender inglés, Tye, y si lo que pretendías era asustarme, lo has conseguido.

-Perfecto. La valentía me asusta; se puede morir de esa enfermedad.

Avanzando cautelosamente y sin dejar de girarse a ambos lados, las dos figuras cruzaron la vasta extensión de césped en dirección a la enorme mansión; llegaron a la rota ventana de la biblioteca, cuyas tenues luces hacían resaltar los restos de cristales destrozados que quedaban en el marco. Tyrell utilizó como martillo el cañón de su arma para limpiar de vidrios el borde inferior, con el fin de reducir así el riesgo de cortarse cuando saltasen dentro del aposento.

Librodot

-Está bien, pasaré primero y te ayudaré a subir -dijo Hawthorne, mientras Catherine Nielsen se encontraba a sus espaldas, contemplando nerviosamente la oscuridad y apuntando a todas partes con su arma automática.

-No estoy segura de querer cambiar de opinión -dijo Cathy-. Nunca me han gustado las armas, pero ahora me parece que esta cosa horrible es un instrumento de lo más práctico.

-Apruebo tu actitud, comandante -dijo Tyrell, aferrándose con la mano izquierda al marco de la ventana, mientras que con la derecha seguía empuñando el revólver-. Ya está -prosiguió, tras saltar por la ventana-. Suelta el arma, suéltala donde puedas y agárrate de mi brazo.

-¡Dios mío, esto corta como un demonio! -gritó Nielsen, metiéndose la pistola automática por el escote de su vestido y sujetándose del brazo izquierdo que le extendía Hawthorne-.¿Y ahora qué?

-Apoya los pies contra el muro y fíate de tus reflejos mientras te alzo. No son más que unos pasos, lo conseguirás..., pero no apoyes los pies en el alféizar si lo puedes evitar. No llevas zapatos.

-Llevaba zapatos de tacón alto, ¿lo recuerdas? Y de nada sirven cuando corres para salvar la vida.

La comandante hizo lo que Tyrell le decía, tras haberse subido hasta las caderas la falda del vestido para escalar el metro y medio que había hasta la ventana.

-¡Al demonio el pudor! -refunfuñó Cathy-. Si mi ropa interior te excita, es tu problema.

Los cuerpos de Van Nostrand y de su jefe de seguridad yacían exactamente donde habían caído; no había el menor indicio de que algo hubiese cambiado, de que alguien hubiera estado en la biblioteca desde el tiroteo que acabó con la vida de esos dos hombres. Para cerciorarse, Hawthorne cruzó rápidamente la habitación e inspeccionó la pesada puerta artesonada; seguía cerrada.

-Me apostaré junto a la ventana para cubrir nuestra retaguardia -dijo Tye-. Verifica el teclado del teléfono; tiene que haber una base de datos con nombres y números de teléfono. Mira a ver si hay números de acceso rápido para las limusinas.

Con la espalda apoyada contra la pared, Hawthorne se apostó junto al marco de la ventana rota mientras Nielsen se dirigía hacia el escritorio.

-Hay un gran cuadrado de plástico, que ha tenido que servir de cubierta a un directorio frente al teléfono -dijo Cathy-. Ha sido arrancado; aún tiene en los bordes restos de papel grueso, como si alguien hubiese tenido problemas para desgarrarlo.

-Mira en las gavetas, en las papeleras, en cualquier parte a donde hayan podido tirarlo.

La comandante abrió y cerró las gavetas a toda prisa.

-Están vacías -dijo, alzando una papelera de cobre, que colocó sobre el sillón del escritorio-. Aquí tampoco hay gran cosa... ¡Eh, espera un momento!

-¿Qué es?

-Es el recibo de una naviera, la Sea Lane Containers. Conozco esa compañía; los altos mandos siempre utilizan sus servicios cuando los destinan al extranjero durante algunos años.

-¿Qué dice?

-«N. Van Nostrand, almacenamiento durante treinta días en Lisboa, Portugal.» Y luego, abajo, las especificaciones: «Veintisiete cajas con efectos personales; las tapas pueden abrirse para la inspección aduanera.» Está firmado por una tal G. Alvarado, secretaria de N. V. N.

-¿Eso es todo?

-Tan sólo una cosa más, en la línea que sigue al apartado de «Instrucciones». Dice: «El remitente reclamará el envío al almacén de la S. L. C. de Lisboa.» Eso es todo... ¿Por qué iba alguien a tirar un recibo por veintisiete cajas de pertenencias personales que han de ser de un valor incalculable en su mayoría?

-La primera cosa que le viene a uno a la mente es que si se es un Van Nostrand no hace falta recibo alguno para reclamar los embalajes. ¿Qué más hay en la papelera?

-Nada, en realidad... Tres envolturas de bombones, un par de páginas de agenda estrujadas, completamente en blanco, y una relación bursátil, impresa por ordenador y con fecha de hoy.

-Nada de valor -dijo Tyrell, sin apartar la vista del campo que se extendía ante la casa-. 0 quizá sí -añadió-. ¿Por qué tiraría Van Nostrand ese recibo? 0 por decirlo de otra forma: ¿por qué se tomaría la molestia de tirarlo?

-¿Acaso estás recibiendo clases de Poole? Ya me he perdido.

-El hombre tenía una secretaria; ¿por qué no se lo dio a ella simplemente? Es evidente que la mujer se encargaría de todo, ¿por qué se quedó él con el recibo?

-Pues para reclamar sus cosas en Lisboa... ¡Oh, oh, olvídalo!, como sueles decir. El hecho es que lo tiró.

-¿Por qué?

-Que me cuelguen si lo sé, capitán. Soy piloto, no psiquiatra.

-Tampoco yo, pero sé distinguir una planta cuando un cactus pasa por mi garganta.

-Eso suena muy ingenioso, pero no sé qué es lo que pretendes decir.

-No soy ingenioso, lo que pasa es que tengo alguna experiencia en estas cosas. Por razones que no llego a entender, Van Nostrand quería que encontrasen el recibo.

-¿Después de su muerte?

-Por supuesto que no. No tenía ni idea de que iba a morir; ya tenía dispuesto su viaje a Carolina del Norte, a Charlotte, pero quería que alguien encontrase eso.

-¿Quién?

-Alguien que establecería una relación con algo que no ha sucedido..., pudiera ser. Puedes llamarlo intuición perversa, pero es lo más probable... Registra la habitación. Mira en todas partes. Revisa los libros que no estén en las estanterías, inspecciona los armarios, el bar, todo.

-¿Qué he de buscar?

-Algo que esté escondido... -contestó Tyrell sin acabar la frase; se interrumpió bruscamente y dijo-: ¡Déjalo! ¡Apaga las luces!

Neilsen apagó una lámpara de pie y luego la lámpara que había sobre el escritorio. La biblioteca quedó a oscuras.

-¿Qué sucede, Tye?

-Alguien anda por ahí con una linternita; un foquito de luz se acerca por el jardín; tiene que ser nuestro desconocido, el que no se ha marchado.

-¿Que está haciendo?

-Se dirige directamente hacia esta ventana...

-¿Con la linterna encendida?

-Buena pregunta. Tampoco se detuvo ni aflojó el paso cuando apagaste las luces. Sigue avanzando como una especie de autómata.

-¡Pero si había encontrado una linterna! -susurró Neilsen desde detrás del escritorio-. Creo que la he visto en la gaveta de abajo. Aquí está.

-Acércate a gatas y pásamela.

Cathy obedeció y Tyrell la cogió con su mano izquierda y la mantuvo a la altura de la cintura, mientras que aquella sombra semejante a un autómata proseguía su marcha hacia la casa. A los pocos momentos la sombra se encontraba ya bajo la ventana. Y de repente un grito histérico rasgó el silencio de la noche.

Librodot

-¡Fuera de ahí! ¡No podéis estar en sus habitaciones privadas! Se lo diré al señor Van. ¡Os matará!

Hawthorne enfocó al desconocido con la linterna y lo apuntó a la cabeza con su treinta y ocho. Para su asombro, aquella persona era una anciana, con el rostro surcado de profundas arrugas, los cabellos blancos, perfectamente peinados, y llevaba puesto un vestido de seda, de estampado oscuro y a todas luces caro. Bajo su brazo izquierdo llevaba el cuaderno de notas del cuartelillo. No iba armada, tan sólo empuñaba en su diestra una de esas linternas en forma de lápiz que se venden en los grandes almacenes. Su aspecto era patético; tenía los ojos desorbitados y enrojecidos por la furia.

-¿Por qué iba a querer matarnos el señor Van Nostrand? -preguntó Tyrell en tono dulce y sereno-. Estamos aquí por petición suya; de hecho, vinimos en su avión. Como puede ver en esta ventana rota, tenía sus buenas razones para pedirnos ayuda.

-¿Pertenecéis entonces a su ejército? -preguntó la ancina, en voz más baja y más comedida, pero aún incisiva y marcadamente acentuada.

-¿Su ejército? -preguntó Hawthorne, apartando el haz de luz del rostro de la anciana para no deslumbrarla.

-El suyo y el de Marte, por supuesto -replicó la mujer, interrumpiéndose como si luchase por recobrar el aliento.

-Por supuesto... Neptuno y Marte, ¿no es así?

-Ciertamente. Solía decir que algún día lo llamaría; ambos sabíamos lo que estaba por venir, como puede ver.

-¿Y qué estaba por venir?

-La sublevación, naturalmente -explicó la anciana, resollando de nuevo, con la mirada extraviada y una expresión espantosa en el rostro-. ¡Tenemos que protegernos y proteger lo que es nuestro... proteger a todo el que esté con nosotros!

-De los rebeldes, por supuesto.

Hawthorne se quedó observando aquel rostro tan exageradamente expresivo. Aun cuando saltaba a la vista que la mujer estaba desequilibrada, su prestancia y su porte, incluso pese a la cólera y el miedo, revelaban su ascendencia aristocrática... ¿Seria sudamericana? De ahí ese acento. ¿Español o portugués?... Era portugués. ¿De Río de Janeiro...? Marte y Neptuno... ¡Río de Janeiro!

-¡De la escoria humana, de esa chusma! -puntualizó la anciana, gritando hasta donde le permitían sus dañados pulmones-. ¡Nils ha trabajado toda su vida para mejorar la suerte de esa chusma, para que las cosas sean siempre mejor, pero todo lo que ellos quieren es más y más y más! ¡Y nada se merecen! ¡Son perezosos y dados al abandono! ¡Lo único que saben hacer es tener hijos, pero no trabajar!

-¿Nils...?

-¡El señor Van para usted!

La anciana se puso a toser, con una tos ronca y persistente, que parecía destrozarle la garganta.

-Pero no para usted..., naturalmente.

-Mi querido joven, me he pasado muchos años al lado de esos chicos, desde el principio. En los primeros tiempos yo fui su invitada... en todos aquellos guateques y banquetes gloriosos, hasta en sus propios carnavales. ¡Fue maravilloso!

-Ha tenido que ser algo grandioso -asintió Tyrell, haciendo un gesto afirmativo-. A pesar de todo, tenemos que protegernos y proteger a todos los que están con nosotros. Es por eso por lo que cogió el cuaderno, ¿no es así? Lo escondí bajo tierra, entre los arbustos.

-¿Conque fue usted? ¡Entonces es usted un idiota! No se puede dejar nada de importancia, ¿es que no se da cuenta? Pienso hablar a Nils de su negligencia.

-¿Dejar...?

-¡Nos marchamos de aquí por la mañana! -carraspeó la antigua invitada de Marte y Neptuno, poniéndose a toser de nuevo-. ¿Es que no se lo ha dicho?

-Si, me lo ha dicho. Estamos haciendo los preparativos.

-¡Ya están todos hechos, estúpido! Brian acaba de irse en nuestro avión para arreglar las últimas cosas. ¡Portugal! ¿No es maravilloso? Nuestras pertenencias ya han sido enviadas... ¿Pero dónde está Nils..., el señor Van? He de decirle que ya he terminado.

-Está arriba, verificando... sus efectos personales.

-¡Eso es ridículo! Brian y yo hemos verificado cada cosa esta mañana; y no nos pasamos nada por alto. Dispuse su ropa, un par de pijamas y sus artículos de tocador. ¡Cosas que no pueden dejarse para esos árabes!

-¿Arabes? ¡Olvídelo! ¿Qué encargo acaba de terminar para él..., señora Alvarado..., pues es su nombre, me equivoco?

-Por supuesto que lo es. Gretchen Alvarado. El primer marido de mi madre fue un gran héroe durante la guerra, miembro del Alto Mando.

-Usted es una persona extraordinaria, señora -dijo serenamente Tyrell.

-¡Madre di Dio! -prosiguió G. Alvarado en tono soñador-. Aquellos primeros días con Marte y Neptuno fueron realmente magníficos, pero, como es natural, jamás hablamos de ello.

-¿Qué acaba de terminar para el señor Van?

-Los rezos, naturalmente. Me pidió que fuese a la capilla de piedra que tenemos en la colina y que rezase a nuestro Redentor para pedirle que nos saque de aquí sanos y salvos. Como supongo que sabrá, el señor Van Nostrand es más devoto que cualquier cura que usted o yo podamos haber conocido jamás... A decir verdad, joven, mis oraciones tuvieron que acortarse un poco, debido a que al parecer hay algo que no funciona del todo en mi sistema respiratorio. Mis ojos lagrimean y apenas puedo respirar. No se lo diga, pero siento unos dolores terribles en el pecho. No le diga nada. Se preocuparía mucho por mí.

-¿Así que cuando salió de la capilla...?

-Bajé por la carretera y le vi correr. Pensé que era Brian y corrí detrás de usted, y le vi cuando escondía el cuaderno entre los matorrales y lo tapaba con tierra.

-¿Y luego?

-No estoy muy segura. Me sentía trastornada, naturalmente, y traté de llamarle, pero de repente me encontré con unas dificultades terribles para respirar (no se lo vaya a decir a Nils) y luego todo se me volvió oscuro. Cuando poco después empecé a distinguir las cosas, cada vez con mayor nitidez, me encontré tumbada en la tierra... ¡y había fuego por todas partes! ¿Estoy presentable? Nils siempre quiere que esté radiante.

-Tiene un aspecto estupendo, madame Alvarado, pero ahora he de hacerle una pregunta; me corre prisa. El señor Van me ha pedido que llame a una de las limusinas. Se trata de una emergencia. ¿Cómo hago eso?

-¡Oh!, es de lo más simple... Cuando divisé las luces en la biblioteca, me dije que tenía que averiguar quién...

La anciana secretaria aristocrática no pudo terminar la frase; empezó a sufrir convulsiones, tan fuertes, que dejó caer al suelo el grueso libro de registro y se llevó las manos al pecho. Su rostro parecía congestionado y los ojos se le salían de las órbitas.

-¡Procure calmarse! -gritó Tyrell, sin poder alcanzar a la mujer a través de la ventana-. Apóyese contra la pared, pero... ¡tiene que decirme eso! ¿Cómo puedo llamar a las limusinas? Me ha dicho que era de lo más simple... ¿Cómo lo hago?

-Era... muy... simple -respondió, luchando por pronunciar cada palabra, mientras trataba desesperadamente de respirar-. Pero no ahora... Nils me dijo... que borrase todo... en el sistema telefónico.

-¿Cuáles son los números?

-No... no lo sé..., son los años. La anciana lanzó de repente un grito, como si alguien la estuviese estrangulando, y su rostro congestionado se puso amoratado bajo el haz de la linterna de Tye.

Hawthorne saltó por la ventana, se dobló sobre sus rodillas al caer contra el suelo y la linterna le salió volando de la mano. Se levantó de un salto y se precipitó sobre la señora Alvarado mientras Catherine Nielsen se asomaba por la ventana rota. -¡El bar de la biblioteca! -gritó Tyrell-. ¡Enciende una lámpara y tráeme agua!

Hawthorne ya se había puesto a dar un masaje a la anciana en la garganta cuando se encendieron las luces en la biblioteca, proyectando su iluminación al exterior. Tye sintió un escalofrió, la vista del rostro que tenía bajo él le resultó nauseabunda. Todo era grotesco; sus carnes marchitas habían adquirido una coloración oscura de tonalidades grises y azuladas, sus ojos estaban completamente rojos, las pupilas se habían dilatado y el perfecto peinado de sus cabellos blancos resultó ser una peluca, que ahora dejaba al descubierto buena parte de su calva cabeza. La señora Gretchen Alvarado estaba muerta.

-¡Aquí tienes! -gritó Cathy, apareciendo en el marco de la ventana con una jarra de cristal llena de agua; fue entonces cuando divisó el rostro del cuerpo que yacía junto a Hawthorne-. ¡Oh, Dios mío! -susurró, apartándose de la ventana como si fuese a vomitar, pero al instante se obligó a regresar-. ¿Qué le ha pasado? -inquirió, en un tono que tenía más de súplica que de pregunta.

-Lo sabrías si olieses el hedor que hay aquí abajo... o quizá no. Los químicos brutos lo llaman «el gas para caer redondo». No tienes más que inhalarlo durante un par de minutos y se extiende por tus pulmones como un hongo mortífero, impidiendo toda exhalación. A menos que se lave al instante, lavándolo, en el sentido literal de la palabra, la persona morirá en una hora, y en menos por lo general.

-Y a menos que un médico experimentado se encargue del proceso de limpieza con agua -dijo Poole, saliendo de entre las sombras-, el paciente se asfixia. He leído algo acerca de esa sustancia; se le concedía la máxima prioridad durante la Tormenta del Desierto... ¿Y quién es?

-La ayudante de mayor confianza y más leal que tuvieron Marte y Neptuno y una persona que fue célebre por sus magníficas fiestas -respondió Tyrell-. La jubilaron definitivamente mientras estaba rezando por ellos en su capilla privada. Imagino que introducirían un cilindro en el aire acondicionado.

-¡Qué chicos tan simpáticos!

-Gente bien nacida, Jackson. ¡Vamos, échame una mano! Llevémosla a la biblioteca junto a su amado patrón y larguémonos de aquí.

-¿Largarnos? -exclamó asombrada Catherine Neilsen-. Pensé que querías poner este lugar patas arriba.

-Sería perder el tiempo, Cathy -dijo Hawthorne, agachándose para recoger el ensangrentado libro de registro y metiéndoselo con dificultad en el cinto-. Puede que esta mujer no estuviese del todo en sus cabales, pero era una autómata de Van Nostrand y extraordinariamente eficaz. Si dijo que este lugar había sido revisado a fondo, es que lo ha sido... Coge el recibo de la naviera, quiero que nos lo llevemos.

El chófer seguía desnudo, maniatado e inconsciente, y así permanecería, que era lo más conveniente. Poole condujo la limusina, por consideración, según dijo, para con un ex oficial de la Armada, ya entrado en años y que había sido sometido a un tremendo agotamiento físico.

-¡Es por todo ese corretear de acá para allá y andar saltando por las ventanas..., te lo juro!

-Aún no he descartado del todo la idea de hacerte ejecutar -dijo Tyrell, que iba solo en el asiento de atrás, mientras estiraba sus doloridas piernas, no acostumbradas ya a tanto

ejercicio-. Comandante, examina ese teléfono -ordenó a Neilsen, que iba delante, sentada junto al teniente-. Mira a ver si hay algunas indicaciones o números para llamar a la otra limusina. Mira también en la gaveta..

-No hay nada -dijo Cathy, mientras Poole salía de la finca a la carretera, tras haber levantado la barrera siguiendo las instrucciones de Hawthorne-. Quizá pueda llamar a la telefonista y pedirle que los localice.

-Para eso tendrías que saber cuál es el teléfono o al menos el número de su matrícula -dijo Jackson-, pues de lo contrario, no querrán facilitarte esa información.

-¿Estás seguro?

-Más que seguro; son las normas de la Comisión Federal de Comunicaciones.

-¡Mierda!

-¿Y qué tal si probamos con el capitán Stevens?

-¡Intentaré lo que sea! -exclamó Hawthorne, descolgando el teléfono de la parte trasera, que estaba empotrado en el tabique entre las puertas; marcó los números a toda prisa y comunicó a un subalterno de la Armada que la llamada era muy urgente y que la hacía desde un automóvil que estaba en las proximidades-. ¡Cuatro-Cero, emergencia, marinero!

-¿Qué estás haciendo aquí? -gritó el jefe del servicio secreto de la Armada-. ¿No estabas en Puerto Rico? ¡Maldita sea!

-¡No tengo tiempo para explicaciones, Henry! Hay una limusina que pertenece a Nils van Nostrand, con matrícula de Virginia, pero no sé el número...

-¿De Van Nostrand? -lo interrumpió Stevens, que se había quedado pasmado.

-El mismo. Necesito saber el número de teléfono de esa limusina.

-¿Sabes acaso cuántas limusinas hay en el Estado de Virginia, especialmente en las zonas próximas a Washington?

-¿Y en cuántas viaja Bajaratt?

-¿Qué?

-¡Haz eso, capitán! -gritó Tyrell, esforzándose por leer los zangoloteantes dígitos en el teléfono-. Llámame en cuanto puedas; éste es el número....

Hawthorne le dio el número y colgó el teléfono al tercer intento, pues la ansiedad le hizo no atinar por dos veces en la horquilla.

-¿Adónde nos dirigimos, capitán? -preguntó Poole.

-Ponte a dar vueltas durante un rato. No quiero que nos paremos en ninguna parte antes de que me haya llamado.

-Si eso te hace sentir un poquito mejor -prosiguió el teniente de las fuerzas aéreas-, has de saber que el Gulfstream se dirige directamente a Charlotte. Aterrizará dentro de hora y media, sobre poco más o menos, teniendo en cuenta el tráfico que pueda haber.

-Me muero de impaciencia por saber qué descubren esos dos cerdos. Te apuesto lo que quieras a que está implicado alguien que aparece en este libro de registro.

-Te encuentras bien, Tye? -preguntó Neilsen, asomándose por el tabique de separación y contemplando a Hawthorne, que había estirado las piernas y no dejaba de masajeárselas.

-¿Qué pretendes decir? Me encuentro perfectamente, pero soy patrón de velero y no el miembro de un comando de asalto.

-Puedo parar y conseguirte algo de hielo -dijo Poole.

En ese momento sonó el teléfono; Tyrell se puso al aparato.

-¿Si?

-Aquí le habla la central de teléfonos celulares, señor. ¿Su número es el...?

-¡Déjelo, operadora, ya sabía que eso no conduciría a ninguna parte! -dijo el capitán Henry Stevens en tono imperioso-. Nos hemos equivocado de número.

-Lo sentimos mucho, señor, le rogamos que nos disculpe por la molestia...

Hawthorne colgó el teléfono.

-Al final se está dando prisa -dijo Tyrell.

Estuvieron dando vueltas por los campos de Virginia, sin mucho que ver, debido a la oscuridad, y pasando por delante de las inmensas fincas y cotos de caza de los terratenientes millonarios, entre triviales comentarios que pretendían llenar el vacío de una conversación más acorde con el momento. La tensión que se había apoderado de los tres los impulsaba a hablar atropelladamente. Hasta que al fin, exactamente dieciocho minutos después, sonó el teléfono de la limusina.

-¿En qué os habéis metido? -inquirió el capitán Henry Stevens, en un tono de severa frialdad.

-¿Qué me has conseguido?

-Algo que tampoco a vosotros os gustará escuchar. Localizamos el teléfono celular de la limusina de Van Nostrand, de su otra limusina, y la operadora dijo que verificaba una «interferencia en la línea». Pero todo lo que pudimos escuchar fue la habitual grabación de «El conductor ha abandonado el vehículo».

-¿Cómo? ¡Sigue intentándolo!

-No hay motivo alguno para hacerlo. Nuestros ordenadores móviles interceptaron una comunicación de la Policía estatal en la que se informaba de un vehículo que tenía esa misma matrícula y número de registro...

-¿Les dieron el alto? ¡Haz que los detengan...!

-No les dieron el alto -lo interrumpió Stevens, cuyo tono reservado se enfrió hasta el punto de congelación-. ¿Tienes acaso la más mínima idea de quién es Van Nostrand?

-La suficiente como para saber que te eludió para ponerse en contacto conmigo, Henry -replicó Tyrell, cortando inmediatamente la palabra al perplejo Stevens cuando éste se disponía a hacer algún comentario-. Te dejaron en tierra, capitán, y puedes dar gracias a Dios por no haber estado a bordo. Si hubieses formado parte de esa tripulación, te hubiera cortado el pescuezo y me hubiese regodeado en tu muerte.

-¿Pero de qué demonios estás hablando?

-Fui llamado para presenciar mi propia ejecución; afortunadamente, pude salir con vida.

-¡No te creo!

-Pues créeme, no suelo mentir cuando está en juego mi propia vida. Tenemos que encontrar esa otra limusina, tenemos que encontrar a Bajaratt. Y bien, ¿dónde está?

-En el fondo de un barranco junto a un camino vecinal en Fairfax -dijo el aturdido jefe del servicio secreto de la Armada en un tono sereno y monótono-. El chófer está muerto.

-¿Dónde están los demás? Eran dos. ¡Y uno de ellos era Sangre de Niña!

-¿Pretendes decir que...?

-No pretendo, lo sé! ¿Dónde están?

-No había nadie más; tan sólo el conductor... con un tiro en la cabeza... Te pregunto de nuevo. Tye: ¿sabes quién es ese Van Nostrand? ¡La Policía se dirige ahora a su mansión!

-¡Pues lo encontrarán en la biblioteca, rígido y frío como una lápida. ¡Adiós, Henry!

Hawthorne colgó el teléfono y se echó contra el respaldo del asiento con las piernas y los brazos doloridos y la cabeza dándole vueltas por la ansiedad y la tensión.

-¡Olvidaos de la limusina! -dijo, llevándose las manos a los ojos, que se le cerraban de cansancio-. Ahora no es más que chatarra y el chófer ha muerto.

-¿Bajaratt? -preguntó Neilsen, volviendo el rostro hacia Tyrell-. ¿Dónde está?

-¿Y quién lo sabe? Ha de estar en alguna parte dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros, pero no vamos a encontrarla esta noche. Quizá nos enteremos de algo gracias al libro de registro, o quizá con lo que nos informen sobre el aeropuerto de Charlotte... o gracias a la conjugación de ambas cosas, que es lo más probable. Busquémonos algún sitio donde podamos pasar la noche y comer algo. Como me dijo en cierta ocasión un viejo instructor: comer y descansar también son armas.

-¡Hace un rato pasamos por delante de un lugar que parecía bastante decente -dijo Poole-. Y la verdad es que no sé dónde podríamos encontrar otro; es el único motel que he visto y ya hemos recorrido toda esta zona. Por cierto, se suponía que Cathy y yo teníamos allí nuestras habitaciones reservadas, por cortesía de Van Nostrand. No las teníamos, claro está; jamás les pasó eso por la cabeza.

-¿No era el Shenandoah Lodge? -preguntó la comandante.

-Así es -contestó el teniente.

-Pues da la vuelta -dijo Tyrell.

CAPÍTULO XX

Nicolo Montavi de Portici no dejaba de dar vueltas por el salón, temblaba de miedo y de extenuación, gruesas gotas de sudor le resbalaban por el rostro, tenía los ojos desmesuradamente abiertos y miraba con furia a todas partes, con lo que tan sólo manifestaba su pánico. Hacía menos de una hora que había sido cómplice de un horrible crimen; es más: ¡había caído en pecado mortal ante los ojos de Dios! Había ayudado a quitar la vida a un ser humano; no se trataba de que él mismo hubiese participado en el asesinato, de lo que tenía que dar gracias a su Señor Jesucristo, pero sí había sido incapaz de impedirlo en aquellos breves instantes en los que vio a Cabrini extraer su arma del bolso. Y todo porque aún se encontraba desconcertado, porque seguía aterrorizado, sobrecogido por aquel tiroteo que se había producido durante la huida que tuvieron que emprender desde la finca. La signora había ordenado al chófer que detuviese la limusina. ¡Nada más que eso! Y fue entonces cuando se sacó la pistola y disparó al hombre en la nuca con absoluta frialdad... como si estuviese matando una mosca de un manotazo. ¡Así había ocurrido! Momentos después Bajaratt había ordenado a su joven estibador que empujase el vehículo a un lado de la carretera y que lo tirase por el terraplén al fondo de un barranco. No hubiese podido negarse, ya que ella seguía empuñando el arma y Nico sabía en lo más hondo de su ser -ya que la otra lo llevaba pintado en el rostro- que le mataría si desobedecía sus órdenes. ¡Madonna della Tristezza!

Amaya Bajaratt estaba sentada en un sofá en la pequeña suite del Shenandoah Lodge, contemplando las manifestaciones de histeria de Nico.

-¿Hay algo que deseas decir, querido? De ser así, haz el favor de bajar la voz.

-¡Eres una loca, estás completamente desquiciada! ¡Mataste a ese hombre sin motivo alguno! ¡Acabarás enviándonos a los dos al infierno!

-Me alegra que hayas entendido que tú también eres de la partida.

-¡Lo mataste a sangre fría, al igual que mataste a aquella criada negra en la isla, y era tan sólo un chófer! -gritó febrilmente el joven italiano, interrumpiendo a Bajaratt-. Las mentiras, las ropas, esos juegos que nos traemos con personajes tan importantes..., ¡bah, qué más da!, son comedias para los ricos, que para eso pagan, cosas que no se diferencian mucho de lo que ocurría en los muelles de Portici..., pero allí no se asesinaba a personas como ésas. ¡Dios mío, un simple chófer!

-No era un «simple chófer». Cuando te pedí que le registrases los bolsillos, ¿qué fue lo que encontraste?

-Una pistola -contestó a regañadientes el joven estibador.

-¿Y acaso los simples chóferes llevan armas?

-En Italia, sí; muchos van armados para proteger a sus amos.

-Es muy posible; pero no aquí, no en Estados Unidos. En este país hay leyes que nosotros no tenemos.

-No sé nada de tales leyes; y te diré además que ese hombre era un delincuente, un agente secreto que había jurado destruir nuestra noble causa. ¿Es que tú tienes algo parecido a una noble causa?

-La más noble de todas, Nico. No hay ninguna que se le asemeje en el mundo en que vivimos, es una causa que hasta la misma Iglesia bendice con su silencio, agradeciéndonos el que le consagremos nuestras vidas.

-¿Il Vaticano? ¡Pero si tú no perteneces a mi religión! ¡Tú careces de toda fe!

-En ese ámbito, sí tengo mi fe; te doy mi palabra solemne. Pero eso es todo cuanto me está permitido decirte. ¿Te das cuenta de que tus preocupaciones no son lo que realmente importa, lo entiendes ahora?

-No, no lo entiendo, signora.

-No tienes por qué entenderlo -le replicó con firmeza Bajaratt-. Piensa en lo inmensamente rico que eres en Nápoles y en esa gran familia que te acogerá en Ravello como si fueses de su propia sangre. Y mientras piensas en todo eso, ve al dormitorio y ponte a deshacer las maletas.

-Eres una mujer muy difícil -dijo Nico en tono de aburrimiento, mirando a la otra sin pestañear siquiera.

-Pues así soy. Y ahora, date prisa, he de hacer algunas llamadas.

El joven italiano se fue al dormitorio, mientras la Baj descolgaba el teléfono que había en una mesita contigua, marcaba el número de su hotel y preguntaba por el conserje. Se identificó, le dio instrucciones sobre el resto del equipaje y le preguntó si tenía algún mensaje para ella, en previsión de lo cual, antes de marcharse, había dejado para el conserje una propina espléndida.

-¡Muchas gracias por su generosidad, señora -dijo en tono servil el hombre del hotel de Washington-. Y tenga la seguridad de que haremos escrupulosamente todo lo que necesite. Sentimos mucho que nos haya tenido que abandonar de forma tan repentina, pero confiamos en poder tenerla de nuevo entre nosotros cuando regrese a la capital de la nación.

-¡Los mensajes, por favor!

Había cinco, de los cuales el más importante era el del senador Nesbitt de Michigan; otros tenían para ella diversos grados de importancia, pero no eran fundamentales, y el último era muy enigmático. Era del joven pelirrojo que había conocido en Palm Beach, el especialista en asuntos políticos y columnista del New York Times, el hombre que había hecho que se fijara en aquel reportero inquisidor y peligroso del Miami Herald, tan peligroso que Bajaratt tuvo que eliminarlo rápidamente, clavándole el punzón mortífero de su brazalete. Su primera llamada fue para el senador.

-Tengo prometedoras noticias para usted, aunque sin confirmar, condesa. Un compañero mío del Senado está tratando de concretar una audiencia con el presidente para dentro de tres días. Y como es lógico, se desarrollará en conformidad con nuestros intereses...

-¡Naturalmente! -lo interrumpió Bajaratt-. De ese modo será complacido el barone y usted no será olvidado, senador, puede creerme.

-Eso es muy amable de su parte... Su presencia no constará en las actas; es decir, no aparecerá en la lista de los compromisos del presidente. Habrá un solo fotógrafo, autorizado por el jefe de personal de la Casa Blanca y usted tendrá que firmar una declaración en la que se especificará que la foto de la audiencia estará destinada al uso personal y no para la Prensa,

Librodot

nacional o extranjera. Las consecuencias personales serán en extremo embarazosas si se viola esa cláusula.

-¡Exclusivamente personal! -asintió Bajaratt-. Tiene usted la palabra de una ilustre familia italiana.

-Lo que es una garantía absoluta -dijo Nesbitt en tono alegre y hasta permitiéndose una risita-. De todos modos, en caso de que los intereses financieros del barón resultasen ser políticamente favorables, especialmente en aquellas zonas de elevado paro obrero, puedo garantizarle que el jefe de personal estará interesado en que sea publicada en todas partes la foto del presidente con el hijo del barón. En previsión de esa concebible eventualidad, también nos haremos fotos por separado mi colega de Michigan y yo, con su sobrino al lado y... sin el presidente.

-¡Qué interesante! -comentó Bajaratt, soltando una risita.

-No conoce al jefe de personal -dijo Nesbitt-. Es el único que pincha y corta en el Despacho Oval... ¿A dónde puedo llamarla? En el hotel me dijeron que se estaban haciendo cargo de sus mensajes...

-Estamos viajando tanto, ¿sabe usted? -dijo Bajaratt, que al percibir un problema se apresuró a cortar al otro la palabra-. Confío en que un día de estos podamos ir a su finca de Michigan, pero todo se sucede con demasiada rapidez. Dante Paolo tiene la energía de seis toros jóvenes.

-No es asunto mío, condesa, pero creo que las cosas le serian mucho más fáciles, y quizá más eficientes, si dispusiese de un despacho y de ayudantes; al menos de una secretaria que supiese dónde encontrarla. Y como estoy seguro de que el barón tendrá aquí muchos amigos, habrá docenas de personas que estarán a su entera disposición. Y yo podría ayudarle en eso, desde luego, quizá con mi propio despacho.

-Seria la solución a nuestros problemas, pero, por desgracia, no puede ser. Mi hermano es una persona intachable en todos los aspectos, pero ama la confidencialidad tanto como la moralidad, sin duda alguna debido a que hay demasiadas personas inmorales en el mundo financiero. Los ayudantes y los secretarios se encuentran en Ravello y en ninguna otra parte más. Llamamos por teléfono todos los días, con frecuencia hasta dos o tres veces diarias, y son ellos los encargados de recoger nuestra información. Trabajan para él desde hace muchos años.

-Es un hombre precavido -dijo el senador- y hace muy bien en ser así. El hundimiento del B.C.C.I., junto con lo del Watergate y el Irangate, ha sido una lección para todos nosotros. Tan sólo espero que sus teléfonos sean de fiar.

-Viajamos con aparatos desmoduladores del punto de origen, calibrados para las frecuencias de recepción, signor. ¿Qué puede haber más de fiar?

-¡Caramba, eso es tecnología punta! Los de la secretaria de Defensa nos dijeron que también los terroristas utilizan esas nuevas técnicas. Nos impresionó muchísimo.

-Nada sabemos de esa clase de gente, senador, pero para las personas decentes se trata de una medida de seguridad... Como es lógico, verificaré mis llamadas con el conserje del hotel cada hora aproximadamente.

-¡Hágalo, por favor, condesa! En ese circo de Washington, «tres días» pueden convertirse en mañana o en ayer.

-Le entiendo perfectamente.

-¿Recibió los materiales adicionales que le enviaron de mi despacho?

-En este preciso momento Dante Paolo está hablando con su padre por el otro teléfono sobre sus propuestas... y lo hace con gran entusiasmo.

-¿Sabe una cosa, condesa? Es realmente algo notable. Un joven tan brillante, tan intuitivo. El barón ha de sentirse enormemente orgulloso. Y usted, condesa, una hermana tan

Librodot

adorable en la que puede confiar, una mujer de tanta erudición, de tanto encanto, tan diplomática. ¿Ha pensado alguna vez en dedicarse a la política?

-Pienso en ello todo el tiempo -contestó Bajaratt en tono irónico-. Y como desearía que desapareciesen todos los políticos, el asunto me consume.

-¡Por favor, condesa!, algunos de nosotros tenemos la necesidad de trabajar. Le dejaré un aviso con los datos concretos de su visita a la Casa Blanca... Y por supuesto, ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo si le llegan noticias de Ravello.

-No «si», signor Nesbitt, sino simplemente «en cuanto». ¡Ciao!

Bajaratt colgó el teléfono y contempló el recado de escribir del motel Shenandoah, donde había apuntado los números y los nombres que le habían dado desde el hotel de Washington. Tres de ellos bien podían esperar, al igual que el último; pero, picada por la curiosidad, volvió a descolgar el teléfono y marcó el número del joven periodista de Palm Beach.

-Servicio de fontanería Reilly -dijo en tono alegre la voz del contestador automático-. Si su llamada está relacionada con el pago por mis servicios, apriete el uno. En caso contrario, váyase al demonio, no siga ocupando mi línea y deje que una persona más valiosa que usted pueda telefonearme. De todos modos, puede dejarme su nombre e incluso su teléfono, pero no le prometo nada.

Siguió un largo pitido y Bajaratt se puso a hablar.

-Nos conocimos en Palm Beach, señor Reilly, y le estoy devolviendo la llamada...

-Me alegra que lo haga, condesa -la interrumpió el especialista en temas políticos, poniéndose al aparato-. No es usted una dama a la que sea fácil seguir el rastro.

-¿Y cómo lo logró, señor Reilly?

-Lo siento, pero por la información tendría que cobrarle -respondió el joven, echándose a reír-. Sin embargo, como usted no apretó el uno, se lo contaré gratis.

-¡Qué amable de su parte!

-Fue muy simple. Me acordé de algunos de esas hienas de Washington que andaban husmeando alrededor del fuego de su campamento y llamé a sus secretarias. Un par o tres de ellas me dijeron dónde podría encontrarla.

-¿Y se lo dijeron así como así?

-Así de fácil, después de que les explicara que acababa de llegar de Roma con un mensaje confidencial para usted de su señoría el barón.... y lo agradecido que se mostraría ese pez gordo al enterarse del nombre de alguien que me hubiese ayudado. Y bien, sucede que les hablé de que no podía descartarse la posibilidad de que ese agradecimiento pudiese ser un brazalete de diamantes en el que estuviese grabado el nombre de «Ravello». Ya sabe qué generosos son esos ricachones italianos.

-Es usted un pícaro, señor Reilly.

-Trato de serlo, condesa. En esta ciudad la competencia es muy dura.

-¿Por qué deseaba hablar conmigo?

Me temo que tendré que cobrarle por eso, señora.

-¿Qué servicio podría prestarme como para que yo tuviese que pagarle?

-Información.

-¿De qué naturaleza? ¿De qué valor?

-Son dos cosas distintas; y para serle completamente sincero, puedo responderle a la primera, pero no puedo poner precio a la segunda. Eso sólo lo puede hacer usted.

-Pues responda entonces a la primera.

-¡Vale! Sé de alguien que anda buscando por las cloacas a un par de personas que bien podría ser usted y el chico, o bien no, con énfasis en el no, porque eso sería demasiado inverosímil. Pero resulta que yo tengo una imaginación muy calenturienta.

-Ya veo -replicó Bajaratt, quedándose helada de espanto. ¡Y ya estaba todo tan cerca, tan próximo!-. Somos quienes somos, señor Reilly -prosiguió, dominándose al máximo-. ¿Quiénes podrían ser esas otras personas?

-Como ya le he dicho: ratas de alcantarilla. Timadores, quizá narcotraficantes enviados por la mafia en busca de mejores mercados; o simplemente, artistas sicilianos diplomados en granujería, gente que sabe cómo abrirse paso.

-¿Y nos pueden confundir con tales individuos?

-¡Qué demonios, no por la apariencia! La mujer es mucho más joven que usted, y del chico se dice que es un analfabeto y un bruto musculoso.

-¡Todo eso es absurdo!

-Sí eso es lo que sigo pensando, pero como ya le he dicho, tengo una imaginación calenturienta. ¿Desea que nos reunamos?

-Ciertamente, aunque sólo sea para acabar de una vez con esa idea demencial.

-¿Dónde?

-En una ciudad o aldea llamada Fairfax; hay un hostal o una especie de hotel llamado el Schenandoah Lodge.

-Lo conozco. Al igual que lo conoce la mayoría de los maridos descarriados de Washington... Me sorprende que haya podido alojarse allí. Llegaré dentro de una hora.

-Le estaré esperando en el aparcamiento -dijo Bajaratt-. No quiero intraquilizar a Dante Paolo, al barone-cadetto di Ravello.

-¡Askelón!

-¡Jamás lo olvidaremos! ¿Alguna noticia?

-Estamos a punto de comenzar la primera fase. Preparados para la cuenta atrás.

-¡Amado sea Alá! ¡Loado sea Alá!

-Loado sea un senador americano.

-¿Estás bromeando?

-En modo alguno. Ha acudido en nuestra ayuda. ¡La táctica ha dado resultado!

-¿Detalles?

-No los necesitas. Sin embargo, en caso de que no saliese viva, su nombre es Nesbitt. Quizá tengáis necesidad de él cuando me haya ido. Y bien sabe vuestro Alá que el tipo es vulnerable.

La limusina, conducida por Poole, se detuvo ante la entrada del Shenandoah Lodge. El nombre de Van Nostrand les proporcionó dos habitaciones dobles adjuntas, pese a lo tardío de la hora y el aspecto desaliñado de los tres viajeros.

-¿Qué hacemos ahora, Tye? -preguntó Cathy, entrando en la habitación que compartían Tyrell y Poole.

-Pedir algo de comer, descansar un poco y ponernos a hacer llamadas... ¡Oh, Dios mío!

-¿Qué pasa?

-¡Stevens! -gritó Hawthorne, precipitándose sobre el teléfono-. ¡La Policía...! ¡Esos nos pueden estropear lo de Charlotte, detener a los pilotos y mandarnos todo al carajo!

-¿No puedes detenerlos? -preguntó Neilsen mientras Tyrell marcaba con furia un número.

-Eso depende de cuándo lleguen.... ¡El capitán Stevens, Cuatro-Cero, emergencial... ¡Henry, soy yo! ¡Independientemente de lo que haya podido ocurrirle a Van Nostrand, tienes que tocar todas las teclas que tengas a tu disposición para silenciar el caso! -Hawthorne se quedó callado y estuvo escuchando atentamente durante cerca de un minuto-. Tengo que retirar muchas de las cosas que he dicho sobre ti, capitán -dijo finalmente, menos excitado y con un tono de alivio en sus palabras-. Te llamaré dentro de un par de horas para darte algunos nombres. Coloca bajo el microscopio a cada una de las personas que te indique, vigilancia las veinticuatro horas, escucha telefónica, cortina de humo, todo el repertorio de trucos sucios... ¡Bien pensado, Henry! Por cierto, también yo he estado pensando, reevaluando, quizá, sobre otro asunto. Puede que te parezca absurdo en una situación como ésta, pero dime una cosa: ¿hasta qué punto conocías bien a Ingrid? -Una sonrisa triste ensombreció el rostro de Tyrell, que cerró los ojos durante unos instantes-. Eso es lo que imaginaba. Te hablaré de ello hacia la medianoche. ¿Estarás en tu despacho o en casa?... Bien, no debería haber hecho esa pregunta.

Hawthorne colgó el teléfono; aún lo tenía empuñado cuando alzó la mirada y explicó a sus compañeros:

-Stevens ya se había adelantado. Ha cubierto la finca de Van Nostrand con un manto de silencio.

-Afortunadamente, tan sólo un coche patrulla se dirigió a la finca y Stevens se había puesto en contacto con la Dirección General de Policía pocos minutos antes de que llamasen los dos policías que iban en el coche. Ha extendido sus garras a todas las comunicaciones concernientes a la muerte de Van Nostrand, asegurándose de ello con algo que se llama «código de seguridad basado en datos alternos», impuesto por el servicio secreto de la Armada.

-¿Así de fácil?

-Así, teniente, es al parecer el modo como se hacen las cosas hoy en día. Ya no hace falta decir: ¡Mantén la boca cerrada! Pues son los ordenadores los que te la cierran. No se puede ejercer el oficio de agente secreto si no eres un manual andante de tecnología punta. No es de admirar que yo sea historia pasada.

-Pues hasta ahora lo has hecho bastante bien -dijo Cathy-. Mejor que cualquiera.

-Bien me gustaría lograrlo. ¡Cómo me gustaría lograrlo!... Aunque sólo fuera por dar alguna satisfacción a Cooke y a Ardisonne, dos que también están en el otro mundo... ¡Maldita sea esa puta perra y malditos también todos lo que la rodean! ¡Quiero pillar a esos hijos de puta!

-Te estás acercando, Tye, cada vez estás más cerca.

Cerca, pensó Hawthorne, quitándose la chaqueta safari, ahora manchada de sudor y de tierra. ¿Cerca...? ¡Oh, sí!, había estado muy cerca, tan cerca que hasta la había tenido entre sus brazos y había hecho el amor con ella, sintiendo que se ensamblaban los fragmentos de un sueño fracasado, que la noche se convertía en glorioso amanecer que el sol surgía por el horizonte, alumbrando un nuevo y maravilloso día. ¡Maldita seas, Dominique! Mentiras, mentiras, y más mentiras. Todo lo que me contaste no fueron más que mentiras. Pero te encontraré, perra, y te cegaré como tú me cegaste a mí, te haré sentir todo el dolor que yo he sentido. ¡Maldita seas, Dominique! Yo hablaba de amor y sentía amor; tú hablabas de amor y aquello era tan sólo un engaño. Algo peor, mucho peor..., pues en el fondo no había más que odio y lo único que pretendías era utilizarme.

Librodot

-¿Pero dónde está ahora, Jackson? -preguntó Tyrell, pensando en voz alta-. ¿No es eso lo fundamental?

-Me parece que estás pasando por alto algo que es tremendamente importante -le dijo Neilsen, interrumpiendo el curso de sus pensamientos-. Has comprobado que está por aquí, cerca de Washington, con lo que las medidas de seguridad para proteger al presidente alcanzarán su punto culminante. ¿Cómo se las arreglará para atravesar ese escudo?

-Debido a que ese hombre no puede dejar de ejercer su cargo.

-Creo que nos dijiste que han sido suspendidas todas sus comparecencias en público, incluso han sido anulados sus viajes nacionales. El presidente está aislado, en cuarentena, es un prisionero en su propia casa.

-Eso lo sé. Lo que me preocupa es que esa mujer también lo sabe y no por eso se detiene.

-Ya veo lo que quieres decir. Las filtraciones, los asesinatos..., Charlie, Miami; incluso los atentados contra ti, en Saba y ahora aquí, con ese Van Nostrand. ¿Quiénes son esas personas que le dan apoyo? ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

-¡Ojalá conociera las respuestas...! Las respuestas a las dos preguntas -respondió Hawthorne, sentándose sobre la cama y luego recostándose contra la almohada, con las manos detrás de la cabeza-. Tengo que volver atrás, remontarme hasta Amsterdam y a todos aquellos malditos y estúpidos juegos a los que jugábamos, a esas bajas que jamás se daban a conocer, pues nadie contaba para nada, compañeros... A se inclina por B por algún motivo; B por C por otro, aparentemente sin conexión con el anterior; C por D por algo inusitado y con consignas acordadas de nuevo; hasta que finalmente, D se pone en contacto con E, quien logra introducirse porque puede hacerlo y eso era lo que A quería desde un principio. La cadena tiene tantas circunvoluciones, que no hay forma de seguirla.

-Al parecer, la seguiste -dijo Neilsen, con un tono de admiración en la voz-. En tu hoja de servicios eso quedaba completamente claro: eras un agente extraordinario.

-A veces, no siempre; y la mayoría de las veces, por casualidad.

Poole estaba sentado a la mesa, pasándose la mano por sus cabellos de un color castaño claro.

-He estado anotando lo que acabas de decir sobre A, B, C, D y E; y como quiera que yo era un chico bastante listo para las matemáticas, incluyendo la geometría, la trigonometría, el cálculo diferencial y un poquito de física nuclear, me atrevo a preguntarte: ¿no estabas diciendo acaso que toda esa gente de Amsterdam estaba programada en esferas calibradas de modo distinto? ¿Como en disasociados?

-No tengo ni la menor idea de lo que quieres decir.

-Pero si tú mismo lo acabas de decir.

-Pues en ese caso mantengo lo dicho. ¿Qué es lo que he dicho?

-Que ninguno de los mensajeros sabía exactamente lo que estaba pasando, con excepción del primero y el último.

-Es una simplificación extrema, pero correcta en su esencia. A eso se llama «utilizar contactos ciegos», que pueden percatarse de algo, pero que nada pueden revelar, y que, por regla general, no sospechan de nada.

-¿Qué les lleva a hacer eso?

-La codicia, teniente, el dinero a fin de cuentas. Bien porque estén en puestos claves o porque posean información que pueden utilizar para extorsionar y para sacar aún más dinero.

-¿Crees que es eso lo que mueve a Bajaratt? -preguntó Cathy.

-En realidad no; el núcleo está demasiado bien organizado, es demasiado poderoso. Pero ese núcleo, ese corazón, ha de emplear a otros para atar los cabos sueltos y los que no están tan sueltos; para cosas en las que no quieren verse implicados, por miedo a que los descubran;

Librodot

siempre teniendo gran cuidado de que si los otros son descubiertos, esas personas a las que han utilizado no puedan ser una pista para llegar a los que dirigen realmente todo el tinglado.

-¿Cómo un tal Alfred Simon en Puerto Rico? -insinuó Poole.

-¿Y como un controlador aéreo, que siempre estaba presente y cuyo nombre él no conocía? -preguntó Neilsen.

-Ambos metidos hasta el cuello en las operaciones de «Sangre de Niña» y sus secuaces -asintió Tyrell-. Ambos controladores, ambos sustituibles; y si tomamos a Simon como ejemplo, ninguno podía revelar nada que fuese importante.

-Pero él lo hizo -objetó Cathy-. Te proporcionó un nombre, dos nombres.

-El uno un desastre, un abogado de Washington, altamente respetado, al que algún psiquiatra tendría que encerrar; y el otro que se nos muere en un abrir y cerrar de ojos... Y en cuanto a lo del segundo, fue por casualidad, comandante. No estaba bromeando antes; mi «extraordinaria» hoja de servicios está llena de casualidades, al igual que la mayoría de las de mis ex compañeros que fueron más afortunados que yo. Una palabra, una frase, un comentario casual que tiene algo que ver con uno... y de repente se enciende una lucecita en tu cerebro y aparece una imagen, lo que es en sí otra casualidad, ya que las probabilidades de que uno recuerde algo en concreto no están precisamente a nuestro favor.

-¿No te estarás refiriendo a lo de Neptuno? -inquirió Andrew Jackson Poole.

-Así es; en ese estaba pensando. Simon hace un comentario sobre la impresión que le causó el hombre que le manipulaba, el señor Neptuno, que se veía como salido de un ejemplar del Gentleman's Quarterly o de cualquiera de esas revistas de moda. ¡Dios mío, tenía razón! Incluso cuando estaba a punto de presenciar la muerte de un hombre. Van Nostrand parecía un maniquí.

-Yo no llamaría una casualidad al hecho de que recordases aquel detalle -dijo Nielsen-. Lo llamaría entrenamiento.

-No he dicho que yo fuese un idiota, tan sólo estaba señalando el papel que desempeña la casualidad. Una observación breve y confusa, hecha por el propietario de un prostíbulo, que no tenía ni idea de para quién hacía aquellos trabajos extras y que para colmo andaba con una resaca de mil demonios. Son cosas que nada tienen de particular. Como he dicho, nada más que casualidades.

Hawthorne se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Estaba muerto de cansancio, tenía agujetas en las piernas, le dolían los brazos y le daba vueltas la cabeza. Era vagamente consciente de que Cathy y Poole estaban discutiendo amigablemente sobre la comida que pensaba encargar, pero sus pensamientos aún seguían girando en torno al tema de las casualidades. Las casualidades en su vida, ¡tantísimas casualidades!, empezando por aquella que le hizo enrolarse en la Marina. Tras hacer el bachillerato cambió tantas veces de especialidad en la universidad, que hasta olvidaba invariablemente cuál era su carrera actual si se le preguntaba; finalmente terminó dedicándose a la astronomía.

-¿Por qué no te dedicas a tejer alfombras? -le preguntó el padre, que era también su catedrático-. Pero manténte alejado de mis clases, hijo mío. Tu madre jamás entendería mi negativa a aprobarte.

En realidad, el curso de astronomía le interesaba; había estado navegando desde que pudo subir a bordo de un bote y llegó a adquirir conocimientos suficientes sobre las estrellas como para poder establecer el rumbo de su embarcación con sólo echarles una rápida mirada y sin necesidad de recurrir al sextante. Se había distinguido en el deporte, actividad ésta en la que su gran altura y su fuerte complexión le hicieron destacar en diversas modalidades, pero su falta de disciplina y los consejos de sus amigos del mar echaron por tierra lo que parecía ser una carrera prometedora; no le agradaba la idea de estar todo el tiempo entrenándose y de sufrir lesiones en el cuerpo. Después de pasar por la universidad de Oregón, que no concedía plazas de enseñanza a los vástagos de los profesores numerarios, se quedó sin saber qué

hacer; había obtenido como media la respetable nota de 3,2, ya que los cursos en los que se inscribió habían sido de su interés, pero pocos resultaban interesantes para los jefes de personal de las compañías que andaban buscando administradores, economistas, ingenieros y especialistas en informática. Fue entonces cuando le ocurrió la primera casualidad.

Deambulando por las calles de Eugene, dos meses después de que la madre hubiese mandado enmarcar su perfectamente inservible diploma, pasó por delante de un centro de reclutamiento de la Armada. Jamás se puso a analizar si fue a causa de aquel atractivo cartel en el que se veían unos buques navegando en alta mar o si fue simplemente porque estaba impaciente por hacer algo, o quizá por ambas cosas a la vez, pero el caso fue que entró y se alistó.

La madre se quedó perpleja.

-¡No tienes, ni remotamente, madera de militar! -fue su comentario.

Su hermano menor, que a la sazón era un estudiante brillante que acababa de salir del instituto, amén de presidente de la Asociación de Graduados, añadió:

-¿Te das cuenta, Tye, de que tendrás que obedecer órdenes? Su aturdido padre le ofreció una copa y se mostró más mordaz que la madre y el hermano.

-Rasca a un vago que tenga dos dedos de frente y te encontrarás generalmente con alguien que desea tener un poquito de organización en su vida. En fin, leva anclas, hijo, y como solían decir los fiscales de Salem cada vez que descubrían a un hereje: ¡Que Dios se apiade de tu alma!

Afortunadamente, la Armada no carecía de cierta misericordia. Tras pasar revista a los servicios prestados por Hawthorne como joven marinero, que no eran nada despreciables, entre los que se contaba el haber patroneado grandes veleros, así como poseer varias docenas de menciones honoríficas, salió de la base de entrenamiento de San Diego convertido en un alférez destinado al servicio en un destructor, lo que le llevó a su segunda gran casualidad.

Después de dos años se vio aquejado de la claustrofobia producida por los buques de guerra. Empezó a buscarse algo que fuese más expansivo. Se le abrieron las puertas para varios destinos en bases terrestres, pero se trataba de cargos logísticos, trabajo oficinesco, en el que no estaba interesado; sin embargo, uno de ellos le pareció que podría ser divertido, en caso de que lo obtuviese. Oficial protocolario en La Haya.

Y lo consiguió, junto con un nuevo galón, esta vez el de teniente (junior grade), pero no tenía ni la menor idea de que eso de «protocolario» se refería a la condición de los jóvenes oficiales que pasaban por un período de observación como posibles candidatos al personal de contraespionaje de la Armada. Todas las diversiones y los juegos y las recepciones de embajada y los viajecitos con los peces gordos, civiles y militares, formaban parte del cursillo. Y un buen día, por la mañana, después de seis meses, fue llamado a la oficina del chargé d'affaires, donde fue ensalzado más allá de lo que se merecía por sus pequeños servicios y donde se le acabó comunicando que había sido ascendido a teniente senior grade.

-Y por cierto, teniente -le dijo el funcionario ejecutivo de la Embajada-, nos gustaría que nos hiciese un pequeño favor. Tercera casualidad: dijo que sí.

Sobre el homólogo de Tyrell en la embajada francesa recaían las sospechas de que estaba pasando informes secretos franco-americanos a los soviéticos. Con ocasión de una cena que estaba a punto de celebrarse, ¿no podría el teniente Hawthorne llevarse a ese hombre de copas, invitándolo con tal cordialidad que el otro no pudiera rechazar su oferta, para sonsacarle luego y enterarse de todo lo que pudiera?

-Por cierto -dijo el chargé d'affaires, entregándole una diminuta botellita de plástico con ese colirio llamado Murine-. Dos gotas de esto en una bebida alcohólica le sueltan la lengua a un mudo.

Cuarta casualidad: Hawthorne no tuvo ninguna necesidad de utilizar el colirio. El infeliz Pierre se encontraba en las últimas y, animado por el vino, soltó su terrible confesión; estaba

Librodot

cargado de deudas y mantenía relaciones con un espía ruso, que le amenazaba con revelar lo que había entre los dos y destruir su carrera.

Quinta casualidad, debida probablemente a varios vasos de whisky, Tyrell insinuó al turbado francés la posibilidad de que le revelase los nombre de sus hombres de contacto del KGB, con lo que podría decir que su homólogo francés era en realidad un patriota que trabajaba para la OTAN porque sospechaba que había filtraciones en su propia Embajada. Durante una semana le escocieron los carrillos a Hawthorne por los muchos besos de gratitud que le había dado el francés. El hombre se convirtió así en un valioso agente doble y su cambio de chaqueta le fue atribuido meritoriamente al joven oficial protocolario. Lo que condujo a la sexta casualidad.

El general en jefe de la OTAN lo mandó llamar. Era un hombre al que Hawthorne respetaba muchísimo, ya que no era un tipo estirado, sino un jefe francote que le recibió en mangas de camisa.

-Le he mandado llamar, teniente, porque es usted un hombre que no sólo tiene grandes cualidades, sino que además, y eso es lo más importante, ni siquiera se da cuenta de que las tiene. Me muero de asco con la cantidad de arrogantes que andan por aquí. Para hacer las cosas bien hacen falta personas serenas, observadoras. ¿Está de acuerdo conmigo?

¿Y por qué no iba a estarlo? Ciertamente, mi general, lo que usted diga, señor. Hawthorne sentía un respeto tan reverencial por aquel hombre, que se le pasaron por alto ciertos aspectos concretos de lo que le ofrecían, amén de que lo ofrecido era expresado con tal sutileza militar, que Hawthorne, como es lógico y tras tantas adulaciones, no pudo menos de aceptar entusiasmado esa perspectiva que le abría nuevos horizontes. La sexta casualidad lo hizo volar de vuelta a Georgia, donde se sometió a un extenuante entrenamiento de doce semanas, siendo ya un oficial asignado al servicio de contraespionaje de la Armada.

Después de su regreso a La Haya, presuntamente para reanudar allí sus obligaciones, las casualidades se sucedieron una tras otra, siendo algunas más casuales que otras. Llegó a ser francamente bueno en su oficio verdadero. Se movió entre la hipocresía y la corrupción tan extendidas en la OTAN, en la ciudad de Amsterdam, que era el centro de las redes clandestinas, en las que el dinero estaba por encima de todas las lealtades, mayores y pequeñas. Dirigió a sus agentes a los Países Bajos y realizó escapadas por toda Europa, persiguiendo a los despreciables que traficaban con la muerte a cambio de unos beneficios. Y fueron aquellas muertes concertadas y aquellos inútiles asesinatos los que le llevaron finalmente a romper con todo y seguir su propio camino.

Tyrell se percató de repente de que Cathy se encontraba de pie, frente a la cama, contemplándole. Hawthorne alzó la cabeza.

-¿Dónde está nuestro teniente? -preguntó.

-Está utilizando el teléfono de mi habitación. Se acordó de que tenía una cita para esta noche... y que tenía que haber sucedido hace ya cuatro horas.

-Me gustaría oír las excusas que da para justificar su ausencia.

-Tú no lo harías, probablemente, pero estoy segura de que él ha tenido que probar un nuevo avión experimental, un modelo ultrasecreto, y que sufre una terrible tortícolis a causa de una bajada en picado desde trece mil metros de altura.

-Es una buena pieza ese chico.

-Lo es, efectivamente... ¿Y qué estabas haciendo tú? ¿Echándote uno de esos sueñecitos con los ojos abiertos?

-Difícilmente. Estaba metido en uno de esos breves monólogos en los que te preguntas ¿por qué estás donde estás... y hasta por qué eres quien eres? Más o menos.

-Sé la respuesta a tu primera pregunta. Estás dando caza a una mujer llamada Bajaratt porque eres uno de los mejores agentes secretos de la Armada.

-Eso no es cierto -dijo Hawthorne, sentándose sobre la cama y utilizando la almohada como respaldo, mientras Neilsen se acomodaba en una silla colocada a unos cuantos pasos al lado de su cama.

-Stevens reconoció que lo eras, aun cuando lo admitiese a regañadientes.

-Tan sólo estaba tratando de disipar tus miedos; eso es todo.

-No opino lo mismo. Te he observado cuando entrabas en acción, capitán. ¿Por qué negar lo evidente?

-Porque lo cierto es, comandante, que si bien pude haber sido pasablemente eficaz durante unos años, luego me sucedió algo y me convertí en el peor agente secreto, se diesen cuenta de ello o no mis superiores. ¿Sabes una cosa?, me importaba un bledo quiénes fueran los que ganasen o perdiesen esos estúpidos juegos. Lo que me importaba era otra cosa bien distinta.

-¿No quieres contármelo?

-No creo que quieras saberlo. Por lo demás, se trata de un asunto demasiado personal... y del que jamás he hablado a nadie.

-Voy a hacer un trato contigo, Tye. Yo también cargo con un asunto personal, que jamás he contado a nadie, ni siquiera a Jackson, por no hablar ya de mis padres. Me gustaría contárselo a alguien. Quizá podríamos ayudarnos mutuamente, ya que cuando todo esto se acabe lo más probable es que no volvamos a vernos más. ¿Quieres escucharlo?

-Sí -dijo Tyrell, contemplando atentamente el rostro de la comandante, en el que estaba pintado una ansiedad rayana en la súplica-. ¿De qué se trata, Cathy?

-Poole y mi gente piensan que nací para ser militar, que estaba destinada desde un principio a convertirme en un extraordinario piloto de las fuerzas aéreas junto con todo lo que eso trae consigo.

-Si me disculpas la interrupción -dijo Hawthorne, sonriendo amablemente-. Creo que Hawthorne opina que estás capacitada para la carrera militar y no que hubieses nacido para seguirla.

-Sigue siendo completamente falso -lo contradijo la comandante Catherine Neilsen-. Antes de que fuese admitida en una escuela libre en West Point, lo que siempre había ansiado ser en mi vida es antropóloga. Alguien como Margarete Mead, para viajar por todo el mundo y estudiar culturas desconocidas y descubrir cosas sobre tribus primitivas, cuyas gentes son, en muchos sentidos, mejores que nosotros. A veces me asalta de nuevo aquel sueño... Te pareceré tonta, ¿no?

-No del todo. ¿Por qué no te empeñas en conseguirlo?... Yo siempre quise tener mi propio velero y ganarme la vida navegando bajo mi propia bandera. Y lo cierto es que me despisté durante una década. ¿No estás a tiempo?

-Las circunstancias son completamente distintas, Tye. Tú fuiste entrenado desde niño para lo que estás haciendo ahora. Yo tendría que volver a la universidad durante sabe Dios cuántos años.

-¿Y qué, por un par de años? No se trata de estudiar cirugía cerebral. Además, puedes aprender en el trabajo.

-¿Cómo?

-Puedes hacer lo que el noventa por ciento de todos los antropólogos no sabe hacer. Eres piloto; puedes llevarlos en avión adonde quieran ir.

-Eso son bobadas -replicó Cathy, quedándose pensativa; luego se puso derecha y carraspeó para aclararse la voz-. Ya te he contado mi secreto, Tye. ¿Cuál es el tuyo? Hay que ser honrado.

-Parecemos un par de críos, pero, vale... De vez en cuando eso me asalta de nuevo y supongo que ha de ser algo así como mi muleta, la racionalización que me he hecho... Un

Librodot

buen día por la noche fui a reunirme con un ruso, con un agente del KGB que se parecía muchísimo a mí, un marino oriundo del mar Negro. Los dos sabíamos cosas que se estaban acabando a todo control, como la locura de los cadáveres que aparecían flotando en los canales. ¿Para qué? A los jefazos de las cúpulas les traía sin cuidado lo que hiciéramos y los dos estábamos dispuestos a frenar aquella situación demencial. Cuando llegué al punto de reunión, aún lo encontré con vida, pero le habían sacado la carne del rostro con una cuchilla; le habían hecho picadillo. Logré entender lo que él esperaba que yo hiciera, así que... le liberé de aquella miseria, de aquel suplicio atroz. Fue entonces cuando supe qué era lo que tenía que hacer realmente. Y no era simplemente perseguir a la gente corrompida que hace fortunas de la nada, ni tampoco a los mal aconsejados agentes secretos o a los burócratas educados ideológicamente para que fuesen nuestros adversarios; no, se trataba de ir contra los fanáticos, contra los maníacos que podían hacerle eso a alguien de sus propias filas. Y todo en nombre de una lealtad inquebrantable y sin tacha, que maldita la cosa que tiene que ver con los grandes cambios de la historia.

-Eso es muy fuerte, capitán -dijo Cathy en voz muy queda-. ¿Fue entonces cuando te fuiste a ver a Stevens, al capitán Stevens?

-¿A Henry el Horrible?

-¿Lo era..., lo es?

-A veces. Digamos que está dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. En realidad, conozco a su mujer mejor que a él. No tienen hijos, así que ella trabajaba en la Embajada. Estaba en el departamento de transportes, donde coordinaba todos los viajes del personal de la Embajada, mientras que yo mantenía alrededor a mi pandilla de gorilas. Una mujer encantadora y sospecho que refrenaba los excesos de su marido más de lo que ella jamás admitió.

-Hace unos momentos le has preguntado por tu mujer... Tyrell volvió la cabeza hacia su izquierda y su mirada se cruzó con la de Cathy.

-Lo siento -dijo la comandante, apartando la vista.

-Conocía de antemano la respuesta, pero era una pregunta que tenía que hacer -dijo Hawthorne en tono sereno-. Van Nostrand me hizo un puerco comentario al respecto... para provocarme, para que bajase la guardia.

-Y Stevens te lo ha desmentido -completó Cathy-. Y tú le crees, por supuesto.

-Sin la menor sombra de duda -confirmó Hawthorne, sonriéndose burlonamente, no porque lo encontrase gracioso, sino por el recuerdo en sí, mientras volvía a clavar la mirada en el techo-. Dejando a un lado lo de su intemperancia, Henry Stevens es una persona brillante, muy analítica, pero la causa principal por la que le retiraron del trabajo de campo y lo ascendieron en el escalafón burocrático consiste en que ese hombre no sirve en absoluto para mentir. Con sólo verle y simplemente escuchar su voz, ya cree uno que Stevens está a punto de echarse a sudar; y eso es sólo para empezar. Por eso estoy convencido de que sabe más de lo que me ha contado sobre la muerte de mi mujer, sobre su asesinato... Ya sabes lo que le he preguntado, así que puedes imaginarte las implicaciones. Su respuesta ha sido categórica e inequívoca; su reacción, rápida, instantánea; por lo que sé que estaba diciendo la verdad. Me ha dicho que había visto a Ingrid una sola vez, en la pequeña recepción que ofreció la embajada para celebrar nuestra boda, cuando Stevens acudió en compañía de su mujer.

-Y así se acaba esa mentira -dijo Cathy.

-No me la creí en ningún momento. Tú tampoco te la habrías creído si hubieses conocido a Ingrid.

-Me hubiera gustado conocerla.

-Y a ella le hubiese gustado conocerte -dijo Tyrell, moviendo lentamente la cabeza y mirando de nuevo a la comandante, sin ninguna hostilidad en sus ojos-. Tienes

aproximadamente la misma edad que tenía ella y el mismo sentido de independencia, incluso el mismo sentido de autoridad, pero tú sabes imponerla mucho más; ella jamás tuvo necesidad de hacerlo.

-¡Muchísimas gracias, capitán!

-¡Eh, para!, tú eres oficial del Ejército, tienes que hacerlo. Ella era intérprete en cuatro idiomas, no tenía que impartir órdenes. No pretendía insultarte.

-¡Dios mío, se lo ha tragado! -gritó Poole, entrando precipitadamente por la puerta que daba a la habitación de Neilsen.

-¿Se ha tragado qué? -preguntó Hawthorne.

-El cuento de que me presenté voluntario para un experimento bajo el agua en condiciones de falta de gravedad y en una batisfera que me ocasionó un exceso de oxígeno en los pulmones. ¡De puta madre!

-Vamos a comer -dijo Cathy.

Les subieron la comida cuarenta y cinco minutos después, tiempo que aprovechó Hawthorne para estudiar el libro de registro del cuartelillo, Poole para leer los periódicos que había comprado en el puesto del vestíbulo y Cathy para darse un baño de agua caliente, esperando «quitarse del cuerpo con agua y jabón al menos una docena de ataques de ansiedad». Dejaron la televisión encendida, bajando el volumen, pero lo suficientemente alto como para que pudiesen oír cualquier noticiero en el que se diese de repente información sobre Van Nostrand. Afortunadamente, no dieron ninguna. Cuando terminaron de cenar, Tyrell telefoneó a Henry Stevens a su despacho.

-¿Puedes asegurarte de que nadie está escuchando nuestra conversación?

-Estoy completamente seguro.

-Bien, si tienes algunas pruebas nuevas, házmelas saber, ya que los dos nos hemos estado comunicando mediante aparatos inversores de interceptación telefónica durante los últimos tres días. Lo que significaría que las filtraciones provendrían del extremo de la línea en que estás tú.

-¡Eso es absolutamente imposible!

-¡Por los clavos de Cristo, ya estoy harto de esa actitud tuya de sabelotodo.

-No se trata de que yo lo sepa todo, Henry, sino de que sé más que tú.

-También estoy harto de eso.

-Pues lo tienes fácil. ¡Despídeme!

-¡No fuimos nosotros quienes te contratamos!

-Si nos cortas los fondos que necesitamos, el resultado será el mismo. ¿No quieres hacerlo?

-¡Oh, cállate!... ¿De qué te has enterado? ¿Alguna noticia de Sangre de Niña?

-Ninguna que no tengas tú -contestó Tyrell-. Andará por ahí, a pocos kilómetros de distancia de su objetivo, pero nadie sabe dónde. Va camino de preparar su atentado.

-No habrá atentado que valga. Puede decirse que el presidente se encuentra encerrado en una caja fuerte. El tiempo está de parte nuestra.

-Admiro tu seguridad, pero nuestro hombre no puede prolongar esa situación demasiado tiempo. Un presidente invisible deja de ser un presidente.

-No admiro tu postura. ¿Qué más? Dijiste que me ibas a proporcionar algunos nombres.

-Ahí van. Y examina a cada uno con la lupa más potente que puedas conseguir.

Hawthorne le leyó los nombres que había elegido entre las personas que aparecían en el libro de registro, tras haber descartado a aquellas que se contaban entre el personal que suele necesitar una finca: un fontanero, un veterinario para los caballos y cuatro bailarines sudamericanos que habían sido contratados para una barbacoa al estilo argentino.

Librodot

-¡Estás señalando a algunos de los peces más gordos de la administración! -exclamó Stevens-. ¡Ahora estás para que te encierren en un manicomio!

-Cada una de esas personas estuvo allí durante los últimos dieciocho días. Y como Sangre de Niña está íntimamente relacionada con Van Nostrand, es perfectamente posible que alguno de ellos, e incluso más de uno, forme parte de los planes de esa hija de puta... consciente o inconscientemente.

-¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo que haga? ¿Que investigue al secretario de Defensa, al director de la CIA, a ese loco que dirige una organización clandestina que pretende ser el servicio de contraespionaje del Ejército y el maldito secretario de Estado? ¡Estás de atar!

-Estuvieron en la finca, Henry. Al igual que estuvo Bajaratt.

-¿Tienes pruebas? ¡Por el amor de Dios, Tyrell, cualquiera de los hombres del presidente puede hacerme picadillo!

-En estos momentos tengo las pruebas en mis manos, capitán. Las únicas personas de esta lista que podrían hacerte picadillo son las que están colaborando con Bajaratt, consciente o inconscientemente. ¡Y bien, maldita sea, ponte a trabajar!... ¡Ah!, se me olvidaba: dentro de unos veinte minutos te daré una pista clara, que puedes seguir y que puede convertirte en almirante, si es que no te matan antes.

-Eso está muy bien. ¿En qué demonios consiste y a dónde nos llevará?

-A la persona que está ayudando a Van Nostrand a salir del país.

-¡Van Nostrand está muerto!

-Pero ellos no lo saben y estarán en el lugar previsto para su salida. Te lo repito: ¡ponte a trabajar, Henry! -Tyrell colgó el teléfono y miró alternativamente a Neilsen y a Poole, que le contemplaban boquiabiertos-. ¿Hay algo que os preocupe? -preguntó.

-Estás haciendo un juego duro, capitán -dijo el teniente.

-No hay otra forma de llevar a cabo este juego, Jackson.

-¿Y si estás equivocado? -inquirió Cathy-. ¿Y si ninguna de las personas de esa lista tiene algo que ver con Bajaratt?

-No lo aceptaría. Y si Stevens no puede descubrir nada, ya me ocuparé yo de que sea publicada esta lista, junto con toda esta larga historia y con tantísimas insinuaciones, mentiras y verdades a medias, que toda la estructura del poder se verá sacudida por una ola de paros cardíacos cuando empiecen las explicaciones. No habrá un lugar seguro ni siquiera para los verdaderos santos de Washington.

-Eso es de un cinismo rayano en la irresponsabilidad más absoluta -dijo Nielsen secamente.

-Lo es, efectivamente, comandante, ya que para descubrir a Sangre de Niña es necesario que cunda el pánico en el grupo central que la apoya. Sabemos que andan por ahí y sabemos que se han infiltrado en nuestros círculos más cerrados, aquí, en Londres y en París. No hace falta más que un pequeño error, una persona tratando de salvar su pellejo, y nuestros especialistas se ponen a trabajar con sus sueros mágicos.

-Haces que todo parezca tan simple.

-En el fondo, no es tan complicado. Empezamos con la lista del cuartelillo, con los hombres de los que sabemos que habían mantenido una relación estrecha con Van Nostrand, luego se amplía esa lista con las investigaciones sobre cada individuo. ¿Quiénes son sus amigos, sus socios? ¿Quiénes trabajan en sus oficinas y tienen acceso a documentación confidencial? ¿Quiénes de ellos llevan un tren de vida que no parece estar a la altura de sus posibilidades? ¿Quiénes tienen debilidades, de las que alguien se podría aprovechar para extorsionarlos? Todo se desencadena entonces a velocidad vertiginosa, cunde el miedo y entra el pánico a tener que dar explicaciones.

En ese momento sonó el teléfono y Tyrell se puso al aparato.
-¿Stevens? -preguntó Hawthorne con ansiedad, frunciendo inmediatamente el entrecejo, tapando el micrófono con la palma de la mano y haciendo un gesto a Poole-. Es para ti.

El teniente cogió el teléfono que Hawthorne le había colocado sobre la mesa.

-¿Ya está, Mac?... ¿Hace diez minutos? ¡Vale, gracias!... ¿Cómo carajo voy a saberlo? ¡Apodérate de esa mierda! Si tuviesen dos dedos de frente, deberían haberse llevado eso a Cuba

Cuba -dijo Poole, colgando el teléfono y mirando a Tye-. El reactor de Van Nostrand ya ha aterrizado y al parecer ha habido una gran confusión. La escolta de Washington tuvo una riña con los hermanitos Jones, quienes dejaron el avión en el aeropuerto, diciendo que habían sido despedidos por el propietario y que se marchaban.

-Es hora de llamar a Santo Tomás -dijo Tyrell, cogiendo el teléfono y marcando el número de la isla caribeña.

La tensión se reflejaba en su rostro; esperó un momento, marcó luego los dos dígitos de su clave secreta personal y se dispuso a escuchar sus mensajes.

-¡Querido mío, soy Dominique! Te estoy llamando desde un yate, pues estoy haciendo un crucero aburridísimo frente a las costas de Portofino...

Hawthorne palideció; sus pupilas se dilataron y los músculos de su rostro se pusieron rígidos. Era falso, al igual que era falso todo lo relacionado con Dominique, era la mendacidad de una asesina cuya vida entera no era más que una mentira. Y esa Pauline de París formaba parte de esa mentira, una piececita más en el mosaico que podía conducirlos cada vez más cerca de Bajaratt.

-¿Qué pasa? -dijo Cathy, leyendo la ansiedad en su rostro.

-Nada -contestó Tyrell, aparentando calma-. Acabo de escuchar algo sobre alguien que ha metido la pata. Seguía otro mensaje; se puso de nuevo tenso.

Y de repente, desde el otro lado de la ventana del hotel, se escuchó un grito desgarrador. Prosiguieron los gritos, cada vez más altos, hasta convertirse en un chillido de histeria. Neilsen y Poole corrieron hacia la ventana.

-¡Abajo, en el aparcamiento! -gritó el teniente-. ¡Mira!

Abajo, en la enorme superficie negra de la zona de aparcamiento, iluminados por las luces de las farolas que había en los bordes, se encontraba una mujer rubia y un hombre de mediana edad. La mujer gritaba horrorizada y se aferraba a su compañero, mientras éste trataba desesperadamente de calmarla y llevársela de allí. Poole abrió la ventana; ahora se escucharon claramente las súplicas de aquel hombre de pelo canoso.

-¡Cállate! Tenemos que irnos de aquí. ¿Quieres callarte, idiota? ¡Te van a oír!

-¡Está muerto, Myron! ¡Dios mío, mírale la cabeza, si hasta se le salen los sesos! ¡Santo cielo!

-¡Cállate, maldita estúpida!

Por una puerta trasera salieron corriendo varios camareros vestidos con chaquetillas blancas; uno de ellos traía una linterna. El haz bailoteó de un lado a otro, hasta que se posó finalmente sobre una figura de un hombre cuyo cuerpo sobresalía por la portezuela abierta de un «Porsche» descapotable; una parte seguía en el asiento y la otra yacía sobre el pavimento. La zona oscura alrededor de la cabeza del hombre brilló bajo la luz de la linterna; tenía el cráneo destrozado, chorreando sangre.

-¡Tye, ven aquí! -gritó Nielsen, mientras los gritos que procedían de abajo acallaban el tono de urgencia en su voz.

Librodot

-¡Chist! -siseó Hawthorne, tapándose el oído con la palma de su mano izquierda y centrándose en las palabras que estaba escuchando por su teléfono que le comunicaba con la isla de Santo Tomás.

-¡Acaban de matar a alguien allí abajo! -prosiguió Cathy-. A un hombre en un automóvil deportivo. ¡Están llamando a la Policía!

-¡Silencio, por favor, comandante!, tengo que anotar esto -dijo Tyrell, mientras escribía algo sobre la minuta del servicio de habitaciones.

Afuera de la habitación, en el pasillo del Shenandoah Lodge, Amaya Bajaratt pasaba a toda prisa por delante de la puerta de la habitación de Hawthorne, sacándose de las manos un par de guantes de cirujano.

CAPÍTULO XXI

-Dios, pero si es el ministro de Asuntos Exteriores -se dijo Tyrell, desconcertado, colgando lentamente el teléfono mientras los aullidos de las sirenas invadían el aparcamiento-. ¡No puedo creerlo! -susurró, aunque no tan bajo que no pudiese oírsele.

-¿Creer qué? -preguntó Cathy, apartándose de la ventana-. Ahí abajo hay un barullo infernal.

-Y aquí también hay un barullo infernal.

-Han matado a alguien, Tye.

-Lo comprendo, pero eso nada tiene que ver con nosotros. Pero sí estamos muy involucrados, sin embargo, en algo que sumirá a la nación en una epidemia de paros cardíacos.

-¿Cómo dices?

-La escolta militar que esperaba Van Nostrand en el aeropuerto de Charlotte recibía órdenes directas del secretario de Estado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Poole, contemplando a Hawthorne y cerrando instintivamente la ventana-. Y yo que pensaba que te pasabas de la raya cuando te referías a personas como ésa. No pueden picar más alto.

-Tiene que haber una explicación -intervino Neilsen-, ya que tienes razón en pensar que no puede haber una relación directa entre el ministro y Bajaratt.

-Pues lo cierto es que el hombre tiene una relación bastante sólida con Van Nostrand, lo bastante sólida como para ayudarle a salir del país en circunstancias de lo más extrañas, y Van Nostrand, el señor Neptuno, había ocultado a Sangre de Niña en una casa situada a escasa distancia de su biblioteca. Volviendo a lo del alfabeto, si A es igual a B y B es igual a C, ha de haber entonces una relación concreta entre A y C.

-Pero tú dijiste que habías visto a dos hombres entrando en la limusina, Tye. El uno con sombrero...

-Que es lo acostumbrado cuando se quiere ocultar la calva -lo interrumpió Hawthorne-. También dije eso, Jackson, y me equivoqué en lo primero y fui obtuso en lo segundo. No eran dos hombres, pues uno era una mujer; y un sombrero no sirve únicamente para tapar una calva, también sirve para ocultar los cabellos femeninos.

-Era realmente Bajaratt -susurró Cathy-. ¡Estábamos tan cerca!

-Tan cerca -asintió Tyrell, frunciendo el entrecejo-. No tenemos alternativa, no tengo alternativa, y no hay tiempo que perder. -Tyrell se incorporó para alcanzar el teléfono, mientras alguien llamaba a la puerta-. Ve a ver quién es, ¿quieres, Poole?

Ante la puerta, en el pasillo, estaban plantados dos policías en uniforme.

-¿Son éstas las habitaciones de una comandante Neilsen, teniente Poole y un pariente, un tío de Florida? -preguntó el hombre de la derecha, mientras leía lo que tenía escrito en unas hojas que llevaba en una tablilla con sujetapapeles.

-Sí señor -respondió el teniente.

-Los datos que dieron al registrarse no están completos, señor -dijo el segundo policía, echando una ojeada al interior de la habitación-. Las leyes de Virginia exigen una información adicional.

-Lo siento, compañeros -dijo Poole-. Yo mismo lo escribí y teníamos una prisa terrible.

-¿Puedo ver sus documentos de identidad? -preguntó el hombre de la tablilla con sujetapapeles, pasando por delante del teniente y metiéndose en la habitación, mientras su compañero avanzaba unos cuantos pasos y bloqueaba el umbral de la puerta-. Y tengan la amabilidad de darme una relación de los sitios donde han estado durante las últimas dos horas.

-No hemos salido de estas habitaciones desde que llegamos al hotel, hace ya más de dos horas -dijo Hawthorne, colgando el teléfono-. Y ya que somos adultos actuando de común acuerdo, no tiene usted ningún derecho a interferir en nuestros propósitos, por muy repugnantes que le puedan parecer.

-¿Qué? -exclamó la comandante, palideciendo y sin poder articular su protesta.

-Quizá no me haya entendido, señor -dijo el portador de la tablilla con sujetapapeles-. Ahí abajo han disparado contra un hombre, lo han asesinado. Estamos interrogando a todos los que se encuentran en este establecimiento, especialmente a los que se han registrado de un modo sospechoso, lo que parece ser el caso de ustedes. No aparece ningún nombre para ese tío Joe, ni su dirección en Florida, salvo el nombre de una ciudad, y no tenemos el número de su tarjeta de crédito.

-Ya se lo he dicho -intervino el teniente-, teníamos prisa y pagamos al contado.

-Con los precios que hay aquí deben de llevar encima un montón de dinero en metálico. Quizá más que un montón.

-Eso no es asunto suyo -replicó Tyrell en tono cortante.

-Escúcheme, señor, la víctima que yace en el aparcamiento ha tenido que caer en una celada -dijo la tablilla-. Traía una caja de bombones para las personas con las que pensaba encontrarse. En la tarjeta se leía: «Para mi generosa amiga.»

-¡Oh, eso es fabuloso! -exclamó Hawthorne-. ¡Le matamos de un tiro, nos quedamos aquí para asistir a la parada militar y ni siquiera se nos ocurre coger los bombones!

-Han ocurrido cosas muy extrañas.

-Desde luego -asintió el agente que estaba plantado en el umbral de la puerta, metiéndose la mano en la guerrera y sacándose el transmisor de radio, mientras abría la faldilla de su pistolera-. Sargento, aquí tenemos tres sospechosos, envíe a todos los que pueda, habitaciones 505 y 506. Envíe un destacamento lo más rápido que pueda... ¿Estoy viendo bien? ¡Dése prisa!

Siguiendo la mirada del agente de policía, cuatro cabezas se volvieron hacia el otro extremo de la habitación. Encima de la cómoda estaban la pistola automática Walther de Poole y el revólver calibre treinta y ocho de Hawthorne.

Bajaratt contempló desde su ventana el gentío que se había agolpado abajo. No le interesaban esos alborotos ni las actuaciones de los representantes de la ley, ya que todo eso lo conocía demasiado bien: los mirones morbosos, que se daban empellones para poder echar un vistazo a los cadáveres sanguinolentos, y los policías, que siempre trataban de mantener una

apariencia de orden hasta que llegasen sus superiores y les dijesen lo que debían hacer. Y mientras no llegasen, el cuerpo mutilado tenía que permanecer en su sitio; era carnaza para los frenéticos espectadores, y el hecho de que una sábana manchada de sangre cubriese el cadáver no les disminuía en modo alguno el apetito.

Bajaratt no estaba interesada en presenciar las actividades infantiles de esos inútiles, sino que trataba desesperadamente de encontrar a Nicolo, al que había enviado abajo en el mismo instante en que regresó a la suite, dándole instrucciones bien precisas. Ha sucedido algo terrible y tenemos que marcharnos. ¡Consigue un coche, aunque tengas que reducir por la fuerza a su propietario! ¡Coge las maletas y utiliza la escalera de incendios! Hubiese sido mucho más lógico decirle que matase al dueño, pero Nico jamás hubiese aceptado esa orden. ¡Allí estaba! A la sombra de un muro de contención, levantando su mano derecha, en la que llevaba empuñado algo, y haciendo gestos con la cabeza. ¡Lo había conseguido!

Bajaratt se miró en el espejo y se ajustó la peluca de finos cabellos blancos. El líquido adhesivo que se había echado en el rostro mantenía firmes los pliegues de las arrugas; la palidez lograda con los polvos, las ojeras cenicientas alrededor de los párpados y los labios menudos y marchitos le daban la apariencia de una anciana, una vieja excéntrica que cubría su cabeza con un sombrero de hombre de color pardo.

Bajaratt abrió la puerta que daba al pasillo y se quedó perpleja al instante ante el ruido y el alud de policías que se precipitaban a todo correr, con las armas empuñadas, hacia una habitación situada al extremo opuesto del corredor. Se encaminó hacia el ascensor, eludiendo a los policías uniformados, como una anciana encorvada que luchaba contra el peso de los años.

-¡Hijos de puta, no me pongáis la mano encima! -¡No os acerquéis, cerdos, o vais a tener más problemas de los que yo tengo en estos momentos!

-¡No se os ocurra tocarme!

La Baj se sintió de repente paralizada, dejaron de obedecerle hasta el último músculo, hasta el último tendón y hasta la última articulación. ¡Hijos de puta, no me pongáis la mano encima! Aquellas palabras sólo podían haber sido pronunciadas por una única voz, un único hombre. ¡Hawthorne! De un modo instintivo, giró a la derecha su cuerpo encorvado; el caos que reinaba en su interior gobernaba ahora su atención.

Por entre los cuerpos y los brazos extendidos que aplastaban a Tyrell contra la pared, sus miradas se cruzaron; Bajaratt con los ojos entrecerrados por la conmoción; Hawthorne con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto e incredulidad rayana en el pánico.

Howard Davenport, reputado hombre de negocios y gigante de la industria, aunque también jefe frustrado y derrotado de la insaciable secretaría de Defensa, se sirvió su segundo Courvoisier en el bar de su despacho y regresó lentamente a su escritorio. Era un hombre al que le habían quitado un gran peso de encima; se sentía aliviado desde hacía unas dos horas, cuando sus agentes llamaron por radio desde el automóvil al oficial que hacía la guardia nocturna para confirmar que la limusina de Van Nostrand había salido de la finca con uno o dos pasajeros en el asiento de atrás.

Si Hawthorne sale en mi limusina, sabrás que mi información era falsa y jamás deberás mencionar lo que te he dicho.

Davenport no tenía la más mínima intención de mencionarlo. Ya había bastante histerismo con la persecución a Sangre de Niña. Recargar aún más de trabajo a los perseguidores, comunicándoles rumores descaradamente falsos, tan sólo serviría para sembrar más el pánico, aunque sólo fuera porque algún fanático de los servicios secretos tuviese la genial idea de alimentar con esos rumores algún ordenador esotérico, lo que serviría para aumentar aún más la confusión si otro fanático los detectaba. Van Nostrand entendía todo eso

demasiado bien; por esa razón había tomado esas últimas precauciones, en previsión de que el ex capitán Hawthorne resultase no ser un miembro del tenebroso mercado alfa... ¡Dios mío!, ¿pero qué clase de ministro de Defensa era?, se dijo Davenport. ¡Jamás había oído hablar de esa cosa llamada Alfa!

No, ya había llegado el momento, pensó. Cómo deseaba que su mujer se encontrase en casa en vez de estar en Colorado visitando a la hija, que acababa de tener su tercer niño, pero no podían estar separados madres e hijas y nietos recién nacidos; no sería normal. Y deseaba realmente que estuviese a su lado porque acababa de terminar por fin la carta en la que presentaba su dimisión y que había pasado a máquina con su vieja Remington, la que los padres le habían regalado hacía ya una eternidad. Los periódicos se referían con frecuencia a las viejas máquinas de escribir, ridiculizándolas, pero aquel vástago de una familia acaudalada de Short Hills seguía aferrado a su anticuada máquina de escribir cuando bien podía tener el mejor de los equipos informáticos, por no hablar ya de una legión de secretarias. Pero la Vieja Rem era una vieja amiga, una amiga que podía pensar con él, así que Davenport no veía razón alguna para cambiarla.

Se acomodó en su sillón frente al escritorio y leyó una vez más la breve carta dirigida al presidente. Sí, su mujer debería estar ahora con él, ya que ella detestaba Washington y añoraba la finca de Nueva Jersey donde criaban caballos y porque estaría encantada de asistir a esa conspiración mutuamente compartida. Y estaría tanto más encantada por cuanto los médicos de la clínica Mayo, adonde iban a hacerse sus chequeos médicos anuales, le habían dicho que gozaba de una salud excelente, Davenport bebió un poco de coñac y se sonrió.

Querido señor presidente:

Muy a mi pesar me veo obligado a presentarle mi dimisión, de efecto inmediato, debido al descubrimiento reciente de la existencia de un grave problema de salud en mi familia más cercana.

He de decirle que ha sido para mí un gran honor poder prestar mis servicios bajo su extraordinaria dirección, en la seguridad de que, siguiendo sus preceptos, la secretaría de Defensa estaría a la altura de sus cometidos. Finalmente, he de darle las gracias por el privilegio de haber formado parte de «su equipo».

Mi esposa Elizabeth, ¡que Dios le envíe su consuelo!, le transmite sus más afectuosos saludos, al igual que, por supuesto, hago yo.

Le saluda cordialmente

Howard W. Davenport.

El ministro bebió de nuevo un sorbo de coñac y soltó una risita maliciosa al releer la frase en la que de repente se habían fijado sus ojos y que se quedó mirando unos instantes. Se preguntó si, para ser consecuente con su imagen de integridad, no sería más honesto tachar «estaría» y poner «debería estar», con lo que el pasaje rezaría entonces: «...siguiendo sus preceptos, la secretaría de Defensa debería estar a la altura de sus cometidos.»... No, no tendría que haber recriminaciones, nada de insinuaciones, echando la culpa a otros por los excesos. Quizá podría ser de alguna utilidad escribir una serie de artículos sobre lo que le había ocurrido -no había duda de que despertarían la atención-, pero, en un análisis final, se trataba a fin de cuentas del hombre que ocupaba el cargo. Si él hubiese sido el hombre apropiado, habría visto los fallos en el sistema de abastecimiento y los hubiera corregido con puño de acero. Y si no lo había sido, si sus puños no eran de acero, de nada le hubiesen servido todas las advertencias. Howard Wadsworth Davenport se daba perfecta cuenta de que caía en esta última categoría; de hecho, había caído en desgracia.

Dejó la copa de coñac sobre el escritorio, pero la colocó muy cerca del canto y fue a estrellarse contra el entarimado. ¡Qué extraño!, pensó Davenport. ¿Acaso no la había

colocado sobre el papel secante? La vista se le nublaba cada vez más, su respiración se hizo dificultosa, ruidosa... ¿Qué pasaba con el aire? Se puso de pie, tambaleándose, pensando en que quizás el aire acondicionado hubiese dejado de funcionar y que la noche era calurosa, húmeda y cada vez más sofocante. ¡Pues le faltaba el aire! Sintió entonces un dolor agudo en el pecho, que fue extendiéndose rápidamente por todo el tórax. Le temblaban las manos; a los pocos instantes los brazos ya no le obedecían y luego ya no pudo tenerse sobre sus piernas, incapaces de soportar su peso. Cayó de bruces sobre el duro suelo, partiéndose la nariz, que le empezó a sangrar. Realizó un esfuerzo supremo y logró ponerse de espaldas; le empezaron entonces los espasmos, hasta que se retorció en las convulsiones de su último estertor. Se quedó mirando al techo con los ojos muy abiertos, pero no veía nada.

Se sumió en las tinieblas. Howard W. Davenport estaba muerto.

Se abrió la puerta del despacho y apareció la figura de un hombre vestido de negro, con el rostro cubierto por una máscara antigás y las manos ocultas en negros guantes de seda. Se volvió y se agachó junto a un cilindro de metal, de unos setenta centímetros de largo, con una válvula a la que estaba acoplado un tubo de goma con un inyector estrecho y plano, que había sido introducido por la rendija de la base de la puerta. Giró la empuñadura del tubo y dio un par de enérgicos tirones para cerciorarse de que estaba cerrada. Se puso de pie, se acercó a las ventanas que daban a un patio y las abrió de par en par. El húmedo y caluroso aire veraniego empezó a entrar lentamente en el aposento, trayendo consigo los aromas del jardín. El hombre se acercó a la máquina de escribir y leyó la carta en la que Davenport presentaba su dimisión. La arrancó del rodillo, la estrujó y se la metió en un bolsillo de sus pantalones. Cogió una hoja en blanco del recado de escribir de Davenport y tecleó lo siguiente:

Querido señor presidente:

Muy a mi pesar me veo obligado a presentarle mi dimisión, de efecto inmediato, por motivos personales de salud, que he tratado de ocultar por todos los medios a mi querida esposa. Las razones son muy simples: me veo imposibilitado para el ejercicio de mis funciones, un hecho que confirmarán, sin duda alguna, muchos de mis compañeros.

He estado al cuidado de un médico de Suiza, quien me juró guardar el secreto, y ahora me acaba de informar de que se trata tan sólo de cuestión de días...

La carta terminaba abruptamente. Escorpión Veinticuatro, que había actuado según las órdenes recibidas esa misma mañana por Escorpión Uno, recogió sus instrumentos mortíferos y se marchó de allí, saltando al patio por la ventana.

La Policía de Fairfax, Virginia, había abandonado las habitaciones contiguas del Shenandoah Lodge y en su lugar se encontraba el capitán Henry Stevens, vestido de uniforme.

-¡Por el amor de Dios, Tye, quítatelo de la cabeza!

-Es lo que pretendo, Henry, es lo que pretendo -dijo Hawthorne, todavía pálido, sentado al borde de la cama, mientras que Neilsen y Poole, que estaban sentados en sendas sillas en medio de la habitación, se inclinaban hacia delante y lo contemplaban con aire de preocupación-. ¡Pero es que todo resulta tan demencial! ¡La reconocí, reconocí esos ojos, y ella me reconoció! ¡Se trataba de una anciana, que apenas podía caminar, pero la reconocí!

-Te lo vuelvo a repetir -dijo Stevens, de pie junto a Tyrell-. La mujer que viste era una condesa italiana llamada Cabarini, o algo por el estilo, y sumamente presumida, según me dijeron en la recepción. Ni siquiera se dignó bajar a firmar la hoja de registro porque, ¡agárrate!, no estaba «adecuadamente vestida», tuvieron que subírsela a su habitación. Corroboré sus credenciales con los de Inmigración. Es intachable, completamente, en todos los sentidos, hasta en sus millones.

-Se marchó... ¿Por qué se marchó?

Librodot

-Eso fue lo que hicieron también otros veintidós huéspedes, y este lugar sólo tiene cabida para treinta y cinco. Un hombre ha sido asesinado en el aparcamiento, Tye, y esos turistas no pertenecen precisamente a las Fuerzas Especiales.

-Está bien, está bien..., me lo quitaré de la cabeza. ¡Pero no puedo apartar de mi mente ese rostro! -repitió Hawthorne, gesticulando lentamente-. La edad, era muy vieja, pero reconocí esos ojos..., los reconocí.

-Los especialistas en genética afirman que hay exactamente ciento treinta y dos variaciones en la forma y el color de los ojos, ni más ni menos -sentenció Poole-. Te saldrá una ecuación de lo más insignificante si piensas en el número de personas que hay en el mundo. ¿No le conozco? es una de las preguntas más comunes que hace la gente.

-¡Gracias por tu ayuda! -dijo Hawthorne, volviéndose hacia Henry Stevens-. Antes de que comenzase toda esta locura, estaba a punto de llamarte. No sé cómo pensarás hacerlo, pero tienes que hacerlo.

-¿Hacer qué?

-Ante todo, y dime la verdad, ¿sabe alguien o podría saber alguien que Van Nostrand está muerto?

-No, hemos bloqueado la información, la casa está cercada y bien custodiada. El funcionario de Fairfax que recibió la comunicación y los dos agentes del coche patrulla son personas que conocen bien su oficio y entendieron en seguida. Tampoco se les puede seguir la pista en caso de que haya una filtración, ya que a los tres los hemos sacado de la zona.

-Vale. Pues recurre ahora a todas tus relaciones y consígueme una cita con el secretario de Estado. Esta misma noche..., esta madrugada, ahora mismo. No podemos perder ni un solo segundo.

-¡Eres un lunático! ¡Son casi las doce de la noche!

-Sí, lo sé. Y también sé que Van Nostrand iba a poder salir secretamente del país porque el secretario de Estado le facilitó todos los trámites. Todo muy oficialmente.

-¡No te creo!

-¡Pues créelo! Ese petimetre elegante de Bruce Palisser se encargó de todos los preparativos y hasta le proporcionó una escolta militar y un pasaje de máxima seguridad para que partiese del aeropuerto de Charlotte, en Carolina del Norte. Me gustaría saber el porqué.

-¡Dios, a mí también!

-No te va a ser dificil lograr lo que te pido. Dile la verdad, que la conocerá probablemente, sin duda alguna, dile que fui reclutado por el MI-6 y no por ti ni por nadie en Washington, porque no hay allí muchas personas en las que pueda confiar. Dile que afirmo tener información sobre Sangre de Niña y que sólo pienso revelársela a él, ya que el agente británico que me reclutó fue asesinado. No se negará; hace muy buenas migas con los ingleses... Hasta puedes exagerar la nota y decirle que aunque ahora no trabajemos juntos, fui realmente bueno en mi trabajo y que es muy posible que sepa algo... Ahí tienes el teléfono, Henry. ¡Hazlo!

El jefe del servicio de contraespionaje de la Armada hizo lo que Tyrell le pedía; sus palabras tenían la mezcla apropiada de alarma, urgencia y respeto. Cuando acabó, Tyrell se lo llevó aparte y le entregó un papelito.

-Este es el número de un teléfono de París -dijo Tyrell-. Ponte en contacto con el Deuxiéme Bureau y diles que lo pongan bajo vigilancia... absoluta.

-¿De quién es?

-Un número al que llama Bajaratt. Eso es todo lo que tienes que saber. Y eso es todo lo que pienso contarte.

El taxista cogió la curva en Georgetown, esa distinguida zona residencial de Washington en la que vive lo más selecto de la capital. La imponente mansión de cuatro plantas, construida con piedra caliza de color rojizo, se alzaba en todo lo alto de un inmenso jardín cubierto de césped, que se extendía por la ladera de una colina, cortada en tres terrazas. Destacaba en el edificio la entrada de ladrillo, brillantemente iluminada, con su reluciente puerta esmaltada en negro, con adornos de cobre, que refulgían bajo las luces. Los peldaños de la escalinata de hormigón armado estaban pintadas de blanco, y blanco era también el esmalte de sus barandillas. Era evidente que todo estaba pensado para que el escalador nocturno tuviese una buena visibilidad. Hawthorne pagó al taxista y se apeó del automóvil.

-¿Quiere que le espere, señor? -preguntó el conductor, contemplando la informal vestimenta de Tyrell, con su chaqueta safari y su cuello abierto, pensando evidentemente en que eran las tantas de la noche y en que aquélla era la mansión del secretario de Estado.

-No sé cuánto tiempo me quedaré -contestó Hawthorne, frunciendo el entrecejo-, pero ha tenido una buena idea. Si está libre, ¿por qué no vuelve, digamos, dentro de tres cuartos de hora? Imagino que será suficiente. -Tyrell se metió la mano en el bolsillo, sacó un billete de diez dólares y se lo ofreció al conductor metiéndoselo por la ventanilla-. Tómese algo; y si no estoy aquí, váyase.

-Es una noche un tanto floja; le esperaré un rato.

-¡Gracias!

Hawthorne empezó a subir las escaleras, asombrado en los primeros instantes, ya que se preguntaba por qué alguien que sobrepasaba los cincuenta vivía en un lugar como ése, en el que era necesario tener una preparación de alpinista para alcanzar la puerta principal. Pero en seguida obtuvo respuesta a su callada pregunta. Una gran escalera mecánica conducía hasta el porche de ladrillos; al lado había un tubo de metal por el que pasaba la corriente. El secretario Palisser no era tan idiota como parecía en lo concerniente a las comodidades humanas; no era idiota en un montón de cosas. Tyrell no era precisa-mente admirador de la jerarquía gobernante de Washington, no por motivos políticos, sino simplemente por principios generales, pero Bruce Palisser parecía estar por encima de la mayoría de los mortales. Hawthorne no sabía mucho de él, pero por lo que había leído en los periódicos y por las veces que le había visto en las ruedas de Prensa que daba por televisión, el secretario parecía distinguirse por una mente ágil, una ingeniosidad placentera y hasta incluso un cierto sentido del humor. Tyrell sospechaba de todos los políticos que carecían de esas cualidades. De cualquier parte. De cualquier país. Sin embargo, en esos momentos estaba muy receloso con el secretario de Estado, de que tenía tremendas sospechas. ¿Por qué había hecho lo que hizo por Nils van Nostrand, amigo y anfitrión de la terrorista Bajaratt?

La reluciente aldaba de cobre era más un ornamento que un instrumento práctico, por lo que Tyrell apretó el iluminado timbre que había junto al marco de la puerta. A los pocos instantes le abrió la pesada puerta el propio Palisser, en mangas de camisa. Hawthorne reconoció en seguida sus familiares rasgos, con su nariz aguileña y sus facciones bien perfiladas, bajo una corona de ondulados cabellos grises. Sus pantalones, sin embargo, eran la antítesis de su fama de hombre elegante, pues llevaba puestos unos vaqueros que habían debido ser azules y que estaban recortados a la altura de las rodillas.

-La verdad es que tiene un par de huevos, capitán; no tenía más remedio que decírselo -le espetó el secretario-. Entre y mientras nos dirigimos a la cocina empiece a contarme. ¿Por qué no fue a ver al director de la CIA o al de la DIA o al del G-2 o a su maldito superior, el capitán Stevens de Información naval?

-No es mi superior, señor secretario.

-!Oh sí! -dijo Palisser, deteniéndose en el vestíbulo y mirando de reojo a Tyrell-. Algo me dijo acerca de los ingleses, del MI-6 británico, según creo. Y bien, ¿por qué no se puso en contacto con ellos?

-No confio en Tower Street.

-¿Que usted no confia en...?

-Tampoco confio en la NI, ni en la CIA, ni en la DIA, ni en cómo demonios las llame usted, señor secretario; están infiltradas.

-¡Dios mío, usted es un caso serio!

-No he venido a imponerle mis opiniones, Palisser.

-¿Y ahora Palisser a secas...? Bien, me imagino que eso resulta refrescante. Pase, estoy preparando café.

Entraron por una puerta oscilante de roble a una enorme cocina pintada de blanco, con una sólida mesa de carnicero colocada en el centro; al fondo, dentro de una alacena empotrada, se veía una anticuada máquina de hacer café; el pote estaba hirviendo.

-Todos tienen esos cacharros de plástico, que te dan el café gota a gota y te dicen la hora y te indican cuántas tazas vas a hacer y exhiben unos mandos que no entiendo, pero ninguna de esas cafeteras te llena el cuarto con ese aroma maravilloso del café de verdad. ¿Cómo le gusta?

-Solo, señor.

-La primera cosa decente que ha dicho -comentó el secretario, sirviendo los cafés-. Y bien, cuénteme ahora para qué ha venido, joven. Le admito lo de las filtraciones, pero podría haber regresado a Londres, a hablar con la cúpula, tal como yo lo veo. No iba a tener problemas con un hombre como ése.

-Tengo problemas con todas las comunicaciones que puedan ser interceptadas desde dentro.

-Ya veo. Y bien, ¿qué sabe de Sangre de Niña y por qué sólo me lo puede decir a mí... personalmente?

-Esa mujer está aquí...

-Lo sé, todos lo sabemos. El presidente no podía estar más seguro.

-Pero no es ésa la razón de por qué he insistido en verle... personalmente.

-Usted es un presuntuoso hijo de puta, capitán, y para colmo, importuno. ¡Cuénteme!

-¿Por qué ayudó a Nils van Nostrand a salir del país de un modo que sólo puede calificarse de altamente confidencial?

-¡Se está pasando de la raya, Hawthorne! -gritó el secretario, dando un puñetazo sobre la mesa-. ¿Cómo se atreve a entrometerse en cuestiones altamente secretas propias de la secretaría de Estado?

-Van Nostrand intentó asesinarme hace menos de siete horas. Creo que eso me da derecho a «atreverme» cuanto quiera.

-¿Qué está diciendo?

-No he hecho más que empezar. ¿Sabe dónde se encuentra en estos momentos Van Nostrand?

Palisser se quedó mirando fijamente a Tyrell; su preocupación se convirtió rápidamente en miedo; y su miedo empezó a transformarse en pánico. Se puso en pie de un salto, derramó el café y se precipitó hacia el teléfono que había en la pared; el teléfono tenía numerosos botones en el panel. Apretó uno varias veces, con furia.

-Janet! -gritó-. ¿He recibido alguna llamada esta noche?... ¿Y por qué demonios no me lo has dicho? Está bien, está bien, no me he fijado... ¿Qué pasa con él? ¡Santo cielo...!

-El secretario colgó lentamente el teléfono y su mirada de miedo se cruzó con la de Hawthorne-. No apareció por Charlotte -susurró, como si le hubiesen preguntado algo-. Yo había salido... a mi club.... y luego llamaron los de seguridad del Pentágono.... ¿Qué ha ocurrido?

-Le responderé a su pregunta si usted responde a la mía.

-¡No tiene ningún derecho!

-Pues entonces me marcharé -dijo Tyrell, levantándose de su silla.

-¡Siéntese!

Palisser regresó a la mesa, apartó su silla y tiró el café al suelo con el dorso de la mano.

-¡Respóndame!

-¡Respóndame usted a mí! -replicó Hawthorne, que aún seguía de pie.

-Está bien. Siéntese, por favor... -Tye se sentó, mientras advertía la repentina expresión de consternación en el rostro del secretario de Estado-. Me aproveché de mi posición por motivos personales que en nada comprometen a la secretaría de Estado.

-Eso es algo que no puede saber, señor secretario.

-¡Lo sé! ¡Lo que usted no sabe es todo lo que ha pasado ese hombre y cuánto ha hecho por su país!

-Si ésa es su explicación de por qué hizo lo que hizo, creo que seria mejor que me lo contase.

-¿Y quién demonios es usted?

-Aunque no sea nada más, soy la persona que puede dar res-puesta a su pregunta.... ¿No le gustaría saber lo que ha ocurrido? ¿Por qué Van Nostrand no se presentó en Charlotte?

-Claro que me gustaría -dijo Palisser-. Hay por ahí un furibundo general de brigada del servicio de contraespionaje del Ejército que piensa que soy un cero a la izquierda en las cuestiones relacionadas con los servicios secretos.... Está bien, capitán, se lo contaré, pero tendrá que quedar entre nosotros, a menos de que me dé fundadas razones para lo contrario. No me gustaría sacrificar a un hombre exquisito y a la mujer que ama en aras de una bazofia sin fundamento urdida por nuestros espías.

-Adelante.

-Hace años, cuando vivió en Europa, Nils estuvo casado y su matrimonio se vino abajo; no viene al caso de quién fue la culpa, el caso es que se divorciaron. Conoció y se enamoró de la mujer de un político, un personaje muy conocido a nivel nacional, de una mujer maltratada, debo añadir, y el caso es que ambos tuvieron una hija, una joven que ahora, a los veintidós años de edad, se está muriendo...

Hawthorne se echó contra el respaldo de la silla y escuchó con expresión inescrutable el relato del secretario hasta que éste terminó su retahíla de amor, traición y venganza. Luego se sonrió.

-Mi hermano menor, Marc, diría probablemente que eso está sacado del más puro siglo xix de la vieja Rusia, tal como lo describen Tolstói y Chéjov. Yo diría que son patrañas. ¿Se le ha ocurrido verificar si estuvo casado en Europa?

-¡Santo cielo, claro que no! Van Nostrand es una de las personas más respetables e incluso venerables que he conocido en mi vida. ¡Ha sido consejero de empresas, de secretarías y hasta de presidentes!

-Si hubo algún matrimonio, constaría únicamente en actas, para cubrir las apariencias; y si en verdad hubo alguna vez una hija, Van Nostrand no era de los que se casan. Le ha tomado el pelo, señor secretario, y ahora me pregunto a cuántos más habrá embaucado.

-¡Explíquese! ¡No me ha explicado nada!

-Eso vendrá después, pero ahora le debo mi respuesta a su pregunta... Van Nostrand ha muerto, señor secretario, de un disparo mientras estaba dando la orden para que me ejecutasen.

-¡No le creo!

-Puede creerlo, porque es la verdad... y Sangre de Niña estaba en esos momentos al otro lado del camino, en una de las casas que tiene para sus invitados.

-¿Qué ha ocurrido, signora? ¿Por qué asesinaron a ese hombre?

El joven estibador se quedó callado, harto de hacer preguntas, encolerizado, y de repente apartó la mirada de aquella carretera de Virginia y se volvió hacia Bajaratt.

-¡0h, Dios mío, fuiste tú!

-Te has vuelto loco? ¡Estaba escribiendo cartas mientras tú veías la televisión en el dormitorio, con el volumen tan alto que apenas podía concentrarme!... Oí decir a un policía que había sido un marido celoso; el muerto estaba enredado con su mujer.

-Siempre tienes excusas para todo, te sobran las explicaciones, contessa Cabrini. ¿Cuál de ellas he de aceptar?

-¡Aceptarás la que yo te diga o volverás a Portici para que te asesinen en los muelles, junto con tu madre, tu hermano y tu hermana! ¿Capisce?

Nicolo permaneció un rato callado; con la cabeza pegada contra la ventanilla, para ocultar entre las sombras su rostro, que estaba rojo de ira.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó finalmente.

-Meternos por alguna parte en el bosque, donde sea oscuro y no nos puedan ver. Descansaremos unas cuantas horas y luego, por la mañana temprano, recogerás en el hotel el resto de nuestro equipaje. Volveremos a interpretar nuestros papeles de Dante Paolo y su tía, la contessa... ¡Mira! Allí hay un campo lleno de hierba, alta como la que crece al pie de los Pirineos. ¡Métete por ahí!

Nicolo giró el volante con tal violencia, que Bajaratt salió despedida contra la puerta. Frunciendo el entrecejo, la mujer se quedó estudiándolo.

El secretario de Estado Bruce Palisser se levantó de la mesa de carnicero, tirando su silla contra el suelo.

-¿Nils ha muerto?

-El capitán Stevens todavía estará en su despacho. Llame a su vigilante y pídale que le comunique con él; se lo confirmará.

-¡0h, Dios mío!, usted no afirmaría una cosa tan terrible o inconcebible... si no tuviese pruebas de lo que dice.

-Eso nos llevaría un montón de tiempo, señor secretario, y a mi entender no hay tiempo que perder.

-Yo... yo no sé qué decir -balbuceó Palisser, que ahora aparentaba ser mucho más viejo de lo que era en realidad, mientras se agachaba aparatosamente y enderezaba la silla-. Todo es tan increíble.

-Eso se debe a que es real -dijo Hawthorne-. Porque toda esa gente resulta increíble. Aquí y en Londres y en París y en Jerusalén. No les preocupa disponer o no de la bomba atómica, de armamento nuclear y de cosas por el estilo, pues no tienen necesidad de ellas; les resultarían contraproducentes. Desencadenan su espíritu de venganza mediante la inestabilidad, mediante el caos. Y queramos aceptarlo o no, lo pueden hacer.

-¡No pueden! ¡Esa mujer no puede!

-El tiempo actúa de su parte, señor secretario. El presidente no puede vivir como si estuviese dentro de un congelador. En algún momento y en alguna parte tendrá que asomar la cabeza allí donde ella pueda acercársele y asesinarle; y mientras comienza su cuenta atrás, en Londres, en París y en Jerusalén están preparando los atentados contra los otros dignatarios. ¡Esa gente no es estúpida, métaselo en la cabeza!

-Tampoco lo soy yo, capitán. ¿Qué más hay? ¿Qué se está reservando?

-Es imposible que Van Nostrand se haya dirigido únicamente a usted para llevar a cabo lo que estaba intentando hacer. Tiene que haber otros.

-¿Qué pretende decir?

-Usted dijo que pensaba abandonar el país y no regresar jamás.

-Eso es cierto. Fue lo que él dijo.

-Y todo ocurrió precipitadamente, en un par de días, incluido usted.

-Incluido él; y se trataba prácticamente de una cuestión de horas, tan sólo de horas. Tenía que irse a Europa inmediatamente, antes de que ese hijo de puta del marido supiese que él estaba allí. ¡Esa fue la historia que me contó! Tenía que ver a su hija antes de que muriera y llevarse a la madre y a la hija, para estar con la mujer a la que amaba por encima de todas las cosas.

-Eso forma parte de lo que me preocupa -dijo Hawthorne-. Las cosas. Empecemos con esa insignificante finca de Van Nostrand; ¡vale millones!

-Creo haberle oído decir que la había vendido...

-¿En un par de días, por no hablar ya de horas?

-No fue muy claro al respecto, ni yo esperaba tampoco que lo fuera.

-¿Y las propiedades que ha debido tener por todas partes? Sumarán millones, miles de millones. Un hombre como Van Nostrand no abandona todo eso sin dejar las cosas bien claras; y para eso se necesita tiempo, muchísimo tiempo, no un par de días.

-Usted está algo desfasado, capitán. Vivimos en la era de los ordenadores y de los contratos legalizados que se envían a cualquier parte del mundo de forma instantánea. Los abogados y las instituciones financieras se ocupan de esos asuntos a diario; los capitales cruzan los océanos, en viajes de ida y vuelta con incrementos de millones por minuto.

-¿Y todo eso no se puede detectar?

-En su inmensa mayoría, sí. Los gobiernos se las ven y las desean para no perder los impuestos que se les escapan de esa forma.

-Pero usted dijo que Van Nostrand estaba a punto de desaparecer, que tenía que desaparecer. Tenía que borrar todas las huellas que pudiesen conducir a su nuevo paradero, ¿no es así?

-¡Maldita sea, imagino que lo haría! ¿Así que...?

-Así que necesitaba a alguien que le ayudase a ocultar cualquier transacción que pudiese revelar su identidad y su paradero... En mi vida anterior, señor secretario, aprendí que los astutos evitan hacer tratos con los criminales que podrían solucionarles sus asuntos; y eso no lo hacen por cuestiones de índole moral, sino simplemente para evitar futuras extorsiones. Así que se dirigen a personas altamente respetables, a quienes convencen o corrompen para que hagan lo que ellos quieren que hagan.

-¡Descarado hijo de puta! -gritó Palisser, sin poder contenerse, echando chispas por los ojos y haciendo ademán de levantarse-. ¿Está insinuando acaso que me han sobornado...?

-¡Dios mío, no! A usted lo convencieron -le interrumpió Tyrell-. Usted no está mintiendo, usted se creyó la mentira, al pie de la letra. Lo que quiero decirle es otra cosa, ya que alguien con idénticas atribuciones que usted ha debido facilitarle su desaparición, ayudarle a que desapareciese realmente, eliminando todo rastro en los archivos.

-¿Y quién demonios pudo haber hecho eso? ¿Quién iba a querer hacerlo?

-Otro ministro Palisser, quizá, convencido de que estaba obrando bien... Por cierto, ¿le suministró usted un pasaporte falso?

-¡Santo cielo, no! ¿Por qué iba a hacerlo? No me lo pidió en ningún momento.

-Pues en mi vida pasada los tuve por docenas. Nombre falso, falsa profesión, historial falso, fotografía falsa. Los necesitaba, porque mi yo real tenía que desaparecer.

-Si, el capitán Stevens me dijo que usted fue un agente realmente excepcional.

-Se le ha tenido que revolver el estómago cuando se lo dijo, pero... ¿sabe para qué necesitaba todos esos documentos falsos?

-Usted mismo ha respondido su pregunta. El capitán Hawthorne tenía que desaparecer y otro tenía que ocupar su puesto -dijo Palisser con un gesto de asentimiento-. Van Nostrand necesitaba otro pasaporte, ya que para desaparecer tenía que llevar alguno.

-Dos tantos para el secretario de Estado.

-Es usted un joven insolente.

-Trato de serlo. Estoy muy bien pagado y hago las cosas lo mejor que puedo cuando la gente me paga bien.

-No quiero tratar de comprender sus sórdidas justificaciones, señor Hawthorne, pero creo que esta vez sé a dónde quiere ir a parar. Tan sólo la secretaría de Estado puede expedir un pasaporte válido y como afirma que Van Nostrand necesitaba uno falso, ¿donde iba a conseguirlo?

-Respondiendo a su pregunta: en una agencia o departamento gubernamentales, al más alto nivel, donde posean los medios técnicos necesarios para reproducir la tecnología de su secretaría.

-¡Eso es corrupción!

-0 convicción, señor. Usted no fue corrompido -Tyrell hizo una pausa-. Y una última pregunta, señor secretario, y quizás una que no debería hacer, pero que quiero hacer, que tengo que hacer. ¿Tiene usted alguna idea de cómo fui a parar en Puerto Rico al avión privado de Van Nostrand, dirigiéndome así, como le he dicho hace un momento, a mi propia ejecución?

-Ni siquiera he pensado en eso. Supongo que el capitán Stevens estaría envuelto; al parecer, es su hombre de enlace en los Estados Unidos, ya que no es su superior.

-Henry Stevens se pegó un susto de muerte cuando le llamé para decirle que estaba aquí, ya que no podía entender lo que había sucedido. El reducido círculo de los perseguidores de Sangre de Niña controlaban en todo momento mis movimientos, cuando yo dejaba que me controlasen. Pero eso tenía que ser conocido, ya que fui despachado por algún miembro de la más alta jerarquía. Esa persona le eludió a usted y se saltó por las buenas todos los servicios de Información para hacer que me Llegase una carta de Van Nostrand, cuyas instrucciones tenía que seguir. Piqué el anzuelo y de no haber sido por dos personas francamente extraordinarias, ahora yo sería un cadáver enterrado en Fairfax y su santo Van Nostrand estaría aterrizando en Bruselas, dejando atrás a Bajaratt en libertad de operar desde su finca.

-¿Quién hizo eso? ¿Quién se puso en contacto con usted?

-Howard Davenport, el secretario de Defensa.

-¡No puedo creerlo! -gritó Palisser-. ¡Es una de las personas más honorables que he conocido en mi vida! ¡Usted está mintiendo, cerdo granuja, usted ha ido demasiado lejos! ¡Fuera de mi casa!

Hawthorne se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta safari y se sacó el sobre con la carta de Van Nostrand; resaltaba en el sobre el sello roto de la parte lacrada.

-Usted es el secretario de Estado, señor Palisser. Usted puede llamar a cualquiera en cualquier parte del mundo. ¿Por qué no localiza al jefe de información naval de la base de Puerto Rico? Pregúntele cómo me llegó esa carta y a quién tuvo que dar parte de que el sobre había llegado a su destinatario.

-¡Oh, Dios mío...! -balbuceó Bruce Palisser, echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos-. Somos un gobierno de oportunistas o de tibios reformistas o de mentalidades

inconsecuentes y, con frecuencia, de depredadores que no tienen ningún derecho a gobernar. ¡Pero ahí no está incluido Davenport! Howard jamás pudo hacer lo que hizo por el lucro personal. ¡No sabría lo que estaba haciendo!

-Tampoco usted, señor.

-Gracias por recordármelo, capitán -dijo el secretario, enderezándose y mirando con fijeza a Tyrell-. Acepto lo que usted me ha dicho...

-Eso lo quiero por escrito -dijo Hawthorne, sin permitir que el otro terminase su frase.

-¿Por qué?

-Porque Van Nostrand es nuestro único vínculo con Bajaratt; y si presuponemos que aún no sabe que está muerto, esa mujer tratará de ponerse en contacto con él.

-Con eso no ha respondido a mi pregunta. No se trata de que me niegue a llamar al capitán Stevens para que me ratifique todo lo que usted me ha dicho; pero, le pregunto de nuevo: ¿por qué?

-Porque quisiera utilizar su nombre por toda esta ciudad con el fin de poder bajar las escaleras que me conduzcan hasta Sangre de Niña y no desearía pasarme treinta años en Leavenworth por uso ilegal de nombre falso.

-En ese caso creo que deberíamos discutir juntos el plan de trabajo que usted propone, capitán.

Sonó entonces el teléfono, interrumpiendo a los dos hombres. El secretario se levantó de su silla y se dirigió rápidamente hacia el teléfono, sin apartar la mirada del tablero de mandos.

-Aquí Palisser, ¿qué ocurre?... ¿Que él... qué? -gritó el secretario, poniéndose pálido-. ¡Eso que me dice es absurdo!

Palisser se volvió entonces hacia Hawthorne.

-¡Howard Davenport acaba de suicidarse! La criada lo ha encontrado....

-¿Suicidio? -lo interrumpió cortésmente Tyrell-. ¿Quiere apostar algo a que no lo es?

CAPÍTULO XXII

Bajaratt, con el rostro cubierto por un negro velo de encaje, estaba sentada sola a la mesa en la habitación de un hotel apartado y barato, que eligieron a toda prisa. Había llamado al senador de Michigan, alegando estar agotada por el alud de llamadas telefónicas que había recibido a su hotel anterior y añadiendo que aquella mudanza de un día a la finca de un conocido había resultado incluso más extenuante, ya que su amigo se reveló como el monarca indiscutible de los convencionalismos y de las frivolidades sociales.

-Creo que me mencionó que estaba abrumada de trabajo -había dicho Nesbitt-. Es por eso por lo que le sugerí que hiciese uso de mi oficina y de mis empleados.

-Y creo haberle explicado por qué eso era imposible.

-Sí, lo hizo, y no puedo reprochar al barón. Esta ciudad es una vorágine, quizás una cloaca, de intrusos, de gente que se entromete donde no debiera.

-Entonces quizá podría ayudar a Dante Paolo y a mí misma.

-En todo lo que pueda, condesa, ya lo sabe.

-¿Hay por allí algún hotel que no pueda recomendar y que no sea, digamos, un centro de actividad, pero que reúna al mismo tiempo las condiciones que exigimos?

-Hay uno en el que he pensado inmediatamente -contestó el legislador de Michigan-. El Carillon. Por regla general, está repleto, pero ahora estamos en los meses de verano y los turistas apenas pueden permitirse el lujo de alojarse allí. Lo arreglaré todo, si lo desea.

-El barón será puesto al corriente de su gentileza y su cooperación.

-Sabré apreciarlo. ¿Hago la reserva a su propio nombre o preferiría el incógnito?

-¡Oh!, no me gustaría hacer nada que fuese ilegal...

-Eso no es ilegal, condesa, es su derecho, si así lo quiere. Nuestros hoteles solamente están interesados en cobrar; no les preocupa el anonimato legítimo. Mi oficina saldrá garante de su solidez. ¿Qué nombre desea utilizar?

-Me siento tan, ¿cómo lo diría?, deshonesta haciendo tales cosas.

-No piense en eso, ya que no lo es. ¿Qué nombre pongo?

-Supongo que tendría que ser un nombre italiano... Utilizaré el mío propio, sin lo de contessa. Balzini, senador. La señora Balzini y su sobrino.

-Así se hará. ¿A dónde puedo llamarla de nuevo?

-Sería... sería mejor que yo le llamase.

-Concédame quince minutos.

-¡Oh, es usted maravilloso!

-No quiero presionarla en ese punto, pero le quedaría muy agradecido si usted le dijese eso al barón.

-¡*Per certo, signore*!

El nuevo y distinguido hotel resultaba perfecto, cosa de la que Bajaratt pudo darse cuenta inmediatamente cuando reconoció a cuatro miembros de la familia real saudí, vestidos al estilo occidental en Savile Row. En otros tiempos les hubiese pegado un par de tiros en el mismo momento de verlos y hubiese salido corriendo, pero ahora las apuestas eran muy altas y las ganancias previsibles eran magníficas, así que saludó educadamente cuando el cuarto de los herederos de la dinastía saudí pasó por su lado en el vestíbulo.

-¡Nicolo! -gritó, levantándose de la mesa en el saloncito de la suite al advertir de repente que uno de los botones del teléfono estaba encendido-. ¿Qué estás haciendo?

-¡Estoy llamando a Angel, Cabi! -contestó el joven desde el dormitorio-. Me dejó el número de teléfono de su estudio.

-Haz el favor de colgar, querido -dijo Bajaratt, precipitándose hacia la puerta del dormitorio y abriéndola-. Me temo que has de hacer lo que yo te mande.

El joven obedeció enfurecido, sin poder ocultar su aturdimiento.

-No contesta. Me dijo que tenía que dejar que el teléfono sonase cinco veces para poder grabar mi mensaje.

-¿Le has dejado un mensaje?

-No, tan sólo había sonado tres veces cuando me has gritado.

-Bene. Siento haberte hablado con tanta dureza, pero no debes utilizar jamás el teléfono sin habérmelo comunicado antes y sin que yo te lo haya autorizado.

-¿Utilizar el teléfono...? ¿Y a quién más voy a llamar? ¿Estás celosa...?

-Mira, Nico, puedes acostarte con una princesa o con una puta o con una mona, que todo eso me tiene sin cuidado, pero no puedes efectuar llamadas que podrían ser utilizadas para dar con nuestro paradero.

-Me dijiste que la llamara cuando estábamos en el otro hotel...

-Allí nos habíamos registrado con los nombres que estamos utilizando, pero aquí no.

-No entiendo...

-No tienes por qué entenderlo; eso no forma parte de nuestro contrato.

-¡Pero le prometí que la llamaría!

-¿Que tú le prometiste...?

Librodot

Bajaratt se quedó pensativa mientras contemplaba al joven estibador de Portici. Nicolo se había estado comportando de una forma extraña y rebelde, llevándole la contraria, con breves explosiones temperamentales, como un joven animal enjaulado que estuviese cada vez más hastiado de su confinamiento. Eso era, tenía que aflojar las restricciones. En esos momentos, cuando se encontraba tan cerca de su maravilloso asesinato, sería estúpido tener al lado a un mozo de cuerda cada vez más resentido. Por lo demás, había una llamada que tenía que hacer, y como a ésa podrían seguir otras más, configurando así una «pauta de comportamiento» algo contra lo que la había prevenido Van Nostrand, no debería hacerla desde el teléfono del hotel.

-Tienes razón, Nico, he sido demasiado estricta. Te diré lo que vamos a hacer. Necesito comprar algunas cosas en la farmacia que está al otro lado de la calle, así que bajaré y tú disfrutarás de tu intimidad. Llama a tu bella regazza, pero no le des el número de aquí ni el nombre del hotel. Dile la verdad, Nico, pues no debes mentir a tu querida amiga. Si tienes que dejarle un mensaje, dile que andamos de viaje y que la volverás a llamar más tarde.

-Pero si acabamos de llegar.

-Ha ocurrido algo; nuestros planes han cambiado.

-¡Madre di Dio! ¿Y qué pasará ahora...? Ya sé, ya sé; eso no forma parte de nuestro contrato. Si alguna vez regresamos a Portici, tendría que llevarte a ver a Ennio Di Coltello. Infunde miedo a cualquiera, pues se dice que es un asesino; se dedica a rebanarle el gaznate a la gente con su cuchillo cuando está enfadado; y nadie sabe jamás quién será el próximo ni cuál será su siguiente ocurrencia. Creo, Cabi, que ese tipo te infundirá miedo.

-Así fue, Nico -dijo tranquilamente Bajaratt con una sonrisita-. El fue quien me ayudó a encontrarte, pero ninguno de los que trabajan en el puerto tiene ahora motivos para seguir temiéndolo.

-¿Che?

-Está muerto... Haz esa llamada a tu hermosa actriz, Nicolo. Regresaré en un cuarto de hora.

Bajaratt recogió su bolso de una silla, se encaminó hacia la puerta, se ajustó el velo y salió de la habitación.

Sola en el ascensor, se repitió en silencio el número del teléfono que le había dado Van Nostrand, el número que ahora estaba programado para que pudiese ponerse en contacto con Escorpión Uno. La orden que le pensaba dar tenía que ser obedecida sin rechistar y dentro de veinticuatro horas, preferiblemente antes. Si advertía la más mínima vacilación, la ira del valle de la Bekaa y muy particularmente de la brigada Askelón caería sobre toda la dirección de los escorpiones. ¡Muerte a todos aquellos que se interpongan a la brigada Askelón!

Las puertas del ascensor se abrieron y Bajaratt se encontró en el pequeño y distinguido vestíbulo, que cruzó en dirección recta hacia la entrada, adornada con filigranas de oro. Ya en la acera, saludó con un gesto al portero uniformado.

-¿Quiere que le consiga un taxi, señora Balzini?

-No, grazie, pero qué amabilidad de su parte es saber mi nombre.

Bajaratt estudió al hombre a través de su velo.

-Es costumbre del Carillon conocer a sus clientes, señora.

-Muy loable... ¡Qué tarde tan encantadora!, creo que saldré a que me dé un poco el aire.

-Es un día precioso para pasear, señora.

Bajaratt saludó de nuevo con un gesto y se alejó por la acera, deteniéndose ante los escaparates de diversas tiendas, ostensiblemente para admirar los artículos que exhibían, pero en realidad para ver lo que hacía el amable portero, al que espió con miradas casuales cuando hacía como si se estuviese arreglando los cabellos o el velo. No se fiaba de esa clase de empleados amables que podían estar informados de las idas y venidas de los huéspedes del

hotel; había sobornado a demasiados en el pasado. Sus recelos se desvanecieron rápidamente, sin embargo, ya que el portero no dejaba de contemplar a los transeúntes, pero ni una sola vez miró hacia donde estaba ella. Pensó que ése no sería el caso si se hubiese vestido normalmente, sin ese disfraz de matrona que tanto detestaba Nicola. Siguió por la acera hasta que descubrió lo que andaba buscando: una cabina telefónica, situada cerca de la esquina al otro lado de la calle. Se encaminó hacia allí a paso ligero, repitiéndose una vez más el número de ese teléfono que tan importante era para Askelón. ¡Era de vital importancia!

-¿Scorpione Uno? -preguntó en voz baja Bajaratt, pero con la suficiente intensidad como para que pudiesen escucharla a pesar de los ruidos ocasionales de los automóviles que circulaban por aquella calle tan tranquila.

-Supongo que hablará italiano -contestó una voz desafinada y vacilante al otro extremo de la línea.

-Y yo supongo que los numerosos y extraños sonidos que he oído tras marcar este número me hayan puesto en contacto con la persona con que tengo que hablar... en absoluta confidencialidad, sin miedo a que nos puedan estar escuchando.

-Puede suponerlo. ¿Quién habla?

-Soy Bajaratt...

-¡Estaba esperando su llamada! ¿Dónde se encuentra? Tenemos que vernos lo antes posible.

-¿Por qué?

-Nuestro común amigo, que ahora se encuentra en algún lugar de Europa, le dejó un paquete. Dijo que era algo decisivo para su... empresa.

-¿De qué se trata?

-Le di mi palabra de que no lo abriría. Me dijo que era por mi propio bien por lo que no debería conocer el contenido pasase lo que pasase. Me dijo que usted lo entendería.

-Por supuesto. Le podrían interrogar tras suministrarle sustancias químicas, drogas... ¿Así que Van Nostrand salió con vida entonces?

-¿Que salió con vida...?

-Hubo disparos...

-¿Disparos? Yo no sabía na...

-¡Olvídelo!

Bajaratt se quedó callada. ¿Así que los guardias de seguridad de Van Nostrand le habían salvado de morir a manos de Hawthorne? Ahora resultaba que el agente secreto retirado no era adversario para el serpentino Neptuno. Van Nostrand había seguido a Hawthorne y luego lo había mandado arrestar en el Shenandoah Lodge; y sin duda alguna, habría dejado también un par de cadáveres en la finca para implicar a ese metomentodo del contraespionaje naval. ¡Arrestado! ¡Lo había visto con sus propios ojos! ¡Qué delicioso, qué plan tan exquisitamente urdido!

-¿Conque nuestro anterior Escorpión se encuentra a salvo en otro país y no volveremos a tener noticias suyas? -añadió.

-¡Oh, sí! Eso ha sido confirmado -dijo el nuevo Escorpión Uno-. ¿Dónde se encuentra ahora? Le enviaré un automóvil para que la recoja... y al chico también, por supuesto.

-Por muy ansiosa que esté de tener ese paquete -le interrumpió Bajaratt-, hay otro asunto que ha de ser resuelto inmediatamente, ¡inmediatamente! Conocí a un joven, a un periodista pelirrojo de quien habrá leído algo en los periódicos. Se llamaba Reilly y está muerto, pero la información que creía poder venderme es desvastadora para nuestra misión y ha de ser extirpada de raíz.

-¡Dios mío! ¿De qué se trata?

-Un abogado llamado Ingersol, David Ingersol, ha hecho correr la voz entre la chusma de la delincuencia para que busquen a una mujer y a un joven, extranjeros que viajan juntos probablemente, y aquel que los encuentre recibirá una recompensa de cien mil dólares. ¡Esa hez de la tierra asesinaría hasta a su madre y sus hermanos por esa suma! ¡Hay que detener esa búsqueda, hacerla fracasar, hay que matar a ese abogado!... No me importa cómo se haga, pero ha de hacerse con el tiempo suficiente para que la noticia aparezca en los primeros periódicos que se publiquen mañana. ¡Es necesario!

-¡Por Jesucristo! -susurró la voz por el teléfono.

-Son las dos y media de la tarde -prosiguió Bajaratt-. Ese tal Ingersol ha de estar muerto antes de las nueve de esta misma noche o todos los cuchillos del valle de la Bekaa serán utilizados para cortarles las gargantas a todos los escorpiones... Le llamaré por lo de mi paquete cuando haya escuchado la noticia por la radio o la haya visto por televisión. ¡Ciao, Scorpione Uno!

David Ingersol, abogado y recientemente ascendido a Escorpión Uno, aunque sólo fuera de nombre, colgó el negro teléfono de seguridad que tenía una caja fuerte escondida en la pared artesonada que estaba detrás de su escritorio. Miró por la ventana y contempló el despejado cielo azul de Washington. Era increíble. ¡Acababa de recibir la orden de ejecutar su propia sentencia de muerte! ¡Era imposible que le hubiese ocurrido eso, no podía haberle ocurrido! Siempre había estado por encima de la violencia, por encima de las inmundicias; había sido el catalizador, el coordinador, un general que orquestaba los acontecimientos mediante su influencia y su posición, no un hombre metido en las trincheras junto con «la hez de la tierra», como había sabido definir tan precisamente Bajaratt a los escorpiones rasos.

-Los escorpiones. ¡Oh, Dios! ¿Por qué? ¿Por qué lo habría hecho, por qué se habría dejado reclutar tan fácilmente?... La respuesta era demasiado simple, demasiado patética. Su padre, Richard Ingersol, abogado distinguido, juez celebrado por todos, miembro eminente del Tribunal Supremo de Justicia, había sido un hombre... que se dejaba sobornar.

Dickie Ingersol había nacido en medio de unas riquezas que estaban disminuyendo a una velocidad alarmante. Los años treinta no habían sido buenos para los señores de la guerra que tenían sus oficinas en Wall Street; por lo general, aquellos productos de la opulencia heredada se negaban a enterrar los recuerdos de sus inmensas fincas de los años veinte, con legiones de criados, a los que tuvieron que ir renunciando poco a poco, cuando se dieron cuenta de que representaban un lujo que ya no se podían permitir, al igual que no podían permitirse mantener sus limusinas y sus cotillones y sus viajes a Europa para pasar el verano. Era un mundo injusto en el que había entrado, injusto e insostenible, y luego vino la guerra y el fin de la década y muchos de ellos pensaron que había llegado la era de la auténtica confrontación final entre las fuerzas del bien y del mal; y con ella, un estilo de vida que muy pocos estaban dispuestos a abandonar. Se lanzarían al ataque o perecerían entre las llamas; ahora podían llenar los buques de guerra con la aristocracia del cuerpo de oficiales. Muchos de ellos no esperaron a que los llamasen a filas, ni mucho menos a que sucediera lo de Pearl Harbor; algo más que un simple puñado de los de «su pandilla» se alistó en el Ejército británico; todos gente romántica, por encima de la plebe, vestidos con uniformes hechos a medida, todos elegantes y de buen parecer. Como dijera uno de esos Roosevelt (los Roosevelt de la colina de San Juan y de la Bahia de Oyster, no ese traidor a su clase de Hyde Park): «;Dios rnío, si esto es mucho mejor que conducir un "Chevrolet"

Richard Dickie Ingersol fue uno de los primeros en alistarse en el Ejército de Estados Unidos, siendo su objetivo ambicionado llegar a pertenecer al cuerpo de oficiales de las fuerzas aéreas, donde tendría aseguradas las alas en su guerrera. Sin embargo, en el Ejército se enteraron de que Richard Abercrombie Ingersol acababa de aprobar el examen estatal de Derecho en una universidad neoyorquina. Y allí terminaron los sueños de gloria de aquel

fogoso joven de ojos azules; fue destinado al departamento jurídico del Ejército, ya que había carencia de abogados auténticos, siendo desde luego muy pocos los que habían pasado los exámenes con algo más que un simple «aprobado», amén de que no había ninguno que hubiese obtenido su título enfrentándose a un tribunal examinador tan rígido como el de Nueva York.

Dickie Ingersol pasó la guerra como abogado acusador y defensor en los tribunales militares desde el norte de Africa hasta el sur del Pacífico, maldiciendo cada minuto que invertía en su trabajo. Finalmente, Estados Unidos ganó la guerra en ambas partes del globo y Dickie se encontró en el Lejano Oriente; el Japón había sido ocupado y los juicios por crímenes de guerra se celebraban con gran abundancia. Muchos de los enemigos fueron procesados y ahorcados gracias a las agresivas acusaciones de Ingersol, Y entonces, un buen día, un sábado por la mañana, encontrándose en su despacho de oficiales en Tokyo, recibió una llamada de Nueva York. La herencia familiar se había esfumado; nada había quedado de su fortuna, salvo la bancarrota y la ignominia; un modo de vida había desaparecido.

Pero el Ejército se lo debía, según creía Dickie; la nación misma se lo debía; se lo debía a toda su clase, que había dirigido el país desde los comienzos. Así que empezaron los tratos secretos y docenas de «criminales de guerra» fueron exculpados o vieron reducidas sus condenas a cambio de dinero japonés que fluía a discretas cuentas bancarias en Suiza como prueba de agradecimiento de las grandes familias industriales de Tokyo, Osaka y Kyoto. Y junto con esos pagos le enviaban también los documentos de «participación» en las futuras empresas, que ya estaban siendo proyectadas y que se elevarían un buen día como una bandada de aves fénix sobre los escombros de lo que fuera el Japón derrotado.

De vuelta en Estados Unidos y de nuevo asegurada su fortuna, Ingersol tiró por la borda el apodo de Dickie, se convirtió en Richard y fundó su propio bufete de abogados con un capital inicial que superaba con creces al de cualquier otro jurisconsulto de su edad en la ciudad de Nueva York. Hizo carrera a una velocidad vertiginosa; los hombres de las alturas celebraron el regreso de uno de los suyos, aplaudieron cuando el Tribunal de Casación de segunda instancia lo nombró juez y gritaron de regocijo cuando el Senado lo ratificó como miembro del Tribunal Supremo de Justicia. Uno de los de «su pandilla» lo había lo-grado, había reafirmado el puesto que les correspondía por derecho propio en las alturas celestiales de la jurisprudencia.

Y entonces, un buen día, años después, de aquello hacía ya muchos años, también en un sábado por la mañana, un hombre que se hacía pasar a secas por el «señor Neptuno» se presentó en la casa que tenía David en McLean, Virginia, y pidió ver al hijo del ilustre juez asociado Ingersol. En aquel entonces todo favorecía al buen Ingersol: la excelente reputación de su familia, su brillante carrera y sus relaciones en los medios jurídicos; era el socio más solicitado de la Ingersol and White, un respetabilísimo bufete de abogados con sede en Washington; aun cuando era sabido que el hijo jamás defendería un caso ante el Tribunal Supremo del país, la mayoría de sus clientes no pensaba que aquello fuese realmente necesario, pues sabían que sus demandas llegarían hasta los oídos apropiados. El inesperado visitante que se presentó en la mansión de McLean fue admitido amablemente por la esposa de David, ya que su elegancia le hizo olvidar el hecho de que aquel hombre hubiese aparecido sin haberse anunciado.

El señor Neptuno preguntó cortésmente al joven y brillante abogado si le podría conceder unos cuantos minutos de su tiempo para discutir un asunto por demás urgente, alegando que no había podido permitirse el lujo de perder ni un solo segundo en buscar el número de teléfono de Ingersol, que, por otra parte, no había sido publicado en la guía. Se trataba de una emergencia relacionada con su padre.

Una vez a solas en el despacho de David, el forastero le mostró un fajo de informes financieros que provenían del sanctasanctórum de uno de los bancos más antiguos de la ciudad suiza de Berna. En aquella carpeta no sólo estaba encerrada la historia de los primeros depósitos japoneses, que se remontaban al año 1946, sino que también incluía pagos

Librodot

corrientes y actuales a la cuenta «cero-cero-cinco-siete-dos mil», en los que se revelaba y documentaba que el juez asociado Richard A. Ingersol, miembro del Tribunal Supremo de Justicia de Estados Unidos, era el destinatario de los mismos. Esos pagos habían sido efectuados por muchas compañías japonesas, todas poderosísimas, así como por algunos consorcios internacionales controlados por los japoneses. Finalmente, adjunto a los documentos de aquella carpeta, se encontraba una relación detallada de las decisiones tomadas por el juez Ingersol a favor de esas compañías y de esos consorcios en asuntos relacionados con sus operaciones en Estados Unidos.

La «solución» de Neptuno fue tan clara como concisa. 0 bien David se unía a una organización extraordinariamente selecta y restringida o «los de arriba» se verían obligados a hacer pública toda la historia sobre la fortuna amasada por Richard Ingersol después de la guerra, así como sus actividades en el Tribunal Supremo de Justicia, con lo que quedarían destrozadas las vidas tanto del padre como del hijo. No tenía ninguna otra opción; el hijo pidió cuentas al padre, que dimitió de su cargo en el Tribunal Supremo alegando debilidad física y pérdida de dotes intelectuales, un estado de extenuación que exigía una vida más activa después de un período de descanso. Sus explicaciones adquirieron un carácter tan universal, que el juez Ingersol fue aclamado por su valentía y su franqueza, lo que abrió un debate sobre cuestiones similares en torno a varios otros miembros del vetusto y controvertido Tribunal Supremo.

En realidad, Ingersol padre, se fue a vivir a la Costa del Sol, al sur de España, y su «vida más activa» se centró en el golf, en la cría de caballos, en el croquet y en la pesca de altura, junto con las grandes cenas y los bailes estilo colonial. Desde el punto de vista del comportamiento, aunque no del geográfico, Dickie regresaba a casa. Y David Ingersol, el hijo, se convertía en Escorpión Tres.

Y ahora, como Escorpión Uno, había recibido su propia sentencia de muerte. ¡Demencial! David conectó el intercomunicador que tenía sobre su escritorio.

-Jacqueline, encárguese de todas las llamadas y cancele todos los compromisos que pueda tener para el resto del día. Llame a los clientes y dígales que ha surgido una emergencia que no tengo más remedio que atender.

-Así lo haré, señor Ingersol... ¿Hay algo en que pueda ayudarle?

-Me temo que no... Pero, sí, hay algo. Llame a una agencia de alquiler de coches y dígales que me traigan uno inmediatamente. Bajaré a recogerlo dentro de quince minutos ante la entrada lateral.

-Su limusina está en el garaje, señor, y su chófer está en el cuarto del archivo...

-Esto es un asunto personal, Jackie. Utilizaré el montacargas.

-Entiendo, David.

El abogado se dirigió al teléfono que tenía oculto en el nicho de la pared de artesonado de madera. Lo sacó y marcó unos números; tras escuchar una serie de señales, Ingersol marcó cinco dígitos más y dejó su mensaje, pronunciando cada palabra con toda claridad.

-Supongo que recibirás mi aviso en los próximos cinco minutos. Por utilizar tu lenguaje, te diré que se trata de un problema Cuatro-Cero. Reúnete conmigo a la orilla del río, tal como convinimos. ¡De prisa!

Frente al río Potomac, en el despacho que tenía en el edificio de la Central Intelligence Agency, Patrick O'Ryan -Escorpión Dos... tan sólo de nombre- percibió la tenue vibración del aparatillo electrónico que llevaba oculto bajo la chaqueta en el bolsillo de la camisa. Contó los débiles zumbidos y se dio cuenta de lo que significaban: había una emergencia relacionada con los Proveedores. Le llegaba en un momento inoportuno, ya que dentro de cuarenta y cinco minutos tenía que asistir a una conferencia con el director sobre la operación en curso y el

asunto de Sangre de Niña era lo más prioritario que tenia en esos momentos la agencia. ¡Maldita sea! Pero no había nada que pudieses hacer: los Proveedores eran lo primero, siempre eran lo primero. Cogió el teléfono y marcó el número del despacho del director de la CIA.

-¿Si, Pat, qué ocurre?

-Se trata de la conferencia, señor...

-¡Oh, sí! -lo interrumpió el director-.Tengo entendido que tienes un nuevo punto de vista que quieres exponernos. Estoy ansioso por escucharlo; en mi opinión, eres el mejor analista que tenemos.

-Gracias, señor, pero aún no lo he completado del todo. Necesito un par de horas para ensamblar tos datos.

-Eso es decepcionante, Patrick.

-Más para mí que para cualquiera. Hay un árabe, un «ciego» según creo, que podría rellenarme unos cuantos huecos que aún he de rellenar. Acabo de tener noticias de él; esta de acuerdo en reunirse conmigo, pero será dentro de una hora... en Baltimore.

-Demonios, ve a verle. Retrasaré la conferencia, tómate todo el tiempo que quieras. Llámame desde Baltimore.

-Gracias, señor, asi lo hare.

El puente de Riverwalk no atraviesa todo el ancho del río, sino tan sólo un pequeño ramal del Potomac, en un lugar enclavado en los campos de Virginia. Junto a su orilla izquierda se encontraba un restaurante de aspecto rústico y no muy buena calidad, al que acudían los jóvenes en busca de bocadillos hechos de una gran variedad de ingredientes, perritos calientes y cerveza; en la orilla derecha había una serie de caminillos que se internaban por los bosques y de los que se decía que eran el lugar en el que chicos y chicas se convertían en hombres y en mujeres con un desenfreno que hubiese hecho palidecer a los habitantes de Sodoma y Gomorra. Eso no era más que una exageración con fines propagandísticos, ya que los caminos eran demasiado estrechos y el suelo estaba plagado de piedras.

Patrick O'Ryan cogió la curva para entrar en el aparcamiento, sintiéndose aliviado al advertir que allí sólo había otros tres automóviles más; el restaurante siempre tenía poca concurrencia antes del anochecer. Escorpión dos se bajó del coche, se llevó la mano al bolsillo para verificar que llevaba su teléfono portátil y se encaminó hacia el puente mientras se encendía un cigarro. David Ingersol le había dado la impresión de ser presa del pánico cuando escuchó su voz en el contestador automático de seguridad; y eso no era ninguna buena señal. Ese afeminado y medio maricón de David era un abogado brillante, pero jamás había sido probado cuando las cosas se ponían feas y se avecinaba el derramamiento de un poquitín de sangre. Ese chico era un blandengue hijo de puta, pese a todas sus dotes de abogado; era algo de lo que los Proveedores se darían cuenta tarde o temprano. Quizá más temprano que tarde.

-¡Eh, señor! -lo interperló un joven que salía tambaleándose por la puerta del restaurante-. ¡Esos gilipollas no me quieren servir más, los muy hijos de puta! ¡Présteme cinco pavos y seré suyo de por vida, hombre! ¡Estoy descendiendo de un viaje, eso es lo que quiero decirle, hombre!

Comenzaron a funcionar inmediatamente los instintos del analista, acostumbrado a considerar en todo momento tanto lo que podía ser posible como imposible.

-Imaginémonos que te doy diez, quizás hasta veinte, pongamos por caso, ¿harías entonces lo que yo te dijera?

-¡Joder, tío!, me echaría desnudo sobre ti, si es eso lo que quieres. ¡Necesito gasolina, tío!

-No es eso lo que quiero. Y tú a lo mejor ni siquiera tienes que hacer nada.

-¡Estoy contigo, tío!

-Sígueme hasta que cruce el puente, pero ocúltate luego cuando me meta en el bosque. Si te pego un silbido, vendrás corriendo como un demonio a reunirte conmigo. ¿De acuerdo?

-¡Pues claro, tío!

-A lo mejor te doy cincuenta.

-¡Un santo, tío, eres todo un santo! Con cincuenta me liberaría. ¿Sabe lo que quiero decir?

-Estoy contando con ello..., tío.

O'Ryan se acercó al robusto y grueso puente que pasaba por encima de las agitadas aguas, lo atravesó y se metió por el segundo sendero que había a su derecha. No habría dado ni unos treinta pasos por aquel pedregoso caminillo de tierra cuando la figura de David Ingersol surgió de repente de detrás de un árbol.

-¡Patrick, todo esto es de locos! -gritó el abogado.

-¿Has tenido noticias de Bajaratt?

-¡Esa mujer está chiflada! ¡Quiere que me maten! Que maten a David Ingersol. ¡A mí, a Escorpión Uno!

-No te conoce, chico: ¿a cuento de qué iba a exigir tal cosa?

-Hice correr la voz por las calles, entre los peores elementos, por supuesto, para que los buscasen...

-¡Oh, no! ¿Qué has hecho ahora, David? No fue una jugada muy sagaz por tu parte. ¿Por qué no lo consultaste antes conmigo?

-¡Por el amor de Dios, O'Ryan, los dos estuvimos de acuerdo en que había que impedir esa locura!

-Sí, así fue, chico, pero no de esa forma. Ha sido una estupidez, David, tendrías que haberte cubierto las espaldas. ¡Jesús, María y José!, ¿conque siguieron la pista al que hizo correr la voz? ¡Doce minutos durarías en un campo de batalla, bobalicón!

-No, te equivocas, pensé en todos los detalles; protegí todos los flancos. La raison d'étre tenía toda la apariencia de ser una operación legítima y tremendamente tentadora por añadidura...

-¿Así que la raison d'étre? -lo interrumpió el analista de la CIA-. Eso suena grandioso, lo reconozco. Y ahora explícame ¿qué demonios significa todo eso de operación legítima y tremendamente tentadora, en la que protegías todos los flancos?

-¡El bufete buscaba a esa gente, no un individuo, no yo! Yo era únicamente la persona con la que tenían que ponerse en contacto para recibir la recompensa. Incluso legalicé la búsqueda mediante una declaración jurada ante notario, en la que se decía claramente que esa mujer y ese joven habían heredado una enorme suma de dinero, una cantidad en la que se hablaba de millones. El diez por ciento de comisión para la persona que los descubriese es algo perfectamente normal.

-¡Oh, qué cosa tan espléndida, David! Pero creo que te estabas olvidando de que esas pandillas de rastreadores a las que invocabas están compuestas por gente que jamás ha oído hablar de lo que es una «declaración jurada» y que les importa un carajo la legalidad. Sin embargo, esos tipos son capaces de oler a un cazador de delincuentes con más rapidez de lo que tardarían en oler a una mofeta dentro de la celda de una cárcel... No, chico, no durarías ni cinco minutos en un campo de batalla.

-¿Qué vamos a hacer? ¿Qué puedo hacer? Me dijo esa mujer que mi muerte tiene que salir en los periódicos de mañana o que los cuchillos del valle de la Bekaa... ¡Ay, Dios mío, todo esto es demasiado demencial!

-¡Serénate, Escorpión Uno! -dijo O'Ryan en tono sarcástico, mirándose el reloj-. Supongo que si tu «desaparición» aparece en los periódicos, eso seria suficiente por un par de días.

-¿Oh?

-Se trata tan sólo de una maniobra de diversión, David; sé de lo que estoy hablando. Para empezar, te vas a ir de Washington ahora mismo; ten en cuenta que gozas de cierta popularidad, consejero, y que no quieres ser visto durante unos cuantos días. Te llevaré al aeropuerto; nos detendremos por el camino y te comprarás unas gafas de sol...

-Tengo unas en mi bolsillo.

-Bien. Luego sacarás un pasaje a donde te dé la gana, pero lo pagarás en metálico, no con tarjeta de crédito. ¿Llevas suficiente encima?

-Siempre.

-Bien, una vez más... Tan sólo hay un problema, que podría ser muy grave, chico. Tenemos que programar tu teléfono de Escorpión Uno para que sea el mío durante los próximos días. Si llama Bajaratt y nadie le contesta o si deja un mensaje y nadie se pone en contacto con ella, la Bekaa puede explotar, especialmente esa tribu de lunáticos fanáticos que la respalda. El padrone me lo advirtió claramente.

-Tengo que regresar a mi oficina...

-No deberías hacer eso -lo interrumpió el analista-. Créeme, David, sé cómo funcionan esas cosas. ¿Con quién fue la última persona que hablaste?

-Con mi secretaria..., no, fue con el hombre de la agencia de alquiler que me trajo el automóvil. He venido solo; no quise utilizar mi limusina.

-Muy bien. Cuando encuentren ese automóvil en este sitio, empezarán a buscarte. ¿Qué le dijiste a tu secretaria?

-Que se trataba de una emergencia, de un problema personal. Ella lo entendió; lleva conmigo muchos años.

-Estoy seguro de que lo entendería.

-Eso era difícil de prever.

-Tan dificil como lo de Puerto Rico... ¿Tienes algún plan para esta noche?

-¡Oh, Dios mio! -exclamó Ingersol-. ¡Lo había olvidado! Tengo que ir con Migdie al Heflins para asistir a la cena que dan todos los años con motivo de su aniversario.

-No, no tienes que ir -dijo Patrick Timothy O'Ryan, sonriendo benévolamente al aterrorizado abogado-. Piensa en tu desaparición durante unos cuantos días, David; todo tiene que encajar... Pero volvamos a lo del teléfono de Escorpión Uno en tu oficina; ¿dónde se encuentra?

-En la pared que hay detrás de mi escritorio. El revestimiento de madera se abre mediante un interruptor que está en la gaveta inferior de la pared derecha del escritorio.

-Bien. Programaré el teléfono a mi número después de que te haya dejado en el aeropuerto.

-Lo hace automáticamente si no respondo pasadas cinco horas.

-Conociendo a esa Bajaratt, necesitamos hacerlo ahora mismo, chico.

-Jacqueline, mi secretaria, jamás te dejaría entrar en mi despacho. Llamaría a los de seguridad.

-Me dejará si se lo ordenas, ¿no?

-Bueno, claro.

-Pues hazlo ahora mismo, David -dijo O'Ryan, sacándose del bolsillo de su chaqueta el teléfono portátil-. Este trasto no funciona muy bien dentro de un coche, con todos esos hierros y sin tierra, y en el aeropuerto no tendremos tiempo. Te llevaré y luego pasaré por tu oficina.

-¿Crees de verdad que es necesario? ¿Crees que he de coger un avión par irme de Washington esta misma tarde? ¿Qué va a pensar mi mujer?

-Llámala mañana desde donde te encuentres. Es mejor que se pase una noche preocupada a que se pase el resto de su vida sin ti. No te olvides del valle de la Bekaa.

-¡Dame el teléfono! -pidió Ingersol, que llamó a su oficina y habló con su secretaria-. Jackie, voy a enviarte al señor... Johnson, quien me tiene que recoger algunos documentos en mi despacho. Es altamente confidencial, así que te agradecería que en cuanto la recepcionista te anuncie su llegada, dejases las puertas abiertas y te fueses a tomar un café. ¿Harás eso, Jackie, por favor?

-Por supuesto, David. He entendido perfectamente.

-¡Todo listo, Patrick, vámonos!

-Espera un momento, si me voy a pasar las próximas horas conduciendo de un lado para otro, será mejor que suelte aguas. No apartes la mirada del puente; hemos de asegurarnos de que nadie nos ve juntos.

O'Ryan se adentró unos cuantos pasos en el bosque, sin dejar de mirar de reojo al abogado. Sin embargo, en vez de hacer sus necesidades, se agachó y cogió una enorme piedra de cantos afilados y del tamaño de una pelota de softball. Regresó en silencio por el sendero, se acercó al excitado abogado, que espiaba el puente a través del follaje, y empleando todas sus fuerzas, que no eran de desdeñar, estrelló la pesada piedra contra el cráneo de David Ingersol.

El analista arrastró el cadáver fuera del sendero y llamó con un silbido al joven borracho que había contratado temporalmente; la respuesta del otro fue inmediata.

-¡Ya estoy aquí, tío! -anunció el esperanzado y recién reclutado joven, dando tumbos por el camino-. ¡Ya puedo oler la gasolina!

Sería la última cosa que olería en su vida, ya que fue recibido con un fuerte golpe en el rostro, propinado con la pesada piedra de afilados cantos. Patrick O'Ryan echó de nuevo un vistazo a su reloj de pulsera; tenía tiempo de sobra para arrastrar los dos cadáveres hasta el río que corría por debajo. Y para sacar algunos objetos de las ropas de uno de los cadáveres y meterlos en las del otro. Una vez hecho eso, se trataría simplemente de una cuestión de tiempo y organización. Primero: ir al despacho de Ingersol; segundo: presentar sus disculpas al director de la CIA, mostrándose enfadado y humillado (el árabe «ciego» no se presentó en Baltimore); tercero: un par de llamadas anónimas, quizás una de una persona que no quería dar su nombre y que había visto dos cadáveres en la orilla derecha del río bajo el puente de Riverwalk.

Eran las diez y cuarto de la noche y Bajaratt no dejaba de dar vueltas por el saloncito de la suite del hotel Carillon mientras Nicolo se encontraba en el dormitorio, viendo la televisión y saboreando la comida que les habían subido a la habitación, tras haber aceptado la aclaración que le hizo Bajaratt de que se mudarían a la mañana siguiente, no hoy, no esa noche. Por la mañana le comunicaría el nombre de su siguiente hotel, pues ya les habían conseguido un nuevo alojamiento, y entonces podría llamar a su amiguita a Los Angeles y darle el número.

También Bajaratt tenía encendida la televisión, pero era para ver el informativo local de las diez de la noche. No apartaba la vista del televisor, y cuanto más lo miraba, más enfurecida se ponía. Y entonces, de repente, su ira se desvaneció y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando la presentadora se detuvo en seco, en medio de una frase, interrumpiendo un informe sobre los avatares de un cierto equipo de béisbol, cuando una mano le plantó una hoja de papel sobre la mesa.

-Nos acaban de pasar una comunicación. David Ingersol, el eminente abogado de Washington, ha sido hallado muerto, hace aproximadamente una hora, bajo el puente de Riverwalk en Falls Fork, Virginia. A su lado había otro hombre muerto, vestido con ropas mugrientas y que ha sido identificado como Steven Cannock, un individuo, que según declaraciones del personal del restaurante, estaba intoxicado y tuvo que ser echado del local por su estado de embriaguez y por no poder pagar sus consumiciones. Los dos cuerpos estaban ensangrentados; se supone que el abogado Ingersol tuvo una violenta pelea con el borracho Cannock cuando éste intentó atracarle... David Ingersol, considerado como uno de los abogados más influyentes de la capital, era el hijo de Richard Abercrombie Ingersol, quien hace ocho años asombró a la nación al dimitir de su cargo en el Tribunal Supremo de Justicia, alegando «pérdida de facultades intelectuales», con lo que arrojó la cuestión de la avanzada edad de los jueces del Tribunal Supremo...

Bajaratt se acercó al televisor y lo apagó. Askelón se había apuntado una nueva victoria. Aunque la mejor de todas aún estaba por llegar. ¡Pero llegaría!

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Jackson Poole entró precipitadamente en el dormitorio que compartía con Hawthorne.

-¡Tye, despierta! -gritó.

-¿Qué...? ¡Acababa de quedarme dormido, maldita sea! -exclamó Hawthorne, parpadeando y alzando la cabeza-. ¡Por el amor de Dios, qué pasa ahora? No hay nada que podamos hacer hasta por la mañana. Davenport ha muerto y Stevens está investigando... ¿Davenport? ¿Han descubierto algo transcendental?

-Prueba con Ingersol, capitán.

-¿Ingersol...? ¿El abogado, el cero a la izquierda?

-El cadáver, Tye. Ha sido asesinado en un lugar llamado Falls Fork. Quizá nuestro piloto Alfred Simon te diese algo más que un cero a la izquierda.

-¿Cómo sabes que ha sido asesinado?

-Para serte sincero, estaba viendo una repetición de Lo que el viento se llevó, una película extraordinaria, y cuando acabó transmitieron las noticias.

-¿Dónde está el teléfono?

-Lo tienes en tu mesilla de noche.

Hawthorne se quitó la sábana de encima, se sentó al borde de la cama v descolgó el teléfono, mientras que Poole encendía las luces para que pudiera ver. Marcó el número del servicio secreto de la Armada y se quedó perplejo cuando el propio Stevens contestó al teléfono.

-¡Henry..., Ingersol!

-Si, lo sé -dijo Stevens en tono de cansancio-. Me enteré hace cuatro malditas horas. Había estado esperando tu llamada, pero luego, entre el enfurecido secretario de Estado Palisser, que ya ha puesto en marcha sus propias investigaciones sobre la muerte de Davenport, y la Casa Blanca, que tenía a Ingersol en la lista A de invitaciones, y el asesinato en el aparcamiento de tu hotel, que ha lanzado a esos cabrones del New York Times contra mí, contra nosotros, no he tenido ni un minuto libre para llamarte.

-¡Ingersol, maldito sea! ¡Confiscale el despacho!

-Ya está hecho, Tye-Boy; ¿no era acaso Tye-Boy como te llamaban en las islas?

-¿Lo hiciste tú?

-No, yo no lo hice. Pedí a los del FBI que lo hicieran. Es así como funcionan las cosas.

-¿Qué demonios hay de nuevo?

-Que saldrá de nuevo el sol y todo estará aún más enredado.

-¿No te das cuenta de lo que está haciendo esa mujer, Henry? Se nos está escurriendo por debajo de la línea de flotación. Todos estamos corriendo contra reloj, chocando unos contra otros, mientras el tiempo corre a favor suyo. A eso se llama desestabilización. ¿Quién es sospechoso, quién no lo es?

¡Esa perra nos hace dar vueltas en círculos, y cuanto más rápidamente corremos, más nos estrellamos los unos contra los otros, hasta que se meta por una de las rendijas!

-Te lo juro, Tyrell. El presidente sigue en total aislamiento.

-Eso es lo que crees. No sabemos a quién más ha manipulado.

-Estamos analizando con lupa a todos los que aparecían en tu lista.

-¿Y si se trata de alguien que no está en la lista?

-¿Qué puedo decirte? No soy psicólogo.

-Estoy empezando a creer que Bajaratt lo es...

-Eso no nos ayuda en nada; tan sólo confirma lo peor que hemos oído acerca de ella.

-Esa mujer cuenta con una organización en este país, con gentes en las alturas, que la protegen... o que protegen a lo que representa.

-Es lo lógico. ¿No podrías hacernos un favor y descubrir esa organización?

-Haré lo imposible, capitán, porque ahora se trata de un asunto entre ella y yo. Quiero a Sangre de Niña y la quiero muerta.

Hawthorne colgó el teléfono de un golpe.

Pero no era sólo a Bajaratt a quien quería capturar, sino que quería dar caza a una mentira viviente llamada Dominique, que le había destrozado, infligiéndole un daño que ningún ser humano debería causar jamás a otro. Recibiendo amor y burlándose de quien se lo daba, comerciando con los secretos más íntimos del manipulado para cambiarlos por las mentiras del manipulador. Y durante tanto tiempo, tan cariñosa y taimadamente. ¿Cuántas veces se habría reído la asesina de aquel imbécil que creía fervientemente haber encontrado a la persona que amaría para el resto de su vida?

La asesina.

Pero esa mujer se olvidaba de algo. Él también era un asesino.

CAPÍTULO XXIII

Sentado en la tumbona, Patrick O'Ryan soñaba con que el verano llegara a su fin y los mocosos se fueran al colegio... y bien lejos, gracias a los Proveedores. No es que no le gustaran los críos; al contrario, y más cuando gracias a ellos su esposa estaba entretenida y ellos dos no tenían tanto tiempo para pelearse. No es que no quisiera a su esposa; la quería, en cierto modo, pero se habían distanciado mucho, básicamente por culpa de él, lo reconocía. La gente normal llegaba a su casa y se quejaba del trabajo, de su jefe, o de que no ganaba suficiente dinero, pero él no podía hacerlo. Sobre todo del dinero, desde que los Proveedores entraran en su vida.

Patrick Timothy O'Ryan pertenecía a una nutrida familia irlandesa del barrio de Queens, Nueva York. Las monjas y los sacerdotes de la escuela religiosa donde estudiaba le exhortaron a renunciar a la academia de Policía tradicional donde habían ingresado tres de sus hermanos, siguiendo los pasos de su padre, su abuelo y su bisabuelo. En lugar de eso, y puesto que decidieron que Patrick Timothy estaba dotado de una inteligencia excepcional, muy por encima del promedio, le instaron a solicitar una beca en la universidad de Fordham. Se la concedieron, como era de esperar, y después de impresionar a sus profesores de

Fordham, recibió otra beca para hacer el master en la universidad de Syracuse, Departamento de Asuntos Exteriores, una de las más importantes canteras de la Central Intelligence Agency.

Tres semanas después de recibir el título entró en «la agencia». En un plazo de un mes, varios de sus superiores le habían informado que tendría que atenerse a ciertas normas en el vestir; los pantalones de poliéster sin planchar y una corbata naranja sobre la camisa azul, con la chaqueta barata que se había comprado en las rebajas de Macy's no eran lo apropiado, sencillamente. Hizo todo lo posible por obedecer, con la ayuda de su mujer, una chica italiana del Bronx que opinaba que su marido vestía bien, pero que sin embargo se tomó la molestia de recortar anuncios de los periódicos en que se mostraba cómo se tenían que vestir los hombres de Washington.

Pasaron los años y, al igual que aquellas monjas y sacerdotes, los más altos cargos de la CIA acabaron por darse cuenta de que había una mente privilegiada entre sus soldados rasos. No era el tipo de persona a la que podían enviar a cualquier sitio; su atuendo había mejorado discretamente, pero su discurso era muy descuidado: burdo, grosero y salpicado de vulgaridades. Y sin embargo sus análisis, como él, eran breves, agudos, y abordaban los temas directamente, sin ceder a reservas personales ni a ofuscaciones. En 1987, por ejemplo, predijo el desmoronamiento de la Unión Soviética en un plazo de tres años. Aquel atrevido juicio fue descalificado, y O'Ryan tuvo que presentarse en el despacho de un subdirector, quien le ordenó que «callara la boca». Al día siguiente lo ascendieron y le aumentaron el sueldo, para demostrarle que allí se recompensaba a los chicos obedientes.

Los O'Ryan tuvieron cinco hijos en un plazo de ocho años, circunstancia de la que su economía se resentía considerablemente. Patrick Timothy toleraba aquella situación gracias a que, como empleado de la CIA, tenía acceso a préstamos bancarios fáciles y baratos. Los banqueros, por lo visto, son así; es inconcebible que hayan rechazado jamás a un miembro del FBI. Lo que O'Ryan no podía tolerar, aparte de su constante endeudamiento, era el hecho de que los resultados de su trabajo se tuvieran frecuentemente en cuenta, pero que en cambio a él no se lo reconociera debidamente. En las sesiones del Congreso, los peces gordos que hablaban como si hubieran nacido en Inglaterra repetían sus palabras, al igual que los senadores, los re-presentantes y el personal del Gabinete en los programas televisivos de mayor audiencia. El se había dejado los cuernos en aquellos análisis, y su mérito se lo atribuían a todo el mundo menos a él. Estaba furioso, y para empeorar las cosas, cuando se quejó directamente al director de la CIA después de esperar dos semanas a que le dieran una cita, lo despacharon sucintamente con las siguientes palabras:

-Usted haga su trabajo, que nosotros haremos el nuestro. Nosotros sabemos qué es lo que le conviene a la agencia. Usted no.

¡Pamplinas!

Y quince años más tarde, un domingo por la mañana, un fantasma que se hacía llamar «Señor Neptuno» se presentó en su casa de Vienna, Virginia, con un maletín lleno de informes analíticos confidenciales suyos.

-¿De dónde demonios ha sacado esta mierda? -le preguntó O'Ryan al quedarse a solas con aquel hombre en la cocina.

-Eso es asunto nuestro. Sus asuntos, así como su interés, son bastante evidentes. ¿Hasta dónde cree que puede llegar en Langley? Cierto, podrían ascenderlos a un G-12, pero eso no significaría otra cosa que su dinero. Sin embargo, hay otros que utilizando lo que usted les ha proporcionado podrían escribir libros y ganar millones, pretendiendo ser expertos cuando en realidad se han basado en su experiencia...

-¿A dónde quiere llegar?

-Para empezar, tiene usted deudas con un banco de Washington y dos de Virginia, Arlington y McLean, que ascienden a treinta y tres mil dólares...

Librodot

-¿Cómo demonios...?

-Ya lo sé -lo interrumpió Neptuno-. La información es confidencial, pero no demasiado difícil de obtener. Por otra parte, tiene usted una hipoteca considerable, y las escuelas religiosas han aumentado el importe de las matrículas. No me gustaría encontrarme en su situación, señor O'Ryan...

-¡Ni a mí, cojones! ¿Qué me sugiere? ¿Que dimita y escriba un libro?

-No puede, por lo menos legalmente. Firmó usted un documento declarando que no lo haría; por lo menos no sin la supervisión de la CIA. Si escribiera trescientas páginas, sólo le dejarían cincuenta. Pero existe otra solución, que eliminaría sus dificultades económicas y le permitiría mejorar considerablemente su nivel de vida.

-¿De qué se trata?

-Nuestra organización es muy pequeña, está muy bien financiada y sus intereses no son otros que los del país. Tiene que creerme: le estoy diciendo la verdad, se lo puedo garantizar personalmente. También tengo un sobre con un cheque del Irish Bank de Dublín a su nombre, por valor de doscientos mil dólares, de la herencia de su tío abuelo, Sean Cafferty O'Ryan, de Country Kilgallen, que murió hace dos meses dejando un testamento extraño pero certificado por los tribunales. Usted es el único pariente vivo al que reconoció.

-No recuerdo a ningún tío que se llamara así.

-En su lugar yo no me molestaría por los detalles, señor O'Ryan. Tengo el cheque, y está certificado. Era criador de pura sangres, eso es lo único que le interesa recordar.

-¿Y bien?

-Aquí tiene el cheque. -Neptuno sacó un sobre de su maletín-. ¿Le parece que hablemos de nuestra organización y de sus benévolas intenciones respecto a esta nación?

-¿Y por qué no? -contestó Patrick Timothy O'Ryan, aceptando el sobre.

Todo aquello ocurrió quince años atrás, y desde entonces su vida había cambiado. Cada mes recibía del Irish Bank de Dublín el resguardo del ingreso a su nombre en la Banque Credit Suisse de Ginebra, Suiza. Los O'Ryan eran ricos, y la leyenda de un tío abuelo criador de pura sangres acabó convirtiéndose en realidad, aunque sólo fuera a base de tanto hablar de él. Los críos fueron a elegantes internados, y los mayores a universidades todavía más elegantes, mientras que su mujer enloquecía en los grandes almacenes, y últimamente, en las inmobiliarias. Se mudaron a una casa más grande de Woodbridge y compraron una casa de veraneo en Chesapeake Beach.

Nadaban en la abundancia, y a Patrick cada vez le importaba menos que otros se atribuyeran el mérito de su trabajo, porque él, ante todo, disfrutaba con el trabajo. Sólo de vez en cuando volvía a sentirse molesto por aquel motivo: cuando algún payaso se presentaba en el Senado o en un programa de televisión dominical y soltaba una de las esmeradas conclusiones de Patrick.

¿Y los Proveedores? Él les proporcionaban toda la información que querían, desde lo más rutinario hasta lo más confidencial. Y siempre, por supuesto, a través de Escorpión Uno o el padrone. Había informes tan secretos que ni siquiera el Despacho Oval estaba al corriente de ellos, por no decir el Senado; aquella gente no sabía lo que era la política, o eran idiotas, o sencillamente irresponsables... Pero los Proveedores eran otra cosa. Quienquiera que fueran, indudablemente tenían motivaciones dudosas, pero O'Ryan había llegado a la conclusión de que el principal objetivo de los Proveedores era básicamente económico. No eran comunistas, desde luego; y evidentemente tenían motivos para proteger y defender al país que tantos beneficios económicos les proporcionaba. Seguramente, era mejor eso que dejar el país en manos de políticos que eran amigos jurados de las urnas, sin ninguna integridad. Así que si los Proveedores podían ganar un poco de dinero con la información que él les daba, seguramente seria bueno a largo plazo; sin duda se encargarían de que aquella gallina de los

huevos dorados siguiera gozando de buena salud. Había una última consideración que el analista de Queens, Nueva York, nunca olvidaría.

Doce años atrás, en Langley, tres años después de convertirse en el silencioso Escorpión Dos, cuando salía, una tarde, de una reunión con un grupo de analistas, vio a un hombre alto y bien vestido -elegantemente vestido- dirigiéndose por el pasillo hacia la puerta del despacho del director de la CIA. ¡Virgen Santa, era Neptuno! Sin pensárselo dos veces, el joven O'Ryan se le acercó.

-Hola. ¿Se acuerda de mí?

-Disculpe -le contestó el hombre fríamente, sin alterarse ni lo más mínimo-. Tengo una cita con el director, y si vuelve usted a acercarse a mí en público, sus hijos se quedarán huérfanos y sin un céntimo.

Un saludo como aquél no se olvidaba fácilmente.

Pero ahora, hoy, esta noche, pensó O'Ryan mientras contemplaba el mar desde su casa de Chesapeake Beach, había pasado algo terrible con los Proveedores. El difunto David Ingersol tenía razón; todo aquel asunto Bajaratt era una locura. Algún grupo, u organización, había conseguido infiltrarse en el proceso de decisión, y eso, por sí solo, significaba que tenía mucho poder. 0 se trataba simplemente de un perturbado moribundo que, desde su isla caribeña, seguía dando órdenes que todavía había que obedecer. La respuesta no tenía demasiada importancia; había que encontrar una solución que mantuviera el statu quo sin perjudicar a los escorpiones. Por eso, seis horas atrás, comprendió que tenía que convertirse en Escorpión Uno, con todos los derechos y privilegios que el cargo conllevaba. Fueron las palabras de Ingersol las que le permitieron comprenderlo: «Ella pidió que me mataran. ¡Que mataran a David Ingersoll»

Exacto. Los escorpiones eran intocables. Un día recibiría una llamada y él sólo tendría una explicación: la verdad. Ahora tenía que poner en juego toda su reputada capacidad analítica; tenía que pensar no sólo en Barajatt y en los que había detrás de ella, sino también en el gobierno de Estados Unidos. Los escorpiones eran intocables.

Oyó risas procedentes de la playa. Los niños, sus amigos y su esposa se habían sentado alrededor de una hoguera para hacer una cena al aire libre. No se podía quejar de la vida que llevaba, desde luego. Había que proteger a los escorpiones, nada podía cambiar.

Sonó un teléfono. Era un timbrazo discreto que, como sabían todos los de la casa, sólo el padre debía contestar. Toda la familia se refería a él como «el fantasma», y los chicos siempre se reían de aquel teléfono gris que había en el estudio de su padre. O'Ryan les seguía la corriente, pues sabía que así corroboraba la suposición de que aquellas llamadas eran de Langley, y a veces se inventaba historias melodramáticas que impresionaban a los pequeños, hasta que los mayores intervenían: «Quieren que papá les lleve una pizza, ¿verdad, Cero-Cero?»

Era divertido. Macabro, pero divertido. Y además era necesario. El teléfono gris no tenía nada que ver con la CIA. Patrick Timothy se levantó de la tumbona y se dirigió a su estudio, pasando por el salón. Descolgó el auricular, marcó los dígitos del código y dijo:

-¿Quién es?

-¿Quién es usted? -preguntó una voz femenina con acento extranjero-. No es usted el mismo.

-Un sustituto temporal. A veces ocurre.

-No me gustan los cambios.

O'Ryan pensó deprisa.

-Es por el bien de su vesícula. Nosotros también nos ponemos enfermos, ¿sabe usted? Y si cree que está ingresado, se equivoca, señora. Usted ya tiene lo que quería; Ingersol está muerto.

-Sí sí, lo reconozco, y le felicito por su eficacia.

Librodot

-Intentamos cumplir... El Padrone me dijo que teníamos que complacerla en todo lo que pudiéramos, y creo que lo hemos hecho.

-Hay otro hombre al que hay que eliminar- dijo Bajaratt. El tono de voz de O'Ryan cambió.

-No somos asesinos a sueldo. Eso es demasiado peligroso.

-Hay que hacerlo -dijo Bajaratt en voz baja, pero con firmeza-. ¡Se lo exijo!

-El padrone ya no está, así que es posible que sus exigencias tengan limitaciones.

-¡Nunca! ¡Enviaré a nuestros grupos de la Bekaa para que lo busquen por nuestras rutas de Atenas, Palermo y París! ¡No bromee conmigo, signore!

El analista actuaba con cautela; conocía muy bien la mentalidad terrorista, su tendencia a la precipitación y a la conducta violenta.

-De acuerdo, de acuerdo, cálmese -dijo-. ¿Qué es lo que quiere?

-¿Ha oído hablar de un hombre llamado Hawthorne, un ex oficial de la Marina?

-Lo sabemos todo acerca de él. Lo detuvo el MI-6 de Londres por la conexión caribeña. Lo último que supimos de él es que estaba en Puerto Rico, achicharrándose el culo en San Juan.

-Está aquí. ¡Lo he visto!

-¿Dónde?

-En un sitio que se llama el Shenandoah Lodge, en Virginia. -Lo conozco -la interrumpió O'Ryan-. ¿La siguió?

-Mátelo. ¡Envíe a los animales!

-Como usted diga, señora -dijo O'Ryan, dispuesto a prometerle cualquier cosa a la fanática-. Délo por muerto.

-En cuanto al paquete...

-¿Qué paquete?

-Escorpión Uno que está hospitalizado dijo que su predecesor le dejó un paquete para mí. Enviaré al chico a buscarlo. ¿Dónde tiene que ir?

O'Ryan apartó el auricular, pensativo. ¿Qué demonios había hecho Ingersol? ¿Qué paquete? Sin embargo, al «chico» podrían engañarlo. Cualquiera que fuera su propósito, y cualquiera que fuera el lugar que ocupaba en los planes de Barajatt, podrían eliminarlo.

-Dígale que tome la Ruta 4 en dirección sur hasta llegar a la intersección con la 260, y que luego se dirija a un lugar llamado Chesapeake Beach; el camino está indicado. Cuando llegue, que me llame desde la cabina que hay frente al restaurante que verá al final de la calle. Me encontraré con él diez minutos más tarde, en las rocas del dique de la primera playa pública.

-Muy bien, tomo nota... Espero que no haya abierto usted el paquete.

-De ninguna manera. No es asunto mío.

-Bene.

-Y no se preocupe por Hawthorne. Está finito.

-Su italiano está mejorando, signore.

En las rocas del dique, de pie bajo la lluvia, Nicolo Montavi observaba los pilotos del taxi que lo había llevado a aquel lugar desierto y que ahora se alejaba. El portero del hotel le había ordenado al taxista que llevara a aquel joven a donde le dijera, y le había advertido que si no cumplía las órdenes no se molestara en volver para buscar clientes. El taxista estaba furioso, porque el viaje había durado tres horas, así que se marchó deprisa. Nico confiaba en

que el socio de Cabrini le encontrara una forma de regresar. Todavía no había oscurecido completamente, y el estibador de los muelles de Portici observaba a aquella figura que avanzaba por la húmeda y grisácea noche. Cuanto más se acercaba el hombre, más incómodo se sentía Nicolo, porque no llevaba ningún paquete, y en cambio llevaba las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, y cuando uno se encontraba con alguien de noche bajo una intensa lluvia no caminaba tan despacio. No era normal. La figura escaló las irregulares rocas del dique artificial; resbaló, y sacó las manos de los bolsillos para detener la caída. ¡Llevaba una pistola en la mano derecha!

Nicolo se dio la vuelta y se zambulló en las oscuras aguas, mientras los disparos hendían la oscuridad. Una bala le rozó el brazo izquierdo, y otra le pasó por encima de la cabeza. Buceó cuanto pudo; afortunadamente, en los muelles de Portici había aprendido a hacerlo. Emergió a menos de treinta metros de la orilla, y volvió a darse la vuelta hasta que pudo concentrarse en la barrera de rocas. Su fracasado asesino sostenía ahora una linterna, y el haz de luz iluminaba el agua, mientras el hombre caminaba hasta el extremo de la escollera, aparentemente satisfecho y convencido de que lo había matado. Nico se quedó en el agua, y volvió lentamente hasta la pared de piedra. Se quitó la camisa, levantando las manos en la oscuridad y escurriendo la tela lo mejor que pudo; antes de hundirse, flotaría uno o dos minutos. Si conseguía colocarla correctamente, tal vez fuera suficiente. Caminó de lado a lo largo de la escollera mientras la figura regresaba a la playa. Era cuestión de segundos. ¡Ahora! Arrojó la camisa, mientras la linterna recorría la supeficie del agua.

Sonaron unos disparos, y el impacto de las balas hizo saltar la camisa por los aires antes de hundirse definitivamente. Y entonces Nicolo oyó lo que estaba esperando oír: los repetidos chasquidos de una recámara vacía. Subió, con las manos sangrando, llenos de arañazos que se había hecho sujetándose a las rocas, y se lanzó hacia delante, agarrando los tobillos del hombre armado con la pistola descargada, al que cogió por sorpresa. El hombre, más corpulento que Nicolo, soltó un amenazador rugido, pero el atlético nadador de Portici le ganaba en fuerza y habilidad. El joven italiano le golpeó en el estómago, luego en la cara, y finalmente le cogió por el cuello y lo tiró contra las rocas. El cuerpo yacía inmóvil, la cabeza sangrando, los ojos abiertos de par en par. El muerto resbaló hasta caer al agua, bajo la lluvia nocturna.

Nicolo sintió que el pánico se apoderaba de él, que lo paralizaba, y pese a la fría lluvia y lo que le quedaba de ropa, empapada, el sudor empezó a correrle por la frente y por el cuello. ¿Qué había hecho? Pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho? Había matado a un hombre, ¡pero porque aquel hombre había intentado matarlo a él! Sin embargo, estaba en un país extranjero, era un extraño en tierra extraña, donde ejecutaban a la gente por matar a otros porque unas personas que no habían presenciado los hechos decidían que los que mataban debían morir, pues creían que su juicio podía remplazar a los ojos de Dios.

¿Qué podía hacer ahora? Tenía los pantalones empapados, el pecho lleno de arañazos, y la herida del hombro, pese a no ser profunda, estaba abierta. Peores heridas le habían hecho las anclas cuando buceaba para los oceanógrafos; aunque a la polizia americana no podía ofrecerle aquella explicación. Le contestarían que no era pertinente; había matado a un americano, quizá fuera un capo-subordinato de la odiada mafia siciliana. ¡Madre de Dios! ¡Pero si él nunca había estado en Sicilia!

Se dio cuenta de que debía tranquilizarse. Lo que tenía que hacer era pensar, y no perder el tiempo imaginándose posibilidades inútiles. Tenía que ponerse en contacto con Cabrini. ¡La guarra de Cabrini! ¿Lo había enviado allí a morir por un paquete inexistente? No, él era demasiado importante para la gran contessa; el barone-cadetto era demasiado importante. Algo le había salido mal a su signora salvatora puttana; el hombre en que ella creía poder confiar sólo quería destruirla matando a un tal Nicolo Montavi, estibador de los muelles de Portici.

Librodot

Corrió por la resbaladiza escollera, bajo la lluvia, y se dirigió a la playa. En el aparcamiento sólo había un automóvil, que sin duda era el de su perseguidor. Se preguntó si conseguiría conectar un puente, tal como había hecho en tantas ocasiones.

No lo consiguió. Se trataba de una cara macchina da corsa, un coche deportivo para ricos, que sabían proteger sus inversiones. En Nápoles, o en Portici, nunca los tocaban; aunque pudieras levantar el capó, sonaba una alarma que se oía a más de cien metros de distancia, la batería se desconectaba y el volante quedaba inmovilizado.

¡El restaurante con la cabina telefónica! Llevaba monedas en el bolsillo; el taxista, furioso, le había tirado unas cuantas, aunque luego, al darle Nico una *mancia* de veinte dólares y decirle a aquel hombre que sabía lo importante que eran las propinas, se había disculpado. Echó a andar por la carretera, bajo la lluvia, arrimándose entre los árboles cada vez que veía los faros o los pilotos de un coche.

Tardó una hora en llegar al restaurante, con un letrero de neón rojo que rezaba Rooster's Nest. Se agazapó cerca del edificio, mientras coches y camiones iban y venían; sólo unos cuantos se paraban frente a la cabina telefónica. En Italia, muchas cafeterías tenían también una cabina fuera; había mucha gente que iba a llamar y acababa entrando a comer o a tomarse una copa. De pronto, una enfurecida mujer que había dentro de la cabina gritó, y sus gritos le llegaron a Nico pese a la intensa lluvia. Luego la mujer golpeó con tanta fuerza la puerta de cristal con el auricular que ésta se hizo pedazos, y a continuación salió trabajosamente, y vomitó en unos matorrales que había en el aparcamiento. Varios recién llegados se acercaron a ella, y Nicolo comprendió que aquél era el momento adecuado. La luz de la cabina todavía estaba encendida. Corrió por la acera, con las monedas en la mano.

-Informazioni... ¿Información, por favor? ¿Podría darme el número de teléfono del hotel Carrillon, de Washington? -La operadora se lo dio, y Nico lo trazó en la repisa con el canto de otra moneda. Un enorme camión se detuvo, sin previo aviso, frente a la cabina. El conductor, un hombre corpulento con una barba muy poblada, lo miró de reojo. Al ver el ensangrentado torso de Nicolo, gritó:

-¿Qué coño haces aquí?

Movido por su instinto, el musculoso estibador abrió la puerta destrozada y gritó:

-¡Me han disparado, signor! Soy italiano, y este sitio está rodeado de mafiosi. ¿Puede ayudarme?

-¡Ni lo sueñes! -El camión siguió adelante, y Nicolo acabó de marcar el número de teléfono.

-¿Cómo dices? -dijo Barajatt, violenta.

-No te enfades conmigo, signora -le respondió Nicolo, furioso, desde Chesapeake Beach-. Ese tipo había venido a matarme, y no a entregarme un paquete.

-¡No puedo creerlo!

-Tú no has oído el disparo, ni has estado a punto de perder un brazo. Yo sí. Tengo el brazo hinchado y todavía me sangra un poco.

-II traditore! Bastardo! Ha pasado algo, Nico. Algo va mal, muy mal. Ese hombre tenía que protegerte, y además tenía que entregarte un paquete.

-No había ningún paquete. No me puedes hacer esto, ¡y no me digas que forma parte de nuestro contrato! ¡No pienso morir por ti, ni por todo el oro de Nápoles!

-¡No, cariño, no! Yo te quiero, amor. ¿Acaso no te lo he de-mostrado?

-Te he visto matar a dos personas, dos empleados: una doncella y un chófer.

-Eso ya te lo he explicado. ¿Habrías preferido que ellos nos mataran a nosotros?

-Vamos corriendo de un sitio a otro...

-Como hicimos en Nápoles, en Portici... para salvarte la vida.

-¡Hay demasiadas cosas que no comprendo, signora Cabrini! ¡Puede que esta noche sea la última!

-No debes pensar así. ¡Nos jugamos demasiado! Quédate donde estás y yo vendré a buscarte. ¿Dónde estás?

-En un restaurante que se llama Rooster's Nest, en Chesapeake Beach.

-No te muevas, voy en seguida. Piensa en Nápoles, Nicolo; piensa en tu futuro. ¡No te muevas!

Bajaratt colgó el auricular, furiosa, insegura, indecisa acerca de lo que debía hacer. Los escorpiones morirían, todos, pero ¿a quién podía darle ella la orden? El padrone se había ido, Van Nostrand estaba en algún lugar de Europa, incomunicado; y Nicolo había matado a un hombre que aseguraba ser Escorpión Dos en una oscura playa norteamericana, y el desconocido Escorpión Uno había ingresado en un hospital, dando un nombre falso que ella no tenía forma de saber. El primitivo estibador tenía razón: todo aquello era una locura. ¿Pero qué podía ella hacer? La red de la Bekaa se extendía por todo el mundo. pero ella había confiado en los contactos que el padrone tenía en América. Los escorpiones. ¿Y si la dirección de los escorpiones se había vuelto contra ella, convirtiéndose su mejor aliado en su mayor peligro?

¡No podía permitirlo! Toda una vida de penalidades... El único motivo por el que había soportado el calvario de los Pirineos... ¡Muerte a toda autoridad! No podía permitir que unos hombres con traje oscuro y grandes propiedades y enormes limusinas que iban de un puesto de poder a otro como los faraones asesinos de Egipto en sus carruajes le impidieran cumplir sus propósitos. ¡No podía ser! ¿Qué sabían ellos de la brutalidad, del horror de ser obligado por las autoridades a presenciar la decapitación de tu padre y de tu madre? Ocurría en muchos sitios; pueblos vascos en llamas porque querían lo que les pertenecía; los paisanos de su marido asesinado, sus casas derruidas porque ellos querían lo que les pertenecía, lo que les había robado una gente armada por los gigantes del mundo porque se los acusaba de no detener a los asesinos de judíos, con los que los paisanos de su marido no tenían nada que ver. ¿Dónde estaba la justicia? ¿Dónde estaba la humanidad?

No. A las autoridades había que enseñarles una lección. Había que herirles, había que demostrarles que eran tan vulnerables como aquellos a los que ellas destruían.

Bajaratt descolgó el auricular y marcó los números que Nils van Nostrand le había dado. No contestaron. Recordó las palabras del padrone.

Todos mis contactos tienen unos aparatos, una especie de marcapasos, que les dicen que deben contestar las llamadas inmediatamente, cualquiera que sea la situación en que se encuentren. Y si la situación les impide el acceso por un tiempo demasiado largo, se programa otro número. Espera veinte minutos y luego vuelve a intentarlo.

¿Y qué ocurre si siguen sin contestar, padre?

No te fíes de nadie. Hoy en día, con la tecnología moderna, los códigos electrónicos no son indescifrables. Sé cautelosa, hija mía: imagínate lo peor y vete de donde estés.

¿Y luego?

Baj está sola, hija mía. Utiliza a otros.

Bajaratt esperó veinte minutos y llamó otra vez. Nada. Siguiendo las instrucciones del padrone, se imaginó lo peor. Escorpión Dos había intentado matar a Nicolo y había muerto en el intento.

¿Por qué?

A las 6.36 de la mañana, el estridente timbrazo del teléfono despertó a Hawthorne en la habitación que éste compartía con Poole en el Shenandoah Lodge.

-¿Lo has cogido, Tye? -le preguntó el teniente, mucho más atento, desde la otra cama.

-Lo estoy cogiendo, Jackson. -Tyrell descolgó torpemente el auricular y se lo acercó a la oreja sin levantar la cabeza de la almohada-. ¿Diga? -preguntó.

-¿Es usted el capitán de corbeta Hawthorne?

-Lo era, sí. ¿Con quién hablo?

-Soy el teniente Allen, John Allen, de inteligencia naval. Sustituyo temporalmente al capitán Stevens, que está de permiso disfrutando de un bien merecido descanso, señor.

-¿Qué ocurre, teniente?

-Me han puesto al corriente de la información meramente imprescindible, mi capitán, pero me gustaría conocer su opinión respecto a un caso reciente, pues posiblemente influiría en mi decisión de molestar al capitán Stevens.

-¡Hable claro, por el amor de Dios!

-¿Conoce usted, o ha oído hablar, o ha hablado recientemente con un analista de la CIA llamado Patrick Timothy O'Ryan?

Tyrell esperó un instante y luego contestó:

-No, nunca he oído ese nombre. ¿Por qué?

-Han encontrado su cadáver junto a un bote de pesca de ostras en Chesapeake, enredado en una de sus redes, según tengo entendido, hace una hora y media. Se me ocurrió llamarle a usted primero antes de molestar al capitán.

-¿Quién le ha enviado el informe?

-La Guardia Costera de Chesapeake, señor.

-¿Han informado a la Policía?

-Todavía no, señor. Cuando ocurre una cosa así, como cuando mataron a aquel capitán de fragata en un bote de remos, hace diez o doce años, intentamos reservarnos la información temporalmente...

-Ya entiendo, teniente. No hable de esto con nadie hasta que yo llegue. ¿Dónde está usted?

-En River Bend Marina, a unos tres kilómetros al sur de Chesapeake Beach. Ahora voy hacia allí, señor. ¿No quiere que llame al capitán Stevens?

-No, de ninguna manera, teniente. Ultimamente ha trabajado demasiado. Ya nos encargaremos nosotros.

-Gracias, señor. El capitán se pondría furioso.

Hawthorne se levantó de la cama mientras Poole, que ya estaba en pie al otro lado de la habitación, encendía las luces.

-Vámonos, Jackson -dijo Tyrell-. Tenemos algo importante.

-¿Cómo lo sabes?

-He dicho que no conocía a ningún O'Ryan, y es verdad que no lo conozco en persona, pero sé que es el mejor analista que la agencia haya tenido jamás. Además, estuvo por Amsterdam hace seis o siete años, participando en uno de esos discretos ejercicios de evaluación de la CIA, con los que esperan descalificar a los militares. Los tipos como yo lo evitábamos como si tuviera una enfermedad contagiosa.

-¿Y qué hay que sea tan importante?

-Era el mejor, y Bajaratt sólo utiliza a los mejores, hasta que ya no le sirven. Luego se deshace de ellos. Los mata para eliminar cualquier posible vinculación.

-Lo que dices me parece un poco atrevido, Tye. Tal vez desproporcionado.

-Es posible, Jackson, pero es una corazonada. Él debía de ser la fuga. Es lo único que tengo.

-Me impresionas, capitán. Estás hablando de los más altos cargos de la inteligencia secreta.

-Lo sé, teniente. Los que guardan los verdaderos secretos siempre acaban dándote sorpresas. Despierta a la comandante.

En una calle con árboles del elegante Montgomery County, Maryland, el teléfono del dormitorio del senador Paul Seebank emitía un débil zumbido. Era tan bajo que su esposa, que dormía a su lado, no podía oírlo; era un ruido que sólo podía despertar a la persona que estaba junto al aparato. Seebank abrió los ojos, alargó el brazo y pulsó una tecla, interrumpiendo el zumbido. Luego se levantó de la cama, despacio y en silencio, y bajó a su estudio. Pulsó una tecla luminosa, introdujo el código que permitía la recepción y oyó las siguientes palabras, pronunciadas con un acento británico:

Tenemos un problema con nuestros socios; nuestras líneas ya no son operativas. Usted recibirá todas las llamadas. Queda usted al mando.

El senador Paul Seebank, uno de los líderes de aquel augusto cuerpo, marcó con dedos temblorosos los números que le permitían acceder al personal clandestino de los Proveedores. El era Escorpión Cuatro: a todos los efectos, Escorpión Uno.

El senador se quedó en la silla, inmóvil, lívido. No recordaba haber estado tan aterrorizado jamás.

CAPÍTULO XXIV

El cadáver aprisionado en la red estaba blanco y rígido, hinchado por el agua; la cara parecía un globo donde hubieran dibujado unas facciones. En el muelle, bajo la luz de un único foco, estaban los efectos personales que la patrulla de la Guardia Costera había sacado de los bolsillos del muerto.

-No había nada más, capitán -dijo Allen, el oficial de inteligencia naval-. No hemos tocado nada más, y para sacar estos artículos hemos utilizado pinzas. Como verá, es de la CIA, un agente especial, y está bien muerto. El médico, que no es especialista en medicina forense, dice que cree que la muerte ocurrió cuando la cabeza de O'Ryan fue golpeada con un objeto sólido o dio contra varios objetos sólidos. Dice que la autopsia podría revelar algo más, pero que lo duda.

-Buen trabajo, teniente -dijo Hawthorne. Poole y Catherine Neilsen estaban a su lado, ambos hipnotizados por aquel desagradable espectáculo-. Retiren el cadáver y procedan con la autopsia.

-¿Puedo hacerte una pregunta? -dijo Poole.

-Me extraña que lleves tanto rato callado -contestó Tyrell-. ¿De qué se trata?

-Verás, yo sólo soy un chico de pueblo...

-No digas tonterías -lo interrumpió Cathy, apartando la mirada del inflado cadáver-. Ve al grano.

-Bueno, en Luisiana hay ramificaciones del Pontchartrain por todas partes. Nosotros las llamamos brazos. ¿Sabes si el Chesapeake corre en el sentido normal, de norte a sur?

-Supongo -dijo Allen.

-Claro que sí -añadió un pescador barbudo que había oído la conversación mientras sacaba el cadáver de las redes-. ¿Cómo quiere que baje?

-Hombre, el Nilo, por ejemplo, no los hace así, señor, sino que...

-No importa -intervino Hawthorne-. ¿Cuál es la pregunta?

-Verás, suponiendo que el río fluye de norte a sur, y suponiendo que ciertos «objetos sólidos» hayan tenido que ver con la muerte, ¿hay algún embalse al norte?

-¿De qué estás hablando, Jackson? -dijo Cathy, dándose la vuelta, consciente de que su subordinado no solía plantear preguntas estúpidas.

-Echa un vistazo, comandante.

-Prefiero no hacerlo, teniente.

-Comandante. ¡Teniente! -exclamó Allen-. ¿Quiénes son éstos, Hawthorne?

-Olvídelo -dijo Tyrell-. ¿Qué intentas decirnos, Poole?

-A este hombre le han dado más de un golpe en la cabeza. Mira, la tiene completamente hinchada. Eso no se lo han hecho con un solo «objeto sólido», sino con un montón. Le han dado golpes por todas partes. ¿Hay alguna presa por aquí?

-Rompeolas -intervino el pescador, sin soltar la red y mirando a Poole-. Por toda la playa de Chesapeake, para que los ricos puedan bañarse delante de sus casas.

-¿Dónde está la más cercana?

-Esto no es ningún barrio rico, amigo -respondió el pescador-. Supongo que la que está más cerca de aquí es la escollera que hay al norte de Chesapeake Beach. Los chicos suelen ir allí a jugar.

-Ahora me toca a mí decirlo, Tye. Vámonos.

Bajaratt reprimió su impaciencia.

-¿No puede ir más deprisa? -le preguntó fríamente al chófer de la limusina del hotel.

-Si voy más deprisa, señora, nos parará la Policía, y aún tardaremos más.

-Dese prisa, por favor.

-Hago lo que puedo, señora.

Bajaratt se recostó en el asiento, nerviosa. No podía perder a Nicolo, él era la clave. Lo había planeando todo tan cuidadosamente, tan inteligentemente; había estudiado cada paso, cada movimiento, cada inconveniente. Sólo faltaban unos días para el asesinato de su vida, que sería el preludio del caos mundial. ¡Muerte a toda autoridad!

Tenía que ser amable, convincente; tenía que aparentar preocupación. En cuanto el estibador la hubiera ayudado a entrar en la Casa Blanca, en el despacho del Presidente, y a salir de allí, podría librarse del barone-cadetto. No podía permitir que Nico siguiera con vida una vez que la noticia del asesinato del Presidente se hubiera extendido por todo el planeta.

Fingiría ponerse histérica al ver cómo estaba Nico, juraría sobre la tumba de sus antepasados que obligaría a los responsables a pagar aquel crimen, haría el amor con el joven Adonis como él jamás había soñado... ¡cualquier cosa! La cita en el Despacho Oval estaba demasiado próxima. ¡Y aquel viaje se estaba haciendo interminable!

-Hemos llegado a Chesapeake Beach, señora. El restaurante está allí, a la izquierda -anunció el chófer-. ¿Quiere que la acompañe dentro?

-Entre usted, por favor -dijo Baj-. Me encontraré con mi amigo en privado. Podría necesitar una manta, ¿tiene alguna?

-Hay dos mantas detrás de usted, señora, entre las lámparas.

-Gracias. Márchese, por favor.

Librodot

-Sí capitán Stevens, lo hice, señor -dijo el teniente Allen, sumiso, por el teléfono del vehículo de inteligencia naval-. El capitán fue muy explícito, señor. Me ordenó que no le molestara a usted. Le aseguro que...

-¡No es «capitán», y no puede darle órdenes a usted! -gritó.

Stevens desde su dormitorio-. ¿Dónde demonios está?

-Les oí decir algo de una escollera de Chesapeake Beach...

-¿Donde vive O'Ryan?

-Eso creo, señor.

-¿Han informado a la familia?

-Desde luego que no, señor. El capitán...

-¡Le digo que no es capitán!

-Perdone... Sus instrucciones fueron que no tocáramos nada, y eso coincide con nuestra política en estos asuntos. Quedamos en eso. Temporalmente, por supuesto.

-Por supuesto -suspiró Henry Stevens, resignado-. Informaré al director de la CIA inmediatamente; él puede hacerse cargo de eso. ¡Usted busque a ese hijo de puta y asegúrase de que me llama inmediatamente!

-Perdóneme, señor, pero si Hawthorne no es un oficial de inteligencia, ¿quién es?

-Un remanente, señor Allen. Un granuja del que todos quisiéramos olvidarnos.

-¿Y entonces qué hace aquí, capitán? ¿Por qué se ha metido en esto?

Silencio. Finalmente Stevens contestó, apaciguado:

-Porque era el mejor, teniente. Acabamos llegando a esa conclusión. ¡Búsquelo!

Mientras el chófer estaba en el interior del restaurante, Nicolo, sangrando y semidesnudo, se acercó a la ventana de la limusina. Bajaratt abrió la puerta rápidamente y le hizo entrar, abrazándolo con fuerza y poniéndole la manta por encima de los hombros.

-Basta, signora -gritó él ya has ido demasiado lejos conmigo. ¡Han estado a punto de matarme!

-No lo entiendes, Nico. Era otro agente secreto, un enemigo nuestro, un enemigo mío, un enemigo de tu Santa Madre Iglesia.

-¿Y a qué viene tanto secreto? ¿Por qué tú, tus amigos y los representantes de mi Iglesia no cuentan eso tan terrible, sea lo que sea?

-Ésa no es forma de hacer las cosas, querido mío. Tú lo intentaste, intentaste descubrir a un hombre corrupto en los muelles, pero ¿qué conseguiste? En Portici todos quieren verte muerto; tu familia no puede reconocerte, porque los matarían. ¿No lo entiendes?

-Lo que entiendo es que me estás utilizando, signora; estás utilizando a un personaje inventado, el barone-cadetto, para tus propios intereses.

-¡Naturalmente! Te elegí a ti porque eres mucho más inteligente que ningún otro; eso ya te lo he dicho, ¿no?

-A veces. Cuando no me llamas idiota o estibador.

-Son ataques de frustración. ¿Qué quieres que haga? Cree en mí, Nico. Dentro de unos años, cuando yo ya no esté y tú te hayas convertido en un erudito gracias a tu dinero de Nápoles, volverás la vista atrás y comprenderás. Estarás orgulloso del silencioso papel que jugaste en esta gran causa.

-¡Entonces dime en qué consiste, por el amor de Dios!

Librodot

-En líneas generales, no es muy diferente de lo que hiciste antes de que quisieran colgarte de aquel muelle de Portici. Descubrir a los corruptos, y no en un muelle desierto, sino en todo el mundo.

Nico agitó la cabeza. Estaba envuelto en la manta, pero le temblaba todo el cuerpo y le castañeaban los dientes.

-Demasiadas palabras, demasiadas cosas que no entiendo dijo.

-Ya lo entenderás, cariño. En su momento... ¡Estás malherido! ¿Qué puedo hacer por ti?

-Esto es un restaurante, ¿no? Podría tomarme un café, o un poco de vino. Tengo mucho frío.

Baj se apresuró a abrir la puerta, bajó del coche y corrió bajo la intensa lluvia hacia el restaurante. De pronto, dos automóviles entraron en el aparcamiento, derrapando en el asfalto mojado, y se detuvieron lado a lado, mientras Bajaratt se acercaba a la puerta del local. Entonces oyó voces:

-¡Haga lo que le digo, capitán! ¡Es una orden!

-¡Vete a la mierda!

-¡Tye, por el amor de Dios, escúchale! -gritó una mujer mientras el grupo de vociferantes se dirigía hacia la entrada del restaurante.

-¡No! ¡Ya lo han jodido todo bastante! Voy a meterme hasta el fondo, y voy a utilizar todo lo que les pueda sacar a los O'Ryan y a los Ingersol. ¡No se hable más!

¡Era Hawthorne! Bajaratt, ataviada con su femenina y moderna ropa comprada en la Via Condotti, entró a toda prisa en el restaurante y vio al chófer comiéndose un enorme pedazo de tarta.

-¡Salga! -le susurró-. ¡Deprisa!

-¿Quién demonios...? ¡Oh! Perdone, señora...

El chófer dejó tres dólares sobre la mesa y se levantó rápidamente. Seis personas -seis personas muy enojadas- entraron por la puerta; por lo menos tres o cuatro iban peleándose.

-¡Quieto! -dijo Baj, agarrando al chófer por el brazo y obligándole a agacharse. Los seis recién llegados se sentaron a una mesa que había al otro lado del pasillo, junto a la pared; habían interrumpido la pelea, pero Amaya Bajaratt se dio cuenta de que su ex amante seguía en sus trece. Lo conocía demasiado bien: el oficial de inteligencia de Amsterdam sabía cuándo no le engañaba su instinto. El muerto era una clave más de Sangre de Niña. Bien hecho, Tye, se dijo Bajaratt mientras ella y el chófer se ocultaban en el pasillo. Casi nunca he hecho el amor con alguien inferior a mí. Tú, igual que mi marido, Tyrell, sólo aceptabas lo mejor, y yo os lo di a los dos, querido. ¿Por qué no podías estar en mi bando? Tengo razón, querido mío. ¡Dios no existe! Porque si existiera, no habría niños muriéndose de hambre, sufriendo, con los vientres inflados. ¿Qué puede tener Dios contra ellos? Odio a tu Dios, Tyrell. Aunque no sé si alguna vez has creído en él. Tú nunca me lo dijiste. No me dijiste ni una cosa ni otra. Y ahora tengo que matarte, Tye. No quiero hacerlo; en St. Barts no pude, aunque debí haberlo hecho. Creo que el padrone lo entendió. Creo que se dio cuenta de lo mucho que yo te quería, y tuvo la precaución de no investigar, porque también él amaba a una mujer a la que no podía matar, aunque sabía que debía hacerlo. Los escorpiones se han desmoronado porque mi único padre no pudo hacer lo que debería haber hecho, años atrás. Deberían haber eliminado a Neptuno: era demasiado sentimental.

¡Pero yo soy de otra manera, capitán!

-Ahora -le dijo Bajaratt al chófer- levántese despacio, vaya hacia la puerta, salga y corra hacia el coche. No se asuste: en el asiento trasero hay un joven herido. Es mi sobrino; lo han herido unos hombres que querían robarle. Traiga el coche hasta la puerta y toque la bocina dos veces.

-¡Señora, nunca me han pedido que haga una cosa así!

-Pues ya no podrá decirlo. Le recompensaré con mil dólares. ¡Haga lo que he dicho!

El chófer, nervioso, caminó hasta la entrada más deprisa de lo que le habían ordenado, y abrió la puerta con tanto ímpetu que varios clientes se dieron la vuelta. Tyrell Hawthorne era uno de ellos. La Baj no podía verle la cara, ni el inquieto ceño fruncido, pero otros sí.

-¿Qué pasa, Tye? -le preguntó Catherine Neilsen.

-¿Qué hace aquí un chófer furioso?

-Ya has oído al pescador. Ha dicho que éste es un barrio de ricos. ¿Por qué te extraña ver un chófer?

-Puede ser, sí.

Bajaratt tampoco oyó aquel breve diálogo; sólo estaba pendiente de la señal que le indicaría que la limusina estaba frente a la puerta. Entonces oyó los dos bocinazos.

-¿Un chófer? -dijo Hawthorne, ensimismado. Y luego gritó-: ¡Van Nostrand's! Dejadme salir de aquí. -Se levantó bruscamente, empujando a Poole y a Cathy, que estaba sentada a su lado.

Al mismo tiempo, Bajaratt se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta, con la cabeza gacha. Ahora había dos personas corriendo hacia la entrada del restaurante; ambas tenían prisa por salir.

-Disculpe -dijo Tyrell al pasar junto a la mujer y rozarle el hombro. Abrió la puerta bruscamente-. ¡Oiga! -le gritó al conductor de la limusina, al tiempo que se acercaba al coche. Se detuvo y se dio media vuelta. Luego retrocedió hasta la puerta del restaurante, donde estaba la mujer a la que acababa de dar un empujón. ¡El Shenandoah Lodge, aquella mujer, aquellos ojos! ¡Dominique! ¡Bajaratt!

Sonaron unos disparos. Las balas agujerearon la carrocería de la limusina y rebotaron en el asfalto; Hawthorne corrió hacia la izquierda, y de pronto sintió un calor intenso y punzante en el muslo. ¡Le había dado! Dio un salto y se refugió bajo una camioneta que había aparcada, mientras otra mujer salía corriendo por la puerta del restaurante, llamándolo a gritos. Bajaratt disparó las últimas balas contra la mujer, al tiempo que abría la puerta del coche y se metía dentro. Catherine Neilsen cayó a plomo en las escaleras, mientras la limusina arrancaba y se alejaba en la oscuridad.

Era la una de la madrugada, y Henry Stevens estaba tan agotado que no podía conciliar el sueño; y más cuando le habían desvelado. No podía dejar de pensar; las preguntas se sucedían unas a otras en su mente, multiplicándose hasta que ya no cabían más ideas, posibilidades, probabilidades. Quedándose en la cama sólo conseguía dar vueltas y vueltas, con los ojos abiertos, preocupado porque su esposa, que dormía en la cama de al lado, pudiera oírlo y se despertara, como de costumbre, e intentara tranquilizarlo. Eso lo hacía muy bien; siempre lo había hecho bien. El no quería reconocerlo, pero en el fondo sabía que sin Phyllis no estaría donde estaba ahora. Phyllis era impertinentemente racional, serena, el fuerte timonel que mantenía el rumbo de su nave; nunca dictatorial, pero asegurándose de que su marido capeaba el temporal sin zozobrar.

En cierto modo, pensó sentado en el sofá de la galería, tenía gracia que utilizara metáforas náuticas. La única ocasión en que había navegado fue durante el último curso en Annápolis, cuando todos los guardiamarinas que se graduaban tenían que soportar días a bordo de un enorme velero, dándoselas de marineros del maldito siglo diecinueve. Apenas recordaba aquellos diez días, pues la verdad era que se había pasado la mayor parte del tiempo vomitando en el lavabo.

A pesar de sus deficiencias como marinero, la Marina acabó reconociendo sus otros talentos: talentos organizativos, burocráticos. Era un excelente marinero de oficina. Era infalible detectando a mediocres e incompetentes; se los sacaba de encima sin rendirse a sus

Librodot

ridículas explicaciones. Si había algo que hacer, tenía que hacerse; si había un problema que él o ella no podían resolver, tenían que acudir a él, y no perder el tiempo con indecisiones. El casi siempre tenía razón.

Y en una ocasión -sólo una- se equivocó. Fatalmente. En Amsterdam, le contó a Phyllis lo de la mujer de Hawthorne, Ingrid, y ella le dijo:

Esta vez te equivocas, Hank. Te equivocas. Conozco a Tyrell, y conozco a Ingrid, y sé que hay algo que se te escapa.

Y cuando encontraron el cadáver de Ingrid Hawthorne en un canal de Amsterdam, su esposa fue a su despacho. ¿Has tenido algo que ver con esto, Hank?

¡Por Dios, Phyll! ¡Claro que no! Han sido los soviéticos. Han dejado sus huellas por todas partes.

Eso espero, Henry, porque estás a punto de perder al mejor oficial de inteligencia que la Marina ha tenido jamás.

Phyllis sólo lo llamaba «Henry» cuando estaba verdaderamente furiosa con él.

¡Maldita sea! El no tenía manera de saberlo. ¡Apartado del sistema! ¿Qué tipo de disparate era aquel?

-¿Hank?

Stevens volvió la cabeza hacia la puerta de la galería.

-Lo siento, Phyll, he venido aquí a pensar un poco.

-No has vuelto a dormir después de colgar el teléfono. ¿Quieres hablar conmigo? ¿Puedes hablar conmigo, o no es asunto mío?

-Se trata de tu amigo Hawthorne.

-¿Vuelve a estar en el sistema? Si es así, será maravilloso. No te adora, precisamente.

-Siempre le has gustado.

-¿Por qué no iba a gustarle? Yo le programaba los viajes, no la vida.

-¿Insinúas que yo sí?

-La verdad es que no lo sé. Tú me dijiste que no.

-Y así es.

-Entonces, el tema está archivado, ¿no?

-Archivado.

-¿Qué está haciendo Tyrell para ti? ¿0 no puedes contármelo? -El comentario de Phyllis Stevens no encerraba resentimiento, pues a las esposas y a los maridos del personal de inteligencia de alto nivel se los consideraba vulnerables; lo que no supieran no podrían sonsacárselo-. Llevas varios días trabajando las veinticuatro horas, de modo que debe de tratarse de una alerta roja.

-Se trata de una terrorista. Una mujer que ha jurado que matará al presidente.

-¡Parece una historia de cómic, Hank! -lo interrumpió su esposa. De pronto se detuvo, pensativa-. 0 puede que no. Para ser justa con mi género, he de decir que las mujeres podemos hacer muchas cosas y meternos en muchos sitios donde los hombres no pueden.

-Ella ya lo ha hecho, y dejando un rastro de muertes extrañas y «accidentes fatales».

-No te voy a pedir que te extiendas en eso.

-No tenía intención de hacerlo.

-¿Y Tyrell? ¿Qué pinta él en todo esto?

-Durante un tiempo, esa mujer operaba desde el Caribe, desde las islas..

-Y Hawthorne tiene su negocio de veleros allí.

-Exactamente.

-¿Pero cómo has podido recuperarlo? No me habría imaginado que pudieras hacerlo.

-No fuimos nosotros, sino el MI-6. Nosotros sólo le pagamos los extras; lo contrataron en Londres.

-El viejo Tye. Nunca le gustó viajar en tercera, a no ser que fuera estrictamente necesario.

-A ti te gustaba mucho, ¿verdad?

-A ti también te habría caído bien, si le hubieras dado una oportunidad, Hank -dijo Phyllis. Se sentó en una silla de caña, frente a su marido-. Tye era muy inteligente, pero no era de los de tu clase; él no era un candidato MENSA con cociente intelectual de ciento noventa, pero tenía el instinto y la fuerza necesarios para seguiros, incluso cuando los de arriba pensaron que se equivocaba. Le gustaba el riesgo.

-Hablas como si estuvieras enamorada de él.

-Todas las jovencitas lo estaban, menos yo. Me gustaba, sí; me fascinaba lo que hacía, desde luego, pero nunca estuve «enamorada» de él. Era como un pariente brillante al que observabas con interés porque siempre violaba las normas y de vez en cuando organizaba un escándalo. Tú mismo lo dijiste.

-Sí tienes razón. Y obtenía resultados. Pero desmanteló varias organizaciones, que luego tuvieron mucho trabajo para reorganizarse. Nunca le hablé de los miembros que nos abandonaron temporalmente porque decían que no querían trabajar mientras hubiera un maníaco suelto. Estaban asustados; Tyrell intentaba hacer tratos con nuestros enemigos. No más asesinatos, decía. Pero no éramos nosotros los que cometíamos los asesinatos, sino otros.

-Y entonces mataron a Ingrid.

-Los soviéticos la mataron, no nosotros. Phyllis Stevens cruzó las piernas, cubiertas por el camisón de seda, y observó a su marido.

-Hank -le dijo con cordialidad-, hay algo que te preocupa, y yo sé cuándo no debo inmiscuirme, pero tienes que contárselo a alguien. Hay algo que se te escapa, pero tengo que decirte, cariño, que no hay nadie en la Marina que hubiera podido hacer lo que hiciste tú en Amsterdam. Tú salvaste a toda la organización, desde la Embajada hasta la OTAN, pasando por La Haya. Tú fuiste el cerebro que hizo posible todos nuestros logros, cuando hacía falta un intelecto superior que guiara las operaciones clandestinas. Y tú lo hiciste, Hank; pese a toda tu mala leche, lo hiciste, cariño. No creo que ningún otro lo hubiera conseguido. Y Tye Hawthorne menos que nadie.

-Gracias, Phyll -dijo Henry. De pronto se incorporó, y se llevó ambas manos al pálido rostro para ocultar las lágrimas que empezaban a brotarle de los ojos-. Pero en Amsterdam nos equivocamos. Yo me equivoqué. ¡Maté a la mujer de Tye!

Phyllis se levantó de la silla y se sentó en el sofá, junto a su marido, y lo abrazó.

-Vamos, Hank. La mataron los soviéticos, no tú. Tú mismo lo has dicho, y yo vi los informes. ¡Dejaron sus huellas!

-Yo los conduje hasta ella. Y ahora él está aquí, y como yo no hago otra cosa que equivocarme, puede que lo maten a él también.

-¡Basta! -gritó Phyllis-. Basta, Hank. Lo que te pasa es que estás agotado. Si eso es lo que te atormenta, haz entrar a Tyrell. Puedes hacerlo.

-Nos pelearíamos. No sabes cómo se siente él. Han muerto amigos suyos. Demasiados.

-Envía una unidad y hazlo entrar -insitió Phyllis. Y entonces sonó un teléfono. Phyllis se levantó del sofá y cruzó la galería hasta una pequeña alcoba donde había tres teléfonos: uno negro, uno rojo y uno azul-. Residencia Stevens -dijo después de descolgar el teléfono rojo.

-Con el capitán Stevens, por favor.

-¿Con quién hablo, por favor? El capitán está descansando, y preferiría no molestarlo.

Librodot

-De acuerdo, supongo que a estas alturas ya no importa -le contestó su intelocutor-. Soy el teniente Allen, N. I., y llamo para informar al capitán de que al capitán..., ex capitán Hawthorne, le han disparado frente a un restaurante de Chesapeake Beach, en Maryland. No creemos que su vida corra peligro, pero hasta que no llegue la ambulancia no estaremos seguros. Sin embargo, la oficial...

- ¡Henry!

CAPÍTULO XXV

Poole, con la cara manchada de lágrimas, y Hawthorne estaban frente a frente en el pasillo del hospital, junto a la puerta del quirófano. Tyrell se hallaba sentado en una silla, con unas muletas al lado; el teniente en un banco, inclinado hacia delante, con la cabeza entre las manos. Estaban callados; no había nada que decir. A Hawthorne habían tenido que extraerle una bala del muslo, y le habían dado siete puntos; tuvieron que obligarle a estarse quieto en la camilla, mientras él pedía que lo llevara a la sala de espera del quirófano donde la comandante Catherine Neilsen se debatía entre la vida y la muerte.

-Si muere -dijo Poole, rompiendo el silencio; hablaba en voz baja-, voy a dejar esta maldita organización; y si tengo que hacerlo, me pasaré el resto de mi vida persiguiendo a los capullos que le han hecho esto.

-Te entiendo, Jackson -dijo Tyrell, mirando al turbado teniente.

-No estoy seguro de que me entiendas, capitán. Tú podrías ser uno de ellos.

-Eres injusto, pero te entiendo.

-¿Injusto, hijo de puta? -Poole apartó las manos de la cara y levantó la vista. Miró fijamente a Tye-. ¿Es eso lo único que se te ocurre? No estás libre de culpa, señor Hawthorne. Ni siquiera nos dijiste a Cath y a mí de qué iba todo esto hasta que yo te obligué a hacerlo, en aquella asquerosa isla, cuando mataron a Charlie.

-¿Habría cambiado algo? A Charlie ya lo habían matado.

-¿Cómo puedo saberlo? -exclamó el teniente-. ¿Qué voy a saber yo? Lo único que sé es que no fuiste sincero con nosotros.

-Fui todo lo sincero que podía ser sin poner en peligro vuestras vidas proporcionándoos información que no os correspondía tener.

-¡Eso son cuentos de espías!

-Sí, puede que sí. Pero yo he sido espía, y he visto a hombres y mujeres asesinados por saber cosas, aunque fueran insignificantes. He estado fuera mucho tiempo, pero todavía me acuerdo.

La puerta del quirófano se abrió, y apareció un médico vestido con una bata blanca, manchada de sangre.

-Llevo más de tres horas de pie ahí dentro -dijo, cansado-. ¿Quién de ustedes es Poole?

-Yo -contestó Jackson, conteniendo el aliento.

-Me ha pedido que le diga que se tranquilice.

-¿Cómo está?

-Un momento, vayamos por partes. -El cirujano se volvió hacia Tyrell-. Entonces usted debe de ser Hawthorne, el otro paciente.

-Así es.

-Quiere verlo...

-¿Pero qué coño dice? -exclamó Poole, poniéndose en pie-. ¡Si tiene que ver a alguien, es a mí!

Librodot

-Le he dicho que tenía que elegir, señor Poole. No quería hacerlo, pero es una mujer muy testaruda. Sólo una visita, y no más de dos minutos.

-Díganos, doctor, ¿cómo está? -dijo Tye, repitiendo la pregunta de Jackson, pero no con una autoridad que exigía respuesta.

-¿Debo considerar que representan ustedes a su familia?

-Considere lo que quiera -continuó Hawthorne sin impacientarse-. Nos han traído aquí juntos, y creo que está usted al corriente de la preocupación del gobierno.

-Sí, desde luego. Dos ingresos no registrados, sin informe policial, y los dos pacientes con heridas de bala... Muy irregular, pero tengo que acatar la autoridad. Nunca había hablado con alguien con semejantes credenciales.

-Pues conteste mi pregunta, por favor.

-Lo sabremos dentro de veinticuatro horas.

-¿Qué es lo que sabremos? -interrumpió Poole-. ¿Si se va a morir o no?

-Francamente, no puedo prometerles que se vaya a salvar, pero creo que es probable. Tampoco puedo prometerles que vuelva a caminar.

Poole se desplomó en el banco, y volvió a ocultar la cara detrás de las manos.

-Cath, oh, Cath -sollozó.

-¿Columna? -preguntó Tyrell fríamente.

-Veo que entiende usted de medicina...

-Digamos que no es la primera vez que vengo por aquí.

-Si todo va bien, dentro de un par de días podría iniciar la convalecencia normal. Pero si las terminaciones nerviosas no responden...

-Es suficiente, doctor. ¿Puedo verla?

-Sí, adelante. Déjeme ayudarlo. Creo que a usted también han tenido que practicarle una cura. -Hawthorne se levantó con dificultad y caminó hacia la puerta-. Las muletas -le dijo el cirujano, y se las ofreció.

-Muchas gracias, pero ya no las necesito -replicó Tyrell.

Una enfermera lo acompañó a la habitación en que se encontraba Catherine y le dijo, con tono amable pero inflexible, que iba a cronometrar la visita. Hawthorne se quedó mirando la figura que yacía en la cama: unos mechones de cabellos rubio asomaban por el gorro del quirófano; la discreta luz que había junto a la cama iluminaba las encantadoras facciones de su pálido rostro. Cathy oyó pasos y abrió los ojos; volvió la cabeza y le indicó con un ademán que se acercara, señalando la silla que había junto a la cama. Tyrell se acercó cojeando y se sentó. Y entonces, lentamente, indecisas, sus manos se acercaron y finalmente se entrelazaron.

-Me han dicho que estabas bien -dijo Cathy, con un débil hilo de voz, sonriendo.

-Sí, y tú también vas a ponerte bien -dijo Tye.

-Venga, Tye...

-Ya lo verás... A Jackson le ha molestado que no le pidieras que entrara.

-Le quiero mucho, pero ahora no estoy con ánimos. -Neilsen hablaba con dificultad, haciendo grandes esfuerzos, pero claramente. Cuando Hawthorne levantó una mano para pedirle que se calmara, ella meneó la cabeza-. ¿Acaso no nos entrenan para tomar ese tipo de decisiones? Creo que cuando mataron a Charlie intentaste decirme algo parecido.

-Habría podido decírtelo, Cathy, pero no soy muy buen maestro. En Amsterdam me quedé destrozado, ¿te acuerdas?

-No te pasará lo mismo ahora, ¿verdad?

-Me extraña que digas eso, pero espero que no. Estoy furioso, Cathy, tan furioso como en Amsterdam. Y ahora tú estás implicada. ¿Por qué lo has dicho?

Librodot

-He averiguado un par de cosas, Tye, y tengo miedo.

-Todos tenemos miedo -la interrumpió Tyrell.

-Temo por ti, por lo que creo que estás haciendo. Cuando Jackson y tú volvisteis de San Juan, de casa de Simon, habíais cambiado. No sabría cómo definirlo, pero es algo muy profundo, algo terrible...

-Había perdido a dos amigos míos -dijo Hawthorne, irritado-; igual que tú, cuando perdiste a Charlie.

-Y después -continuó la comandante, sin prestar atención a su interrupción-, en el Shenandoah, recibiste un mensaje por teléfono. Nunca había visto a alguien cambiarle tanto la cara; de pronto te quedaste blanco, luego azul, y despedías fuego por los ojos. Lo único que me dijiste fue que habías oído hablar de alguien que había cometido un error. Y más adelante, ya sé que no te diste cuenta de que yo te oía, le diste un número de teléfono de París a Henry Stevens.

-Aquello era...

-Por favor... Y esta noche has salido corriendo de aquel restaurante como un loco, como si quisieras matar al chófer... Salí corriendo detrás de ti, y al llegar a la puerta, que se estaba cerrando, justo antes de que se oyeran los disparos, gritaste... No, Tye, déjame hablar. Gritaste: ¡tú! Y entonces la mujer disparó.

-Si. -reconoció Tyrell, mirando fijamente a Cathy.

-Era Bajaratt, claro.

-Sí.

-Sabes quién es, ¿verdad? La conocías.

-Sí.

-La conocías muy bien, ¿no es así?

-Creía conocerla. Pero no la conocía.

-Lo siento, Tye. No se lo has dicho a nadie, ¿verdad?

-No tiene sentido hacerlo. Ya no es la que era. No tiene nada que ver.

-¿Estás seguro de eso?

-Completamente. Su mundo está en el valle de la Bekaa. Yo la conocí en otro mundo que no tenía nada que ver con la Bekaa.

-¿En ese mundo en que ibas de isla en isla en tu barco, con tranquilos atardeceres?

-Sí.

-¿Y el número de París? ¿Te puede ayudar?

-Es posible. Eso espero. Ojalá sea así.

Catherine observó el cansado rostrro de Tyrell, aquellos ojos que encerraban tanto dolor y tanta furia.

-Pobre infeliz. Lo siento mucho por ti, Tye. No volveremos a hablar de esto.

-Te lo agradezco, Cathy. No entiendo cómo todavía piensas en mí, después de lo que acabas de pasar.

-Claro que pienso en ti -suspiró ella; estaba cansada, pero sonreía-. Es mejor que pensar en mí misma, ¿no te parece?

Tyrell se inclinó hacia delante, retiró su mano de la de Cathy y le acarició la cara. Se acercaron más, hasta que sus labios se encontraron.

-Eres encantadora, Cathy.

-¡Eso es mejor que «notable», capitán!

La puerta se abrió y la enfermera asomó la cabeza; se aclaró la voz discretamente.

-Se acabó el tiempo -anunció-. La paciente más guapa de este hospital tiene que descansar.

-Estoy segura de que eso se lo dice a todos los recién operados.

-Pues entonces digo muchas mentiras. Pero ahora no estoy mintiendo.

-¿Tye?

-¿Qué? -dijo Hawthorne mientras se levantaba.

-Utiliza a Jackson, confía en él. Puede hacer lo mismo que yo, y mejor.

-Descuida, lo haré. Pero...

-Haré que se olvide de mí.

Phyllis Stevens se abalanzó sobre el teléfono. Eran casi las diez de la mañana, pero no había conseguido meter a su extenuado y atormentado marido en la cama hasta las cinco de la madrugada. A la oficial de las fuerzas aéreas la habían operado, y no conocían el pronóstico; pero la herida de Tye Hawthorne no era grave, y aquello había aliviado a Henry Stevens de sus preocupaciones más inmediatas, aunque no había conseguido aliviar una angustia más profunda. Unos centímetros más, y podría estar muerto.

-¿Diga? -contestó Phyllis, llevándose el aparato al otro extremo de la cama.

-FBI, señor Stevens. ¿Puedo hablar con el capitán, por favor?

-La verdad, preferiría que no lo hiciera. Lleva casi tres días enteros sin dormir, y ahora está descansando. ¿No puede darme el mensaje?

-Sólo una parte, señora.

-Lo comprendo.

-¿Qué pasa, Phyll? -Henry Stevens, en la cama contigua, se incorporó bruscamente-. ¡Ha sonado el teléfono! ¡Lo he oído!

-Todo tuyo. -Phyll suspiró y le pasó el auricular a su marido, que ya tenía los pies en el suelo.

-Stevens al habla. ¿Quién es?

-FBI, señor. Agente Becker. Es acerca del despacho de Ingersol.

-¿Han encontrado algo?

-Es difícil de explicar, señor. Hemos encontrado un teléfono dentro de un armario de acero camuflado con un revestimiento de madera, oculto en la pared. Hemos tenido que destrozarlo...

-¿Es un teléfono corriente, y si lo es, por qué estaba escondido?

-Eso es lo que nos ha extrañado, capitán. Los técnicos se han pasado toda la noche y toda la mañana de hoy trabajando y sólo han encontrado una cosa.

-¿De qué se trata?

-Han encontrado una antena de satélite en el tejado conectada a ese teléfono, pero lo único que han averiguado es que emite y recibe del Estado de Utah.

-¿Utah? ¿Qué lugar de Utah?

-Podría haber unas doscientas frecuencias de láser y un millar de antenas receptoras allí, señor. Puede que más.

-¡Eso es una locura!-Es la nueva tecnología, capitán.

-Pues ponga a trabajar sus sofisticados ordenadores, esas máquinas mágicas que tanto dinero cuestan a los contribuyentes, y averigüen algo.

-Estamos trabajando, señor.

-¡Trabajen más! -Stevens, furioso, colgó el auricular y se dejó caer de nuevo sobre los cojines-. Tienen sus propios satélites -suspiró-. ¡Es increíble!

-No sé de qué estás hablando, Hank, pero si lo que estás diciendo es lo que me imagino, es culpa de todos nosotros. Lo único que hace falta es dinero.

-El progreso -dijo Stevens-. ¿No te parece maravilloso?

-Depende de quién lo controle, supongo -contestó su mujer-. Nosotros pensábamos que seriamos los que lo controlaríamos más y mejor. Pero por lo visto no es así.

A última hora de la mañana en el hospital no tenían otro cosa que decir sobre el estado de Catherine Neilsen más que estaba descansando, y que sus constantes vitales era estables. En su habitación del Shenandoah Lodge, Hawthorne, en calzoncillos, se examinaba la pierna bajo la atenta mirada de Poole.

-Te duele, ¿verdad? -dijo el teniente.

-No mucho -replicó Tyrell-. He dormido mejor de lo que esperaba. Lo más complicado es no cargar el peso en el lado izquierdo.

-Deberías tomarte un par de días de descanso. Así la herida cicatrizaría mejor.

-No puede permitirme el lujo de perder dos días. Dame un poco más de esparadrapo y apriétalo más. -Sonó el teléfono-. Debe de ser Stevens. Phyllis me prometió que le diría que me llamara cuando se despertara.

-Voy a ver -dijo Jackson, y se acercó al escritorio-. ¿Diga? Sí, sí, está aquí. Un momento. -El teniente miró a Hawthorne-. Dice que es tu hermano, y debe de serlo. Habla igual que tú, pero es más amable.

-No, no lo es. Aprendió a fingirlo cuando daba clases. -Tyrell caminó, cojeando, hasta la cama y se sentó-. Anoche llamé a Santo Tomas desde el hospital. -Cogió el teléfono de la mesilla de noche-. Hola, Marc. Me imaginaba que tarde o temprano llamarías.

-Hace cosa de una hora. Muy amable de tu parte hacerme saber que sigues por aquí -dijo Marc Anthony Hawthorne, sarcástico-. Porque sigues por ahí, ¿verdad?

-Corta, hermano. He estado muy ocupado. Y no te pongas curioso.

-Tienes dos mensajes.

-Adelante.

-El primero es de un tal «B. Jones». Llamó ayer a las 4.12 de la tarde, y te dejó un número de teléfono de México. Puso mucho énfasis en que lo llamaras durante las próximas cuarenta y ocho horas.

-Dámelo. -El hermano se lo dio, y Tyrell lo anotó en un menú-. ¿Y el otro?

-Una mujer, «Dominique». Dijo que llamaba desde Montecarlo. Según el reloj, la llamada se recibió anoche, a las 11.26, para ser exactos.

-¡Dame el mensaje!

-Te lo voy a poner para que lo oigas. No es el tipo de mensaje que un inocente hermano menor le repite a su modélico hermano mayor.

-Ponlo y ahórrate los comentarios.

-Ya voy, señor.

Tyrell, querido, amor mío, ¡soy Dominique! Te Llamo desde L'Hermitage de Montecarlo. Ya sé que es muy tarde, pero mi marido está en el casino y tengo excelentes noticias. Estos últimos días lo he hecho extraordinariamente bien, pero la verdad es que te añoro mucho... -y claro, considero que es mi deber estar con mi tío los últimos días de su vida. Se lo he planteado a mi marido, y no te imaginas lo que me ha dicho. «Vete con tu tío; él te necesita igual que tú necesitas a tu amante.» Me quedé boquiabierta. Le he preguntado si estaba enfadado, y mira lo que me contestó: «No, querida esposa, porque yo también tengo cosas que hacer las próximas semanas. Al contrario: me alegro mucho por ti.» Es maravilloso.

Ya te dije que era muy bueno, aunque le faltan otras cualidades masculinas. En fin, me voy al aeropuerto de Niza a coger el primer avión. Mañana estaré en París, muy ocupada, por supuesto, porque antes de irse de vacaciones hay muchas cosas que hacer, pero si me necesitas, llámame a París. Si no me encuentras, habla sólo con Pauline. Yo me pondré en contacto contigo. Ya estoy sintiendo tus brazos, mi cuerpo contra el tuyo... ¡Dios mío, parezco una jovencita enamorada, y ya no soy ninguna niña! Llegaré a las islas dentro de un día o dos, pero no más de tres, y te llamaré inmediatamente. Amor mío, cariño.

Un furioso rugido se estaba gestando en la garganta de Hawthorne; lo controló, pero no pudo reprimir la violencia de su mente. Aquellas palabras de amor, tan falsas, tan malvadas. ¡La llamada había sido realizada una hora después de que la autora intentara asesinarlo! No desde un yate del Mediterráneo, sino desde la entrada de un restaurante de Maryland. Qué fácil era decirle a un contestador automático que estaba donde te interesaba estar. Recuerdos de Amsterdam: Cíñete a tu personaje a toda costa, podría ser lo único que te quede. Sangre de Niña estaba jugando sus cartas falsas, creyendo que él las aceptaría. El se aseguraría de que lo creía, llamando a París, a la ubicua «Pauline», pero alertando primero al Deuxiéme.

-Oye, Tye -dijo la voz de su hermano-. He rebobinado la cinta. ¿No estás contento de que no haya hecho ningún comentario?

-No me hace falta ninguno, Marc.

-Algo querrías decirme, si no querías que colgara.

-Dios mío, lo siento, hermano -lo interrumpió Hawthorne-. No tengo mucho tiempo; vamos a lo práctico. Supongo que ha llegado el dinero y que estás buscando un par de Class A.

-¡Pero si acabo de llegar a Red Hook, Tye! Pero sí, he hablado con Cyril en el Chase de Charlotte Amalie, y me ha dicho que hemos recibido una transferencia impresionante desde Londres; quería saber si tenía algo que ver con Noriega.

-Lo investigará y verá que es dinero limpio. Tan limpio como la ropa interior de la Reina. Ponte a trabajar con lo de los barcos.

-¿Sin ti?

-He dicho ponte a trabajar, no que cierres ningún trato. Si encuentras algo interesante, da algo por adelantado.

-De acuerdo. ¿Cuándo crees que volverás?

-No creo que tarde mucho, de una forma o de otra.

-¿Qué quieres decir con eso de «de una forma o de otra»?

-No te lo puedo explicar. Te llamaré mañana, o dentro de un par de días.

-Tye...

-¿Si?

-Ten cuidado, por el amor de Dios.

-No te preocupes, hermano. Ya sabes que odio a la gente temeraria.

-Eso dices.

Hawthorne colgó el auricular.

-¿Dónde están las notas que llevaba en el pantalón? -le preguntó a Poole.

-Aquí -contestó Jackson, y cogió unas páginas que bahía sobre el escritorio.

Hawthorne tomó los papeles y los hojeó. Eligió uno de ellos y lo puso encima de la cama. Descolgó el teléfono, leyó los números que había en el papel y marcó.

-Con el secretario Palisser, por favor -dijo con tono cordial-. T. N. Hawthorne al habla.

-Sí señor -le contestó la secretaria-. Le paso inmediatamente.

-Gracias.

Librodot

-¿Capitán? -Palisser tenía una voz autoritaria, pero no agresiva-. ¿Se ha enterado de algo?

-Otro asesinato. Y yo he estado a punto de ser el siguiente.

-Dios mío. ¿Se encuentra usted bien?

-Me han dado un par de puntos, nada más. Me metí en medio sin darme ni cuenta.

-¿Qué ocurrió?

-Después, señor secretario. Hay otra cosa. ¿Conoce usted a un analista de la CIA llamado O'Ryan?

-Si., creo que sí. Lo vi en nuestra última sesión de información; era el ayudante del director. Si no recuerdo mal, lleva bastante tiempo trabajando, y se lo considera uno de esos genios anónimos. Puede que me equivoque, pero creo que se llamaba Ryan, u O'Ryan.

-No se equivoca, y está muerto. Cortesía de Sangre de Niña.

-¡Es increíble!

-Tengo entendido que era la fuga de inteligencia con Bajaratt y su pandilla.

-¿No se está contradiciendo? -lo interrunpió Palisser, sorprendido- Si tan valioso era para ella, para ellos, ¿por qué querrían matarlo?

-Sólo es una suposición, pero es posible que cometiera algún error que nos ayudara a llegar hasta ella; o que hubiera cumplido su función y tuviera que ser eliminado por lo que sabía.

-Con lo cual volvemos a su teoría de que la filtración de la Bekaa en Washington afecta a puestos peligrosamente altos.

-Consciente o inconscientemente, señor secretario -se apresuró a matizar Hawthorne-. Por ejemplo, la ayuda que le prestó usted a Van Nostrand fue un acto de compasión, y no complicidad. Lo engañaron.

-Me cuesta creerlo...

-Además, si la muerte de Howard Davenport está relacionada, y estoy convencido de que lo está, ni el más ávido conspirador se atrevería a llamarlo amigo de Bajaratt. Ni a él ni a usted. No son candidatos lógicos.

-¡Por Dios! ¡Eso jamás!

-Pero O'Ryan sí lo era.

-¿Como puede estar tan seguro?

-Ella estaba a poco más de un kilómetro de donde lo mataron.

-¿Cómo lo sabe?

-Ya se lo he dicho. Intentó añadirme a mí en la lista.

-¿La vio usted?

-Digamos que hice todo lo posible por esconderme de ella... Por favor, señor secretario, estamos perdiendo el tiempo. ¿Tiene los papeles que le pedí?

-Los tendré todos dentro de media hora, aunque todavía tengo mis recelos.

-¿Tiene usted, tenemos alternativa?

-Si su hoja de servicios es correcta y no la escribió su madre, no. Por cierto, sacamos las fotografías de sus últimos credenciales de la Marina, que son de hace seis años. Por lo visto no ha envejecido mucho.

-Ahora tengo mejor aspecto, porque tengo un trabajo mejor. Pregúnteselo a mi madre.

-Gracias, pero no me apetece meter a otro Hawthorne en mi vida, por muy encantadora que pueda ser. Dígale al teniente que venga a recogerlo todo. Dígale que pregunte por el subsecretario para Asuntos Caribeños. El le entregará el sobre con los credenciales. Agente

especial, Operaciones consulares. Estará cerrado y con la inscripción: «Informe Geológico, Costa Norte: Montserrat.»

-¿Como Bajaratt?

-Hay que adelantarse siempre a los secretos de las futuras sesiones del Congreso. Y a las mentalidades de los inquisidores. Un código tan evidente como éste mitiga el espectro del secreto criminal.

-¿En serio?

-Desde luego. Un senador pregunta: «Montserrat y Bajaratt? No resulta eso un poco evidente, señor secretario?» «Es usted muy astuto, senador. Por lo tanto, como usted mismo ha sabido ver, no cometimos duplicidad cuando alistamos al antiguo capitán Hawthorne. Si lo hubiéramos hecho, no habríamos sido tan... evidentes, como usted mismo ha señalado.»

-Resumiendo: le está cubriendo usted el culo al Departamento de Estado.

-Así es -reconoció el secretario-. Y el suyo también, capitán. Una cosa más.

-Diga, señor.

-¿Qué tipo de aproximación piensa hacer?

-Voy a meterme hasta el fondo.

-Ya que le he preparado los credenciales, haga el favor de ser un poco más específico conmigo.

-Confrontación directa. Dirá que hay una crisis muy delicada en el Departamento de Estado en que podrían estar involucrados los difuntos; los dos, por separado. No hay tiempo para el período de luto habitual antes del interrogatorio. De los interrogatorios.

-Es probable que la familia, o la Iglesia, intenten impedírmelo. No creo que les siente muy bien.

-Me tiene sin cuidado. A mí también me han sentado mal un par de cosas. Digamos que tengo motivaciones personales. Además de todo lo que ha pasado, hay una amiga mía ingresada en el hospital que podría no volver a caminar nunca. -Tyrell colgó el auricular y miró a Poole, que estaba mirando por la ventana, pensativo-. Te ha tocado, Jackson -le dijo-. Tienes que ir a ver al subsecretario de Asuntos Caribeños; tiene un sobre para mí. ¿Qué te pasa?

-Todo está ocurriendo muy deprisa, Tye -respondió el teniente, apartándose de la ventana y mirando a Hawthorne-. La lista de muertos está aumentando demasiado rápido. Van Nostrand y su jefe de seguridad, más un guarda, y luego la anciana, un chófer, y un periodista pelirrojo, en el aparcamiento; y luego Davenport, Ingersol, y ahora este O'Ryan.

-Te has olvidado a unos cuantos, ¿no, teniente? -dijo Hawthorne- Si no recuerdo mal, eran amigos míos, y uno de ellos era muy amigo tuyo. No creo que sea el mejor momento para pacifismos evangelistas.

-No me escuchas, capitán.

-¿Qué es lo que he pasado por alto?

-No estamos en medio del Caribe, donde tú y yo podemos, más o menos, controlar la situación. Aquí es más complicado, y hay involucrada mucha gente que no conocemos.

-Es lógico. No tenemos ningún programa, pero sabemos que esto es el nivel cero, y Bajaratt está eliminando sistemáticamente todas las pistas que puedan llevar a ella.

-Sabemos de dónde ha salido, pero ¿quién está en nuestro bando? ¿Quién está al mando?

-Haremos lo mismo que hicimos en San Juan -replicó Hawthorne- Tú ocuparás el lugar de Cathy y te encargarás del campamento base. Serás el encargado de coordinar mis movimientos a medida que vayamos recibiendo información.

-¿Pero con qué? ¿Y de quién?

Librodot

-Con la alta tecnología que presuntamente ha sustituido a hombres como yo. Supongo que también existía entonces, pero nosotros no la utilizábamos mucho. A lo mejor es que los chicos del laboratorio no nos creyeron capaces de aprender.

-¿A qué tipo de material te refieres?

-En primer lugar, hay un apartado que se llama transponder...

-Es un rastreador de UHF -se adelantó Poole-. Señala tu posición en un mapa, dentro de ciertas distancias.

-Si., me parece que es algo así. Está incrustado en un cinturón que encontrarás en el sobre. Luego hay un mecanismo que emite pequeñas cargas eléctricas indicándome que el que hay al otro lado quiere ponerse en contacto conmigo; dos pulsaciones repetidas dos veces significan cuanto antes, y tres pulsaciones repetidas varias veces indican emergencia. Está hecho de fibra óptica y metido en un encendedor de plástico, para que pueda pasar por un detector de metales sin dificultad.

-¿Y quién lo controlará? -preguntó el teniente.

-Tú. Ya está programado.

-Prográmalo de modo que yo sepa, mediante códigos alternos, quién es el que te envía información desde la agencia o desde el Departamento de Estado. El número debería estar restringido al personal necesario, repartido en turnos de cuatro horas, todos vigilados y sin acceso a ningún teléfono.

-¿No habías trabajado nunca conmigo, Poole?

-No, capitán. Soy operador de informática de un AWAC. La información falsa, deliberadamente falsa, es una pesadilla con la que siempre hay que contar.

-¿Dónde estará San Mancini?... Perdona.

-No te disculpes. Si aluna vez me lo encuentro, te enterarás por los periódicos. El es tan responsable de la muerte de Charlie como cualquiera de nosotros. Y asegúrate de que la gente que te manda información es la misma que aparece en la parrilla.

-¿Qué es la «parrilla»?

-El mapa de la pantalla que te señala la situación del transponder. Un solo equipo puede manejar las dos cosas; pero dos equipos separados dejan demasiados huecos.

-¿No nos estamos poniendo un poco paranoicos? Palisser me ha asegurado que sólo los agentes con más experiencia y más dignos de confianza de la CIA van a trabajar con nosotros.

-En otras palabras -dijo el teniente-, alguien como el difunto señor O'Ryan...

-Se lo diré a Palisser y le insistiré en cómo queremos que se hagan las cosas -dijo Hawthorne, asintiendo lentamente con la cabeza-. Está bien, vamos a empezar. -Tyrell se levantó trabajosamente de la cama y señaló su cadera-. Ya te lo decía, Jackson. Tienes que vendarme esto más fuerte.

-¿Y tu ropa? -Poole cogió el esparadrapo del escritorio, mientras Hawthorne se levantaba, se bajaba los calzoncillos y observaba cómo el teniente le vendaba la herida con manos de experto-. No puedes presentarte en casa de los O'Ryan y de los Ingersol en calzoncillos.

-Le he dado mis medidas a la secretaria de Palisser. Dentro de una hora lo traerán aquí. Traje, camisa, corbata y zapatos. Un empleado del Departamento de Estado no puede saltarse las normas en el vestir. -Sonó el teléfono, y Hawthorne se sentó en la cama-. ¿Diga? -contestó con amabilidad.

-Hola, Tye. Soy Henry. ¿Has podido dormir?

-Más de lo que me imaginaba.

-¿Cómo te encuentras? ¿Cómo tienes la herida?

-Estoy nervioso. La herida no me preocupa. Phyllis me dijo que finalmente habías conseguido quedarte dormido, ¿no, Hank?

-Gracias por lo de «Hank».

-De nada. Mira, no eres exactamente mi tipo, y es posible que algún día encuentres las páginas que perdimos en Amsterdam, pero ahora estamos trabajando juntos. Y a propósito, ¿sabes algo nuevo? ¿Qué hay del teléfono de París?

-Corresponde a una mansión de Parc Monceau que pertenece a una familia, una dinastía, me imagino, llamada Couvier. Muy antigua y muy rica. Según el Deuxiéme, el propietario es el último gran boulevardier; tiene casi ochenta años y una esposa, la quinta, que hasta el año pasado trabajaba de camarera en Saint Tropez.

-¿Alguna grabación telefónica? Me refiero a llamadas internacionales.

-Cuatro realizadas desde Francia. Dos desde el Caribe y dos desde el continente durante los diez últimos días. Las han grabado; a partir de ahora, conseguirán localizaciones más específicas.

-¿Viven los Couvier en la mansión?

-Según el ama de llaves, no. Están en Hong Kong.

-¿Y es el ama de llaves la que recibe las llamadas?

-El Deuxiéme supone que sí. Se llama Pauline, y la tienen muy vigilada. En cuanto pase algo nos avisarán.

-Es lo único que podemos pedirles.

-¿Puedo preguntarte cómo supiste lo de los Couvier?

-Lo siento, Henry. Quizás otro día. ¿Algo más?

-Sí desde luego. Tenemos pruebas que demuestran que Ingersol estaba metido hasta el culo en el círculo de Bajaratt.

-El capitán de la Marina describió el teléfono oculto que habían encontrado en el despacho del abogado muerto, así como la antena de satélite-. Evidentemente, estaba conectada con el yate de Miami Beach y con la isla de aquel viejo loco.

-Loco, exactamente... Entiendo lo de Van Nostrand, pero O'Ryan o Ingersol... ¿Qué interés podían tener en trabajar para ellos? No tiene sentido.

-Si que lo tiene -replicó el jefe de inteligencia naval-. Seguramente es algo parecido a lo de aquel piloto tuyo de Puerto Rico, Albert Simons. Creía que sabían algo sobre él que exigía cuarenta años en Leavenworth. Puede que con O'Ryan y con Ingersol pasara algo parecido. Por cierto, la agencia va a enviarnos toda la información que tenga sobre los dos.

-¿Dónde está Simon, por cierto? ¿Qué fue de él?

-Vive como un rey. Celebraron una ceremonia privada, nada menos que en el Despacho Oval; le pusieron un par de medallas y le dieron un cheque.

-Tenía entendido que el presidente intentaba pasar inadvertido últimamente...

-No me has escuchado. Fue una ceremonia privada, sin fotógrafos, sin periodistas. Sólo duró unos cinco minutos.

-¿Y cómo demonios explicó Simon su «prolongada ausencia», por llamarlo de alguna forma?

-Según tengo entendido, fue muy inteligente. Se inventó una historia lo suficientemente complicada como para distraer a la gente que en realidad no quería explicaciones. Le mandaron la absolución a Australia, pero se perdió. Se ha pasado años de un lado para otro, como un verdadero apátrida; de empleo en empleo, de país en país. Nadie se interesaba ya por él.

-Un desastre -dijo Hawthorne-. Simon no era un abogado influyente, ni un prestigioso analista de la CIA. Ingersol y O'Ryan no eran de la misma pasta que Al Simon.

-No. Eran imitaciones, un poco más finas. -Se oyó un carillón-. Un momento, Tye. Hay alguien en la puerta y Phyll está en la ducha.

Silencio.

El capitán Henry Stevens no volvió a ponerse al teléfono.

CAPÍTULO XXVI

-¡Nos vamos! -exclamó Bajaratt abriendo la puerta del dormitorio y despertando a Nicolo de un profundo sueño-. ¡Levántate, deprisa!

-Pazzo... -murmuró el joven. Se incorporó y se frotó los ojos; el sol entraba a raudales por las ventanas-. Anoche me libré por los pelos de la muerte. Déjame dormir.

-Levántate y haz lo que yo te diga, por favor. He pedido una limusina. Llegará dentro de diez minutos.

-¿Por qué? Estoy muy cansado, y me duele todo. -La verdad es que no estoy segura de que el chófer de anoche tenga bastante con los mil dólares que le ofrecí por tener la boca cerrada. Aunque le he prometido más. -¿A dónde vamos?

-He hecho unas cuantas gestiones. No te preocupes. ¡Date prisa! Tengo que hacer otra llamada. -La Baj se fue al salón de la suite y marcó el número que había memorizado.

-Identifiquese -dijo una extraña voz al otro extremo del hilo telefónico.

-Usted no es el hombre con el que hablé antes -replicó Bajaratt.

-Hemos hecho algunos cambios.

-Demasiados cambios -corrigió Baj, con tranquilidad pero con firmeza.

-Es por el bien de todos -dijo el hombre que hablaba por el teléfono de los escorpiones-, y si es usted quien creo que es, también por el suyo.

-¿Cómo puede estar segura? En Europa no permitirían este caos, y en la Bekaa los ejecutarían a todos.

-Los Escorpión Dos y Tres ya han sido ejecutados, ¿no es así, Sangre de Niña?

-No juegue conmigo, signore -contestó Bajaratt, con voz gélida.

-Ni usted conmigo, señora. Si lo que quiere son pruebas, se las daré. Yo estoy en el círculo, y sé todos los movimientos que se están haciendo para encontrarla. Entre los encargados de la operación hay un tal capitán H. R. Stevens, jefe de inteligencia naval. Trabaja con un capitán retirado, un tal Hawthorne...

-¿Hawthorne?

-Así es. Y le han seguido la pista hasta un lugar llamado Chesapeake Beach. Nos han alertado a todos. Sin embargo, el capitán Stevens ya no va a hacer más investigaciones. Está muerto, y tarde o temprano encontrarán su cadáver entre los arbustos que hay detrás de su garaje. Si lo encuentran, verá la noticia en los periódicos de la tarde. Y es posible que salga en las noticias de la noche.

-Me alegro, signore -dijo Bajaratt discretamente.

-¿Ya está satisfecha? -preguntó el escorpión-. Me sorprende; según tengo entendido, no es fácil contentarla.

-Ya tengo mi prueba.

-¿Mi palabra?

-No. Un nombre.

-¿Stevens?

-No.

-¿Hawthorne?

-Eso será suficiente, Scorpione Uno. Necesito material. La ocasión puede presentarse en cualquier momento.

-Pídame cualquier cosa, menos un tanque.

-Lo que necesito es bastante sofisticado. Podrían mandármelo desde la Bekaa vía Londres o París, pero no confío en nuestros técnicos. En dos de cada cinco ocasiones, el material falló. No puedo correr ese riesgo.

-Los hombres que piensan como yo tampoco, y estamos por toda la ciudad. Acuérdese de Dalllas, hace treinta años. ¿Cómo quiere actuar?

-Tengo un plan detallado...

-Mándemelo -dijo el escorpión.

-¿Cómo?

-Supongo que no querrá decirme dónde está.

-Claro que no -dijo Baj-. Dejaré una copia para usted en la conserjería de un hotel elegido por mí. Le llamaré minutos después de depositarlo allí.

-¿A qué nombre?

-Elija usted.

-Racklin.

-Lo ha pensado muy deprisa.

-Era un teniente, un prisionero de guerra que murió en Vietnam. El pensaba como yo; no le gustó nada nuestra retirada de Saigón. Odiaba a los imbéciles de Washington que se negaban a proporcionarnos las armas que necesitábamos.

-Muy bien, «Racklin». ¿Dónde lo encontraré? ¿En este mismo número?

-Sólo me quedaré aquí un par de horas. Luego tengo que volver a la oficina. Tengo una reunión. Una reunión para hablar sobre usted, Sangre de Niña.

-Un sobrenombre encantador. Diminutivo y letal. Le llamaré... digamos que dentro de una media hora.

-Bajaratt colgó el teléfono-. ¡Nicolo! -gritó.

-¡Henry! -gritó Tyrell por el auricular-. ¿Dónde demonios estás?

-¿Pasa algo? -preguntó Poole.

-No lo sé -contestó Hawthorne, pensativo-. Henry siempre se distraía fácilmente. Puede que recibiera un informe de seguridad, que lo leyera y que se olvidara de que estaba hablando por teléfono. Lo llamaré más tarde; de todos modos no sabía nada nuevo. -Hawthorne colgó el teléfono y miró al teniente de las fuerzas aéreas-. Venga, arréglame esto y vete al Departamento de Estado. Quiero ponerme en marcha. Estoy impaciente por hablar con la familia de O'Ryan y la de Ingersol.

-No puedes ir a ninguna parte hasta que no tengas tus papeles y tu ropa. ¿Puedo sugerirte, con todo mi respeto, que hasta entonces te quedes acostado y descanses? He hecho algunos cursos de medicina militar, y creo que...

-¡Cállate, Jackson, y véndame la herida!

Librodot

Después de llamar al escorpión para decirle el nombre del hotel, Bajaratt dejó el sobre que contenía los mortales cianotipos en la conserjería del Carillon. El sobre llevaba la siguiente inscripción: Racklin, Esq. Entregar al mensajero, sin abrir.

-!*Mi desolato*! -suspiró Nicolo mientras cargaban su equipaje en la limusina-. Todavía no tengo la cabeza en su sitio. ¡Le prometí a Angel que la llamaría desde nuestro nuevo hotel, y es muy tarde!

-No tengo paciencia para estas tonterías -dijo Bajaratt, dirigiéndose hacia el enorme coche blanco.

-¡No puedes hacerme esto! -se lamentó el estibador, cogiéndole por los hombros-. Tienes que respetarme un poco, tienes que respetarla a ella.

-¿Cómo te atreves a hablarme así?

-Escúchame, signora, desde que estoy contigo me han pasado cosas terribles, y he matado a un hombre que quería matarme. Pero tú me has metido en este enloquecido mundo tuyo y tú me has presentado a esta joven, por la que siento un gran afecto. No puedes interponerte en mi camino. Sé que soy joven, y que he estado con todas las mujeres que he querido, pero esta chica es diferente.

-Hablas mejor en italiano que en inglés. Si, llama a tu amiga desde la limusina, si es que no puedes esperar.

Una vez en el coche, y mientras Nicolo cogía el teléfono, el anciano conductor negro puso el motor en marcha y se dio la vuelta.

-Me dijeron que usted me indicaría la dirección, señora.

-Un momento, por favor. -Bajaratt le acarició la mejilla a Nico-. Habla en voz baja -le dijo en italiano-. Tengo que hablar con el chófer.

-Entonces me esperaré, porque es posible que me ponga a gritar de felicidad.

-Si hubieras esperado un poco, una media hora, podrías chillar a tu antojo.

-¿Ah, sí?

-Antes de ir a nuestro próximo alojamiento, tenemos que hacer una parada. Yo tengo que hacer una parada. No hace falta que me acompañes, de modo que te quedarás solo en el coche por lo menos veinte minutos.

-Pues me espero. ¿Crees que el chófer se ofenderá si le pido que cierre el cristal divisorio?

-¿Para qué? -Bajaratt se interrumpió-. Estoy segura de que no sabe italiano. Porque tú sólo hablas italiano con tu amiga la actriz, ¿no?

-Por favor, signora. Ella me descubrió antes de irse a California. Sabe que entiendo el inglés. Me dijo que lo había notado en mi mirada cuando estábamos con otra gente. Cuando decían algo gracioso, se me notaba en los ojos.

-¿Reconociste que sabías inglés?

-Por teléfono siempre hablamos en inglés. ¿Qué mal hay en eso?

-¡Todo el mundo piensa que no sabes hablar inglés!

-Te equivocas, Cabi. Aquel periodista de Palm Beach lo sabía.

-El no me preocupa, está...

-¿Está...?

-Da lo mismo.

-¿La dirección, señora? -insistió el chófer al oír la pausa en la conversación.

-Sí, aquí tiene. -La Baj abrió el bolso, sacó un trozo de papel, marrón y arrugado, donde había algo escrito con escritura árabe. El texto estaba codificado. Leyó el nombre de una calle de Silver Spring, en Maryland, y un número-. ¿Sabe dónde está?

Librodot

-Lo encontraré, señora -contestó el conductor-. No se preocupe.

-Levante el cristal, por favor.

-Como usted diga, señora.

-Y esta «Angel», ¿le ha hablado de ti a alguien? -preguntó Bajaratt malhumorado, en un tono desagradable.

-No lo sé, Cabi.

-Las actrices son unas exhibicionistas, siempre buscan publicidad.

-Angelina no es así.

-Ya viste todas aquellas fotos de los periódicos, todos aquellos chismes...

-Lo que decían era terrible.

-¿Por qué crees que lo decían?

-Porque es famosa, eso lo sabíamos los tres.

-¡Ella lo organizó todo! Lo único que le interesa de ti es la publicidad.

-No te creo.

-¿Qué vas a saber tú? No eres más que un estúpido estibador de muelle. Si ella supiera quién eres en realidad, ¿crees que se molestaría en dirigirte la palabra?

Nicolo se quedó callado. Finalmente, recostando la cabeza en el asiento, dijo:

-Tienes razón, Cabi. Soy un don nadie. Todo esto se me ha subido a la cabeza; me he creído cosas que no debería creerme, sólo porque me hacen caso y porque llevo ropa cara para interpretar el papel que tú quieres que interprete.

-Tienes toda la vida por delante, cariño. Considera todo esto como una experiencia que te ayudará a hacerte hombre. Y ahora cállate. Tengo que pensar.

-¿En qué tienes que pensar?

-En la mujer con quien me voy a encontrar en Silver Spring.

-Yo también tengo que pensar -dijo el estibador de Portici.

Hawthorne se puso la ropa nueva, con la ayuda de Poole, que le anudó la corbata, se retiró y emitió su juicio:

-¿Sabes lo que te digo? Vestido de civil no estás nada mal del todo.

-Me siento tieso como un palo -dijo Tyrell, estirando el cuello.

-¿Cuándo te pusiste una corbata por última vez?

-La última vez que me puse el uniforme. Sonó el teléfono y Hawthorne se adelantó, cojeando, para contestar.

-Quédate donde estás -le dijo Poole-. Ya lo cojo yo. -Se acercó al escritorio y descolgó el auricular-. ¿Diga? Soy el ayudante del capitán. Un momento, por favor. -Tapó el receptor con la mano y miró a Tyrell-. Mierda, es del despacho del director de la CIA. Quiere hablar contigo.

-¿Cómo me voy a negar? -dijo Hawthorne. Se sentó en la cama y cogió el teléfono-. Hawthorne al habla.

-El director quiere hablar con usted, señor. Un momento, por favor.

-Buenas tardes, capitán.

-Buenas tardes, señor director. Creo que ya sabe que estoy retirado.

-Sé muchas más cosas sobre usted, por desgracia.

-¿A qué se refiere?

-He estado hablando con el secretario Palisser. Al igual que él, yo formaba parte del extraordinario montaje de Van Nostrand. Madre mía, qué inteligente era aquel hombre.

-Como lo exigía su puesto, señor. Pero está muerto.

-Sabía qué teclas había de tocar; si las cosas hubieran resultado de otra forma, todos nosotros nos habríamos disculpado unos a otros a la luz de sus «contribuciones». Era un actor consumado, y yo, al igual que mis colegas, creía en él sin reservas.

-¿Qué hizo usted por él?

-Dinero, capitán. Más de ochocientos millones de dólares depositados en diversas cuentas bancarias de Europa.

-¿Y ahora quién se lo va a quedar?

-Supongo que habrá un pleito internacional. Primero, en el momento adecuado, tendremos que revelar las transferencias ilegales. Yo dimitiré, por supuesto, y todas las grandes ilusiones que tenía cuando asumí mi cargo habrán quedado en nada.

-¿Obtuvo usted algún beneficio de las transferencias?

-Por el amor de Dios, claro que no.

-Entonces, ¿por qué tiene que dimitir?

-Porque pese a mis buenas intenciones, lo que hice es ilegal. Utilicé mi puesto para beneficiar a un individuo, violando la ley y ocultando mis actos.

-Así que pecó de inocente. Y no fue usted el último. El hecho de que esté dispuesto a admitir lo que hizo y por qué lo hizo me parece suficiente para sacarlo del apuro.

-Un comentario notable, para un hombre con su pasado. ¿Se imagina la presión a que someterían al presidente? La oposición lo acusaría de corrupción.

-Dejémoslo, señor director -dijo Hawthorne, y su mirada encerraba una mezcla de ira y temor-. ¿A qué se refería cuando habló de «mi pasado»?

-Bueno, pensé que lo entendería...

-¿A lo de Amsterdam?

-Si. ¿Le sorprende?

-¿Qué sabe usted de lo de Amsterdam?-lo interrumpió Tyrell bruscamente.

-Es una pregunta difícil, capitán.

-¡Contésteme!

-Sólo puedo decirle que el capitán Stevens no tuvo nada que ver con la muerte de su esposa. Falló el sistema, no la persona.

-Es lo más frío que he oído en mi vida.

-Pero es la verdad, Hawthorne.

-¿Qué verdad? ¿La suya? ¿La de él? ¿La del sistema? Nadie es responsable de nada, ¿no es así?

-Una de las ilusiones que me hice al tomar este cargo fue acabar con esa enfermedad. Iba bien encaminado, hasta que usted y Bajaratt aparecieron.

-¡Deje mi caso en paz, hijo de puta!

-Está usted enojado, capitán, pero yo podría decirle lo mismo a usted. Voy a decirle una cosa. No me gusta la gente como usted, entrenado a expensas de los contribuyentes y vendiéndose a un país extranjero. ¿Le parece que hablo claro?

-Lo que usted diga o piense no me interesa. Usted y su sistema mataron a mi esposa, y usted lo sabe. ¡Yo no les debo nada a ustedes!

-Pues váyase. Tengo una montaña de agentes mucho mejores que usted, y puedo ponerlos en su lugar en cualquier momento. Hágame un favor: márchese.

-¡Ni lo sueñe! Han matado a amigos míos, y usted y sus amigos los jefazos no han sabido hacer nada, como siempre. Me voy a meter a fondo, y le aconsejo que me siga el rastro, porque voy a encontrar a Sangre de Niña.

-Si, es posible. Como ya he dicho, está bien entrenado. Y tenga por seguro que le voy a seguir el rastro. Pero vamos al grano, capitán. Tal como pidió su gente, según he sabido a través de Palisser, las unidades de comunicación no tendrán acceso a teléfonos exteriores. Francamente, lo encuentro exagerado, y nuestro personal se va a molestar, tanto individual como colectivamente. Son los mejores hombres que tenemos.

-También lo era O'Ryan. ¿Les ha hablado de él?

-Ya entiendo. -El director se quedó callado un momento-. Es posible que lo haga, aunque no tenemos pruebas.

-¿Desde cuándo estamos en un tribunal? El estaba allí, y ella estaba allí. Ella sobrevivió, y él no. ¿Han cambiado las normas de reclutamiento?

-No, no han cambiado. La coincidencia no suele ser un factor a tener en cuenta. Es posible que explique que hay indicios de que en esta operación hay filtraciones; con eso podría bastar. El aislamiento es muy malo para la moral interna, y estos agentes son todos muy destacados. Tendré que pensármelo.

-No se lo piense. ¡Cuénteles lo de O'Ryan! ¿Que más necesita? Con la de kilómetros de costa que hay, ya me dirá qué hacía él a pocos metros de Bajaratt cuando lo mataron.

-Eso no es concluyente, señor Hawthorne.

-Mi esposa tampoco, señor director. ¡Pero usted y yo sabemos quién la mató! No nos hace falta pensar. Lo sabemos. ¿No ha dado usted ese paso? Porque si no lo ha hecho, no merece estar donde está.

-Lo di hace años, amigo mío. Pero ahora mi puesto me exige dar otro. Y ahora no se trata de fe, sino de ser práctico. Hay muchas cosas que me gustaría cambiar, y no puedo hacerlo siendo imperioso. Ya ha habido demasiada imperiosidad. Pero ahora usted y yo estamos en el mismo bando.

-No, señor director. Yo trabajo en mi bando, no en el suyo. Repito que no les debo nada a ustedes. Ustedes me deben algo que nunca podrán pagar. -Furioso, Hawthorne colgó el auricular.

Raymond Gillette, el director de la CIA, se apoyó en el escritorio, masajeándose la dolorida frente. La memoria, desconcertante, le había traído el recuerdo del Comando Saigón, llenándolo de ira y de pesar, y no sabía por qué. Y de pronto lo entendió: Tyrell Hawthorne. Lo que le estaba haciendo a aquel oficial de la marina retirado. Las coincidencias con Saigón eran profundamente dolorosas.

En Vietnam, un joven oficial de las fuerzas aéreas, un graduado de West Point, saltó en paracaídas de su avión cerca de la frontera de Camboya, a menos de diez kilómetros de las rutas de abastecimiento camufladas de Ho Chi Minh. Sólo Dios sabía cómo pudo aquel hombre salir con vida de la jungla, perseguido por el vietcong y por los nortvietnamitas, pero lo había conseguido. Se dirigió hacia el sur atravesando ríos y bosques, alimentándose a base de frutos, raíces y roedores, hasta que llegó a territorio seguro. Y la historia que contó al llegar era increíble.

Había un complejo oculto, de tamaño de veinte estadios de fútbol, en la ladera de la montaña, y dentro había cientos de camiones y tanques, tanques de gasolina y vehículos blindados que desaparecían regularmente durante el día, y que de noche seguían hacia el sur. Según el joven oficial, también era un depósito de municiones, pues había visto vehículos que transportaban municiones entrar en el recinto y salir vacíos.

Las imágenes de la base alemana de Peenemünde, utilizada durante la Segunda Guerra Mundial, acudían a la mente del oficial de inteligencia encargado del interrogatorio, que ahora estaba sentado en su despacho como director de la CIA. Bombardear y destrozar semejante complejo no sólo constituiría una victoria estratégica importantísima, sino también un

excelente golpe psicológico contra una máquina militar que empezaba a debilitarse por la implacable perseverancia de un enemigo que no necesitaba hacer cómputos de víctimas falsos.

¿Donde estaba aquel enorme santuario, lo suficientemente grande como para albergar a una división entera y todas sus armas? ¿Dónde?

El joven oficial de las fuerzas aéreas no pudo señalarlo con exactitud en el mapa. Pero sabía las coordenadas del lugar donde su avión había sido derribado, y creía que si se lanzaba en paracaídas desde aquel lugar podría trazar de nuevo la ruta que había seguido por tierra. Estaba seguro de que así encontraría la montaña. Estaba convencido.

-No puedo pedirle que lo haga, teniente -le dijo Gillette-. Sus condiciones físicas son muy precarias.

-Creo que puede y debe pedírmelo, señor -replicó el piloto-. Cuanto más esperemos, más me costará recordarlo.

-Al fin y al cabo, no es más que otro depósito...

-Permítame que lo corrija, señor. Es el mayor depósito que podríamos imaginarnos. Nunca había visto nada semejante, y usted tampoco. ¡Es como el Gran Cañón! Déjeme ir, capitán se lo ruego.

-¿Por qué insiste tanto, teniente? No creo que le interesen las medallas, y esta operación podría resultar muy peligrosa..

-Tengo mis motivos, capitán. Mis dos tripulantes saltaron conmigo; aterrizaron juntos en un campo, mientras que yo caí sobre unos árboles, un poco más allá. Escondí mi paracaídas y corrí hacia el campo tan deprisa como pude. Al salir del bosque vi a un grupo de soldados que se acercaba por el otro extremo del campo. Soldados con uniformes, y no niños en pijama. Me agaché detrás de la hierba y vi cómo aquellos cerdos mataban mis tripulantes con sus bayonetas. Eran amigos míos, capitán. Es más, uno de ellos era primo mío. ¡Soldados, capitán! Los soldados no matan a sus prisioneros a golpe de bayoneta. Quiero volver allí. Ahora. Antes de que se arme demasiado escándalo.

-Le daremos toda la protección que podamos. Se llevará el mejor equipo de comunicaciones que tenemos, y seguiremos cada paso que dé. Llevará una escolta de helicópteros, preparados para rescatarlo si es necesario.

-¿Que más puedo pedir, señor?

Mucho más, amigo mío, pues ni tú ni yo lo entendíamos. Las operaciones secretas no funcionan así. Hay otra moral, otra ética, cuyo credo es «haz el trabajo, cueste lo que cueste».

Llevaron al joven oficial hacia el noroeste con un desertor del vietcong que había vivido en la frontera camboyana. Saltaron en paracaídas por la noche, cerca de donde habían derribado al piloto, y empezaron a caminar. Gillette, el capitán de inteligencia responsable de la misión, siguió hacia el norte, un poco más al sur de Han Minh, y se reunió con la unidad de operaciones secretas encargada de seguirles el rastro a los dos hombres.

-¿Donde están los Cobras? -preguntó el oficial de inteligencia del Comando Saigón.

-No se preocupe, capitán, están en camino -le respondió el coronel.

-Ya tendrían que estar allí. Nuestro piloto y el desertor se están acercando. ¡Escúchelos!

-Ya lo oigo -dijo el mayor encargado de la radio-. Tranquilícese. Están llegando al objetivo cero y sabemos cuál es exactamente su posición.

-Si dan la señal, están a unos quinientos metros al oeste de cero -añadió el coronel.

-¡Pues envíe a los Cobras! -gritó el capitan de Saigón-. ¡Es lo único que les pedimos que hicieran!

-Cuando lo hagan -dijo el coronel.

De pronto se oyeron ruidos parásitos, y a continuación disparos. Y luego un silencio espantoso.

-¡Ya está! -gritó el mayor-. Los han cortado. Avisen a los bombarderos para que entren y suelten toda la carga que lleven. Aquí están las coordenadas.

-¿Qué quiere decir con eso de que los han cortado? -gritó Gillete.

-Es evidente que una patrulla los han encontrado y los han matado. Han dado su vida por una operación muy importante.

-¿Dónde demonios estaban los Cobras, los helicópteros que tenían que rescatarlos?

-¿Qué Cobras? -dijo el mayor, sarcástico-. ¿Cree que habríamos podido hacerlo con Cobras volando a sólo unos kilómetros de Cero? Los habrían detectado los radares, y eso es una montaña.

-¡Eso no es lo que yo tenía entendido! -gritó el capitán-. ¡Le di mi palabra a ese piloto!

-Su palabra -dijo el coronel-; no la nuestra. Estamos aquí para ganar una guerra que estamos perdiendo.

-¡Hijos de puta! Le di mi palabra...

-Su palabra, no la nuestra. Por cierto, ¿cómo se llama, capitán?

-Gillete -contestó el oficial de inteligencia, perplejo-. Raymond Gillete.

Raymond Gillete, director de la CIA, levantó la cabeza, torció el cuello y volvió a masajearse las sienes. Había entrado en el mundo corporativo a expensas de la vida de un joven piloto y de la de su compañero vietnamita. ¿Estaba haciéndolo otra vez? ¿Con Hawthorne? ¿Era posible que hubiera otro O'Ryan entre los más altos cargos de la CIA?

Todo era posible, concluyó Raymond Gillette levantándose de la silla. Caminó hasta la puerta de su despacho. Iba a hablar personalmente con cada hombre y cada mujer de la unidad de transmisiones, mirándolos a los ojos, utilizando la experiencia de toda una vida para encontrar un desliz en alguno de ellos. Se lo debía a aquel oficial de las fuerzas aéreas, y a su compañero vietnamita. Se lo debía a Tyrell Hawthorne, al que minutos antes le había dado su palabra. Tenía que examinar a cada hombre y a cada mujer en cuyas manos iban a depositar la vida de Hawthorne. Abrió la puerta y le habló a su secretaria:

-Helen, quiero que avises a la unidad Sangre de Niña. Que todo el personal se reúna conmigo en Operaciones, sala cinco, dentro de veinte minutos.

-Sí, señor -dijo la mujer de cabello cano, levantándose de la silla y dando la vuelta a su mesa-. Pero antes, le he prometido a la señora Gillette que me aseguraría de que había tomado la pastilla a las dos. -La secretaria extrajo una tableta de una pequeña caja de plástico, puso agua de un termo en un vaso de plástico, y le dio ambas cosas al impaciente director de la CIA-. Como dice la señora Gillette, el agua de botella no contiene sal.

-A veces la señora Gillette es muy pesada, Helen -dijo el director metiéndose la tableta en la boca y bebiéndose el agua.

-Lo hace por usted, señor. También insiste, como usted sabe muy bien, en que después de tomarse el medicamento se quede sentado un par de minutos. Por favor, siéntese, señor director.

-Ustedes dos están confabuladas, Helen. No pienso permitirlo -dijo Gillete, sonriendo. Se sentó en una silla que había enfrente de la secretaria-. Odio estas cosas. Me hacen sentir como si me hubiera tomado tres bourbons, pero sin el placer de bebérmelos.

De pronto, y sin ninguna señal previa de malestar, Raymond Gillete se inclinó hacia delante, torció el gesto y se llevó las manos a la boca. Se cayó al suelo, con los ojos y la boca abiertos. Estaba muerto.

La secretaria corrió hacia la puerta del despacho, la cerró con llave y volvió junto al cadáver. Apartó el cuerpo de su mesa, lo arrastró hasta el despacho del director y lo colocó frente al sofá, bajo la ventana que daba al norte. Volvió a la antesala, cerró la puerta de su jefe, y lentamente, respirando hondo, descolgó el teléfono. Marcó el número del oficial que estaba al mando de Fuerzas Especiales; Comunicaciones, Sangre de Niña.

-¿Diga? -contestó una voz masculina.

-Soy Helen, la secretaria del director. Me ha pedido que le llamara y le dijera que pueden empezar a comprobar el material en cuanto el capitán Hawthorne les diga que está colocado.

-Ya lo sabemos; hemos hablado hace un cuarto de hora.

-Supongo que no quería que pensara que tenían que esperarle. Va a estar toda la tarde ocupado con reuniones.

-De acuerdo. Estamos preparados.

-Gracias -dijo Escorpión Diecisiete, y colgó el teléfono.

CAPÍTULO XXVII

Eran las 4:35 de la tarde y Andrew Jackson Poole V, sentado a su mesa en el Shenandoah Lodge, ante el equipo proporcionado por la Central Intelligence Agency, estaba impresionado. Había recibido los dos componentes en los que tanto insistiera: una línea inversa para ponerse en contacto con Hawthorne sin interceptaciones, que evitaba interferencias con las comunicaciones de la CIA, una sola X de color amarillo en su pantalla era el indicativo de invasión... y una segunda pantalla en miniatura cuyo indicador movible confirmaba la señal del responder activado de Hawthorne. Era de suponer que los agentes secretos de Langley se sentían ultrajados y creían que se ponía en duda su integridad, pero, tal como Tye había expresado al director de la CIA, podría haber otro O'Ryan, tanto si Gillette quería considerar esa posibilidad como si no.

-¿Me registras, Tye? -preguntó Poole, tras accionar el conmutador en la pequeña consola que conectaba la línea aislada con la frecuencia de Hawthorne.

-Si, en efecto -replicó Tyrell en el coche, su voz resonante en el altavoz-. ¿Estamos solos?

-Absolutamente -dijo el teniente-. Puedo leer estos registros con la facilidad con que encuentras la miel en una galleta. Estamos en comunicación directa, sin temor a intercepciones.

-¿Alguna noticia del hospital?

-No hay nada, en ningún sentido. Todo lo que dicen es que Cath se encuentra «estable», y vete a saber qué diablos significa eso.

-Es mejor que la alternativa, Jackson.

-Eres un tipo frío, desde luego.

-Siento que creas eso... ¿Dónde me sitúa la retícula?

-Ah, sí, aquí constas en operación y Langley te sitúa en el sudoeste, en la Ruta 270, acercándote a un cruce de donde parte la 301. La chica del mapa electrónico dice que lo conoce. Hay un parque de atracciones ruinoso, de tercera clase, a tu izquierda. La noria se atasca y no puedes llevarte ningún premio en la galería de tiro porque los puntos de mira están amañados.

-Acabo de pasar por ahí. Estamos en buena forma. En aquel momento sonó el teléfono de consola con insistentes timbrazos.

-Espera un momento, Tye, mi conexión de emergencia con Langley está echando humo. Te volveré a llamar.

Dentro del coche con matrícula del Departamento de Estado, Hawthorne miraba la carretera y el tráfico del atardecer, pero su mente estaba en otra parte. ¿Qué habría sucedido en el cuartel general de la CIA para originar la emergencia? Cualquier emergencia habría de partir de él, no de nada que ocurriera en Langley. Se encontraba a unos tres cuartos de hora de la playa de Chesapeake y la casa de verano de O'Ryan. Si iba a producirse una emergencia, debería ser allí. Tyrell palpó el encendedor de plástico que llevaba en el bolsillo de la camisa y que emitía impulsos eléctricos cuando él estaba fuera del coche y lo llamaban. Poole lo había probado y funcionaba, pero era débil, tal vez demasiado débil. ¿Habría descubierto Langley el funcionamiento defectuoso? Eso sería una emergencia.

Entonces oyó la voz excitada de Jackson.

-¡Es terrible, Dios mío, pero no ha cambiado nada! ¡Continuemos!

-Oye, ¿qué es lo terrible?

-Han encontrado al director Gillette muerto en su despacho. Un ataque al corazón. Tenía un historial de problemas cardíacos y estaba en tratamiento.

-¿Quién dice tal cosa? -preguntó Hawthorne.

-Su médico, Tye -respondió Poole-. Ha dicho a los médicos de la CIA que era inevitable que sucediera un día, pero no esperaba que fuese tan pronto.

-Escúchame, teniente, y escúchame bien. Quiero que le hagan una autopsia independiente a Gillette, y que sea ahora mismo, ¿me has oído?, inmediatamente, concentrándose en las sustancias que haya desde la tráquea a los bronquios y el estómago. Hay que hacerlo en un par de horas. ¡Vamos, muévete!

-¿De... de qué estás hablando? -tartamudeó Poole-. Acabo de decirte lo que ha dicho su médico.

-¡Y yo te diré lo que Gillette me dijo hace apenas tres horas! «La coincidencia pocas veces o nunca es un factor.» Deja que te lo explique, teniente. La muerte del director de la CIA, en última instancia responsable de esta operación, es demasiado coincidente. Diles que busquen rastros de digital. Es un método tan antiguo como la escopolamina antes del Amytals, y de idéntica eficacia. Nos hace falta una dolencia cardíaca para provocar arritmia en una persona, e incluso con una disfunción leve bastará una pequeña dosis. Además, desaparece con rapidez en la sangre.

-¿Cómo sabes que...?

-¡Porque lo sé, hijo de perra! -lo interrumpió Hawthorne-. Ahora haz lo que te digo, y hasta que no tengas el resultado del análisis efectuado por un laboratorio externo, estas comunicaciones quedan cortadas. Cuando recibas ese informe envíame cinco señales con tu transmisor. ¡No responderé en ningún otro caso, y no me importa que esto nos lleve toda la noche!

-No comprendes, Tye. Encontraron a Gillette hace aproximadamente dos horas y media. Lo llevaron a urgencias del Walter Reed...

-¡Un hospital administrado por el gobierno! -exclamó Hawthorne-. Vamos a cortar la comunicación.

-Eso es estúpido -dijo Poole-. Conozco este equipo y Langley sabe que lo conozco. Nadie nos está interceptando. He hecho la prueba dos veces y en ambos casos ha sido negativa. La comunicación es exclusiva entre tú y yo, aquí no hay nadie más.

-Tengo una larga letanía de traiciones en Washington, Jackson. Todo lo que digo es que podría suceder.

-Muy bien, supongamos que tienes razón, cosa que es imposible, y que en Langley hay otras personas peligrosas como el señor O'Ryan, que podrían seguirte y tratarte bastante mal. Cortaremos la información visual en las pantallas, no las comunicaciones.

Librodot

-Voy a quitarme el cinturón con el respondedor en la hebilla y lo tiraré por la ventanilla -dijo Tyrell con determinación.

-¿Puedo pedirle, señor, que dé la vuelta, regrese a ese parque de atracciones y deje el maldito trasto cerca de la Casa de la Risa, o tal vez la noria?

-Vaya, Poole, veo que tienes posibilidades. Iré a la Casa de la Risa. Estoy deseando oír la noticia de que un equipo de agentes de la CIA ha asaltado el Túnel del Amor.

-0 tal vez, con un poco de suerte, se han quedado atascados en lo alto de esa noria.

El sendero enlosado conducía al pórtico con columnas de la casa, réplica enorme de una de aquellas grandes casas que señoreaban las plantaciones antes de la Guerra Civil. Bajaratt subió los escalones hasta las gruesas dobles puertas talladas, cuyos bajorrelieves representaban los viajes de Mahoma cuando llegó a comprender las enseñanzas del Corán tal como se lo habían explicado los profetas de las montañas. «¡Basura!», dijo para sus adentros. ¡No había montañas exaltadas ni Mahoma, y los profetas eran unos ignorantes pastores de cabras! Y en cuanto a Cristo, tampoco existía. Era un alborotador judío radical, fabricado por los esenios semianalfabetos que carecían de habilidad para cultivar sus tierras. No existía ningún dios, sino la voz dentro del individuo despierto, las órdenes internas que impulsaban a un hombre o una mujer a luchar por la justicia, por todos los oprimidos. ¿Qué otra cosa había? La Baj escupió en las baldosas del porche y entonces se dominó, alzó la mano con modales de dama y tocó el timbre.

Poco después abrió la puerta un árabe enfundado en un caftán cuyo borde rozaba el sucio de parqué.

-La están esperando, señora, y llega usted tarde.

-Si hubiera llegado todavía más tarde, ¿me habría negado la entrada?

-Es posible...

-Entonces me marcharé ahora mismo -replicó Bajaratt-. ¿Cómo se atreve?

Una voz femenina llegó desde el interior.

-Por favor, Ahmet Ashad, deja entrar a la señora y guarda tu arma. Es muy descortés empuñarla.

-No está a la vista, señora -puntualizó el sirviente.

-Entonces es más descortés todavía. Haz pasar a nuestra visitante.

A juzgar por las ventanas, cortinas y papel de las paredes, la estancia era la sala de estar de una residencia perfectamente normal, pero ahí terminaban todas las similitudes. No había sillas, sino sólo enormes cojines esparcidos por el suelo, con minúsculas mesitas ante cada uno de ellos. Recostada en una de aquellas colinas de satén escarlata, estaba una mujer de belleza extraordinaria, piel oscura y edad indeterminada, su rostro una dúctil máscara de rasgos clásicos, pero cálida, sin la rigidez propia de una máscara. Cuando sonrió sus ojos se iluminaron como ópalos y expresaron interés y auténtica curiosidad.

-Siéntese, Amaya Aguirre -le dijo en una voz suave y meliflua a tono con el traje pantalón de seda verde esmeralda que vestía-. Como ve, conozco su nombre, y sé alguna cosa más de usted. Como también puede ver, sigo la costumbre árabe de permanecer en el suelo al mismo nivel, igual que los beduinos en la arena del desierto, de manera que ninguna persona tenga una posición simbólica por encima de la otra. Esta me parece una de las concesiones árabes más atractivas. Incluso tratamos a nuestros servidores mirándoles siempre al nivel de los ojos.

-¿Está usted diciendo que soy inferior?

-En absoluto, pero usted no es árabe.

-He luchado por su causa... ¡Mi marido murió por su causa!

-En una expedición absurda que no sirvió de nada ni a los judíos ni a los árabes.

-¡La Bekaa lo permitió, nos dio su bendición!

-¡La Bekaa hizo esa concesión porque su marido era un agitador, un héroe del pueblo, y su muerte, que era un resultado inevitable, le convertiría en un símbolo, un grito de batalla! «¡Recuerda Askelón!» Creo que ha oído usted esa frase. Todo ello era absurdo, excepto por el atractivo emocional del grito de batalla.

-¿Qué me está diciendo? Mi vida, mi marido, ¿no somos nada? -La Baj se puso bruscamente en pie al tiempo que Ahmet aparecía en el umbral-. ¡Estoy dispuesta a morir por la causa más grande de la historia! ¡Muerte a los cerdos que ostentan la autoridad!

-De eso es de lo que debemos hablar, Amaya... Déjanos, Ahmet, no está armada... Su disposición a morir no es demasiado importante, querida mía. En todo el mundo hay hombres y mujeres dispuestos a morir por aquello en lo que creen, y de la inmensa mayoría jamás se oye hablar, ni antes ni después del acto... No, yo deseo algo más que eso para usted, para nosotros.

-¿Qué quiere de mí? -inquirió Bajaratt, volviendo a sentarse lentamente en el cojín, la mirada fija en la hermosa mujer madura pero intemporal sentada ante ella.

-Ha llegado hasta aquí brillantemente, con cierta ayuda, desde luego, pero sobre todo gracias a su talento extraordinario. En cuestión de días se ha convertido usted en una fuerza influyente, una potencia entre bastidores a quien hombres poderosos recurren por lo que creen que puede conseguir. Ninguno de nosotros podría haber hecho eso en su lugar, tenía que surgir de la idea, el concepto que usted creó, y fue absolutamente brillante. El joven, un barón en adiestramiento, nada menos, y una familia de Ravello con millones para invertir, incluso la actriz infantil... un espectáculo secundario tan atractivo, tan verdaderamente conmovedor. Se merece usted la reputación de «la Baj».

-Hago lo que hago y dejo que los otros juzguen. La verdad es que sus juicios me tienen sin cuidado. Una vez más, ¿qué quiere usted de mí? El consejo del valle de la Bekaa me pidió que entrara en contacto con usted antes de que finalizara mi estancia aquí... muy posiblemente antes de que finalice mi vida. En cualquier caso, ese momento se aproxima.

-Comprenda que nosotros... yo... carezco de autoridad sobre usted. Eso está reservado solamente para el Consejo Superior.

-Lo comprendo. No obstante, tengo que mostrarle el respeto debido a una verdadera amiga, una aliada de nuestra causa, y escuchar sus palabras... Soy toda oídos.

-Amiga, sí, Amaya, pero aliada sólo hasta cierto punto, querida. No pertenecemos a los escorpiones de Van Nostrand, ese grupo de oportunistas clandestinos cuyo único objetivo es aprovecharse de los Proveedores y cuya única causa es la riqueza y el poder. Yo... nosotros... tenemos aquí ambas cosas en abundancia.

-¿Entonces quién es usted? Es mucho lo que sabe.

-Nuestra tarea consiste en saber.

-¿Quién es usted?

-Durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes usaban un término que es aplicable en este caso, Der Nachrichtendienst, un servicio secreto de élite del que incluso el alto mando del Tercer Reich sabía poco o nada. Estaba formado por menos de una docena de miembros de edad avanzada, principalmente prusianos, que en su conjunto aportaban casi ochocientos años de experiencia e influencia a la mesa. Eran alemanes hasta el tuétano, pero actuaban por encima de la refriega, por encima de las pasiones de la guerra, buscando sólo lo que era mejor para la patria, y se daban cuenta de las desventajas que tenía su nación al ser dirigida por Adolf Hitler y sus matones... como nosotros reconocemos las desventajas que tenemos debido a los terroristas que matan a mujeres y niños en Israel. Es sencillamente contraproducente.

-¡Creo que esta conversación ya ha ido lo bastante lejos! -exclamó la Baj, poniéndose en pie-. ¿Ha considerado usted y sus elitistas el desplazamiento de todo un pueblo? ¿Ha estado

usted en los campos de refugiados? ¿Ha visto los bulldozers israelíes derribar nuestros hogares debido a meras sospechas? ¿Ha olvidado los baños de sangre de Shatila y Sabra?

-Nos dicen que su cita con el presidente tendrá lugar mañana por la noche, aproximadamente a las ocho -dijo la mujer con serenidad, recostándose más en los cojines de satén.

-¿Mañana? ¿A las ocho?

-Inicialmente estaba programada para las tres de la tarde, pero debido a la naturaleza de la visita a este país de la contessa, para estimular la inversión extranjera, un tema delicado en estos tiempos para un país orgulloso, se sugirió a la Casa Blanca que quizá sería conveniente una hora más tardía, nocturna. Así habrá menos posibilidades de que la Prensa se entere de que el presidente da un tratamiento preferente a una ambiciosa aristócrata extranjera que se aprovecha de la economía nacional.

-¿Su reacción...? -preguntó Bajaratt, perpleja.

-El jefe del Estado Mayor lo aprobó al instante y entusiastamente. Detesta a los congresistas y senadores complacientes, pero al presidente tampoco le gusta ofender a nadie políticamente. Además, si actúa usted a las ocho, tendrá más posibilidades de escapar... huir y volver a la lucha. A esa hora cambia la guardia de la Casa Blanca, lo cual significa que habrá cierto grado de relajación en sus puestos, mientras ponen en antecedentes y dan instrucciones al relevo. La ayudarán tres hombres, uno con uniforme de chófer que la guiará, con el pretexto de protegerla de la Prensa, por las escaleras y los corredores traseros hasta otra limusina, la nuestra. Usarán un nombre para identificarse, Askelón. Espero que lo apruebe usted.

-No comprendo -dijo Bajaratt-. ¿Por qué hace esto? Acaba de hacerme creer que no estaba de acuerdo...

-Con sus otras intenciones -la interrumpió bruscamente la mujer árabe-. Sin embargo, a cambio de su vida, tenemos algo que pedirle, que exigirle, si lo prefiere. Mire, no tenemos ningún desacuerdo, ni geopolitico ni específico, con el asesinato del presidente norteamericano. Lo rigen las elecciones, no los principios, y por lo tanto es sacrificable. La gente lo percibe, el dirigente no despierta pasión. Naturalmente, habrá un escándalo e interminables investigaciones, pero todo eso pasará. El vicepresidente es popular en extremo. Y, aunque lo consideremos melodramático, podemos incluso aceptar los asesinatos en Inglaterra y Francia si insiste usted. Ahí hay gobiernos sofisticados, gobiernos europeos, que no convierten a sus dirigentes políticos en ídolos. Lo que hacen, en cambio, es enfrentarse a las duras realidades y negociar. Francamente, con el caos de un vacío de poder americano, podemos incrementar nuestra influencia aquí, pero lo más importante es que enviaremos un mensaje a los sucesores de este presidente y sus gabinetes. Es posible que no tengamos el voto judío o su dinero, pero tenemos otra cosa, algo digno del célebre Mossad. No somos un mito o una fantasía de la marginalidad lunática, sino que somos reales. Como ha dicho usted hace un momento, tenemos hombres y mujeres que morirán en su empeño por cortar la cabeza a la serpiente. Eso es visceral, hija mía, y como usted ha demostrado con su brillante estrategia, ellos nunca sabrán de dónde venimos ni cuándo lo hacemos, y en los pasillos traseros del poder se lo pensarán dos veces antes de besar constantemente la bota israelí. En una palabra, entonces también Estados Unidos tendrá un gobierno sofisticado.

-¿Qué me pide, qué me exige a cambio de mi vida, que no tiene gran importancia?

-No maten a los judíos. Haga que su gente en Jerusalén y Tel Aviv deje de molestar.

-¿Cómo puede decir eso? ¡Es nuestra afirmación definitiva, la venganza de Askelón!

-Y la muerte de muchos millares de los nuestros, Amaya. Israel actúa unilateralmente, personalmente si lo prefiere. No le importa realmente lo que ocurra más allá de sus fronteras, a menos que sea una amenaza directa. Y si cualquier otro país pequeño hubiera sufrido un Holocausto como el suyo, actuaría del mismo modo. Ya le he dicho que somos fríamente objetivos. Asesine a un líder judío y los aviones israelíes saldrán día y noche para bombardear nuestros campamentos y asentamientos durante semanas seguidas, hasta que queden

totalmente destruidos, reducidos a escombros y carne quemada. Piense en la historia reciente... los judíos liberaron a mil doscientos prisioneros por seis soldados israelíes. Su líder es el equivalente de diez mil soldados judíos, pues es más que un hombre, es el símbolo vivo de su nación.

-Me pide un precio terrible -dijo Bajaratt, casi en un susurro-. Un precio que no estoy dispuesta a pagar. He esperado este momento durante toda mi vida, este único momento magnífico que tanto justificará el hecho de haber vivido.

-Hija mía... -empezó a decirle la mujer.

-¡No! No soy hija suya ni de nadie -objetó Bajaratt con voz distante, gélida-. Nunca he sido niña. Muerte a toda autoridad.

-No le comprendo...

-Comprenderme no es asunto suyo. Como usted misma ha dicho, no tiene autoridad sobre mí.

-Desde luego, en eso estoy de acuerdo. Sólo trato de razonar con usted, protegerla.

-¿Razonar? -susurró la Baj-. ¿Dónde ha llevado la razón a su pueblo o al mío? Los suyos por lo menos están en campamentos, por muy sucias que sean sus condiciones de vida, pero a los míos los cazan como animales en las montañas, los ejecutan, los matan en el acto... decapitados. ¡Muerte a toda autoridad! Deben morir en todas partes.

-Por favor, querida -dijo la mujer morena e intemporal, cuya expresión reflejaba su alarma ante la hipnotizante figura que estaba ante ella-. Por favor, Amaya, no soy su enemiga.

-Ahora lo veo -dijo Bajaratt-. Intenta usted detenerme, ¿no es cierto? Tiene un sirviente armado que puede matarme fácilmente.

-¿Y hacer que la ira del valle de la Bekaa caiga sobre nuestras cabezas? Usted es su hija adoptiva favorita, esposa del héroe muerto de Askelón, una mujer tan reverenciada que los Consejos le piden consejo y la bendicen eternamente. Por lo que sé, la Bekaa la ha seguido hasta aquí.

-¡Jamás! ¡Actúo por mi cuenta, sin que nadie se interfiera!

-Sin duda lo cree así, pero no tengo esa seguridad y, por lo tanto, aquí no sufrirá ningún daño. Por favor, está usted agitada. Le repito que no estoy en su contra, soy su amiga.

-Sin embargo, me pide que elimine el programa de Jerusalén. ¿Cómo puede hacer eso?

-Por las razones que acabo de darle, entre ellas la matanza de tal vez un millón de palestinos. Entonces no habría ninguna causa palestina, pues el corazón de un pueblo habría sido arrancado.

-Se han apoderado de nuestras tierras, nuestros hijos, nuestro futuro, ¿por qué no de nuestros corazones?

-Palabras, Amaya, necias declaraciones...

-¡Jamás nos quitarán el alma!

-Palabras todavía más necias. Las almas no pueden luchar sin cuerpos. Hay que sobrevivir para luchar, y usted precisamente, entre todas las mujeres, debe saberlo bien. Usted es la estratega suprema.

-¿Y usted? ¿Quién es usted, que vive en medio de todo esto, para sermonearme? -Bajaratt abarcó la lujosa habitación con un gesto de la mano.

-Ah, esto -dijo la belleza intemporal, y se rió quedamente-. La imagen de la riqueza y el egoísmo, una combinación que denota poder e influencia, pues una sigue al otro en este mundo materialista. Todos hacemos ostentación, las imágenes son siempre lo importante, ¿no es cierto? No es necesario que le diga eso, ya que es usted una imagiste extraordinaire... No somos tan diferentes, Amaya Aguirre. Usted crea diversiones desde fuera, con el fin de penetrar el exterior. Yo, en cambio, me abro paso por el interior y, cuando es el momento adecuado, destruyo la cáscara con la munición que tengo a mano... Usted es la munición, la

Librodot

nitroglicerina, hija mía, y no me diga que no es mi hija en esta causa, esta santa causa, porque ahora lo es.

-¡Ya no soy hija de nadie! ¡Salí de la muerte, después de contemplarla!

-Es usted mía. Lo que haya visto y observado no es nada en comparación con lo que yo he sufrido. Ha hablado de Shatila y Sabra, pero no estuvo allí, ¡yo sí! ¿Cree que quiere venganza, hija mía no árabe? Yo la quiero mucho más de lo que usted podría jamás imaginar.

-¿Cómo puede entonces impedirme que mate a los judíos?

-Porque desencadenará mil ataques aéreos contra mi pueblo... mis pueblos, no el suyo.

-¡Estoy de su parte y lo sabe! Lo he demostrado. Les di a mi marido y estoy dispuesta a darles mi vida.

-No es tan terriblemente difícil dar algo que uno desprecia, Amaya.

-¿Y si rechazo su petición, su exigencia equivocada?

-Entonces no llegará a la Casa Blanca, y mucho menos al despacho oval.

-¡Eso es ridículo! ¡Mi acceso a la Casa Blanca está garantizado, se lo aseguro! El hombre que me hace el favor está obligado por los millones de Ravello, y no es estúpido.

-Y ese hombre, ese senador Nesbitt del Estado de Michigan que le hace el favor..., ¿qué sabe de él?

-¿Sabe entonces quién es?

La mujer se encogió de hombros.

-La cita ha sido cambiada, Amaya.

-Sí, claro... Parece ser el político norteamericano corriente. He hecho una investigación a fondo, y la situación es ésta: ha de ser reelegido en un Estado con una alta tasa de desempleo y, en consecuencia, debe convencer a los votantes de que merece su cargo. ¿Qué mejor manera de hacerlo que aportar cientos de millones a una industria deprimida?

-Si, querida, veo que ha investigado, pero ¿qué me dice del hombre en sí? ¿Diría que es bueno y sincero?

-No lo sé ni me importa. Me dijeron que era abogado o juez, si eso significa algo.

-No mucho, porque hay jueces y jueces... ¿Ha pensado alguna vez que podría ser un escorpión, un Scorpio, como les llaman? ¿Que le hace el favor porque le han ordenado que se lo haga?

-No, eso no se me había ocurrido.

-Sabemos que hay un escorpión en el Senado.

-Lo habría revelado -dijo Bajaratt, a la defensiva-. ¿Por qué no? Van Nostrand lo hizo, me dio los códigos telefónicos para llegar a los escorpiones.

-Transmisiones por satélite de localización imposible. Lo sabemos todo de ellos.

-Me resulta difícil creer eso...

-Nos costó casi tres años, pero por fin encontramos a nuestro escorpión y lo compramos. Es una mujer, a la que usted conoció en Florida, su anfitriona en Palm Beach. Tiene una finca muy agradable, ¿no es cierto? Ella y su marido no podrían permitírsela sin una ayuda enorme. El marido ha tenido una habilidad exclusiva, la de gastarse más de setenta millones de dólares en menos de treinta años. Ella es la escorpión del registro de personas de prominencia social, descubierta por Van Nostrand, y muy útil. Sencillamente, la localizamos por medio de Van Nostrand, nos pusimos a la altura de los Proveedores y enrolamos a una aliada.

-Ella fue quien me presentó a Nesbitt... ¡Ambos son escorpiones!

-Ella lo es, en efecto, pero el senador no, en absoluto. Yo tuve la idea de enviarlo a Palm Beach por razones que él considera políticas y perfectamente legítimas. No tiene la menor

idea de quién es usted ni por qué está aquí. Sólo conoce a la condesa Cabrini, que tiene un hermano inmensamente rico en Ravello.

-Entonces confirma usted mi juicio. No puede detenerme a menos que me mate, y usted misma ha mencionado las consecuencias que eso tendría con respecto a la Bekaa. Creo que hemos llegado al final de esta conversación. ¡He cumplido con mi obligación hacia el Consejo, puesto que la he escuchado!

-Escúcheme un poco más, Amaya. No le hará ningún daño y será instructivo. -Lentamente, como los armónicos movimientos de un felino, la mujer árabe se levantó, sorprendiendo con su estatura a Bajaratt. Era baja, no mediría mucho más de metro y medio, una elegante muñeca que a pesar de su tamaño proyectaba una autoridad inmensa-. Sabíamos que usted trabajaba con los escorpiones (nuestra aliada en Palm Beach fue puesta al corriente de ello por el departamento de inmigración de Fort Lauderdale), y como nos enteramos de su inminente aparición en la Casa Blanca, tuve que asegurarme de que primero vendría aquí.

-Usted sabía que iba a venir -le interrumpió la Baj-. Nuestra cita fue convenida hace semanas en el valle de la Bekaa, y la información pertinente codificada en árabe, dirección, fecha y hora.

-Tenía plena confianza en usted, pero entonces no la conocía y sin duda comprenderá mi aprensión. De no haber llegado esta noche, a primera hora de la mañana habrían pasado a recoger a la señora Balzini en el hotel Carillon.

-¿Balzini... el Carillon? ¿Sabía usted el nombre que usaba y dónde me alojaba?

-No por medio de los escorpiones, desde luego -replicó la mujer mientras cruzaba la sala y se detenía ante un intercomunicador dorado en la pared-, pues ellos tampoco lo sabían -siguió diciendo, volviéndose hacia Bajaratt-. Nuestra amiga en Palm Beach llamó e incluso dijo que tenía dificultades para entrar en contacto con sus superiores a través de los códigos telefónicos de los escorpiones. Lo cierto es que dejó de intentarlo por temor a exponerse demasiado.

-Ha habido varios problemas -dijo la Baj sin más comentario.

-Así parece. Sin embargo, no teníamos necesidad de los escorpiones, como verá. -La menuda y elegante mujer alzó la mano sin mirar y apretó un botón plateado del intercomunicador-. Ahora, Ahmet -dijo, sin apartar los ojos de Bajaratt-. Lo que está a punto de ver, querida Amaya, es un hombre con dos personalidades diferentes, incluso distintas identidades, si lo prefiere. El que conoce es tan real como el que va a ver. El primero es un político ejemplar, un hombre bueno y sincero. El otro es alguien que ha soportado el dolor de una vida infortunada, a pesar del poder con que se adorna. «Infortunada» no es la palabra apropiada, insoportable es más exacta.

Asombrada, Bajaratt contempló a un hombre al que apenas reconocía que bajaba la ancha escalera, flanqueado por el sirviente con la túnica, Ahmet, y una llamativa mujer rubia vestida con un mero salto de cama que revelaba las formas de su cuerpo, realzando los senos y el sinuoso movimiento de las caderas. ¡El hombre era Nesbitt! Cada uno sostenía al senador de Michigan, ayudándolo a bajar los escalones. El hombre presentaba una palidez casi mortal, sus ojos eran como dos bolas de cerámica sin movimiento y su expresión estaba paralizada, como si se hallara en trance. Vestía un batín de velludillo azul e iba descalzo, las venas se le transparentaban bajo la piel.

-Le han puesto la inyección -dijo en voz baja la anfitriona de la Baj-. No la reconocerá.

-¿Está drogado?

-Con un medicamento recetado por un médico excelente. Es un dual.

-¿Un dual?

-Tiene una personalidad dual, Amaya. Es un Jekyll y Hyde sin la maldad, sólo con apetitos insatisfechos... Poco después de su boda, hace más de cuarenta años, tuvo lugar un trágico acontecimiento, un ataque que dejó a su mujer física y psicológicamente impedida, en

Librodot

una palabra, frígida a perpetuidad. El acto sexual le repugnaba, pensar en eso bastaba para que se pusiera histérica, y por una buena razón. Había sido violada por un psicópata, un ladrón que entró en su piso, ató al joven abogado y le obligó a presenciar la violación. A partir de aquella noche, su esposa fue incapaz de cumplir con sus obligaciones conyugales. Sin embargo, él era un marido fiel y, lo que es mucho peor, un hombre religioso, y no buscó una liberación de su sexualidad perfectamente natural. Al final, después de que ella muriese hace tres años, la carga lo destruyó, o más bien destruyó una parte de él.

-¿Cómo le encontró?

-Hay un centenar de senadores, y sabíamos que uno de ellos era un escorpión. Los estudiamos a todos por orden alfabético, examinamos a fondo sus vidas... Ay, nunca encontramos al escorpión, pero descubrimos a un hombre que con toda evidencia sufría profundos trastornos y cuyas frecuentes y misteriosas ausencias eran encubiertas por la única amiga íntima que tenía, su ama de llaves, a su servicio desde hacía veintiocho años y septuagenaria.

Nesbitt y sus dos guardianes llegaron al pie de la escalera y entraron en la sala de estar.

-¡No ve nada! -susurró la Baj.

-No ve, en efecto -convino la anfitriona-. Dentro de una hora, más o menos, lo hará, aunque no recordará los acontecimientos concretos de esta noche. Sólo se dará cuenta de que ha sido satisfecho, con ese reconocimiento interno que procura paz.

-¿Hace esto con frecuencia?

-Una o dos veces al mes, y suele ser de noche. Al principio empezaba tarareando una extraña melodía de su juventud. Luego, como un sonámbulo, se cambiaba de ropa, usaba un vestuario totalmente distinto que guardaba en el armario de su difunta esposa. No eran precisamente las prendas de un senador poderoso, sino el atavío de un libertino acomodado que va a divertirse de noche a los barrios bajos. Una chaqueta de ante o cuero, a menudo un peluquín o una gorra, siempre gafas de sol, pero jamás identificación alguna. Esa época fue terrible para el ama de llaves. Ahora, cuando sucede, ella nos llama y vamos a recogerlo.

-¿Ella coopera con ustedes?

-No tiene alternativa. Está bien pagada, lo mismo que el hombre que hace de chófer y guardaespaldas. -Y así lo controlan.

-Tenemos una amistad muy especial. Nos tiene a su lado cuando nos necesita y hay ocasiones, como ahora, en que nosotros lo necesitamos, nos hace falta el poder de su cargo.

-Ya lo veo -dijo Bajaratt fríamente.

-Desde luego, lo mejor sería saber quién es el escorpión más prominente en el Senado, ya que, como los Proveedores lo controlan, nosotros también podemos hacerlo. Sin embargo, es sólo cuestión de tiempo antes de que se establezca una pauta, por sutil que sea. Sus acciones, Amaya, nos ayudarán, pues estudiaremos de nuevo a cada miembro de esa corporación y en sus reacciones al caos descubriremos la debilidad que atrajo a Van Nostrand.

-¿Es tan importante para usted?

-Es de vital importancia, querida Amaya, puede estar completamente segura. Le repito lo que he dicho antes, simpatizamos mucho con los del valle de la Bekaa y tenemos estrechos vínculos con ellos, pero estos vínculos no abarcan a los escorpiones mercenarios, que son la creación de Van Nostrand y su loco compañero en el Caribe, reclutados por medio del soborno y obligados a actuar por dinero, una suma insignificante comparada con la que obtienen para los Proveedores. No tienen una causa, sino el temor a ser desenmascarados y, por supuesto, el dinero que reciben. Esas personas no tienen intereses más allá de sí mismas, más allá de sus vidas mezquinas, y los impulsa la codicia y la inquietud. Deben ser destruidos, o reducidos a la impotencia... o reclutados por nosotros.

-Le recuerdo que los escorpiones me han servido bien y, a través de mí, han servido a la Bekaa -le interrumpió la Baj.

-¡El todopoderoso Van Nostrand les ordenó que lo hicieran! Puede retirarles los fondos con una simple llamada telefónica, y no digamos revelar sus delitos, tanto pasados como actuales, a las autoridades. ¿Cree acaso que les importamos un ápice, que tienen el menor interés por aquello que es tan querido para nosotros? Si lo cree así, no responde a mis expectativas sobre usted.

-Van Nostrand se ha retirado. Está en algún lugar de Europa, o ha muerto. Ya no es Escorpión Uno.

-En Palm Beach hay problemas con los códigos telefónicos -dijo la felina y diminuta mujer árabe, en voz apenas audible-. Esa noticia es asombrosa... ¿Está segura?

-No tengo la seguridad de que esté vivo o muerto. Sobrevivió otro, un ex agente de los servicios secretos llamado Hawthorne, de quien creía que estaba bajo custodia, pero no era así. En cuanto a Nils van Nostrand, se ha ido, él mismo me dijo que iba a desaparecer.

-No es sólo sorprendente, sino inquietante en extremo. Cuando Van Nostrand estaba en su lugar, podíamos controlarlo, teníamos gente en su finca, en la entrada, informadores que nos eran leales... ¿Con quién trata usted ahora? ¡Debe decírmelo!

-No lo sé...

-¡La Casa Blanca, Amaya!

-No le miento. Dice usted que tiene los códigos, pues llámeles. Desde luego, quienquiera que responda no le facilitará su identidad.

-Tiene razón, naturalmente...

-Lo único que puedo decirle es que el escorpión con quien hablé por última vez es un hombre tan privilegiado que recibe la información más secreta. Conocía detalles sobre los avances del gobierno en su investigación sobre mí, y eran detalles exactos. Lo llamó el «círculo interno».

-¿El «círculo interno»? -La belleza palestina frunció el ceño y aparecieron unas pocas arrugas en sus rasgos oscuros, clásicos-. El círculo interno -repitió, cruzando la enorme sala, pensativa y con los finos dedos de uñas lacadas en el delicado mentón-. Si estamos buscando al senador, sólo existe un comité al que se concede esa información clasificada. El Comité secreto del Senado. ¡Claro, es tan natural, de una sencillez tan inteligente! Desde los escándalos del Watergate y el Irangate, todas las agencias de Washington comunican los detalles de sus operaciones encubiertas al Comité secreto del Senado. Se ven obligados a hacerlo, pues nadie quiere enfrentarse a acusaciones de ilegalidad ante todo el Congreso... Como ve, querida Amaya, ya ha sido usted de enorme ayuda.

-Además, es un hombre capaz de matar, por lo menos es lo que me ha dicho. Según él, mató a un hombre llamado Stevens, jefe del servicio secreto naval, porque ese Stevens había estado cerca de descubrirme. Estoy en deuda con él por eso.

-¡No le debe nada! ¡Lo único que ese hombre hizo fue cumplir órdenes! Que le dijera la verdad o le mintiera para que usted se sintiera obligada es irrelevante. Hay un solo hombre en el Senado que podría hablar de una manera tan ruda y jactanciosa, y los hemos estudiado a todos... Seebank, el intolerable y áspero general Seebank. ¡Gracias, Baj!

-Si se trata de él, también debo decirle que sometí a prueba su compromiso conmigo. Como tal vez sepa, en ciertas situaciones militares en las que es imperativo eliminar un obstáculo, incluso un puesto de mando, se elige a un hombre para que entre en un recinto sabiendo que no saldrá. Lleva el armamento en el calzado.

-La Bota de Alá -dijo la palestina-. Explosivos ocultos en la suela y el tacón, activados al golpear con la punta del pie un objeto sólido. La muerte para el portador y cuantos se encuentran en su proximidad.

-Sí incluso le proporcioné un plano. -La Baj asintió lentamente-. Si me devuelve el artículo verdadero, sabré que puedo confiar en él. De lo contrario, interrumpiré totalmente la comunicación. Si demuestra que es fiel, lo utilizaré... y usted tendrá a su escorpión.

-¿Acaso sus habilidades son ilimitadas, Amaya?

-Muerte a toda autoridad, eso es lo único que debe usted saber.

CAPÍTULO XXXVIII

El senador Paul Seebank bajaba por el oscuro camino rural en las afueras de Rockville, alumbrado por la pequeña linterna que llevaba inclinada e iluminaba en parte sus pies y sobre todo el vacío bordeado de árboles que tenía delante. Cubría con una gorra su cabello gris cortado a cepillo, y las solapas levantadas de un ligero impermeable de verano, aunque no amenazaba lluvia, ocultaban sus rasgos cincelados. Lo cierto era que el magro y duro ex general de brigada Seebank, que ahora era el magro, duro y franco senador Seebank, se sentía preso de pánico y cercano a la pérdida del equilibrio. No podía detener el temblor de sus manos ni el tic cada vez más intenso que tiraba del lado derecho de su labio inferior en breves y abruptos espasmos.

Tenía que concentrar sus pensamientos, no podía perder el dominio de sí mismo. Sin embargo, no podía refrenar el temor que le causaba convertirse en Escorpión Uno.

La locura comenzó ocho años atrás en aquel mismo camino que conducía a un ruinoso granero, abandonado desde hacía mucho tiempo, en los no menos abandonados campos de una granja olvidada, reducida ahora a la mera extensión inutilizada y yerma de una finca cuyos propietarios estaban más interesados en los jardines que en las cosechas.

El desencadenante había sido una llamada telefónica estúpida y, por lo mismo, alarmante, recibida a través de su línea particular en el despacho, la sacrosanta línea de un senador recién elegido que sólo sonaba en su escritorio, un privilegio reservado a la familia y los amigos muy íntimos. Sin embargo, la persona que lo llamaba no era ni familiar ni amigo, sino un desconocido que se presentó como «Neptuno».

-Hemos seguido su campaña para el Senado con gran interés, general.

-¿Quién diablos es usted y cómo ha obtenido este número?

-Eso es irrelevante, al contrario que nuestro asunto. Le sugiero que nos encontremos lo antes posible, pues mis superiores están muy deseosos de que entremos en contacto.

-¡Y yo le sugiero que se vaya a freír espárragos!

-Entonces debo hacerle otra sugerencia, la de que examine la base, la esencia de su campaña electoral. El heroico prisionero de guerra en Vietnam que mantuvo unidos a sus hombres en unas condiciones intolerables, gracias a su autoridad y su valor personal. Tenemos amigos en Hanoi, senador. ¿Es preciso que le diga más?

-¿Qué demonios...?

-Hay un viejo granero en las afueras del pueblo de Rockville...

El senador maldijo para sus adentros. ¿Qué sabía aquel desconocido?

Ocho años atrás Seebank pasó por aquel mismo camino hasta llegar al granero, y ahora volvía a hacerlo debido a otra llamada telefónica de otro desconocido. Pero ocho años atrás, bajo la luz mortecina de un viejo farol, en presencia del elegante Neptuno que se mantenía en la sombra, él había leído las declaraciones juradas de los comandantes de los cinco campos de prisioneros en los que él y sus hombres habían estado internados.

El coronel Seebank prestó su máxima cooperación y a menudo cenaba con nosotros...

El coronel nos informaba de los planes de huida que ideaban sus oficiales...

En varias ocasiones fingimos someterle a malos tratos físicos mientras él gritaba de modo que le oyeran sus compañeros...

Utilizábamos un ácido suave para decolorarle la piel... en general mientras él estaba muy bebido, y luego volvía al barracón con las ropas desgarradas...

Cooperaba, pero no le admirábamos... Todo estaba allí. El general de brigada Paul Seebank no era ningún héroe, sino otra cosa.

Y era valioso para los Proveedores, tanto que le asignaron una posición de élite: Escorpión Cuatro. Todas sus futuras elecciones estaban garantizadas, pues ningún adversario tendría jamás sus méritos de guerra.

Venció en sus segundas elecciones tras enterrar al contrincante bajo una avalancha de dinero. El senador, experto militar, sólo tuvo que dirigir contratos de negocios relacionados con la defensa hacia aquellos seleccionados por los Proveedores.

El viejo granero estaba a la vista, una desvencijaba silueta recortada contra el cielo iluminado por la luna, sobre un montículo cubierto de hierba silvestre. Seebank abandonó el camino y se dirigió al lugar de la cita. Seis minutos después llegó a las puertas rotas, semipuertas, unas simples tablas en realidad, y anunció su llegada.

-Aquí estoy. ¿Dónde está usted?

Destelló brevemente una segunda linterna.

-Entre -dijo una voz en la oscuridad-. Es un placer conocer a mi oficial superior... en un Ejército diferente, por supuesto... Apague su linterna.

Seebank obedeció.

-¿Hemos estado juntos en el Ejército? ¿Le conozco?

-Nunca nos hemos relacionado personalmente. Sin embargo, puede que recuerde un número de unidad y un grado, incluso el emplazamiento de un barracón, el «bloque sur».

-¡Un prisionero, fue usted un prisionero! ¡Coincidimos en un campo de prisioneros!

-Eso fue hace mucho tiempo, senador -lo interrumpió la figura invisible-. ¿0 prefiero que le llame general?

-Prefiero saber por qué me ha telefoneado y por qué ha elegido este lugar.

-¿No es aquí donde fue usted reclutado, en este mismo granero? Yo sí lo fui. Pensé que así recalcaría la gravedad de la emergencia.

-¿Reclutado? ¿Usted? Entonces usted es...

-Claro que lo soy. ¿Por qué si no iba a estar aquí? Permítame que me presente, general. Soy Escorpión Cinco, el último de los escorpiones de élite. Los veinte restantes son igualmente vitales, pero carecen de nuestra autoridad.

-No puedo decir que eso no me alivie. -A Seebank le temblaban todavía las manos, y ahora el tic del labio inferior era constante-. De acuerdo, este lugar me ha causado un impacto inmediato. Francamente, pensé que me encontraría con uno de nuestros... uno de los...

-Dígalo, senador, uno de los Proveedores, ¿no es cierto?

-Sí... un Proveedor.

-En vista de los extraordinarios acontecimientos de los dos últimos días, me sorprende que no se haya... aliviado también un poco.

-¿Qué quiere decir?

-Bueno, según los códigos telefónicos, Escorpión Cuatro es ahora, a todos los efectos, Escorpión Uno, ¿no es así?

-Si., sí, supongo que sí. -El tic de Seebank se aceleró.

-¿Sabe usted por qué?

-No, la verdad es que no. -El senador cerró las manos alrededor de la linterna apagada para dominar el temblor.

-Claro, es comprensible, no tiene usted acceso a la información. Por suerte, yo sí la tengo y he actuado en consecuencia.

-Da usted muchos rodeos, soldado. ¡Y eso no me gusta!

-Lo que le guste a usted no importa. Escorpión Dos y Tres han sido apartados. Se acobardaron, no soportaban la situación actual, por lo que Sangre de Niña hizo que los eliminaran, y eso me beneficia bastante.

-No comprendo. ¿Quién diablos es Sangre de Niña?

-Me preguntaba si lo sabría, y veo que no lo sabe. Usted trabaja para los Proveedores en un área diferente, muy provechosa pero muy diferente, y esto no es lo suyo. Teniendo en cuenta lo que es usted, lo que sabemos que es, no podría aguantarlo. No tiene redaños. Es usted un fraude, Escorpión Cuatro, y hace años me dijeron que le vigilara... Ahora representa un riesgo.

-¡Cómo se atreve! -rugió el aterrado Seebank-. ¡Usted es mi subordinado!

-Lo siento, pero no podía esperar a que eso cambiara... no podía esperar a que la electrónica desenmarañase las señales y se sustituyera. Si pudiera llamar a su esposa en este momento, le diría que esta mañana, a las ocho y diez, un operario de la telefónica se presentó en su casa, doce minutos después de que usted saliera hacia su despacho en el Senado. Ese operario manipuló el teléfono de su madriguera... Mire, general, estamos muy cerca, pronto vamos a poner de nuevo a este país donde le corresponde. Nos han despojado de todo, nuestros presupuestos militares han sido desastrosamente reducidos, nuestro personal diezmado, nuestro poderío armado es ahora ridículo. ¡En toda Europa y Asia hay veinte mil cabezas nucleares que apuntan hacia nosotros y fingimos que no existen! Bien, eso cambiará cuando Sangre de Niña lleve a cabo su operación. ¡Entonces volveremos a estar al frente, la nación será nuestra para gobernarla como debe ser gobernada! El país quedará paralizado y naturalmente, como siempre, recurrirá a nosotros en busca de guía y protección.

-No estoy contra usted, soldado -logró decir el tembloroso senador-. Yo suscribiría del todo esas palabras, debe usted saberlo.

-Claro, general, por supuesto que lo sé, pero eso sólo son palabras. Usted se queda en las palabras, no pasa a la acción. Su cobardía es una deficiencia que no podemos permitirnos. Usted sería incapaz.

-¿Incapaz de qué?

-De matar al presidente. ¿Qué le parece?

-¡Dios mío, está usted loco! -susurró el senador Seebank. De puro terror sus manos quedaron súbitamente quietas y el tic disminuyó-. No puedo creer lo que está diciendo. ¿Quién es usted?

-Si., supongo que es hora de que se lo revele. -Un hombre manco, con la manga derecha doblada y fijada en el hombro, salió de detrás de la pared de ladrillo-. ¿Me reconoce, general?

Seebank contempló atónito el rostro que conocía demasiado bien.

-¿Usted...?

-¿La falta de mi brazo le trae algún recuerdo? Desde luego, le hablaron de ello.

-¡No, ningún recuerdo! No sé de qué me está hablando.

-Claro que sí, general, aunque en aquel entonces nunca me vio la cara. Yo era simplemente el «capitán X. para usted, un «capitán X. muy particular.

-¡No... no! ¡Está usted fantaseando... yo no le conocía!

-Ya le he dicho que no me conocía personalmente. ¿Tiene idea de cuánto me divertía estar sentado a una mesa ante sus interminables comparecencias en el Senado, escuchando su pretendida experiencia militar, que era una sarta de estupideces y que le proporcionaban

nuestros mutuos benefactores a través de Escorpión Uno? El ejército tuvo la gentileza de proporcionarme una prótesis, un falso brazo derecho que llenaba el uniforme, pues el Pentágono reconoció que mi talento no requería un brazo, sino sólo un cerebro y cierta dosis de elocuencia permitida a los militares.

-¡Le juro que sólo le conozco tal como es ahora, no le había visto antes!

-Entonces permítame que aguijonee su amnesia temporal. ¿Recuerda el bloque sur? ¿Recuerda haber oído que cierto capitán había ideado una escapatoria infalible? Una huida que habría salido bien... pero no salió, porque un oficial norteamericano había dado el soplo al Consejo de Prisioneros del bloque. Los vietcongs entraron en nuestra choza, me extendieron el brazo derecho y lo cortaron con una de sus malditas espadas, y en un inglés casi perfecto, el intérprete del campo dijo: «Ahora intenta escapar.»

-¡Yo no tuve nada que ver con eso... con usted!

-Vamos, general, le tengo atrapado. Cuando me reclutaron, Neptuno me enseñó las declaraciones enviadas desde Hanoi, incluido un párrafo que usted jamás vio. En ese párrafo me ordenaban vigilarle y manipular su teléfono si llegaba a ser necesario.

-¡Todo eso pertenece al pasado! ¡Ya no importa!

-¿Creerá que a mí sí que me importa? He esperado veinticinco años para desquitarme.

Sonaron dos disparos mientras la luz de la luna acariciaba el ruinoso granero en un campo yermo de Rockville, Maryland.

Y el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor recorrió el trecho cubierto de alta hierba hasta su oculto «Chevrolet» civil. Si todo salía de acuerdo con el plan, Sangre de Niña estaba un paso más cerca de la hora cero.

Perplejo y frustrado, Hawthorne, a bordo del vehículo con matrícula del Departamento de Estado, se dirigió a McLean, Virginia, tratando de entender el enigma de la familia O'Ryan. 0 bien eran el grupo de seres humanos más estúpidos y crédulos que jamás había conocido, o bien O'Ryan les había enseñado tan bien que todos ellos podrían superar la prueba del detector de mentiras afirmando que no estaban allí mientras robaban un banco.

Había llegado a la casa de la playa poco después de las cinco y media, y hacia las siete empezó a pensar que Patrick Timothy O'Ryan era el irlandés más reservado que existía, posiblemente único en la historia de la raza gaélica. Una hora antes de que saliera del Shenandoah Lodge, la agencia le había entregado el dossier de O'Ryan, y las antenas de Tyrell habían percibido de inmediato una omisión palmaria en los antecedentes del analista. El súbito cambio de situación económica experimentado por la familia, que de una modesta casa y los ingresos de un salario medio de la CIA habían pasado a una residencia mucho mayor, así como una magnífica casa de verano en la playa, no podía explicarse sin más por la repentina herencia de un tío irlandés que criaba caballos. La Compañía se había conformado con el papeleo legal, sin investigar más. Hawthorne opinaba que deberían haberlo hecho, y a fondo. Para empezar, O'Ryan tenía hermanos mayores en el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York. ¿Dónde estaban ellos y por qué los había dejado al margen un pariente rico que, según la señora O'Ryan, nunca había visto a ninguno de los muchachos?

-¡El tío Finea era un santo! -había gritado María Santoni O'Ryan entre lágrimas-. ¡Dios Nuestro Señor le dijo que mi padre era el más amado de Jesucristo! ¿Qué quiere de mí, señor? ¿Tiene que venir aquí y hacerme esas preguntas en esta hora de aflicción y tormento para mí?

En esa ocasión Tyrell se dijo que la postura de la señora O'Ryan no había sido lo bastante convincente, pero, por otro lado, ella no tenía ninguna respuesta, ni tampoco sus cuatro hijos en distintos grados de cólera inocente. Algo estaba podrido y el olor era abrumador, pero Hawthorne no podía localizar su origen.

Eran cerca de las nueve y media cuando llegó a la carretera particular de McLean, Virginia, que conducía a la enorme casa colonial perteneciente a los Ingersol. A lo largo del sendero circular se alineaban oscuras limusinas y coches de lujo, «Jaguar», «Mercedes» y un surtido de «Cadillac» y «Lincoln». Una extensión de césped a la izquierda de la casa era también zona de aparcamiento, donde varios sirvientes aparcaban los automóviles de los visitantes.

Le abrió la puerta el hijo de David Ingersol, un joven agradable, sincero, cortés, y mientras le mostraba sus credenciales, Tyrell creyó ver una expresión de profunda tristeza en sus ojos.

-Creo que será mejor que hable con el socio de mi padre -le dijo el hijo del muerto-. Yo no le sería de ninguna ayuda... sea cual sea el motivo de su visita.

Edward White, de Ingersol y White, era un abogado macizo, de estatura mediana, escaso cabello y ojos castaños de mirada penetrante.

-¡Me ocuparé del asunto! -dijo secamente tras examinar la identificación de Hawthorne-. Quédate en la puerta, Todd. Este caballero y yo estaremos en el corredor. -Una vez en el estrecho pasillo, White continuó-: Decir que me consterna su presencia aquí esta noche no reflejaría lo que siento. Una investigación del Departamento de Estado, cuando el pobre ni siquiera ha sido... puesto a punto en la funeraria. ¿Cómo puede hacer esto?

-Muy fácil y rápidamente, señor White -replicó Tyrell-. La rapidez es vital para nosotros.

-Dios mío, ¿por qué?

-Porque David Ingersol pudo haber sido el principal implicado en una operación masiva de blanqueo de dinero relacionada tanto con el viejo cártel de Medellín como con el nuevo de Cali. Ambos operaron en Puerto Rico.

-¡Eso es absolutamente ridículo! Tenemos clientes en Puerto Rico, sobre todo clientes de David, pero jamás ha habido el menor atisbo de ilegalidad. Yo era su socio y debería saberlo.

-Quizá sepa usted menos de lo que cree. Supongamos que le digo que por medio del Departamento de Estado hemos sabido que David Ingersol tiene cuentas en Zúrich y Berna, con una suma que supera las ocho cifras en dólares americanos. Ese dinero no procedió de su bufete de abogados. Son ustedes ricos, pero no tanto.

-0 es usted un embustero o un paranoico... Vayamos al despacho de David, éste no es sitio para hablar. Venga por aquí.

Los dos hombres pasaron por el lado de los reunidos en la gran sala de estar y recorrieron otro pasillo, una de cuyas puertas abrió Edward White. Las paredes del despacho estaban cubiertas de estanterías con libros. Había paneles de madera y cuero marrón oscuro por todas partes: sillones, mesas, dos sofás, incluso el alto respaldo del sillón giratorio tras la enorme mesa en la que descansaban los papeles de David Ingersol.

-No creo lo que me dice -dijo White mientras cerraba la puerta.

-No estoy aquí para detenerle, abogado, es tan sólo una investigación. Si duda de mí, telefonee al Departamento de Estado. Estoy seguro de que sabe perfectamente con quién debe ponerse en contacto.

-¡Es usted un hijo de perra insensible! ¡Piense en la familia de David!

-Pienso en varias cuentas corrientes en el extranjero que han podido ser abiertas por el BCCI y un ciudadano americano que usó su considerable influencia para sostener el negocio de los narcotraficantes.

-¿Representa usted todos los papeles en esta investigación altamente sospechosa, señor Hawthorne? ¿Es policía, juez y jurado? ¿Ha pensado lo sencillo que es abrir «cuentas en el extranjero» a cualquier nombre utilizando simplemente una firma cuya veracidad no puede ser puesta en duda?

-No, no lo he pensado, pero parece ser que usted sí.

-En efecto, porque he llevado a cabo un pequeño estudio de esos casos, y cualquier cliente de nuestra empresa ha de tener una buenísima razón para poseer una, sobre todo si nos paga con los fondos de esa cuenta.

-Ese es un mundo del que yo no sé nada -mintió Tyrell-, pero si lo que usted dice es cierto, todo lo que debemos hacer es enviar un fax con la firma de David Ingersol a Zúrich v Berna.

-Los facsímiles no se aceptan para los exámenes espectográficos. Me sorprende que no lo sepa.

-Usted es el experto, no yo. Pero le diré en qué soy experto... soy un magnífico observador. He visto a sus vaqueros en limusina que se desplazan por la ciudad, bañados en respetabilidad, mientras usted vende su influencia a los mejores postores. Y cuando se pase de la raya, me encontrará ahí para echarle el guante.

-Ese lenguaje no me parece propio del Departamento de Estado. Parece un paranoico, un vengador de tebeo, y está muy fuera de lugar. Creo que haré esa llamada que me ha sugerido...

-No se moleste, Edward. -Una extraña tercera voz en la estancia sobresaltó a los dos hombres. De repente, el sillón de cuero y alto respaldo giró y reveló a un anciano, delgado y evidentemente muy alto, vestido con tanta perfección y elegancia

que Tyrell se quedó boquiabierto, creyendo por un momento, a la tenue luz de la habitación, que se trataba de Nils van Nostrand.

-Me llamo Richard Ingersol, señor Hawthorne, antiguo letrado del Tribunal Supremo. Creo que debemos hablar... a solas, Edward, pero no aquí ni en ninguna habitación de esta casa.

-No comprendo, señor -dijo el asombrado socio de Ingersol y White.

-Es lógico que no me comprenda, querido amigo. Por favor, mantenga a mi nuera y mi nieto ocupados con todos esos... parásitos con limusina. El señor Hawthorne y yo saldremos al exterior por la cocina.

-Pero, juez Ingersol...

-Mi hijo ha muerto, Edward, y no creo que le importe lo que las notas de sociedad del The Washington Post digan acerca de sus acomodados deudos, varios de los cuales en la hermandad legal sin duda han comunicado lo ocurrido a sus clientes personales. -El anciano se levantó del sillón y rodeó la mesa-. Venga, Hawthorne, aquí no hay nadie que pueda decirle nada. Además, hace una noche excelente para dar un paseo.

El frustrado White sostuvo la puerta abierta mientras Tyrell seguía al anciano Ingersol por el pasillo, cruzaba la atareada cocina y salía a la extensión de césped trasera, protegida por una valla y en la que había una piscina iluminada y lo que parecía un inmenso jardín ante una hilera de setos de seis metros de altura. El ex magistrado del Tribunal Supremo subió a la plataforma de ladrillo al lado de la piscina.

-¿Por qué ha venido realmente aquí, señor Hawthorne, y qué sabe usted? -preguntó.

-Ya ha oído lo que le he dicho al asociado de su hijo.

-¿Blanqueo de dinero? ¿Cárteles del narcotráfico? Vamos, señor, David jamás tuvo ni la inclinación ni la audacia necesarias para considerar siquiera la posibilidad de dedicarse a tales actividades. Sin embargo, su referencia a las cuentas corrientes en Suiza no carece de mérito.

-Entonces tal vez debería preguntarle qué sabe usted, juez Ingersol.

-Es una historia macabra, con elementos de triunfo y angustia y un grado notable de tragedia, ateniense hasta la médula pero sin la majestad del drama griego.

-Eso es muy elocuente pero no me dice nada.

-Ahí dentro me ha mirado de un modo extraño -dijo Ingersol, haciendo caso omiso de la observación de Tyrell-. No se ha debido solamente a la sorpresa de verme súbitamente ahí, sino a otra cosa, ¿me equivoco?

-Me ha recordado a alguien.

-Eso he creído. Su brusca presencia aquí olía a estrategia de choque... desequilibrar a los individuos, tal vez hacerles sentir pánico. Su reacción al verme me lo ha confirmado.

-No sé de qué me está hablando.

-Claro que lo sabe. Nils van Nostrand... el señor Neptuno, si lo prefiere... La similitud de nuestro aspecto le ha asombrado al instante. Lo he visto en su expresión, aunque le aseguro que la similitud es superficial. Dadas ciertas características, altura, figura y color de la piel, los hombres de nuestra edad avanzada y posición tendemos a parecernos. En nuestro caso se debe sobre todo a la forma de vestir. Usted conoce a Van Nostrand, y el último lugar de la tierra donde esperaría encontrarle sería en esta casa. Eso ha sido muy ilustrativo para mí.

-En ese caso, me sorprende su admisión de que conoce a Neptuno.

-Bueno, eso forma parte de la historia -siguió diciendo Ingersol, mientras cruzaba una arcada enrejada que daba acceso a un jardín lleno de flores, un rincón aislado lejos de la casa y la multitud-. Cuando todas las piezas estuvieron encajadas, Nils vino a la Costa del Sol en varias ocasiones. Por supuesto, no sabía quién era, pero nos hicimos amigos. Se parecía a muchos de nosotros, personas ancianas sin rumbo fijo y con suficiente dinero para trasladarnos en avión de un lado a otro en busca de diversión superficial. Incluso lo vi en mi sastrería londinense.

-¿Cuándo se enteró usted de que ese hombre era Neptuno?

-Hace cinco años. Empecé a sospechar que había algo raro en él, debido a sus bruscas y breves apariciones y abruptas partidas, así como su historia familiar cuando habló de ella, incluso su riqueza, cuyas fuentes no estaban claras.

-Eso que me dice es un tanto pintoresco -lo interrumpió Tyrell-. No conozco a mucha gente de su posición social que abra sus portafolios a los vecinos.

-Por supuesto que no, pero los orígenes fundamentales son generalmente conocidos. Un hombre inventa algo o proporciona algo que no existe en el mercado, y llena una brecha, o inaugura un banco en el momento apropiado, o se dedica al negocio inmobiliario. Esos son los trampolines que llevan a los portafolios que ha mencionado. En mi caso, antes de que llegara al Tribunal Supremo, era fundador y socio principal de una firma legal altamente lucrativa con bufetes en Washington y Nueva York. Pude permitirme fácilmente el honor de pertenecer al Tribunal Supremo.

-Si, en efecto -dijo Hawthorne, recordando el dossier sobre David Ingersol que incluía abundantes datos sobre el padre. La pieza faltante era la verdadera razón por la que Richard Ingersol había dimitido. De repente, Hawthorne supo que estaba a punto de tener la pieza faltante en sus manos.

-Neptuno -dijo Ingersol, como si leyera los pensamientos de Tye. Tomó asiento en un banco de hierro forjado pintado de blanco en el extremo del jardín aislado-. Forma parte de la historia, una parte bastante inmoral e innecesariamente brutal. Una noche, en la terraza del club marítimo, ante el Mediterráneo iluminado por la luna, Van Nostrand, siempre observador, me dijo: «Encuentra algo extraño en mí, ¿no es cierto, señor juez?» Repliqué que le suponía homosexual, pero eso no era nada nuevo, pues la sociedad internacional estaba lleno de ellos. Entonces, con la sonrisita más diabólica que he visto jamás, me dijo: «Soy el hombre que le ha arruinado, el hombre que maneja la fortuna de su hijo. Soy Neptuno.»

-¡Dios mío! ¿Lo dijo así, directamente?

-Me sobresalté, como es natural, y le pregunté por qué quería que lo supiera en una fecha tan tardía. ¿Qué cruel y perversa satisfacción podía obtener? Yo tenía ochenta y un años de edad y no estaba en condiciones de enfrentarme a él y mucho menos matarle. Mi esposa

había muerto y me encontraba solo, preguntándome cada noche, cuando me acostaba, si me despertaría al día siguiente. «¿Por qué, Nils? -le pregunté de nuevo-. ¿Por qué lo hizo y por qué me lo dice ahora?»

-¿Le dio una respuesta?

-Sí, señor Hawthorne, me dio una respuesta. Por eso regresé... A mi hijo no lo mató un drogadicto itinerante, sino que fue metódicamente asesinado por quienes me «arruinaron» y lo «manejaron», por usar las palabras de Van Nostrand. Ahora tengo ochenta y seis años, y vivir como lo hago significa que vivo con tiempo robado, lo cual confunde por completo a mis médicos. Pero acepto que uno de estos días no me despertaré para saludar al sol. Lo que no puedo aceptar es que llevaré a mi ostentosa tumba el secreto que convirtió una vida deshonrosa en otra de completa ignominia y, al hacerlo así, mató a mi hijo.

-¿La respuesta de Neptuno? -le apremió Tyrell.

-Me la dio con la misma sonrisa maliciosa y la mirada glacial detrás de la que ardía el fuego de sus ojos. Recuerdo las palabras con precisión, están grabadas en mi mente: «Porque demostramos que podíamos hacerlo, mi querido Dickie, durante dos generaciones. Andando el tiempo, podemos hacernos con el gobierno de Estados Unidos... Marte y Neptuno. Quería que usted lo viera, lo supiera y comprendiera que no puede hacer nada por evitarlo.» Esa fue su satisfacción, arrojármelo a la cara, la cara de un viejo impotente cuya riqueza renacida se basaba en la corrupción. Pero cuando mataron a mi hijo, supe que era el momento de salir del lujoso cielo de mi infierno y encontrar a alguien a quien pudiera decir la verdad. No sabía bien por dónde empezar, pues hay cosas que no pueden decirse jamás. Tengo un nieto excelente al que proteger, potencialmente mucho mejor que su padre y su abuelo, pero debo contar todo lo demás. Entonces le oí en el despacho, señor Hawthorne, hice girar el sillón y le examiné. Usted es el elegido, joven, hay algo en usted que da lugar a una confianza escéptica. -Los ojos de Ingersol se clavaron en los de Hawthorne-. Usted no se limita a hacer un trabajo, sino que se entrega a él por completo, y eso explica probablemente su presencia en nuestro escenario, demasiado forzada.

-No soy un actor, Ingersol.

-Todos somos actores, Hawthorne, entramos y salimos de las vidas ajenas, ya sea en defensa propia, para promocionarnos o para ajustar cuentas.

-¿Quién queda al margen de eso?

-Como he dicho, todos somos actores. Bien, pasemos a mi contrato no escrito...

-¿Qué contrato?

-Estoy dispuesto a darle cierta información, bien entendido que mi identidad jamás será revelada. Soy su «fuente» desconocida, nuestras comunicaciones deben ser privadas, no sometidas a examen.

-Eso está prohibido. Necesito confirmación.

-Entonces, después del funeral, regresaré a la Costa del Sol, y si Van Nostrand se presenta, mi último acto será sacar un pequeño revólver del bolsillo, pegarle un tiro en la cabeza y ponerme a merced de los tribunales españoles. Un acto en defensa del honor personal, sin más. Se dan tales casos.

-Van Nostrand no se presentará. Está muerto.

El anciano miró fijamente a Tyrell.

-No ha habido noticias, ningún informe acerca de su muerte...

-Usted es uno de los pozos privilegiados. El hecho se ha silenciado.

-¿Con qué objeto?

-Confundir al enemigo. Esta es una respuesta tan buena como cualquier otra.

-¿El «enemigo»? Entonces usted sabe que existe una organización estructurada.

-Lo sabemos.

-Reclutado, como reclutaron a mi hijo. Extorsión, soborno y destrucción garantizada si los candidatos no obedecen; compensación garantizada si lo hacen.

-Con excepción de los pocos que encontramos, o creímos encontrar, todos ellos muertos, no sabemos quiénes son ni dónde están. ¿Puede usted ayudarnos?

-Quiere decir si puedo ayudarle a usted, ¿no es cierto?

-Han matado a varios amigos míos, dejémoslo así.

-Una vez más, acepto su respuesta. Les llaman los Escorpiones y son veinticinco. Los cinco primeros están por encima del resto, puesto que transmiten las órdenes de la junta de directores, por así decirlo.

-¿Qué junta de directores?

-Se les conoce, adecuadamente, como los Proveedores.

-¿Quiénes son?

-¿Acepta mi contrato, sólo con usted?

-¿Como puede pedirse que mantenga la boca carrada? No tiene usted idea de lo que está en juego.

-Lo que sé es que no voy a implicar a mi nieto. Todd tiene toda la vida por delante, me niego a que le estigmaticen como el vástago de hombres corruptos.

-Pero usted sabe que podría mentirle.

-Pensará en ello, pero no creo que lo haga, no si me da su palabra. Correré ese riesgo... ¿Me da su palabra?

Irritado, Tyrell dio varios pasos a la derecha de Ingersol, miró brevemente la pálida luna y luego se volvió y miró los ojos del anciano, su expresión triste pero firme.

-¿Me pide que transmita información basada en una fuente desconocida? ¡Es absurdo!

-No lo creo así. Recuerde que existió una Garganta Profunda, y la integridad de un periódico que siguió sus pistas.

-¿Puede proporcionarme información concreta?

-Puedo facilitarle pistas que considero sólidas, y el resto deberá averiguarlo usted.

-Entonces le doy mi palabra -dijo finalmente Hawthorne en voz baja-. Y no le miento... Adelante.

-Van Nostrand tenía uno de esos chalés pequeños pero muy caros, diseñados para solteros a quienes no les importa que sus invitados se queden a pasar la noche, excepto si son amantes, claro. Después de que me dijese quién era y qué había hecho, puse ese chalet bajo lo que los servicios secretos llaman un «microscopio». Soborné a su servidumbre, así como a la oficina de teléfonos local y las telefonistas de nuestros clubes. Sabía que no podría matar a ese hombre sin enfrentarme a las consecuencias y no me importa hacerlo, pero si me enteraba de todo lo concerniente al cabrón, tal vez podría invertir el dominio que ejercía sobre mi hijo y yo.

-¿Usando su propia técnica? -lo interrumpió Tyrell-. ¿Extorsión? ¿Amenazándole con revelar lo que había averiguado?

-Precisamente... en conjunción con lo que me había dicho mi hijo. Como puede comprender, teníamos que ser extraordinariamente cautos. Ni cartas ni llamadas telefónicas, nada de eso... David viajaba mucho, y a veces, curiosamente, informaba a la agencia sobre asuntos que ellos le habían pedido que examinara...

-Me hablaron de eso -volvió a interrumpir Hawthorne-. Cuando mencioné su nombre por primera vez, el jefe del servicio secreto naval me dijo que era un idiota. Su hijo estaba tan limpio que era una persona muy útil para la CIA cuando le necesitaban.

-Es todo tan irónico, ¿verdad? Sin embargo, nos veíamos en secreto, tomando todas las precauciones posibles para que no nos viesen juntos. Entre la multitud de Trafalgar Square, o

en los bulliciosos cafés de la orilla izquierda del Sena, o en apartadas fondas rurales. David me dio los códigos telefónicos, que por cierto eran transmisiones por satélite...

-Sabemos eso.

-Han progresado ustedes.

-No lo suficiente. Continúe.

-Conocía a Van Nostrand por las reuniones sociales, eso era inevitable en los círculos de Washington que frecuentaban, aunque no solían hablarse en público. Entonces, debido a una emergencia que requería una acción inmediata, una revisión analítica urgente en la CIA, Van Nostrand instruyó a mi hijo para que llevara la información revisada a Escorpión Dos.

-¿Escorpión Dos? ¿0'Ryan?

-Si, verá, David era Escorpión Tres.

-¿Era entonces uno de los cinco en la cumbre?

-Se lo aseguro, por mucho que lo lamente. Los motivos no forman parte de la información que le daré.

-¿Quiénes eran los otros dos? Me refiero a los cinco escorpiones superiores.

-El nunca lo supo concretamente, pero suponía que uno era un senador, pues Van Nostrand le dijo cierta vez que el comité secreto del Senado constituía una magnífica fuente de información. En cuanto al quinto hombre, David O'Ryan lo localizó, pero sólo dijo que era un. «peso pesado... el más pesado del Pentágono».

-Es un sitio grande con muchos pesos pesados -observo Tyrell.

-Estoy de acuerdo, pero eso confirmó lo que averigüé en la Costa del Sol. Van Nostrand hacia docenas de llamadas a Washington cuando estaba allí, muchas de ellas al Pentágono. No obstante, como señaló David, la lista es inútil. Si Neptuno quería contactar con un escorpión, usaba los códigos de satélite.

-A menos que usara subterfugios para enviar un mensaje -dijo Hawthorne-. Su hijo tenía razón. Es una via inútil. ¿Averiguó algo más de aquel chalé, aparte de las llamadas telefónicas?

Sí descubrí correspondencia de una inmobiliaria de Lausana. Al parecer, Van Nostrand tenía una propiedad en el lago, bajo otro nombre, un nombre español. Con su nombre verdadero figuraba como guardián.

-Ahí no hay nada, y aunque lo hubiera, desenmarañarlo llevaría demasiado tiempo. ¿Algo más?

-Si., una vez más. -Ingersol sonrió levemente-. Una lista de veinte nombres y direcciones en una hoja con membrete del banco Gemeinschaft de Zúrich. Hace dieciocho meses estaba en la caja fuerte empotrada en una pared en la casa de Van Nostrand. Pagué diez mil dólares para que un encantador bribón, actualmente encarcelado en Estepona, neutralizara las alarmas y abriera la caja fuerte. Veinte nombres, señor Hawthorne. Veinte.

-¡El filón principal! -susurró Tyrell-. Los escorpiones restantes. ¿Lo sabía su hijo?

-Soy un experto jurista, Hawthorne. Sé cuándo puedo aportar unas pruebas precintadas y cuándo no, sobre todo si esas pruebas podrían causar mucho daño.

-¿Qué quiere decir?

-Dicho sin ambages, David no estaba educado ni preparado para la posición en la que se veía obligado a estar. Era un excelente profesional del derecho, un buen abogado de empresa, pero no un abogado de calle, una herramienta legal del hampa. Hizo una buena actuación en el papel de Escorpión Tres, pero eso fue todo, una actuación. Estaba continuamente asustado,

Librodot

abocado a períodos de depresión y momentos de pánico. Si le hubiese dado la lista, es posible que la hubiera usado en un intento de liberarse durante uno de sus ataques de ansiedad.

-¿Podría haberlo hecho?

-¡Por Dios, joven, use la cabeza! ¿Van Nostrand, amigo íntimo de presidentes con conexiones en todo Washington, y O'Ryan, un analista de altos vuelos, conocedor de los secretos más profundos, y una lista de nombres desconocidos entregada por un hombre presa del pánico que no puede verificar quiénes o qué son?

-¿Qué me dice de los códigos de satélite?

-Clausurados al instante por cualquier número de escorpiones en condiciones de dar la alarma... Si tuviera que examinar la conspiración para asesinar a John Kennedy, podría detallar cómo se llevó a cabo fácilmente un encubrimiento que eludió por completo a la Comisión Warren. Los escorpiones son prueba de cómo puede hacerse.

-¿Por qué mataron a su hijo?

-Le entró pánico. Desconozco el motivo, pero debe de haber sido algo reciente. Como le he dicho, nunca nos permitimos comunicaciones por escrito o teléfono. Estaba convencido de que los Proveedores habían instalado escuchas en su casa y su despacho.

-¿Están intervenidos los teléfonos?

-En la casa no, en la oficina no lo sé. Es una firma grande con un complicado sistema telefónico, y si hubiera interceptaciones podrían levantar sospechas.

-¿Tiene la certeza de que la casa no está controlada?

-Mis hombres lo comprueban una vez al mes, pero nunca pude convencer a David. Siempre me decía: «No sabes lo que son capaces de hacer...» Yo estaba de acuerdo en eso y sólo insistía en que la casa estaba limpia.

-¿Quiénes son los Proveedores?

-No estoy seguro y únicamente puedo darle ciertas pistas. Algunos visitantes de Van Nostrand viajaban en avión privado y, naturalmente, repartí dinero en el aeropuerto de Marbella y entre sus funcionarios de aduanas. Sí, señor Hawthorne, tengo los nombres y lugares de origen de todas las personas que lo visitaban, entre ellas ciertamente algunos Proveedores, pero lamentablemente nada tiene sentido. Las mentiras son normales en tales documentos, pero no habían ningún núcleo, ningún centro que pudiera desentrañar... Sin embargo, había un hombre y una mujer, él de Milán y ella de Bahrein, que aparecían con mucha más frecuencia que los otros. Al principio pensé que eran *raisons des ceurs*,.., amantes que aceptaban la hospitalidad particular de Van Nostrand, pero luego me di cuenta de mi estúpida ingenuidad. Ambos eran muy mayores y obesos. Si eran amantes, ninguno podría ponerse encima del otro sin la ayuda de lacayos. No, Hawthorne, no eran amantes. En mi opinión, estaban relacionados con los Proveedores, tal vez eran sus dirigentes, o por lo menos sus intermediarios.

-Milán, el conducto septentrional hacia Palermo y la Mafia -dijo Tyrell en voz baja-. Bahrein, con todo el dinero del mundo, a menudo una fuente principal para el valle de la Bekaa. ¿Puede identificarlos, decirme quiénes son?

-!Chist! -Bruscamente, Ingersol alzó la mano derecha con la palma hacia delante-. Alguien viene por la arcada.

Hawthorne empezó a volverse, pero era demasiado tarde. Un ruido seco restalló en el aire, un disparo con silenciador. La bala se incrustó en la frente del anciano. Tyrell. se arrojó hacia unos rosales a su derecha, al tiempo que se metía la mano bajo el cinturón en busca de su arma, pero fue inútil. Una figura siluetada se abatió sobre él como un ave gigante, oscureciendo su visión. Un pesado objeto metálico le golpeó el cráneo, y perdió el conocimiento.

CAPITULO XXIX

Hawthorne sintió primero el intenso dolor y luego los regueros de sangre que se deslizaban por su rostro. Jadeante, intentó levantar la cabeza, pero tenía el cabello enredado en las espinas de los rosales, que también le rasgaban la piel. Las punzantes ramas lo envolvían, se aferraban a sus ropas, como si alguien hubiera pisado las ramas encima de él para clavarle las espinas. Y alguien lo había hecho, un asesino silueteado que había acabado con la vida de Richard Ingersol, padre de Escorpión Tres.

Poco a poco, tambaleándose y haciendo muecas de dolor, Tyrell se levanto y, de repente, se dio cuenta de que tenía un arma en la mano, pero era demasiado grande y pesada para ser suya. La luz reflejada por la piscina le reveló un arma Magnum de calibre treinta y ocho con un silenciador perforado en el cañón, la misma arma utilizada para matar al viejo Ingersol. ¡Intentaban hacerle pasar por el asesino! Entonces notó unas pulsaciones dentro de su chaqueta, uno, dos, tres... uno, dos tres... Poole trataba de comunicarse con él mediante la señal de emergencia. No sabía desde cuándo.

Mientras se quitaba la camisa para limpiarse la sangre que le cubría la cara, se concentró en orientarse. No había nadie más allí excepto el cadáver de Ingersol, con el cráneo empapado en sangre y el rostro convertido en una máscara escarlata brillante. El instinto le dijo a Tye lo que debía hacer, siempre que lo hiciera rápido. Bajó el cuerpo de Ingersol del banco de hierro blanco y, una vez tendido en el suelo, lo arrastró hasta el pie de los altos setos al otro lado del jardín. Registró los bolsillos del anciano, sin encontrar más que un billetero lleno de dinero y tarjetas de crédito. Lo dejó donde estaba y sacó el pañuelo limpio del bolsillo de la chaqueta de Ingersol. La luz de la piscina reflejada por el agua... ¡Agua!

Hawthorne corrió a la espaldera enrejada y se asomó con cautela a la esquina mientras se guardaba la Magnum bajo el cinturón. Los tenues sonidos de voces apagadas confirmaban la visión de varias docenas de figuras que se movían lentamente al otro lado de las puertas correderas de vidrio mate que daban acceso a la sala de estar. Humedeció el pañuelo en la piscina y se restregó la cara y el resto de la cabeza. Si pudiera abrirse paso a través de la atestada cocina sin llamar la atención, llegaría al pasillo a pocos pasos del despacho de Ingersol hijo. ¡Tenía que lograrlo! Tenía que ponerse en contacto con Jackson, averiguar cuál era la emergencia, decirle lo que había ocurrido. Del respaldo de una tumbona colgaba una toalla de baño, y la cogió sin saber qué haría con ella como no fuera ocultar de alguna manera sus ropas manchadas. Pero de improviso estuvo seguro de qué era lo que le había hecho salir de la inconsciencia, las débiles pero incesantes descargas eléctricas pulsantes del encendedor de plástico contra su pecho. Sin esa interferencia electrónica, le habrían encontrado al lado del cuerpo sanguinolento de Richard Ingersol, y la Policía le habría detenido por asesinato. Así habrían sido eliminados dos hombres, tal vez las dos únicas personas aparte de la terrorista, Bajaratt, que estaban al corriente de los escorpiones clandestinos. Tenía que apresurarse.

Cubriéndose el rostro con la toalla, corrió por el sendero enlosado hasta la puerta de la cocina. Entró en la pieza llena de personal con delantal blanco dando la impresión de que era un amigo del muerto que, abatido por la tristeza, había bebido más de la cuenta. Los que repararon en él y su lamentable aspecto no hicieron caso. Estaban demasiado ocupados. Una vez en el estrecho pasillo, Tyrell se dirigió al despacho, y le alivió ver que la puerta seguía cerrada. Entró, cerró con el pestillo, fue a la ventana y corrió las cortinas. La herida de la cabeza había vuelto a abrirse, pero por suerte las suturas de la cadera habían resistido. Había sangre arriba, pero no abajo: el vendaje extra con cinta adhesiva de Poole habían cumplido con su cometido. En el despacho de Ingersol había cuarto de baño y la puerta estaba abierta.

Librodot

En cuanto le fuera posible se ocuparía de la brecha en el cráneo, pero primero debía ponerse en contacto con A. J. Poole V, teniente de las fuerzas aéreas de Estados Unidos.

-¿Dónde te habías metido? -le preguntó el inquieto Poole-. Llevo tres cuartos de hora tratando de comunicar contigo.

-Luego hablaremos de eso, Jackson. Primero tus noticias. ¿Se trata de Cathy?

-No. En el hospital dicen que sigue sin cambios.

-¿Qué es entonces?

-Preferiría no decírtelo, Tye, pero será mejor que lo sepas. Han matado a Henry Stevens, tiene una enorme herida de cuchillo en el pecho. La Policía encontró el cuerpo detrás del garaje de su casa. -El teniente hizo una pausa y añadió -Pensé que desearías saberlo. La señora Stevens asedió al secretario Palisser hasta que le dio este número. La mujer tiene un mensaje para ti y no cejó hasta estar segura de que lo recibirías, así que lo anoté y le juré por mi honor que te lo diría. Escucha lo que dice: «Primero Ingrid y ahora Henry, Tye. ¿Hasta cuándo puede continuar esto? Haz algo por nuestra cordura.» ¿Qué significa eso, jefe?

-Asocia una cosa con otra y la verdad es que no hay ninguna relación. -Tyrell no podía permitirse pensar en el dolor de Phyllis Stevens. ¡No había tiempo!-. ¿Tiene la Policía alguna pista sobre la muerte de Henry?

-Por ahora sólo esa herida tan extraña. Todo se mantiene en silencio y la Policía tiene órdenes de no decir nada a la Prensa ni a nadie.

-¿Qué hay de esa herida?

-La ha hecho una hoja grande y además gruesa, muy rara, según dicen.

-¿Quiénes te han dicho eso?

-El secretario Palisser. Desde el ataque cardíaco, o lo que fuera, de Gillette, Palisser se ha puesto al frente, ya que tú trabajas para el Departamento de Estado. El dirige el espectáculo.

-¿Hablas directamente con él? -le preguntó Tyrell.

-Sí, aunque me impone un poco ese contacto con un pez tan gordo. Me ha dado sus números privados, tanto de su casa como del Departamento.

-Escucha con atención, Jackson, toma nota e interrúmpeme si hay algo que no entiendes.

Hawthorne le contó con detalle a Poole todo lo que había sucedido en casa de Ingerson en McLean, Virginia, extendiéndose sobre todo en su conversación con Richard Ingersol y la violenta muerte del ex juez en el jardín.

-¿Son preocupantes tus heridas? -le preguntó el teniente.

-Sobreviviré con un par de puntos más y un terrible dolor de cabeza. Ahora ponte en contacto con Palisse y dile todo lo que te he dicho. Quiero que me arregle las cosas para tener acceso inmediato a los expedientes de todos los senadores que están en los comités secretos y todos los funcionarios de alto nivel del Pentágono, todos lo bastante importantes para tomar decisiones.

-Estoy escribiendo lo más rápido que puedo -dijo Poole-. ¡Dios mío, menudo guión!

-¿Lo tienes todo?

-No cometo muchos errores, jefe. Tengo eso que llaman memoria aural. Le diré lo que me has dicho. Por cierto, tu hermano, Marc, ha vuelto a llamar. Parecía preocupado.

-Normalmente está preocupado. ¿Qué ocurre ahora?

-Esos pilotos del lugar donde reside Van Nostrand, los muchachos de Jones. Tienes doce horas para llamarles o hablarán públicamente.

-Al diablo con ellos. Que hablen públicamente. ¡Causaría pánico en la red Escorpión, y uno de ellos está aquí, en esta misma casa! Quienquiera que fuese, me vio salir con el viejo, el

Librodot

padre de Escorpión Tres. El número tres ha muerto, lo mismo que O'Ryan y Van Nostrand. Así pues, quedan dos del grupo superior de cinco. El pánico no ha hecho más que empezar.

-¿Cómo tienes la cabeza, Tye?

-Algo estropeada y con un dolor terrible.

-Busca esparadrapo por ahí y cierra la herida pegándolo fuertemente encima del pelo. Luego roba un sombrero.

-Te envío el cheque por correo, doctor... Tengo que salir de aquí. Dile a Palisser que me dirijo a Langley. Tardaré como mínimo veinte minutos, por lo que tienes tiempo suficiente para hacer que me admitan y obtener los primeros informes de la CIA mediante los ordenadores en una de sus habitaciones secretas sin ventanas. Dile que mueva el culo y aclárale que te he ordenado que le digas eso.

-Te encanta escupir a la cara de la autoridad, ¿no es cierto?

-En ciertas circunstancias, es una de las pocas alegrías que le quedan a uno.

En el laboratorio forense del hospital Walter Reed, rodeado de estrictas medidas de seguridad, los dos médicos que examinaban el cadáver del capitán Henry Stevens se miraron estupefactos. Sobre la mesa de acero inoxidable esterilizado al pie de la mesa de operaciones había un surtido de hojas, unas treinta y siete, desde un cuchillo de cortar verduras hasta los instrumentos cortantes más grandes que se pueden conseguir.

-Dios mío, ha sido una bayoneta -dijo el médico a la derecha.

-Algún psicópata ha enviado un mensaje -convino el médico a la izquierda.

Bajaratt se abrió paso entre la multitud hasta las puertas electrónicas de la plataforma. Una vez dentro de la terminal de El Al, dobló a la derecha, alejándose de los mostradores, hacia los armarios de la consigna automática. Sacó del bolso una pequeña llave que le habían dado en Marsella y examinó los números de los armarios cerrados. Cuando encontró el 116, lo abrió, metió una mano y, con los dedos extendidos, sondeó la parte superior invisible, donde había un sobre fijado con cinta adhesiva. La Baj lo arrancó, lo rasgó y extrajo un volante de reclamación de equipaje que se guardó rápidamente en el bolso, tras lo cual dejó la llave en la cerradura del armario ahora vacío.

Volvió a abrirse paso entre la multitud y entró en la consigna de El Al, donde sacó con naturalidad el volante del bolso y se lo dio a la empleada tras el mostrador.

-Creo que uno de nuestros pilotos ha dejado un paquete para mí -dijo con una dulce sonrisa-. Cuanto mayores nos hacemos, más necesitamos el perfume de París, ¿no es cierto?

La empleada examinó el volante y se marchó. Transcurrieron varios minutos durante los cuales la inquietud de Bajaratt fue en aumento. La chica tardaba demasiado. Cuando los ojos de la Baj miraban a uno y otro lado como un animal engañado que se aproxima a una trampa, la empleada regresó.

-Lo siento -le dijo-, pero su amigo piloto ha confundido los países. -Entregó a la Bajaratt un paquete de unos treinta centímetros cuadrados, rodeado de cinta adhesiva-. Esto no viene de París sino directamente de Tel Aviv... Entre usted y yo, almacenamos los paquetes procedentes de la patria en una zona independiente. La gente está tan ansiosa cuando viene aquí en busca de sus cosas, ¿me comprende?

-No del todo, pero muchas gracias. -La Baj cogió el paquete, que era ligero, y lo agitó-. Ese travieso piloto debe de haber volado primero a casa y le ha dado la mitad de mi parte a otra mujer.

Librodot

-Los hombres -convino la empleada-. ¿Quién puede confiar en ellos? Sobre todo si son pilotos.

Cargada con el paquete, Bajaratt se dirigió a la entrada entre la pululante muchedumbre de viajeros. Todo había salido bien y estaba satisfecha. ¡Si el material explosivo plástico neutralizado había pasado el control de seguridad israelí, pasaría con éxito cualquier sistema empleado por la Casa Blanca! ¡Faltaban menos de veinticuatro horas! ¡Askelón!

Cruzó las puertas electrónicas de la terminal y vio que la limusina no estaba allí. Como no se podía aparcar en la zona, sin duda estaba dando vueltas. La mujer se sintió irritada, pero no se enfadó. El éxito de la operación de envío de su paquete la llenaba de resolución.

No lo habían detectado no sólo los sistemas de control del aeropuerto, sino también las exploraciones en la consigna, que eran constantes desde las explosiones en la terminal de Tel Aviv en los años setenta. Nadie podía imaginar que en la costura inferior del bolso detonador había una sola hebra de alambre negro que medía poco más de un centímetro de largo y que, al tirar de ella, activaría las diminutas pilas de litio, produciendo una bomba equivalente a varias toneladas de dinamita. Para hacerla estallar bastaba colocar las manecillas de un reloj de diamante adjunto y apretar la corona tres veces. Volvió a sentirse como una chiquilla de diez años, cuando hundió un cuchillo de caza en el cuerpo del soldado español que destruía ávida y furiosamente su virginidad. ¡Muerte a toda autoridad!

-Vaya, si es la israelí del kibbutz Bar-Shoen. -Estas palabras fueron como un rayo que le incendió el cerebro y fragmentó sus pensamientos. Alzó la vista y vio a un desconocido, ¡que no le era desconocido en absoluto! Era el agente del Mossad en otro tiempo moreno y ahora teñido de rubio con quien ella se acostara años atrás, el hombre al que había visto en la recepción del hotel Carillon-. Pero no creo que se llame «Rachela» -siguió diciendo-. Creo que su nombre empieza con la letra B, como en Bajaratt. Sabíamos que tenías colegas en Jerusalén y Tel Aviv, así que, ¿dónde mejor para recibir mensajes o paquetes que en el único lugar donde nadie pensaría que ibas a aparecer? Sólo era una corazonada, pero la verdad es que nuestras corazonadas suelen confirmarse...

-¡Ha pasado tanto tiempo, cariño! -gritó la Baj-. ¡Abrázame, bésame, amor mío! -Bajaratt rodeó con sus brazos al agente secreto del Mossad bajo las miradas comprensivas de los sonrientes pasajeros. La mayoría de los varones que sonreían llevaban en la cabeza el yarmulk judío-. ¡No nos habíamos visto desde el kibbutz Bar-Shoen!

La Baj cogió el brazo del agente y tiró de él, abriéndose paso entre la gente que se apartaba de buen grado, sin dejar de alabar al hombre en hebreo. Una vez dentro de la terminal, condujo al azorado israelí hacia las colas más próximas y nutridas ante los mostradores. De repente se puso a gritar aterrorizada.

-¡Es él! -exclamó histéricamente, sin dirigirse a nadie en particular, el terror reflejado en sus ojos desmesuradamente abiertos y las venas del cuello sobresalientes-. ¡Es Ahmet Soud, de la Hezbollah! ¡Mire su pelo, está teñido, pero es él! Asesinó a mis hijos y me violó en la guerra de la frontera. ¿Cómo puede estar aquí? ¡Llamen a la Policía, avisen a nuestros oficiales! ¡Deténganle!

Los varones judíos abandonaron las colas y convergieron en el agente del Mossad mientras la Baj corría hacia las puertas de la terminal y salía a la corriente del tráfico unidireccional.

-¡Vámonos de aquí! -gritó, deteniendo la limusina que se acercaba lentamente con fuertes golpes en la ventanilla. En un instante estuvo sentada en el asiento trasero, al lado del sobresaltado Nicolo.

-¿Adónde vamos, señora? -preguntó el conductor.

-Al hotel más cercano y más decente que sea posible -respondió la Baj sin aliento.

-Aquí, en el aeropuerto, hay varios.

-Entonces el mejor servirá.

-Basta, signora! -dijo Nicolo, sus grandes ojos oscuros clavados en Bajaratt, y siguió diciendo en italiano-: Intento hablarte desde hace dos horas y tú no me escuchas. Ahora vas a escucharme.

-Hay muchas cosas en las que debo pensar, Nico. No tengo tiempo...

-Ahora tendrás tiempo, o de lo contrario detendré el coche y bajaré.

-¿Qué dices? ¿Cómo te atreves?

-No es tal atrevimiento, signora. Simplemente le diré al conductor que pare y, si no me obedece, le obligaré a hacerlo.

-Eres un chiquillo insolente... Muy bien, te escucharé.

-Como te he dicho, hablé con Angelina...

-Sí, sí, ya lo sé. Los actores están en huelga en California y ella regresará a casa en avión mañana.

-Primero irá a Washington, y a las doce de la tarde nos encontraremos en el aeropuerto nacional.

-Eso es imposible -dijo Bajaratt con firmeza-. Tengo planes para mañana.

-Entonces hazlos sin mí, tía Cabrini.

-¡No puedes... no debes!

-No soy propiedad tuya, signora. Dices que tienes una gran causa y hay gente que muere porque, según tú, detendrán esa gran causa tuya... aunque no comprendo cómo una criada isleña y un chófer pueden ser tan importantes...

-¡Me habrían traicionado y matado!

-Eso es lo que me has dicho, pero no me dices nada más. Me das demasiadas órdenes que no entiendo. Si esa gran causa tuya es tan buena y tan virtuosa, tan querida por la Iglesia, ¿por qué hemos de fingir que somos quienes no somos? No, creo que tal vez no tocaré las liras en Nápoles y tú no me darás más órdenes ni me dirás que no puedo ver a Angelina. Soy fuerte y no soy estúpido. Encontraré trabajo... quizá Papa Capelli me ayudará después de que le cuente la verdad, y voy a decirle la verdad.

-¡Te echará de su casa!

-Haré que me acompañe un sacerdote, con las bendiciones y la absolución después de que me confiese. Sabrá que soy sincero, que estoy realmente arrepentido de mis pecados de falsedad... Sin embargo, no hablaré del hombre que intentó matarme. Ha pagado su deuda, y no seré castigado por lo que tuve que hacer.

-¿Hablarás de mí?

-Les diré que no eres la condesa, sino una dama rica de ilustre cuna que disfruta de los juegos entre los ricos que nosotros, en los muelles, sabemos que están muy de moda. ¿Cuántas veces hemos preparado yates en Portici y Nápoles para los grandes señores y señoras que, en realidad, son proxenetas y putas de Roma?

-¡No puedes hacer eso, Nicolo!

-No hablaré de las cosas malas... No sé nada de eso, y mereces mi silencio por haber traído a Angelina Capelli a la vida de este pobre joven.

-Escúchame, Nico. ¡Un solo día más y serás rico y libre!

-¿Qué estás diciendo?

-Mañana... solamente mañana por la noche. ¡Es muy poco tiempo! Eso es todo lo que te pido, y entonces me marcharé...

-¿Te marcharás?

-Sí, mi adorable muchacho, y el dinero que hay el Nápoles será tuyo, una gran familia de Ravello dispuesta a aceptarte como uno de los suyos... ¡Todo para ti, Nicolo! ¡El sueño de tantos niños de los muelles! ¡No lo desperdicies!

Librodot

-¿Mañana por la noche?

-Sí, sí, apenas una hora de tu tiempo... Y, desde luego, podrás ver a Angel por la tarde. Estaba pensando en mis cosas y no te escuchaba. Yo misma te acompañaré al aeropuerto. ¿Quedamos de acuerdo?

-Basta de mentiras o historias inventadas, signora Cabrini. Recuerda que soy un chico de la calle y creo que percibo la verdad antes que tú. Es mucho menos complicada.

En el despacho de Ingersol, Hawthorne colgó el teléfono y miró a su alrededor. Entró en el baño y abrió el botiquín. Contenía varios medicamentos, tabletas de Valium, píldoras antiacidez y dos lápices astringentes, crema de afeitar, un frasco de loción para después del afeitado, una caja de tiritas y un rollo de esparadrapo. Al lado de la pila, una caja jaspeada contenía pañuelos de papel. Hawthorne extrajo cinco o seis, acercó la cabeza al espejo, apretó los bordes de la brecha en el cráneo y aplicó los pañuelos a la herida. Entonces, con movimiento frenético de los dedos, arrancó varios trozos de cinta adhesiva y los extendió sobre los pañuelos, cerrando la herida lo mejor que pudo. Regresó al despacho, encontró un sombrero a cuadros Burberry en el armario del abogado muerto y se lo encasquetó. Todo ello absorbería la sangre hasta que llegara a Langley... por lo menos así lo esperaba.

Salió al pasillo y, de repente, se preguntó si le sería posible robar el libro de invitados, que estaba expuesto en un lugar preferente y donde firmaban los visitantes deseosos de hacerse notar. El libro de registro en la garita de vigilancia a la entrada de la casa de Van Nostrand había sido selectivamente útil... y alguien en la casa de Ingersol era escorpión. La muerte del anciano era una prueba, reforzada por el arma peculiar que ahora Tyrell llevaba bajo el cinturón. Sin embargo, tuvo que renunciar a la idea del robo cuando llegó a la puerta principal.

El joven Todd Ingerson estaba en el vestíbulo y le preguntó:

-¿Se marcha, señor?

-Me temo que debo hacerlo -respondió Tyrell. Había percibido una cólera reprimida en la voz del joven-. Mi visita ha sido oficial, porque tengo un trabajo entre manos, pero presento mis condolencias a su familia.

-Creo que ya hemos tenido suficientes condolencias, señor. Esto empieza a parecer una aburrida fiesta de confraternización, así que me gustaría encontrar a mi abuelo.

-¿Si?

-Está tan harto como yo de esta tontería. Tras decir una breve frase acerca de mi padre, cada uno se pone a hablar de sí mismo. Para empezar, mire a ese ejemplar de CroMagnon, el general Meyers, que no deja de perorar. Papá le odiaba, sólo fingía tolerarle.

-Lo siento, esto es Washington.

-De repente, un hombre corpulento con el cabello cortado al rape y enfundado en un traje azul entró precipitadamente por la puerta principal y pasó junto a Hawthorne y el hijo de Ingersol. Se acercó a Meyers y le habló al oído. Por su actitud, parecía casi como si estuviera dando órdenes al general-. ¿Quién es ése? -preguntó Tyrell.

-El ayudante de Maximum Mike. Intenta sacarle de aquí desde hace media hora. Hace un momento le he visto coger al general del brazo... ¿Dónde está mi abuelo? El señor White me dijo que estaba hablando con usted. El puede echar tranquilamente a estos importunos... yo no puedo, porque no sería amable y mi madre se pondría hecha una fiera.

-Ya veo. -Hawthorne había examinado atenta y brevemente el rostro del joven-. Escúchame, Todd, te llamas Todd, ¿no es cierto?

-Sí, señor.

Librodot

-Esto no tendrá sentido para ti de momento, pero tu abuelo te quiere mucho. No sabía gran cosa de él, pero en los pocos minutos que hemos pasado juntos me he dado cuenta de que es un hombre extraordinario.

-Todos sabemos eso...

-No lo dudes, Todd, créelo... Al menos por lo que te concierne.

-¿Qué diablos significa eso?

-No estoy seguro. Sólo quería que supieras que me voy de esta casa con las manos limpias.

-Su cara, señor. ¡Mire su cara!

Tyrell notó los regueros de sangre que se deslizaban por sus mejillas. Se volvió y cruzó la puerta a toda prisa.

Hawthorne había recorrido la mitad del trayecto hasta Langley cuando frenó bruscamente, lanzando el coche del Departamento de Estado hacia el borde de la carretera. ¡Meyers! Maximum Mike Meyers, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Un «peso pesado» en el Pentágono, según la descripción de O'Ryan... ¿Era posible? Al principio ese nombre no había significado nada para Tyrell, pues no era un seguidor de los movimientos en la estructura militar e incluso evitaba la mayoría de artículos relativos a las fuerzas armadas. Pero el seudónimo Maximum Mike se le había quedado en la memoria, aunque sólo fuese por la razón de que lo detestaba, odiaba todo aquello que representaba el seudónimo. Y el apellido era Meyers. ¡El más pesado de los pesos pesados!

Tyrell apretó el botón de la línea exclusiva con Poole.

-Aquí estoy -respondió el teniente al instante.

-¿Qué se sabe de Cathy?

-Ha movido la pierna izquierda y puede que eso sea una buena señal, no se sabe con seguridad. ¿Y tú cómo estás?

-Prescinde de Langley. Llama a Palisser y dile que me dirijo a su casa. Tenemos un nuevo tornado en perspectiva.

CAPÍTULO XXX

-¡Sigue! -ordenó Bajaratt al conductor cuando la limusina se dirigía a la entrada de un hotel del aeropuerto-. Prefiero otro más alejado.

-Todos son por el estilo, señora -dijo el chófer.

-Ve a otro, por favor. -La Baj miraba por la ventanilla la carretera circular que se alejaba en busca de algún signo que denotase que un coche los estaba siguiendo, algún coche dubitativo o unas luces oscilantes, cualquier cosa. Al coger el paquete que tenía en la falda notó el pulso acelerado y el sudor que le bajaba por el cuello. El Mossad la había encontrado, ¡la había encontrado a pesar de todos los túneles que había enterrado! Ahora Jerusalén entraba en la educación, enviando al hombre que podía identificarla más rápidamente que ningún otro, un antiguo amante que conocía su forma de caminar, su cuerpo, los pequeños gestos que se quedan grabados de forma indeleble en la memoria de una agente secreto que se acuesta con un objetivo sospechoso.

¿Cómo encajaba el Mossad? ¿Cómo? ¿Cuál era su conexión con el círculo de Washington de Sangre de Niña? ¿Lo sabría el nuevo líder de los Escorpiones? El había

admitido no sólo que conocía, sino que aprobaba su misión. «¿Recuerdas Dallas hace treinta años? Nosotros sí», le había dicho con entusiasmo. También había mencionado que «odiaba a esos malditos maricones de Washington que no quisieron darles más fuerza militar en Vietnam». Merecía la pena intentarlo, merecía la pena llamarlo.

-Chófer -dijo Bajaratt-, lléveme a uno de los aparcamientos, por favor.

-¿Cómo dice, señora?

-Ya sé que es una molestia, pero tengo que sacar varias cosas de mi equipaje.

-Lo que usted diga, señora.

-Y por favor, asegúrese de que hayan cabinas telefónicas.

-Aquí mismo hay una.

-Prefiero la otra...

-Si, cada vez se hace más, lo he visto en la televisión, se puede escuchar una conversación con esas células telefónicas.

-No me preocupa. -Pero algo más la estaba preocupando, pensó la Baj. Un aparcamiento exterior era un área delimitada, donde se puede ver fácilmente los coches que entran y salen. Si los estuviesen siguiendo en seguida lo sabría, además, los grandes espacios en sombras por la noche eran lugares familiares para Amaya Aguirre... Bajaratt. Acarició el bolso y notó el duro acero de su automática; estaba cargada.

El único automóvil que entró poco después de ellos fue un jeep pintado con colores chillones cuyos ocupantes eran jóvenes ruidosos. La salida estaba en el otro extremo, después de las filas de coches aparcados. Estaban a salvo, no los vigilaban y, además, había una cabina telefónica.

-Soy yo -dijo la Baj-. ¿Podemos hablar?

-Estoy en la carroza del Pentágono, dame diez segundos para que me ponga en desmodulador y en seguida estoy contigo. -Ocho segundos después el jefe del Estado Mayor volvía a estar al aparato-. Eres una mujer impaciente. Le he entregado la copia a un experto del G-Dos que está en mi nómina y que lo sabe todo, ha trabajado en Oriente Próximo. Mañana por la mañana antes de las siete me lo enviarán.

-Eres muy profesional, Escorpión Uno; pero no te he llamado para eso. ¿Podemos hablar con libertad o te están grabando?

-Podrías decir los códigos nucleares que nadie te interceptaría.

-Pero estás en un coche.

-Un vehículo muy especial. Acabo de venir del entierro del gilipollas al que tuviste la cortesía de eliminar. El hijo de puta nos hubiese delatado a todos.

-Quizá lo hiciese.

-Qué va, me hubiera enterado.

-Sí, dijiste que tenías privilegios...

-Sí, hasta el máximo... -la interrumpió Meyers-, lo que es bastante gracioso teniendo en cuenta mi apodo.

-¿Qué dices?

-Nada, es simplemente una gracia.

-Lo que tengo que preguntarte no tiene nada de gracioso. Ha aparecido el Mossad. ¿Qué sabes de eso?

-¿Por aquí?

-Exactamente.

-Maldita sea, no está en ninguno de nuestros informes, si no lo sabría. Pero allí tengo un par de amigos especiales, de los de derechas, no de los de izquierdas.

-Eso no es que me inspire mucha confianza.

-Yo separo y distingo. La mía viene primero, las de los demás van a la cola.

-¿Incluida yo?

-Ahora mismo tú eres una de mis prioridades. Nos vas a devolver adonde deberíamos estar, así que no hay nada que no haría por ti. Puedo oler el fuego, oír los gritos de las masas muertas de miedo, ver las columnas cómo marchan. Volveremos a estar al mando.

-Muerte a toda autoridad.

-¿Qué has dicho?

-Para ti no significa nada, sólo tiene significado para mí.

Bajaratt colgó el teléfono del aparcamiento, frunciendo el ceño al pensar. Ese hombre era un fanático, eso le gustaba, si es que era verdad y no era un cuento. ¿Era genuino o era un plan dentro del mismo círculo que él desaprobaba? Lo sabría por la mañana cuando hubiese desmontado la Bota de Alá verificando su estructura y sus componentes de la forma que sólo un activista preparado sabe hacerlo. Un técnico podría construir un facsímil que pareciese auténtico, pero había tres puntos de contacto que no podían duplicarse sin consecuencias letales. Amigo o enemigo, no importaba. Ella no le había dicho nada.

La Baj insertó otra moneda y llamó al Carillon, concretamente a recepción, para ver si tenía algún mensaje. Había muchos, todos suplicantes excepto uno. Era de la oficina del senador Nesbitt de Michigan y las palabras eran magníficamente precisas. «La cita de la condesa en la Casa Blanca ha sido concertada para mañana a las ocho de la noche. El senador la llamará por la mañana.»

Bajaratt volvió a la limusina, mirando instintivamente el aparcamiento por si entraban coches y el cielo oscuro por si había alguna avioneta sobrevolando.

-Volvamos al primer hotel -le dijo al conductor-, me he precipitado.

Hawthorne estaba de pie al lado de la mesa de carnicero de la cocina del secretario de Estado; su enfadado anfitrión se hallaba sentado al lado de la cafetera que nunca faltaba. Su conservación era acalorada.

-Parece un imbécil con un coeficiente intelectual acorde, capitán. ¿Ha perdido todo el escepticismo?

-¡Usted es el imbécil si no me escucha, Palisser!

-Permítame recordarle, joven, que soy el secretario de Estado.

-Ahora mismo es el secretario de Guacamole.

-No me hace ninguna gracia...

-Ya lo dijo la última vez. Entonces se equivocó y ahora se vuelve a equivocar. ¿Quiere hacer el favor de pensar y de seguirme?

-He escuchado todo lo que su ayudante, ¿cómo se llama?, me ha dicho y la cabeza todavía me está dando vueltas.

-Se llama Poole y es teniente de las fuerzas aéreas y es mucho más inteligente que usted y yo juntos y todo lo que le ha dicho es cierto. Yo estaba allí y usted no.

-Vamos a aclarar esto, Hawthorne -dijo Palisser-. ¿Qué le hace suponer que con todo lo que ha pasado al viejo Ingersol no le falta un tornillo? Tiene casi noventa años, su hijo fue brutalmente asesinado, ha estado todo el día volando y ha pasado por seis o siete zonas horarias diferentes. Si tenemos en cuenta su edad y la tensión a la que está sujeto, un acongojado viejo como Ingersol puede muy bien fantasear, inventar un ejército de demonios saliendo del infierno para devastarlo todo e incluso asesinar a su hijo... ¡Dios santo! ¿Una red

de «Escorpiones» con líderes de élite que llevan a cabo las exigencias de una orden mística de los «Proveedores»? Parece salido de una novela completamente inverosímil.

-También lo era el « Schutzstaffel».

-¿Los primeros nazis?

-Los mismos matones que llevaban uniformes y varios miles de pares de botas cuando un carro lleno de marcos alemanes no era suficiente para pagar una barra de pan durante el colapso económico de Weimar.

-¿De qué demonios está hablando?-

-Un patrón muy relevante, señor secretario. Alguien suministraba todos esos uniformes y esas botas, no cayeron del cielo... ¡Fueron compradas y pagadas por intereses muy especiales que querían un país! Los Proveedores aquí no son muy distintos, intentan ganar el control de este gobierno y una forma de hacerlo es asesinando al presidente y aprovechando el caos siguiente. Están en el Senado y en el Pentágono, hasta ahí sabemos, y probablemente en Justicia y en Transporte, listos para rellenar el vacío de poder.

-¿Qué quiere decir con «sabemos»?.

-Los Ingersol, padre e hijo, lo dedujeron gracias a lo que el hijo sabía por ser un Escorpión reacio y por lo que Van Nostrand le contó al viejo en la Costa del Sol.

-¿Van Nostrand...?

-Ya me ha oído. Ese finolis hijo de puta estaba en el centro de todo. Se lo dijo a nuestro antiguo juez del Tribunal Supremo... Le dejó bien claro que él y su pandilla iban a dirigir Washington y no había nada que Ingersol o su hijo pudiesen hacer. Ellos dos eran la prueba... de generación a generación.

-¡Es una locura!

-Y así como está bien claro que usted y nuestro difunto secretario de Defensa Davenport están limpios, el jefe del Estado Mayor no lo está, es uno de ellos.

-Está completamente loco...

-Estoy cabreadísimo, pero más cuerdo que nunca y tengo un corte en la cabeza para demostrarlo. -Hawthorne se quitó el Burberry que había robado del armario del joven Ingersol, se agachó y le enseñó el esparadrapo manchado de sangre que llevaba en la cabeza parcialmente rapada.

-¿Esto te ha pasado en la casa de Ingersol?

-Hace apenas dos horas, Maximum Mike Meyers, el todopoderoso jefe del Estado Mayor estaba allí. Se describió a uno de los escorpiones como un peso pesado del Pentágono, «el más pesado». ¿Necesita un plano para ir desde la casa de Ingersol hasta el Pentágono, señor secretario?

-Traeremos al viejo y lo interrogaremos delante de los médicos adecuados -añadió Palisser en tono áspero y pensativo.

-Perdóneme por utilizar la vieja táctica. -Hawthorne bajó la voz y se apoyó con aspecto cansado en la mesa de carnicero, gotas de sudor se le formaban en el límite del pelo-. No puede traer al juez Ingersol porque está muerto. Una bala de una Magnum 357 le voló los sesos y lo prepararon para que pareciese que le había matado yo.

La silla de Palisser crujió cuando la arrastró sin querer por el suelo de mosaico de la cocina.

-¿Qué está...?

-Es verdad, señor secretario.

-Estaría en todos los noticiarios. Me hubieran avisado.

-El Pentágono no, y además, es muy posible que ninguno de los invitados se haya acercado a la zona del jardín donde está la piscina. Puede que no lo encuentren hasta mañana;

en la reunión de esta noche no procedía un baño en la piscina, a no ser que haya subestimado mi desagrado por las fiestas de Washington.

-¿Quién le ha matado y por qué? -Palisser estaba blanco, con la boca abierta por la sorpresa.

-Sólo puedo suponerlo, pero basándome en lo que he visto y en lo que me han dicho. Vi cómo el ayudante de Meyers, extremadamente agitado, corrió hacia él y casi forzó a su jefe a marcharse. Ese no es precisamente el comportamiento normal de un subordinado del jefe del Estado Mayor. Entonces el nieto del viejo Ingersol dijo que el ayudante había estado intentado sacar al general de allí durante la última media hora, que correspondería a la hora en que Ingersol fue asesinado y yo me desmayé.

-No tiene sentido. ¿Por qué iban a querer matar al viejo?

-Porque los escorpiones existen, son reales. No sé lo que oyó el asesino, pero Ingersol estaba a punto de decirme los nombres de dos personas que visitaban con frecuencia a Van Nostrand en la Costa del Sol. El consideraba que eran la clave de los escorpiones... era la idea predominante. Hubiese hecho cualquier cosa por saber lo que le habían hecho a su hijo.

-¿Está diciendo que el ayudante de Meyer ha asesinado a Ingersol?

-Es la única suposición que tiene sentido.

-Pero si usted lo vio, ¿cómo es que él no le vio a usted... un hombre al que había dejado medio muerto a golpes...? Y si le vio, ¿por qué no reaccionó en consecuencia?

-El vestíbulo estaba oscuro, yo llevaba este sombrero y la casa estaba llena de gente, además, pasó corriendo por mi lado y por el del chaval como un poseso. Sólo tenía una idea en su mente y era largarse de allí.

-¿Y basándome en estas suposiciones inconexas quiere que ponga en tela de juicio la integridad y el patriotismo del jefe del Estado Mayor, un hombre que estuvo prisionero en Vietnam durante cuatro años, y que lo arreste?

-¡Eso es lo último que quiero que haga! -repuso Tyrell con énfasis-. Quiero que me ayude a hacer lo que ya he empezado, tengo que llegar hasta el fondo e infiltrarme en el núcleo de este grupo lo más rápido posible. El forma parte del «círculo», ¿no es así?; es de las pocas personas a las que se les informa diariamente o incluso cada hora del progreso de Sangre de Niña, ¿no?

-Por supuesto, él es...

-Ya sé quién es -lo interrumpió Hawthorne-. Pero él no sabe que yo sé que es un escorpión.

-¿Y?

-Reúnanos. Esta noche. En lo que respecta a Bajaratt yo soy el experto y además estuvieron a punto de matarme en casa de los Ingersol.

-Dios santo, si tiene razón intentará matarle.

-No lo sé, ni siquiera lo sospecho -dijo Tyrell solapadamente-. Creo que había alguien más en la casa y puesto que él también estaba allí voy a ir a verle para averiguar si sabe quién era. -De repente, se volvió y se acercó al cristal oscuro del horno, su voz dura, inquisitoria- Piense, general. Intente recordar cada nombre, cada cara. Es de vital importancia, general, alguien de los que estaban allí trabaja para Sangre de Niña. -Tyrell se volvió de nuevo, miró a Palisser y añadió-: ¿Ve cómo se hace, señor secretario?

-Le descubrirá.

-Si lo hago bien, no. Por cierto, voy a necesitar una de esas grabadoras pequeñas, de las que puedes llevar en el bolsillo de la camisa. Quiero grabar todo lo que ese hijo de puta me diga.

-No tengo que decirle, Hawthorne, que si está en lo cierto y Meyer sospecha que le estás grabando le matará.

-Si lo intenta no tendrá mucho futuro.

El general Michael Meyers, jefe del Estado Mayor, estaba de pie, en pantalones y desnudo de cintura para arriba, impaciente mientras su ayudante le quitaba el brazo derecho ortopédico que había rellenado la manga de su traje de civil. Cuando le hubo quitado las correas, el general movió el muñón que le salía del hombro, disgustado al ver que la piel estaba enrojecida; era hora de poner unas correas nuevas.

-Voy a traer la crema -dijo el ayudante al seguir los ojos de su superior y ver su ceño fruncido.

-Primero tráeme una copa y anótate que debes llamar a los médicos de Walter Reed por la mañana. Diles que esta vez hagan el favor de hacer el maldito trasto bien, ¿eh?

-Eso es lo que les dijimos la última vez -repuso el brigada de edad madura-, y eso fue hace más de un año. Te lo he dicho cien veces, las correas se dan de sí y cuando están más sueltas hacen daño. Pero tú nada, no me escuchas.

-Eres más pesado que el plomo.

-No me insultes, cabrón. Me debes bastante por lo de esta noche.

-Ya te he oído -dijo el general riéndose-. Pero ten cuidado o te quitaré ese «Porsche» tan moderno que tienes en Richmond.

-Quédatelo. Yo utilizaré el «Ferrari» que tienes en Piscataway y que también está a mi nombre.

-Eres un verdadero cabrón, Johnny.

-Ya lo sé -repuso el brigada mientras preparaba dos copas en el bar y miraba a Meyers-. Hace mucho tiempo que nos conocemos, Michael. Hemos tenido una buena vida, salvo un par de momentos en el maldito Vietnam.

-Y todavía se va a poner mejor -añadió el general, sentado en un sillón con los pies en un almohadón-. Vamos a volver adonde deberíamos estar.

-¿Esa es la razón de esta noche?

-Exactamente -respondió Meyers con aire reflexivo y tranquilo mirando a la pared-. Los Ingersol, los dos, eran unos cobardes asquerosos. Si se ponen en contacto con ese cabrón de Hawthorne... cualquiera de los dos... mal asunto.

-¿Hawthorne? ¿El cabeza de turco que querías, el que estaba con el viejo? No me lo digas si no quieres. No tengo curiosidad, me limito a seguir al líder.

-Ed White me ha dicho que estaba en el jardín con él. White quería averiguar si yo sabía algo sobre una investigación del Departamento de Estado a su socio. Una cortina de humo. Hawthorne en otro lío. Mal asunto.

-Ya no lo es, M. M. Los dos han pasado a la historia. -Sonó el teléfono y el brigada llamado Johnny dejó las bebidas y contestó-: Residencia del general Meyers. Si, señor -exclamó unos segundos después y miró al general con una expresión de sorpresa, casi de susto-. El general está en la ducha, señor secretario, pero en cuanto salga le llamará. -El brigada cogió un lápiz y escribió en un cuaderno-. Sí, señor, lo he anotado. Le llamará en seguida. -El oficial colgó el teléfono, mirando todavía al general; tragó saliva y dijo-: ¡Era el secretario de Estado! Deben haber encontrado los cuerpos... Dios mío y tú querías quedarte más rato.

-¿Estás seguro de que no te reconocieron fuera de la casa?

-¡Imposible! Soy demasiado bueno y tú lo sabes. ¿Cuántas veces les hice lo mismo a los asquerosos soplones amarillos en Hon Chow? Nueve asesinatos y ni una sola pista que me acusase.

Librodot

-Te creo. ¿Qué te ha dicho Palisser?

-Sólo que ha pasado algo terrible y que ellos... ha dicho «ellos»... necesitan tu ayuda... Yo no quiero tener nada que ver con todo esto, Max. No quiero llevarte, no quiero que me vean contigo, esta noche no.

-Tienes razón. Llama a Everett desde el coche, dile que se ponga un traje oscuro y ve a recogerlo. Cuando regreséis explícale todo lo que hiciste en la casa, todas las personas que viste y sobre todo a todas las que saludaste.

-Me voy ya -dijo Johnny. Le llevó a Meyers su copa y se dirigió a la puerta-. No tardes mucho en llamar a Palisser, está muy preocupado.

-Te olvidas, brigada, de que escribes fatal. Tendré que descifrar el mensaje.

-Por lo que más quieras, Michael, te volverá a llamar y no quedará bien.

-No me digas. Los sietes parecen doses y los tres parecen ochos...

-Imbécil. Podrías preguntármelo.

-Imposible, y esto es cierto, te he enviado a hacer un recado por si la conversación con el secretario era confidencial. Nadie que no haya sido autorizado por las altas esferas puede tener acceso a cualquier información referente a una tal Sangre de Niña.

-¿De qué coño estás hablando?

-¿Entiendes a lo que me refiero? Vete ya, Johnny. -El ayudante meneó la cabeza y se fue murmurando obscenidades.

Maximum Mike Meyers bebió un sorbo del whisky canadiense mientras miraba pensativo el teléfono del bar. Bruce Palisser era listo, valiente en la guerra y probablemente el hombre más honesto de toda la Administración, como a menudo señalaban los medios de comunicación. Llamaba a las cosas por su nombre, con frecuencia a costa de sus compañeros funcionarios del Gabinete y entre rumores, siempre desmentidos amablemente, de que había reprendido al presidente por ciertos asuntos. Era el George Shult, a quien la Prensa solía compararlo a menudo, de esta Administración. Un hombre así no tomaba parte en los juegos de Washington, no era su estilo. Así que si había llamado pidiendo su ayuda, es que iba en serio, era demasiado honesto para fingir. A Meyers no le gustaba el secretario de Estado, consideraba que los burócratas del gobierno no tenían ninguna utilidad; tenían demasiada tendencia a discutir interminablemente muchos aspectos de un mismo tema sin creer firmemente en ninguno..., pero respetaba a ese cabrón.

El general se levantó lentamente, impulsando el peso de su cuerpo con la mano izquierda apoyada en el brazo del sillón de piel. Cogió el vaso, se acercó al bar, lo dejó en el mármol negro y acercó la muñeca para ver la hora. Habían pasado siete minutos desde que Johnny se fue; descolgó el teléfono y marcó los números que su ayudante había escrito con claridad en el cuaderno.

-Palisser al habla -contestó el secretario de Estado.

-Bruce, perdóname -se disculpó Meyers con firmeza-. El brigada vale mucho como ayudante, pero escribe fatal. He marcado tres números diferentes hasta que he descifrado éste. Antes de llamarte lo he hecho salir, claro está.

-Estaba a punto de volver a llamarte, Michael. Ha sucedido algo terrible... terrible y a la vez grotesco, pero puede que tenga conexión con Bajaratt.

-Dios mío, ¿qué ha pasado? Por cierto, ¿podemos hablar?

-Esta noche has estado en casa de los Ingersol, ¿verdad? -Si., mi oficina ha creído conveniente que fuese. David era amigo del Pentágono, muchas veces lo llamábamos para que nos aconsejase sobre nuestro trato con los contratantes de Defensa.

-Puede que no haya sido una buena idea, pero tú no tenías manera de saberlo.

-No te sigo.

-Has seguido los informes de Sangre de Niña, ¿no es así?

-Naturalmente.

-Entonces sabrás que se ha llegado a la conclusión de que detrás de ella hay una organización... mejor o peor estructurada, no tenemos ni idea..., pero sabemos que hay personas influyentes que trabajan para ella.

-Eso seguro -dijo el general y esbozó una sonrisa sombría sólo para él-. No hubiese podido eludir todas las investigaciones si no fuese así.

-Hoy ha llegado nueva información. Todavía no ha sido lo suficientemente contrastada para divulgarla, pero es auténtica. Lo de esta noche lo demuestra.

-¿Qué es lo que demuestra?

-Que Ingersol formaba parte del grupo de Bajaratt.

-¿David? -exclamó Meyers fingiendo sorpresa-. Es lo último que hubiese imaginado.

-Todavía hay más. Su padre, el antiguo juez del Tribunal Supremo, también.

-Cuesta tanto de creer. ¿Quién lo ha dicho?

-El capitán Hawthorne ha sido quien ha llegado a esta conclusión.

-¿Quién?... Ah, el oficial retirado reclutado por los británicos, ya me acuerdo.

-Tiene suerte de estar vivo. También estaba en casa de los Ingersol.

-¿Vivo...? -Sorprendido, Meyers se repuso en seguida-. ¿Qué ha pasado?

-Se encontraba en el jardín, detrás de la piscina, hablando con el viejo que le estaba explicando una serie de detalles increíbles sobre el padre y el hijo. Por lo que parece, los habían seguido y alguien disparó a Richard Ingersol en la cabeza, causándole la muerte inmediata. Antes de que Hawthorne pudiese reaccionar, la misma persona lo atacó, dejándole inconsciente y con el arma del crimen en la mano.

-¡Pero es increíble! -exclamó el general en tono áspero y monótono.

-Por cierto, se ha enviado a una brigada de salvamento de la CIA para recoger el cadáver, y lo han sacado por los jardines adyacentes. A la señora Ingersol y a su hijo se les ha dicho que el viejo estaba cansado de la fiesta y que lo habían llevado a un hotel.

-¿Y se lo han creído?

-El hijo sí. Ha dicho que si lo hubiese sabido se habría ido con su abuelo. Puesto que todo esto tiene relación con Sangre de Niña tenemos que mantenerlo en secreto. Ya pensaremos lo que diremos después.

-Estoy de acuerdo contigo, pero Dios mío, Bruce, yo no he oído ningún disparo y lo hubiese reconocido aunque hubiese estado a un kilómetro de distancia.

-No hubieras podido. El capitán tiene el arma, es una Magnum 357 con silenciador. Recuperó el conocimiento antes de que descubriesen lo que había pasado... Dice que le despertaron los pinchos de un rosal... y se largó de allí... Espera, que ahora se pone, quiere hablar contigo.

Antes de que el sorprendido jefe del Estado Mayor pudiese asimilar las noticias, Hawthorne estaba al aparato.

-¿General Meyers?

-¿Si...?

-Por cierto, señor, soy un gran admirador suyo.

-Gracias.

-Tenemos que hablar en seguida, señor, pero no por teléfono. Tenemos que repasar todo lo que usted y yo hemos presenciado esta noche, todas las personas que ha visto, o con las que ha hablado, porque yo no conocía a nadie. Yo sólo sé una cosa, general. ¡Uno de los que estaba allí trabaja para Bajaratt!

-¿Dónde quiere que nos veamos?

-Puedo ir a su casa.

-Le espero, capitán. -El general Michael Meyers colgó el teléfono, y se miró brevemente el muñón de carne que le salía del hombro. No había llegado tan lejos para que lo detuviese un marinero renegado.

CAPÍTULO XXXI

Cuartel General del Mossad, Tel Aviv. El coronel en mangas de camisa, perteneciente a la brigada antiterrorista asignada al caso Bajaratt se sentó a la cabeza de la mesa de conferencias. A su derecha, una mujer de unos treinta y tantos años, de facciones angulosas, piel tostada por el sol de Israel y pelo moreno recogido en un moño en la nuca. A su izquierda un hombre de aspecto juvenil, rubio, con poco pelo, ojos brillantes y azules y nariz reconstruida porque se la destrozaron cuando fue capturado por el partido de Dios Hezbolá en el sur del Libano. Eran, respectivamente, una comandante y un capitán del Mossad, ambos expertos en operaciones secretas.

-Bajaratt ha podido con Yakov, nuestro hombre -dijo el coronel-. La encontró en la terminal de El Al en el aeropuerto de Dulles, pero ella invirtió la situación. Armó un escándalo gritando que era un terrorista palestino disfrazado y así se escapó. A Yakov por poco le matan los enfurecidos viajeros, la mayoría norteamericanos, hasta que los nuestros escucharon su historia y le sacaron su documentación.

-No se le debía haber acercado solo -repuso la comandante-. Ella tenía que reconocerlo; se conocieron en el kibbutz de Bar-Shoen. Tenía una clara ventaja.

-0 pudo haber sido al revés -sugirió el joven capitán-. Cuando estaban en el kibbutz, Yakov no sabía que ella era Bajaratt. Eso lo demostramos más tarde, después de Askelón, gracias a nuestros agentes de la Bekaa. Solamente sospechaba; especulaba si era alguien o algo diferente.

-Y desde luego ha resultado que sí -dijo el coronel-. ¿Por qué Yakov la dejó escapar?

-No fue así. Salió con ella varias veces, algo informal, para ver si podía averiguar algo al respecto. Ella debía tener sus propias ideas porque acabó averiguando más cosas sobre él que él de ella. Una mañana en el kibbutz no fue a desayunar; había desaparecido.

-Entonces fue una estupidez que se le acercase solo y mucho más que le hablase.

-Mire, comandante -dijo el capitán-, ¿cree que hubiese sido mejor que un grupo de agentes la hubiese rodeado, lo que sin duda hubiera provocado un tiroteo indiscriminado en el que podrían haber muerto algunas personas, especialmente norteamericanos? Decidimos enviarlo y dejarle actuar solo porque podría reconocerla a pesar de su conocido talento para cambiar de apariencia. Además, Yakov había cambiado de aspecto, le tiñeron el pelo negro más rubio que el mío, que el que me queda; le decoloraron y le cambiaron la forma de las cejas. No quedó perfecto, sólo la cirugía podría haberlo conseguido, pero era suficiente incluso de cerca.

-Los hombres miran la cara y estudian el cuerpo. Las mujeres miran el cuerpo y estudian la cara.

-Por favor -interrumpió el coronel-, dejémonos de psicoespeculaciones sexistas.

-Está demostrado, coronel -insistió la comandante.

-Seguro que sí, pero hemos sacado algo de este contratiempo y tenemos que decidir cómo utilizarlo... Por poco se escapa el palestino que teníamos detenido, el cantante de las canciones que encandilaban a nuestros siempre atentos oficiales, ¡qué idiotas! Uno de los

soldados denunció un intento de soborno para liberarlo, así que hemos llevado a nuestro prisionero al Néguev y hemos enviado al soldado a otro regimiento.

-Pensaba que la brigada Askelón de Bajaratt había jurado no decir nada aunque los torturasen hasta morir -dijo con desdeño la mujer oficial-. Vaya con la valentía de los árabes.

-Ese ha sido un comentario estúpido, comandante -la reprendió el coronel-. Con toda probabilidad, ninguna tortura, que nosotros no utilizamos en el sentido por todos conocido, hubiese surtido efecto. ¿Cuándo nos convenceremos de que esta gente está tan motivada como nosotros? Sólo cuando lo aceptemos habrá paz. Nosotros utilizamos sustancias químicas.

-Reconozco mi error, coronel. ¿Qué hemos averiguado?

-Le hemos mostrado las diversas llamadas telefónicas de Bajaratt desde Estados Unidos y hemos examinado cada una de ellas para tratar de encontrar alguna palabra, algún nombre o alguna frase que nos dijese algo. Hace unas dos horas la hemos encontrado. -El oficial del Mossad se sacó un cuaderno del bolsillo de la camisa y lo abrió-. Estas son las palabras: «...un senador norteamericano... estrategia con éxito... ha venido a nosotros... el hombre es Nesbitt.»

-¿Quién?

-Un senador por el Estado de Michigan cuyo nombre es Nesbitt. El es la clave. Lo enviaremos a Washington, por supuesto, pero no por los canales normales. Si he de ser sincero, no confío en el tráfico; demasiadas cosas han salido mal.

-Ya la hubiésemos cogido -asintió el oficial del Mossad de apariencia juvenil-. Es ridículo.

-La arrogancia no nos sienta bien, capitán. No estamos allí y ella es un adversario muy competente. Además, tiene tanta dedicación como cualquiera de los que he estudiado. Todo se remonta a su niñez, y quizás ésta sea la única forma en que puede suceder.

-¿Qué canal quiere utilizar, coronel? -La comandante estaba impaciente.

-Vosotros dos -replicó el coronel-. Cogeréis el avión esta noche y llegaréis mañana por la mañana hora de Washington. Tenéis que ir directamente al secretario de Estado Palisser, sólo a él. En seguida os recibirá en audiencia.

-¿Por qué a él? -medio protestó el capitán-. Yo hubiese pensado que escogería una rama del servicio secreto.

-Conozco a Palisser. Confio en él. Creo que no conozco a nadie más en quien pueda confiar. Supongo que suena un poco paranoico.

-Sí, coronel -dijo la comandante.

-Pues da igual -dijo el coronel.

Bajaratt estaba en el hotel del aeropuerto, de pie, al lado de la ventana de grueso cristal que evitaba los ruidos de los aviones. El sol empezaba a aparecer a través de la neblina anunciando el día más importante de su vida. La emoción que sentía no era diferente a la excitación que experimentó muchos años atrás cuando llevó al bosque a un soldado español. Llevaba un cuchillo de hoja larga debajo del vestido, atado al muslo. Había una similitud, puesto que ese cerdo fue su primer asesinato y la llenó de resolución, pero hoy estaba muy lejos de las simples emociones de esa niña. Hoy era el triunfo de la mujer, una adulta reflexiva que había sido más inteligente que la guardia pretoriana de la nación más poderosa de la tierra. Pasaría a la historia porque iba a cambiarla. Al fin, su vida estaba justificada.

¡Muerte a toda autoridad! La niña que fue, sonrió al gigante que era la mujer y en esa sonrisa había amor, gratitud y venganza por todo lo que les habían hecho a las dos.

Caminaremos juntas, niña mía, hacia la gloria roja de sangre de la venganza. No tengas miedo, niña. No tuviste miedo entonces, no lo tengas ahora. La muerte es un sueño tranquilo y

quizá lo más cruel para nosotras sería sobrevivir. Pero si fuese así, joven rebelde, conserva el fuego en tus ojos, la furia en tu pecho.

-Signora -exclamó Nicolo desde la cama-. ¿Qué hora es?

-Demasiado temprano para que estés despierto -replicó la Baj-. Tu Angel ni siquiera ha embarcado en el avión en California.

-Al menos ya ha amanecido -dijo el chico del muelle bostezando y desperezándose-. Llevo toda la noche despertándome para ver si ha salido el sol.

-Llama al servicio de habitación y pide uno de tus desayunos gigantescos, y cuando termines tengo un trabajo para ti. Quiero que te vistas, que cojas un taxi y vayas al hotel Carillon, recojas el resto de nuestro equipaje y un paquete dirigido a mí que estará en recepción y lo traigas todo aquí.

-Vale, así se me pasará el tiempo... ¿Te pido algo para ti?

-Sólo café, Nico. Después de tomármelo me iré a dar un paseo, un paseo muy largo bajo el brillante sol que está apareciendo en el cielo con todo su esplendor.

-¿Es una poesía, signora?

-Si lo es no es muy buena, pero para mí es soberbia. El día es soberbio.

-¿Por qué miras por la ventana y hablas tan bajo?

La Baj se volvió y miró al muchacho de los muelles de Portici que estaba en la cama y respondió-: Porque se acerca el final, Nicolo, el final de un viaje largo y difícil.

-Ah, es verdad, dijiste que después de esta noche era libre de hacer lo que quisiese. Volver a Nápoles, recoger todo el dinero que me has dejado e incluso conocer a esa gran familia de Ravello que dices me recibirán como si fuese uno de ellos.

-Debes hacer lo que debes.

-Me estaba preguntando, Cabi. Claro que volveré a Italia y seguro que al fin conoceré a esa noble familia y les agradeceré todo, me quede o no me quede con ellos, pero ¿puedo esperar unos pocos días?

-¿Para qué?

-¿Necesitas preguntarlo, bella signora? Me gustaría pasar más tiempo con Angelina.

-Naturalmente, haz lo que quieras.

-Pero dijiste que después de esta noche me dejarías...

-Si que lo dije -asintió Bajaratt.

-Entonces necesitaré mucho dinero, para mí y para el barone cadetto di Ravello. Con ese rango necesito dinero.

-Nicolo, ¿qué me estás diciendo?

-Lo que oyes, mia bella signora. -El joven italiano apartó la sábana, se levantó desnudo y miró a su benefactora-. Una parte del muchacho del muelle no cambia, Cabi, aunque espero que algún día desaparezca. He estudiado los *fares al caso*, las cuentas que me pedías que recogiese en los hoteles y en los *ristorantes* y te he observado... Haces una llamada telefónica y te envían dinero, generalmente por la noche y siempre en un sobre muy grande. Palm Beach, Nueva York, Washington, siempre igual.

-¿Cómo crees que vivimos? -le preguntó Bajaratt con calma y sonriendo con dulzura-. ¿Con tarjetas de crédito?

-¿De qué viviré cuando tú te marches? Aquí, que es donde quiero quedarme por un tiempo. No creo que lo hayas pensado y me preocupa que no lo hayas hecho. Los chicos de los muelles siempre están cerca de los pasajeros porque temen que éstos vayan a desaparecer en los salones prohibidos y la propina desaparezca con ellos.

-¿Me estás diciendo que quieres dinero?

-Sí, exacto, y creo que deberías dármelo hoy, antes de esta noche.

Librodot

-¿Esta noche...?

-Mucho antes. En uno de esos sobres pesados que le daré a Angel esta tarde cuando la vea en el aeropuerto.

-¿Pero qué dices? Eres un *pazzo*.

-Hasta he pensado en la cantidad. Para calcularla me he guiado por las cuentas que te recojo -continuó Nicolo, pasando por alto la acusación de Bajaratt-. La forma en que vivimos resulta tan cara... veinticinco mil dólares serán suficientes. Naturalmente, puedes restarlos del dinero de Nápoles y te firmaré un papel en el que se constate que estoy de acuerdo.

-Eres un insecto, no, no eres nada, ni siquiera un insecto. ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Cómo te atreves a hacerme semejantes exigencias, a mí, que te he abierto los ojos a la vida? Me niego a continuar esta conversación tan ridícula.

-Entonces yo me niego a recoger tu equipaje o a estar aquí cuando vuelvas de tu paseo... Por lo que respecta a esta noche que con tanto misterio has guardado, puedes ir tú sola. Una gran señora como tú no necesita a un insecto como yo.

-Nicolo, conocerás al hombre más poderoso del mundo, ya te lo prometí una vez. ¡Vas a conocer al presidente de Estados Unidos!

-No tengo ningún interés por él. ¿Él tiene interés por mí? ¿O por el barone-cadeto di Ravello, que no soy yo?

-¡No me hagas esto! -gritó la Baj-. ¡Es todo por lo que he trabajado, por lo que he vivido! ¡Tú no puedes entenderlo!

-Lo que sí puedo entender es un sobre que sé que Angelina no abrirá hasta que la vea en Brooklyn. En el fondo de mi corazón, sé que me ayudará a deshacerme de tu chico del muelle. -Nicolo estaba de pie y miraba furiosamente a Bajaratt-. Hazlo, Cabi. Hazlo o me voy.

-¡Cabrón!

-Eso también me lo enseñaste tú, bella signora. Cuando llegamos a aquella isla tan extraña después de las terribles tormentas, te dije que eras un monstruo... Eres peor que un monstruo, eres algo diabólico que no acierto a comprender. Ve al teléfono y llama a uno de tus *subordinatos*. Ten el dinero preparado a mediodía o me largo.

Cuartel general del MI-6, Londres. Era más tarde de la medianoche cuando el negro con el pelo a lo afro corrió hacia la sala de estrategias, cerró la puerta y se dirigió con rapidez al primer asiento libre en la parte izquierda de la mesa de conferencias redonda. Llevaba una chaqueta de ante marrón con un reborde en las mangas y unos pantalones rojizos acampanados. En la sala había tres hombres más: en el extremo norte de la mesa estaba el director, en sentido contrario al de las manecillas del reloj otro hombre vestido con un traje a rayas, y cerca del que acababa de llegar una figura ataviada con un caftán y un *ghotra* que había dejado al lado del archivador que estaba delante suyo. Tenía la piel olivácea, ni blanca ni negra; era árabe.

-Creo que tenemos algo -dijo el recién llegado tratando de alisarse un poco el pelo; hablaba un inglés de clase alta-. Viene del garaje de coches oficiales.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el del traje a rayas.

-Uno de los mecánicos más antiguos de Downing Street ha comentado varias veces que han levantado la tapa de balancines de dos coches oficiales, supuestamente para revisar los motores cuando los vehículos no estaban en el garaje.

-¿Y? -preguntó el director-. Si el maldito motor tiene algún problema, ¿cómo lo van a saber si no levantan la tapa de balancines?

-Estamos hablando de coches oficiales, señor -repuso el agente del MI-6 encargado de Oriente Próximo-. No está permitido tocarlos.

-Y todo lo referente a los conductores se comprueba un par de veces, sólo falta que les hagan un encefalograma.

-Esa es la cuestión, señor director -lo interrumpió el negro con acento de Oxford-. Se tiene que informar de cualquier problema mecánico, por pequeño que sea y, además, todos los vehículos tienen un sellado interior automático en el dispositivo que sirve para sacar la tapa de balancines; si se ha abierto antes de la inspección de rutina, aparece una mancha amarilla en la cinta. No se ha comunicado ningún problema de estos dos coches en cuestión y los dos los ha llevado el mismo conductor.

-¿Estás diciendo que quizás el encefalograma no funcionó bien? -observó el hombre del traje a rayas, mirando al director con una leve sonrisa.

-0 el sujeto es extremadamente listo y está muy bien preparado -respondió el agente negro-. Lo suficiente como para conseguir un trabajo así.

-Dejémonos de tonterías y sigamos. Está claro que tienes el nombre del conductor y sin duda mucho más.

-Muchísimo más, señor. Teóricamente se ha nacionalizado egipcio, y ha sido chófer de la casa de Anuar Sadat, pero su documentación no sirve de nada; está claro que es falsa, aunque está muy bien hecha.

-¿Por qué le permitieron que se nacionalizase? -preguntó el del traje a rayas-. Me refiero a lo que dicen sus documentos.

-El golpe de Estado de los oficiales del Ejército contra Sadat acabó con todo su personal. A él le dieron asilo político.

-Muy listo -añadió el director-. Sadat era un amigo especial de Asuntos Exteriores. Se desvivían por sus asociados, mucho más de lo que a nosotros nos hubiese gustado, precisamente por eso; demasiados peces podridos en la red de rescate. Continúa.

-Se hace llamar Barudi y le he seguido durante gran parte de la tarde. Ha ido al Soho, a los lugares de peor reputación y se ha visto con cuatro personas diferentes en cuatro bares distintos... Tengo que hacer una pausa aquí para reconocer el mérito donde corresponde.

-¿Cómo dice?

-El cursillo de preparación de Sussex. Ha sido excelente, señor. Me refiero a la forma de conseguir artículos personales del sujeto en cuestión cuando se desea más información y no está a nuestro alcance.

-¿Oh?

-Creo que James se refiere al arte de robar -dijo el nombre del traje a rayas-. Parece ser que lo ha elevado a la categoría de arte.

-Conseguí hacerme con las carteras de dos de los caballeros; el bolso de la mujer estaba muy bien cerrado y el otro al parecer no la tenía en el bolsillo. Me llevé las carteras al lavabo, revisé todo el material con mi copiadora portátil y devolví los artículos a los sujetos, uno de ellos, para mi disgusto, lo cambié de bolsillo, pero no pude evitarlo.

-Una actuación excelente -dijo el director-. ¿Qué ha averiguado sobre los extraños socios de nuestro conductor?

-Llevaban lo típico, carnet de conducir y tarjetas bancarias que parecían auténticas y seguramente lo eran, excepto los nombres, claro. Sin embargo, en cada cartera, en el último bolsillo y tan dobladas que apenas eran más grandes que dos sellos, encontré esto. -El agente del MI-6 se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta de ante y sacó cuatro paquetitos de papel de fotocopia enrollado y con un pequeño golpe de muñeca las esparció por encima de la mesa como si fuesen tentáculos-. He pasado el duplicador por la columna de las dos hojas de papel y éstos son los resultados.

-¿Qué es? -preguntó el del traje a rayas mientras él y los otros dos cogían las tiras de papel.

Librodot

-Las líneas mecanografiadas están en árabe clásico -dijo el árabe-. Lo que está escrito a mano son traducciones.

-¿En árabe? -lo interrumpió el director-. ¡Bajaratt!

-Como podéis ver hay listas de fechas, de horas y de lugares...

-Son unas traducciones muy buenas -dijo el de Oriente Próximo-, y algunos de estos lugares son casi intraducibles. ¿Quién lo ha hecho?

-He llamado a nuestro principal arabista en Chelsea y sobre las nueve he ido a verlo. No tardó mucho.

-Me lo imagino -dijo el agente ataviado con el caftán-. Le habrán sonado los lugares y después de unos cuantos habrá visto la clave y utilizado la fonética. Muy inteligente.

-¿Qué significan? -insistió el director-. ¿Son casas?

-Eso es lo que me hace retrasarme, señor. Durante las últimas tres horas he ido de un lugar a otro, hay doce en cada lista, y para empezar, estaba totalmente confundido. Entonces, cuando llegué al quinto lugar todo se aclaró. Volví a comprobar los primeros cuatro v entonces me convencí. No son casas, señor, son teléfonos públicos.

-Nuestros sujetos reciben llamadas telefónicas, es obvio que no las hacen -añadió el árabe.

-¿Por que lo dices? -preguntó el inglés sentado a su izquierda.

-Sería sencillo escribir los números donde te pueden localizar en árabe, sin duda utilizando un diferencial más o menos para evitar errores de memoria. Aquí no hay ninguno, pero es que tendría que haber un mínimo de noventa y seis y un máximo de ciento ochenta dígitos para memorizar.

-Supongamos que es sólo un número -dijo James.

-Es posible -repuso el árabe-, pero eso supone que el que recibe la llamada tiene que estar en un solo lugar, lo cual excluiría a Bajaratt. Además, es demasiado peligroso utilizar un solo número en una operación de este tipo... No recuerdo haber oído nunca una cosa así... Por último, todo lo que hemos estudiado sobre la personalidad de Bajaratt indica que tiene una obsesión maníaca con mantenerlo todo secreto, lo que significa que siempre que puede se niega a utilizar intermediarios, y habla directamente con sus socios.

-De eso estoy convencido -dijo el director-. ¿Cuándo y dónde es su próxima cita? -preguntó y examinó la cinta más cercana.

-Mañana a mediodía en Brompton Road, Knightsbridge, en Harrods -respondió el agente negro del servicio de inteligencia.

-Hora de comer de toda la multitud que está de compras -señaló el del traje de rayas-. Parece estrategia del IRA.

-¿Y el siguiente? -insistió el director del MI-6.

-Veinte minutos después en la esquina de Oxford Circus y Regent.

-Más gentío -sugirió el agente de piel morena-. Mucho tráfico.

-No hace falta que te diga lo que hay que hacer, James -dijo el director-. Una furgoneta de comunicaciones en cada punto, líneas abiertas para Washington y para los ordenadores telefónicos clandestinos con dos números públicos. Necesitaremos comprobación inmediata, y quiero decir inmediata.

-Sí señor. Me he tomado la libertad de avisar a la brigada de comunicaciones, pero me temo que tendrá que encargarse usted de hablar con los de teléfonos; de mí no lo aceptarían. Creo que se necesita una orden del Tribunal Supremo para hacer una comprobación inmediata.

-Una orden del Tribunal Supremo, ¡una mierda! -gritó el director del MI-6. Dio un golpe en la mesa con la mano derecha herida y de pronto se dio cuenta de que ya no era el de

antes-. Que Dios me ayude, envié a Geoffrey Cooke a la muerte desde esta habitación. Los mapas estaban aquí, sobre esta mesa ¡y él tuvo que pasarme las hojas y decirme lo que yo no sabía...! ¡Quiero a esa maniaca hija de puta muerta! ¡Hacedlo por mí, hacedlo por el agente Cooke!

-Haremos todo lo que podamos, se lo prometo. -James se levantó de la silla.

-¡Espera! -El líder del MI-6 se detuvo, sus ojos intensos de repente no miraban nada; tenía la cabeza inclinada y la mente le trabajaba con rapidez-. He dicho líneas abiertas con Washington... eso es excesivamente amplio, abarca demasiado. Bajaratt tiene sus propios topos infiltrados allí. Tenemos que limitarnos a una sola línea.

-¿Con quién? -preguntó el del traje a rayas.

-¿Quién ha sustituido a Gillette en la CIA?

-Temporalmente su primer ayudante. Ha sido seleccionado cuidadosamente y nuestros compañeros allí lo consideran un hombre competente -respondió James.

-Eso es suficiente para mí, le llamaré por el desmodulador. Ah, y el que está con Hawthorne, ¿cómo se llama?

-Stevens, señor. Capitán Henry Stevens, servicio de inteligencia de la Marina.

-Lo que salga de todo esto se queda aquí, totalmente confidencial hasta que los tres decidamos qué hacemos.

La reunión de medianoche había tenido lugar hacía diez horas y treinta minutos. Las furgonetas estaban en posición en Knightsbridge y en Oxford Circus. Se acercaban las siete de la mañana en el aeropuerto de Dulles.

CAPÍTULO XXXII

Bajaratt enfiló el camino de cemento del hotel del aeropuerto, después paseó por el césped que lo bordeaban, dio la vuelta a la esquina del edificio y con la cabeza apoyada en el borde fijó la vista en la entrada. Miró el reloj con la esfera de diamantes, eran las 6.32. Se había quedado en la habitación del hotel viendo cómo se vestía Nicolo y cómo devoraba el gigantesco desayuno. Le había dicho que se diese prisa, pero sin asediarlo para que no se alarmase.

La Baj observaba la entrada del hotel cuando el chico del muelle, resplandeciente con su cara americana azul marino y los pantalones de franela gris, salió a la acera y deprisa se dirigió hacia el taxi que estaba aparcado. Sin lugar a dudas era Galatea en hombre, esculpido por la amante de todos los Pigmaliones. Era, sencillamente, un ser humano de aspecto magnífico, joven, guapo y vibrante. Era justo que semejante creación muriese para conseguir un golpe magnífico.

Eran las 6.47. Podía volver despacio por el camino y regresar al hotel. Tenía que hacer cinco llamadas, dos a Londres, una a París, una a Jerusalén y la última al banco donde estaban las ilimitadas reservas del valle de la Bekaa. Daba igual si utilizaba el teléfono del hotel, ya nada importaba. Estaría fuera de allí en una hora y dejaría la dirección de otro hotel en Washington para que Nicolo llevase allí sus pertenencias, la única dirección donde podría recibir su dinero, una cantidad insignificante que nunca utilizaría.

Knightsbridge, Londres. En Brompton Road, justo delante de la entrada de Harrods, tres hombres esperaban en una furgoneta con el nombre de The Scotch House pintado en la carrocería. El equipo electrónico que llevaban era tan avanzado que estaba muy lejos de poder ser comprendido por los simples mortales que apenas entendían las instrucciones de la televisión. Las paredes insonorizadas del vehículo tenían tres ventanillas ahumadas sobre el

equipo que había en ambos lados. Los que miraban hacia fuera podían ver perfectamente; sin embargo, los que miraban dentro no veían nada. El hombre que en esos momentos estaba en la ventanilla del lado de la acera era el agente negro del MI-6 llamado James. Sus ojos vagaban por la zona donde estaba la cabina telefónica comprobando los números marcados y los filtros sónicos con las líneas verdes que se entrelazaban.

-Ahí está -dijo James, abruptamente, pero con calma.

-¿Cuál es? -El técnico de edad mediana y en mangas de camisa levantó los ojos y miró por la ventanilla.

-El que va vestido con traje azul y una corbata del regimiento y lleva un periódico debajo del brazo.

-No se parece a ninguno de los dos que estaban en los bares del Soho y que nos describiste -comentó el tercero, un hombre esbelto y con gafas, girando la silla que daba a la calle y levantándose de su panel electrónico-. Más bien parece un estirado analista de créditos de un banco del Strand.

-Podría serlo, pero ahora mismo mira el reloj y se dirige hacia la cabina... ¡Mira! Acaba de ver a una mujer que quiere llegar antes que él.

-Buen chico -dijo sonriendo el que estaba en mangas de camisa-. Debe de ser un jugador de rugby, por poco tira a la pobre mujer.

-Se ha enfadado, no me extraña -señaló el colega esbelto que manejaba el equipo del lado de la calle-. Está echando chispas.

-Además tiene demasiada prisa como para quedarse ahí parada y montar un número -dijo James, concentrado en el desacuerdo de los dos desconocidos-. Se dirige a la cabina que está al final de la calle.

-Noventa segundos para programar el escáner -prorrumpió una voz que provenía del altavoz que estaba en el panel del lado de la acera.

-Volved a comprobar la línea a Washington -ordenó el del MI-6.

-Fuerzas especiales D. C., ¿estás ahí, compañero?

-Listo y esperando, Londres.

-¿Se ha confirmado que nuestra frecuencia está libre de toda intercepción?

-Hasta la última piedra estática, ni siquiera los astronautas podrían captarnos; pero nos gustaría informar a la Policía de las zonas adyacentes de todo lo que averigüéis para que puedan enviar personal y localizar la llamada más rápidamente. Simplemente lo llamaremos «Prioridad roja» sin necesidad de mencionar las particularidades de las descripciones de los sujetos.

-Nos parece muy bien, D. C. Adelante.

-Gracias, Londres.

-Todos los canales en marcha -dijo el agente negro del MI-6-. El programa de escáner ha empezado.

Pasaron ochenta y siete segundos y sólo se oía la tranquila respiración de los tres agentes secretos. De repente, entre el zumbido de fondo, se oyó la voz de una mujer amplificada por los altavoces.

-Askelón, soy yo.

-Pareces tensa, amada hija de Alá, o de cualquier otra deidad de la que no tenemos conocimiento -dijo la voz pensativa que estaba a diez metros de la furgoneta de Knightsbridge.

-Será esta noche... a primera hora de la noche, mi devoto amigo.

-¿Tan pronto? ¡Tenemos mucho que agradecer y estamos preparados! Has trabajado con una rapidez increíble.

-¿Te sorprende?

-En lo que a ti respecta, nada me sorprende. Admiro tus grandes aptitudes. ¿Algunos detalles que tengamos que vigilar especialmente?

-No. Limitaos a estar cerca de la radio. Cuando oigáis la noticia, estad preparados para actuar. Los gobiernos de todo el mundo se reunirán en sesión especial. El caos y el desorden se extenderá por todas las capitales. ¿Hace falta que siga?

-Confío en que no, puesto que la oscuridad allí significa oscuridad aquí. Oscuridad y desórdenes son faros para aquellos deseosos de matar. Simplemente, la protección está en el desorden; no puede ser de otra forma, ya que nada y todo se espera. Desorden.

-Siempre has sido uno de los hombres más sabios... -¡Espera!

-El hombre de la cabina de cristal de repente miró a la izquierda.

-¡Dios mío! -gritó James del MI-6 que estaba dentro de la furgoneta con unos prismáticos en la mano-. Nos está mirando.

-Vete inmediatamente de donde estés -gritó por los altavoces la voz que estaba a diez metros-. ¡Las ventanillas son ahumadas, negras! ¡Vete inmediatamente! ¡Están intentando localizarte! -El hombre del traje oscuro soltó el teléfono, salió corriendo de la cabina, esquivó los coches que pasaban por Brompton Road y desapareció entre la gente que entraba en Harrods.

-¡Maldita sea! -gritó el agente llamado James-. Lo hemos perdido.

-¡D. C., D. C.! -repitió el técnico que estaba al lado del bordillo-. Londres llamando, recibid, por favor, tenemos un problema.

-Ya lo sabemos, Londres -dijo la voz americana por los altavoces- Oímos lo mismo que vosotros, ¿no os' acordáis?

-¿Y?

-Tenemos una pista, acaba de llegar. La llamada se ha realizado desde un hotel del aeropuerto de Dulles.

-Excelente, compañero. Entonces, ¿os ponéis en marcha?

-Ni tan excelente ni tan fácil, pero nos ponemos en marcha.

-¡Por favor, explícate! -gritó el agente del MI-6, inclinándose sobre el panel.

-Para empezar -repuso el americano-, el hotel tiene doscientas setenta y cinco habitaciones, lo que significa doscientos setenta y cinco teléfonos que no tienen que pasar por operadora para llamar a Londres o a cualquier otra parte del mundo.

-¡No puedes hablar en serio! -bramó James-. ¡Comprueba, la maldita centralita!

-Sé realista, Londres, es un hotel, no es Langley. No obstante, no pierdas la calma, los de seguridad de Dulles ya están en camino y llegarán tan pronto como les sea posible.

-¿Tan pronto como les sea posible? ¿Cómo es que todavía no han llegado?

-Siento decírtelo, pero Dulles abarca a cuatro mil hectáreas y da la casualidad que estamos en una época de recesión y muchos servicios han sufrido una drástica reducción, uno de ellos ha sido el servicio policial en lugares públicos.

-¡No puedo creerlo! ¡Pero si esto es el súmmun de la urgencia!

El encargado del hotel del aeropuerto de Dulles estaba en su mesa con el teléfono en la mano. Se estaba peleando con un servicio de suministro de ropa blanca cuando un operador interrumpió la conversación diciendo que había una emergencia y que continuara en la línea porque la Policía tenía que hablar con él. Después de esto, siguió una voz fría y firme, que se identificó como jefe de seguridad del aeropuerto. Sus demandas fueron concretas y concisas: los ordenadores del hotel y todos los ascensores tenían que ser desconectados inmediatamente

y a los huéspedes había que decirles que había habido una avería eléctrica grave o lo que él creyese adecuado, pero todas las salidas tenían que retrasarse lo máximo posible y el servicio de habitación tenía que suspenderse. Inmediatamente, el encargado habló con su secretaria y se dispuso a cumplir las órdenes.

A dos manzanas de allí, el primero de los tres coches de Policía que iban a toda velocidad hacia el hotel, se abrió paso con su sirena.

-¿Qué demonios estamos buscando? -preguntó el conductor-. ¡No oigo nada!

-A una mujer de entre treinta y cuarenta años que viaja acompañada por un chico alto, un extranjero que apenas habla inglés -repuso su compañero con la cabeza baja para poder oír, entre el ruido de bocinas y sirenas, la voz que salía del altavoz.

-¿Eso es todo?

-Es todo lo que tenemos.

-¡Pero si están huyendo se separarán, es de lógica!

-Pues entonces buscaremos al chico y después a una mujer inquieta... ¡Espera! -gritó el compañero por el micrófono-. Repite, por favor. Quiero asegurarme de que lo he entendido bien... diez-cuatro. -El agente de policía colgó el micrófono-. Esto va por ti -le dijo al conductor Los sujetos van armados y se los considera extremadamente peligrosos, pueden ser letales. Nosotros vamos por delante, los compañeros cubrirán las salidas de incendio y las ventanas.

-¿Y después?

-Los chicos llevan rifles y si nosotros o ellos podemos aislar a alguno de los dos, no tenemos que preocuparnos con Miranda, simplemente les volamos los sesos.

El teléfono blanco sonó en la oficina del director temporal de la CIA. Era la línea de seguridad de la brigada Sangre de Niña; el encargado de la operación electrónica era fríamente profesional. Insistió en hablar con el nuevo director inmediatamente, cosa que, según su secretaria, era totalmente imposible, puesto que estaba en una conferencia internacional con los responsables de seguridad de tres naciones. La conferencia había sido organizada por el mismísimo presidente para demostrar lo cooperativo que podía ser con los aliados el nuevo jefe del servicio de inteligencia norteamericano. Una reunión de esa magnitud no podía interrumpirse.

-Déme la información a mí y se la llevaré inmediatamente.

-No se olvide, es urgentísima.

-Por favor, joven, llevo trabajando aquí dieciocho años.

-Muy bien, tome nota. La contraseña es esta noche, Sangre de Niña ataca esta noche. ¡Alerte a la Casa Blanca!

-Entonces estamos todos cubiertos, envíe un fax interno... inmediatamente.

-Mientras hablamos está en camino. Cerciórese de que no queda copia excepto en el ordenador.

La copia de la información de la brigada Sangre de Niña salió de la máquina de la secretaria.

Escorpión Diecisiete encendió una cerilla y quemó el papel en una papelera vacía.

Bajaratt cerró de golpe las dos maletas y empujó debajo de la cama la ropa restante. Después, se dirigió deprisa al baño, mojó una toalla y se la restregó con rapidez por la cara, quitándose todo el maquillaje, y cogió un tubo de base de maquillaje de los cosméticos que

había en el estante. Con la misma rapidez con la que se había quitado el maquillaje se extendió la crema clara sobre los pómulos, la frente y los párpados; regresó corriendo a la habitación y cogió de la cómoda el sombrero con tul, se lo puso y se cubrió la cara con el velo; cogió el bolso del escritorio y las dos maletas. Cruzó la puerta, salió al pasillo y miró a ambos lados. Cerca del cartel de Salida vio lo obvio. Hielo. Bebidas.

Arrastró la maleta por el quicio de la puerta, la cerró, cogió el equipaje y corrió hacia el rincón donde estaba la máquina de hielo y la de los refrescos. Tiró las dos maletas en una esquina; seguramente las robarían en menos de una hora, pensó mientras se ponía derecha y se arreglaba el vestido y el velo. Y se dirigió a la escalera de salida.

Cuatro pisos más abajo, el vestíbulo del hotel era un caos. Las colas en las cajas eran cada vez más largas y el equipaje de los huéspedes estaban amontonados al lado de las puertas y en la acera. La Baj comprendió lo que pasaba inmediatamente: se habían dado órdenes. Ofuscación, aplazamientos, confusión, reclamaciones, incluso un fallo en los ordenadores... ¡retraso!

Unos se quejaban de las demoras, otros de que deberían haber facturado antes; unos cuantos blasfemaban y se dirigían corriendo a las puertas, tirando las llaves al suelo, gritando frases como «¡Demándame!» y «¡Habla con mi abogado, imbécil incompetente!» «Como pierda el avión os vais a enterar.»

Todo salía a la perfección, pensó Bajaratt encorvándose y cojeando al acercarse a la parada de taxis; una simple viejecita frágil y delicada que necesitaba ayuda. De repente, un coche de la Policía con la luz y la sirena en marcha se subió a la acera cortando el paso a los dos primeros taxis; dos agentes bajaron del coche, miraron el taxi que estaba primero y corriendo por la acera llena de gente se dirigieron a la entrada dando empujones a los transeúntes. Entonces llegaron dos coches más, las sirenas y las luces calmaron a la multitud enfurecida que cambió los gritos de protesta por discretas observaciones sobre la caótica situación.

Los agentes de los coches adicionales corrieron en todas direcciones, por las zonas ajardinadas del este y las del oeste; todos llevaban rifles. «Perfectos», consideró Bajaratt cojeando hacia la cola de los taxis.

-Por favor, lléveme a la cabina de teléfonos más cercana -dijo la Baj mientras pasaba un billete de veinte dólares por la ranura del cristal divisorio a prueba de balas-. Cuando haya hecho la llamada le diré a dónde tiene que llevarme.

-Lo que usted diga, señora -contestó el taxista de pelo largo. Y cogió los veinte dólares de la ranura.

Menos de dos minutos después el taxi se paró delante de una docena de teléfonos públicos encajonados en unas estructuras de plástico. Bajaratt bajó del taxi y corrió hacia el teléfono desocupado más cercano. De memoria, su extraordinaria memoria, pensó con satisfacción, marcó el número del hotel Carillon y preguntó por el conserje.

-Soy madame Balzini -dijo-. ¿Ya ha llegado mi sobrino?

-Todavía no, madame -respondió la voz pegajosa que se oía por el teléfono-. Pero hace menos de una hora ha llegado un paquete para usted.

-Sí, ya lo sé. Cuando llegue mi sobrino dígale que se espere allí que ya me reuniré con él.

Bajaratt colgó el teléfono y regresó al taxi, pensando con rapidez. ¿Cómo había encontrado Londres la lista de teléfonos? ¿Quién había fallado?... 0 lo que es peor, ¿a quién habían descubierto? ¡No! No podía permitirse especulaciones sin respuesta. ¡Lo único que importaba era hoy, esta noche! La señal, como un relámpago monstruoso y demoledor, atravesaría el mundo.

Librodot

Eran las 2.45 de la madrugada cuando Hawthorne salió de la urbanización del general Michael Meyer en Arlington, Virginia. Al tomar la carretera de salida, sacó la grabadora del bolsillo interior de la chaqueta y comprobó con alivio que la lucecita roja todavía estaba encendida; rebobinó la cinta durante varios segundos, apretó el botón de «play» y oyó sus voces. El pie pisó automáticamente el acelerador; era a la vez un gesto de alegría y un genuino deseo de llegar cuanto antes al Shenandoah Lodge. Todo había funcionado; tenía grabadas casi dos horas de conversación entre el jefe de la Junta de Estado Mayor y él... entre él y la élite de Escorpión.

En cuanto entró, Meyers lo estudió con una mirada mezcla de respeto y furia, la mirada que podría resultar, según fuese su legado, más peligroso muerto que vivo. Tyrell conocía ese tipo de hombre demasiado bien; los había a montones en Amsterdam, siempre dispuestos a todo para conseguir sus fines, todos con un ego inmenso. Y Hawthorne había apelado al ego de Maximun Mike, jugando con él implacablemente, hasta que, finalmente, fue imposible negar el inmenso «yo» de Meyers. El obsequioso admirador que le hacía las preguntas era un imbécil; podía decir lo que quisiese con toda impunidad y si alguna vez necesitaba una defensa, el respetuoso interrogador sería su primera línea de defensa.

El general necesitaba una más de la que creía, pensó Tyrell cuando entraba en la autopista. Hawthorne se dio cuenta en cuanto el ayudante del general le abrió la puerta. A primera vista, el corpulento subordinado no era diferente al ayudante militar que Tyrell había visto en el vestíbulo oscuro de la casa de los Ingersol; sin embargo, no era el mismo hombre. Era otra persona. El asesino había desaparecido.

Hawthorne llegó al aparcamiento del Shenandoah Lodge a las tres y media. Dos minutos después entró en la habitación donde Poole, completamente despierto, lo aguardaba sentado a la mesa frente al pequeño equipo electrónico.

-¿Sabes algo de Cathy? -preguntó Tyrell.

-No sé nada más desde que hablamos hace unas horas y he llamado media docena de veces.

-Dijiste que había movido una pierna. Eso quiere decir algo, ¿no?

-Eso es lo que dijeron al principio, ahora ya no dicen nada, excepto que no vuelva a llamar, que ya me llamarán. Así que para evitar pensar me he dedicado a tontear con Langley.

-¿Qué quieres decir con «tontear»?

-Alguien ha cogido tu radiofaro y está volviendo locos a los chicos del filtro. No hacen más que llamarme para preguntarme si estamos en contacto y yo les digo que sí, que de vez en cuando, y quieren saber por qué te has parado en Wilmington, en Delaware y después has seguido hasta Nueva Jersey.

-¿Qué les has dicho?

-Que obviamente las fuerzas aéreas tienen aparatos mucho más avanzados que los nuestros y que no creía que fueses camino de Georgia.

-No lo líes más; si vuelven a llamar diles la verdad. Estoy aquí y tenemos trabajo que hacer... y es verdad.

-¿La cinta? -Poole abrió los ojos.

-Trae papel para que podamos tomar notas. -Hawthorne había rebobinado la cinta en el coche; puso la grabadora en la cómoda-. Vamos allá -añadió mientras el teniente traía un bloc de notas de los suministros que estaban sobre la mesa de café. Tyrell fue hacia la cama y con preocupación se apoyó en las almohadas.

-¿Cómo tienes la cabeza? -preguntó Poole. Y paró la grabadora para llevarla a la mesa.

-La criada de Palisser me ha puesto una caja de gasas y un rollo de esparadrapo. Y ahora vuelve a poner en marcha ese maldito trasto y yo me dejaré el sombrero puesto.

Librodot

Los dos hombres escucharon en silencio la conversación grabada; duraba una hora y veintitrés minutos. Los dos tomaron notas y cuando terminó, los dos quisieron volver a escuchar partes concretas.

-Eres muy bueno en tu trabajo, capitán -dijo Poole con admiración-. Por unos momentos he creído que estabas del lado de Atila, rey de los hunos.

-Bien, empezaremos por el principio e iremos pasando las partes que nos interesen. Iré de una a otra, porque he apuntado los números de las que nos interesan y sé dónde están.

-¿Pero qué demonios eres? ¿Un abogado?

-Oh, qué pena, mi papá siempre quiso que fuese abogado como él, pero...

-No me des la lata -lo interrumpió Tyrell-. Ponlo en marcha.

Hawthorne: En casa de los Ingersol, ¿había alguien que no esperase ver, alguien que le sorprendiese encontrar allí?

Meyers: Es difícil de responder, señor Hawthorne. Para empezar, había mucha gente y las luces no eran muy fuertes que digamos.., la verdad es que las velas de las mesas del buffet eran la única luz que había, pero por otra parte, yo no suelo comer entre horas y no estaba allí. Un soldado puede arrastrarse sobre su estómago, pero si está muy lleno no, ¿no es así?

Hawthorne: Por supuesto, general. Pero pensando en ello, ¿no hay alguien que se le quedase grabado? Tengo entendido que tiene una memoria increíble. Sus tácticas contra los del Vietcong, según me han dicho, se basaban en fotografías aéreas que nadie más podía recordar.

Meyers: Cierto, cierto, pero siempre tenía ayudantes y eso era muy importante... Sí, ahora que lo pienso había varios miembros del Senado cuya presencia me asombró. De tendencias políticas bastante izquierdosas, si sabe a lo que me refiero, y por todos era sabido que David Ingersol era amigo del Pentágono.

Hawthorne: ¿Podría ser más específico, general?

Meyers: Si. El senador por Iowa, el que no hace más que decir que sacrificamos a los agricultores para beneficiar los presupuestos de Defensa, y la verdad es que ¿quién, sino el cinturón agrícola, obtiene más subvenciones? Como siempre, estuvo pontificando con esa pose de diácono del Medio Oeste tan suya. Y otros dos izquierdistas cuyos nombres no recuerdo, pero me miraré los álbumes del Congreso y le llamaré.

Hawthorne: Sería de gran ayuda, general.

Meyers: No sé muy bien por qué.

Hawthorne: Cualquier cosa inesperada puede ser positiva, general. Esa gente podría librarse de toda sospecha simplemente por estar allí. Hemos oído que hay desacuerdos en las filas de la conspiración de Bajaratt.

Meyers (interrumpiendo): ¿Ah sí?

Hawthorne: Se están extendiendo. Dentro de unos días, quizá horas, tendremos sus nombres.

Meyers: Parece increíble, capitán... Dios sabe que espero que tenga razón.

-Vale, ésa es la primera -dijo Poole, parando la grabadora-. ¿Algún comentario? Yo no la he escogido, has sido tú, Tye.

-Porque yo estaba dentro, observando desde una esquina del vestíbulo y vi cómo Meyers se comía todo lo que había en la mesa del buffet. Para él no había ningún problema de luz, las velas daban mucha luz. Y por lo que respecta a quién vio, me daba igual, sólo quería saber...

-¿Y meterle un poco de miedo acerca de la disensión en las filas de Bajaratt? -dijo Poole sonriendo.

Librodot

-Hoy en día lo llaman «psicodesequilibrar», teniente. Meterle un atizador por el culo es como yo lo llamo. Oigamos la segunda.

-Es breve, pero creo que no tiene desperdicio. Y también la hizo usted.

Hawthorne: ¿Le aconsejó mal alguna vez David Ingersol, quien como sabemos era un traidor y tenía tratos con Sangre de Niña, en sus negociaciones con los contratistas?

Meyers: ¡Dios mío, claro que puse en duda muchas de sus decisiones legales! ¡Yo desde luego no soy abogado, pero algo me olía mal, eso se lo aseguro!

Hawthorne: ¿Insistió usted en sus objeciones, señor?

Meyers: ¡Por supuesto! No en los informes, pero sí oralmente. ¡Dios, jugaba al golf con el presidente!

-Ofuscación absoluta -dijo Poole-. Nadie puede probar nada «oralmente».

-Conforme -convino Tye-. La siguiente, por favor.

-También es corta, y ésta fue cosa de los dos.

Hawthorne: Edward White, el socio de Ingersol, nos dijo que le preguntó a usted si sabia algo de una investigación del Departamento de Estado sobre los asuntos de David Ingersol. Sin duda debía de estar usted al corriente, general, habida cuenta de que controlaba los informes sobre los progresos de Sangre de Niña acerca del equipo confidencial...

Meyers: ¿Qué me está preguntado?

Hawthorne: No le pregunto nada, señor, simplemente le doy las gracias por haber llevado tan bien una situación de la máxima reserva. Un hombre de menor categoría hubiera caído en la trampa.

Meyers: ¿De revelar información ultrasecreta? No, nadie de mi personal, si me enterase lo haría fusilar. Desde luego yo lo sabía, pero está claro que no se lo dije a nadie.

-Eso es un bingo -dijo Tyrell-. Yo no estaba en la lista y por lo tanto no fue nunca enviado. Palisser me consiguió todos los documentos, pero no dijo nada.

-Por eso he escogido esta parte -asintió Poole-. Prosigamos con la siguiente, ¿te parece?

Meyers: ¿Qué cree que pasó en realidad, capitán?

Hawthorne: Puedo mostrarle lo que me pasó a mí. Ya ve mi cabeza, es bastante feo, pero eso es lo que hay.

Meyers: Terrible, sencillamente terrible... Claro que he visto cosas mucho peores, pero eso era en combate, no en un percance urbano. ¡Dios mío, adónde hemos llegado!

Hawthorne: Usted fue el mejor oficial de combate del Ejército.

Meyers: No, hijo, mis soldados eran los mejores...

Hawthorne: Su modestia es excepcional para un hombre con su historial.

Meyers: Uno no debe echarse flores, sobre todo si se las echan otros, ¿no le parece?

Hawthorne: Corno siempre, tiene razón, general ¡Pero alguien mató a Richard Ingersol y me atacó en el jardín antes de que pudiese ver de quién se trataba!

Meyers (interrumpiendo): Debería haber hecho un curso de formación de combate, capitán. Aparte de los de tierra, mar y aire, no creo que hiciese nada más en la Armada. Por otro lado, tengo entendido que tuvo bastantes problemas en los islas cuando iba tras la pista de la Niña y que dos de sus colegas, un inglés y un francés, fueron asesinados, pero que usted consiguió escapar. Usted también debe de ser muy competente, marinero...

-Para, Jackson -dijo Tyrell, inclinándose con la silla hacia delante, mientras Poole paraba la grabadora-. Quería asegurarme que lo había oído bien. Y así es, otro bingo. En ningún momento Londres o París admitieron que Cooke o Ardisonne perteneciesen al MI-6 o al Deuxiéme Bureau. Meyers consiguió esa información a través de la red Escorpión. Washington nunca la mencionó en los informes sobre la evolución del caso Bajaratt; nosotros

no hablamos del personal de los servicios de inteligencia aliados y ellos no hablan de nosotros.

-Un clavo más en el ataúd de Maximum -señaló Poole-. Y ahora, vamos a quitar unas cuantas capas de la psique del general. Los dos hemos escogido esta parte porque denota un perfil psicológico bastante preocupante. Aquí hiciste un trabajo fantástico, Tye... Venga.

Hawthorne: Su hoja de servicio, general, es la mejor del Ejército, la envidia y la honra de todo soldado que ha servido a esta nación...

Meyers (interrumpiendo): Le agradezco el cumplido, pero, como le he dicho antes, nunca estuve solo. Incluso en los potros de tortura y en los agujeros de tigre del Vietcong, sabía que el pueblo americano me apoyaba. Nunca perdí la fe.

Hawthorne: Entonces, general... y ésta es una pregunta personal, que no tiene nada que ver con lo que ha pasado esta noche... ¿cómo puede aceptar que se reduzca al Ejército a su mínima expresión? Se lo pregunto como gran admirador suyo que soy.

Meyers: ¡No pasará! ¡No puede pasar! ¡Hay misiles intercontinentales apuntándonos desde todos los puntos del globo! ¡Tenemos que armarnos y rearmarnos! Puede que los soviéticos ya se hayan acabado, pero otros pueden ocupar sir lugar. ¡Rearmarse, por el amor de Dios, hay que rearmarse! ¡Tenemos que volver a ser lo que éramos!

Hawthorne: Evidentemente, estoy de acuerdo con usted, general, pero ¿cómo puede conseguirse? Tanto los políticos republicanos como los demócratas están pidiendo reducciones en el presupuesto de Defensa y prometiendo al país un «dividendo de paz» que principalmente provendría de Defensa.

Meyers (bajando la voz): ¿Cómo puede conseguirse? Déjeme que se lo explique, capitán, pero esto que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

Meyers (la voz apenas audible): Primero tenemos que desestabilizar, Hawthorne; alarmar al país, hacedles saber que tenemos enemigos por todas partes! Y una vez alarmados, recuperamos nuestro lugar que es el de guardianes de nuestro país.

Hawthorne: ¿Qué tipo de alarma, general? ¿Contra qué?

Meyers: Contra lo inevitable en una sociedad dividida, devastada por indeseables y agitadores. Tenemos que ser fuertes y llenar el vacío con liderazgo.

-Sería un genio -dijo Poole parando la grabadora-. Si tuviese sentido del humor sería un magnífico humorista, pero no es más que un hijo de puta grotesco.

-Está paranoico -añadió Tyrell en tono tranquilo-. Es el escorpión dedicado, perfecto para los Proveedores. No sólo tiene las cuentas bancarias llenas, aunque probablemente eso no le importe nada, sino que además cree de verdad que sus sueños de conseguir el poder por la fuerza se pueden hacer realidad. Lo que da miedo es que podría suceder en unos segundos, con una sola bala o una sola granada, disparada o lanzada por alguien a quien no podamos encontrar, alguien que haya dedicado toda su vida a realizar este asesinato. ¿Dónde... dónde está ella?

CAPÍTULO XXXIII

Eran las 8.12 de la mañana cuando el hotel Carillon dio nuevamente la bienvenida a la señora Balzini y a su sobrino, después de ser amablemente atendidas todas las formalidades por un servicial conserje demasiado exquisito para sus labores. A las 8.58, Bajaratt telefoneó al banco de su preferencia del valle de la Bekaa, en las islas Caimán, usó su código secreto y le aseguraron que la suma de cincuenta mil dólares norteamericanos sería enviada al hotel dentro de una hora, sin emplear ningún mecanismo de transferencia. El dinero llegó en un sobre cerrado.

Librodot

-¿Debo cogerlo? -preguntó Nicolo en cuanto se fue el ejecutivo del banco.

-Cogerás lo que yo te dé. Confío en que el noble muchacho del muelle comprenda que yo debo haber hecho algunas previsiones para mí. Tú recibirás tus veinticinco mil, pero el resto me pertenece a mí como premio a mis esfuerzos. ¿Por qué me miras tan extrañado?

-¿Qué va a ser de la signora? ¿A dónde irás, qué harás?

-Todo eso lo sabrás esta noche, mi niño amante, al que adoro.

-Si tanto me adoras, ¿por qué no me lo dices? Dices que me dejarás esta noche; si te esfumas, me quedaré solo... Cabi, ¿es que no puedes comprenderme? Me has hecho parte de ti. Yo no era nadie y ahora soy alguien gracias a ti. Pensaré en ti el resto de mi vida. No puedes desaparecer de pronto y dejarme sumido en la confusión, en la nada.

-No habrá confusión, y en cuanto a quedarte solo, ya tienes tu ángel, ¿no?

-Eso es una esperanza remota, no un hecho consumado.

-Basta de charla -dijo Bajaratt, acercándose al escritorio y abriendo el sobre después de romper los tres precintos y rasgar la tira de cinta adhesiva. Sacó veintiséis mil dólares, entregó mil a Nicolo y puso veinticinco sobre la mesa, dejando veinticuatro mil dentro del sobre. La Baj unió los precintos y entregó el sobre al chico de los muelles de Portici, junto con los mil dólares-. Con esto debería bastar para tus gastos hasta Nueva York -dijo-. ¿Qué más generosa y honrada puedo ser contigo?

-Grazie -dijo Nicolo-. Esta tarde entregaré el sobre a Angelina.

-¿Puedes confiar en ella, chico de muelle?

-Si. Angelina no es de tu mundo, ni del muelle. He hablado con ella hace unos minutos; iba camino del aeropuerto para coger el avión de las ocho de Washington. Llegará aquí a las dos veinticinco, puerta diecisiete. Estoy impaciente.

-¿Qué le dirás a tu famosa dama?

-Lo que me salga del corazón, signora, no de la cabeza.

A Bruce Palisser, secretario de Estado, le habían despertado desde la Casa Blanca a las 5.46 de la mañana, y a las seis y diez se encontraba en su limusina camino del Despacho Oval. Siria e Israel estaba en un callejón sin salida; las hostilidades -presumiblemente nucleares- estaban a punto de romperse a menos que los esfuerzos combinados de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania fueran capaces de enfriar las tensiones entre ambos países. A las seis treinta, la esposa de Palisser recibió una llamada del capitán de corbeta Hawthorne, pidiendo hablar con él de inmediato. Era urgente.

-Al parecer, algo más ocurre -respondió Janet Palisser-. Está en la Casa Blanca.

-Lo lamento, señor, pero tenemos órdenes de no interrumpir la reunión del Consejo de Seguridad bajo ninguna circunstancia...

-¡Suponga -le atajó un Tyrell frustrado-, suponga por un instante que se encuentra en el aire un misil balístico en dirección a la Casa Blanca! ¿Podría usted entonces ponerme con él?

-Me está usted diciendo que es cierto lo de ese misil balístico...

-¡No, no le estoy diciendo eso! ¡Le estoy diciendo que necesito contactar con el secretario de Estado por un asunto de extrema urgencia!

-Llame al Departamento de Estado.

-¡No puedo llamar al Departamento de Estado!... Me tiene dicho que hable directamente con él.

-Entonces llame a su avisador de emergencia.

-¡No dispongo de avisador!

-No digo al suyo, sino al de él. Si no tiene su número, no será usted muy importante.

-¡Por favor, tengo que hacer llegar un mensaje al secretario Palisser!

-Espere un segundo; ¿cómo ha dicho que era su apellido?

-Hawthorne.

-¡Jesús!, lo siento, señor. Su nombre ha sido agregado al final de la lista del ordenador. Ya me entiende, las letras son tan pequeñas... El mensaje, por favor.

-Dígale que me llame inmediatamente. El sabe dónde; estaré esperando. ¿Lo recibirá inmediatamente?

-Lo estoy enviando, señor. -Sonó un golpecito seco y enmudeció la línea.

Hawthorne se volvió hacia Poole, que estaba escuchando sentado en un sillón con el cuerpo hacia delante.

-Hay una reunión de emergencia en la Casa Blanca, y la centralita tiene que leer la pequeña identificación antes de ponerme con Palisser para decirle que un perturbado general, que probablemente se encuentra en la habitación, está conspirando para asesinar al presidente.

-¿Qué hacemos ahora?

-Esperar -respondió Tyrell-. Esa es la peor parte.

La pareja pasó por la Aduana de Estados Unidos y entró en la terminal principal del aeropuerto internacional de Dulles. Sus maneras eran casuales, pero no su presencia en el país. Eran agentes del Mossad y su misión era de lo más trascendental de los últimos tiempos. Portaban la identidad de un hombre considerado la figura clave de la operación Bajaratt, un senador llamado Nesbitt, quien, por razones demenciales, estaba conduciendo a la terrorista a la muerte; un asesinato que tendría lugar cualquier día a cualquier hora.

Habían llegado en El Al, vuelo 80002, de Tel Aviv, y, según habían explicado al oficial de Aduanas, su estancia sería breve. Eran ingenieros que trabajaban para el gobierno israelí y habían sido enviados a una conferencia de Washington a fin de reunir fondos sobre ulteriores proyectos de irrigación en el desierto del Néguev. El rutinario empleado estampó su sello, les deseó un buen día y levantó la cabeza hacia el pasajero siguiente.

Los agentes del Mossad se encaminaron rápidamente a la terminal; la mujer iba vestida con un severo conjunto negro profesional, mientras que su compañero lucía un traje gris igualmente sobrio. Ambos llevaban sendas bolsas de viaje cubiertas de tejido de fibra e idénticos maletines. Se acercaron, juntos, a una hilera de teléfonos públicos. La mujer de cabello oscuro, dijo:

-Lo llamaré a su número particular del Departamento de Estado, el que nos dio el coronel Abrams.

-Rápido -dijo su colega, un hombre rubio cuyo pelo había menguado perceptiblemente, con unas melenas que hacían juego con el color de su cuero cabelludo-. Pero recuerda, si no responden antes del quinto timbrazo, cuelga.

-Entiendo. -Después del quinto timbrazo, la comandante colgó el teléfono-. No contestan.

-Entonces llamaremos a su casa. Debemos evitar las centralitas.

-Aquí tengo el número. -La comandante recuperó la moneda de la ranura, volvió a introducirla y marcó. -¿Diga? -dijo una voz de mujer.

-Con el secretario de Estado, por favor. Es muy urgente.

-Eso le pasa a todo el mundo -replicó la voz con irritación-. Si tiene algo urgente que decirle al secretario, llame a la Casa Blanca. Yo me voy a St. Michaels.

-Una mujer más bien irritada ha colgado -dijo, perpleja, la oficial del Mossad, volviéndose hacia el capitán-. Ha dicho que llame a la Casa Blanca...

-Lo cual nos está prohibido hacer -la interrumpió su subordinado- Sólo podemos hablar con el secretario de Estado. -Obviamente, está en la Casa Blanca.

-No podemos llamar a la centralita; sólo podemos fiarnos de Palisser. Abrams comunicó por los canales diplomáticos que esperaba a dos visitantes. El coronel y el secretario son amigos, y, viniendo de Abrams, Palisser creerá en nuestra urgencia.

-Entonces disiento de nuestras instrucciones. Puesto que Palisser está en la Casa Blanca, no veo motivos para no llamar a la centralita y dejar un mensaje para él, Abrams dijo que cada hora era vital.

-¿Qué clase de mensaje? No podemos identificarnos.

-Dejaremos recado de que han llegado los primos de su amigo, el coronel David, y le llamarán lo antes posible por la Línea privada de su casa, o incluso de su despacho, si queremos...

-¿De su despacho? -la interrumpió el capitán, ceñudo.

-Cada hora que pasa es vital -dijo la comandante-. Lo hacemos sin identificarnos, y él puede dar instrucciones a algún ayudante, secretaria o criado para que nos diga cómo y dónde podemos contactar. Debernos darle el nombre de Nesbitt... Busquemos una limusina, con teléfono.

El aparentemente despreocupado oficial de la Aduana esperó varios minutos hasta asegurarse de que la pareja no se volvería a mirarle. Con vencido de que se habían marchado, puso sobre su mostrador el cartel rojo de Esperen y descolgó el teléfono. Marcó tres números, conectando instantáneamente con el jefe de Seguridad de Inmigración, en la oficina de arriba, cuya sala disponía de dos filas de monitores de televisión montados en la pared ligeramente por encima de las numerosísimas consolas electrónicas.

-Es posible que sean ellos dos -dijo el funcionario-. Hombre y mujer, con edades y descripciones ligeramente similares.

-¿Ocupación?

-Ingenieros, según dicen y aparece escrito. Figura en sus tarjetas.

-¿Objeto de la visita?

-Recaudar fondos para proyectos en el desierto del Néguev. Deben de estar ahora en la terminal. La mujer es ligeramente más alta y va vestida de negro, él va con un traje gris y ambos llevan bolsas de viaje y maletines.

-Los cogeremos en el monitor y veremos si son ellos. Gracias.

El jefe del Servicio de Inmigración, un hombre obeso, de mediana edad, con cara hinchada y ojos neutros, se levantó de la silla de su escritorio situado detrás de un gran tabique de cristal y se dirigió a la habitación exterior donde había cinco personas sentadas en sillas delante de sus consolas y monitores de televisión.

-Hay que buscar a una pareja -ordenó-. La mujer es más alta y va vestida de negro, y el tipo lleva un traje gris.

-Ya los tengo -dijo en menos de treinta segundos la mujer de la cuarta silla-. Están hablando al lado de un teléfono.

-Buen trabajo. -El jefe de seguridad se acercó a la operadora-. Dame una imagen más cercana. -La operadora giró un mando de su consola, el cual activó a su vez la lente

telescópica de una cámara de la terminal. Las dos figuras adquirieron un tamaño mayor, y el jefe comentó con hastío-: Por Dios, no se parecen en nada a las fotografias. Olvídalo, muchacha. Ahí abajo tenemos un chupatintas que disfruta dándole al gatillo.

-¿Qué estás buscando, Stosh? -inquirió uno de los hombres.

-A una pareja de judíos que pueden estar trayendo diamantes... No te ofendas, Moe.

-No va por mí -dijo el operador llamado Morris-. Yo tengo un saco lleno en mi sótano. Me llegaron con mi bar mitzvah.

El jefe se echó a reír con el resto del equipo y se dirigió a la puerta de salida.

-Por lo tanto, Moe, encárgate de mi teléfono. Tengo que ir al lavabo. -El jefe de seguridad salió a un angosto corredor, dobló a la izquierda y corrió hacia el final donde había una barandilla y una galería aún más estrecha desde la que se divisaba gran parte de la terminal. Se sacó del bolsillo una radio portátil y cambió a otra frecuencia. Se la pegó a los labios y empezó a hablar mientras bizqueaba escudriñando la multitud de abajo hasta localizar lo que había visto en el monitor.

-Crótalo, aquí Avegato. Adelante.

-Aquí Crótalo. ¿Qué pasa?

-Confirmados los objetivos.

-¿La pareja M? ¿Dónde?

-Se dirigen al andén de limusinas. Él lleva traje gris; ella es más alta y va de negro. !Moveos!

-¡Los veo! -musitó una tercera voz por la radio-. Estoy a menos de quince metros de ellos. ¡Jesús!, están ganando velocidad; tienen prisa.

-Y nosotros también -dijo el jefe de Seguridad de Inmigración, que figuraba en la lista de los escorpiones con el número catorce.

Los dos agentes del Mossad iban sentados en la parte trasera de la limusina, con sus maletines apoyados en las bolsas de viaje sobre los asientos plegables. El maletín del capitán estaba abierto. En su mano izquierda, el rubio agente secreto sostenía una tarjeta laminada, de diez por quince centímetros de tamaño, en la que figuraban todos los números telefónicos, no seguros, que posiblemente podría necesitar en Estados Unidos: las principales direcciones de embajadas y consulados, agencias de inteligencia, aliadas y enemigas, restaurantes y bares favoritos y, varias mujeres que consideraba podían recibir de buen grado su atención.

-¿De dónde has sacado eso? -inquirió la comandante.

-Lo hice yo mismo -repuso el capitán-. Odio buscar cosas en la guía telefónica. Recuerda que estuve destinado aquí durante año y medio.

-No puedo recordarlo puesto que no se me ha dicho jamás.

-Tenemos todo muy en secreto, ¿verdad? ¿Quieres creer que no sé cuál fue tu último destino? -El rubio capitán introdujo una tarjeta de crédito en la ranura del teléfono y esperó que apareciera la palabra Dial en el delgado panel-. No hables ahora -continuó mientras marcaba los números de su ficha-. Estoy llamando a la centralita de la Casa Blanca, y no se molestan en hacer preguntas; sólo reciben mensajes.

-¿Has hecho esto antes...?

-Frecuentemente. En los despachos privados de la tercera planta había una preciosidad episcopaliana... ¡Shhh! Ya tengo una operadora.

-Aquí la Casa Blanca -dijo una cansada voz femenina al otro extremo de la línea.

-Disculpe, señorita, pero acabo de hablar con la esposa del secretario de Estado, la señora Palisser, la cual me ha informado que su marido está con el presidente. Por favor, quisiera dejar un mensaje para el señor Palisser.

Librodot

-¡Santo Dios, con tantas operadoras que hay aquí, y tengo que ser yo la que reciba otro que le anda buscando! Déme un respiro. ¿Está usted autorizado también? De lo contrario, el Consejo de Seguridad no puede ser interrumpido.

-No me proponía interrumpirlo, señora, sólo quiero dejar un mensaje.

-¿Cuál es el mensaje?

-Sólo decirle que están en la ciudad los primos de su viejo amigo el coronel David y estaremos en contacto con su residencia y con su despacho tan frecuentemente como podamos. Que deje dicho dónde podemos encontrarle a su conveniencia.

-¿Quiere dejarme algún número?

-Sería presuntuoso por nuestra parte, y no me gustaría ponerla a usted en ningún otro aprieto.

-Tranquilo, «Hijo del coronel David». Recibirá su mensaje en cuanto acabe la reunión.

El capitán del Mossad colgó el teléfono y se recostó en el asiento.

-Nos turnaremos para llamar a su despacho y a su residencia cada cinco minutos. Como tú dices, hemos de conseguir darle el nombre de Nesbitt aunque tengamos que hacerlo por teléfono -dijo él. El capitán se inclinó hacia delante para devolver la cartulina a su bolsa cuando de repente miró al exterior por la cerrada ventanilla izquierda. ¡Una segunda limusina los iba acosando para sacarlos de la autopista! Sus ventanillas traseras estaban abiertas... ¡y en sus espacios oscuros se veían armas de fuego!

-¡Al suelo! -exclamó arrojándose encima de la comandante en el momento que se iniciaba una interminable descarga cerrada de balas blindadas sobre los cristales y el metal, traspasando los cuerpos que había dentro. Durante el salvaje atentado, fue arrojada una granada de mano por la maltrecha ventanilla. La limusina se salió de la carretera v empezó a rodar por el arcén hasta ir a estrellarse, con un ruido metálico, contra una valla y se incendió.

Aquello fue la muerte para los mensajeros de Tel Aviv.

CAPÍTULO XXXIV

La autopista del Aeropuerto Dulles estaba convertida en un caos. Treinta y siete vehículos se habían accidentado, chocando unos contra otros, mientras que el fuego de la explosión se extendía por la calzada, como consecuencia del acribillado depósito de combustible de la destrozada limusina. En pocos minutos el aire de la mañana se llenó del gemido de las sirenas y el ensordecedor estruendo de los rotores de los helicópteros, a lo que se unió poco después el chirrido de notas nah-noahs de las unidades médicas de emergencia flanqueando ambos arcenes de la carretera para llegar hasta donde estaban los heridos.

No fue sólo la muerte de los pasajeros de Tel Aviv, fue el fin de la vida para veintidós inocentes, hombres y mujeres, que lo único que buscaban era llegar a casa y reunirse con sus familias después de un arduo viaje. Fue una obscenidad nacida de una conspiración mucho más obscena, nacida incluso otra vez años antes junto a un niño que fue obligado a presenciar la decapitación de sus padres en los montes Pirineos. Una locura a las 10.52 de la mañana en un esplendoroso día de verano.

11.35 de la mañana.

Bajaratt estaba a punto de perder la paciencia, por no decir el juicio. ¡No conseguía contactar con el senador Nesbitt! En vez de ello, primero fue un recepcionista, luego una

secretaria subordinada, seguida por una secretaria particular y finalmente un ayudante hasta llegar al senador en persona.

-Soy la condesa Cabrini -dijo con firmeza la Baj-. Estoy verdaderamente convencida de que el senador desea hablar conmigo.

-En efecto, condesa, pero desgraciadamente no está en el despacho. Debe recordar usted, condesa, que el Senado está en vacaciones de verano, y nuestros horarios no son tan rígidos como en período de sesiones.

-¿Me está usted diciendo que no puedo localizarlo?

-Lo estamos intentando, condesa. Tal vez se encuentre en el campo de golf, o visitando amigos...

-Pero tiene un ama de llaves y un chófer, joven. Estoy segura de que el ama de llaves sabe dónde está.

-Lo único que sabe el ama de llaves es que el senador se fue en el coche, y el teléfono del coche se limita a repetir que el propietario no está en él,

-Encuentro esto completamente intolerable. Quiero hablar con el senador en persona.

-Y yo estoy seguro de que a él le gustaría hablar con usted, condesa, pero si me pregunta acerca de su cita en la Casa Blanca, permítame asegurarle que será en el horario establecido. Lo tengo aquí delante. Será usted recogida en el Hotel Carillon a las siete y cuarto en punto de esta tarde. Es un poco pronto, pero hay que tener en cuenta el intenso tráfico.

-Me tranquiliza usted. Muchas gracias.

12.17 de la tarde.

Hawthorne se lanzó sobre el teléfono de mesa del Shenadoah Lodge.

-¿Si? -dijo.

-Aquí Palisser. Me sorprende no tener noticias suyas.

-¿Que no ha tenido noticias? ¡Le he dejado media docena de mensajes!

-¿Me ha comunicado algo?... Qué extraño, estando usted autorizado a contactar conmigo.

-Lo sé; me lo dijo la operadora. Me lo decían cada vez que les daba mi nombre para comunicarme con usted.

-No he recibido ningún mensaje. Por otra parte, hasta este momento ha sido un día de gran tensión. Hubo una crisis de política exterior, pero con un poco de suerte y algunas amenazas puede que lo hayamos dispersado... ¿Qué le ha sucedido al general Meyers? Francamente, se ha comportado como un idiota durante la conferencia. ¡Su respuesta a todo fue «bombas dulces»!

-¿Qué es eso?

-Misiles capaces de volar en pedazos objetivos seleccionados que alojan a los líderes de ambos bandos; lo decía en serio.

-Es un escorpión confirmado. Lo tenemos grabado en cinta. Poseía información que sólo puede proceder de la red de escorpiones. El es uno de ellos, de eso ya no hay duda. Confía en mí, lo sé. ¡Cójalo, aíslelo, póngale bajo narcóticos!

-Aparte de eso tenemos algo más. Un amigo mío de Israel, un coronel del Mossad que piensa que tenemos más filtraciones que una criba, nos envió a dos de los suyos probablemente con información vital. De lo contrario no habría tomado medidas drásticas.

Librodot

Dejemos que se pongan en contacto conmigo y entonces nos moveremos por todos los frentes.

-Eso me gusta. Los encerraremos a todos y haremos volar a esta perra por los aires.

-¿Qué vulgaridad es ésa, capitán? No se lo dirá a nadie, ¿verdad? Esperemos.

Cuando Hawthorne colgó el teléfono, la televisión del hotel estaba mostrando las imágenes tomadas desde el aire por un helicóptero en las cercanías del aeropuerto sobre la masacre de la carretera de acceso a Dulles. Las cámaras transmitían vehículos incendiados, algunos que explotaban repentinamente, cuerpos carbonizados sobre el pavimento, una tragedia inenarrable.

El obeso jefe de Seguridad de Inmigración captó los cortos y agudos impulsos de su monitor de escorpión, se excusó una vez más ante sus subordinados y se encaminó rápidamente al teléfono público más cercano del pasillo exterior.

-Número Catorce -dijo, después de pulsar la letanía digital.
-Aquí Numero Uno -llegó la voz áspera por la línea. Sorprendente, Catorce. Buen trabajo. Lo están dando las noticias.

-Confío en que fuera esa maldita pareja -dijo escorpión Catorce-. Pensé que lo del recaudador de fondos para el desierto de Néguev sería la clave.

-Lo era. Mi contacto en la Ciudad Judía me lo facilitó, y es un duro y viejo bastardo. Si él pudiera dinamitar toda este gobierno, lo haría con sus propias manos. Me pondré en contacto con él y le daré la noticia. ¡El quiere lo que yo quiero y lo vamos a conseguir todo!

-No me lo digas. Número Uno, no quiero saberlo.

-De eso puedes estar seguro.

A trece mil kilómetros de distancia, en la calle Ben Yehudá de Jerusalén, un hombre fornido, con pecho prominente, de poco más de setenta años, estaba sentado y encorvado sobre su escritorio, estudiando el contenido de un expediente de archivo. Su rostro era como de cuero, de arrugas profundas y ojos pequeños y hostiles. Su teléfono privado, incesantemente en funcionamiento, sonó; si el que llamaba era un miembro de su familia, el hombre cortaría en seguida la comunicación, pues esta línea debía estar siempre libre, tenía que estarlo.

-¿Si? -dijo, lacónico, el viejo israelí.

-Shalom, Mustang -dijo la voz al otro extremo.

-Maldito sea, Stallion, ¿cómo ha tardado tanto?

-¿Estamos seguros?

-No empiece haciendo preguntas necias. Hable.

-Los mensajeros han sido desviados...

-¡Por amor de Dios, que no está usted en un búnquer alambrado, hable claro!

-Usted hace las cosas a su manera, yo las haré a la mía.

-Quizá debiéramos darle un curso de comunicaciones de seguridad, ¿no?

-Eso ya lo recibió usted de nosotros, probablemente para nada.

-Déjese de memeces. ¿Qué está sucediendo?

-Supongo que tiene usted razón. Estoy en un teléfono público, cargando la llamada a Palm Beach.

-Muy agudo; y ahora, las noticias.

-La limusina de la pareja fue estrellada y volada en pedazos...

-¿Documentos? -preguntó lacónicamente el israelí-. Instrucciones, identificaciones.

-Nada podría sobrevivir a aquel infierno, pero si quedara algún rastro, al laboratorio forense le llevaría días juntar las piezas. Sería demasiado tarde.

-¡Ajá! ¿Tiene que decirme algo más?

-Según nuestra persona en la agencia, será esta noche. Londres interceptó la llamada.

-¡Dios mío, entonces estará alertada la Casa Blanca!

-Nada de eso. Nuestra persona puso en cortocircuito el canal de información de entrada, y por ese canal no sale nada. Por lo que concierne a quien está aquí en Washington, la operación del MI-6 no ha tenido lugar, o fué abortada. Esta noche es como una más.

-¡Bravo, Stallion! Es todo cuanto queríamos, ¿no?

-Gracias, Mustang.

-¡Por el mundo se extenderá un terror semejante a un gigantesco incendio forestal! Y si Londres y París tienen éxito (que Dios con su sabiduría lo permita), los incendios se convertirán en una conflagración planetaria, y nosotros, los soldados, volveremos a estar en la cumbre.

-Hace muy poco he dicho mucho. Pero ello no podría suceder si usted no me llamara, viejo amigo.

-¿Amigo? -saltó el israelí-. No, nosotros no somos amigos, general; usted es el mayor antisemita que he conocido nunca. Simplemente, nos necesitamos el uno al otro, usted por sus razones, yo por las mías. Usted quiere recuperar sus impresionantes juguetes y yo quiero que Israel siga siendo fuerte, cosa que no podemos lograr sin la generosidad norteamericana. Cuando esto termine y averigüemos los horrores de los árabes en la Bekaa, su administración y su Congreso nos abrirán sus arcas..., porque aquellos que nos destruirían a nosotros les han hecho a ustedes esta cosa terrible, ¡esta cosa horrible y degradante!

-Pensamos igual, Mustang, y no sabrá nunca cuánto le agradezco que me haya llamado.

-¿Sabe por qué?

-Creo que acaba de explicármelo.

-No, no, no ese «porqué»; el «cómo» antes del porqué.

-No le entiendo.

-Ese acomodaticio intelectual Abrams, el coronel Abrams del todopoderoso Mossad, confió en mí. Imagínese usted, ese presunto genio organizativo cree que yo estoy de su lado, que yo quiero la paz con los sucios y salvajes árabes, simplemente porque fui el más grande luchador de la historia de nuestro país, que, para mantener mi posición y atención pública, ahora expreso admiración hacia los idiotas del gobierno... El me dijo, y se lo juro sobre la Torá: «Las filtraciones son demasiado profundas y copiosas, ya no puedo confiar en nuestros canales.»... Y yo le dije: «¿De quién se puede usted fiar?», y él repuso «Sólo de Palisser. Cuando yo era encargado de asuntos militares en la Embajada, hablábamos frecuentemente, y pasé un fin de semana en su casa de la costa. Los dos pensamos igual.»... Entonces le dije: «Envíe correos, dos en vez de uno, no sea que haya complicaciones, pero que sólo le vean a él. Conviértalos en ingenieros (todo el mundo es ingeniero), que yo tengo proyectos para el Néguev y le apoyaré.»... Igual que un cachorro hambriento, se puso a alabarlo y a decir lo creativo que yo era. Y lo era. ¡Ahora, el senador del Estado de Michigan es un don nadie!

-Y entonces me llamó usted -dijo tranquilamente la voz.

-Si, le llamé -convino el fornido viejo-. Nos entrevistamos dos veces, amigo mío, y vi ante mí a un hombre lleno de odio, de un odio parejo al mío propio por razones no diferentes. Consideré que era un riesgo intuitivo que valía la pena correr. Yo expliqué los hechos sin sacar conclusiones; las sacó usted por sí mismo.

-Su intuición fue correcta.

-Los soldados excepcionales, especialmente los líderes curtidos por la guerra, conocemos la forma de penetrar mutuamente en nuestras almas, ¿verdad?

Librodot

-Se equivoca usted en una cosa. Yo no soy antisemita.

-¡Claro que lo es, y yo también! ¡Primero quiero luchadores y luego judíos, igual que usted quiere primero luchadores y luego paganos! Las sinagogas y las iglesias son muy a menudo impedimentos.

-Ahora que lo pienso, tiene usted razón.

-¿Qué hará usted, esta noche por ahí?

-Estar bien cerca, o tal vez dentro de la Casa Blanca. Después de todo, tendré que actuar muy deprisa, con mucha firmeza.

-¿Es allí donde va a ocurrir?

-¿Dónde si no? Dudo... que volvamos a hablar.

-Supongo que no. Que tenga un buen día, Stallion.

-Shalom, Mustang -dijo el general Meyers, máximo responsable de la Junta de Jefes de Estado Mayor, colgando el teléfono.

CAPÍTULO XXXV

2.38 de la tarde.

Angel Capell cruzó la puerta diecisiete del aeropuerto nacional arrollada por una nube de pasajeros y fotógrafos independientes que hacían preguntas a gritos. Cuando localizó a Nicolo y a la tía de éste, fueron conducidos por un oficial de las líneas aéreas a un despacho privado.

-¡Cuánto lo siento, Paolo! Debes de sentirte muy incómodo con todas estas tonterías.

-¡Todo el mundo te quiere! ¿Cómo puedo sentirme incómodo?

-Yo sí. Mi único consuelo es que un mes después de que haya terminado la serie seré una vieja gloria y oiré cosas como «¿No era ésa Angel Capell?.

-¡Jamás!

-Eh, no lo estropees. De lo contrario puede que vuelva a actuar en serio.

Bajaratt los interrumpió, entregando a Angel el sobre cerrado y diciendo:

-Su padre no quiere que él vea las instrucciones hasta mañana.

-¿Por qué?

-No puedo decirlo, Angelina, pues lo ignoro. Mi hermano tiene sus métodos brillantes y no los cuestiono. Lo único que sé es que tengo asuntos en otra parte, y que Dante Paolo me dice que desea ir a Nueva York mañana por la mañana para verte a ti y a tu familia.

-Si tú me lo permites, Angel -dijo Nicolo, inseguro, juntando las cejas con temor.

-¿Permitírtelo? ¡Caramba, eso es fabuloso! He conseguido para mi gente un sitio en un lago de Connecticut. ¡Podemos ir todos allí a pasar el día, tal vez el fin de semana, y te enseñaré a una actriz que sabe cocinar, noble muchacho!

El oficial de las líneas aéreas que los había llevado a la habitación abrió súbitamente la puerta.

-Señorita Capell, nos hemos puesto en contacto con su estudio y están de acuerdo. Disponemos de un jet privado que la llevará a Nueva York: resultará mucho más sencillo y no será usted molestada.

-No me molesta ser molestada. Esas personas constituyen la audiencia, amigo mío.

-Bueno, ellos también dejan sus asientos y llenan los pasillos durante el vuelo.

-Oh, comprendo. Entonces es a ustedes a quienes les molesta.

-Cuestión de seguridad, señorita Capell.

-Oh, comprendo nuevamente. Bueno, en eso no puedo culparle, señor.

-Muchas gracias. Si no le importa, deberíamos partir en seguida. La puerta diecisiete es una locura.

-¿Qué hay de mi equipaje? Sólo son dos maletas, pero las necesito.

-Ya están a bordo.

-¡Fantástico! Te veré mañana, Paolo. Tienes nuestra dirección y teléfono, ¿verdad?

-En mi corazón, en mi memoria y en mi cartera.

-Si quieres, puedo enviar a tío Ruggio a recogerte.

-No será necesario, Angel -dijo Nicolo, mirando brevemente a Bajaratt-. Dispondré de mi propia limusina.

-¡Oh, sí..., claro! Eh, noble muchacho, si quieres puedes darme un beso de despedida. Aquí no hay fotógrafos delante, ni mi padre.

-Gracias, Angel. -Se abrazaron y besaron dulcemente y acto seguido la joven estrella de televisión abandonó la estancia junto al oficial de las líneas aéreas, llevándose veinticuatro mil dólares dentro de un recio sobre marrón.

3.42 de la tarde.

-¿Ha llegado hasta él? -preguntó Hawthorne por teléfono-. ¡Han pasado casi tres malditas horas y no nos ha dicho nada! ¡Esto es improcedente!

-Yo tampoco he sabido nada de los dos israelíes que traen información vital, lo cual resulta aún más improcedente, comandante -dijo el secretario de Estado Palisser, haciendo esfuerzos para contener su cólera.

-¿Qué hay sobre Meyers?

-Está bajo estrecha vigilancia, que es todo lo que aprobaría el presidente hasta que haya pruebas más sustantivas. Dejó bien claro que sufriría un revés electoral si su Administración arrestaba a un héroe de la talla de Meyers. Ha sugerido que vayamos al Senado con la información de usted y dejemos que se queme.

-Es todo agallas, ¿verdad?

-Me atrevo a decir que vacila.

-Bueno, ¿dónde está Meyers?

-Normalmente en su oficina, haciendo lo que suele hacer.

-¿Está su teléfono intervenido? -Lo notaría inmediatamente. No piense siquiera en ello.

-¿Algo de la CIA?

-Nada. He hablado personalmente con el director interino y no sabe nada. Obviamente Londres fue un fiasco, pues de lo contrario el MI-6 y nuestras propias unidades habrían encendido todos los paneles. También parecen existir allí muchas filtraciones, y no me atrevo a realizar más pesquisas, ni siquiera a través de nuestros canales presuntamente seguros.

-¿Qué vamos a hacer ahora, Hawthorne? 0 más exactamente, ¿qué va a hacer usted?

-Algo que más bien no debiera, pero que maldito si lo haré. Voy a ir a ver a Phillis Stevens.

-¿Supone que podría saber algo y será capaz de contárselo?

-Probablemente no, pero ella me envió un mensaje, y lo menos que puedo hacer es contestar en persona. En otro tiempo fue una buena amiga mía. Aparte de eso, es un área que no hemos explorado.

-La Policía ha mantenido todo en silencio, pero no tienen ninguna pista...

-Las personas con las que estamos tratando no dejan pistas -lo interrumpió Tyrell-. Al menos de las que encontraría la Policía. Lo que le sucedió a Henry Stevens tenía algo que ver conmigo.

-¿Está seguro?

-No del todo, pero hay muchas probabilidades.

-¿Por qué?

-Porque Hank cometió un error, el mismo que hizo en Amsterdam. A pesar de su normal reticencia profesional, habló demasiado cuando no tenía que haberlo hecho. Es lo único que hizo en Amsterdam.

-¿Le importaría explicar eso?

-A estas alturas, ¿por qué no? El director de usted, Gillette, sabía que había hostilidad entre nosotros dos, me lo dijo él mismo. Y lo que era infinitamente más peligroso, conocía la verdadera causa del problema. Mala jugada por parte de Henry.

-No alcanzo a ver el significado. Que yo recuerde, usted no ocultaba su hostilidad hacia el capitán Stevens. De todos era conocido que él no supo reclutarle a usted; eso se quedó para los ingleses.

-Hostilidad, sí, pero yo no se lo manifesté nunca a usted ni a nadie de este círculo suyo. Me limité a dejar claro que él no era mi superior.

-Creo que está haciendo distinciones innecesarias.

-En efecto. Son cosas de este trabajo. Hay otro axioma que data del tiempo en que los faraones enviaban espías a Macedonia. El agraviado puede hacer todas las acusaciones que quiera, pero el agraviador mantiene la boca cerrada. ¿Por qué Henry le hablaría a nadie sobre las consecuencias del problema entre nosotros? Ello suscitaría preguntas acerca de su propia conducta, algo que decididamente Hank no era proclive a hacer. El punto sobresaliente aquí consiste en saber a quién más pudo habérselo contado. A alguien que viera inmediatamente la ventaja de eliminarlo, aislando mi control puesto que yo no estaba a su alcance.

-Francamente no veo la relación -protestó el secretario de Estado-. ¿Qué control?

-El fue mi hombre interior hasta que le encontré a usted, señor Palisser.

-Sigo sin entenderlo...

-Y yo también -dijo Tyrell, interrumpiéndolo-. Quizá Phillis pueda ayudarnos. Por si sucediera algo, usted tiene su número ¿verdad?

-Sin duda puedo conseguirlo; de hecho, pediré a mi secretaria que lo busque ahora mismo.

-Le llamaré después.

4.29 de la tarde.

Era tan denso el vapor que apenas podía ser vista la figura que había en un rincón de la sauna. Se detuvo el siseo gaseoso, se abrió la puerta y entró una segunda persona, apuntalándola, con una gran toalla para el único ocupante desnudo del banco hecho con listones de madera. Los vapores se escaparon en oleadas a rachas, dejando al descubierto el cuerpo deshidratado del senador Nesbitt. Tenía los ojos en esa fase entre vidriosos y concentrados y la boca abierta succionando los vapores que aún quedaban.

-Eugene, me he quedado en blanco otra vez, ¿verdad? -dijo con voz ronca mientras se ponía de pie, tambaleándose, y aceptaba la toalla que le ponía sobre los hombros su chófer y guardaespaldas.

-Sí, señor. Margaret localizó las señales poco después del almuerzo...

-Dios mío, ¿ya es por la tarde? -lo atajó el senador próximo al pánico.

-Hacía mucho tiempo que no lo hacía, señor -dijo el guardaespaldas, ayudando a su turbado jefe a salir de la sauna para dirigirse a la ducha situada a algunos metros de distancia-. Sólo uno o dos resbalones -añadió.

-Gracias a que es verano y el Senado está de vacaciones. ¿Me llevaste a Maryland?

-Era imposible, no había tiempo. En vez de eso, vino aquí el médico. Le puso un par de inyecciones y nos dijo lo que hay que hacer.

-¿Que no había tiempo...?

-Tiene usted una cita en la Casa Blanca, senador. Debemos recoger a la condesa y a su sobrino a las siete quince.

-¡Oh, Jesús, soy una ruina!

-Se pondrá bien, señor. Después de la ducha, Maggie le aplicará un masaje y una inyección de B-Uno, luego reposará una hora antes de vestirse. Se pondrá en plena forma, jefe.

-¿En plena forma, Eugene? -Nesbitt miró con expresión patética a su enfermero-. Me temo que no, amigo mío, ése es un lujo que no conoceré nunca. Vivo con una horrible pesadilla, dentro de esa pesadilla. Me golpea sin avisar y no tengo control sobre ella. A veces pienso que Dios Todopoderoso me está probando hasta el límite de mi resistencia, a fin de ver si cometo el pecado mortal de quitarme la vida para huir del dolor.

-No mientras nosotros estemos cerca de usted, señor -dijo el guardaespaldas y enfermero, colocando suavemente su carga desnuda sobre un taburete de plástico blanco que había bajo la alcachofa de la ducha y abriendo lentamente el agua tibia, la cual se fue tornando gradualmente más y más fría hasta que el chorro helado castigó el cuerpo del político-. Su cabeza está algunas veces un poco confusa, señor, pero, como dice el médico, aparte de eso usted puede funcionar mejor que el resto de ellos... Ahora vamos a poner agua un poco más fría, señor. No se aparte, se lo ruego.

-¡Aggg! -gritó Nesbitt cuando fue asaltado por el chorro glacial-. ¡Ya es suficiente, Eugene!

-Todavía no, señor, sólo unos segundos más.

-¡Me estoy congelando!

-Cortaré en unos quince segundos, es lo que dijo el médico.

-¡No puedo resistirlo!

-Cuatro, tres, dos: cierro, señor. -Una vez más, el enfermero y guardaespaldas puso la recia toalla sobre el paciente y lo ayudó a levantarse-. ¿Cómo va eso, senador? Señor, ha regresado al mundo de los vivos.

-Dicen que no hay cura, Eugene -replicó lentamente el trastornado viudo. Cuando salió de la ducha, con el brazo derecho y la espalda sujetos por su chófer, tenía los ojos diáfanos y los músculos faciales en su sitio-. Dicen que no sirve de nada el paso del tiempo ni la terapia, salvo que tome uno drogas masivas para contenerlo. Naturalmente, éstas van menguando el maltratado cerebro hasta llegar a la disfunción.

-No habrá nada de eso mientras estemos cerca de usted, señor.

-Sí, lo comprendo, Eugene, y mi gratitud es tan grande, que tú y Margaret seréis compensados después que yo me haya ido. Pero, buen Dios, hombre, ¡si hay en mí dos personas!

Y nunca sé cuál de ellas está sobre la otra. Es un puro infierno.

-Nosotros lo sabemos, señor, y también sus amigos de Maryland. Todos cuidaremos de usted.

Librodot

-Eugene, ¿quieres creer que no tengo ni la más remota idea de dónde vinieron aquellos amigos míos de Maryland?

-Seguro que lo sabe, señor. El médico de allí vino a vernos en cuanto tuvimos aquel pequeño problema en aquel lugar de películas para adultos de Bethesda. Usted no hizo nada mal; sólo fue que un par de personas sospecharon de usted.

-Ya no me acuerdo.

-Eso es lo que el médico se imaginaba... Eh, ya ha pasado todo, ¿de acuerdo, jefe? Está otra vez en la ruta, y le aguarda una gran noche, ¿verdad? ¡El presidente, señor! Va a subir usted muchos puntos entre los votantes con esta rica condesa y su aún más rico sobrino, ¿verdad?

-Si, eso creo, Eugene. Recibamos el masaje de Margaret y una siestecita.

5.07 de la tarde.

La secretaria permanente del director interino de la Central Intelligence Agency había contestado por tercera vez la llamada de Londres, aclarando finalmente que acababan de instalarse con carácter temporal, tras haber «recibido noticias de la unidad Sangre de Niña»; que el director estaba harto de tantas reuniones de emergencia por todo Washington, por lo general con el Gabinete del presidente en la Casa Blanca, y que volvería con el del director del MI-6, Rama Especial, tan pronto como terminara la crisis. Ella se había mostrado tan firme como le permitía su posición, tal vez peligrosamente firme, pero no le quedaba otra alternativa. Terminada con éxito la operación del aeropuerto de Dulles, ella era el último punto de control; las noticias de Londres no podían saltársela a ella. Miró al reloj de cristal de su escritorio. Eran sus últimos minutos en la oficina.

Escorpión Diecisiete recogió las cosas que tenía delante de ella, se levantó de la mesa y se aproximó a la puerta de su jefe; llamó.

-Adelante -dijo una voz desde dentro.

-Es la hora, señor. -La secretaria abrió la puerta y entró, llevando consigo los papeles y una pila de mensajes-. Aquí tiene las notas que quería, así como las llamadas que han ido llegando mientras estaba usted al teléfono. Dios mío, si parece el Who's Who de Washington; todos quieren ponerse en contacto con usted. -Dejó los papeles sobre el escritorio del director.

-Todos han recibido avisos y quieren que sepa cuánto piensan en mí. Ni que decir tiene que todo desaparecerá una vez que el presidente nombre su elección permanente para este cargo.

-Pensé que usted sabía...

-¿Sabía qué?

-En el Beltway se rumorea que a él le gusta usted, que respeta la labor que ha hecho aquí y sabe que en los niveles superiores de la CIA le prefieren a que venga algún aficionado de la sombrerera de la política.

-Lo he oído, pero yo no me fiaría mucho. El Hombre tiene muchas deudas políticas, y un director suplente no es una de ellas.

-Bueno, si no quiere nada más, señor, me iré para casa.

-¿No hay nada de la unidad Sangre de Niña? Debo ser informado inmediatamente.

-El mensaje está en esa pila. Se encontraba usted hablando por teléfono con el vicepresidente.

-¡Demonios, debió interrumpirme!

-No lo creí necesario, señor. Desconozco todas las circunstancias, pero me imaginé que «no hay dados en Londres» significaba lo que usualmente significa. La operación no salió bien.

-¡Maldición! -estalló el jefe director interino-. Si yo hubiera podido enviar este mensaje, podría haber tenido una oportunidad! ¿Dónde está..., cómo se llama el tipo que encabezaba la unidad?

-El y los otros han estado aquí desde las tres de esta mañana, más de quince horas sin apenas dormir antes de eso. De la manera que lo dijo, significaba que daba la jornada por concluida y estaba esperando un mejor día para mañana; después de que todos ellos se quitaran la rojez de sus ojos.

-Está bien, mañana hablaré con él. Y también con usted, por supuesto.

-Si quiere me quedo.

-¿Para qué? ¿Para ver cómo me lamo las heridas y me despido de este bonito, condenado e impresionante despacho? Váyase a casa, Helen.

-Buenas noches, señor director. -Qué bien suena eso, ¿verdad?

La secretaria dirigió su coche al centro comercial mas próximo, en Langley, Virginia, cerró la puerta con llave y echó a andar hacia el teléfono público en la explanada próxima al supermercado. Introdujo una moneda, marcó un número que tenía encomendado desde hacía tiempo a su memoria y esperó la usual serie de sonidos intermitentes. Entonces marcó cinco dígitos adicionales y a los pocos instantes sonó una voz.

-Utah, supongo.

-Número Diecisiete... Como debe ocurrirnos a la mayoría de nosotros, mi hora ha llegado. No puedo volver allí mañana.

-Casi me lo figuraba. Te sacaré del país esta noche. Llévate lo menos posible contigo.

-No tengo básicamente nada. Todo lo que necesito se encuentra ya en Europa, desde hace varios años.

-¿Dónde?

-Eso no te lo diré ni a ti.

-Muy bien. ¿Cuándo quieres partir?

-Lo antes posible. En mi apartamento no hay nada que necesite, excepto mi pasaporte y algunas joyas. Iré allí en un taxi. Todo debe quedar igual que está, como si yo no hubiera vuelto. Vivo cerca de aquí, de modo que puedo estar lista en quince o veinte minutos.

-Entonces ve en el taxi a Andrews y preséntate en seguridad. Serás incluida en el próximo vuelo diplomático-militar para París.

-Buena decisión. ¿Cuándo sale?

-Como dentro de hora y media. Que lo pases bien, Diecisiete.

-Eso intento. Me lo he ganado.

CAPÍTULO XXXVI

Después de dar instrucciones a Poole para que se quedara junto al teléfono en el Shenadoah Lodge, esperando principalmente noticias acerca de Catherine Nielsen, Hawthorne se enfiló con el coche por la calle suburbana bordeada de árboles y aparcó sobre la acera frente a la casa del capitán Henry Stevens, jefe de inteligencia naval asesinado. En el paseo de

entrada había un vehículo gris del Departamento de Marina, un coche patrulla de seguridad. Tyrell fue recibido por un oficial jefe de menor rango, quien señaló con la cabeza hacia una sala donde había una mujer vestida de negro mirando por la ventana.

El encuentro entre Phyllis y Tye fue al comienzo una reunión torpe de dos viejos amigos separados por la distancia nacida de una profunda pérdida personal, los cuales se veían ahora bajo circunstancias que penosa e inevitablemente recordaban la anterior tragedia de Amsterdam. Fue mucho lo que se dijeron en silencio con la mirada, antes de que Hawthorne se acercara a Phyllis y ésta se precipitara entre sus brazos con las lágrimas rodándole por las mejillas.

-¡Todo está tan podrido, tan condenadamente podrido!

-Lo sé, Phyllis, lo sé.

-¡Por descontado que lo sabes!

Continuaron abrazados, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra para entenderlo: dos personas honestas que habían perdido una parte de sus vidas, la locura de aquellas muertes esencialmente incomprensibles. Pasó el largo momento y Hawthorne soltó lentamente de entre sus brazos a la esposa de Henry Stevens.

-¿Puedo ofrecerte algo, Tye? ¿Té, café, una copa?

-No, gracias -dijo Hawthorne-, pero te tomo la palabra para otra ocasión.

-Cuenta con ello. Por favor, toma asiento. Estoy segura de que no has venido simplemente para ser amable; estás demasiado atareado para eso.

-¿Qué es lo que sabes, Phyll?

-El que yo sea la esposa de un oficial de inteligencia no significa que sea altamente inteligente, pero quizás he sacado más conclusiones de las que Henry sospechaba. Dios mío, aquel hombre llevaba casi cuatro días sin dormir... y estaba terriblemente preocupado por ti, Tye. Debíais de estar exhaustos.

-¿Sabes entonces que íbamos a la caza de alguien?

-Desde luego. Alguien extremadamente peligroso, con gente igualmente peligrosa detrás de ella...

-¿Ella? ¿Sabes que era una mujer?

-Me lo dijo Hank; una mujer terrorista del valle de la Bekaa. De no estar tan cansado, dudo que lo hubiera hecho.

-Phyllis -dijo Hawthorne, y se inclinó hacia adelante en su asiento próximo a la viuda, mirando con dureza a su vieja amiga de la Embajada de Amsterdam-, tengo que hacerte algunas preguntas relativas a los días previos a que Hank fuera asesinado. Sé que no es éste el momento, pero no disponemos de otro...

-Comprendo. No olvides que llevo años en este ambiente.

-¿Estás sola aquí?

-Ahora no. Mi hermana voló desde Connecticut para estar conmigo; en este momento ha salido.

-¿Quieres decir que tú y Hank vivíais solos aquí...?

-Oh, sí, con todos los paramentos usuales. Vehículos blindados de la Marina patrullando las veinticuatro horas del día, limusinas para llevarlo y traerlo de la oficina; un equipo de limpieza de marineros una vez por semana para hacer el pesado trabajo de la casa (para lo cual rembolsábamos al departamento con tarifas civiles; Hank era muy riguroso en cosas así), y un sistema de alarma que habría asustado a los científicos de cohetes. Estábamos seguros, si es eso lo que quieres saber.

-Perdona, pero, obviamente, no lo estabais. Alguien entró y mató a Henry mientras hablaba por teléfono conmigo.

-Yo no sabía que eras tú, pero hablé sobre ello con los de Marina y la Policía; el teléfono corriente de la cocina estaba descolgado. Pero en parte tienes razón... obviamente. Entraban y salían los usuales repartidores y operarios de reparación; no se puede registrar a todo el que entra en la casa, quedaríamos tan marcados que probablemente no íbamos a poder encargar ni una pizza. Hank solía llamar a la patrulla cuando esperábamos que viniera alguien, pero con el paso de los meses frecuentemente se olvidaba de hacerlo; aquí no vivíamos con la naturalidad de Amsterdam. El decía que era una vida «paranoide».

-En otras palabras, un tipo con mono y una caja de herramientas, o un señor con traje de calle y una cartera de mano, o un militar de uniforme no podía infundir sospechas -dijo Tyrell, sin formular preguntas.

-Probablemente no -convino la viuda-, pero te anticipo que tanto la Marina como la Policía contaban con esta información y la patrulla de vigilancia de aquella hora fue exhaustivamente interrogada. Los dos «S.P.» dijeron que, a excepción de un repartidor de periódicos, nadie se acercó a la casa.

-¿Y estuvieron aparcados fuera todo el tiempo?

-Realmente no, tal como lo hace ahora el servicio de seguridad, pero yo diría que eso no es de absoluta relevancia. Como ya te he dicho, «patrullaban». Hank insistía en ello tanto por razones prácticas como por relaciones de vecindad.

-Patrullaban...

-Alrededor de la manzana, a una distancia que invierten menos de un minuto y diez segundos en completar la ronda.

-Y ésas eran precisamente las «razones prácticas» que aducía Hank -dijo Hawthorne, asintiendo-. Un patrullero estacionado, con o sin distintivo visible, es un buen blanco.

-Sin distintivo -lo interrumpió Phyllis-. Y a nuestros vecinos ciertamente no les gustaría que hubiera aparcados delante de la casa una serie de coches desconocidos durante largos períodos de tiempo. Ello no suscitaría pánico, pero crearía expectación en la calle. De no ser yo tan vieja, pensarían que estaban regentando mi propio burdel.

-Tú no eres vieja, Phyll, eres una mujer muy bella.

-Ah, vuelve el hombre encantador. Lo eché de menos cuando te fuiste de la Embajada.

-De modo que cualquiera que tuviera acceso a la rutinaria seguridad de esta casa podría ser el asesino de Henry. Un minuto y diez segundos equivale a una hora y diez minutos en un tiempo táctico no cronológico.

-¿Sospechas de alguien de la Marina?

-0 con alta graduación militar que tuviera acceso. -Por favor, sé más explícito -dijo severamente Phyllis.

-No puedo serlo, no ahora.

-¡Era mi marido!

-Entonces te diré lo que te habría dicho tu marido, y seré tan honesto como pueda. Hay cosas que no puedo revelarte aún.

-¡Eso no son más que exageraciones, Tye! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡De algo tienen que servir veintisiete años de privilegio, Tye!

-Vamos, Phyll. -Hawthorne agarró fuertemente las manos de Phyllis, manteniéndolas entre las suyas-. Estoy haciendo exactamente lo que haría Henry si estuviera en mi lugar. En contra de lo que yo le decía con frecuencia, él era un terrible analista (puede que no fuera el mejor del campo, lo cual no entraba en su valija), pero en el departamento de los previsibles no había muchos en su grupo. Yo le respetaba por eso... y aún más por tener una esposa como tú.

Librodot

-Oh, deja de hablar así, vendedor de aceite de serpientes -dijo Phyllis Stevens con una leve sonrisa, tristemente, al tiempo que le apretaba las manos y retiraba las suyas-. Adelante con tus preguntas.

-En realidad, se reducen a tres. Cuándo, con qué frecuencia y a quién mencionó mi nombre.

-Cuando dispararon contra ti en aquella playa de Maryland... se llenó de inquietud pensando que él era responsable nuevamente...

-¿Nuevamente?

-Después, te lo ruego, Tye -dijo en voz baja la viuda.

-¿Ingrid?

-Resulta complicado. Después, te lo ruego.

-Está bien. -Hawthorne tragó saliva, con el rostro congestionado por la oleada de sangre que inundaba su cabeza-. Continúa.

-Dio tu nombre, quizá tres o cuatro veces, diciendo que te dieran el mejor trato posible y que colgaría a quien osara darte menos.

-¿A quién, Phyll?

-Demonios, no lo sé. A alguien que estaba tirante con lo que quiera que tú estuvieses haciendo. Hank le dijo que deseaba un informe completo; sin lugar a errores.

-Lo cual significa que ha llegado a manos del círculo Sangre de Niña, incluyendo al pez gordo.

-¿De qué estás hablando?

-Olvídalo...

-Me gustaría que dejaras de decir eso. En Amsterdam, cuando la gente que se preocupaba por ti te veía llegar con un brazo en cabestrillo o la cara hinchada y te preguntaba qué te había ocurrido, lo único que contestabas era «olvídalo».

-Lo siento, lo siento de veras. -Tyrell frunció el entrecejo, moviendo lentamente la cabeza.

-¿Hay alguna cosa más, viejo amigo? -inquirió la viuda.

-No se me ocurre ninguna otra cosa. Tiene que haber un modelo. Como Henry decía siempre, «Tiene que haber un modelo, eso es lo que hay que buscar», cuando yo generalmente buscaba las piezas pequeñas.

-Pero cuando tú las encontrabas, Henry formaba los modelos. El no paraba de encomiar tu labor, aunque no te lo dijese en la cara.

-Nunca en mi cara... De acuerdo, al menos hemos conseguido otra pieza de la trampa para ese patológico general, a no ser que haya alguna cosa, cualquier cosa, por irrelevante que pueda parecer, que no me hayas contado, Phyll.

-Supongo que las llamadas de Londres...

-¿De Londres?

-Empezaron hacia las siete o las ocho de esta mañana. Las atendió mi hermana, pero no quise ponerme.

-¿Por qué?

-Viejo amigo, ¡porque estoy harta! Henry dio su vida por este corrompido asunto, y no quiero llamadas de Londres, o París, o de las estaciones de Estambul, o Kurdistán, o de la inteligencia de la flota del Mediterráneo. ¡Por amor de Dios, Henry está muerto! ¡Déjale a él... y a mí... en paz!

-Phyll, esa gente no sabe que está muerto.

-¿Y qué? Le ordené a mi hermana que les dijera que llamen al Departamento de Marina. Que sean esos bastardos los que digan las mentiras, yo no quiero seguir mintiendo.

-¿Dónde está el teléfono?

-Henry no permitió que hubiera ninguno en el salón. En el solario, están en el solario; hay tres teléfonos de diferentes colores.

Hawthorne se puso en pie y salió corriendo por las puerta-ventanas que daban a una habitación de vidrieras que formaba el solario. Sobre una mesa del rincón de la izquierda había tres teléfonos, de colores beige, rojo y azul oscuro, todos ellos parcialmente ocultos por un panel de persiana a medio levantar. Descolgó el teléfono rojo, pulsó el 0 y habló con la operadora.

-Aquí el comandante Hawthorne, agregado adjunto con el capitán Henry Stevens. Póngame con el oficial más antiguo de servicio.

-En seguida, señor.

-Aquí el capitán Ogilvie, línea roja -dijo la voz del cuartel general de inteligencia marina-. ¿Su nombre es Hawthorne? Lo estoy anotando.

-En efecto, capitán, y tengo que hacerle una pregunta.

-Por esta línea responderé lo que pueda.

-¿Ha habido mensajes de Londres para la oficina del capitán Stevens?

-Ninguno que yo sepa, comandante.

-Capitán, no quiero oír «ninguno que yo sepa»; necesito, repito, necesito, que me confirme sí o no.

-No cuelgue. -Hubo un silencio de unos diez segundos y luego volvió a ponerse Ogilvie-. Nada de Londres, comandante. Absolutamente ningún mensaje.

-Gracias, capitán. -Tyrell colgó el teléfono y regresó al salón-. A la oficina de Henry no había llegado nada para él -dijo Hawthorne.

-Eso es demencial -dijo Phyllis, sacudiendo la cabeza hacia Tyrell- Deben de haber llamado media docena de veces.

-Me pregunto si habrá usado el canal de fondo -dijo Hawthorne-. ¿Sabes por qué teléfono le entraron las llamadas?

-De momento no. Ya te he dicho que las atendió mi hermana. Lo único que me contó es que cada vez parecía ser el mismo oficial, un inglés muy agitado. Y cada vez le dijo que llamara al Departamento de Marina.

-Pero no lo hizo -dijo Hawthorne-. Siguió llamando aquí. ¿Por qué? ¿Qué más dijo tu hermana?

-No mucho. La verdad es que no presté atención.

-¿Dónde está ella?

-Ha bajado al supermercado, a por unas cosas. Volverá en seguida. De hecho, cuando llegaste tú pensé que sería ella. -Empezaron a sonar afuera varios bocinazos cortos-. Ahí está. El jefe de la patrulla la ayudará a entrar los paquetes.

Las presentaciones fueron breves y rápidas, con manifiesta urgencia, a los ojos de la hermana. El jefe de la patrulla introdujo las bolsas de comestibles y ella fue acompañada por Tyrell dentro del salón.

-Señora Talbot -empezó diciendo él.

-Puede llamarme Joan; Phyll me ha hablado mucho de usted. Dios mío, ¿qué ha pasado?

-Eso es lo que tenemos que averiguar a través de usted. Las llamadas de Londres, ¿quién las hizo?

-¡Fueron sencillamente horribles, nunca me había sentido tan incómoda! -gritó Joan, con palabras atropelladas-. Aquel hombre horrible seguía preguntando por Henry, diciendo

que era urgente, y preguntaba cómo podría hablar con él de inmediato. Y tuve que decirle que estábamos tratando de localizarlo, y que llamara a su oficina a través del Departamento de Marina, y siguió diciéndome que en el Departamento de Marina decían que no podía ponerse... ¡Que no podía ponerse, Dios mío, cuando estaba muerto, y la Marina no quería admitirlo; y yo sin poder decirlo! ¡Fue todo tan horrendo!

-Para ello hay buenas razones, Joan, razones muy poderosas...

-¿Para colocar a mi hermana en este infierno? ¿Por qué cree que no quiere contestar al teléfono ni yo permitiré que conteste? 0 lo hago yo, o lo hace el «almirante» en el vestíbulo. Déjeme decirle una cosa. Hace dos días que están preguntando por Henry y ella tiene que decir «Oh, está en la ducha», «Está jugando al golf». «Está en una reunión no sé dónde»... ¡como si esperase verlo entrar por la puerta preguntando qué hay de cena! ¿Qué clase de demonios son ustedes?

-Joannie, no hables así -dijo la esposa de Henry Stevens-. Tye se limita a hacer su trabajo, por desagradable que le resulte. Y ahora responde a sus preguntas. ¿De quién eran las llamadas?

-Oh, Dios, era una voz como enigmática, hecha más horrible aún por el acento «tan inglés» de aquel bastardo, ralmente casi siniestro.

-¿Joan, quién era él?

-No me dio ningún nombre, solo M-no-sé-qué, o algo así, y No-sé-qué-especial.

-¿MI-6? -preguntó Hawthorne-. ¿Rama Especial?

-Sí, así sonaba.

-Dios mío, ¿por qué? -susurró Tyrell, como si hablara para sí mismo, con la boca tensa y la mirada perdida, sin ver más que nubes de confusión-. Tiene que haber sido por el canal de fondo.

-¿Más enigmas? -dijo la hermana de Connecticut.

-Tal vez -admitió Hawthorne-. Dígame sólo una cosa. ¿Por qué teléfono entraron las llamadas?

-Por el azul, siempre por el azul.

-Ya está, el muchacho azul. Son las líneas directas dedicadas constantemente a barrer las interceptaciones.

-Estoy empezando a comprender -agregó Phyllis-. Siempre que Hank quería hablar con alguno de su posición en Europa o en Oriente Medio, usaba ese teléfono.

-Eso tiene sentido. Es una red mundial establecida para los principales jefes aliados de la inteligencia y sus homólogos militares. Nada hay internacionalmente más seguro que el «muchacho azul», pero es preciso disponer de un número para llamar y yo no lo tengo. Contactaré con Palisser y él me lo dará.

-¿Le interesa el número de Londres? -preguntó Joan Talbot-. Si lo quiere, está en el bloc junto al teléfono.

-¿Se lo dio él?

-Sólo después de haber repetido dos veces que sería... «alterado por la mañana, señora», pronunciando cada palabra como si estuviera impartiendo una bendición satánica.

-No puede ser.

Hawthorne volvió rápidamente al solario, buscó el bloc y empezó a marcar los catorce números de Londres. Mientras marcaba sintió un dolor agudo en el pecho, agudo pero falso, un aviso que había experimentado muy a menudo y digno de tenerse en cuenta, un aviso que no tenía nada que ver con su estado físico, sino que era un estado mental nacido del instinto. Mientras interrogaba a Phyllis había abrigado la esperanza de encontrar un resquicio, una palabra, un hilo que condujera a la conexión entre él y el asesinato de Henry Stevens. Creía haberlo encontrado con la demanda de Henry de que se hiciera circular un informe completo

sobre el estado en que quedó después de Chesapeake Beach, un informe exigido en forma de amenaza para asegurar su propio cuidado, pero que llegara inevitablemente a todos los miembros del círculo Sangre de Niña, incluyendo a un escorpión llamado Meyers, Maximum Mike Meyers, azote del pensamiento civil, el cual podía tener acceso fácilmente al rutinario servicio de inteligencia de la casa de Stevens. Aquella conexión era lo que había estado buscando, pero las llamadas hechas por el profundo canal de fondo desde el MI-6 de Londres, burlando la inteligencia naval, por la línea azul, a la casa de Stevens, era una eventualidad totalmente inesperada, lo cual explicaba el dolor agudo que Tyrell sentía en su pecho. Axioma: Ten en cuenta lo terriblemente inesperado cuando ello proceda de un territorio amistoso. Algo estaba fuera de las cartas de navegación, como decía el omnipresente Poole.

-¿Sí? -gritó amablemente la voz de Londres.

-Aquí Stevens -sintió Hawthorne, confiando en que si pronunciaba apresuradamente las palabras no serían reconocidas en el caso de que el hombre de Londres conociera a Henry Stevens.

-Por amor de Dios, capitán, ¿qué está haciendo por allí su gente? ¡No puedo contactar con su director, y llevo casi diez malditas horas intentando hablar con usted!

-Ha sido un día difícil...

-!Me lo imaginaba! Puesto que no nos hemos visto nunca, mi nombre es Howell, John Howell; por si quiere verificarlo en el ordenador. Delante hay escrito «Señor», pero se puede omitir fácilmente, se lo aseguro.

-¿MI-6 Rama Especial?

-Bueno, yo apenas soy el caballerizo de la reina, amigo. Supongo que están ustedes tomando todas las máximas precauciones; Dios sabe que nosotros lo estamos haciendo y también en París. No tenemos noticias de Jerusalén, pero esos tipos suelen ir por delante de nosotros. Probablemente consiguieron a su individuo en un túnel bajo el Monte Sinaí.

-Así pues, estamos sincronizados, John, y puesto que me he pasado la mayor parte del día metido en una reunión de crisis y ahora puedo soltarme del lazo, póngame totalmente al corriente de todo, ¿quiere?

-Tiene que estar bromeando -gritó Howell-. Usted es el que lleva allí el control del comandante Hawthorne, ¿verdad?

-Si, por supuesto -repuso Tyrell, pensando con celeridad, tratando desesperadamente de encontrar lógica dentro de lo ilógico-. A propósito, gracias por reclutarlo...

-Eso lo hizo Geoffrey Cooke, que en paz descanse, no yo.

-Si., lo sé, pero, como digo, sólo recibí su mensaje aquí en casa, y en mi despacho no había nada de usted.

-Maldita sea, capitán, ciertamente yo no iba a dejar mi nombre ni a decir quién era. Su nuevo director de la agencia y yo acordamos mantener todo esto tan en secreto, que quedara restringido a nosotros tres; usted fue incluido por ser quien controla a Hawthorne. ¿Qué diablos sucede? ¿No contactó con usted su director? La secretaria de éste, una condenada y arrogante perra, si se me permite hablar así me dijo que su jefe había recibido noticias de la unidad y estaba al tanto de todo, ¿pero cómo pudo él no ponerse en contacto con usted?

-Hubo un problema sirio-israelí -dijo Hawthorne, titubeando-. Ya lo están dando por la radio y televisión.

-¡Tonterías! -le interrumpió el jefe del MI-6, Rama Especial-. Simplemente, los dos están tomando posturas. Por lo que a mí concierne, si quieren, que se hagan añicos entre sí. Lo que tenemos ante nosotros hace que parezcan insignificantes sus malditas posturas histriónicas.

-Espere un momento, Howell -dijo Tyrell tranquilamente, palideciendo de horror al ver lo que estaba pasando en el horizonte de su propio personal-. Usted ha mencionado una

Librodot

unidad... ¿Se está refiriendo a la operación de vigilancia telefónica coordinada entre sus hombres y la agencia?

-¡Eso es absurdo! ¿Quiere decir que no lo sabe?

-¿Saber qué, John? -El resuello de Hawthorne quedó suspendido.

-¡Es esta noche! ¡Bajaratt confiesa que atacará esta noche! Ha llegado su hora, capitán!

-Oh, Dios mío... -dijo Tyrell, apenas audible, exhalando lentamente el aire de sus pulmones, con la cara pálida-. ¿Y dice usted que la unidad de la agencia comunicó esto al director?

-Por supuesto.

-¿Está seguro?

-Mi querido amigo, hablé personalmente con esa perra de secretaria. Cuando llamé la última vez me dijo que el director estaba celebrando reuniones con todo Washington, y en especial en la Casa Blanca con el Gabinete del presidente.

-¿Con el Gabinete? ¿Para qué diablos...?

-Es su país, amigo, no el mío. Ni que decir tiene que si se tratara de nuestro primer ministro estaría bajo la protección de Scotland Yard, como ya lo está, en vez de reunirse con su gabinete en el número diez de Downing Street; muchos de aquellos tipos podrían intentar hacerle desaparecer.

-También aquí hay esa posibilidad.

-¿Cómo dice?

-Olvídelo... ¿Me está usted diciendo que el director de la CIA estaba al corriente de esta información y que, además, dado que estaba en esas reuniones, se lo comunicó a todas las personas de Washington que debían saberlo?

-Escuche, amigo, él es nuevo y obviamente tiene miedo, no lo juzque con excesiva dureza. Quizá debí ser más circunspecto. Yo repito las palabras de nuestra gente, que le consideró un hombre experimentado y un tipo estupendo.

-Probablemente están en lo cierto, pero hay una pequeña omisión.

-¿Cuál?

-No creo que él recibiera esa información.

-¿Qué?

-Señor Howell, no altere usted este número. Lo quemaré y volveré a contactar con usted por los canales normales.

-Por el amor de Dios, ¿quiere usted decirme qué está pasando por allí?

-No tengo tiempo. Le llamaré después. -Tyrell colgó en el acto el teléfono azul, descolgó el rojo y pulsó el botón 0; inmediatamente obtuvo respuesta.

-Aquí el comandante Hawthorne...

-Sí comandante, ya hemos hablado antes -dijo la operadora-. Confío en que haya usted contactado con el oficial superior de guardia de inteligencia naval.

-Así es, gracias. Ahora necesito hablar con el secretario de Estado Palisser, preferiblemente por esta misma línea, si puede conseguir una comunicación segura.

-Podemos, señor; voy a buscarlo.

-Esperaré. Es un caso de emergencia. -Mientras esperaba, Tyrell trataba de reunir las palabras que iba a usar para transmitir al secretario de Estado la increíble noticia, una revelación que Palisser podría encontrar imposible de creer. ¡La vigilancia telefónica coordinada entre Londres y Washington no había fallado, había funcionado bien! Bajaratt fue interceptada y sus palabras fueron grabadas: ¡Esta noche ella atacaría en alguna parte! ¡Lo inconcebible era que no lo supiese nadie! «Eso resulta incorrecto -murmuraba Hawthorne-,

alguien lo sabía y ese alguien había puesto en cortocircuito la información. ¿Dónde diablos estaba Palisser?»

-¿Comandante...?

-Sigo aquí. ¿Dónde está el secretario?

-Nos encontramos con algunas dificultades para localizarlo, señor. Como tenemos su código de la línea roja, si a usted le parece bien, cuando lo localicemos le pondremos inmediatamente con él.

-No me parece bien, seguiré esperando.

-Como guste, señor.

La línea volvió a quedar en silencio y esta nueva demora iba agravando el profundo dolor que se resistía a abandonar su pecho. «Son más de las seis -pensó Hawthorne, torciendo la muñeca para consultar su reloj-; bien pasadas, casi las seis treinta. Sin tener en cuenta la luz diurna, la noche ha comenzado. ¿Dónde demonios estás, Palisser?»

-Comandante...

-¿Si?

-No sé cómo decírselo, señor, pero, sencillamente, no podemos localizar al secretario de Estado.

-¡Seguramente está usted bromeando! -estalló Tyrell, repitiendo inconscientemente la reprimenda de John Howell contra toda la inteligencia de Estados Unidos.

-Hemos contactado con la señora Palisser en St Michaels, Maryland, y dijo que la llamó el secretario comunicando que estaba en la Embajada israelí y que se reuniría con ella dentro de una hora aproximadamente.

-¿Y qué más?

-Hablamos con el primer agregado a la Embajada (el embajador se encuentra temporalmente en Jerusalén) y ha dicho que el secretario de Estado Palisser estuvo allí unos veinticinco minutos. Según sus propias palabras, hablaron sobre «asuntos del Departamento de Estado», y luego el secretario Palisser se marchó.

-¿Sobre qué asuntos?

-Difícilmente podríamos hacerle esa pregunta, señor.

-¿Desde cuándo el secretario de Estado norteamericano acude como un perro faldero a la Embajada israelí, y no al revés?

-No puedo contestar a eso, señor.

-Puede que yo sí. Póngame con el agregado israelí y asegúrese de decirle que es una llamada de emergencia. Si no se encuentra en el edificio, que lo busquen.

-Si, señor.

Treinta segundos después se oyó una voz profunda por la línea.

-Aquí Asher Ardis, de la Embajada de Israel. Me dicen que es una llamada urgente de un oficial superior de la inteligencia naval estadounidense. ¿Es así?

-Me llamo Hawthorne y he estado trabajando directamente con el secretario de Estado Bruce Palisser.

-Un hombre maravilloso. ¿En qué puedo servirle?

-¿Se halla usted al corriente de una operación denominada Sangre de Niña? Estamos en la línea roja, así que puede hablar.

-Podría hablar, señor Hawthorne, pero no sé nada sobre tal operación. ¿Debo entender que está coordinada con mi gobierno?

-Efectivamente, señor Ardis. Con el Mossad.

-¡Ah!, esa sacrosanta y mística entidad. Puesto que estamos hablando por la línea roja, ¿tiene usted idea de los errores que cometen?

-Eso no es de mi incumbencia, y todos cometemos bastantes. Lo que quiero saber es si Palisser habló con usted acerca de dos agentes del Mossad que venían por vía aérea para entregarle un paquete. Es muy importante, señor.

-Un «paquete» significa muchas cosas, ¿verdad, señor Hawthorne? Podría tratarse de una papeleta, unos anteproyectos o una caja de nuestra excelente fruta, ¿no?

-No tengo tiempo para jugar a las adivinanzas, señor Ardis.

-Ni yo tampoco, pero soy curioso. Ampliamos nuestra cortesía llevando a su secretario de Estado a una habitación privada, provista de una línea telefónica de seguridad con Israel, para que pudiera hablar con el coronel Abrams, que está, por supuesto, con el Mossad. Admitirá usted que fue un requerimiento muy inusual y una cortesía igualmente inusual, ¿verdad?

-Yo no soy diplomático, ni sabría serlo.

-El Mossad opera frecuentemente con los canales normales externos, lo cual resulta a menudo irritante, pero nosotros tratamos de comprender la inclinación que siente por estar a la altura de su fama de pulpo clandestino, un molusco de tentáculos secretos que llegan muy lejos...

-Deduzco que no es usted uno de sus mayores fans -lo interrumpió Tyrell.

-Le doy a Jonathan Pollard, actualmente en su sistema carcelario por un determinado número de años. ¿Necesita algo más?

-Repito, no me importan sus rivalidades interdepartamentales, señor, lo único que me interesa es la visita del secretario de Estado a su embajada. Dígame si se puso en contacto con el coronel Abrams y qué dijo. Y puesto que le hablo por la línea roja, puede usted dar por sentado que tengo acceso a la información privilegiada... ¡Por amor de Dios, que estamos trabajando juntos! ¡Si quiere confirmación, pulse los números de su código y la tendrá!

-Es usted muy excitable, señor Hawthorne.

-¡Estoy harto de sus bobadas!

-Eso tiene sentido para mí. El insulto proferido por un hombre inteligente revela la verdad.

-No necesito oír sus malditas parábolas talmúdicas! ¿Qué pasó cuando Palisser habló con Abrams?

-A decir verdad, no hablaron. El escurridizo coronel del Mossad no estaba allí, pero cuando llegue a su despacho se encontrará con un mensaje urgente diciendo que contacte con su secretario de Estado, para lo cual dispone de seis números telefónicos, mitad seguros, mitad no. ¿Responde esto a sus preguntas?

Disgustado, Tyrell colgó cuidadosamente el teléfono y regresó al salón de Stevens. Phyllis lo estaba esperando al otro lado de la puerta-ventana.

-El teniente Poole ha llamado por la línea regular; lo atendí en el teléfono de la cocina...

-¿Cathy? ¿El comandante Neilsen? ¿Era sobre ella?

-No, se refería al general Michael Meyers, director de la Junta de Jefes del Estado Mayor. Te ha telefoneado. Quiere reunirse contigo en seguida. Ha dicho que era urgente.

-Apuesto a que lo es. Está buscando patitos para su galería de tiro particular.

6.47 de la tarde.

La limusina con placa de matrícula DOS1 corría velozmente por la Ruta 50, enfilando al sur sobre la costa este de Maryland en dirección al puesto de St. Michaels. En el asiento

trasero, el secretario de Estado, con creciente irritación, seguía pulsando los botones de su teléfono móvil de seguridad. Por último, exasperado, bajó el cristal de separación y habló con su chófer.

-Nicholas, ¿qué demonios pasa con este teléfono? ¡No logro hablar con nadie!

-No sé, señor secretario -repuso el chófer, que había sido designado por el Servicio Secreto-. También yo he estado teniendo dificultades con mi radio de base. No he sido capaz de enviar un despacho.

-Un momento. Usted no es Nicholas. ¿Dónde está? -Tuvo que ser sustituido, señor.

-¿Sustituido? ¿Por qué? ¿A dónde ha ido? Si estaba al volante cuando llegamos a la Embajada israelí.

-Tal vez alguna urgencia familiar. Yo fui llamado para remplazarle, es lo único que sé, señor.

-Esto es muy anómalo. Me habrían informado desde mi despacho, es la norma.

-Señor, en su despacho no sabían dónde estaba usted.

-Tienen este número.

-El teléfono no funciona, señor secretario.

-¡Un momento! Si en mi despacho no sabían dónde estaba yo, ¿cómo se ha enterado usted?

-Tenemos nuestros medios, señor. Tenemos nuestra manera de orientarnos.

-¡Responda!

-Sólo estoy obligado a dar mi nombre, rango y número de serie. Eso es lo que hacemos con el enemigo.

-¿Qué ha dicho?

-Anoche difamó usted al general; lo difamó tanto que la Casa Blanca lo puso bajo vigilancia. A un gran general como Meyers no se le puede hacer un agravio así. -¡Su nombre, soldado!

-Bastará con «Johnny», señor. -El chófer giró repentinamente a la izquierda, entrado con el coche por un camino de tierra apenas distinguible. Aceleró en el acto y se lanzó veloz sobre una superficie desigual y accidentada hacia un pequeño claro donde el primer objeto que apareció a la vista fue un helicóptero Cobra.

-Ya no tiene escapatoria, señor secretario.

Palisser, tembloroso, buscó torpemente la manija de la puerta, la abrió y salió dando tumbos sobre la hierba áspera y allanada. A tres metros de distancia estaba de pie, vestido de uniforme, el director de la Junta de Jefes, con la manga derecha arrugada y perfectamente doblada en el hombro.

-En la Segunda Guerra Mundial los dos fuimos buenos soldados, Bruce, pero usted ha olvidado las enseñanzas sobre incursión de combate -dijo el general-. Cuando se camina por territorio hostil, hay que estar condenadamente seguro de si puede fiarse de lo ocupado, Usted tuvo un fallo en la Casa Blanca. Si él hubiera interrumpido la reunión de Seguridad para darle a usted un mensaje, le habrían disparado para impedirlo.

-Dios mío -dijo pausadamente Palisser-, es usted tan canalla como había dicho Hawthorne. No sólo permite y apoya el asesinato del presidente, sino que de hecho está ayudando a asesinarlo.

-No es más que un hombre, Bruce, un político equivocado bajo cuyo mandato el poderío militar de Estados Unidos está siendo disminuido. Todo eso cambiará esta noche, el mundo cambiará esta noche.

-¿Esta noche?

-En menos de una hora o así.

-Está bien, usted no tendría manera de enterarse, ¿sabe? Los mensajeros del Mossad jamás llegarían hasta usted, ¿sabe?

-¡Abrams! -exclamó Palisser-. ¡El coronel Abrams!

-Un hombre peligroso -asintió Meyers-. A causa de su deformada moralidad no puede ver las ventajas. Por cierto, como, con razón, no se fiaba de nadie, envió a sus dos agentes para que le dieran a usted un nombre, el de un intermediario senadorcillo que va a hacer que todo sea posible... dentro de una hora o así.

-¡Está usted loco! ¿Cómo sabe esto?

-Por medio de alguien de quien estoy seguro no sospecharía usted jamás..., un pequeño e igualmente indeterminado ayudante del Consejo de Seguridad, el mismo hombre que esta mañana interceptó los mensajes que el bastardo de Hawthorne le envió a usted. Nuestro topo es un auténtico lagotero; al presidente le gusta mucho y hablan juntos. Además fue ayudante mío, y yo le conseguí el puesto. También habla conmigo. -El general miró su reloj a la luz del sol poniente-. Dentro del corto espacio de una hora, el presidente, para complacer a este inocuo senadorcillo, accederá a celebrar una audiencia privada, no registrada en los libros... ¿adivina con quién, Bruce? Veo que ya se lo imagina, y está en lo cierto. Con Sangre de Niña. Entonces... ¡puf! La explosión se oirá en todo el mundo.

-¡Es usted un enfermo hijo de perra! -rugió Palisser, irguiendo su añoso cuerpo y lanzándose hacia delante con las manos extendidas.

El director de la Junta de Jefes giró el brazo izquierdo por detrás de su uniforme y sacó una bayoneta de fusil que tenía en la cintura. Cuando el viejo secretario de Estado agarró al general Meyers por la garganta, éste hundió la pesada arma blanca en el estómago de Palisser y, con un movimiento furioso, empujó la hoja hacia la cavidad torácica del anciano.

-Desháganse del cuerpo -ordenó a su sargento mayor- y arrójenlo por la borda de la barcaza lejos de Taylor's Island.

-De acuerdo, Maximum.

-¿Dónde está el chófer?

-Donde nadie lo encontrará jamás. Garantizado.

-Bien. Estamos en un momento histórico, eso es todo. Dentro de una hora, nada importará. Me voy en el helicóptero a la Casa Blanca. Estaré en el salón de protocolos de la segunda planta.

-Qué diablos, hace usted bien. Alguien tiene que encargarse de ello.

En una oscura callejuela de Jerusalén, bajo la batiente lluvia, yacía un hombre con las ropas empapadas mientras que la sangre que manaba de su cuerpo se mezclaba con el agua del cielo y corría por el empedrado hacia el bordillo. El coronel Daniel Abrams, líder de la operación Bajaratt, había recibido seis disparos efectuados con una pistola provista de silenciador. Y un hombre, viejo y fornido, avanzaba por el Sharafat, seguro de saber que había hecho lo correcto.

CAPÍTULO XXXVII

7.03 de la tarde.

Bajaratt se miró el vestido pues se disponía a enfrentarse al momento más importante de su vida, la justificación de toda una vida. Mientras se estudiaba en el espejo de cuerpo entero, vio la imagen de una niña de diez años que, arrobada, la contemplaba con admiración.

¡Lo hemos logrado, mi bien más preciado! Nadie podrá detenernos, cambiaremos la historia. El dolor de las montañas desaparecerá cuando en el mundo corra la sangre, tú y yo lograremos nuestro cometido, nos vengaremos del horror que se nos infligió... ¿Recuerdas cuando las cabezas de mamá y papá rodaron por las piedras, separadas de sus cuerpos, los ojos muy abiertos, rogándole a su obsceno Dios que permitía que ocurriese semejante cosa... rogando por ti y por mí, tal vez, que viviríamos con ese recuerdo el resto de nuestras vidas? ¡Muerte a toda autoridad! ¡Lo lograremos, tú y yo, porque somos una sola, y somos invencibles!

La imagen se esfumó cuando la Baj se acercó más al espejo para examinar los mechones plateados de su cabellera y el maquillaje claro con toques de sombra en los ojos, que le hacían parecer más vieja aunque de un modo sutil. Su ropa era cara pero de un gusto nada estridente: un vestido de seda azul marino, con la falda por debajo de la rodilla y un relleno cosido por la parte interna en el espacio que iba desde los pechos hasta las caderas. El corte de la prenda era airoso y le daba aspecto de mujer madura que se las ve y se las desea para mantener la línea. Un costoso collar de perlas de doble vuelta le adornaba el cuelo; llevaba medias de tono azul claro y zapatos de Ferragamo azul oscuro. Tenía aspecto de rica aristócrata italiana cuya presencia resulta familiar en la Via Condotti, la versión romana de Saint-Honoré de París. Como broche perfecto a su atuendo, llevaba un bolsito de noche azul pizarra con un delicado cierre de perlas; nadie dudaba que las dos perlas del bolso eran tan genuinas como las del collar.

Esta decana de la haute couture llevaba un precioso reloj con incrustaciones de diamantes que, a primera vista, parecía el más caro de los Piagets. No lo era; se trataba de una imitación magníficamente diseñada, capaz de soportar un huracán en alta mar, con un mecanismo sencillo y fuerte al mismo tiempo, que con sólo pulsarlo decididamente tres veces era capaz de enviar una potentísima señal electrónica a un receptor situado a cincuenta metros de distancia, de penetrar madera maciza y gruesas capas de yeso. El receptor de esa señal electrónica se encontraba oculto en el forro de seda del bolso azul pizarra; se trataba de un diminuto módulo circular fijado a una delgada pared de plástico que, al ser detonado, disparaba una segunda pared situada en el forro del lado opuesto. Su capacidad destructiva equivalía a la de veintiséis onzas de nitroglicerina, o a una bomba de cien kilos. ¡Muerte a toda autoridad! Muerte a los líderes de todo el mundo que mandaban matar ya fuera por acción u omisión.

-¡Cabi! -aulló Nicolo desde el dormitorio.

Bajaratt dio un respingo, se apartó del espejo y se dirigió apresuradamente a la puerta.

-¿Qué ocurre?

-¡Estos chismes de oro no me pasan por el ojal del puño! El izquierdo, sí, pero el derecho...

-Porque eres diestro, Nico -lo interrumpió la Baj entrando en el dormitorio-. El gemelo derecho siempre te da problemas, ¿no lo recuerdas?

-No me acuerdo de nada, no hago más que pensar en mañana.

-¿Y no en esta noche? ¿En el presidente de Estados Unidos? -Perdóname, signora, pero él es una pieza para ti, no para mí. La mía está en Nueva York. ¡No ves cómo me gusta! ¿La oíste en el aeropuerto? Angel dijo que quizá podríamos pasar un fin de semana... un *fine settimana* en un lago de no sé dónde con su familia.

-Así la conocerás mejor, Nico.

Bajaratt metió el gemelo en el ojal y se alejó unos pasos para admirar su creación.

-Eres magnífico, mi precioso estibador. Tan alto, tan apuesto...

-Pero sigo siendo un estibador, ¿no, signora? -aclaró Nicolo clavando la mirada en los ojos de su creadora-. Nunca dejas que lo olvide. Me haces llegar alto y muy lejos, pero nunca permites que lo olvide. ¿Acaso te causa placer?

-Te he ayudado a llegar al sitio desde el que podrás ser lo que Dios quiera de ti.

-Muy extraño viniendo de ti. Tú no tienes Dios, es algo que me has dejado bien claro. Tienes una visione que no alcanzo a entender, y me da pena. Lloro por ti, porque estoy convencido de que muchas de las cosas que haces están mal, a pesar de esa gran causa que tienes y que no quieres explicar.

-Todo está sujeto a interpretaciones.

-*Interpretazione*...?

-No llores por mí, Nico. Acepto mi destino.

-¿Destino? Una palabra de mucho peso, signora, que no entiendo.

-Dejémoslo así... Ponte la chaqueta de los botones de bronce.

El muchacho la obedeció y su creadora se apartó unos pasos más, enamorada de lo que, en esencia, era su obra de arte humana.

-Eres incomparable. Por tu altura, la anchura de los hombros, la cintura fina, tu cara perfecta coronada por ese cabello negro y ondulado. ¡Splendido!

-Basta ya, me pones incómodo. Tengo un hermano más alto que yo. Mide metro noventa, mientras que yo apenas alcanzo el metro ochenta y cinco.

-Ya lo conocí, claro; es un *animale*. Tiene la cara plana y los ojos apagados, además, es lento para pensar.

-Es un buen muchacho, signora, y mucho más fuerte que yo. Si alguien se propasa con nuestras hermanas, los lanza contra una pared a tres metros de distancia... yo sólo los tiro a metro y medio, máximo dos.

-Dime una cosa, Nico, ¿lo respetas?

-Por fuerza. Es mayor que yo y desde la muerte de nuestro padre, protege mucho a la familia.

-¿Pero lo respetas?

-Mis tres hermanas lo adoran. Ahora él es el padrone, con su fuerza nos cuida a todos.

-¿Y tú, Nico, tú qué? ¿Lo adoras tú?

-Oh, basta ya, signora, no es importante.

-Para mí sí, mi querido muchacho, porque quiero que sepas por qué has sido elegido.

-¿Para qué?

-Otra pregunta que no contestaré. ¡Dímelo! ¿Qué representa para ti tu hermano mayor?

-¡Aah! -exclamó Nicolo sacudiendo la cabeza y encogiéndose de hombros-. Si te empeñas en saberlo, te diré que confunde la fuerza con el cerebro. Lo único que le importa es exhibir su musculatura en los muelles. Lo seguirá haciendo hasta que venga otro lupo y se lo carguen. *Stupido*!

-¡Mira por dónde! Buscaba la perfección y la he encontrado.

-Creo que estás panza. ¿Puedo llamar a Angelina... a Angel a Brooklyn? Ya debe de haber llegado.

-Claro que sí, adelante. Habla de amor con ella, pero no más de diez minutos. Dentro de veinte minutos viene a recogernos el senador.

-Quisiera hablar con ella a solas.

-Naturalmente -dijo la Baj, salió del dormitorio y cerró la puerta.

7.09 de la tarde.

Hawthorne estaba a punto de estallar. Todos los contactos que tanto él como Phyllis Stevens recordaban en todas las agencias de inteligencia de Washington o «se habían ido por el día de hoy», o «no estaban disponibles», o «no les daba la gana de hablar con un capitán de fragata cuyo nombre no les sonaba de nada». La utilización de la frase Sangre de Niña no les decía nada; el sistema de seguridad había sido tan cerrado, el círculo tan inaccesible que nadie era responsable de nada pues nadie tenía acceso a las autoridades. Era el colmo de la irresponsabilidad, ¡nadie estaba en condiciones de dar parte de una emergencia porque nadie tenía autoridad como para ponerse en contacto con los mandos superiores porque ni él... ni ella... ni nadie estaba autorizado a hacerlo! La centralita de la Casa Blanca era lo peor.

-Oiga, don Extraño, cada día recibimos docenas de llamadas como la suya. Si lo suyo va en serio, llame al Servicio Secreto o al Pentágono.

Los del Servicio Secreto fueron concisos.

-Hemos tomado debida nota de su llamada, señor, le aseguramos que el presidente goza de la máxima protección. Y ahora tenemos otros asuntos que atender, mi capitán, igual que usted, sin duda. Adiós.

Tyrell no podía llamar al Pentágono. Maximum Mike Meyers estaría sobre aviso; el jefe de los escorpiones cortaría todas las comunicaciones.

Bruce Palisser, el secretario de Estado, brillaba por su ausencia al igual que su contacto en Israel, el coronel Daniel Abrams del Mossad. ¿Qué era lo que estaba pasando?

¿Un avance? En el porche sonó un teléfono y Phyllis Stevens, que estaba más cerca, corrió a cogerlo.

-¡Tye! -gritó-. Es Israel. ¡El teléfono rojo!

Hawthorne se levantó de un salto de la silla, salió corriendo por las puertaventanas y cogió el teléfono que Phyllis le tendía.

-Soy su contacto -dijo-. ¿Quién habla?

-Dejemos las cosas bien claras -le contestó una voz desde Jerusalén-. ¿Quién es usted?

-El ex capitán de corbeta Tyrell Hawthorne, agregado temporal al secretario de Estado Palisser y enlace del capitán de navío Henry Stevens, de los servicios secretos de la Marina de Estados Unidos. Si tengo que explicarle esto último, no debería estar llamándome por este teléfono.

-No hace falta, capitán.

-¿Qué novedades hay, Jerusalén?

-Se trata de algo que no nos hace ninguna gracia, pero debe usted estar al tanto. Han matado al coronel Abrams en el Sharafat. Hace unos minutos la Policía encontró su cadáver...

-Lo siento. ¡Cuánto lo siento, pero Abrams iba a traer en avión a dos agentes del Mossad para ponerse en contacto con Palisser!

-Ya lo sé, capitán, yo mismo les tramité la documentación. Soy... mejor dicho, era el ayudante personal del coronel Abrams. Cuando Palisser se marchó le dejó al coronel seis números telefónicos de Estados Unidos. Entre ellos estaba la línea roja con usted en el teléfono del capitán Stevens.

-¿Puede darme más detalles?

-Si, y espero que le ayuden en algo. La clave es un tal Nesbitt, senador por el Estado de Michigan. Esa era la información que nuestros agentes le llevaban al señor Palisser.

-¿Un senador de Michigan? ¿Qué diablos significa eso?

-Lo ignoro, capitán, pero era lo que nuestros agentes secretos iban a informarle al señor Palisser. Según el coronel Abrams, se trataba de un dato tan sumamente confidencial que no podía confiar ni siquiera en los canales diplomáticos.

-Gracias, Jerusalén.

-De nada, capitán. Si se entera de lo que le ocurrió a nuestros agentes, le agradeceremos que se ponga en contacto con nosotros lo antes posible.

-Si lo averiguo, lo tendré al corriente.

Tyrell colgó. Estaba completamente confundido.

7.32 de la tarde.

¡Algo había salido mal! La limusina de Nesbitt llevaba retraso. ¡Casi veinte minutos! No era el comportamiento propio de un político inseguro que, en una breve aparición en el Despacho Oval, era capaz de conseguir para su Estado cientos de millones de dólares garantizando así su reelección para el Senado... Pasarán a recogerlo a las siete y cuarto en punto. Es un poco temprano, pero mejor así, por si hay mucho tráfico. Esas habían sido las palabras del ayudante principal del equipo de Nesbitt. A las siete y cuarto en punto. ¡Santo Dios! ¿Le había dado a Nesbitt otro de sus ataques? ¿Acaso habría vuelto a convertirse en el anciano patético ataviado con ropas extrañas y peluca deformada que le daba esquinazo a sus guardianes para irse de juerga al sórdido barrio de la ciudad donde comercian con el sexo? ¿Acaso su otro yo enloquecido había vuelto a surgir precisamente en aquel momento, el más glorioso e importante de una vida que comenzó en un infierno de los Pirineos? ¡No podía aceptarlo, no iba a aceptarlo!

-Nicolo, querido -dijo Bajaratt con un tono frío que despojaba a sus palabras de todo cariño-. Quédate aquí a esperar el coche del senador. Estaré dentro, en el teléfono público más cercano.

-*Certo* -repuso el joven estibador desde su puesto, debajo del toldo.

Era tan apuesto que atraía las miradas de cuantos pasaban, como si se tratara de un personaje famoso que no lograran recordar, o una estrella de cine cuyo nombre los eludía.

En un teléfono público que había frente a la recepción del hotel, la Baj marcó al número de cobro revertido en Silver Spring.

-Soy yo -dijo-, tenemos una emergencia.

-Puedes hablar, Amaya, estamos seguras -la interrumpió rápidamente la voz de la diminuta árabe del suburbio norteño.

-La limusina de Nesbitt lleva retraso, demasiado para ser normal. ¿Es un hombre normal?

-Esta tarde ha tenido una recaída, pero lo ha visto un médico...

-¡Imposible! -susurró la Baj-. Entonces iré yo misma. ¡Tengo una cita concertada!

-Me temo que no. No hay constancia en ninguna parte, sin él no la dejarán pasar de la puerta.

-Pasaré, es preciso. ¡Los escorpiones se han vuelto en mi contra! Intentan detenerme. ¡Tienen a Nesbitt!

-Es absolutamente posible, querida, pues gozan de una situación establecida que tú pones en peligro. No se precipite; no cuelgue. Iré a la otra línea a llamar al teléfono del coche del senador.

Bajaratt permaneció junto al teléfono, con el cuerpo tenso y una expresión como cincelada en cemento. De pronto, notó que alguien estaba de pie, a sus espaldas; se volvió. Sin dejar entrever su sorpresa, miró fijamente a la mujer de Palm Beach vestida con ropa cara,

la anfitriona de mediana edad, cabello azulado y dientes demasiado grandes. En la mano izquierda llevaba un bolso grande de color verde; lo tenía entreabierto. Con la derecha empuñaba una automática.

-No pasarás de aquí -le dijo la escorpión.

-¿Qué vas a sacar de esta acción aparte de que te claven mil cuchillos en la garganta? -inquirió gélidamente la Baj.

-¿Qué perdemos si jodes lo que ya tenemos? -replicó la decana de la sociedad de Palm Beach.

-Santo cielo, ¿una matrona de alta burguesía empleando semejante lenguaje?

-Y así seguirá siendo, señorita Valle de Bekaa -contestó la mujer de alcurnia.

-Estás muy equivocada -insistió Bajaratt tranquilamente-. El Bekaa está contigo, siempre lo ha estado. Nuestro padrone común lo demostró...

-Está muerto -la interrumpió la mujer de mundo-. La isla desapareció, eso lo sabemos todos. Ahora no podemos ponernos en contacto con ninguno de los cinco de arriba. Están todos incomunicados y la única culpable eres tú.

-Hablemos, pero no aquí -sugirió la Baj y colgó el teléfono-. Esta llamada no tiene importancia y seguramente no irás a dispararme aquí, en el vestíbulo. Creo que sería contra-producente. Te cogerían o te matarían... Vamos, hay una entrada lateral para los proveedores y los coches diplomáticos. Allí podremos hablar. Te aseguro que tengo muy presente que vas armada. Seré muy obediente porque no llevo armas. -Mientras cruzaban el vestíbulo en dirección a las puertas bordeadas de bronce, Bajaratt añadió-: Tómalo sencillamente como un cumplido, pero, ¿cómo has hecho para encontrarme?

-No será ninguna novedad para ti que te diga que soy muy conocida en Washington -respondió la mujer, caminando a la derecha de la Baj, y con el bolso inclinado hacia el costado de su rehén, de vez en cuando le clavaba el revólver en la cadera.

-Nada de lo que se refiere a ti me sorprende...

-Me refiero al hecho de que soy una escorpión, claro.

-Para empezar, como decís los norteamericanos... ¿cómo me has encontrado?

-Sabía que tú y el muchacho habíais logrado colaros utilizando nombres diferentes, pero no podíais cambiar de aspecto, al menos el chico. Le pedí a mi secretaria que preguntase en todos los hoteles elegantes utilizando vuestras descripciones con la excusa de que mi pobre marido había olvidado vuestros nombres y en qué hotel os alojabais... una costumbre nada infrecuente en él y también muy conocida de todos. El resto fue muy sencillo... señora Balzini.

-¡Qué ingenioso! -gritó Bajaratt y al abrir la puerta quedaron ante una especie de túnel ruidoso, lleno de humos, donde había un andén situado frente al tráfico incesante-. No es de extrañar que te eligieran para ser una escorpión.

-Y seguiré siéndolo -la interrumpió la anfitriona de Palm Beach con vehemencia-. ¡Todos seguiremos siéndolo! ¡Sabemos lo que pretendes hacer y no seguirás adelante!

-¿Qué es lo que pretendo hacer, por el amor de Dios?

-¡No me mientas, señorita Bekaa! -exclamó la dama de alcurnia-. Otro de nuestro grupo es... era secretario personal del director de los servicios secretos centrales de Langley. Helen está en Europa, hace tiempo que se ha ido, pero me llamó para contarme lo que ocurre. Estaba anonadada, muerta de miedo, pero el nuevo Escorpión Uno la conminó a que obedeciera las órdenes y no le dejó más alternativa si quería vivir y huir. Pues bien, no hemos recibido ninguna orden, nos gusta lo que tenemos y nadie va a cambiar eso. ¿Piensas que mi viejo amigo Nesbitt te pasará a recoger esta noche? Oh, vamos, querida, no pongas esa mirada de asombro. Se llama Sylvia y no te olvides que yo os presenté. Con lo que Helen me contó y una llamada a casa de Nesbitt, sumé dos más dos y encontré la respuesta. Me temo que su

Librodot

limusina acaba de tener un accidente. No sabes cómo lo lamento. Y tú vas a tener otro. Una bala perdida en uno de los tantos atracos que suelen ocurrir todas las noches en la capital. ¿Qué mejor lugar que esta caverna ruidosa, en la que no se ve ni se oye nada más a un metro de distancia?

Después de echar un vistazo a su alrededor, la mujer llamada Sylvia se dispuso a sacar la automática del bolso.

-Yo en tu lugar, no lo haría -le sugirió la Baj al ver que ante el portón de la calle se detenía un enorme camión mecanizado de la basura para que le dieran paso.

-No estás en mi lugar.

-Mi vida no significa nada -prosiguió Bajaratt-, pero según me han comentado, sé que tú le das mucha importancia a la tuya, hasta el punto de traicionar a tus escorpiones.

-¿De qué estás hablando?

-De Silver Spring, Maryland. Ayer visité la magnífica casa de la pequeña abeja reina árabe. Te tiene en nómina. Vendiste a los escorpiones por una suma extra. Sólo por dinero, como si ya no te pagaran bastante.

-¡Es absurdo!

-Entonces explícaselo a Escorpión Uno. No puedes ponerte en contacto con él, pero yo sí. Si no llego a la Casa Blanca esta noche, mañana por la mañana, sobre su escritorio encontrará una nota larga y detallada en la que le explico tu traición. Te olvidas de una cosa. Soy la Baj. Nunca dejo de buscar la debilidad y cuando la encuentro, hago lo posible por convertirla en una fuerza de la que no disponía.

Bajaratt se desplazó despacio hacia la derecha mientras la anfitriona de Palm Beach esperaba inmóvil con los ojos maquillados muy abiertos y los dientes superiores asomando por la boca entreabierta.

-Y ahora dime, ¿de veras quieres matarme? -inquirió la Baj.

La respuesta no llegó nunca, porque la Baj retrocedió como si hubiera tropezado, cayó hacia delante golpeando con el hombro a la escorpión lanzándola a la calzada justo cuando el descomunal camión de la basura avanzaba veloz hacia el andén. El chirrido de los frenos no pudo evitar la tragedia. La famosa anfitriona de Palm Beach quedó aplastada bajo las ruedas delanteras.

-Llamaré a una ambulancia -gritó Bajaratt.

Corrió hacia la puerta lateral y al llegar a ella aflojó el paso y se dirigió raudamente hacia el teléfono más cercano. Metió una moneda y volvió a llamar a cobro revertido.

-¿Si? -respondió la gata árabe de Silver Spring.

-Me han descubierto -le dijo la Baj fríamente-. El coche de Nesbitt sufrió un accidente.

-Ya lo sabemos. Le he enviado una limusina, estará allí dentro de unos minutos.

-¡Los escorpiones se han vuelto en mi contra!

-Era de esperar, hija mía, ya estábamos de acuerdo en eso. -¡La culpa la tiene esa zorra de Palm Beach!

-Encaja dentro de lo previsto. Tiene buenas conexiones en la ciudad, sobre todo en la red de espionaje Escorpión.

-Ya se ha preocupado ella de dejarlo bien claro, pero fue lo último que aclaró. Ha muerto bajo las ruedas de un camión de la basura, justo donde debió estar siempre.

-Gracias por ahorrarnos problemas. A medida que los escorpiones vayan desapareciendo, como está previsto, nosotros iremos surgiendo. Y ahora, le devolveré el favor, Amaya. Cambiaremos las limusinas. La recogerán y usted irá a la Casa Blanca donde todo está dispuesto. A las ocho, dos agentes del FBI que llevarán la identificación de seguridad prendida en el bolsillo de la chaqueta, bajarán del salón de protocolos del segundo

piso. Con ellos se reunirá un chófer de librea, que también tiene permitido el acceso, y una vez que esté dentro, se le dará un arma por si surgen problemas. Los tres bajarán por el pasillo que conduce al Despacho Oval, donde esperarán su aparición. Como ya le he dicho, la contraseña es «Askelón». Sígalos inmediatamente.

-¿Agentes del FBI?

-Cuando penetramos, lo hacemos en profundidad, Amaya Aguirre. Es todo lo que le hace falta saber. Y ahora, adelante, hija de Alá.

-No soy hija de Alá, ni de nadie -repuso la Baj-. Soy yo y nadie más.

-Pues vaya entonces, cumpla con su misión.

Bajaratt y Dante Paolo, barone cadetto di Ravello, subieron a la limusina y ocuparon el amplio espacio posterior, detrás del senador por Michigan.

-Lamento el retraso -se disculpó Nesbitt-. Imagínense, tuvimos un accidente. El morro de nuestro coche quedó destrozado y el conductor del otro vehículo salió corriendo. Pero la gente de mi despacho es tan eficiente que me enviaron otra limusina.

-Mi enhorabuena para sus empleados, signor senatore.

-Son una gente estupenda. Permítame que le diga que el presidente no ve la hora de conocerlos. Me ha comentado que cree haber conocido al barón y a su padre en la Segunda Guerra Mundial, cuando aterrizó en Anzio. Me dijo también que muchos de los grandes terratenientes se mostraron muy colaboradores. Por entonces, el presidente era un joven teniente.

-Es muy posible -replicó la contessa, entusiasmada-. Desde el principio, mi familia estuvo en contra de los fascisti. Fingían lealtad a ese cerdo de il Duce, pero bajo cuerda colaboraban con los partisanos facilitando la huida de muchos pilotos derribados de sus aviones.

-Entonces tendremos algo en común de qué hablar.

-Perdóneme, senador, pero yo nací después de la guerra...

-Ah, ya, ya, naturalmente.

-Mi hermano es bastante mayor que yo.

-No era mi intención dar a entender que usted estuviera allí, condesa.

-*Non ha importanza* -dijo Bajaratt mirando de soslayo a Nicolo y sonriendo-. Llegué al poco tiempo.

La limusina avanzaba hacia el este iluminada por el ocaso de Washington. Según fuera la circulación, llegarían a la Casa Blanca en un cuarto de hora, tal vez menos.

7.33 de la tarde.

El operador de la línea roja le había dado a Hawthorne el número de la residencia del senador Nesbitt. Se puso una mujer que tampoco sabía nada o que se negó a contar lo que sabía.

-No soy más que el ama de llaves, señor. El senador no me dice a dónde va y a mí no se me ocurriría que lo hiciera. Mi deber es asegurarme que tenga la comida lista cuando la pide.

-¡Maldición! -rugió Tyrell colgando con fuerza el teléfono beige.

-¿Has probado en su despacho? -le preguntó Phyllis dirigiéndose al porche.

-Claro. Me sale un contestador automático que escupe banalidades para sus votantes. «El senador o algún miembro de su equipo se pondrá en contacto con usted por teléfono o carta si nos deja su nombre, dirección y número de teléfono. El senador siempre está disponible...» etcétera, etcétera.

Librodot

-¿Qué me dices de su equipo? -insistió la viuda-. Cuando Hank quería información, casi siempre lograba conseguirla del colaborador más antiguo de la persona de quien se tratara, la cual le proporcionaba los datos que quería con más rapidez que el jefe.

-No se trata de un problema sencillo. No tengo ni idea de quiénes forman el equipo de Nesbitt.

-Hank sí -dijo Phyllis. Se dirigió rápidamente a un mueble de madera maciza con tallados orientales, de setenta centímetros escasos de alto por sesenta de ancho, en cuya parte superior había una lámpara-. Esto es un archivo -prosiguió al tiempo que se agachaba y con la mano palpaba el costado derecho del mueble-. Dios santo, lo cerró y nunca he sabido la combinación, me dijo que no debía tenerla.

-¿De qué hablas, Phyll?

-Se trata de una especie de caja rompecabezas china que compramos hace años en un viaje que hicimos a Hong Kong. Si el dispositivo lateral no la abre, hay que apretar varias figuritas talladas en una determinada secuencia.

-¿Qué hay ahí dentro?

-Henry guardaba unas listas actualizadas de toda la gente de Washington, así como de los equipos de todas las personas con las que tuviera que ponerse en contacto en caso de emergencia, incluidos los senadores y congresistas. Era un...

-Ya lo sé -la interrumpió Hawthorne-. Era muy puñetero con cosas así. ¿Cómo se abre esto?

-Rompiéndolo -repuso Phyllis Stevens y cogiendo una lámpara de pie de aspecto pesado la desenchufó-. ¡Rómpelo, Tye!

Hawthorne golpeó varias veces la encimera del mueble con la maciza base de la lámpara. Al séptimo golpe, la cajonera cedió y Tyrell y Phyllis se agacharon delante de la caja china, apartaron los pedazos y buscaron entre las filas de carpetas.

-Aquí está -dijo la viuda de Henry Stevens sacando un grueso archivador-. «Congreso y Senado.» ¡Está todo aquí!

El primer número telefónico en el que no salió un contestador automático, pertenecía a una persona que no se hallaba entre los principales colaboradores del equipo del senador. Se trataba de un asesor de nivel medio cuyo nombre comenzaba con la letra A.

-Se rumoreaba que esta noche iba a ir a la Casa Blanca, capitán, pero no me enteré de más detalles. Acabo de entrar a trabajar en su equipo, pero tengo una licenciatura en ciencias políticas y...

-Que siga usted bien -dijo Tyrell y colgó. Dirigiéndose a Phyllis, añadió-: El siguiente, pero fíjate que sea alguien con rango.

-Aquí tenemos una mejor -dijo Phyllis-. Toma dictados.

En segundo lugar llamaron a la secretaria personal de Nesbitt. Lo que le dijo, dejó helado a Tyrell e hizo que el dolor agudo del pecho se le desparramara por todo el cuerpo.

-Es algo maravilloso, capitán. Esta noche, el senador tiene reunión privada con el presidente. Acompañará a la condesa Cabri y a su sobrino, el hijo de un acaudalado barón italiano que está sumamente interesado en...

-¿Una condesa y su sobrino? -la interrumpió Tyrell-. ¿Una mujer y un hombre joven?

-Si, señor. Supongo que no debería decírselo, pero para mi jefe es todo un logro. Imagínese, todos esos millones que van a parar a nuestro Estado y...

-¿Cuándo es la reunión?

-Alrededor de las ocho, entre las ocho y las ocho y cuarto, creo. La Casa Blanca suele ser flexible con estas reuniones privadas, fuera de protocolo.

-¿Se reunirán en las dependencias privadas?

-No, señor, la Primera Dama fue categórica al respecto, sobre todo porque los nietos están por ahí. Será en el Despacho Oval...

Cuando colgó, Hawthorne estaba pálido como un muerto.

-¡Bajaratt se dirige a la Casa Blanca! -susurró y gritando, añadió-¡El chico va con ella! ¡Diablos, ha logrado burlar todos los controles de seguridad! Phyll, ¿son buenos los de la patrulla exterior?

-No les está permitido abandonar el recinto, Tye.

-Y no tengo tiempo de liberarlos. Pero conozco el camino, pasé por el Seiscientos para llegar a la autopista y tengo un coche patrulla del Departamento de Estado con un indicativo que dice Sirena.

-¿Vas a ir tú solo?

-No me queda más remedio. ¡No puedo ponerme en contacto con Palisser, la CIA no está en el circuito o lo que es peor, está desconectada, el Pentágono está lejos, los del Servicio Secreto no me hacen ni puñetero caso, y los de la Policía me pondrían camisa de fuerza!

-¿Qué puedo hacer?

-Ponte en contacto con cuantos estuvieran en deuda con Henry, con todos los hijos de puta del servicio secreto naval, o cualquier otro departamento con el que haya trabajado y consigue que me dejen trasponer la entrada de la Casa Blanca.

-Tengo varios en mente, incluido un almirante al que Hank salvó por haber pasado información a un proveedor de Defensa. Juega al póquer con el jefe de Seguridad Seiscientos.

-¡Date prisa, Phyll!

7.51 de la tarde.

La limusina del senador se detuvo en la entrada sur de la Casa Blanca; comprobaron su nombre en una lista y luego recibió el saludo militar del infante de Marina de la guardia. En pocos segundos, tal como estaba estipulado, el chófer llegó a la entrada principal en lugar de ir a la izquierda, en dirección al ala este, donde se encontraba el Despacho Oval. Cuando el coche se detuvo delante de un corto tramo de escaleras, Nesbitt ayudó a bajar a la condesa y a su sobrino, intercambió unos amables comentarios con los guardias apostados a ambos lados de la puerta y los hizo entrar.

-Les presento a mi colega de Michigan -dijo rápidamente-. El otro senador de nuestro Estado.

Intercambiaron apretones de mano, se dijeron los nombres que se perdieron en la prisa del momento mientras un fotógrafo salía de un vano, con la cámara dispuesta.

-Como ya le he comentado, condesa, mi colega pertenece al partido del presidente e hizo mucho por que esta entrevista fuera realidad.

-Lo recuerdo -dijo Bajaratt-. Quería usted sacarse una foto en la que saliera con su colega y Dante Paolo.

-Con usted también, claro, si lo desea.

-No, signore. Mi sobrino es su catalizador, no yo. Pero por favor, dense prisa.

Tomaron cuatro fotos seguidas al tiempo que otra silueta aparecía andando rápidamente pasillo abajo.

-¡Discúlpenme! -gritó el hombre del traje oscuro cuando se acercó a ellos-. Las instrucciones no estaban del todo claras. Debían llegar ustedes a la entrada del ala oeste.

-¿Que no estaban del todo claras? ¡Y un cuerno! -susurró el segundo senador de Michigan a su colega-. ¿Te imaginas al jefe del Estado Mayor permitiendo que salgamos en una foto?

-¡Calla! -masculló Nesbitt-. Acepta el error, Josh.

-Sí... claro.

-Si el guardia no nos hubiera avisado por radio, estarían ustedes esperándose aquí un buen rato -comentó el escolta, tratando de pasar por alto un error más de la Casa Blanca-. Acompáñenme, por favor, los llevaré al ala oeste.

Cuarenta y seis segundos más tarde, después de recorrer rápidamente una serie de pasillos, el cuarteto llegó al Despacho Oval y todos fueron presentados -dos de ellos por segunda vez- al jefe de Estado Mayor del presidente. Era un hombre delgado, poco corpulento, de rostro pálido y arrugado, como si esperara un ataque inesperado de algún lugar que sus ojos no alcanzaban a ver. A pesar de todo, tenía un semblante agradable, nada amenazador y hablaba con el tono franco y cansado de quien lleva un exceso de trabajo.

-Es un placer conocerlos -dijo estrechándole la mano a la Baj y a Nicolo-. El presidente bajará en seguida. Espero que entienda, condesa, que el encuentro ha de ser breve.

-No pedimos más, signore. Sólo una foto para mi hermano, el barone di Ravello.

-Bien, el presidente quiere que sepan... probablemente él mismo se lo que desearía que la brevedad fuera debida a serios asuntos de Estado, pero la verdad es que tiene una familia muy numerosa, con once nietos. Esta semana han venido a visitarlo y la Primera Dama tiene unos horarios muy estipulados.

-¿Qué madre y sobre todo qué abuela no los tiene? Nosotros, los italianos, somos famosos por tener familias numerosas y ya sabemos lo caóticas que pueden llegar a resultar.

-Es muy amable de su parte. Pasen, siéntense.

-Madre di Dio, qué sala más estupenda, ¿no es así, Dante Paolo?

-*¿Come dici?*

-*La stanza. E' magnifica!*

-*Ah, si, mia zietta.* -Alberga todo el poder del universo... ¡Qué honor!

-No sé si del universo, condesa, pero sin duda, de gran parte del mundo. Senadores, ¿quieren tomar asiento?

-Gracias, Fred, pero mejor no -repuso el senador más joven-. Todos tenemos prisa, ¿no es así?

-¿El joven? ¿Barón?

-Mi sobrino está demasiado nervioso para sentarse, signore.

-Ah, tiene -dijo Nicolo, como si hubiera entendido vagamente las palabras de su tía.

De pronto, del pasillo exterior al Despacho Oval se oyó una voz atronadora; los dos senadores ocultaban a la persona que hablaba.

-¡Diablos, si un solo niño más llega a encajarme un puñetazo en el estómago, o me enjabona la cara o me hace una llave, mandaré transmitir anuncios sobre el control de la natalidad! ¡Debí haberle dado su merecido a mis hijos!

El presidente Donald Bartlett estrechó breve y automáticamente la mano a los senadores y entró en el despacho. Era un hombre cercano a los setenta años, no llegaba al metro ochenta de altura, tenía el pelo lacio y gris y la cara de límpidas facciones surcada de arrugas de un actor envejecido que se aferra a los entusiasmos del pasado. En esencia, un político consumado, capaz de hacer acopio de la energía y el humor necesarios para hacer frente a un sinnúmero de situaciones. Su presencia no podía ser pasada por alto.

-La condesa Cabrini y su sobrino, el barón de... el barón, señor presidente -anunció el jefe del Estado Mayor atragantándose.

-¡Les ruego me disculpen! -exclamó Bartlett con toda sinceridad-. Creí que era temprano. *La prego mi scusi, contessa*!

-Parla italiano, signor presidente? -inquirió asombrada Bajaratt al tiempo que se levantaba de la silla.

-No muy bien -respondió el presidente, estrechándole la mano-. *Piacere, si sieda, prego.* -La Baj se sentó y el presidente siguió diciendo-: Durante la guerra tuve que aprenderlo. Fui oficial de suministros en la invasión de Italia, y le diré que recibimos mucha ayuda de algunas de sus mejores familias. Gente que no le tenía simpatía a Mussolini.

-Il Duce, el muy cerdo.

-Si, condesa, no es la primera vez que lo oigo llamar así. Antes de los aterrizajes, por las noches lanzábamos suministros por si las cosas salían mal y nuestras tropas quedaban bloqueadas en su avance hacia el norte. Los llamábamos puntos de distribución. De hecho, le he comentado al juez, es decir, al senador, que creo haber conocido a su hermano en Ravello.

-Creo que se trataba de nuestro padre, señor presidente. Un hombre de honor que no toleraba a los fascisti.

-Sí probablemente tenga usted razón. *Scusi di nuovo.* ¡Me estoy haciendo tan viejo que los decenios me parecen años! Claro que era su padre. Usted sería una niña, si es que había nacido ya.

-En muchos sentidos sigo siendo una niña, señor, una niña que recuerda muchas cosas.

-¿Ah, sí?

-*Niente di importante.* Permita que le presente a mi sobrino, el barone cadetto di Ravello.

Bajaratt volvió a ponerse de pie al tiempo que Bartlett se volvía y le estrechaba la mano a Nicolo que se mostró solemne y asombrado.

-Mi hermano, que está dispuesto a contraer sustanciales compromisos con la industria norteamericana, sólo desea que su hijo se fotografíe junto a usted.

-Faltaría más, condesa. Sin embargo, entre nosotros, este joven podrá ser el futuro barón, pero desde mi punto de vista podría ser un delantero de los Washington Redskins. ¡Eh, muchachos, quizá debería subirme a un estrado, al lado de este chico quedo como un enano!

-He pensado en todo, señor presidente -le contestó el fotógrafo de la Casa Blanca-. Sugiero que se sienten ustedes detrás de su escritorio y se den la mano, claro.

Mientras el fotógrafo y el jefe del Estado Mayor disponían las sillas, Bajaratt deslizó el bolsito de noche adornado de perlas entre los cojines de la silla y aprovechando el momento en que relucían los flashes de la cámara, lo empujó más adentro para que quedara completamente oculto a la vista.

-¡Es magnífico, señor presidente! ¡Mi hermano estará encantado y muy agradecido!

-Y yo estaré agradecido si las Industrias Ravello deciden instalar en este país una o dos fábricas.

-Tenga usted la seguridad de que así será, señor. ¿Por qué no comenta los detalles con sus dos senadores? Les he explicado claramente la postura de mi hermano. No se sentirá usted defraudado, señor presidente.

-Eso mismo pienso hacer, condesa -replicó Bartlett sonriendo y asintiendo amablemente al tiempo que él y Nicolo se levantaban de las sillas-. Mientras tomamos unas copas y paso unos minutos tranquilo, alejado de lo que me espera allá arriba.

-Es usted un brigante, signore! -dijo Bajaratt echándose a reír y aceptando la mano del presidente-. Pero sé que quiere mucho a su familia.

-Muchísimo. Déle recuerdos a su hermano.

-*Ma come?* -dijo la Baj echando un vistazo a su reloj con incrustaciones de diamantes. Eran poco más de las ocho-. ¡Dentro de media hora he de llamarlo por nuestro teléfono especial!

Librodot

-Mi coche los llevará de vuelta al hotel -le informó Nesbitt.

-Los acompañaré hasta el pórtico, condesa -añadió el escolta de la Casa Blanca-. Ya he dado instrucciones para que la limusina del senador los esperara allí.

-Vamos, nipote, debemos darnos prisa. Si nos retrasamos, no podremos usar el teléfono.

-Teléfonos especiales, horas especiales, frecuencias especiales, ahora hasta los satélites son especiales -dijo el presidente-. Creo que nunca me acostumbraré a todos esos aparatos electrónicos.

-Derrotó a los fascisti, *tenente Bartlett.* Ganó usted en términos humanos, ¿qué triunfo puede ser mayor?

-Le diré, condesa, que me han llamado de todo, cosas buenas y malas, forma parte del cargo. Pero lo que acaba de decirme es lo más bonito que hayan dicho nunca de alguien como yo.

-Medítelo usted, señor presidente. En este mundo, todos debemos ganar en términos humanos. De lo contrario, no queda nada. Vamos, Paolo, debemos darnos prisa.

8.02 de la noche.

Hawthorne traspuso la entrada sur de la Casa Blanca en el coche del Departamento de Estado, después de haber recibido permiso a través de la línea roja de la más alta autoridad y sin que le pidieran identificación alguna, pues el coche fue detectado por el radar en cuanto enfiló por el sendéro. Phyllis Stevens había hecho un magnífico trabajo. Tyrell giró a la derecha, hacia la entrada del ala oeste y se detuvo con un chirrido de frenos delante de la escalinata. Salió del vehículo, subió las escaleras de mármol a la carrera y abordó a un capitán de la Marina, al frente de un equipo de seguridad de la Casa Blanca, formado por cuatro hombres.

-Al Despacho Oval -dijo Hawthorne dejando bien claro que se trataba de una orden.

-Espero que tenga usted las credenciales, capitán -le dijo el oficial con la mano en la pistolera desabrochada-. Me han dicho que las tiene, pero nunca antes había ocurrido nada parecido. ¡Si se trata de un montaje, me las voy a cargar yo!

-Si fuera un montaje, no podría trasponer la entrada, capitán. Vamos.

-¡Alto ahí! ¿Y por qué al Despacho Oval?

-Voy a interrumpir una reunión. ¿Hacia dónde hay que ir?

-¡Hacia ninguna parte! -gritó el capitán de Marina retrocediendo, y desenfundando el Colt 45, ordenó con un gesto a su grupo que lo imitasen.

-¿Qué diablos hace? -aulló Hawthorne enfurecido bajo la mira de los cinco revólveres-. ¡Han recibido órdenes!

-Quedan anuladas cuando se trata de una mentira, impostor.

-¿Cómo?

-¡No hay ninguna reunión! -dijo el oficial en tono amenazador-. Recibimos esa llamada hace un cuarto de hora y la comprobamos... la comprobé yo personalmente.

-¿Qué llamada?

-La que le permitió averiguar los códigos de emergencia de las guardias. Que me cuelguen si sé cómo lo ha hecho, pero no pasará de aquí.

-¿Quiere hacerme el favor de decirme de qué habla? -«Localice a Zeus», me han dicho de arriba. «Sáquelo de la reunión y póngalo a salvo en los sótanos.»

Librodot

-Efectivamente, es correcto.

-¡Pues no lo es! ¡No hay ninguna reunión! Fuimos a toda pastilla hasta el Despacho Oval donde nos encontramos nada menos que con el jefe de Estado Mayor. Nos dijo... me dijo a mí, en mi propia cara... que debíamos comprobar nuestros registros, porque el presidente no tenía ningún compromiso programado para esta noche, y que si queríamos llevarlo a alguna parte, debíamos subir a las dependencias privadas y convencer a la Primera Dama porque toda la familia se encontraba allí reunida, incluidos un montón de nietos.

-No son los datos que yo tengo, capitán.

-Pues bien, puede añadir éstos a los que ya tenga, capitán. Y como somos una patrulla itinerante, el jefe de Estado Mayor nos dejó bien claro que si algún periodista había estado jodiéndonos para poder cotillear un poco y conseguir noticias que publicar en la Prensa amarilla, ya podíamos despedirnos de los puestos más cómodos que hemos tenido en el cuerpo.

-Es una estupidez...

-Yo utilicé otros términos, pero el hombre recibió el mensaje en términos militarmente respetuosos. Y ahora, el que va a captar el mensaje es usted, impostor. Irá marcando el paso hasta la oficina de seguridad...

-¡Basta ya, idiota! -rugió Tyrell-. No sé a qué están jugando por aquí, pero sé muy bien a lo que me estoy arriesgando. ¡Saldré corriendo con toda el alma por ese pasillo, capitán, y puede abrir fuego si quiere, lo único que trato de hacer es impedir que maten al presidente!

-¿Qué ha dicho? -El oficial de Marina quedó momentáneamente petrificado por el asombro y sus palabras apenas resulta-ron audibles.

-Lo que ha oído, capitán. Sáquelo de esa reunión.

-¡No hay ninguna reunión! El jefe de Estado Mayor ha dicho...

-Quizá no quiera que usted esté al tanto, quizá sea por eso que no aparece registrada la reunión... ¡tal vez debería averiguarlo dado que he conseguido permiso para llegar hasta aquí! ¡Vamos!

Hawthorne salió a la carrera por el pasillo largo y ancho mientras el jefe de la patrulla itinerante miraba a sus hombres y asentía con la cabeza. Al cabo de unos segundos, los cuatro infantes de marina se hallaban detrás de Tyrell y el capitán, a su lado.

-¿Qué estamos buscando? -inquirió el oficial de Marina sin aliento.

-A una mujer y a un chico.

-¿Un chico, un chico pequeño?

-Un chico grande, un muchacho de casi veinte años.

-¿Qué aspecto tienen?

-¿Qué más da? Ya los reconoceremos. ¿Cuánto falta?

-Doblando esa esquina, una puerta grande a la izquierda -respondió el capitán indicando un callejón sin salida en forma de T que se divisaba seis metros más adelante.

Tyrell levantó la mano, ordenó a los demás que se detuvieran y avanzaron despacio hasta el final del pasillo. De repente se oyeron voces, una cacofonía de despedidas en inglés, castellano e italiano, seguidas de la asombrosa aparición de tres hombres por el pasillo este; dos de ellos vestían trajes oscuros, el tercero, un uniforme gris de chófer y una gorra con visera.

-¡Askelón! -gritó el chófer en voz baja, dirigiéndose a alguien que se encontraba en el extremo opuesto.

-¿Quién carajo es usted? -preguntó el capitán de Marina, asombrado.

-Del FBI, fuimos asignados al Departamento de Estado para asuntos de seguridad diplomática -respondió el hombre que se hallaba al lado del chófer, mientras paseaba la

mirada del oficial a las figuras que en ese momento salían del Despacho Oval-. Escoltamos a la condesa hasta su hotel. ¿No se lo advirtió el despachador?

-¿Qué despachador? ¡Cuando se trata del Despacho Oval, los de nuestra central de seguridad nos avisan por lo menos con una hora de antelación, aunque sean del FBI!

-¡Miente! -masculló Hawthorne colocándose detrás del infante de marina al tiempo que sacaba la automática del cinto-. Utilizaron el nombre de «Askelón», y eso sólo significa una cosa... ¡Bajaratt! -aulló Tyrell de repente girando velozmente y disparando al techo, al tiempo que se daba cuenta de que su disparo alertaría a los demás.

Siguió una ráfaga de disparos que alcanzaron al capitán a quien empezó a sangrarle el estómago; los infantes de Marina retrocedieron y se parapetaron en el pasillo. Los Askelones corrieron hacia atrás disparando y gritando como posesos con la única idea de hacerse con un rehén mientras neutralizaban el fuego cruzado. Un infante de Marina giró en el extremo este, disparó cinco ráfagas seguidas con las que logró derribar a dos de los insurgentes, uno de los cuales siguió disparando en posición fetal, mientras una mujer salió corriendo y chillando por el pequeño campo abierto.

-¡Mátenlo, maten al chico! -chillaba-. ¡No debe vivir!

-¡Cabi... Cabi! -aullaba el adolescente, oculto al otro lado del pasillo-. ¿Pero qué dices? ¡¡Aaagh!!

Otro infante de Marina avanzó veloz; con dos ráfagas le voló la tapa de los sesos al chófer que cayó en el camino de Bajaratt. Hawthorne comprobó las heridas del capitán de la guardia; se movía y tenía los ojos abiertos; la herida no era grave. Tyrell aferró al segundo infante de Marina y le ordenó:

-¡Saque de aquí al presidente! ¡Sáquelos a todos de aquí!

-¿Cómo, señor?

-¡Obedezca!

Medio oculta, Bajaratt apartó de su camino el cadáver del chófer, le quitó el revólver y echó a correr pasillo abajo justo cuando el infante de Marina, al que se habían unido sus compañeros, entraban precipitadamente en el Despacho Oval. Con el arma dispuesta, Hawthorne se agachó, giró y buscó a la mujer que en otro tiempo creyó amar pero que ahora odiaba; parecía una serpiente con los ojos vidriosos y la boca cargada de veneno. ¡La Baj se acercaba al final del pasillo! Tyrell salió disparado con tanto ímpetu que se le abrió la herida del muslo y a medida que corría, la sangre le fue empapando los pantalones.

Cuando se encontró a mitad del pasillo, desde el Despacho Oval le llegó el estruendo de una inmensa explosión. Horrorizado, Hawthorne se volvió como una flecha, aturdido por el humo y los escombros que volaban, pero de inmediato al divisar en el jardín, más allá de una puerta lateral abierta, varias figuras nerviosas, sintió un gran alivio. Los infantes de Marina habían cumplido con su cometido: el presidente, el jefe del Estado Mayor, dos senadores y un quinto hombre corrían aterrados, pero habían logrado abandonar la Casa Blanca y ponerse a salvo. Tyrell volvió a girarse y se quedó paralizado... ¿dónde estaba Bajaratt? ¡Había desaparecido. Salió corriendo y llegó a una espaciosa habitación circular detrás de cuya amplia escalinata partían tres pasillos. Bajaratt había elegido uno de ellos, pero ¿cuál?

De pronto, unas sirenas y unas campanas cuyos toques hacían saltar los tímpanos sonaron por las huecas cavernas de la mansión. Siguieron voces, gritos, órdenes, una histeria colectiva que, al parecer, provenían de todas partes y de ninguna. En medio del caos una alta figura bajó lentamente la escalinata, una figura con un brazo, la cara crispada, los ojos brillantes muy abiertos, como un hombre cruel observa un acto brutal que lo excita profundamente.

-Ya está, ¿no es así, general? -gritó Hawthorne-. Lo ha logrado, ¿no?

-¡Usted! -aulló el presidente de la junta de jefes al tiempo que de los pasillos salían riadas de infantes de Marina y civiles que cruzaban la espaciosa habitación circular en

dirección al corredor del Despacho Oval, sin prestar atención al célebre general y el hombre empapado en sangre que cojeaba hacia la escalinata-. Llega un poco tarde, ¿no, señor?

Meyers puso el brazo a su espalda y miró fijamente el revólver que empuñaba Tyrell.

-Me he enfrentado a miles de armas pero ninguna me ha intimidado jamás.

-Por ésta no tiene que preocuparse, general. Podría volarle las dos rótulas, pero lo quiero con vida. Quiero el resto de su cuerpo culebreante para que lo vea todo el mundo... porque yo no he llegado tarde. Usted pierde.

Sin previo aviso, sin el más minimo movimiento corporal, Meyers sacó el brazo que ocultaba tras la espalda y con un solo gesto, le asestó a Hawthorne un bayonetazo en el pecho.

Tyrell saltó hacia atrás y disparó al tiempo que unos hilillos de sangre se le desparramaban por la camisa. El general Maximum Mike Meyers cayó de bruces y se precipitó escaleras abajo; el cuello roto se había convertido en un amasijo de tejido blanco empapado en sangre y la cabeza medio despegada del cuerpo.

¡Bajaratt! ¿Dónde estaba?

¡Un disparo... un grito! Venían del pasillo situado más a la derecha. Dominique había vuelto a matar... ¡no, Bajaratt!

Cerrándose la camisa para que absorbiera la sangre, Hawthorne fue cojeando hasta el corredor del que había provenido el disparo y el grito. Las paredes eran de un tono amarillo pálido y la luz venía de unas arañas de cristal, no de tubos de neón. Se trataba de un pasillo corto con antesalas para funciones sociales donde los invitados se emperifollaban para las ocasiones de Estado; a la derecha había dos puertas y otras dos a la izquierda. No vio ningún cadáver, pero sí manchas rojas, como si hubieran arrastrado un cuerpo para entrarlo por la segunda puerta de la derecha. Un asesino que quería tenderle una trampa había cometido un error que sólo otro asesino habría reconocido. En tal situación, no se seguía la pista de la sangre, sino que se buscaba en dirección contraria. Tyrell fue pasillo abajo con la espalda contra la pared de la izquierda; la herida del muslo le sangraba abundantemente. Llegó a la primera puerta y reuniendo todas sus fuerzas, se volvió y la empujó con el hombro al tiempo que giraba el pomo con la mano izquierda. La habitación ornamentada estaba vacía; los diversos espejos de cuerpo entero que había en ella reflejaron la imagen de Hawthorne; volvió cojeando al pasillo donde continuaba el caos de sirenas y campanadas ensordecedoras. Se dirigió a la segunda puerta de la pared izquierda; por ilógica que pareciera la lógica del asesino, era el santuario donde había buscado refugio, lo sabía, lo presentía.

Una vez más, reuniendo lo que le quedaba de sus reservas, giró el pomo, empujó la puerta con todo el cuerpo y la estampó contra la pared del interior. ¡Nada! En una fracción de segundo lo comprendió todo; se volvió como un rayo y fue hacia la derecha, pues conociendo a su perseguidor, Bajaratt había invertido la trampa. Desde la habitación del otro lado del pasillo, entró volando por la puerta abierta, con la ropa hecha jirones, la expresión de los poseídos por el diablo en el rostro, los ojos desorbitados, la cara crispada por la furia. Hizo dos disparos; la primera bala fue a rozar la sien izquierda de Tyrell justo cuando giraba la cabeza para apartarse; la segunda hizo añicos el espejo de la cómoda; el tercer disparo acabó en un clic. El revólver que le había arrebatado a su compañero muerto se había quedado sin balas.

-¡Dispara! -aulló Bajaratt-. ¡Mátame!

En la mente de Hawthorne resonó un trueno y varios relámpagos le nublaron la vista y la razón, pero no le ahorraron la tortura de contemplar la realidad. Sintió que en su fuero interno se enfrentaban sentimientos de odio y el amor que había sentido mientras contemplaba las facciones crispadas del cancerbero que en otro tiempo, en otra vida, había dormido en sus brazos.

-¿A quién mataría? -le preguntó con un hilo de voz inspirando largas bocanadas de aire-. ¿A Dominique o a la terrorista que llaman Bajaratt?

-¿Qué más da? ¿No comprendes que ninguna de las dos podemos seguir viviendo?

-Una parte de mí lo entiende, pero la otra no está del todo segura.

-¡Eres débil! ¡Siempre has sido débil y te has compadecido de ti mismo! ¡Eres patético! ¡Vamos, hazlo! ¿0 es que no tienes valor?

-Dudo que el valor tenga nada que ver con esto. No hace falta tener valor para matar a una perra rabiosa acorralada. Quizás haga falta tener más valor para capturarla, diseccionarla y descubrir qué es lo que provoca su enfermedad. Y también, cuáles son los demás perros rabiosos de la jauría.

-¡Jamás! -chilló Bajaratt agitando el brazalete de oro y abalanzándose sobre Hawthorne.

Impedido por la herida del muslo, Tyrell cayó sin fuerzas bajo el peso del ataque; no estaba a la altura de la fuerza enloquecida de aquella fanática. Cuando el brazalete de oro se acercó a su garganta, la aferró por la muñeca e intentó detenerla, fue entonces cuando vio el agujero abierto de una afilada punta dorada. Destilaba unas gotas destinadas a él. Le disparó. En el pecho.

Bajaratt lanzó un gemido y rodó a un lado poseída por los estertores de la muerte.

-¡Muerte a toda...!

La cabeza de Amaya Aguirre se inclinó hacia la derecha apoyándose cómodamente sobre el hombro. Su rostro se tornó más joven, el rictus del odio disminuyó, volvía a ser una niña de diez años en paz.

EPÍLOGO

The international Herald Tribune Edición de París, página 3

ESTEPONA, España, 31 de agosto. Según noticias recibidas en esta redacción, en el día de ayer la Policía, acompañada por el embajador de Estados Unidos, clausuró la mansión que pertenecía a Richard A. Ingersol, ex magistrado jubilado del Tribunal Supremo de aquel país, que falleció ayer de un ataque al corazón mientras asistía en Virginia a los funerales de su hijo. El juez Ingersol era miembro destacado de la exclusiva comunidad de Playa Cervantes, en la Costa del Sol. La presencia del embajador estaba justificada pues recibió instrucciones de los herederos de Ingersol para que retirara de la mansión los documentos personales y demás papeles con información confidencial y detalles sobre contactos con funcionarios del gobierno estadounidense.

The Washington Post Primera plana, parte inferior de la columna derecha Aparece muerto el general Meyers. Aparente suicidio

WASHINGTON, D. C., 5 de septiembre. Esta mañana, entre unos arbustos situados a varios cientos de metros del Monumento Conmemorativo de Vietnam fue descubierto el cuerpo del general Michael Meyers, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor. La muerte se produjo por una herida de bala en el cuello, disparada a corta distancia con un arma que el general empuñaba. La causa del suicidio se desprende claramente de las propias palabras de Meyers pronunciadas el pasado mes de mayo durante el discurso que leyó en la convención de América para siempre. «Si llega un momento en que mis flaquezas me impidan cumplir de la mejor manera posible con mis compromisos, me quitaré la vida sin muchas alharacas antes de convertirme en una carga para el país que amo. Si se cumpliera mi deseo, lo haría entre las tropas que tan magníficamente me han servido a mí y a la nación.» El

general, ex prisionero de guerra, sufrió múltiples heridas en combate durante la guerra del Vietnam.

En la sección de necrológicas de esta misma edición, se publica una semblanza de la vida y la carrera militar de Meyers. Un portavoz del Pentágono manifestó que durante una semana las banderas permanecerían a media asta y que hoy a mediodía se haría un minuto de silencio.

The New York Times (página 2) ¿Habrá una purga?

WASHINGTON, D. C. 7 de septiembre. Fuentes próximas a la CIA, el Servicio Secreto de la Marina y el Servicio de Inmigración indican que se está llevando a cabo una reevaluación generalizada de numerosos empleados fijos así como del personal contratado en los tres departamentos. No se ha podido obtener datos oficiales que esclarezcan el motivo que ha promovido este estudio, pero parece confirmado que se han producido varios arrestos.

The Los Angeles Times (página 47)

CIUDAD DE MÉXICO. Ezequiel y Benjamín Jones, dos pilotos norteamericanos, se presentaron en las oficinas de La Ciudad, un tabloide mexicano, manifestando disponer de datos sobre la «desaparición» de Nils van Nostrand, el multimillonario financiero y asesor de las últimas tres administraciones, así como de varios comités del Congreso. El portavoz de Van Nostrand manifestó que nunca había oído hablar de los dos hermanos y le divirtió la idea de que dieran por «desaparecido» a Van Nostrand, pues el millonario se encuentra disfrutando de un crucero de tres meses alrededor del mundo, viaje que se había prometido realizar hace muchos años. El representante del servicio de vuelos chárter de Nashville, Tennessee, donde, según los pilotos, fueron contratados, manifestó que no le constaba que estuvieran en nómina. Esta mañana se ha informado que dos hombres que responden a la descripción de los hermanos Jones robaron un jet Rockwell y que, utilizando una identificación falsa del aparato, volaron en dirección al sur, probablemente hacia Latinoamérica.

-Ahora ya saben la verdad, famiglia Capelli -dijo Nicolo, sentado nerviosamente en el borde de una silla, con el pecho vendado y el brazo izquierdo en cabestrillo.

Se encontraban todos en la amplia vivienda situada en el piso de arriba de un restaurante-charcutería.

-No soy más que un estibador de Protici, aunque me han comentado que en Ravello hay una gran familia dispuesta a aceptarme, porque han perdido a un hijo que se parecía a mí... No puedo aceptarlo, porque llevo mucho engañándome a mi mismo y mintiéndole a todos.

-Vamos, no te juzgues con tanta dureza, Paolo Nico -dijo Angel Capell desde la silla que ocupaba frente al muchacho, una táctica utilizada por su padre dubitativo. Mi abogado ha hablado con los del gobierno...

-¡Su abogado, papá! -gritó el hermano menor de la actriz echándose a reír-. ¡Gina tiene un abogado!

-¡Basta! -ordenó el padre-, si trabajas con empeño puede que llegues a ser el *avvocato* de tu hermana. ¿Y qué ha dicho ese abogado, Angelina?

-Que se trata de un asunto del gobierno, papá, todo es *silenzio*. Nicolo se ha pasado los últimos cuatro días aislado, interrogado por decenas de funcionarios y les ha dicho cuanto sabía. Hubo quienes quisieron meterlo en la cárcel durante un buen número de años, pero

Librodot

nuestras leyes exigen que haya un juicio y que quien sea acusado de un delito tenga un abogado que lo defienda y, francamente, papá, le he garantizado los mejores abogados que el mío pueda conseguirme. -Angel Capell...nacida Angelina Capelli, hizo una pausa y se sonrojó ligeramente al sonreírle a Nicolo-. Naturalmente, habrá mucha publicidad y, según me han comentado, mucha gente, tanto del gobierno como de fuera, se verá en serios aprietos por haber ayudado a esa terrorista en el convencimiento de que iban a poder sacarle dinero.

-¡Esto es *incredibile!* -rugió Capelli.

-No, papá. En las declaraciones confidenciales que hicieron varios infantes de Marina y el oficial a cargo decían claramente que oyeron a la mujer ordenar que mataran a Nicolo, papá.

-Madre di Dio -susurró la señora Capelli mirando fijamente a Nico-. Es tan buen chico, tal vez no es perfecto, pero no es malvado.

-No lo es, mamá. Se crió en la calle, como muchos de nuestros jóvenes que vagan por ahí en pandillas y hacen tonterías, pero quiere mejorar. ¿Cuántos muchachos estibadores de Italia han hecho el bachillerato? Nico es uno.

-¿Entonces no irá a la cárcel? -preguntó el hermano Capelli.

-No -contestó Angel-. Si jura no abrir la boca, ellos aceptarán que fue un títere, un *burattino*, papá, de esa terrible mujer. El abogado ha arreglado todos los papeles y esta tarde Nico los firmará.

-*Scusa* -dijo Capelli padre, con los ojos como platos-. Tu amigo... el barone cadetto, Paolo, o Nicolo... dijo que en Nápoles había mucho dinero, un sobre tan lleno de *denaro* que yo tardaría seis meses en ganarlo...

-Sigue allí, papá -contestó Angel-. Mi abogado lo comprobó con el banco de Nápoles. Las instrucciones son claras. Si «Nicolo Montavi de Portici» aporta la documentación adecuada y lo reclama, es suyo. Si llegara a morir, el dinero pasaría a la persona que abrió el depósito en el banco; si pasados seis meses no lo reclamara nadie, el dinero deberá transferirse a una cuenta secreta de Zúrich.

-Es la verdad, signor Capelli -dijo Nicolo-. De mi empleo no sabía nada, sólo que era una *sciarada*, un juego para sacar dinero que, para serle sincero, se juega bastante en los muelles de Portici.

-¿Y todavía puedes disponer de ese dinero?

-Se supone que no debía ser mío -reconoció el estibador al que en ese momento, una expresión de cólera le iluminó el rostro cuando cerró brevemente los ojos. Luego añadió en voz baja-. Tal como Angelina le ha comentado, ella ordenó que me mataran.

-Pero ahora es tuyo -intervino Angel-. Mi abogado me ha dicho que no tenemos más que ir a Nápoles, presentarnos en el banco, ¡y el dinero será de Nico!

-¿Tenemos? ¿Vais a ir juntos?

-Es inexperto, papá. Se equivocaría de avión.

-¿Cuánto dinero hay?

-Un millón de dólares.

-Llévate contigo a tu *avvocato*, Angelina -sugirió Angelo Capelli abanicándose con un menú-. Tienes que contar con un acompañante adecuado, pero si se parece a tu agente, ese gusano que te ha cambiado el nombre, ¡a él también le hago una *maledizione*!

Querida Cath:

Ayer fue estupendo verte y mejor aún saber que estarás bien después de tanto tiempo. Tenías un aspecto estupendo, por cierto, pero la verdad, es que a mí siempre me pareces

guapa. Te escribo esta carta para que no puedas venirme con todo ese rollo de oficial superior, ni puedas hablarme como si fuera el pelmazo de tu hermano menor que siempre se pierde en los grandes almacenes, ¿vale? Agradezco el permiso que me han dado, pero la verdad es que no me interesa tomármelo. Sé que he hablado de mi padre, y que tú dijiste que ni siquiera sabías que era un gran abogado, pero no creo haberte mencionado que se jubiló el año pasado. No era tan joven, Cath. Mi hermana y yo fuimos hijos tardíos, porque mis padres nos tuvieron pasados los cuarenta. Por cierto, mi padre siempre sostuvo que es por eso que mi hermana y yo somos listos, porque tanto él como mi madre tenían el cerebro completamente desarrollado cuando nos tuvieron. Un detalle que no se sostendría en ningún estudio biológico de la herencia. Lo cierto es que no tengo demasiado urgencia por volver a casa, porque ellos no están mucho por ahí. Están recorriendo toda Europa como un par de jovencitos; cuando hayan acabado con Europa, se irán a otra parte. La última noticia que tengo de ellos me llegó de un lugar llamado Adelaide, en Australia, donde hay un gran casino. A mi madre le encanta jugar y a mi padre le entusiasma tomarse unas cuantas copas de bourbon en compañía de extranjeros. Se me ocurrió que podía ir a ver a mi hermanita. Ella y yo siempre nos hemos llevado bien, pero está saliendo en serio con un tío que tiene su propia empresa y quiere sacarla de donde ella trabaja para ofrecerle la vicepresidencia o algo así, y cuando la llamé me dijo: «¡No se te ocurra venir ahora, hermano, porque seguro que te ofrecerá a ti el empleo!» Creo que no le falta razón, Cath. La chica es buena, muy inventiva, pero yo le enseñé todo lo que sabe. ¡Jo, soy todo un hallazgo para el sector privado! De acuerdo, puede que se me haya ido la mano, pero ya sé cuándo tengo que mantenerme en mi sitio.

¿Sabes qué voy a hacer? Volveré a la única casa que tengo en estos momentos, a la base, y espero que eso no te cause ningún problema -me refiero a marcharme sin despedirme personalmente. ¿Puedo decirte algo que te atañe, comandante? Creo que tienes mucho que reflexionar. Te conozco, Cath, llevo casi cinco años observándote, y no tengo que decirte que te quiero de verdad. Algunas veces, en mis pensamientos, de una manera irreverente, pero ya sé dónde poner los limites. Además, debes de tener por lo menos siete u ocho años más que yo, y no quiero aprovecharme... ¡Era broma, comandante! Lo único que te quiero decir es que tú tienes un par de opciones de las que yo carezco, una de ellas con un tipo al que respeto mucho, un hombre con todas las letras porque, entre otras cosas, no va por el mundo pensando que tiene que demostrarlo. Simplemente lo es. Supe lo que eso significa cuando mataron a Charlie. Pero ya sabes lo que pasó entonces y, si mal no recuerdo, él también habló contigo. En momentos así te das cuenta de lo que vale una persona, ¿sabes a qué me refiero? Puede que Tye haya desertado, como se comenta, pero para mí representa todo lo que se supone que denota la manida frasecita «un oficial y un caballero». Se limita a ser un hombre, como ya he dicho, aunque es probable que no volviera a dirigirme la palabra si se lo dijera a la cara.

Sé que siempre he dicho que habías nacido para dirigir las fuerzas aéreas y cosas por el estilo, y es probable que lograras hacerlo, pero eso fue antes de que Tye me comentara lo que dijiste que habrías sido capaz de hacer si hubieras tenido medios para ir a la universidad. Quizá podrías empezar ahora, como sugirió el capitán. Ojalá te lo pienses, entonces es probable que yo dirija las fuerzas aéreas.

En el hospital me dijeron que recibiste el uniforme. La verdad, creo que con vestido estás preciosa.

Te quiero, Cath, siempre te querré. Por favor, piensa en lo que te he dicho. Por cierto, sería un tío de coña para tus hijos. Dime tú, ¿en cuántas familias hay un verdadero genio que ayude a todos a hacer los deberes? ¡Venga ya! Era broma... ¡pues no! JACKSON

La comandante Catherine Neilsen estaba sentada en una silla de ruedas, ante una mesa del restaurante al aire libre del hospital que da al Potomac. Vestía el uniforme azul de las fuerzas aéreas. Tenía delante un vaso con café helado; sobre la mesa había un cubo metálico lleno de hielo en el que se enfriaba media botella de vino blanco. Eran las primeras horas del

Librodot

crepúsculo, el sol anaranjado se ponía por el oeste proyectando largas sombras sobre el oleaje. Un movimiento de las puertas de cristal hizo que se volviera justo cuando Tyrell Hawthorne entraba cojeando y se abría paso entre los visitantes y los pacientes sentados para dirigirse a la mesa junto a la barandilla. Metió rápidamente en el bolso la carta de Poole.

-Hola -la saludó Tyrell y se sentó-. Le das un aire bastante menos duro al uniforme.

-Estaba harta de la ropa del hospital y como no he podido ir de compras, Jackson me hizo enviar éste por avión desde la base. Te he pedido un poco de Chardonnay, espero que te guste; aquí no sirven bebidas fuertes.

-Puede que sea demasiado bueno y mi estómago no lo acepte.

-Por cierto, ¿qué tal lo tienes?

-Los nuevos puntos aguantan bien, gracias, pero hay que tener en cuenta que llevo un vendaje compresivo. El capitán de corbeta la sacó barata, la bala le entró por el costado y salió por el otro lado, un poco farragoso pero una herida limpia.

-¿Qué tal fue la reunión?

-Imagínate una jaula llena de ocelotes revolcándose en el barro. No saben todavía qué fue lo que los ha golpeado, ni cómo logró burlar sus impenetrables sistemas de seguridad.

-Venga ya, Tye, reconócelo, la estrategia era muy ingeniosa.

-Pero no justifica que pasara lo que pasó, Cathy. Era ingeniosa porque internamente nuestra organización tenía tantos fallos que un camión podría haberse colado por los agujeros. Por el amor de Dios, el chico salió en todos los periódicos y la supuesta condesa en segundo plano, pero siempre presente. ¿Dónde se metieron los fenomenales yuppies del contraespionaje con sus maravillosos ordenadores que lo controlan todo una y mil veces?

-No te nos uniste lo bastante a tiempo y Poole no operaba los ordenadores.

-Me gustaría creer eso que dices de mí, pero como siempre, se produjeron demasiados accidentes. En lo de Poole, estoy de acuerdo. Y tú también hiciste muy buen papel. En fin, que Howell, sir John Howell, del MI-6, habló por los altavoces de la Sala de Crisis de la Casa Blanca. Londres ha acorralado a cuatro cómplices de Bajaratt. El resto, si es que hay más, creen que han huido en avión a la Bekaa. Los de París estuvieron realmente bien. El Deuxieme envió una señal que la unidad del valle de la Bekaa tuvo que descifrar para enterarse qué era la que esperaban. A las dos de la mañana anunciaron por radio y televisión que se había convocado una reunión urgente de la Cámara de Diputados. Lo único que podría provocar la adopción de semejante medida es una catástrofe mundial. Pillaron a cinco terroristas que salían corriendo por la única salida.

-¿Y Jerusalén?

-Son estupendos. No quieren decir nada... Únicamente que todo está bajo control. También van a camuflar lo de la muerte de Van Nostrand. Cuando llegue el momento oportuno, anunciarán que tuvo un ataque al corazón o un accidente y lo colmarán de elogios in absentia.

-¿La Casa Blanca?

-Se aferran a la historia de la renovación del Despacho Oval que, supuestamente se inició hace dos semanas, así eliminan las visitas. Si la necesitaran, los del Cuerpo de Ingenieros del Ejército les han preparado una agenda falsa y tienen otra de una empresa constructora externa.

-¿Colará?

-¿Quién va a ponerla en duda? Las horas coinciden; el presidente estaba arriba con su familia y la explosión hizo más ruido dentro que afuera.

-¡Murieron varias personas, Tye, y fue una metedura de pata de campeonato!

-Los del Servicio Secreto actuaron deprisa y sabían exactamente lo que tenían que hacer.

Se les acercó una camarera de blanco delantal con la que intercambiaron comentarios mientras les abría la botella de vino.

-Gracias -dijo Tyrell-. Ya pediremos más tarde.

-De manera que eso es todo -dijo la comandante observando a Hawthorne que se bebía la copa de vino en varios sorbos y lucía las señales de cansancio en la cara.

-Es todo -convino Tyrell-. Pero aquí no acaba la cosa, y tú lo sabes, éste es sólo el comienzo. La noticia no tardará en trascender y llegará a todos los locos del mundo. «¡Qué cerca estuvieron! ¡Esa mujer por poco se sale con la suya!» Es probable que el grito de Askelón sea sustituido por el de Bajaratt, recuérdalo, Bajaratt... también conocida como Dominique, Dominique Montaigne. -La voz de Hawthorne se fue apagando mientras se volvía a llenar la copa-. Espero que hayamos aprendido algo -añadió con un hilo de voz.

-¿Como qué?

-Como conocer a todos los enlaces de la cadena de mando secreta, a todos los que tengan autoridad, o soltarlo todo. Revelarlo todo.

-¿No sembraría confusión, incluso la histeria?

-No lo creo, ya lo he pensado. Durante la guerra, los bombardeos inminentes se anuncian haciendo sonar la alarma y usando las luces de los reflectores, y por todas partes, los ciudadanos se dirigen tranquilamente a los refugios, sabiendo que quienes han sido adiestrados para ocasiones así harán lo imposible por protegerlos, por proteger los intereses del país. No es muy distinto, pero podría constituir un poderosísimo factor de disuasión. Supónte que el FBI junto con la CIA hubieran organizado una conferencia de Prensa televisada a todo el país, una alerta, en realidad, declarando que una mujer y un joven que entraron en el país ilegalmente en una misión desde el valle de la Bekaa... etcétera, etcétera. ¿Cres tú que Dominique...?

Hawthorne hizo una pausa, inspiró hondo, agarró con fuerza la copa y prosiguió:

-¿Que Bajaratt habría podido salirse con la suya como lo hizo en Palm Beach y en Nueva York? Lo dudo. En algún momento, algún periodista emprendedor habría atado cabos, al menos habría formulado preguntas que hubieran logrado superar el trasfondo bien planificado. Es posible que un par de ellos lo hiciera; uno del The Miami Herald, y una pelirroja, especialista en cotilleos llamada Reilly.

-Puede que tengas razón. En lo de contarlo todo, quiero decir.

-Tenga o no razón, es lo que he recomendado esta tarde. Me gustaría pedir otra botella de vino.

Tyrell le hizo una seña a la camarera indicándole el cubo de hielo; la mujer asintió y se dirigió al bar.

-¿Les has... -comenzó a decir nuevamente Cathy-, les has dicho quién era Bajaratt?

-No -repuso Hawthorne rápidamente. Levantó la mirada cansada y la fijó en los ojos de Catherine-. No había ningún motivo para hacerlo y muchos para no hacerlo. Ha muerto, y los demonios que llevaba dentro murieron con ella. Su rastro llega sólo hasta el valle de la Bekaa, todo lo demás era un montaje que podría perjudicar a la gente que fue utilizada... como me utilizó a mí.

-No te lo voy a discutir -dijo Cathy posando la mano sobre su brazo-. Creo que tomaste la decisión correcta. Por favor, no te enfades.

-Te pido disculpas, no estoy enfadado... sabe Dios que no estoy enfadado contigo. Sólo quiero volver al negocio de los veleros y volver a contemplar cómo éstos cortan las aguas.

-Es una buena vida, ¿no?

-El último grito en «sandáraca de Galaad», como dirían los eruditos de mi padre y mi hermano.

Hawthorne sonrió sin que en su expresión se apreciara ninguna petición de compasión.

Librodot

-Supongo que lo es -dijo Cathy que adivinaba lo que Tyrell sentía tras su postura de duro-. De todos modos, siento mucho todo lo que te ha pasado.

-Yo también, pero no tiene sentido que sigamos hablando del tema, ¿verdad? Parece ser que poseo un talento natural para atraer o sentirme atraído por mujeres que acaban muriéndose... por ideas equivocadas o acertadas. Si lograra embotellarlo, se evitarían muchos divorcios.

-Eso que dices no tiene ninguna gracia y no creo que hables en serio.

-No hablo en serio. Pero estoy en baja forma, ¿de acuerdo? Esto me ha pasado ya demasiadas veces... pero no quiero hablar de mí. Estoy harto de hablar de mí, hasta el gorro. Quiero hablar de ti.

-¿Por qué?

-Ya lo hemos discutido. Porque me interesa, porque me importas.

-Insisto, capitán Hawthorne, ¿por qué? ¿Porque te han hecho daño, mucho daño, lo reconozco, y porque estoy aquí y soy una persona que se interesa por ti y porque puedes recurrir a mí como recurriste a Dominique?

-Si es eso lo que piensas, comandante -dijo Tyrell fríamente apartando la silla y poniéndose en pie-, esta conversación ha terminado.

-¡Siéntate, imbécil!

-¿Cómo?

-Acabas de decir lo que esperaba oír, so tonto.

-¿Qué diablos he dicho?

-Que no soy Dominique, ni Bajaratt, ni como se llamara. Tampoco soy el fantasma de tu Ingrid... ¡soy yo!

-Nunca te he considerado de otro modo.

-Tenía que oírlo.

-¡Por favor! -exclamó Hawthorne, se sentó y se recostó contra el respaldo-. ¿Qué quieres que diga?

-Hazme un par de sugerencias. El presidente en persona ordenó a las fuerzas aéreas que me concediera un permiso ilimitado para recuperarme. Según los médicos necesitaré de tres a cuatro meses.

-Tengo entendido que Poole rechazó el permiso -dijo Tyrell.

-No tenía a dónde ir, Tye. Las fuerzas aéreas y los ordenadores son su vida. Jackson es así, no quiere decir que yo sea como él.

Hawthorne se sentó despacio en el borde de la silla y se inclinó sobre la mesa mirando fijamente a Cathy.

-Por Dios -dijo en voz baja-. ¿Acaso asoma otra persona detrás de ese uniforme? ¿Una jovencita que quería ser antropóloga, quizá?

-No lo sé. Las fuerzas armadas piden a gritos que nos retiremos anticipadamente, el país no puede mantener a tantos militares. No lo sé.

-¿Sabías que el Caribe está repleto de misterios antropológicos no descubiertos? Por ejemplo, las colonias perdidas de los indios ciboney y couri, diseminados por las islas, las Guayanas y el Amazonas. Y los primitivos arawaks cuyas leyes para mantener la paz se anticiparon en doscientos años a las de su tiempo. 0 la nación guerrera caribe que en otros tiempos cubría gran parte de las Pequeñas Antillas y que perfeccionó las tácticas guerrilleras hasta tal punto que los conquistadores españoles corrían como conejos para no cruzárselos y también para no acabar en sus barbacoas, en las que los hombres del rey habrían sido el plato principal. Von Clausewitz lo habría aprobado tanto desde el punto de vista estratégico como del psicológico. Todo ocurrió mucho antes del tráfico de esclavos. Civilizaciones enteras

esparcidas por toda la zona se mantenían unidas a través de enormes tambores, canoas de guerra y unos jefes que impartían justicia de isla en isla, como los jueces itinerantes del Lejano Oeste, cuando todavía no eran unos borrachos y unos deshonestos. Esos siglos son realmente fascinantes y se sabe muy poco de ellos.

-Caray, tú tendrías que estudiarlo. Fíjate cómo te entusiasmas.

-Qué va, soy de los que se sienta alrededor del fuego a escuchar las historias de los demás, a mí no me va el estudio. Acuérdate de lo que te conté que decía mi padre. «¿Por qué no te dedicas a tejer alfombras, hijo mío?» Pero tú sí podrías estudiar.

-Tendría que volver a la universidad.

-De la Martinica a Puerto Rico hay algunas muy buenas. Me han comentado que allí enseñan los mejores antropólogos. Es un sitio por donde empezar, Cathy.

-Seguro que te lo estás inventando... ¿No me estarás diciendo que...?

-Sí, comandante, te estoy pidiendo que te vuelvas conmigo. Ya no somos unos críos, al cabo de un tiempo sabremos si la cosa funciona. Hemos de reconocer que nuestras agendas personales no están a tope, ¿qué representan unos cuantos meses? ¿Adónde irías tú, volverías a la granja?

-Unos días, sí, quizá. Después, mi padre me mandaría al establo a limpiar vacas. Y sabe Dios que tengo la agenda completamente vacía.

-¿Por qué no lo intentamos, Cath? Eres libre, siempre podrás marcharte.

-Me gusta que me llames Cath...

-El teniente Poole es muy perspicaz.

-Sí que lo es. Dame tu número de teléfono.

-¿Nada más que eso?

-No, capitán. Iré contigo, cariño.

-Gracias, comandante.

Sonrieron y las sonrisas se convirtieron en risas cuando ambos se tomaron de la mano.

FIN